

LILY PEROZO  
LINA PEROZO ALTAMAR

*Quédate*

VOLUMEN 4





# *Quédate* VOLUMEN 4

LILY PEROZO  
LINA PEROZO ALTAMAR

**Copyright © 2019 Lily Perozo y Lina Perozo Altamar**

**Todos los derechos reservados.**

**Diseño de portada por: Tania Gialluca**

**Primera Edición: septiembre de 2019.**

**ASIN: B07WKLCZ79**

**No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.**

**Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.**

**Contenido**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[No dejes de leer la continuación de esta historia en](#)





## *Dedicatoria*

*Seguimos dedicando esta historia a nuestro hermano Omar, pues sin él nunca nos hubiésemos animado a escribir y Quédate hoy no sería una realidad.*

*A nuestras hermanas de la casa rosada, quienes fueron las primeras en leer esta historia, gracias por animarnos a publicarla, este es un sueño de todas que hoy se hace realidad.*

*Con cariño.*

*Lily y Lina Perozo Altamar*





## *Agradecimientos*

*A Dios por este hermoso regalo que nos ha dado, por hacer que podamos transmitir emociones a través de las letras. A nuestra familia y amigos que siempre nos apoyan, que creen en lo que hacemos y se sienten orgullosos, los queremos muchísimo.*

*Tania muchas gracias por estar allí siempre dispuesta a ayudarnos, por tu creatividad, tu paciencia y tu amistad. También a mi Jess que aún lejos de este proceso, sigues siendo parte*

*de cada historia. Las queremos.*

*Andrea Herrera por darle un aspecto más profesional y cuidar de los detalles de este volumen. Ha sido un placer trabajar contigo.*

*A las chicas del grupo Hermanas Perozo que siguen semana tras semana los capítulos que les voy publicando, gracias por vivir esta aventura junto a nosotras.*

*A las chicas del equipo de preventa, que como siempre hacen una labor extraordinaria: Andrea, Dayana, Danitza, Sandris, Evelin, Fátima, Lizeth, Fernanda, Gri y Jessica muchas gracias por todo.*

*A todas las chicas que se animaron a participar en la cuenta regresiva con sus artes, gracias por compartir sus talentos con esta historia, nos hicieron sentir halagadas y felices.*

*Y, por último, para nuestras queridas lectoras, quienes una vez más se dejan cautivar por*

*nuestras historias, esperamos que “Quédate”  
las conquiste y las haga vivir muchas  
emociones, se les quiere con el corazón.*

*Lily y Lina Perozo Altamar.*





*Te amo tanto lo sabes, pero  
tanto... tanto, tú lo sabes...  
y es una cadena ahora que se funde  
en la sangre de mis venas.*

*Lucio Dalla*

# Capítulo 1

Victoria caminaba de un lugar a otro en la habitación, se había levantado temprano, pero aún no se decidía a bajar, la invadían los nervios y la sensación era horrible, no sabía cómo vería a Fabrizio a la cara, lo sucedido la noche anterior empezaba a pasarle factura ahora que lo analizaba con cabeza fría. Estuvo a punto de besar a ese hombre; aunque en realidad fue él quien casi la besa, sin embargo, debía reconocer que ella dio pie a esa situación.

—¡Por Dios, Victoria! Ese hombre es un completo desconocido.

Se dijo en voz alta intentando reprenderse, pero de inmediato una sonrisa se dibujó en su rostro, acompañada por el sonrojo que cubría sus mejillas, y su corazón se aceleró; si así se sentía con solo pensar en él, no quería imaginar lo que sucedería cuando lo viese.

En ese momento un suave toque en la puerta la sobresaltó, respiró profundo varias veces para tratar de calmarse, puso una sonrisa en su rostro y caminó hacia la puerta. Dejó escapar un suspiro cargado de alivio en cuanto vio de quien se trataba.

—Buenos días, Vicky —dijo Brandon, entre burlón y desconcertado ante la actitud de su prima.

—Buenos días, Brandon, pasa por favor.

—Me extrañó no encontrarte en el salón —dijo luego de entrar en la habitación y girarse para mirarla a la cara.

—Es que... no quería bajar sola, justo ahora iba a tu habitación a buscarte —respondió, esquivándole la mirada.

—¿Sucedo algo? —preguntó él, notando que ella ocultaba algo.

—No, no, todo está bien. Bueno, en realidad...

Antes de que pudiese continuar llamaron a la puerta, su corazón se aceleró y sus manos comenzaron a temblar, pero al ver que su primo la observaba, sorprendido, se dio la vuelta escapando de él, mientras mentalmente pedía que no se tratara de Fabrizio. Abrió la puerta.

—Buenos días, señorita Anderson, pasé para... —Fransheska se detuvo al ver en la habitación también a Brandon, esto hizo que sus latidos se aceleraran

—. Señor Anderson, buenos días —agregó con una sonrisa y un brillo especial en los ojos.

—Buenos días, señorita Di Carlo —respondió él, sonriendo; mientras se deleitaba detallando el hermoso rostro de la italiana.

—Buenos días, señorita Fransheska, disculpe si los hemos hecho esperar, estábamos por bajar —dijo Victoria más dueña del momento, notó que su primo, de pronto, parecía estar hechizado.

—Por favor, no se preocupen, si desean tomar el desayuno aquí, le diré a alguien que lo traiga. De seguro tienen cosas que conversar —contestó Fransheska, sintiéndose un poco apenada, no sabía por qué, pero últimamente la presencia de Brandon la intimidaba mucho más.

—No será necesario, pasé a buscar a Victoria para bajar con ella, quería comentarle algunos asuntos de nuestro interés, pero será mejor hacerlo en el desayuno. Así su padre le explicará en detalle de qué trata la propuesta que desea que llevemos a cabo en Turín —mencionó, mirando a su prima a los ojos.

Brandon había conseguido la excusa perfecta para alejar a Victoria de Fabrizio, por lo pronto dejarían esa casa para viajar hasta la región del Piamonte, uno de los lugares más afectados por la guerra, luego evaluaría la posibilidad de quedarse allí durante todo el tiempo que estuviesen en Italia, así evitaría que su prima siguiera siendo atormentada por la presencia del hijo de los Di Carlo.

Mientras bajaba las escaleras, Victoria sentía que sus piernas temblaban demasiado y que su respiración se hacía cada vez más irregular, aunque intentaba por todos los medios disimular su nerviosismo, presentía que estaba a punto de fallar en su objetivo. Sin proponérselo su mirada buscó la figura del joven; sin embargo, en la sala solo estaban los esposos, lo que le provocó un gran alivio al pensar que quizá ya él se había marchado, pero de inmediato su mirada lo captó en un rincón del lugar, estaba observando a través de la ventana.

—Buenos días, señor, señorita —saludó Fiorella con una sonrisa.

—Buenos días —respondieron los primos al mismo tiempo.

El corazón de Fabrizio se agitó en el instante en que escuchó su voz y lo embargó la misma sensación de ansiedad, que se había instalado en él desde que despertó esa mañana, empezaba a hacerse insoportable, su cuerpo le exigió volverse para mirarla, pero en su lugar respiró hondo con disimulo y se dio vuelta en un movimiento casual para verla.

Solo pudo apreciar su espalda, pues caminaba en dirección al comedor. Cuando entró, ella ya estaba sentada en su lugar y tenía la mirada puesta en la servilleta, se sentó en el lugar que su madre le había asignado, mientras intentaba que su cuerpo no mostrara los nervios irracionales que lo embargaban, estaría justo al lado de Victoria,

Victoria fue consciente de la presencia de Fabrizio y luchó para que sus manos no temblaran demostrando su ansiedad, pero nada pudo hacer contra su deseo de mirarlo, por lo que levantó la vista y lo descubrió observando la taza de café que acababan de servirle.

En ese instante él también elevó la mirada y al fin sus ojos se encontraron con los de ella, aunque no fue por mucho tiempo; sin embargo, bastó para llevarlos a ambos a un estado de turbación inexplicable. Victoria sintió que las lágrimas le apretaban la garganta de golpe, y una extraña mezcla de felicidad y tristeza se apoderó de su corazón, pero una vez más se esforzó en retener sus sentimientos.

—Todo está preparado para la reunión que tendremos con las personas de la región del Piamonte, Brandon, ellos se mostraron muy entusiasmados con la idea y están dispuestos a colaborar en lo que sea necesario —mencionó Luciano con alegría.

—Me complace mucho, Luciano. Debo agradecer toda su colaboración, espero poder concretar hoy la fecha de nuestro viaje —respondió Brandon, atento a la mirada llena de curiosidad de Victoria.

—Ese es el tema principal que se tratará hoy, les comenté sobre su interés por viajar hasta allá y comprobar en persona la situación; después de eso, podremos evaluar qué hacer y cómo llevarlo a cabo —indicó Luciano y le dio un sorbo a su taza de café.

—Perdonen mi interrupción, pero opino que lo primero que se tiene que atender son los hospitales, seguramente están necesitando medicamentos, material quirúrgico, camillas, incluso personal, porque es probable que muchos de los que trabajaban en ellos, hayan sido enviados a los campamentos en el frente para atender a los heridos. —Victoria hablaba con plena seguridad del tema, asombrando a los comensales, con excepción de su primo.

—Precisamente esperaba poder mencionarte ese asunto, nadie mejor que tú para asesorarnos en este campo, por eso me gustaría que nos acompañaras hasta el Piamonte —dijo Brandon, mirándola a los ojos con intención, insinuándole que allí estaba ese escape por el que tanto había rogado.

—Por supuesto, sabes que puedes contar conmigo.



—Perfecto, está decidido. —Brandon se sintió aliviado y complacido con su respuesta.

—Aunque antes me gustaría concretar la casa, ya he visto algunas y todas son tan hermosas que no sé por cuál decidirme —comentó, dedicándole una mirada a Fransheska y a Fiorella, quienes la habían llevado a ver varias propiedades.

—¿Ya visitó Renai? —inquirió Fabrizio, captando la mirada de Victoria, quien parecía estar evitándolo.

—No, la verdad no recuerdo haberla visto, señor Di Carlo —respondió, mirándolo a los ojos, y pasó saliva con dificultad.

—¿Casa Renai? No tenía conocimiento que los Lombardi estuviesen vendiendo o rentando su casa, Fabrizio —comentó Fiorella, desconcertada ante la sugerencia.

—Yo tampoco, por eso no fuimos —agregó Fransheska.

—Ellos piensan quedarse en América hasta el otoño, según me comentó Ángelo, todo depende de un negocio que haga el señor Lombardi. Ya han rentado la casa en otras ocasiones, quizá también deseen hacerlo ahora, sería cuestión de hablar con Antonio, quien quedó a su cuidado —explicó en tono casual, ahora era a él a quien le funcionaba concentrarse en la conversación.

—En ese caso debemos verla, señorita Anderson, ese lugar es una verdadera joya, queda muy cerca de aquí y cuenta con las mismas vistas de nuestra casa, tiene un cultivo de olivos, pero con la guerra decayó, aunque aún conserva las bodegas, una pequeña capilla; su terraza tiene una vista envidiable, así como una hermosa piscina —indicó Fiorella, mostrándose entusiasmada.

Victoria sintió cómo su sonrisa se congelaba cuando la mujer nombró el último lugar, y una vez más los nervios la invadieron. Sorbió un gran trago del vaso con jugo frente a ella, para intentar calmarse. Y vio que Fabrizio disimulaba una sonrisa, aunque se estaba fingiendo concentrado en doblar una servilleta, eso la hizo sonrojarse como una chiquilla, pero de inmediato retomó su postura.

—Por supuesto, me encantaría visitarla —pronunció, dándole gracias a su voz por sonar firme, a pesar de que su cuerpo temblaba.

—Entonces, no se hable más, hoy mismo la veremos.

—Madre, creo que hoy no será posible, recuerda que tenemos reunión con las hermanas de la congregación, aunque podemos excusarnos por esta vez. — Le recordó Fransheska, poniendo sus esperanzas en que el entusiasmo de su

madre fuera más fuerte, que su compromiso con las monjas.

—Casi lo olvidaba, es una pena... pero podemos ir mañana —contestó lanzando por el piso las ilusiones de su hija—. Si gusta nos puede acompañar a la reunión con las hermanas, son personas muy agradables —agregó con una sonrisa.

Fransheska le hizo un gesto con disimulo, indicándole que era todo lo contrario y Victoria pareció entenderlo de inmediato, porque mostró esa sonrisa que se usaba para negarse a una invitación.

—No se preocupe, señora Di Carlo, puedo esperar un día más. Incluso puedo aprovechar el tiempo para ir organizando lo que haremos en nuestro viaje al Piamonte. —Sonrió de manera cordial.

—Si gusta, yo puedo llevarla. —Ofreció Fabrizio, de repente.

Ella se quedó muda y lo miró sorprendida, al igual que los demás en la mesa que se mostraron asombrados ante su comentario, pues él se había mantenido bastante alejado de los americanos durante su estadía. Los segundos que pasaron sin obtener una respuesta, comenzaban a ser eternos para Fabrizio, haciéndole creer que se había precipitado.

—No quisiera incomodarlo, de seguro tiene asuntos que atender —contestó Victoria, amable, mirando sus ojos azules solo un instante.

—Nada que no pueda esperar —aseguró vehemente, manteniendo sus ojos en ella, deseaba que pudieran estar a solas una vez más.

La cadencia de la voz de Fabrizio fue tan sedosa y contundente, que intensificó los latidos de su corazón haciendo que los sintiera por todo su cuerpo, estaba segura de que todos en la mesa podían escucharlo. Buscó a Brandon con la mirada y lo halló inusualmente serio, solo la observó y bebió de su vaso, pero sin revelarle ninguna señal, así que no le quedó claro si aprobaba la idea o no, eso la hizo sentir frustrada y atrapada.

—Creo que Fabrizio tiene razón, él conoce muy bien la propiedad, señorita Anderson, además, estando aquí sola seguro se aburrirá —agregó Fiorella, dando el visto bueno a la sugerencia de Fabrizio.

—Por mi está bien, le agradezco mucho su ayuda, señor Di Carlo —respondió por cordialidad y agregó una sonrisa que sintió tirante, buscaba esconder su nerviosismo.

Después de aquel incómodo desayuno, ya todos estaban listos para salir a cumplir con los pendientes del día, Fiorella y Fransheska viajarían en el auto con Luciano y Brandon, mientras que Victoria y Fabrizio irían en el auto de él, un Duesenberg, un modelo realmente bello, negro con techo plegable en color

blanco, diseñado para dos pasajeros. Algo que evidenciaba que, más que la comodidad, Fabrizio buscaba la velocidad.

Victoria se acercó hasta Brandon antes de abordar el auto, llevaba el bolso en la mano y por la forma en la cual lo tomaba, él pudo notar que estaba nerviosa.

—Aún puedes negarte, puedes alegar que tienes un dolor de cabeza y que deseas descansar, pero con lo mala que eres para mentir, creo que todos notarían de inmediato que no es verdad —mencionó él con una sonrisa, para aligerar la tensión en ella.

—Brandon... no me brindes tanta ayuda —respondió, haciendo un puchero, sentía que se había puesto la soga al cuello.

—Confía en que todo estará bien, parece un buen muchacho, dudo que te secuestre —habló de nuevo en broma.

«Sí, claro, como no sabes la estupidez que cometí anoche.» Se dijo ella en pensamientos, sin mirarlo a los ojos.

—Tienes razón, todo estará bien, es absurdo pensar lo contrario... no soy una niña y puedo controlar mis pensamientos y mis acciones —pronunció, intentando convencerse más a sí misma que a él.

—No me cabe la menor duda de ello, ahora vamos que nos están esperando —puntualizó, dándole un abrazo.

Ella le correspondió de la misma manera, respiró profundamente y se dio vuelta para encaminarse hasta donde los Di Carlo los esperaban.

Fabrizio se encontraba cerca del auto, esperando por la americana, y al presenciar la escena, sintió una molestia alojarse dentro de su estómago. Era como si al hombre no le agradase que él estuviese cerca de ella, pese a que se mostraba amable y le hablaba con simpatía, algo más entre ellos hacía entrever la tensión.

—Señora Di Carlo, por favor permítame ir detrás, para que usted acompañe a su esposo —pidió Brandon con una sonrisa amable.

—No quisiera que estuviese incómodo, señor Anderson.

—No se preocupe, no lo estaré —aseguró, mientras abría la puerta y le extendía la mano a Fransheska, para ayudarla a subir—. Señorita.

—Gracias. —Ella la recibió con una sonrisa y tomó asiento.

Él subió ocupando su lugar junto a la hermosa joven que lo tenía fascinado, notando con satisfacción que su presencia la inquietaba, ese nerviosismo que a todo hombre le encantaba provocar en una mujer, pues estaba asociado a despertar del deseo.

—¿Está lista, señorita Anderson? —inquirió Fabrizio, al ver que se dirigía hacia él, pero aún la veía dudosa.

—Sí, señor Di Carlo, podemos irnos cuando usted lo disponga —contestó sin mirarlo a los ojos, si lo hacía saldría corriendo.

—En ese caso, suba por favor —indicó, abriéndole la puerta del auto y haciendo un ademán.

—Muchas gracias. —Ella entró sin pensarlo más, intentó relajarse, aunque dudaba que pudiese lograrlo.

Él subió con rapidez, encendió el motor que retumbó en todo el lugar demostrando la potencia que tenía, estaba estacionado detrás del auto de Luciano, por lo cual tuvo que maniobrar para salir, haciéndolo con mucha destreza, se detuvo junto al de su padre para despedirse de su madre y su hermana.

—Madre, Fransheska, nos vemos para el almuerzo —mencionó con voz calmada, pero su mirada era seria, mucho más de lo habitual. Tal vez para su madre pasó desapercibido, pero no para su hermana.

—Hijo, no creo que sea posible, la reunión de hoy es muy importante y es probable que se extienda hasta pasada la hora, seguramente tu padre venga a acompañarlos.

—Yo tampoco creo que nos dé tiempo, Fabrizio, lo mejor es que no nos esperen, hijo, disfruten su paseo, nos vemos en la tarde.

—Está bien, será hasta la tarde..., Brandon —dijo para despedirse del americano, mirándolo a los ojos para que supiera que no tenía de qué preocuparse sobre Victoria.

—Fabrizio —respondió, y miró a su prima asintiendo.

—Hasta luego, Brandon —respondió ella, asegurándole con su mirada que estaría bien o por lo menos eso intentaría.

Victoria posó su mirada en el paisaje, buscando el modo de olvidarse de la persona a su lado, cosa que era totalmente inútil, pues era consciente de cada movimiento que él hacía, del ritmo de su respiración, el olor de su perfume y las miradas fugaces que le dirigía, estaba alerta y atenta a cada detalle. Minutos después entraron por un camino de tierra, igual al que llevaba a casa de los Di Carlo; mientras el auto avanzaba, Victoria pudo divisar a la distancia una pequeña mansión ubicada en lo alto de una colina, rodeada de árboles de poca altura que permitían admirarla en toda su extensión.

Constaba de dos pisos, techos rojizos, grandes ventanales y paredes sin pulir, pero de un blanco impecable, le daban un toque rústico y acogedor al

mismo tiempo, lucía exactamente como esas casas de los cuentos y ese recuerdo le robó una sonrisa. Cuando estuvieron frente a la casa, Victoria no pudo hacer más que admirar la magnitud de la construcción y su imponente, si bien era cierto que las casas de Chicago y Barrington eran hermosas, ostentosas y contaban con vistas increíbles, la que tenía enfrente no se quedaba atrás.

Desde su ubicación se podía observar a lo lejos un espectacular valle que empezaba a pintarse de colores, también se podía divisar el bosque que compartía con la propiedad de los Di Carlo. Incluso se podía ver la casa de los italianos, así como otras propiedades a la distancia, sin duda Casa Renai, tenía una ubicación privilegiada.

Fabrizio observaba embelesado a Victoria, disfrutando de su delicada y excepcional belleza, esa que lo hacía sentir como un insignificante humano mirando a una diosa. Fue devuelto a la realidad por el sonido de los cerrojos al abrirse, de inmediato retomó la compostura y caminó hacia la puerta.

—Buenos días, Antonio —saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor Di Carlo, qué grata sorpresa su presencia, pensé que después de que los señores partieron hacia América, usted ya no vendría de visita —expresó, sintiéndose dichoso de recibir la visita del joven.

—Sabes que no lo haría, lamento no haber pasado antes, estuvimos dos meses en Venecia —respondió, entregándole una sonrisa—. En realidad, he venido para visitar la casa, Ángelo mencionó que la rentarían y he traído a la señorita Anderson, es una amiga de la casa y se encuentra interesada —explicó al cuidador.

—Por supuesto, sigan por favor —dijo, haciéndoles un ademán.

Una vez en el interior Victoria no paraba de sorprenderse con los detalles, los ventanales eran amplios al igual que en la casa Di Carlo, llenando de luz el lugar, el salón tenía una chimenea en un extremo, las paredes pintadas de un blanco, que contrastaba con la parte superior hecha en ladrillos. Los pisos rojos estaban pulidos, pero siguiendo el mismo orden campestre del resto de la casa, y cada estancia era dividida por arcos, el techo era de madera y piedra; en realidad, era una casa de cuento de hadas.

—Es un lugar hermoso, acogedor, me encantan los colores y las ventanas, también los muebles..., y la vista aun desde aquí es impresionante —mencionó Victoria llena de entusiasmo.

—Me alegra que le guste, señorita... —Antonio se quedó en silencio pues no sabía su nombre.

—Disculpen, no los he presentado, Antonio ella es la señorita Victoria Anderson —dijo, mirándola.

Ella, al escuchar su nombre de pila de los labios de Fabrizio, sintió marearse, pero reaccionó de inmediato y le extendió la mano al cuidador, quien la observaba con una sonrisa.

—Mucho gusto, señorita Anderson, Antonio Morinni —contestó, recibiendo la mano.

—Un placer, señor Morinni —respondió con amabilidad.

—¿Le parece si seguimos a la cocina? —sugirió, con un movimiento de manos.

—Por supuesto —expresó ella, ansiosa por recorrer el lugar.

Así fueron recorriendo toda la planta baja de la casa, luego subieron a las habitaciones, que se encontraban amobladas por completo, pues los señores Lombardi ya habían alquilado esa propiedad en ocasiones anteriores, como casa de veraneo para turistas. Cuando subieron al ático, ella se emocionó como una niña, pues recordó el de Barrington, de inmediato caminó hasta una de las ventanas y le pidió permiso a Antonio para abrirla.

Una ligera brisa inundó el lugar de aire fresco cargado del aroma a flores, cipreses y olivos que rodeaban la casa; ella dejó ver una sonrisa y cerró los ojos para aspirar el delicioso perfume de la naturaleza. La brisa movía algunos mechones que habían escapado de su peinado y enmarcaban su rostro, mostrándola radiante y hermosa.

Esa sonrisa hizo que Fabrizio también sonriera y que no pudiera despegar su mirada de Victoria. Había en ella un magnetismo que lo atrapaba, dejándolo suspendido en el aire, como si el tiempo se esfumara de repente.

Victoria abrió sus párpados en ese instante, mostrando sus hechizantes ojos verdes y se volvió para mirarlo, haciendo que sus miradas se encontraran. La atracción que existía entre ambos era imposible de ocultar, por lo que el contacto visual se mantuvo cerca de un minuto, hasta que ella la desvió y caminó para alejarse.

—Creo que encontré lo que estaba buscando, señor Morinni, esta casa es perfecta, la vista es hermosa y la iluminación me agrada. Me gustaría visitarla de nuevo en compañía de mi primo, si no tiene inconveniente por supuesto, así realizaríamos los trámites para rentarla.

—En absoluto, señorita, aunque me temo que todavía no ha visto los mayores atractivos de la casa, la vista desde la piscina es lo mejor de esta propiedad —acotó, saliendo junto a ella para regresar a la planta baja.

Victoria una vez más se tensaba solo con escuchar esa palabra, pero esta vez contó con la fortuna de no estar tan cerca de Fabrizio y no sentirse tan afectada. Le dedicó una sonrisa al cuidador, mientras pasaba para ir delante de él, estaban por salir cuando escucharon que alguien llamaba a la puerta y todos se volvieron para mirar.

—De seguro se trata de algún empleado de las casas vecinas, si no tienen inconveniente pueden adelantarse, lo atiendo y enseguida estoy con ustedes — indicó, señalando la puerta.

—No creo que sea necesario, lo que he visto hasta ahora me ha dejado convencida —mencionó, sin poder ocultar su nerviosismo.

—Le aseguro que se va a enamorar mucho más, señorita Anderson, además, el señor Fabrizio conoce muy bien la propiedad, desde que era un niño merodeaba por aquí —dijo, sonriendo.

—No tengo ningún problema en mostrarle el resto de la casa, Antonio, ve a atender a la persona que llama, tal vez sea algo importante, nosotros estaremos en el jardín —afirmó Fabrizio, haciéndose cargo de la situación—. Por favor, señorita Anderson, acompáñeme —pidió sin mirarla a los ojos, se sentía un tanto molesto al ver la renuencia de ella por estar a solas con él.

Victoria sintió cómo su corazón se desbocaba y quiso salir corriendo, la piel se le puso helada y sus manos se humedecieron por el sudor, sin embargo, se contradecía, porque también quería compartir con él como lo habían hecho la noche anterior. Sabía que era una locura lo que estaba haciendo, pero esa no era la primera, y podía asegurar que tampoco sería la última vez, solo esperaba no terminar peor de lo que ya estaba.

## Capítulo 2

El auto viajaba por las calles de Florencia cuyo tráfico se movía con fluidez a pesar de ser una de las ciudades más importantes de Italia, la conversación en el auto de los Di Carlo se centró en la reunión que tendrían las mujeres en la congregación y la de los hombres con los delegados que venían del Piamonte. No se habló de la visita que estaban realizando Victoria y Fabrizio a la casa Renai, por lo que Brandon se relajó y se dedicó a disfrutar de la cercanía que tenía con Fransheska.

—Espero dejar todo organizado en la oficina para que llegada la fecha pueda acompañarlos —comentó Luciano, manteniendo la vista en la calle.

—No quisiera causarle más molestias, Luciano, ya nos ha ayudado bastante y no me perdonaría que interrumpiese sus obligaciones por mi causa. Además, las atenciones que hemos recibido Victoria y yo por su parte y la de su familia, han sido invalorable —mencionó con una sonrisa cordial, dirigida a la chica a su lado.

—No es ninguna molestia, al contrario, lo hacemos con gusto —acotó Luciano, esperando en un semáforo—. Usted nos ayudó en un momento muy difícil y ahora regresa para brindarle ayuda a las víctimas de esta locura, lo mínimo que podemos hacer es colaborarle, así que en caso de que no pueda acompañarlos, sé que Fabrizio lo hará con mucho gusto —sentenció, y puso el auto en marcha.

—En verdad se lo agradezco, pero solo lo aceptaré si esto no afecta sus asuntos laborales o sus compromisos familiares.

—En ese caso, no tiene mucho de lo cual preocuparse, nuestra familia siempre ha dedicado tiempo para hacer labores altruistas, precisamente la reunión que tenemos hoy está destinada a recoger fondos para un comedor escolar y acondicionar un área del teatro que se encuentra prácticamente abandonado —mencionó Fransheska.

—Eso es cierto, señor Anderson, no es la primera vez que hacemos este tipo de actividades y sinceramente deseamos ayudarle a usted y a su prima —agregó Fiorella, sonriéndole por el retrovisor.

El auto se detuvo frente a la Basílica de Santa María del Fiore, la obra



arquitectónica más importante de la región de la Toscana y uno de los más importantes monumentos de la religión cristiana. Brandon bajó del auto y le extendió la mano a Fransheska para ayudarla a salir, ella la recibió con una sonrisa y cierto nerviosismo.

—Muchas gracias. —Bajó el rostro para esconder su sonrojo.

—Es un placer, señorita —contestó, afable.

No pudo evitar que su mirada se posara en ese sutil rostro de porcelana, detallando el encanto que le daban las pestañas que descansaban en sus mejillas y su cabello recogido de medio lado le imprimía un toque juvenil que él adoraba. Caminó para abrir la puerta de la señora Di Carlo y así disimular un poco el estado de embelesamiento en el cual lo dejaba la chica.

—Muchas gracias —dijo Fiorella, con una sonrisa bastante semejante a la de su hija, pues ambas eran muy parecidas.

—Nos vemos en la tarde. —Le recordó Luciano desde el auto, mientras Brandon subía a su lado.

—No te preocupes, querido, que tengan suerte hoy.

—Señor Anderson, papá, hasta luego.

—Hasta pronto, señora Di Carlo, señorita —mencionó, con una sonrisa que deslumbró a ambas mujeres.

El auto retomó su camino dejándolas paradas en la acera, Fransheska no logró suprimir ese suspiro que tenía rato revoloteando dentro de su pecho. Su madre la vio con cara de sorpresa, y ella, al verse descubierta, se sonrojó ferozmente.

—No tienes que apenarte, cuando yo tenía tu edad suspiraba igual por tu padre... y siendo sincera, el señor Anderson es uno de esos hombres que puede arrancar suspiros con solo verlo caminar —pronunció, acariciando la mejilla de su hija.

—¡Mamá, por favor! —contestó con un puchero.

Fiorella dejó libre una pequeña carcajada, le dio un abrazo, luego la miró a los ojos compartiendo una mirada y una sonrisa cómplice. Después se dispusieron a entrar al gran edificio donde funcionaba la Archidiócesis Católica Romana de Florencia.

Cuando Fabrizio y Victoria salieron al jardín, se sintieron embriagados por el intenso aroma que traía la brisa desde el campo de olivos, dicho campo cubría un extenso terreno dentro de la propiedad. Victoria se quedó maravillada con el paisaje frente a sus ojos, el agua de la piscina parecía

reflejar el mismo azul, que en ese instante poseía el cielo, lo que despertó en ella el deseo de sumergirse, pero se sonrojó al recordar lo sucedido la noche anterior.

—Hermoso, ¿no le parece? —preguntó él, desde un extremo.

Ella se había olvidado de su presencia y se sobresaltó al escuchar su voz, su semejanza con la de Terrence estaba por enloquecerla.

—Sí, es muy hermoso, este lugar es un sueño..., muchas gracias por traerme —respondió, permitiéndose mirarlo a los ojos.

—No tiene nada que agradecer, estoy encantado de haberlo hecho. —Fabrizio caminó hasta ella, poniéndose muy cerca.

Victoria sintió cómo su corazón pasó de un ritmo normal, a uno totalmente desesperado, sus manos también comenzaron a sudar y su boca se secó. Todo empeoró cuando su perfume opacó el de los olivos y llegó hasta ella, embriagándola e invitándola a hundir su rostro justo en su cuello, donde recordaba que se concentraba con mayor intensidad; sin embargo, su razón se impuso, impidiéndole hacer algo que después no pudiese justificar, como lo de la noche anterior.

—Señorita Anderson. Yo... quisiera...

Fabrizio estaba muy cerca de ella, deleitándose con el dulce aroma a rosas que brotaba de su piel, con el ligero temblor que movía sus labios y que hacía que los deseara con poderío. Para romper la tentación, subió la mirada y esta se fundió con ese par de hermosas gemas verde esmeralda, una vez más ella daba la impresión de estar a punto de desmayarse.

—¿Sí? —preguntó con un hilo de voz, acercándose a él.

—Lo que sucedió ayer... en la piscina. —Fabrizio sentía que no iba a poder resistirse por más tiempo, quería besarla.

—No se preocupe, todo está bien. —Victoria se llenó de miedo, pues no quería experimentar de nuevo la culpa que sintió luego de aquel beso con Gerard—. Creo que es hora de regresar —mencionó, al tiempo que giró su cuerpo con intención de huir, pero antes de que pudiera dar un paso, él la detuvo tomándola de la muñeca, con determinación y delicadeza al mismo tiempo.

—Victoria. —Se aventuró a llamarla por su nombre de pila, sin saber siquiera qué lo llevó a ese impulso, pero le brotó como un instinto muy natural.

Ella quedó paralizada, su contacto la estremeció por completo. No volteó a mirarlo, solo cerró los ojos para contener su llanto y ahogó un sollozo dentro

del pecho, experimentando esa mezcla de dolor y felicidad que le provocaba estar cerca de él, aunque en ese momento se imponía la alegría, porque una vez más volvía a escuchar su nombre de esa voz que tanto adoraba.

—Solo quería pedirle disculpas por mi actitud, no fue correcta y no quisiera que lo sucedido causara una mala impresión en usted. —Su voz denotaba cierta tensión, Victoria notó que parecía luchar contra sí mismo y que seguía sujetando su mano con firmeza.

—No tiene por qué disculparse, yo tampoco actué de la mejor manera. Sugiero que hagamos de cuenta que nunca sucedió —respondió Victoria, permaneciendo renuente a mirarlo, él pareció entenderlo porque la soltó. En ese instante Victoria se giró hacia él y descubrió que Fabrizio tenía la vista en el horizonte—. Debe pensar que estoy loca... que algo en mí está mal —dijo con una sonrisa triste.

—No, nunca he pensado algo semejante —dijo, mirándola a los ojos, para que supiera que era sincero.

Aunque debía admitir que algunas actitudes de ella lo desconcertaban, quiso acercarse al ver que estaba a punto de llorar, pero la vio retroceder, rechazándolo una vez más. Ese gesto de ella lo exasperó y caminó para alejarse, si no quería que estuviese cerca de ella, entonces no insistiría más.

—¿Desea ver las bodegas? —inquirió con un tono serio, sin mirarla.

—No, así está bien, le pediré a Brandon que me acompañe para ver lo que falta de la propiedad, le agradezco su compañía, señor Di Carlo —dijo en tono adusto, enseguida caminó a paso presuroso buscando salir de ese lugar, tenía que hacerlo ya que las lágrimas amenazaban con traicionarla de un momento a otro, dejándola en evidencia.

«Es Fabrizio Di Carlo, así que ya deja de hacerte ideas absurdas, Victoria, aunque mi corazón se niegue a aceptarlo, sé muy bien que es imposible.»

Una lágrima rodó por su mejilla y la limpió con rapidez, al ver que el cuidador de la propiedad se acercaba.

—¿Le gustó el resto de la propiedad, señorita Anderson? —preguntó Antonio, con una sonrisa.

—Así es, todo es tal cual me advirtió, y ya está decidido. —Se obligó a sonreír—. Mañana mismo espero visitarlo de nuevo junto a mi primo, si no tiene problema, y así dejar todo dispuesto. —Le extendió la mano para despedirse, necesitaba salir de allí.

—Estaré encantado de recibirlos —expresó con una gran sonrisa y añadió un asentimiento, pues no quería pasar más tiempo solo en ese lugar.

—Es usted muy amable, muchísimas gracias, señor Morinni.

—A usted, señorita —dijo y vio que en ese momento llegaba el joven Di Carlo, quien se veía algo serio.

—Ya nos retiramos, Antonio, muchas gracias por recibirnos.

—Siempre es grato tenerlo por acá, Fabrizio, por favor entregue saludos a su familia de mi parte —mencionó. Hizo el ademán de que los acompañaría al auto, también notó que Fabrizio le dedicó una sonrisa que distaba mucho de la que tenía cuando llegó a la casa.

—Por supuesto, hasta pronto —respondió y después de ayudar a Victoria a subir, lo hizo él y puso el auto en marcha.

El trayecto de regreso se hizo en completo silencio, ella observaba a través de la ventanilla y él se concentró en el camino, ninguno de los dos sabía qué decir. Sin embargo, cuando el auto se detuvo justo en la intercepción que dividía el camino de la mansión Di Carlo, de la vía principal que llevaba a Florencia, él sintió la necesidad de hablar.

—Señorita Anderson... ¿Le gustaría dar un paseo por la ciudad? —preguntó sin saber por qué demonios lo había hecho, pues era evidente que a ella no le agradaba estar con él. Aun así, quería tenerla cerca, el hecho de alejarse le entristecía.

Ella lo miró atónita, pero tampoco supo en qué estaba pensando cuando afirmó con la cabeza y le dedicó una sonrisa, quizá era a causa de su loco y desesperado deseo de compartir un poco más con él.

Fabrizio sintió un inmenso alivio ante la respuesta de la chica y siguió en el camino hacia la ciudad, aumentó la velocidad y en menos de una hora ya estaban recorriendo las calles de Florencia.

—¿Le parece si vamos a almorzar? Ya es mediodía —inquirió cuando pararon en un semáforo.

—Me parece perfecto —contestó añadiendo una sonrisa, no podía ocultar que se sentía feliz por tenerlo cerca.

—Bien. —Él asintió en silencio, imitando la actitud de ella.

Al fin llegaron a un hermoso restaurante, tenía cierto carácter de lujo, pero al mismo tiempo se mostraba acogedor, fueron recibidos por un hombre que saludó a Fabrizio con efusividad, pues él era un asiduo comensal, los llevó hasta una mesa para dos en uno de los privados del lugar. Antes de marcharse le dedicó una sonrisa a Victoria, que hizo que Fabrizio apretara los dientes, pues Federico, claramente estaba coqueteando con la americana.

Un minuto después, regresaba otro joven que se presentó como Pietro,

puso sobre la mesa las copas de agua, las de vino y dos botellas de los vinos favoritos de Fabrizio para que este escogiera una. Luego les entregó el menú, descorchó la que el joven había seleccionado, lo sirvió en las copas y se retiró para darles tiempo de decidir qué comer.

—Si necesita ayuda con alguno de los platillos, solo tiene que decirme. — Se ofreció, aunque la había escuchado hablar en italiano.

—No se preocupe, conozco parte de la gastronomía, mi... su... una amiga es de padres italianos y siempre que iba a su casa, nos ofrecía platillos exquisitos —respondió, sin apartar su mirada del menú.

El camarero regresó un par de minutos después para tomar la orden, Fabrizio pidió los *crostini di fegato* como entrada, mientras que ella escogió La *tagliata* con rúcula, como plato principal, y él optó por el *stracotto*. Piero se marchó y ellos se sumieron en un pesado silencio, pues, aunque ambos deseaban decirse decenas de cosas, les faltaba el valor para poder hacerlo.

«Victoria no hay nadie en este mundo más masoquista que tú, eres consciente del estado en el cual te pone este hombre y aceptas almorzar a solas con él, sigues poniendo tu cordura a prueba. ¿No fue suficiente con todo lo que pasó ayer o lo que acaba de suceder? Eres una tonta si piensas que algo cambiará. Lo único que estás buscando con todo esto es terminar encerrada en un manicomio.»

Ambos se encontraban mirando a través de la ventana, ya que ni siquiera se animaban a tener un contacto visual, aunque fuese por cortesía. De pronto, ella posó la mirada en la copa y sin pensarlo mucho, la agarró y le dio un gran sorbo, necesitaba calmarse con algo. Hizo un gesto de rechazo cuando el licor pasó por su garganta.

—Pensaba que no tomaba. —Le dijo él con una sonrisa.

—No..., bueno no siempre, en realidad muy pocas veces.

—Yo tampoco soy muy adepto a la bebida, solo en aquellas ocasiones que lo ameritan —respondió, bebiendo un poco.

—No lo hubiese imaginado. —Él la miró sorprendido, y ella supo que debía aclararle su comentario—. Lo digo por la vez que compartimos en la fiesta del Palacio Ducal.

—Bueno, esa era una ocasión que lo ameritaba —aclaró divertido—. Y solo fueron cinco copas en toda la noche.

—Dos de ellas seguidas —acotó Victoria, sintiéndose relajada.

—Me estaba dando valor. —Fue sincero y no supo por qué, las palabras solo salieron de sus labios.

—¿Dándose valor? —inquirió sin entender.

—Sí, me daba valor para invitarla a bailar —dijo mirándola a los ojos. A esas alturas no podía mentir, así que decidió decir la verdad.

Su voz suave fue como una caricia para ella, que la hizo sonrojar y desvió la mirada, dando gracias a Dios por enviar al mesero con la comida. Bajó las manos de la mesa para esconder su temblor y respiró con disimulo para calmarse.

Quedaron en silencio hasta que Piero se retiró, ella mencionó algo sobre la comida con la clara intención de cambiar de tema y él aceptó ese comentario de buena gana. No entendía por qué se comportaba como un niño frente a esa mujer, de repente toda su seguridad fallaba y sus pensamientos dejaban de pertenecerle, pero lo peor eran las sensaciones que ella despertaba en su cuerpo, la fuerza con la cual su corazón latía cada vez que se acercaba, cuando lo miraba a los ojos o simplemente le sonreía.

De esa forma transcurrió la comida, solo haciendo algunos comentarios sobre la reunión que sostendrían Brandon y Luciano con las personas del Piamonte, y las actividades a realizar si todo salía como esperaban. Todo eso dentro de un plano cordial pero distante, ninguno de los dos ahondó en el plano personal, no hablaron de sus respectivas infancias o de sus gustos; era como si estuviesen evitando a toda costa conocer algo más del otro, un temor que no entendían se los impedía.

Terminaron y Fabrizio pidió la cuenta, desde hacía un par de minutos el silencio se había apoderado de ambos, él se puso de pie y le ofreció su mano para ayudarla. Victoria la recibió, pero enseguida se liberó del agarre, no porque fuese incómodo, sino porque la intimidaba; antes de salir el hombre que los había recibido posó de nuevo su mirada en ella y le dedicó una sonrisa bastante intencionada, a la que Victoria respondió de forma cordial, pero con menos entusiasmo.

En ese momento Fabrizio la sujetó del brazo, en un claro gesto de advertencia hacia al *maître* para que se mantuviese alejado; ella se sorprendió, pero no se quejó. Caminaron de esa manera hasta donde él había estacionado el auto, Fabrizio le abrió la puerta, ella subió aún sin comprender la actitud del italiano, parecía molesto, pero cuando entró ya no parecía tenso, sonreía, aunque su mirada era seria.

—¿Cree que mi primo y el señor Di Carlo ya estén en casa? —preguntó, porque esa sería la excusa perfecta para regresar.

—No lo creo, esas reuniones, por lo general, suelen extenderse... ¿Desea

que la lleve hasta la oficina? —contestó con otro interrogante, sin desviar la mirada del camino.

—No, no quiero quitarle más tiempo, seguramente tendrá otros asuntos que atender. Era simple curiosidad.

—No tengo nada que hacer, hoy es mi día libre —mencionó con naturalidad, como si fuese cierto, pero en realidad no lo era; sin embargo, estar junto a ella era mejor que quedarse en la oficina.

—Con más razón, de seguro quiere descansar o visitar a alguien.

—Por hoy, solo deseo dedicarle mi día a usted —respondió contundente, entregándole esa sonrisa que usaba para seducir, quizá era lo que en el fondo deseaba, seducir a Victoria Anderson.

De nuevo ese tono en su voz que la hacía marearse, esa sonrisa que la deslumbraba y ese brillo en sus ojos que los hacía lucir tan hermosos, le hicieron vibrar la piel. Ella se quedó en silencio hipnotizada por la mirada de Fabrizio, mientras su corazón de nuevo latía desbocado, enfocó la vista en la ventanilla, intentando concentrarse en cualquier otra cosa, necesitaba hacerlo antes de que sus deseos de besarle, la rebasaran y terminara haciendo algo de lo que podía arrepentirse.

—En ese caso, podríamos dar un paseo. Ya he visitado algunos lugares con su hermana, pero siento que me falta mucho por conocer, esta ciudad es realmente hermosa —respondió con la mirada puesta en los edificios, intentando mostrarse casual, aunque sabía que era riesgoso seguir junto a él, no podía negarse.

—Por supuesto, ¿desea ver algo en particular? —inquirió sintiéndose aventajado, estaba claro que ella estaba nerviosa.

—Lo dejo a su elección, es su día libre —contestó, volviéndose para mirarlo, con una de esas sonrisas que iluminaba las hermosas esmeraldas que parecía tener por ojos—. Tendrá que ser algo que usted también disfrute —agregó con naturalidad.

—Tenga por seguro que ya lo estoy haciendo —afirmó, detallando el hermoso rostro de Victoria, y sonrió al verla sonrojarse.

El auto avanzó por las calles de Florencia, él le nombraba lugares y ella respondía si ya los había visitado, entre los que le faltaba por conocer, estaba la Plaza de la Signoria en el centro de la ciudad, cerca del Pallazo Vecchio. Fabrizio se sorprendió de que Fransheska no la hubiese llevado antes, pues La fuente de Neptuno, era uno de los atractivos principales dentro de la ciudad.

Victoria caminó hasta estar cerca del monumento, la fuente era una

verdadera obra de arte, como todo aquello que seguía el estilo romano, el personaje principal, Neptuno, mostraba su anatomía impecable y definida en perfecta desnudez. Se dedicó a observar cada detalle, los relieves, los colores que se distinguían, la importancia de los personajes; el sol se reflejaba en el agua creando bellos destellos de colores, y metió la mano llevada por la curiosidad.

—Es hermoso, los contrastes... las líneas —mencionó casi para sí misma, paseando su mirada por los caballos esculpidos en mármol.

—Pienso lo mismo, aunque algunos, no les parezca que deba estar expuesta al público —dijo, acercándose hasta ella.

—¿Por qué? —preguntó, sorprendida.

—Cuestiones de pudor, a las mujeres no les agrada mucho la idea de tener la estatua de un dios desnudo, en medio de una plaza; claro está, no hablo de todas —explicó, mirándola a los ojos.

—Eso es absurdo, es natural... digo, es arte, debe ser visto como una forma de expresión, no debería implicar nada más, solo la representación de la anatomía humana en su más sublime estado —acotó, sintiéndose sorprendida de que alguien pensara lo contrario.

—Estoy de acuerdo con usted, es la primera vez que escucho a una mujer hablar así de la desnudez —pronunció, realmente impresionado por la libertad con la que ella se expresaba.

Victoria no pudo evitar sonreír al escucharle decir aquello, si tan solo supiese cuán apenada se sintió la primera vez que vio a un hombre desnudo, uno que, además, era idéntico a él. El recuerdo de aquella imagen llegó tan nítido a ella, que una ola de sonrojo barrió su rostro y la obligó a desviar la cara para que no la viera, mientras sentía cómo sus latidos se desbocaban una vez más.

—Como arte me parece maravilloso... en otro ámbito lo trato con naturalidad, trabajé como enfermera, señor Di Carlo, e incluso estudié medicina, así que no existe nada que no haya visto o estudiado dentro de la anatomía del ser humano —expresó con franqueza, ante la mirada sorprendida de Fabrizio, eso la hizo sentir orgullosa.

—¿Doctora? —preguntó, sin lograr disimular su asombro.

—Así es, aunque lamentablemente no pude ejercer mi profesión; a pesar de contar con el apoyo de los doctores con los que trabajé como enfermera, los directivos del hospital, todos hombres por supuesto, me negaron ser parte del personal médico y me sugirieron continuar como enfermera, ya que esa es



una profesión más «acorde» con mi condición de mujer —resumió, sintiendo que él la comprendería, pues Terrence lo hubiese hecho.

—Lamento que haya recibido un trato tan injusto, yo estoy a favor de que tanto hombres como mujeres puedan desempeñarse en aquello en lo que son buenos. Muchos dicen que soy un idealista, pero siempre defenderé mi postura —expresó con determinación.

—Y personas que intentan abrirse paso, como yo, siempre le estaremos agradecidas de que lo haga —respondió, dedicándole una sonrisa radiante, que iluminó su mirada.

De ese modo pasaron unos minutos, hasta que él se puso de pie y sugirió continuar, ella se encontraba sentada junto a la fuente y cuando alzó la mirada, Fabrizio le extendía su mano. Su mente una vez más evocó el recuerdo de Terrence desnudo y todo en su interior se revolucionó, despertando su deseo; se levantó con rapidez, lo que le provocó un leve mareo, y lo dejó con la mano extendida, luego caminó con paso apresurado para alejarse.

«¿¿Sé puede saber qué te pasa?! ¡Victoria, por Dios! Tienes que dejar de pensar en eso... recuerda que le juraste a Terrence que siempre le serías fiel, incluso con el pensamiento, y debes cumplir.»

Su rostro estaba pintado de carmín, sus manos temblaban y su corazón latía violentamente, ni siquiera esperó por él para subir al auto, solo lo hizo y se quedó en silencio. Temía que, de hablar, el tono de su voz terminara delatando su estado, en ese instante recordó cómo se erguían sus pezones cuando se excitaba, por lo que se encorvó un poco hacia adelante para esconder esa reacción.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Fabrizio, preocupado.

—Sí... sí, discúlpeme, es que... recordé que... que debo escribir una carta —respondió, luchando por sonar convincente.

—¿Una carta? —inquirió de nuevo, sintiéndose desconcertado. Ella asintió en silencio en respuesta—. De acuerdo, volvamos a la casa, entonces —agregó, encendiendo el auto.

El trayecto de regreso lo hicieron una vez más en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, ella mirando a través de la ventanilla, mientras él se sentía ansioso por decir algo, pero no sabía qué, por lo cual decidió no hacerlo. Llegaron y él la ayudó a bajar del coche.

—Muchas gracias por sus atenciones, señor Di Carlo —dijo cruzando fugazmente la mirada con él.

—Ha sido un placer, señorita Anderson.

Sin esperarle, Victoria entró enseguida a la casa para luego subir las escaleras con prisa y desaparecer en el pasillo, necesitaba alejarse de él para poner en orden sus pensamientos.

Fabrizio se quedó en la base de la escalera viéndola huir, no entendía por qué esa mujer reaccionaba de ese modo ante su presencia, y tampoco por qué él se sentía tan atraído por ella, si apenas la conocía. Quizá esa precisamente esa aura de misterio que la rodeaba lo que lo tenía intrigado, o su innegable belleza; la verdad no lo sabía, pero estaba dispuesto a ver hasta donde lo llevaba su interés por ella.

## Capítulo 3

Los avances de Daniel en Charleston eran mayores con el pasar de los días, ya había examinado todos los balances del pasado año, comparando por sí mismo los porcentajes que cada vez dejaban más satisfacciones a la familia Anderson y a su vez los trabajadores veían recompensado su trabajo. Llegaba muy temprano al banco y se iba ya entrada la noche, demostrándole al personal del banco que había llegado hasta allí para ser útil y que se ganaría cada reconocimiento por mérito propio, y no por ser el sobrino del jefe de la familia.

—Buenos días. —Entró saludando a quien encontraba a su paso, eso fue algo que aprendió de su tío y que le había funcionado bastante bien.

Brandon decía que, para crear una excelente relación de trabajo, lo primero que debía existir era la confianza, dar el trato justo a cada persona y poner las virtudes por encima de los defectos. Jamás se le debía negar a nadie la oportunidad de demostrar cuán capaz podía llegar a ser, y él era un ejemplo de ello; pues en un principio ni siquiera imaginó que algún día podía llegar a donde estaba.

Por ir sumido en sus pensamientos, no logró esquivar a su secretaria y acabó chocando con ella. Vanessa salía de la oficina con prisa, pues esa mañana se había quedado dormida y se le había hecho tarde para dejar los libros que su jefe le había pedido el día anterior.

—Lo siento, señor Lerman, no lo vi. —Ella retrocedió de inmediato en un acto reflejo, sintiéndose avergonzada.

—No se preocupe, señorita Scott, yo también venía distraído. Buenos días, ¿cómo estás? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Buenos días, estoy bien, gracias por preguntar... le acabo de dejar sobre el escritorio los reportes que me pidió ayer —respondió aún desconcertada por la situación—. Tengo que organizar estas carpetas, pero enseguida regreso para ayudarlo —agregó, caminando para alejarse.

—De acuerdo, y señorita Scott, podría...

—Su café, sí señor, enseguida —mencionó con tono amable.

—Exacto, gracias —respondió sonriendo y entró a su oficina.

El día transcurrió rápidamente, entre tantos informes, balances y nuevos planes de trabajo que comenzaba a elaborar. Cuando quiso darse cuenta ya eran las siete de la noche, él seguía en la oficina revisando balances, aunque no era la primera vez que lo hacía.

Desde que llegó a esa ciudad mantenía esa rutina, pues no le gustaba llegar a su apartamento y encontrarse con tanta soledad, ya que no hacía más que pensar en quien no debía. Hasta llegó a pedirle al gerente que le autorizase a trabajar los fines de semana, alegando que se aburría en su departamento, a Whitman le extrañó su petición, pero dado lo insistente que fue, no le quedó más remedio que acceder.

—Señor Lerman, disculpe que lo moleste, solo pasé a informarle que ya me retiro —mencionó Vanessa, desde la puerta.

—¡Por Dios! No había visto la hora, deme cinco minutos para organizar esto y la llevo a su casa —dijo, poniéndose de pie.

—No señor, por favor, no se moleste, no vivo lejos de aquí, además usted está ocupado con esos documentos.

—No es ninguna molestia, ya es tarde y estoy algo cansado para seguir descifrando números, continuaré con eso mañana —contestó, mientras caminaba para buscar su abrigo.

Vanessa lo esperó, pero solo para acompañarlo a la salida, no dejaría que la llevase; sin embargo, minutos después ambos se encontraban en el estacionamiento del edificio. Daniel caminó hasta el lado del copiloto para abrirle la puerta, ese gesto la sorprendió, pero lo recibió de muy buena gana.

—Está trabajando mucho, señor Lerman, debería descansar un poco —expresó ella cuando él subió, sin saber qué más decir.

—Sí, eso dice todo el mundo..., pero la verdad no tengo nada más interesante que hacer, no es muy alentador llegar a un departamento y encontrarlo vacío, seguir todos los días la misma rutina. Al menos el trabajo ayuda a que me distraiga un poco o que termine tan cansado, que al llegar me duermo enseguida —mencionó con la mirada puesta en el camino, y una media sonrisa en su rostro que no llegaba a iluminar su mirada; por el contrario, le daba un aspecto triste.

—Comprendo... es muy difícil llegar a una casa vacía, no tener a nadie que te espere o con quien hablar —respondió ella, quien conocía de primera mano lo que era sentirse de esa manera.

—¿Usted no tiene familia? —preguntó Daniel al verla hablar con tanta propiedad, pero después se arrepintió por ser tan indiscreto.

—No, es decir sí, pero mi familia está muy lejos, soy mexicana... Llegué a este país hace cuatro años, me casé con un militar que conocí siendo muy joven —explicó, sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Y su esposo? —Daniel se regañó de nuevo, pero ya era tarde.

—Él murió hace un par de años en la guerra, fue enviado a luchar en Europa... al igual que muchos, pagó con su vida las locuras y las ambiciones de otros —contestó y su tono se hizo más serio.

—Lo siento mucho —murmuró él, sin saber qué más agregar.

—No se preocupe, ya he aprendido a vivir con esta pena a costas, creo que cuando te despidas de alguien y sabes que tal vez no lo verás de nuevo, cuando te confirman que será así... la resignación llega con más facilidad. Caso muy distinto si Peter hubiese muerto en un accidente o de una manera más repentina, no le niego que hasta el último momento tuve todas mis esperanzas puestas en verlo otra vez... pero no siempre la vida es lo que uno quiere, ¿no? —cuestionó, y la tristeza era palpable en cada una de sus palabras.

Daniel asintió, pero no mencionó nada más, solo se dedicó a analizar las palabras de Vanessa, encontrando mucho sentido en ellas. Tal vez eso era lo que le sucedía a Victoria, nunca tuvo la oportunidad de despedirse de Danchester; al menos no una despedida definitiva, suponía que entre ellos quedaron muchas cosas pendientes, de seguro eso era lo que la mantenía amarrada al fantasma de su exnovio.

—Es justo al dar la vuelta en la esquina, señor Lerman.

Daniel vio el edificio de tres pisos, bastante colorido, y con un aspecto mucho más cálido que el lugar donde él vivía, detuvo el auto y bajó para abrirle la puerta. Aunque fuese su empleada, él era un caballero y debía tratarla como a una dama.

—Muchas gracias, señor Lerman. —Le extendió la mano para despedirse, al tiempo que le sonreía.

—No fue nada, señorita Scott, nos vemos mañana, que descanse.

—Igual usted, nos vemos mañana —respondió, y le dio la espalda.

Daniel esperó hasta que entró al edificio, después de ello subió al auto de nuevo y lo puso en marcha, resignado a cenar una vez más en el restaurante que estaba cerca de su departamento.

Los Anderson tenían todo preparado para su mudanza, aunque, en realidad solo se trataba de trasladar su equipaje a la Casa Renai, pues la misma ya se

encontraba equipada con todo lo necesario, y Fiorella ayudó a Victoria a contactar al antiguo personal de los Lombardi, quienes eran personas de confianza y ya conocían el lugar.

Brandon también le sugirió enviar a buscar a Ángela, eso emocionó mucho a Victoria, porque necesitaba a alguien a quien contarle cosas que no podía decirle a su primo, sentimientos que solo una mujer era capaz de comprender, así que le escribió un telegrama para que viajase cuanto antes.

Fransheska se ofreció a ayudarla con su equipaje, aunque ya su madre había designado a una mucama que se encargara de la labor, ella sentía curiosidad por conocer el estilo de Victoria. Debido a la guerra, Europa había dejado de estar en tendencias en cuanto a moda, por eso se sentía encantada con los hermosos vestidos de Victoria, las sombrillas, los bolsos, los zapatos, cada detalle del guardarropa era elegante, exquisito, el sueño de toda mujer.

—Señorita Anderson, tiene un gusto extraordinario, todo es tan hermoso, este chal es bellísimo, los detalles del bordado, la caída de la tela... —mencionó, apreciando tejido que se deslizaba de sus manos.

—Por favor, llámame Vicky, entre chicas no deberíamos andar con tantas formalidades —indicó, doblando un hermoso vestido azul cielo, pues nunca había conseguido quedarse sentada mientras veía a otras personas encargarse de sus cosas, le gustaba ayudar.

—Me parece excelente, entonces llámame Fransheska, por favor —contestó con una sonrisa, y le entregó la delicada pieza.

—Me gustaría que conservaras este chal —dijo, sin recibirlo.

—Pero... no puedo aceptarlo, es una pieza muy hermosa, de seguro no habrá otra igual, no... no puedo aceptarlo, Vicky, muchas gracias —respondió, negando con la cabeza.

—No te preocupes, tengo otros y quiero que lo conserves, además el color te sienta mucho mejor que a mí —respondió con el chal aún extendido y una sonrisa—. Tómalo como un regalo, por favor.

—Es una verdadera belleza, muchas gracias, Vicky. —Sus ojos se iluminaron de felicidad.

—Tengo que buscar un papel para envolver las zapatillas, señorita Anderson, así no se maltratarán —anunció Esther, y salió.

Fransheska caminó hasta el armario para comprobar que no se quedaba nada y vio una pequeña caja blanca con flores doradas en relieve, muy hermosa. La agarró con sumo cuidado, pues sabía que objetos como esos escondían grandes tesoros para las mujeres, sonrió recordando su propio cofre

y se volvió para entregársela.

—Vicky, falta esto —mencionó, mostrando una sonrisa cómplice.

Victoria levantó la vista y su rostro palideció, por lo que Fransheska se sorprendió y sin ver donde pisaba, terminó tropezando con una de las maletas. La pequeña caja voló de sus manos, terminó cayendo y todo su contenido quedó esparcido por la alfombra, Victoria contuvo la respiración mientras veía aquel desastre.

—¡Que torpe soy! Disculpa —pronunció Fransheska, al tiempo que se acercaba para tomar unas cartas y un par de portarretratos.

—¡No! No te preocupes... yo las recojo. —Victoria agarró todo con manos temblorosas y los puso de nuevo en la caja, la cerró con llave y la metió dentro de un bolso de mano.

Fransheska la observó sintiéndose algo desconcertada por esa reacción que le pareció exagerada, pero luego pensó en que quizá se sentía avergonzada de que alguien viese esas cartas que parecían provenir de algún admirador. Y que tal vez era el mismo hombre de las fotos, que por desgracia no logró ver porque los portarretratos cayeron boca abajo.

—Discúlpame, es que a veces soy tan tonta... ¿No se estropeó nada? —preguntó, sintiéndose apenada.

—Tranquila, todo está bien, yo soy igual, a veces no sé dónde tengo la cabeza —respondió fingiendo una sonrisa que ocultara nerviosismo—. Muchas gracias, por poco la olvido.

—De nada —contestó y le tocó el hombro con delicadeza.

Una vez todas las pertenencias estuvieron empacadas para instalarse al día siguiente en casa Renai, ambas bajaron a la primera planta. Brandon y Fabrizio se encontraban reunidos en la terraza y a la llegada de las damas, se pusieron de pie, un minuto después, Luciano también se sumaba a la reunión, traía en sus manos un sobre blanco con algunos sellos postales.

—Brandon, le tengo excelentes noticias. De algún modo, el duque de Oxford se enteró de la labor que desea emprender en el Piamonte y nos ha enviado una carta, la misma dice que podemos contar con su colaboración en todo aquello que sea necesario, al igual que el duque de Orleans, ambos se pusieron a nuestra disposición para reunirse en Londres o aquí en Florencia —anunció complacido.

—¿Benjen Danchester? ¿Está seguro de eso, Luciano? —inquirió Brandon, sin salir de su asombro.

—Así es, aquí está la carta —Luciano, se sentó junto a su esposa, y le

acarició la mano—. A mí también me sorprende mucho.

—Bueno, la familia Danchester y la nuestra han sido amigas desde hace algunos años, Victoria estudió con su hijo en Londres —explicó Brandon, y no pudo evitar posar su mirada en Fabrizio.

Sin embargo, él no mostraba alteración alguna, ni por la mención del apellido, ni por la acotación que acababa de hacer. Su mirada se encontró con la de Victoria, y pudo ver que ella también se mostraba desilusionada de que Fabrizio no hubiese tenido ninguna reacción, seguía tan inmutable como siempre.

—¡Oh! Seguramente lamentó muchísimo su pérdida —acotó Fiorella, observando con congoja a Victoria.

Ella levantó la vista y sus ojos se encontraban húmedos, sin saber qué decir, solo asintió en silencio; cada vez se sentía más desconcertada, porque si esa familia sabía de la existencia de Terrence, cómo era que ninguno hablase del impresionante parecido que tenía con Fabrizio. Sabía que ella no se estaba inventando todo eso, que Brandon también estaba de acuerdo en que eran idénticos.

—Es una verdadera desgracia, perder a prácticamente toda su familia en un accidente, tan de repente... es realmente trágico —agregó Fransheska, mientras recordaba el suceso.

—¿Toda su familia? —preguntó Victoria, y su voz se quebró.

—Sí... El duque de Oxford, perdió a sus dos hijos varones y a su esposa en un accidente de trenes... solo sobrevivió la niña —confirmó Fiorella, mostrándose desorientada por su actitud.

—No teníamos conocimiento de esto —dijo Brandon, un poco más dueño de la situación, pero igual de sorprendido que Victoria.

Lo último que él había escuchado, era que estaba avocado por completo a acabar con la guerra, y que por eso no había regresado para el aniversario luctuoso de Terrence, claro eso se lo dijo Amelia Gavazzeni. Sin embargo, Victoria tenía otra información, su suegra le había dicho que quizá su ausencia se debía a que la última vez que se vieron, habían tenido una fuerte discusión, y a lo mejor por eso él había decidido no regresar a América.

—Hace poco se cumplieron dos años del suceso, fue durante el invierno, la familia viajaba de Norfolk a Londres y el tren donde iban se descarriló, el accidente fue horrible y muy pocos sobrevivieron —expresó Fransheska con tristeza.

—La verdad es que tenemos mucho tiempo sin saber de él, no lo vemos



desde otoño de 1917, cuando nos reunimos en Nueva York. Y en nuestra reciente visita a Londres fuimos a verlo, pero no se encontraba en la ciudad. —Brandon explicó la situación.

—Debemos visitarlo en cuanto nos sea posible —pidió Victoria, mirándolo a los ojos, quería brindarle sus condolencias.

—Por supuesto, en cuanto regresemos del Piamonte viajaremos hasta Londres, por ahora podemos enviarle una carta.

—¿Era muy amiga del joven? —inquirió Fiorella, mirándola.

—Sí, pero no de sus hijos menores, estudié en Londres con su hijo mayor, Terrence —contestó, y su voz se quebró de nuevo.

Los italianos asintieron en silencio comprendiendo la situación, a excepción de Fabrizio quien parecía estar ajeno a la conversación, aunque se podía decir que su cuerpo estaba tenso. En ese instante se volvió a mirar a Victoria, pero apenas mantuvo su mirada en ella durante algunos segundos, después la desvió, ignorándolos a todos.

—Por supuesto, eran más contemporáneos, nunca se supo mucho de ese joven y ni siquiera recuerdo haberlo visto en público junto a su familia, bueno, aunque tampoco es que hayamos sido invitados a compartir con alguien de la realeza —acotó Fiorella, sonriendo.

—Nosotros lo conocimos bien, Terrence fue un joven muy particular y una excelente persona, digno de confianza y respeto —aseguró Brandon, paseando su mirada de Fabrizio a Victoria, le agarró la mano a su prima, notando que estaba muy afectada.

—Me duele un poco la cabeza, si me disculpan, me gustaría subir a mi habitación a descansar —mencionó, dedicándole una mirada a Brandon, que él conocía muy bien.

—Por supuesto, ve —respondió Brandon, poniéndose de pie.

Luciano y Fabrizio también siguieron su ejemplo y se levantaron para despedirla, mientras que Fiorella y Fransheska le dedicaron una sonrisa, mostrándose comprensivas con ella. Victoria se retiró bajo la mirada atenta de los presentes; sobre todo la de Brandon, quien veía con preocupación que su prima, una vez más, estaba caminando hacia el abismo de donde él estaba luchando por mantenerla alejada.

Amelia llevaba una semana en el palacio de Blenheim, y aún seguía sintiéndose extraña, aunque casi había suplicado a Benjen que la dejara quedarse en un hotel en Londres, no logró convencerlo y en el fondo ella sabía

que estaba tratando de cuidarla de un posible escándalo. Claro que no se lo dijo, solo se negó alegando que, en su corazón y su alma, siempre habían sido esposos y que ninguna otra mujer tenía más derecho de estar en el palacio que ella; de pronto suspiró, y su mente voló al día en que le propuso que fuese su esposa.

Era una hermosa tarde de primavera, ella se encontraba sentada junto a él, mientras una suave brisa movía su cabello que llevaba suelto y resplandecía bajo la luz del sol, tenía la mirada brillante y sonreía. Él la observaba sintiéndose absolutamente embelesado, sus ojos habían recuperado ese brillo que poseían años atrás, ambos parecían haberse quitado diez años de encima, gracias a la felicidad que los embargaba y que era innegable.

—Quédate conmigo —pidió de repente, y ella se volvió a mirarlo mostrándose sorprendida—. Ahora que regresemos a Londres, quiero que te quedes conmigo, quiero que seas mi esposa.

—Benjen... yo... tengo que... ¿No crees que es muy pronto? —cuestionó sintiéndose nerviosa, aunque deseaba con toda su alma decir que sí, seguía sintiéndose temerosa de dar un paso así.

—No, no lo es; por el contrario, deberíamos estarlo desde hace mucho tiempo y lo sabes —respondió, sujetándole las manos—. Pero si te preocupan los comentarios que puedan suscitarse, pierde cuidado. Enviudé hace dos años, moralmente nada me impide casarme de nuevo y estoy seguro de que mi primo nos dará su bendición.

—No hablo de eso, sabes que la opinión de los extraños nunca me ha importado; sin embargo, está tu hija... ella es lo que más debe importar ahora, aún está muy pequeña y tal vez no reciba de buen agrado la noticia de que su padre planea casarse de nuevo. —Amelia intentó hacerle ver dónde radicaba su verdadero miedo, temía que la hija de Benjen la rechazara, no quería ponerlo en una situación complicada.

—Dominique es una joven muy madura para su edad, Amelia, estoy seguro de que comprenderá la situación, pero tienes razón, lo más importante debe ser ella, no quiero que se sienta desplazada o incómoda por nuestra relación, me prometí hacer las cosas bien de ahora en adelante, quiero enmendar los errores del pasado... al menos aquellos que aún pueda —dijo y su semblante se puso serio.

—Entonces habla primero con ella, y escucha lo que tenga que decirte. — Le acarició la mejilla con delicadeza al tiempo que le dedicaba una hermosa sonrisa, esa que lo enamoraba cada día más.

—Te prometo que lo haré y ten por seguro que conseguiré que Dominique comprenda que tenerte a nuestro lado será lo mejor, ya verás que terminará aprobando nuestra relación, mi pequeña es un ser especial, lleno de bondad y merece tener un hogar de verdad —acotó, mirándola a los ojos, y de pronto dejó ver una sonrisa enigmática, la misma que le había heredado a Terrence—. Te quiero en mi vida para siempre, Amelia, y por eso es que, en este lugar, te pido que seas mi esposa —le ofreció una pequeña guirnalda de flores que llevaba varios minutos tratando de hacer, aunque no era tan hermosa como las de ella.

—¿Qué es esto? —inquirió riendo, llena de emoción y de nervios.

—Es tu anillo, aunque te prometo que tendrás uno de verdad, te daré el más hermoso que se haya creado, digno de la dueña de mi corazón, de mi mujer... de mi duquesa —expresó con emoción y se acercó para besarla, pero se detuvo—. Dime que me aceptas, que serás mi esposa y que te quedarás conmigo para siempre.

—Acepto, Benjen... seré tu esposa y me quedaré contigo para siempre —mencionó rebosante de emoción y luego lo besó.

Él respondió a ese gesto con renovado entusiasmo, tanto que terminaron tendidos en la hierba, riendo y con la esperanza de que esa vida juntos, que tanto anhelaron, por fin sería una realidad. Y una vez más se entregaron al amor, dejando que sus cuerpos también expresaran aquello para lo que las palabras a veces no alcanzaban.

## Capítulo 4

Los rayos del sol que se filtraban a través de las ventanas, dejaban ver que la tarde comenzaba a caer dando paso a la noche, casi finalizaba otro día de arduo trabajo en Charleston. En esa oportunidad había solicitado la presencia de Vanessa, pues los balances que estaba estudiando eran de mucho antes de su llegada y ella los conocía mejor.

Daniel quería mostrar un informe detallado del año anterior en la próxima junta, que sería en dos semanas, aunque Sean mencionó que no era necesario, él insistió. Esa era la mejor forma de demostrar que la decisión de su tío de darle esa oportunidad había sido la correcta, porque él haría que el crecimiento de esa sede fuese mucho mayor al cabo de un año, e incluso podrían abrir otra sucursal en la ciudad.

Levantó el rostro del balance que terminaba de revisar y vio cómo Vanessa movía el cuello de un lado a otro, luego se quitó los anteojos y se llevó los dedos a los párpados para frotarlos. Era evidente que estaba exhausta, se sintió mal pensando que estaba abusando de ella, pues todos esos días habían estado hasta tarde trabajando.

—Creo que está bien de trabajo por hoy, señorita Scott —mencionó, estirándose en el sillón—. Lo mejor será dejar esto y continuar mañana, estamos bien de tiempo —agregó con una sonrisa.

—No tengo problema en seguir, señor Lerman, lo importante es tener listo el informe para la junta. —Quizá había visto su gesto y pensó que ella le dejaba ver su cansancio para poder irse a su casa.

—No creo que sea necesario, ya hemos adelantado bastante, ¿por qué mejor no me acompaña a cenar? —sugirió, viéndola a los ojos.

—Usted debe de estar cansado, no está bien que se tome molestias por mí —contestó, levantándose y caminó hacia los archivos.

—No es ninguna molestia, así le ahorro el trabajo de llegar a su casa y preparar la cena —agrego cordial mientras se ponía de pie y caminaba en su dirección para guardar otro de los libros.

—Señor Lerman, la verdad no es necesario —esbozó con algo de esfuerzo, pues a pesar de estar en una pequeña escalera que había llevado para

alcanzar los estantes más altos, tuvo que ponerse de puntillas para dejar el pesado libro en su lugar.

Daniel vio como perdía el equilibrio y de prisa acortó la distancia, consiguiendo atajarla antes de que cayera al piso y terminara lastimada, Vanessa era delgada así que él la cargó con poco esfuerzo. Ella se sostuvo de su cuello para no caer y sus rostros quedaron muy cerca, provocando que sus miradas se fundieran.

Él podía sentir el dulce aroma a flores que ella usaba, el mismo que lo invitaba a acercarse más, y a medida que iba pasando el tiempo los latidos de su corazón cobraban mayor fuerza. Al fin, consiguió recobrar la compostura y la bajó con cuidado, pero sin romper el contacto visual, hasta que ella lo hizo, bajó la mirada mostrándose apenada y enseguida buscó alejarse de él.

—Lo siento mucho, señor Lerman, a veces puedo ser tan torpe.

—No se preocupe, solo fue un infortunio, al menos salió bien librada. —  
No sabía ni lo que decía, se sentía sumamente nervioso.

Ella levantó el rostro y sus miradas se encontraron de nuevo, aún seguían peligrosamente cerca, Vanessa comenzó a sentirse atrapada entre la poderosa figura de su jefe y los archivos a su espalda. Su corazón empezó a latir de manera desbocada, lo que la hizo sentir avergonzada porque estaba casi segura de que él podía escucharlo, quería caminar y alejarse, pero sus piernas no le obedecían.

Daniel, también le ordenaba a su mente apartarse, pero su cuerpo hacía todo lo contrario, no lograba despegar su mirada del delicado y atractivo rostro de su secretaria. De un momento a otro, su respiración se tornó pesada y su deseo de hombre ya se hacía presente; ella se veía realmente hermosa bajo las luces doradas de la tarde, sus ojos lo hipnotizaban y sus labios eran una invitación.

Vanessa contuvo la respiración, su mirada se desvió de sus ojos y sin quererlo, se posó en sus labios. Hermosos labios de hombre que la tentaban como hacía mucho no le ocurría, su corazón dio un vuelco al ser consciente de que estaba deseando a ese hombre.

Daniel negó con la cabeza cuando ella rompió el contacto visual, atrayendo de nuevo su atención, subió las manos hasta posarlas en sus hombros y cedió ante el deseo, bajó hasta rozar sus labios con los de ella. Aunque al principio la sorpresa no le permitió reaccionar, las suaves caricias de él derrumbaron en un instante todos sus cimientos, su boca le demandaba por más y ella separó sus labios para entregarse.

Sin siquiera darse cuenta tomaba parte del intercambio, aferró sus manos en la espalda de Daniel y lo atrajo a su cuerpo un poco más. Sintió cómo él llevó sus manos a la altura del cuello y desapareció la distancia entre ambos, haciendo el beso más profundo.

Era tierno y firme al mismo tiempo, sus lenguas se unían en un vórtice de sensaciones, que los estaba llevando a terrenos poco seguros. Sus respiraciones estaban cada vez más agitadas y la llama del deseo ya comenzaba a destellar dentro de sus cuerpos. Daniel tuvo un momento de lucidez y se alejó, dejándola mareada, con una ola de calor recorriendo todo su cuerpo y las piernas temblorosas.

—Señorita Scott... yo... discúlpeme... discúlpeme, por favor —mencionó con nerviosismo, agarró las llaves de su auto y salió.

Vanessa se quedó en el mismo lugar, sintiéndose totalmente aturdida, y sin entender por qué él había huido de esa manera; cerró los ojos y se sujetó del estante a sus espaldas. Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero respiró profundamente para calmarse, aunque no pudo evitar sollozar y llevarse las manos a los labios que aún seguían trémulos.

Minutos después, y sintiéndose más dueña de sí, salió del lugar, agradeciendo que a esa hora ya casi todos se habían marchado. Porque así no verían el estado en el cual se encontraba. No quería dar pie a habladurías, por lo que debía buscar la manera de hacer que lo sucedido quedara en el olvido.

Fabrizio tenía la mirada perdida en algún rincón del hermoso paisaje que rodeaba la casa que ya conocía de memoria, el sol estaba en lo alto, creando un día grandioso. Sin embargo, en lugar de sentirse con ánimos para salir a cabalgar, ir a nadar, al río o hacer cualquier otra actividad a las que estaba acostumbrado, se sentía melancólico, era como si a ese día le faltase algo para ser completamente perfecto.

—Fabrizio, ¿me estás escuchando? —protestó Fransheska, enérgica al ver el mutismo de su hermano.

—No tengo ganas de salir a ningún lado, ve tú.

—Se nota que estás prestando atención, no he hablado de salir a ningún lado, dije que acaba de llegar Antonella y está preguntando por ti. Sabes que no me cae bien, así que levántate de esa silla y ve a atenderla —mencionó con un claro tono de reproche.

Fabrizio la miró con algo de desconcierto, como si le hablase en otro idioma, pero después de unos segundos su mente procesó la información.

Suspiró y cerró los ojos un instante, luego se puso de pie y salió rumbo al recibidor para atender a su amiga.

Fransheska lo miró con asombro ante su actitud, no entendía lo que estaba sucediendo con su hermano, ella le acababa de decir que esa mujer lo buscaba y más que causarle emoción su llegada, parecía que le produjera fastidio. En esos últimos días, Fabrizio se había mostrado de manera extraña, mucho más callado que de costumbre, sumido en sus pensamientos. Negó con la cabeza para alejar todas las hipótesis que podían darle una explicación a la actitud de su hermano, y salió hacia el jardín, el día estaba hermoso así que aprovecharía para tomar un poco de sol y darle algo de color a su piel.

Antonella lo vio entrar y su mundo pareció iluminarse por completo, lo había extrañado cada día de esos meses en los que estuvieron separados. Caminó hasta él al tiempo que le entregaba la mejor de sus sonrisas, sintiendo que su sola presencia la hacía sentir una vez más como una chiquilla enamorada.

—¡Fabrizio! ¡No tienes idea de cuánto te extrañé! —expresó, rodeándole el cuello con los brazos para atraerlo hacia ella, y aprovechando que no tenían testigos, lo besó.

—También me alegra verte, Antonella —respondió con mucho menos entusiasmo que ella, alejando su rostro para detener sus avances, que buscaban prolongar ese gesto.

—Estaba loca por dejar Roma, esa ciudad es un caos, cada vez hay más tráfico y más personas... Es horrible.

Cambió de tema al ver que él la alejaba, recordó que le había pedido evitar ese tipo de comportamiento en casa de sus padres, y hacía bien, no quería ser víctima de las miradas reprobatorias de su madre, quien no perdía ocasión para hacerle ver su antipatía. Aceptó su mano y se sentó junto a él en el sillón, buscando estar lo más cerca posible, porque había extrañado sentir su calor, se moría por tenerlo solo para ella, por eso había decidido ir a buscarlo en lugar de esperar.

—Estoy pensando, seriamente, en vender todos los negocios que me hagan salir de Florencia, ya no deseo pasar tanto tiempo lejos de ti —concluyó, posando su mirada en él—. ¿Te sientes bien, Fabrizio? Te noto extraño —dijo, pasando sus manos por el cabello castaño.

—Estoy muy bien, Antonella, ¿por qué lo dices? —inquirió, agarrando una de las manos de ella para darle un beso.

—Pues estás frío conmigo, recuerdo la última vez que nos vimos y tu

actitud de entonces dista mucho de la que tienes ahora. ¿Acaso estás molesto por algo? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—No, por supuesto que no, es solo que estoy un poco cansado, mi padre está de viaje, tiene una semana en el Piamonte y me ha tocado encargarme de todo —respondió en tono casual.

—En ese caso tengo el remedio perfecto, pasemos esta noche en mi casa y te aseguro que para mañana estarás como nuevo —susurró, al tiempo que le daba un beso en el cuello y frotaba sus manos en el pecho de Fabrizio, que cada día se palpaba más fuerte.

—No creo que sea posible, mañana tengo que estar temprano en la oficina y no me puedo desvelar, el remedio tendrá que esperar —contestó, acariciándole el rostro para no hacerla sentir rechazada.

—¡Fabrizio! —esbozó, sintiéndose frustrada y se alejó de él porque ya no sabía cómo tener una vez más al chico cariñoso y pasional de antes—. Esto no es justo, tenemos tres meses sin vernos, y vengo feliz, dispuesta a tener el mejor de los reencuentros, esperando que me recibas de la misma manera y lo único que obtengo de ti es indiferencia. —Ella estaba al borde del llanto.

—Antonella, en verdad me alegra mucho verte de nuevo..., pero tengo algunas cosas de la cuales ocuparme y no puedo quedarme contigo hoy, siento mucho si te parezco distante, no ha sido mi intención lastimarte —pronunció, mirándola a los ojos.

Antonella dejó libre un par de lágrimas, pero sentir su caricia alejó en parte su tristeza, suspiró resignándose a no tener lo que deseaba, y se acercó hasta él para darle un beso. Fabrizio le correspondió, y ella buscó hacer el beso más profundo, pero en ese momento él cortó su entusiasmo, con un par de toques de labios y después se puso de pie.

Ella también se levantó y caminó hasta él, que se había acercado a mirar por el ventanal, le rodeó la cintura con los brazos y le dio un suave beso en la espalda. A veces, cuando su amor se mostraba de esa manera, un peso se alojaba en su estómago y un intenso miedo la recorría, temía que en algún momento ya no pudiera recuperarlo.

Fabrizio pudo sentir la necesidad de atención en Antonella, y en el fondo se sintió mal por haber sido tan frío con ella, pero no le nacía ser de otra manera, sentía que su relación ya no tenía sentido. Sin embargo, odiaría lastimarla, así que le brindó una suave caricia en los brazos y ladeó la cabeza para mirarla y sonreírle.

—Ven a verme mañana... o cuando puedas, sabes que siempre voy a estar



para ti. —Le dijo ella al oído, mientras deshacía el abrazo.

—Te lo agradezco, te acompaño —mencionó, caminando con ella hasta la salida, le dio un breve beso antes de ayudarla a subir al auto.

—Despídeme de Fransheska, por favor, la vi en cuanto llegué y apenas pudimos saludarnos. —Necesitaba salir de allí, antes de ponerse a llorar como una tonta delante de él.

—Con gusto, prometo que iré a visitarte pronto.

Antonella asintió y le regaló una sonrisa, que hubiese hecho que muchos hombres cayeran rendidos a sus pies, pero que a él poco parecía emocionarlo. El auto se puso en marcha, alejándose en medio de la nube de polvo que dejaba en el camino, Fabrizio entró de nuevo a la casa, y en ese momento su hermana llegaba del jardín, se disponía a subir las escaleras sin mirarlo, cuando él la detuvo.

—Antonella te dejó saludos —mencionó captando su atención. Ella hizo una mueca de desagrado—. No entiendo por qué sientes tanta antipatía por ella —expresó en tono serio.

—Será porque a mí no me tiene embelesada y porque recuerdo todo lo que hizo —contestó, sin disimular su molestia.

—Fransheska... —Intentó decir algo más, pero ella lo detuvo.

—Lo siento, Fabri... —esbozó mostrándose apenada, pero se sentía furiosa—. Simplemente no logro entender cómo puedes estar a su lado después de todo lo que hizo... —pronunció, y su mirada reflejaba la rabia y el dolor que eso le provocaba.

—Hermana, ya hemos hablado de esto muchas veces, y también te he dicho que Antonella no es una mala persona, ¿por qué no haces el intento de hacerte su amiga? Date la oportunidad de conocerla mejor —sugirió en tono calmado, pero firme.

—No, no me pidas que le brinde mi amistad, no soporto la hipocresía, lo sabes, y ella es la más grande de las hipócritas, así como una maestra de la manipulación. Si tú decidiste estar junto a ella, es tu elección y la respeto... pero no me pidas que la comparta porque no lo haré, Fabrizio —habló, dejándolo sin argumentos para refutar.

Él asintió en silencio, con un movimiento rígido de su cabeza, sabía que perdía su tiempo, nunca haría cambiar de opinión a su hermana, ni tampoco a su madre, ninguna de las dos aceptaría a Antonella. Al menos contaba con la aprobación de su padre, pero, aunque no la tuviera, eso no cambiaba nada, porque él ya era un hombre y podía decidir a quién tener a su lado y ofrecerle

su amistad.

Fransheska siguió su camino, sintiéndose más molesta que antes, pocas veces había discutido con Fabrizio; en realidad, las únicas ocasiones en que lo hicieron habían sido a causa de esa mujer; aún no lograba entender cómo él había cedido a su juego. Aunque siendo sincera sí lo sabía, tampoco era una mojigata para no saber de lo que se había valido Antonella, pero ella se había encargado de hacerle ver la realidad; sin embargo, a él no pareció importarle y eso le provocaba un gran resentimiento.

Cornelia Lamont Claydasle llegó muy temprano al palacio de Blenheim, y era tanto su enfado con su cuñado, que no esperó a ser anunciada por el mayordomo, aprovechándose de la confianza que le otorgaba su parentesco con el duque, obvió el protocolo y fue directo hasta la terraza, donde desayunaban Benjen y Amelia.

—Cuando el rumor llegó hasta mis oídos, no quise creerlo, pero decidí venir hasta aquí para asegurarme de que no fuese cierto; sin embargo, veo que no se equivocaban, ha tenido el descaro de traer a vivir a esta mujer a la que fue la casa de mi adorada hermana —pronunció, mirando con verdadero desprecio a Amelia.

—Cornelia, creo que ha olvidado donde está y a quien se dirige —dijo, levantándose de la silla y caminando hacia ella para sacarla de allí.

Amelia miró a otro lado para ignorar a la mujer, no era la primera vez que debía lidiar con un desprecio parecido al que ella le expresaba en ese momento, sabía que lo mejor era mantener la calma, porque responder a sus ataques solo conseguiría empeorar las cosas. Además, no se rebajaría a entrar en una discusión.

—Me dirijo al hombre que le acabo de perder el poco respeto que le tenía —mencionó plantándose en ese lugar, había llegado hasta allí para decirle unas cuantas verdades a ese par de sinvergüenzas y no se iría sin hacerlo—. Usted ha demostrado ser peor de lo que mi hermana nos decía, pensé que tendría la decencia de respetar su memoria, que esperaría un poco más de tiempo para escoger otra esposa, una mujer digna para continuar con la crianza de mi sobrina, pero decidió regresar con esta...

—¡Ya basta! —vociferó Benjen, con un tono que hizo que la mujer se sobresaltase—. No le voy a consentir que llegue a mi casa y le hable de ese modo a la mujer que será mi esposa. Lo que haga con mi vida es asunto mío y no tengo por qué darle explicaciones.

—Benjen... por favor. —Amelia le pidió medida, al ver que comenzaba a alterarse, no debía rebajarse de esa manera.

—Tranquila, amor... La condesa ya se retira —mencionó, mirando a su excuñada a los ojos—. Arnold, condúcela hasta la salida, por favor —ordenó a su mayordomo, quien había llegado detrás de la mujer, temiendo una reprimenda por dejarla pasar.

—No me iré a ningún lado sin antes dejarle algo claro —anunció, ignorando la presencia del mayordomo—. No consentiré que mi sobrina viva bajo el mismo techo que esta mujer y que reciba su mal ejemplo. Así tenga que acudir a Su Majestad, para que me conceda la potestad de Dominique, lo haré.

—Lo que dice es absurdo, yo soy su padre y el único con derecho a tener su potestad. Eso es algo que ni Su Majestad puede cambiar, así que ahórrese sus amenazas y salga de esta casa ahora mismo —exigió, mirándola con rabia por su atrevimiento.

—Me voy, pero le aseguro que se va a arrepentir de meter a esta mujer bajo su techo, haré que todos sepan la clase de persona que es y la repudien. La memoria de mi hermana no será empañada por una mujerzuela americana —sentenció, y salió antes de que Benjen pudiera insultarla de nuevo.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto, Amelia —mencionó, acercándose a ella para consolarla.

—Tranquilo, está bien..., no podía esperar que la hermana de tu difunta esposa me adorara —comentó con algo de sorna y tristeza.

—Ella no tenía derecho a tratarte de esa manera, reprenderé a Arnold por dejarla pasar sin ser anunciada —expresó furioso.

—No hagas eso por favor, el pobre hombre no tiene la culpa, seguramente quiso detenerla..., mejor enfócate en Dominique, tienes que hablar con ella antes de que alguien quiera dañar su relación con rumores —comentó, y le dio una caricia en la mejilla para alejar su preocupación, en parte se sentía culpable de todo lo ocurrido.

—Tienes razón, hoy mismo iré a Brighton para hablar con ella... y quizá sea mejor alejarnos por un tiempo, dejar que las cosas se calmen —sugirió, mirándola a los ojos y agarró su mano para darle un beso.

Aunque sabía que no debía preocuparse por las amenazas de Cornelia, tampoco podía dar por sentado el cómo reaccionaría su primo ante un escándalo, ya que se cuidaba mucho de ellos. Tampoco quería que su hija y su mujer pasaran por todo eso, sabía lo cruel que podían llegar a ser los

miembros de la realeza cuando deseaban execrar a alguien de su elitista y cerrado círculo.

—Vamos a América, allá estaremos a salvo de todo esto —pidió Amelia, sintiendo que solo en su hogar estarían bien.

—Haremos lo que desees, mi amor —respondió y le dio un beso.

Ella se sintió feliz de tener ese amor incondicional que Benjen le entregaba, ya que a veces se llenaba de dudas. Todo era tan perfecto que le parecía irreal, y en el fondo de su corazón no lograba alejar el miedo de que fuese a terminar pronto. Le aterraba pensar que, una vez más, él se sintiera presionado por las demandas que conllevaba ser el duque de Oxford, y terminase sacrificando su felicidad como lo hizo años atrás.

Después de veinte días en el Piamonte, los Anderson regresaban a Florencia, se sentían bastante satisfechos por los resultados obtenidos en ese lugar, aunque todavía quedaban asuntos pendientes, sabían que no podían demorarse más. Además, había otros poblados en la frontera con Francia que también necesitaban de su ayuda.

Otro de los motivos para volver, fue el telegrama que Brandon recibió de George donde le informaba que Ángela estaba por llegar. Y precisamente ella fue la primera en recibirlos en cuanto bajaron del auto, frente a la fachada de casa Renai.

—Bienvenidos —mencionó con una gran sonrisa.

—¡Ángela! —Victoria corrió hasta ella y la abrazó con fuerza, después la miró a los ojos—. Estoy tan feliz de que estés aquí, no te imaginas cuanto te extrañé —expresó con una sonrisa sincera.

—Yo también la extrañé mucho, señorita Victoria —respondió, pues era consciente de la presencia de Brandon.

—Por favor, nada de señorita Anderson, aquí no estamos en la casa —indicó sin perder el buen humor. Ángela miró de reojo al heredero dándole a entender que no podía tomarse esas libertades, y Victoria lo entendió de inmediato—. Si lo dices por Brandon, pierde cuidado, sabe que no me gustan todas esas normas de protocolo con mis amigas.

—Mi prima tiene razón, así que no más señor ni señorita, desde este momento solo seremos Vicky y Brandon —ordenó con amabilidad, para que Ángela se sintiera en confianza.

—Está bien, muchas gracias —respondió, mostrándose honrada.

Al entrar fueron recibidos por el resto del personal, quienes de inmediato

se hicieron cargo del equipaje, Angela subió junto a Victoria a su habitación para ayudarla y también para ponerse al día, tenían mucho que contarse. Brandon también fue hasta la suya para descansar un par de horas, tenía pensado pasar más tarde a saludar a la familia Di Carlo, y poner al tanto a Luciano de los avances de los últimos días, el hombre solo había estado con ellos diez días, pues tuvo que volver a Florencia para atender sus asuntos, aunque su visita quizá no era más que una excusa para ver a Fransheska, ya que se descubrió extrañándola más de una vez.

—Vicky, ¿cómo has estado? —preguntó mirándola fijamente, aunque aparentemente se veía bien, ya antes había fingido estarlo.

—He estado muy bien Ángela, he visto tantos lugares, no te imaginas cuántos sitios hermosos hemos visitado, la gente es tan amable, dejé muchos amigos en los hospitales y las escuelas que visitamos —respondió con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Me alegra muchísimo que este viaje te esté haciendo tanto bien, merecías esta felicidad, y también estoy contenta de estar aquí.

—Y yo de que lo estés... necesitaba tanto poder hablar con alguien, aunque siempre lo hago con Brandon, pero a veces hay cosas de chicas que no puedo decirle a él, no es que no le tenga confianza, es solo que...

—¿Cosas de chicas? —preguntó, sintiéndose intrigada.

—Sí, pero ahora estoy un poco cansada para hablar de ello, será una conversación muy larga. —Se excusó mientras se acomodaba en una silla y sonreía, no se sentía preparada para hablarle de Fabrizio en ese momento.

—Por supuesto, entonces te dejaré descansar y ya después nos pondremos al día. —Le dio un beso en la mejilla y un abrazo.

Después salió dejándola sola para que pudiera descansar, Victoria la vio alejarse y soltó un suspiro, sintiendo que una vez más su cabeza estaba en medio de un torbellino con el nombre de Fabrizio Di Carlo.

## Capítulo 5

Daniel caminaba de un lugar a otro en su oficina, desde hacía más de una hora no lograba avanzar de la página que tenía señalada en el informe sobre su escritorio. Le resultaba imposible concentrarse porque no dejaba de pensar en lo sucedido con su secretaria, quizá eso se debía a que no la había visto tres días.

Al día siguiente se propuso aclarar la situación, hasta un discurso traía preparado, pero para su sorpresa quien lo recibió fue la señora Brice. Entró a su oficina para notificarle que Vanessa se había reportado enferma y tendría unos días de permiso, que en su ausencia sería ella quien lo ayudaría en todo lo que solicitase.

Eso fue como un balde de agua fría para él y no supo si sentirse aliviado o culpable; lo peor de todo era que, con el correr de los días, la situación se tornaba más insostenible. Necesitaba hablar con la chica, presentarle sus disculpas, a lo mejor era una forma de limpiar su conciencia, pero ahora todo estaba estancado.

—Adelante —ordenó, luego de escuchar que llamaban a la puerta, y trató de recobrar su compostura.

—Señor Lerman, aquí le dejo los análisis que me pidió, si no se le ofrece nada más, me gustaría retirarme —mencionó Violeta, mostrándose visiblemente cansada, casi daban las seis de la tarde.

—Puede irse, señora Brice, eso es todo por hoy, le agradezco mucho su ayuda, espero que descanse —respondió con una sonrisa amable.

—No se preocupe, estoy para ayudarle, usted también debería descansar, se le nota algo agotado —agregó con tono maternal.

—Así lo haré, muchas gracias, nos vemos mañana.

La vio salir y luego caminó hasta la ventana, su mirada se perdió en las calles de la ciudad que eran bañadas por los últimos rayos de sol. Cerró los ojos y la imagen del beso volvió a sus recuerdos, acompañada por el remordimiento; se llevó una mano hasta la frente y la frotó varias veces, luego sin pensarlo mucho, se acercó al perchero, agarró su abrigo y salió con paso ligero de su oficina.

Minutos después se encontraba estacionado frente al edificio donde vivía su asistente mientras era torturado por la indecisión, pero al final se armó de valor y bajó del auto. Una mujer venía saliendo, por lo que él aprovechó para entrar y con paso seguro subió las escaleras, tratando de no analizar demasiado la situación.

Cuando se vio frente a la puerta del apartamento, sus manos comenzaron a sudar y el estúpido discurso que traía para decirle, se fue por un barranco. Presa del pánico, se dio media vuelta para marcharse, pero al segundo siguiente se arrepintió, había llegado muy lejos como para acobardarse en ese instante, giró sobre sus talones y se disponía a llamar, cuando la puerta se abrió, sorprendiéndolo.

—Señor Lerman —mencionó Vanessa, mirándolo a los ojos.

—Señorita Scott... vine... para saber cómo se encontraba —explicó, tratando de controlar el nerviosismo que se adueñaba de él.

—Estoy bien, ya mucho mejor, señor Lerman... solo fue un resfriado —respondió ella, sin salir de su asombro.

—Me alegra mucho... —calló, sin saber qué más decir.

—No se hubiese molestado, pase adelante por favor, le haré un café. —Aparentemente ella estaba menos nerviosa que él.

—No es necesario, usted iba de salida por lo que veo, no quisiera retrasarla. —Se negó, para no alargar más ese incómodo momento.

—No era nada importante, solo iba a comprar algunas cosas que faltan en la despensa. —Lo vio asentir, para luego entrar—. Tome asiento —indicó mientras se encaminaba a la cocina. Cerró los ojos y expresó en tono inaudible: «¿Qué demonios hace él aquí?»

—Gracias —contestó, mirando en cualquier dirección menos a ella.

—¿Ya cenó? —preguntó para parecer casual.

—No, aún no he llegado a casa, acabo de salir de la oficina. — Daniel se sorprendió un poco por la pregunta, era evidente que ella trataba de hacer como que no recordaba lo sucedido entre ambos.

—En ese caso, permítame ofrecerle algo de comer, preparé una receta tradicional de mi país, hacía mucho que no la hacía.

—Señorita Scott, de verdad no es necesario, me apena que se tome estas molestias estando de reposo. —Él se levantó para evitar que siguiera esquivándolo, pero se quedó a una distancia prudente.

—No es ninguna molestia, hice suficiente para diez personas y estoy segura de que le gustará. —Ella se estiró, intentando alcanzar un bol que se

encontraba en lo alto de los gabinetes.

—En ese caso, permítame al menos ayudarla.

—Eso siempre lo hacía Peter, puedo subirlo, pero luego me cuesta mucho alcanzarlo, a veces tengo que subir a una silla, y digo que lo voy a poner más a mi alcance, pero término olvidándolo.

—Bueno, hoy no tuvo que hacerlo. —Daniel se lo extendió.

—Gracias —dijo, sonriéndole—. Por favor, siéntese, enseguida estoy con usted, esto me llevará poco tiempo.

Vanessa se obligó a concentrarse en lo que hacía para controlar sus nervios y que él no notase que estaba temblando; después de un rato, lo invitó a la pequeña mesa de su comedor. Puso ante él un plato con guiso de carne, frijoles rancheros y una porción de guacamole, en otro cuenco al menos una docena de las tortillas que había hecho esa mañana, también le sirvió un vaso de cerveza para que pudiese contrarrestar el picante.

—Debe tomar una pequeña cantidad y ponerla en la tortilla de esta manera —mencionó, enseñándole cómo hacerlo—. La cantidad debe ser pequeña, señor Lerman, es un poco picante y no está acostumbrado, así que es mejor ir de a poco —agregó, sonriendo.

Él hizo tal cual ella le explicó, se llevó esa especie de emparedado a la boca y aunque tomó las precauciones, el picante le ganó la partida. Tragó con algo de dificultad, y de inmediato buscó la cerveza, bebiéndola por completo casi de un trago.

—Es fuerte, pero solo lo siente la primera vez, el próximo le resultará más fácil —aseguró, mirándolo a los ojos.

—¿El próximo? Si este casi provoca un incendio en mi boca —confesó, mostrándose algo apenado.

—Confíe en mí, el próximo estará más suave.

Daniel estaba dudoso, pero la vio reír y se sintió tonto, por lo que se armó de valor y tomó otro trozo, esta vez más pequeño; tal como ella mencionó, ese le resultó menos intenso, pero igual recurrió a lo que le quedaba de la cerveza. Así que ella caminó a la cocina y trajo dos más, llenando su vaso de nuevo y continuaron con la cena.

—Señorita Scott, le agradezco mucho la cena, luego de acostumbrarme al picante pude disfrutarla realmente —dijo, mientras le ayudaba llevando los platos a la cocina. Ella caminaba delante de él, ambos evitaban a toda costa estar cerca.

—Me alegra que le haya gustado, esa receta de es de mi abuela... una



tradición que ha pasado a todas las mujeres de mi casa —mencionó en tono casual, recibiendo los platos.

Daniel le dedicó una sonrisa y luego caminó a una distancia prudente, se sentía un poco mareado por la cerveza, tal vez se debía a todo el tiempo que llevaba sin tomar más de una copa.

—Señorita Scott, yo... yo quisiera. —Se armó de valor para hablar sobre lo sucedido, pero seguro lo presintió porque la vio tensarse.

—Ya mañana estaré de regreso en la oficina.

—Me alegra mucho, en verdad... pero yo he venido hasta aquí... para saber cómo seguía y también... quería pedirle disculpas por...

—Señor Lerman... yo... todo está bien, no tiene que preocuparse por nada —pronunció, mirando al piso—. Voy a preparar un poco de café...—agregó, caminado de un lugar a otro de la cocina.

—Señorita Scott...—La sujetó del brazo para detenerla—. ¿Puede dejar de evadirme? Necesito que escuche lo que tengo que decirle, por favor —pidió y ella levantó el rostro, su mirada estaba cristalizada, Daniel se sintió culpable por la situación, por lo que la soltó lentamente y caminó para darle su espacio.

—Señor Lerman, de verdad, no tiene que decir nada ... no debe preocuparse, yo entiendo perfectamente su punto. —Le esquivó la mirada, pues estaba a punto de llorar.

—No creo que entienda, las cosas no son... esto no es fácil para ninguno de los dos, lo único que deseo es que usted sepa que estoy sinceramente arrepentido, mi actitud no fue la mejor, lo admito, y le prometo que lo sucedido no volverá a pasar. Señorita Scott, yo la respeto y he llegado a tomarle aprecio, no quisiera que por mi culpa usted se vea obligada a estar en un ambiente tenso...—mencionó, caminando de nuevo hacia ella—. Siento mucho si la ofendí, no fue mi intención, se lo aseguro —pronunció, obligándola a mirarlo a los ojos.

Ella asintió en silencio, sus ojos estaban a punto de desbordarse, pero reunió fuerzas para no llorar, al menos no en ese momento, aunque tuvo que reforzar la presa que contenía sus sollozos al ver su sonrisa cargada de ternura. Conocía bien ese gesto, era el que se entregaba cuando no se quería lastimar a la otra persona, pero tampoco le podía dar esperanzas, ella ya la había mostrado con un par de pretendientes, cuando escogió a Peter en lugar de a ellos.

—La espero mañana en la oficina, descanse. —Le ofreció su mano y luego

caminó hacia el perchero para tomar su abrigo.

—Allí estaré, usted también descanse —esbozó, dando gracias a que su voz no mostraba lo que sentía en ese momento.

Vanessa lo vio salir desde el sitio donde se encontraba y esperó un rato hasta que los pasos dejaron de escucharse, luego caminó hasta la puerta, se puso de espaldas a esta y dejó rodar su cuerpo hasta el piso, al mismo tiempo que liberaba las lágrimas que le inundaban la garganta, sin saber a ciencia cierta por qué se sentía de esa manera.

Brandon llegó casi al final de la tarde a la casa Di Carlo, fue recibido por el ama de llaves quien le informó que los señores no se encontraban en casa, solo estaba la señorita Fransheska. Él dudó un poco quedarse, pero en eso miró a través de unos de los ventanales y pudo verla en medio de los rosales, sus latidos se desbocaron enseguida, como cuando era un chico y veía a una mujer hermosa.

—Si desea puede pasar a la terraza y esperar a los señores, la señorita con gusto lo atenderá —sugirió Anna, con una sonrisa.

—Me parece perfecto, pero por favor no la moleste, déjela seguir con su paseo —contestó, enfocando su mirada en la mujer.

—Como guste, señor Anderson, ¿desea algo de tomar? —inquirió, viendo cómo el americano volvía su mirada de nuevo a la joven.

—No, no se preocupe, estoy perfectamente, gracias.

Una vez que quedó solo en la terraza, Brandon se dedicó a observar a Fransheska, deleitándose con esa belleza que resplandecía y opacaba a la de las rosas. Ella caminaba y miraba con detenimiento cada una, las acariciaba y le daba la impresión de que también les hablaba, eso lo hizo sonreír, pues le pareció un gesto tierno.

Se veía especialmente hermosa ese día, sus cabellos castaños se mecían suavemente al compás de la brisa, los llevaba sueltos y él sintió el deseo de acariciarlos. El vestido blanco que lucía le daba un aspecto angelical, etéreo y parecía flotar entre los rosales en lugar de caminar, de pronto la vio esbozar una sonrisa enigmática y alejarse hasta hacer que la perdiera de vista, por lo que no pudo resistirse y fue tras ella.

Fransheska caminó hasta llegar a un claro en medio del jardín, justo donde se encontraba la hermosa fuente adornada con una réplica de la escultura de Antonio Canova “Amor y psique” y que era su lugar favorito dentro del jardín. Cerró los ojos y miró al cielo, dejando que el sol calentara sus mejillas,

mientras entonaba una canción, su voz era tan hermosa como ella.

Brandon la observaba a través de los rosales, su voz lo tenía cautivado, la letra de la canción era hermosa y ella parecía una princesa en medio de aquel lugar. Agarró con cuidado una rosa blanca que estaba en todo su esplendor, pero insulsa si la comparaba con la belleza que poseía la joven frente a sus ojos.

—Estas rosas deben morir de envidia cada vez que usted viene al jardín —mencionó, dedicándole una sonrisa encantadora.

Ella abrió los ojos y se volvió para mirarlo, mostrándose sorprendida, no se imaginó que él estuviese en la casa, su voz desapareció por completo y lo único que pudo hacer fue perderse en esos ojos que tenía el mismo tono de azul del cielo. Todavía no lograba entender el poder que él tenía sobre ella, cómo alteraba todas sus emociones y más cuando sonreía de esa manera, era tan perfecto.

—Para usted —dijo, ofreciéndole la rosa.

—Muchas gracias, señor Anderson, pensé que aún seguía en el Piamonte. —Sonrió, luchando por controlar sus emociones.

—Llegamos esta mañana, vine a saludar a su padre, pero me dijo Anna que aún no regresa de la oficina —respondió y miró a la casa.

—No debe tardar... ¿Cómo les fue? —preguntó, intentando entablar una conversación casual.

—Muy bien, logramos muchos avances, regresamos a atender unos asuntos aquí, y pensamos viajar de nuevo en una semana —respondió mirando los ojos grises a los que la luz les sacaba destellos.

—¿Tan pronto? —inquirió sin lograr evitarlo, pero de inmediato agregó algo más—. Lo digo porque el viaje desde el Piamonte es muy agotador, seguramente deben sentirse cansados. —De nuevo los nervios se apoderaron de ella.

—Sí, es algo difícil el trayecto, pero debemos viajar hasta Londres, Victoria desea visitar al duque de Oxford —contestó con una sonrisa. Le resultó adorable que Fransheska mostrase su rechazo a que se marchara de nuevo, eso sin duda hizo que su corazón se hinchara de emoción, porque comenzaba a sentir que deseaba tenerlo cerca.

—Entiendo, ¿sabe? en una ocasión el duque visitó la escuela donde estudié, al parecer se encontraba en compañía de su hijo mayor, el amigo de Victoria, el joven tomaría unos cursos de verano o algo así —mencionó ella, con tono despreocupado.

—¿Usted conoció a Terrence? —inquirió con marcado interés.

—No, no tuve la oportunidad... En cuanto llegaban las vacaciones mis padres iban a buscarme, las pasábamos aquí en Florencia o en Venecia o en cualquier otro lugar, pero siempre juntos, era la única ocasión que teníamos para compartir en familia, mi padre pasaba mucho tiempo en el hospital.

Brandon asintió en silencio, sintiéndose un tanto decepcionado, pero también aliviado, pues no sabía cómo reaccionaría si ella le decía que sí conoció a Terrence. Después de eso escucharon el motor de un auto y supieron que Luciano había llegado, así que emprendieron el camino de regreso a la casa, pero ella se detuvo.

—He dejado algo en el jardín, por favor continúe, de seguro ya le informaron a mi padre que usted lo espera —dijo con una sonrisa.

—Puedo esperarla, no tengo prisa —respondió Brandon, queriendo disfrutar mucho más de su compañía.

—No es necesario, tendrá muchas cosas que contarle a mi padre, nos vemos en un rato —mencionó, dándose la vuelta.

—Por supuesto —contestó, sin apartar su mirada de ella.

—Muchas gracias por la rosa —pronunció y le dedicó la más dulce de sus sonrisas, quería que él supiera que le había encantado ese gesto.

—Solo espero que su madre no note la falta —agregó, llevándose la mano a la nuca, mientras sonreía de manera nerviosa.

—No lo hará... yo me encargaré de ello —aseguró, guiñándole un ojo, le dedicó otra sonrisa de esas que desarmaban a sus pretendientes y comenzó a alejarse.

Brandon se quedó allí parado, como si estuviese en medio de un embrujo, su mirada se mantuvo en ella hasta que la vio cruzar en dirección a la fuente, no sin antes dedicarle una mirada y una sonrisa cargada de coquetería, que lo hizo sonreír como un chiquillo.

—Brandon. —Luciano, salió al jardín para buscarlo.

Él dejó salir un suspiro de su pecho, cerró los ojos y se encaminó a la casa, mientras luchaba para que su corazón retomara su ritmo normal, porque justo en ese momento sentía que sus latidos estaban desbocados. Al lado de Luciano se encontraba su hijo, quien lo veía con cierto brillo en los ojos, como si tuviese la sospecha de las emociones que lo recorrían en ese momento, lo que lo puso nervioso.

—Amigo, ¿cómo has estado? —preguntó Luciano, acercándose con una gran sonrisa para recibirlo.

—Bien, gracias por preguntar, llegamos esta mañana —respondió, mostrando el mismo entusiasmo del italiano.

—Buenas tardes, Brandon. —Lo saludó Fabrizio, con una sonrisa muy parecida a las del rebelde de Brighton.

—Buenas tardes, Fabrizio. —Lo saludó, extendiéndole la mano, él la recibió con un fuerte apretón, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Brandon, pasa por favor, tenemos mucho de qué hablar —indicó Luciano al tiempo que palmeaba la espalda del americano y lo encaminaba al interior de la casa.

Fabrizio se quedó allí, tomó asiento y posó su mirada en el rosal, sabía perfectamente que su hermana seguía allí, solo se ocultaba de él, de seguro lo descubrió cuando se encaminaba hacia la casa. Y por eso había huido como una cobarde, actitud que le extrañaba mucho de Fransheska, pues era la chica más valiente que conocía, pero algo le estaba pasando desde que conoció a Brandon Anderson.

—Fransheska... Fransheska, te veo muy entusiasmada con este hombre... La verdad no me molesta, existe algo en él que me inspira confianza, se ve sensato, honesto; solo espero que esto no te haga sufrir... ellos están de paso y tarde o temprano volverán a su país. Sería muy triste que te hicieras ilusiones con él, hermanita... podrías terminar lamentándolo. —Se dijo en voz alta y suspiró.

Su mirada una vez más se perdía en el horizonte, pero algo hizo que la dirigiera en dirección a casa Renai, su corazón se aceleró al ser consciente de que ella estaba allí, Victoria había regresado.

## Capítulo 6

Las Di Carlo habían invitado a Victoria a su casa, deseaban tener una reunión de mujeres, escuchar de su viaje al Piamonte, qué tal le había parecido la región; en fin, solo buscaban hacer sentir a la chica como en casa. Sabían que no era fácil estar en un país extraño, sin nadie con quien entablar una conversación.

Ella dudó en aceptar la invitación pues el solo hecho de imaginarse un encuentro con Fabrizio, la perturbaba, aunque si era sincera, se moría de ganas por verlo; al final terminó accediendo para complacer a su corazón. Con la llegada de Ángela, había regresado a la rutina que tenía en América, le preparaba el baño, la ayudaba con la selección de la ropa que usaría, le acomodaba el cabello, incluso en algunas ocasiones, como en esa, la obligó a ponerse un poco de maquillaje.

Cuando llegó a la casa Di Carlo fue recibida por Anna, quien le dedicó una sonrisa, la anciana sentía empatía por Victoria, aunque solo se quedó quince días en ese lugar, logró ganarse a toda la servidumbre con la sencillez y la generosidad que la caracterizaban.

—Buenas tardes, señora Di Carlo, Fransheska. —Las saludó al llegar a la terraza, donde madre e hija la esperaban.

—Victoria, buenas tardes —mencionó Fransheska, levantándose para darle un abrazo—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, gracias —respondió, entregándole el mismo gesto.

—Buenas tardes, señorita Anderson, luce especialmente hermosa hoy —acotó Fiorella, imitando el gesto de su hija.

—Muchas gracias, ustedes también lucen hermosas, como siempre.

Tomaron asiento y Fiorella llamó a una de las empleadas para que trajera galletas y té, así como unos postres, pues sabía que a Victoria le gustaban mucho. El primer tema que abordaron fue su estadía en el Piamonte, ambas se emocionaron con todo lo que la americana les contaba, y Fransheska casi convence a su madre de permitirle viajar con ellos la próxima vez, ella también deseaba ayudar en lo que pudiese.

En ese momento se escuchó el motor de un auto, Victoria se tensó, pues la

fuerza del motor le anunció de quien se trataba. Sin embargo, logró contener su emoción y continuar con la charla.

—Buenas tardes, Fiorella querida —saludó Antonella, entrando al lugar, mientras mostraba una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, Antonella, ¿cómo está? —preguntó, con tono cortés, pero su semblante se tornó serio.

—De maravilla, Fransheska, mira nada más lo hermosa que luces hoy, cada día más radiante —acotó con una sonrisa, fingiendo que no era consciente de la seriedad de la hermana de Fabrizio.

—Usted también luce muy bien. —Su voz cambió de inmediato.

—Antonella, permítame presentarle a la señorita Victoria Anderson —mencionó Fiorella, levantándose y señalando a la rubia.

—Mucho gusto. —Victoria se volvió para ver a la mujer.

—Antonella Sanguinetti, es un placer, señorita Anderson —expresó, al tiempo que la observaba de pies a cabeza.

—Tome asiento, por favor. —Fiorella la invitó por protocolo.

—Muchas gracias, solo pasé un momento, desde que llegué de Roma no había tenido oportunidad de visitarlas, ya saben, los negocios no dan espera —mencionó algo pretenciosa y miró de nuevo a la rubia—. Señorita Anderson, disculpe mi curiosidad, ¿usted es una de las personas que están trabajando con los hospitales y las escuelas del Piamonte?

—En efecto, señora Sanguinetti, estamos colaborando con el personal de los hospitales y las escuelas de esa región, acabamos de llegar de allá —contestó con naturalidad.

—Al parecer las noticias corren rápido en esta ciudad —mencionó Fransheska, dejando en evidencia su molestia.

—Así es querida, sabes cómo son los rumores, corren como el viento o el fuego, según las intenciones que lleven —respondió Antonella, consciente del tono de la chica—. No se podía esperar que pasara desapercibido el hecho de que dos americanos millonarios, llegasen al país a hacer obras de caridad.

—Supongo que no —contestó Victoria con sequedad—. De todas formas, no lo hacemos con la intención de ganar indulgencias, fue una inquietud que surgió en mi primo, yo no podía hacer menos que ayudarlo y acompañarlo, hecho que le agradezco mucho, pues en realidad lo estoy disfrutando —acotó, sin desviarles la mirada. Algo en esa mujer no le agradaba, se le veía superficial.

—Imagino que sí, por favor, cuente con mi ayuda si necesitan dinero para

comprar más insumos médicos o material didáctico, me gustaría ayudar al menos con eso, ya que no cuento con el tiempo para trasladarme hasta allá como lo hacen usted y su primo —comentó tensando una sonrisa, sin embargo, su mirada permanecía inescrutable.

—Muchas gracias por su ofrecimiento —esbozó por cortesía.

En ese momento, Fabrizio apareció en la entrada de la casa, al ver a Victoria sus latidos se aceleraron y sus emociones se revolucionaron, en ese instante sintió como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última que se vieron. Quiso acercarse y poder tocarla para comprobar que era real, porque no lo parecía; por el contrario, bien podía compararse con un ángel o una hermosa diosa bajada del Olimpo.

Victoria sintió su presencia y se volvió para mirarlo, su corazón saltó de gozo cuando sus miradas se cruzaron y todo se llenó de colores. Más de veinte días sin verse era mucho tiempo; demasiado para estar lejos, sintió ganas de salir corriendo y abrazarlo, se sentía tan feliz de verlo, que le fue imposible disimular la sonrisa que iluminó su mirada.

—Buenas tardes, señorita Anderson. —La saludó imitando su gesto. También se sentía feliz de verla y no podía ocultarlo—. Madre, Fransheska —agregó, desvió la mirada al percatarse de que Antonella lo miraba con curiosidad.

—Buenas tardes, señor Di Carlo, es grato verlo de nuevo —pronunció Victoria, sin apartar su mirada de él.

Antonella notó cierto magnetismo entre Victoria y Fabrizio, la forma en cómo él le sonrío, cómo la mirada de ella se iluminó en cuanto lo vio en la puerta y ese evidente nerviosismo que se había apoderado de ambos. No supo por qué, pero sintió un peso alojarse en su estómago y un poderoso temor apropiarse de su alma; sin embargo, se negó a dejar que eso le afectara.

—Fabrizio, querido, ¿qué te parece si invitamos a tus padres y a Fransheska para que nos acompañen a cenar? —preguntó mirándolo y le ofreció su mano, para que se sentara junto a ella—. Por supuesto, esta invitación también va dirigida a usted, señorita Anderson, hoy es la inauguración del restaurante de los Ferreti, tengo invitaciones, estoy segura de que la pasaremos muy bien

—Me parece una buena idea, desde que llegamos de Venecia no hemos tenido oportunidad de distraernos —respondió Fabrizio, esquivando la mirada de Victoria. Debía alejar las sospechas que vio en la mirada de Antonella, no quería que comenzara a hacer suposiciones.



—Me encantaría, de verdad, señora Sanguinetti, pero pasado mañana salimos hacia Londres y aún tengo cosas pendientes —contestó Victoria, quien estaba esforzándose en esconder un sollozo en ese momento, sentía que su corazón sufría una nueva herida—. De todas formas, le agradezco mucho la invitación.

—¡Pero, por favor señorita Anderson! De los asuntos pendientes se encarga la servidumbre, ese es su trabajo, dejar todo organizado para cuando uno decida salir. ¡Venga! Le aseguro que nos divertiremos —insistió, fingiendo su sonrisa, pues sus sospechas parecían ir en la dirección correcta y en ese caso sería mejor tener al enemigo cerca.

—Son asuntos personales, señora —contestó secamente, sintiendo como crecía su rechazo hacia esa mujer.

—En ese caso, será en otra ocasión, a lo mejor cuando regrese de Londres —señaló con un tono despreocupado.

—Su viaje es para visitar al duque de Oxford, ¿no es así? —inquirió Fiorella, para cambiar de tema.

—Así es, en días pasados le envié una carta y me respondió indicando que estaba en Londres, y que otra persona también estaba ansiosa por verme, aunque no me reveló de quien se trataba —respondió Victoria, regresando a su conversación con la dama.

—Sabes, Victoria, el otro día le comenté a tu primo, que el hijo mayor del duque tomó unos cursos de verano en el colegio donde estudiaba —mencionó Fransheska, pero al ver la sorpresa en los ojos de la rubia, se apresuró a agregar—. Aunque no tuve la oportunidad de conocerlo, pero algunas de mis amigas mencionaron que era muy atractivo, que tenía el porte de un príncipe, se desvivieron en halagos y pasaron semanas hablando de él.

—Las jóvenes a esa edad son muy fáciles de impresionar, más si se trata de alguien ligado a la realeza, seguro era como cualquier otro chico —mencionó Fabrizio, quien sentía que la sola mención de lo «especial» que era el hijo del duque, le fastidiaba.

—En realidad era mucho más que eso —acotó Victoria, con un particular brillo en sus ojos—. Terrence no solo era apuesto y poseedor de un porte aristocrático, era un verdadero caballero inglés, alguien difícil de igualar. —Miró a Fransheska, pero su desafío iba directo al italiano, pues por muy parecido que fuese, jamás sería igual a Terrence.

—Tiene razón, Victoria, pude conocer a su padre en una fiesta en Roma y es exactamente como acaba de describir al joven —mencionó Fiorella, con

una sonrisa.

—¡Vaya! Creo que los Danchester tienen varias admiradoras aquí — pronunció Antonella para llamar la atención.

—Así parece, solo espero que mi padre no se entere —señaló Fabrizio más serio de lo habitual, sin mirar a ninguna de las presentes.

—¡Por favor, hijo! Es solo un cumplido. —Fiorella soltó una breve carcajada, ante la actitud celosa de Fabrizio.

—Claro hermano, no seas anticuado... Victoria, ¿me acompañas al jardín? Están floreciendo unas rosas que mi madre trajo desde Venecia. —Se levantó, extendiéndole la mano a la rubia.

—Por supuesto —respondió, fingiendo una sonrisa.

—Y así me cuentas más del joven Danchester.

—Con su permiso, señora Di Carlo, señora Sanguinetti... señor Di Carlo —mencionó, mirándolo fijamente a los ojos, notando que habían oscurecido. Se dio media vuelta y salió junto a la italiana.

Estando en el rosal su mente vagaba con frecuencia y no lograba concentrarse en su conversación con Fransheska, no comprendía por qué había actuado de esa manera. ¿Qué ganaba con hablar de Terrence frente a ese hombre? Quizá hacer que se retorciera de los celos, como lo estaba haciendo ella, pero eso era absurdo, porque Fabrizio no sentía absolutamente nada por ella, solo la trataba por cortesía.

—Lamento mucho la actitud de Antonella, esa mujer no sabe aceptar una negativa, siempre desea que se haga su voluntad.

—No te preocupes, he lidiado con ese tipo de personas antes, sé cómo responderles —mencionó, agregando una sonrisa.

—Incluso así, siento que se haya tomado la libertad de hacerte tantas preguntas y hablarte con tanta confianza, cuando apenas te conoce, una debe tener un mínimo de respeto, pero es mucho pedir para alguien como ella —acotó con molestia.

—No todo el mundo es igual, ahora perdóname tú a mí, quisiera hacerte una pregunta —insinuó, mirándola a los ojos. La vio asentir instándola a continuar—. ¿La Señora Sanguinetti es parte de tu familia? —inquirió, escogiendo con cuidado cada una de sus palabras, mientras sus latidos se hacían pesados.

—¡No! ¡Dios no lo quiera! —exclamó, con un gesto de terror en la cara—. No soporto a esa mujer, tengo que tratarla por puro protocolo —agregó con resignación.

—Pero es amiga de la familia... —Antes de que Victoria pudiese continuar, Fransheska la detuvo negando con la cabeza.

—No, solo es amiga de Fabrizio y por ende tenemos que tratarla con cortesía, pero acabas de ver su comportamiento, y siempre es así. Mejor dejemos de hablar de ella, es capaz de amargar a cualquiera —dijo para zanjar el asunto, y Victoria afirmó en silencio.

Decidieron dejar ese tema de lado y continuaron con su paseo, mientras Victoria le hablaba de las cosas que hicieron en el Piamonte, y todo lo que tenía planeado, cada comentario llenaba de entusiasmo a Fransheska, y ya comenzaba a buscar la manera de convencer a su padre para que la próxima vez la dejara ir con ellos; además, sería maravilloso poder compartir más momentos con Brandon.

Fabrizio subió hasta su habitación para darse una ducha y cambiarse de ropa, si su familia no quería salir, él sí lo haría, ya estaba cansado de intentar hacer que aceptaran a Antonella, le parecía injusto que su hermana y su madre la trataran con descortesía todo el tiempo. Era cierto que ella no era un dechado de virtudes, que había cometido errores en el pasado, pero ahora todo era distinto.

Se quitó los zapatos y los lanzó a un lado, también se despojó de su ropa descargando en ella la rabia que sentía, y que no era solo por el desplante que le hicieron a Antonella. Algo más lo había puesto de ese modo, aunque se negase a reconocerlo, pero cuando su mirada se encontró con su reflejo en el espejo del baño, no pudo más y terminó estallando, dejando libre el verdadero motivo de su rabia.

—¡El duque de Oxford...! El hijo del duque de Oxford. ¡Un verdadero caballero inglés! ¡Qué ridiculez más grande! —mencionó con sorna. Luego caminó alejándose del espejo y entró a la ducha.

El agua comenzó a hacer su trabajo, estaba tibia y eso fue un verdadero alivio, sus músculos se encontraban muy tensos por lo que se llevó una mano al cuello para masajearlo. Sentía el agua correr entre sus dedos y bajar por su espalda bien formada, siguiendo su camino natural hasta llegar al piso de la ducha, se comenzó a enjabonar, tratando de olvidar su molestia, pero las palabras de Victoria y su actitud al decirlas, llegaban de nuevo a su mente, exasperándolo.

—De seguro era un inglés frío, sin ninguna gracia, cuando mucho una cara bonita y nada más ¡Ja! Y ella se jacta diciendo que era todo un caballero

inglés ¡Qué nadie lograría igualarlo! ¡Algo tan absurdo! Cualquiera puede ser mejor que ese tal Terrence Danchester. ¡Cualquiera! —expresó, sin lograr dejar a un lado lo que sentía.

Fransheska y Victoria regresaron a la casa cuando el sol comenzaba a caer, en ese momento Brandon y Luciano también hacían su entrada, reuniéndose con Fiorella y Antonella, quienes se encontraban en la sala de la mansión. Fabrizio no estaba por ningún lado y Victoria supuso que debía estar preparándose para salir junto a esa mujer.

—Buenas tardes —mencionaron ellos en cuanto las vieron.

—Buenas tardes, Luciano, señor Anderson —respondió Fiorella, caminando para abrazar a su esposo y saludar al rubio.

Antonella también se levantó y se acercó hasta los recién llegados para saludar al padre de Fabrizio, al menos él se mostraba más atento que su mujer y su hija. Gracias a eso y al inmenso amor que sentía por Fabrizio, era que soportaba los desprecios de esas dos arrogantes, de lo contrario haría mucho que les hubiese dicho unas cuantas verdades y nunca más hubiera regresado a esa casa, donde evidentemente no la querían.

—Señor Di Carlo, qué alegría verlo —mencionó con una sonrisa.

—También me alegra verla, señora Sanguinetti —respondió, tendiéndole la mano, mientras le dedicaba una sonrisa—. Permítame presentarle al señor Anderson. —Señaló al hombre a su lado.

—Mucho gusto, Brandon Anderson. —Le ofreció su mano.

—Encantada, Antonella Sanguinetti —respondió con una sonrisa.

Victoria y Fransheska observaron toda la escena y como mujeres su intuición les dejó ver cierta desenvoltura, por así llamarlo, por parte de Antonella, cuando fue presentada a Brandon. Para Fransheska eso fue un motivo más para odiar a la mujer. Para Victoria fue desconcertante. ¿Acaso era tan descarada que se atrevía a coquetearle a Brandon? Aunque tal vez eso le confirmaba que solo tenía una simple relación de amistad con Fabrizio, lo que, de ser cierto, sería un verdadero alivio.

Si ese era el caso, no podía criticarla por intentar atraer la atención de su primo, ambos parecían ser contemporáneos, aunque la italiana se conservaba muy bien, se notaba que debía tener cerca de treinta años. Además, Brandon era un hombre muy guapo y Antonella Sanguinetti no sería la primera que se mostrara de esa manera delante de él, la mitad de las solteras de Chicago también lo había hecho, aunque si observaba bien, tampoco la veía tan

interesada.

En ese momento apareció Fabrizio en lo alto de la escalera, impecablemente vestido, en un traje de sastre negro, camisa blanca. Sus ojos lucían hermosos, brillantes e intensos. Bajó las escaleras con andar despreocupado y elegante, ese mismo que lo hacía un hombre seguro, decidido, sumamente atractivo. Les cortó la respiración tanto a Antonella como a Victoria, para quienes fue imposible escapar del magnetismo que emanaba de él.

—Buenas tardes, padre, Brandon —mencionó Fabrizio, y le extendió la mano al americano, él la recibió con un fuerte apretón.

—Buenas tardes, Fabrizio —contestó con tono amable,

—Buenas tardes, hijo —dijo Luciano, observándolo de pies a cabeza—. Por lo que veo ya estás listo para ir al restaurante.

—Sí, iré con Antonella, ustedes también deberían venir, hace mucho que no salimos. —Lo miró a los ojos, para ver si lo convencía.

—Lo mismo le dije, Fabrizio, pero tu padre se siente cansado —intervino Antonella, dedicándole una sonrisa amable.

—En ese caso, será en otro momento —expresó, restándole importancia a la negativa de su familia.

—Querido, me encantaría quedarme más tiempo, pero temo que, si no salimos ahora, apenas me dará tiempo para arreglarme —mencionó Antonella, mirándolo con deseo, amor y orgullo, luego se volvió hacia los americanos—. Señor, señorita Anderson ha sido un placer, espero que podamos compartir de nuevo en otra ocasión —agregó, extendiéndole la mano a los americanos y dedicándoles una sonrisa. Después se volvió y se despidió de Fiorella, Luciano y Fransheska con un abrazo y un beso—. Vendré pronto a visitarlos —anunció, no dejaría que sus desaires la separaran del hombre que amaba, no esta vez.

—Brandon, señorita Anderson, me alegró verlos.

Fabrizio se acercó para despedirse, le ofreció su mano al caballero y luego sujetó la de Victoria para depositar un beso en la suave piel del dorso, lo hizo con mucha sutileza mientras clavaba su mirada, en esos penetrantes ojos verdes esmeralda.

Ella no se dejó intimidar y le mantuvo la mirada, era casi palpable la tensión que se había levantado entre ambos, pero no era una cobarde para salir huyendo. Por el contrario, le demostraría que sus encantos no la afectaban en absoluto, porque ella por él no sentía nada.

—Espero que les vaya muy bien en su viaje —agregó, con una sonrisa ladeada, esa que desbordaba arrogancia.

¿Por qué tenía que parecerse tanto a Terry? Era tan... tan... ¡Ya comenzaba a tenerle rabia! ¿Por qué no terminaba de irse? Se preguntó Victoria, en pensamientos, y una vez más, su presencia la inquietaba, retiró la mano con un movimiento firme, sin caer en su provocación, solo asintió en silencio. Después de eso lo vio salir junto a esa mujer, quien se guindó de su brazo, pavoneándose por tenerlo a su lado, como si él fuese una especie de trofeo.

Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no gritar en ese instante; en lugar de eso, puso una sonrisa en su rostro, tratando de aparentar delante de todos que lo sucedido no la había afectado. Tal vez para los italianos pasó desapercibido, pero no para Brandon, él notó desde un principio el cambio de actitud en su prima.

Los Di Carlo invitaron a los americanos a quedarse y cenar con ellos, pero Victoria no estaba de humor para compartir con nadie; sin embargo, aceptó, no iba a darle la victoria al tonto de Fabrizio de amargarla, ni mucho menos les iba a hacer un desaire a esas personas que eran tan amables con ella y su primo.

No obstante, cuando llegaron a casa Renai, apenas saludó a Ángela y subió a su habitación, alegando que estaba cansada, tras cerrar la puerta, dejó escapar un par de lágrimas. Sentía rabia, tristeza, dolor, impotencia; una mezcla de sentimientos que no lograba explicarse por qué la invadían, pero que estaban allí, torturándola.

Caminó hasta el balcón, abrió la puerta y salió, la temperatura había descendido y corría una brisa más fría que de costumbre, cerró los ojos y a su mente llegaron de inmediato las imágenes de Fabrizio junto a Antonella. Un gemido de dolor salió de su pecho y comenzó a llorar, se dio la vuelta rodando hasta quedar sentada, se abrazó las piernas y rompió en un llanto más doloroso, como no lo había hecho en mucho tiempo.

## Capítulo 7

El auto avanzaba por las penumbras del camino, solo las luces del vehículo iluminaban el paisaje, era como una estrella fugaz dejando todo sumido en oscuridad a su paso. Aunque se esforzaba por concentrarse en la carretera le era casi imposible, debía agradecer que, a esas horas de la noche, la presencia de autos en el camino era nula.

Había dejado a Antonella en su casa luego de salir del restaurante, como era de esperarse, ella se molestó ante su negativa de pasar la noche en su casa, pero no estaba de ánimos para ser la compañía de nadie. Así que alegó tener un fuerte dolor de cabeza; cosa que no era del todo falsa y le prometió que la compensaría quedándose junto a ella todo un fin de semana, eso al menos la dejó satisfecha.

Entró a la gran mansión en la cima de los montes toscanos, apagó el motor y luego bajó del auto con desgano, caminó hasta la entrada sacando la llave de su bolsillo. Como algunas veces se quedaba fuera o volvía muy tarde en la noche, su padre le había dado una de la puerta principal para que pudiera ir y venir cuando quisiera.

Ingresó a su casa tratando de hacer el menor ruido posible, pensó en subir directo a su habitación, pero hasta para eso tenía pereza, así que se quitó el saco, se aflojó la corbata y prácticamente se lanzó sobre uno de los sillones de la sala.

—Pensé que no vendrías a dormir esta noche.

—¡Fransheska, me quieres matar del susto! —respondió en tono de reproche, pero manteniendo la voz baja.

—En ese caso tú también me quieres matar, bajé por un vaso de agua y te veo ahí tirado, inmóvil, pálido... ¿Acaso te sientes mal?

—Lo siento, me quedé un rato aquí esperando a ver si disminuía este dolor de cabeza que tengo —contestó, haciéndole un lado para que tomara asiento, percibiendo algo de alivio por la caricia que le daba.

—Se están volviendo muy frecuentes, Fabri, deberías decirle a papá, tal vez sea prudente realizar unos exámenes. —La preocupación era palpable en su voz—. Ven aquí, te daré unos masajes —dijo, acomodando la cabeza de su

hermano sobre sus piernas, y comenzó hacerle círculos con sus pulgares en las sienes.

—No tiene caso, Fransheska, todo sigue igual... no te preocupes, debe ser el trabajo o tal vez me haya resfriado, ahora me tomo algo y se me pasa —respondió, trató de sonreír, pero apenas lo consiguió.

—Bien, pero déjame seguir intentando con esto un par de minutos más, sabes que es menos perjudicial que las pastillas —mencionó, evitando mostrarse preocupada y para no hacerlo sentir mal.

El masaje de Fransheska en verdad estaba surtiendo efecto, aunque no alejó el dolor de manera mágica ni del todo, por lo menos sí logró hacer que se relajara. Después de varios minutos, se sentía mucho mejor, agarró la mano de su hermana y se llevó a los labios para darle un beso en señal de agradecimiento.

—Gracias, Fran... me voy a dormir, ya es tarde, tú deberías hacer lo mismo —pronunció, al tiempo que se levantaba.

—Enseguida subo, descansa —dijo, dándole un par de besos en la mejilla, y recibió el mismo gesto por parte de él.

Lo vio subir las escaleras con andar lento, mostrándose como si llevase el peso del mundo sobre su espalda, eso la llenó de dolor y preocupación, deseaba tener en sus manos la manera de ayudarlo. Sin embargo, sabía que no era fácil, ya todos lo habían intentado durante mucho tiempo. Dejó escapar un suspiro cuando lo vio desaparecer en el pasillo y luego retomó su camino hacia la cocina.

Los Di Carlo se levantaron temprano como de costumbre, solo Fabrizio seguía durmiendo, pues el sueño solo logró vencerlo entrada la madrugada, Fiorella y Luciano desayunaban en el jardín antes de salir hacia la oficina. Fransheska, por su parte, aún se encontraba en su habitación, tenía una pila de vestidos sobre la cama y no se decidía por cual usaría.

—Señorita Fransheska, luce hermosa, pero debemos apurarnos, si no sus padres terminaran por irse antes de que pueda estar lista.

—Es que aún no sé cuál ponerme, todos me gustan... pero no sé si son muy formales o muy sencillos —dijo, mirando los vestidos.

—Creo que este blanco es hermoso, el día está muy soleado y el color le favorece mucho, es ligero, pero sin perder elegancia —contestó Jazmín, extendiendo un hermoso vestido.

Después de media hora bajaba las escaleras con una sonrisa, lucía



bellísima, el vestido blanco le aportaba brillo y luz, haciendo que todo a su alrededor se iluminara, aunque no tanto como lo hacían sus ojos. Lamentablemente, todo cambió cuando fue informada que sus padres ya habían abandonado la casa, creyendo que ella y su hermano seguían dormidos y que no irían a ningún lado.

—¡No puede ser posible, Anna! ¿Cómo se supone que voy a llegar ahora hasta casa Renai? Había quedado en verme con Victoria.

—Lo siento mucho, pequeña... aunque su hermano está en casa, tal vez él pueda llevarla —sugirió para darle esperanzas.

—Tienes razón, muchas gracias, Anna —esbozó, al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Salió casi corriendo de la cocina, en dirección a la habitación de Fabrizio, pero cuando estaba por subir las escaleras pudo verlo en lo alto de las mismas. Ella trató de disimular su emoción, intentado parecer casual lo saludó como de costumbre.

—Buenos días, Fabri, ¿cómo amaneces? —inquirió, mostrando una sonrisa de esas que usaba para conseguir lo que deseaba.

—Buenos días, Fran, mucho mejor ¿y tú? —preguntó, sospechando que algo tramaba su hermana, se veía distinta esa mañana.

—Bien; en realidad, estaría mejor —mencionó con pesar.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó, interesado.

—Es que tenía que verme hoy con Victoria, pero mamá y papá me dejaron, bueno ellos no sabían que debía salir, pero yo no esperaba que salieran tan temprano... el hecho es que ahora estoy atrapada sin saber qué hacer —explicó, con una mirada suplicante.

—Y quieres pedirme que te lleve —acotó en tono serio.

—¿Harías eso por mí? —Le preguntó, mirándolo a los ojos, parecía una gatita suplicando por su bola de lana.

Él soltó una carcajada que hizo eco en todo el salón, pues sabía que algo se traía entre manos su bella hermana, caminó sin responderle, debía pensar bien si estaba dispuesto a ver de nuevo a Victoria. Ella lo miró sorprendida, no sabía si eso era un sí o un no, odiaba cuando Fabrizio se mostraba de esa manera, cuando hacía que le rogara por algo, pero en ese momento no podía no hacerlo.

—Fabri, por favor... mira, te prometo que solo será un momento, ya estoy lista —expresó señalándose—. Puedes solo llevarme y dejarme allá, después le pediré el favor a Victoria para que me envíe con alguien... o puedo decirle

a Anna que le informe a papá o mamá que envíen por mí en cuanto lleguen — habló, mientras seguía a Fabrizio a la cocina, tenía que convencerlo.

—¿Por qué tanto interés en visitar hoy a los Anderson? —La interrogó, volviéndose para mirarla a los ojos.

—Pues... no existe ningún interés... es solo que me comprometí con Victoria y... no debo quedarle mal, sería de muy mal gusto. —Ella se sorprendió ante la pregunta y comenzó a tartamudear.

Él levanto una ceja en un gesto de desconfianza y fijó su mirada en Fransheska, pues sabía que su interés era otro, ella se la mantuvo, pero segundos después la desvió, poniendo cara de derrota.

—¿Vas a hacer el favor de llevarme o no? —Su voz era apenas audible, mezcla de ruego y enojo.

—Ven acá —mencionó, abrazándola—. Pareces una niña, te voy a llevar... eso sí, te dejo y sigo mi camino, tengo algunas cosas que hacer y... —Iba a decir algo más, pero se detuvo.

—¿Y? —Preguntó ella, al ver su cambio de actitud.

—Nada, voy a desayunar algo y salimos en diez minutos.

—Perfecto, te espero —dijo, mientras se alejaba, pero enseguida regreso y le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias —agregó, dedicándole una hermosa sonrisa y regresó al salón.

Fabrizio respondió con el mismo gesto, negando con la cabeza al verla alejarse casi bailando, definitivamente su hermana estaba loca, y esta vez esa locura parecía estar asociada a cierto americano.

Minutos después, el auto entraba a la hermosa propiedad que habían escogido los Anderson para su estadía en Florencia, tanto Fabrizio como Fransheska se encontraban ansiosos. Ella porque esperaba que Brandon no hubiese salido aún y así poder verlo, mientras que él también deseaba ver a Victoria, y al mismo tiempo no quería, era una contradicción. Por eso estacionó, pero no apagó el motor.

—Te dejo, Fran, cuídate mucho, no vayas a regresar tarde.

—¿No vas a bajar? —preguntó ella sorprendida.

—Fransheska, quedamos en que te traería y nada más.

—Pero, ¿ni siquiera a saludar? Eso no es correcto, Fabrizio, al menos baja y saluda, mira allá viene Antonio —indicó para que supiera que no tenía escapatoria, debía quedarse al menos unos minutos.

—Buenos días, señor Fabrizio, señorita Fransheska.

—Buenos días, Antonio —mencionaron los dos casi al mismo tiempo, por

supuesto ella con mucho más entusiasmo que el joven.

—Qué bueno tenerlos por acá, ¿vienen a ver a los señores?

—Sí —respondió Fransheska con una sonrisa.

—No —contestó Fabrizio, quien odiaba que se le impusieran.

—Antonio, no le haga caso a Fabrizio, si hemos venido a ver a los Anderson, yo quedé en verme con Victoria —aclaró ella con una sonrisa, mientras se acomodaba el vestido.

—Yo solo he venido a traer a mi hermana y bajé a saludarlos, pero debo ir a Florencia, tengo algunas cosas pendientes.

—Ellos están desayunando en el jardín, vengan conmigo —dijo, tratando de disimular su sonrisa, pues parecían unos chiquillos.

Entraron al jardín y de inmediato sus miradas se encontraron con la de los americanos que estaban sentados bajo la sombra de un enorme árbol. Brandon se levantó para recibirlos, dedicándole una sonrisa radiante a Fransheska, quien lo deslumbró con su belleza.

—Buenos días, señor Anderson, Victoria —esbozó, acercándose.

—Buenos días, señorita Di Carlo, luce hermosa el día de hoy —contestó con tono galante, llevándose la mano de ella a los labios.

—Buenos días, Fransheska, gracias por venir. —Victoria se obligó a reaccionar, luego de quedar casi hipnotizada por la imagen del italiano, quien cada día lucía más apuesto.

—Fabrizio, ¿cómo se encuentra? —preguntó Brandon, notando que tanto él como Victoria, se había quedado en silencio.

—Muy bien, gracias. ¿Usted cómo está? —inquirió, dándole un firme apretón de manos, y escapando de aquellos hechizantes ojos verdes.

—Bien, gracias. Por favor tomen asiento —dijo, haciéndole un ademán hacia la silla, mientras él corría una para Fransheska.

—Señorita Anderson, qué grato verla —mencionó con amabilidad, aunque su semblante era serio.

—También lo es para mí, señor Di Carlo —respondió por mero protocolo, aún seguía molesta con él—. ¿Les fue bien ayer? —preguntó, tomando desprevenidos a todos en la mesa.

—Sí, la velada estuvo muy entretenida —respondió Fabrizio, sin darle mucha importancia. Ella levantó el rostro fijando su mirada en él, y sus ojos se encontraban oscuros, Fabrizio sintió como si lo hubiese golpeado—. Aunque no pude quedarme hasta el final, la semana pasada tuve mucho trabajo y estaba exhausto —agregó para defenderse, pero ella desvió la mirada sin decir nada

más, haciéndolo sentir culpable, sin saber a ciencia cierta de qué.

—Tal vez los acompañemos la próxima vez —dijo Brandon, para aligerar la tensión que se había creado.

—Bueno, fue grato verlos de nuevo, pero ya tengo que...

—¡Oh por Dios! —exclamó Ángela en cuanto vio al joven junto a Brandon y Victoria, dejando caer la regadera que traía en las manos.

Todos en la mesa se sobresaltaron, y los primos buscaron con la mirada a Ángela que parecía estar a punto de desmayarse y miraba fijamente a Fabrizio. Brandon más dueño de la situación, se puso de pie, caminando hasta ella para ayudarla con la regadera y las rosas que traía en las manos, intentando ocultarla de la vista de los hermanos.

—Descuida Ángela, solo ha sido un accidente —mencionó, agarrando las cosas y se las entregó de nuevo, ella tenía los ojos a punto de salirse de sus orbitas—. Regresa a la casa, por favor, Victoria y yo te explicamos luego —susurró solo para ella, la vio afirmar en silencio y pasar junto a la mesa, con la mirada en sus pies.

—¿Está todo bien? —preguntó Fabrizio, sospechando que la reacción de esa mujer se debía a él.

—Sí, tranquilo, por favor toma asiento de nuevo, pediré café.

Brandon intentaba mostrarse casual, pero era evidente que lo sucedido lo había puesto nervioso, aunque al menos él intentaba mantener el control, porque Victoria se había quedado congelada. Sentía que su corazón estaba a punto de salirse por la boca, bajó sus manos y las posó en su falda al ver cómo temblaban y aunque intentó sonreír, apenas consiguió curvar sus labios.

Fransheska también sentía que los primos se encontraban tensos, como si trataran de ocultar algo, y no era la primera vez que eso sucedía, ya en ocasiones anteriores los había visto mostrarse de esa manera; sobre todo a Victoria. La reacción de esa mujer fue muy parecida a la que tuvo la rubia cuando vio a Fabrizio por primera vez, claro, en este caso no terminó desmayada, pero poco le faltó.

Fabrizio también se sentía desconcertado por lo que acababa de ocurrir, tanto que hasta olvidó que estaba a punto de marcharse, y cuando quiso hacerlo, una de las empleadas ponía delante de él una taza de café. Decidió quedarse solo por no ser descortés, pero en cuanto acabase la bebida, saldría de ese lugar y se alejaría de esas personas, que cada vez se comportaban de manera más extraña.

—Señor Anderson, disculpe que lo moleste, pero hay alguien que desea

verlo —mencionó Antonio, acercándose a ellos.

—¿Le ha dicho de quién se trata? —preguntó Brandon, mostrándose sorprendido, pues no esperaba visitas.

—Me ha dicho que es un amigo de usted y la señorita.

Antes de que Antonio pudiera decir algo más, el hombre se presentó en el lugar, mostrando una sonrisa radiante que iluminaba sus ojos oscuros, mientras su mirada se enfocaba de inmediato en Victoria, y una vez más los latidos de su corazón se desbocaron.

—De seguro fue Victoria, quien escogió esta casa —mencionó con una sonrisa, sintiendo como el amor renacía dentro de él.

—¡Gerard! —expresó con emoción, sin poder creerlo.

—¡Amigo! —Brandon se puso de pie, al tiempo que sonreía.

—¡Que alegría verlos de nuevo! —Su sonrisa se hizo aún más amplia, y comenzó a caminar hacia ellos.

Victoria se levantó y corrió para abrazar al recién llegado, dejándose llevar por la emoción, sintió como los fuertes brazos de Gerard la rodeaban y la pegaban a su cuerpo, pero no sintió en ese gesto que se aprovechara de la situación, sino que de verdad estaba feliz de verla, así como lo estaba ella.

Él no esperaba ni en sueños un recibimiento como ese por parte de Victoria, aunque habían quedado como amigos, ella estaba alimentando sus esperanzas justo en ese momento, por lo que hundió su rostro en cabello dorado, aspirando su dulce aroma a rosas.

Fabrizio se tensó al ver la escena entre Victoria y ese hombre, su estómago se encogió provocándole una sensación desagradable y apretó con fuerza la mandíbula, conteniendo sus deseos de levantarse y salir de ese lugar. Ni siquiera entendía por qué se sentía así, pero el fuego que se desató en su interior cada vez se hacía más insoportable y le exigía hacer algo para separarlos.

—Te extrañé demasiado —confesó Gerard, mirándola a los ojos, deseando con toda su alma poder besarla, pero le había hecho una promesa, no lo haría de nuevo sin que ella lo quisiera.

—Yo también —esbozó, sonriendo, aunque no con la misma emoción que él, porque sus sentimientos no habían cambiado, seguía queriéndolo, pero solo como a un amigo.

—Qué alegría verte, amigo. —Brandon se acercó para abrazarlo.

—Digo lo mismo, disculpen que no haya venido antes, pero tenía asuntos impostergables —mencionó, sin poder dejar de sonreírle y mirar a Victoria,

ella lucía cada vez estaba más hermosa.

—No te preocupes, permíteme presentarte a unos amigos —dijo Brandon, señalando a los italianos—. La señorita Fransheska Di Carlo y el señor Fabrizio Di Carlo.

—Es un placer, señorita Di Carlo, Gerard Lambert —pronunció, mirándola, y agarró su mano para darle un beso.

—Encantada, señor Lambert —respondió con una sonrisa.

—Señor Di Carlo, mucho gusto, Gerard Lambert.

—Digo lo mismo, señor Lambert —contestó con un fuerte apretón de manos, entregándole una sonrisa de cortesía, pero su mirada era seria y sus deseos estaban volcados en golpearlo en la cara.

—Toma asiento, por favor, ¿cómo estuvo el viaje? —inquirió Brandon, notando la tensión entre los dos hombres.

—Conté con buena suerte, el tren no tuvo retrasos, estaba ansioso por verlos —mencionó, posando su mirada en Victoria.

—¿Cómo está el ministro? —preguntó ella con interés.

—Mi padre muy bien, Victoria, gracias por tu interés, el ministro lo tienes delante de ti —contestó, mirándola con una sonrisa.

—¿Siempre conseguiste el cargo de tu padre? —preguntó Brandon sorprendido, y al verlo asentir, sonrió—. Felicitaciones, amigo.

—Te lo agradezco, Brandon. Sigo contando con la ayuda de mi padre, él me asesora en los asuntos más complicados.

—Me alegro tanto por ti, Gerard —mencionó Victoria, agarrándole la mano, él se la llevó a los labios y le dio un tierno beso.

Fabrizio sintió ganas de levantarse, darle un golpe y obligarlo a alejarse de ella, le parecía un gran atrevimiento que la tocara de esa manera cuando solo eran amigos, aunque era evidente que él deseaba mucho más, pero ella no se veía muy interesada, o eso esperaba.

—¿Es usted ministro en Francia? —preguntó Fransheska con curiosidad, lo encontraba muy joven para un cargo de tal importancia.

—Así es, señorita Di Carlo, tomé el cargo en relevo de mi padre quien por razones de salud no pudo continuar. Siempre he trabajado a su lado y tengo mucha experiencia a pesar de mi edad, así que ahora se me ha asignado oficialmente, a pesar de la oposición de muchos detractores como debe suponer —explicó, dedicándole una sonrisa a la italiana.

—Debe ser un cargo que ocupa gran parte de su tiempo —mencionó Fabrizio, deseando que dijera de una vez por todas, que no se quedaría allí

por mucho tiempo.

—Es lo difícil de este trabajo, señor Di Carlo, pero también tiene muchas satisfacciones —respondió con una sonrisa, aunque existía algo en él que no le agradaba, tenía cierto aire de arrogancia.

—No lo dudo, el poder político es un bien siempre anhelado por los hombres; claro está, no por todos, algunos preferimos dedicarnos a otras cosas, algo menos complicado... tal vez no tan importante como la labor que usted desempeña, pero que al igual nos llena de satisfacciones —mencionó con tono despreocupado, mirando al hombre con esa misma sonrisa odiosa que a veces lucía.

—Cuestión de ideales, supongo —respondió, notando que no se había equivocado, el hombre era un prepotente.

—Creo que vas a lograr mantener las ideas de tu familia, Gerard, eso es lo que realmente importa, a veces vale la pena sacrificar nuestro propio beneficio por el de los demás —acotó Victoria, defendiéndolo.

—De eso no te quede la menor duda, Vicky, en eso tú y yo somos muy parecidos —dijo con una flamante sonrisa.

«¡Muy parecidos! ¡Por Dios! Si es evidente que hay un abismo entre los dos, ella es demasiada mujer para un mojigato como tú, francés, eres tan gris que con solo estar a su lado la opacas, le restas carácter, fuerza, no, definitivamente: ¡No son nada parecidos! ¿Acaso alguien tendrá la desdicha de parecerse a este hombre?»

Cavilaba Fabrizio, mientras observaba cómo el francés se desvivía por Victoria, pero ella no mostraba el mismo entusiasmo; por el contrario, se le veía incómoda ante las atenciones del hombre.

—Me enteré que están ayudando a las víctimas de la guerra en el Piamonte, ¿qué tal les ha ido? —preguntó Gerard con entusiasmo.

—Excelente, dotamos de implementos un hospital, dos escuelas y un ambulatorio —respondió Victoria con una sonrisa—. Tenemos planeado regresar en cuanto volvamos de Londres —agregó y su sonrisa desapareció, al a caer en cuenta de que Gerard había llegado en mal momento, pues no podrían atenderlo como se merecía.

«¡Lotería! ¿Qué se supone que harás ahora, francés? Tus queridos amigos se van de viaje... Es una verdadera lástima, ¿no es así? Realizar un viaje tan largo y tener que regresar al día siguiente.»

Fabrizio no podía evitar sonreír ante la dirección que tenían sus pensamientos, por fin sentía que esa reunión se ponía interesante.

—¿Piensan viajar a Londres? —Gerard no pudo ocultar la desilusión en su rostro al enterarse del hecho.

—Es lo que teníamos planeado; en realidad, no esperábamos tu llegada, pero supongo que podemos aplazar el viaje —aclaró Brandon, para librar de la situación a Victoria.

—Si es algo importante, no deberían cambiar sus planes por mí.

«Búsqüenme los pañuelos, estoy a punto de llorar... pobre, qué golpe tan fuerte. Te lo mereces por entrometido, veamos qué nos dirá la señorita estado climático, pues sus actitudes son igual de variables que el tiempo.»

—Verás, Gerard, no teníamos conocimiento de tu visita... tenemos días esperando para viajar a Londres a visitar al duque de Oxford, no sabíamos sobre la tragedia sufrida por su familia. Somos buenos amigos y creo que es imperdonable no haberlo visitado aún... más estando en Europa —explicó Victoria, escogiendo cada una de las palabras para hacerle entender la importancia del asunto.

—¿Irán a Londres para visitar al duque Benjen Danchester? —inquirió, mostrando una sonrisa.

—Así es, sabemos que regresó a Londres —comentó Brandon, contrariado por su cambio de actitud.

—Yo tuve una reunión con él, ayer, por eso no vine a verlos antes, debíamos tratar un asunto importante, antes de su viaje a Nueva York, hasta donde me dijo, viajaría mañana.

Brandon y Victoria se sintieron sorprendidos ante esa noticia, suponían que su carta no llegó al palacio o que él estaba tan atareado con sus pendientes, que no le dio tiempo de responderles. De igual manera, lo que más la intrigaba a ella, era la revelación del lugar al que viajaría, pensó en la madre de Terrence y en que quizá el duque iba a verla para tener una reconciliación, ya que nada les impedía ser felices.



## Capítulo 8

Aunque Fransheska a veces se perdía en la imagen de Brandon, también era consciente de la actitud de su hermano, lo conocía lo suficiente como para saber que el francés se había ganado su antipatía, sin merecerla, pues hasta el momento el hombre se había mostrado cordial. Pensó en que a lo mejor estaba molesto porque se estaba retrasando, así que decidió que era momento de despedirse, aunque significara tener que negarse la compañía del americano.

—En ese caso, las cosas cambian de manera radical, visitaremos al duque a su regreso de América y te quedarás con nosotros, al menos una semana, después viajaremos para visitar a tu padre —respondió Brandon, sintiéndose satisfecho con la nueva opción.

—Tu plan me parece perfecto. —Gerard sonrió con emoción, por fin su padre conocería a la mujer que lo tenía enamorado.

—Es una gran suerte, señor Lambert, imagine hacer un viaje tan largo para tener que regresar enseguida —pronunció Fabrizio, sin poder evitarlo, odiaba la idea de tenerlo allí por mucho tiempo.

—Afortunadamente las cosas no fueron así y podremos disfrutar de tu compañía por estos días —acotó Victoria, sonriéndole a Gerard. No entendía el porqué de la actitud hosca del italiano.

—Bienvenido a Florencia, señor Lambert —mencionó Fransheska con una sonrisa—. Bueno, creo que nosotros debemos retirarnos, de seguro ustedes tienen mucho de que conversar —agregó, buscando una salida rápida, en vista de la actitud grosera de su hermano.

—No es necesario que se marchen —indicó Brandon, mirándola a los ojos—. ¿Por qué no se quedan a almorzar con nosotros?

—Sí, Fransheska, por favor, así organizamos visitar algunos lugares de la ciudad y mostrárselos a Gerard —sugirió Victoria con mucho entusiasmo, a decir verdad.

—No lo sé, Fabrizio tenía que atender unos asuntos en Florencia y lo estoy retrasando —respondió, mirando a su hermano con seriedad.

—Por mí no te preocupes, puedo quedarme. —Sonrió con malicia, mientras miraba a Victoria, no se libraría tan fácil de él—. Los asuntos en

Florescencia pueden esperar.

—En ese caso, está decidido, se quedarán a acompañarnos —contestó Brandon, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Gerard debes estar exhausto, será mejor que descanses un poco antes de la comida —indicó Victoria, poniéndose de pie—. Entremos para ubicarte en una de las habitaciones. —Le dedicó una sonrisa, de pronto su mirada se encontró con la de Fabrizio y se le hizo dura, pero él le respondió de la misma manera, manteniéndole la suya.

—Muchas gracias, Victoria, Brandon, señorita, señor Di Carlo —dijo levantándose para despedirse por el momento—. Nos vemos más tarde, con su permiso. —Caminó tomado del brazo de Victoria.

A Fabrizio se le revolvió el estómago, al ver la actitud de ella tan confiada con ese hombre, cómo se desvivía por atenderlo, para el francés una sonrisa y para él esa mirada fría y dura.

«¿Qué tipo de relación tendrán? A simple vista es obvio que él está enamorado de ella... pero ¿Y ella? ¡Por Dios, como si fuese fácil saberlo! Es tan complicada... Ya veremos la cara del Lambert cuando comience a mostrar sus volátiles estados de ánimo, aunque a lo mejor él ya los conoce.»

Pensó al tiempo que intentaba esbozar una sonrisa, pero no consiguió hacerlo, su molestia por verla junto a ese hombre era mucho mayor. Suprimió un suspiro cargado de frustración, porque sabía que había sido un estúpido al aceptar quedarse allí.

—Si me disculpan, necesito guardar unas cartas que he recibido, en un momento regreso, disfruten del jardín —anunció Brandon.

—Por supuesto —esbozó Fransheska, sonriéndole.

Fabrizio se puso de pie y se alejó con la justificación de mirar el paisaje, necesitaba distraerse con algo, pero a sus pensamientos llegaron de nuevo las imágenes de Victoria junto a Gerard. Esta vez se llenó de rabia, una rabia que se esparcía por todo su ser, que no lograba explicarse, pero que estaba allí, y la muestra innegable de ello era el dolor de cabeza que comenzaba a pulsar en sus sienes.

—¿Se puede saber qué te sucede? —preguntó Fransheska con molestia, parándose junto a él.

—No entiendo a qué te refieres —respondió, mirando a otro lado.

—¡Fabrizio, por Dios! Desde que ese hombre llegó no has dejado de actuar de forma grosera con él. —Vio que él se alejaba para ignorarla, así que lo siguió—. No te entiendo, cuando él entró tú estabas por marcharte, pero

decides quedarte sin un motivo aparente, ¿acaso no tenías que ir a ver a Antonella? —inquirió, mirando su espalda tensa.

—Supuse que seguía dormida, así que tenía algo de tiempo para quedarme, no veo por qué deba tener un motivo en especial para hacerlo —respondió, sin darle mucha importancia.

—Fabrizio, eso es totalmente falso, como si fuera la primera vez que ves a esa mujer dormida —dijo ella con sorna y él la miró con seriedad, sabía que no le gustaba que tocara ese asunto, porque la seguía viendo como a una niña —. Además, no me molesta que te hayas quedado, si fuese por mí, sabes que no volverías a la casa de esa mujer, la cuestión es que te portaste muy mal con ese hombre, ni siquiera lo conocemos —explicó, sintiéndose extrañada, porque su hermano no era así, él era un poco retraído, pero amable.

—No sé, no me inspira confianza, lo veo falso, sus palabras, sus modales, todo en él parece aprendido, calculado.

—¡Pero eso es absurdo! Apenas lo conocemos, ¿cómo puedes juzgar tan rápido alguien? —Le preguntó sorprendida.

Él se quedó en silencio, desvió la mirada y caminó para alejarse de allí, Fransheska se sintió mucho más desconcertada, quiso ir tras él, pero en ese momento vio que Brandon regresaba. Se encontró ante una disyuntiva, no sabía si ir hasta donde su hermano o regresar a la mesa, al final terminó dejando solo a Fabrizio sabía que a veces le gustaba estarlo, y si buscó alejarse era porque necesitaba hacerlo.

—¿Se encuentra bien su hermano? —preguntó Brandon, sin la intención de ser imprudente.

—Sí... solo le duele un poco la cabeza así que quiso caminar un rato —contestó con una sonrisa—. ¿Recibió buenas noticias de América? —inquirió en tono casual, para cambiar el tema.

—Así es, las cosas parecen marchar muy bien, no podría ser para menos, dejé la empresa en muy buenas manos, mis sobrinos y mi asistente son personas muy eficientes, aunque muy diferentes entre sí, pero hacen un excelente equipo —respondió con una sonrisa.

—Me alegra mucho, de seguro debe extrañarlos, no es fácil pasar tiempo lejos de la familia —dijo, mirándolo a los ojos.

—Sí, así es... cuando uno se acostumbra a tener a su familia cerca es más difícil, antes viajaba mucho, señorita Di Carlo, casi no compartía con ellos, pero desde que asumí el control del negocio familiar, dejé los viajes de lado por las responsabilidades que debía cumplir en el consorcio —acotó con algo

de tristeza en la voz, su sonrisa se mantenía, pero ya no iluminaba su mirada.

—A veces debemos dejar los sueños de lado, por culpa de una realidad que nos sobrepasa... pero siempre queda la ilusión de volver a soñar, aunque no sea en la medida en que deseamos.

Brandon sintió que ella podía ver su alma y entender lo que sentía y esta vez fue él quien tuvo que ahogar un suspiro dentro de su pecho, así como las ganas de abrazarla y darle las gracias. Entre más conocía a Fransheska, más atraído se sentía por ella, no solo por su innegable belleza, sino por su esencia, era una joven extraordinaria.

Durante el almuerzo, Fabrizio se mantuvo callado, evitaba a toda costa fijar su mirada en Victoria y Gerard, se puso una máscara de indiferencia, y cuando el francés tenía algún gesto cariñoso con ella, él se mantenía tranquilo. Al menos eso parecía en el exterior, pero en su interior, las cosas eran muy distintas, los celos lo torturaban y maldijo mil veces el haberse quedado en ese lugar.

Cuando finalmente el almuerzo terminó y Fabrizio vio la oportunidad perfecta para abandonar ese lugar, alegando que no podía retrasar más sus compromisos en Florencia, se mostró amable con Brandon a la hora de despedirse, pero con Victoria y el francés solo tuvo un frío gesto, luego caminó junto a su hermana, hasta el auto.

—Fran, puedes quedarte si deseas, yo pasaré por ti en la tarde.

—No será necesario, ¿de verdad tienes que ir a Florencia? Podemos regresar a la casa y así descansas —dijo, pasando una mano por sus cabellos y mirándolo a los ojos.

—No, mejor quédate y distráete un poco —contestó, mientras le tomaba la mano y le daba un suave beso—. ¿A qué hora paso por ti?

—En cuanto te desocupes, y si no puedes no hay problema, llamaré a la casa para que venga papá a buscarme.

Fransheska regresó a la reunión, mostrando una sonrisa, aunque por dentro no dejaba de sentirse preocupada por Fabrizio, no sabía lo que le estaba pasando, pero era claro que algo sucedía. Ocupó la silla que Brandon le ofreció y se dedicó a escucharlo hablar sobre sus viajes y todos esos lugares maravillosos que describía; por un momento se atrevió a soñar en hacerlo algún día junto a él.

Benjen sonreía disfrutando del entusiasmo que mostraban Amelia y Dominique, por ir ganándole en el juego de cartas, su futura esposa le había

enseñado varios trucos a su hija y ella los había aprendido muy rápido. Hasta se había hecho casi una experta, ya que era poco lo que podían hacer para distraerse estando en ese trasatlántico.

Mientras las veía, recordó ese primer encuentro entre las dos, debía confesar que en su momento estuvo lleno de miedo porque no sabía qué tanto había afectado el rencor de Katrina la imagen que su hija tenía de Amelia. Por suerte, Dominique poseía una esencia de justicia y generosidad muy alta, a pesar de ser tan joven.

Amelia también se mostró amable y sincera desde el principio, dejándole claro que sabía que no iba a poder reemplazar a su madre, pero que podían ser amigas si lo deseaba. En principio Dominique no supo cómo actuar, quizá le pareció que era demasiado pronto para que su padre contrajese matrimonio, pero los últimos meses en la casa de Londres habían sido horribles, todo se veía triste y gris.

Así que cuando él le contó que la mujer con la cual se casaría era la madre de Terrence, ella se sintió sorprendida, aunque solo tenía diez años, sabía muy bien que el matrimonio de sus padres no era un cuento de hadas. Las constantes discusiones entre ellos y la decisión de su padre de abandonar la casa, le dejaron en claro que la situación era mucho peor de lo que ella imaginaba.

—Padre..., yo entiendo tu interés y tu preocupación, pero hay decisiones que solo deben ser tomadas por los adultos, si es tu decisión estar juntos y formar una familia, yo no puedo menos que aceptarla —dijo, bajando la mirada, para esconder su tristeza.

—Hija —mencionó, buscando los ojos de su niña—. No se trata de que acates como si fuese una orden, esta también será tu familia, a menos que tú decidas otra cosa... Dominique, en estos momentos tú y Amelia son lo más importante que tengo, por eso quiero cuidarlas y mantenerlas a mi lado, princesa, yo sé que he cometido errores en el pasado, y es por ello que intento hacerlo bien, ¿entiendes? —preguntó, mirándola a los ojos al tiempo que sostenía su mano.

—Dominique, yo amo a tu padre. —Amelia quiso ayudar a Benjen a convencerla, por eso la miró a los ojos y le sujetó la mano que tenía libre—. Y aunque lo que más deseamos es estar juntos y ser felices, eso no será posible si tú no eres parte de esta nueva vida, por favor, danos la oportunidad de demostrarte que eres importante.

—No me gusta estar sola... ni me gusta estar lejos de ti, papá —pronunció

muy bajito, al tiempo que se arrojaba en sus brazos.

Él la recibió con ternura y la abrazó muy fuerte, mientras que dejaba correr su propio llanto. Después de un rato, Dominique se calmó y le pidió a Amelia acercarse, ella lo hizo con una sonrisa.

—Sé que usted, al igual que mi padre, solo quieren mi bienestar... también sé que sus intenciones son las mejores; por lo tanto, quisiera darle la bienvenida a nuestra familia —dijo, extendiéndole la mano.

—Muchísimas gracias, Dominique, ten por seguro que haremos todo lo posible para que seas feliz —respondió emocionada.

—Papá... —Lo llamó, él se volvió a verla y ella le señaló con su mirada el bolsillo de su chaqueta—. Tienes que entregarle algo —susurró, lo había visto escoger un anillo de su abuela.

—Sí, por supuesto —expresó con una sonrisa nerviosa. Buscó en su chaqueta y sacó una pequeña caja de terciopelo negro, respiró profundo antes de abrirla—. ¿Te casas conmigo, Amelia?

Ella no podía creer lo que veía, no por la magnitud y la belleza de la joya, un anillo coronado por un bellissimo diamante corte Asscher, con otros pequeños escoltándolo. Sino por el hecho de que era Benjen quien se lo entregaba, que lo que soñó durante tantos años se hacía realidad, por fin se casaría con el amor de su vida.

—¡Benjen! —exclamó, y se llevó las manos a la boca, mientras las lágrimas se hacían presentes—. ¡Sí! ¡Por supuesto que sí!

Benjen sacó el anillo del estuche y se lo ofreció con manos temblorosas, ella le extendió la suya con una sonrisa, lo puso con delicadeza en su dedo, y olvidándose por un momento de su hija, se acercó para darle un tierno beso en los labios.

—Te amo —susurraron al mismo tiempo.

—¡Felicidades, papá! —mencionó Dominique, abrazándolo, luego miró a la mujer que sería su madrastra—. Felicidades, señora Gavazzeni —dijo, abrazándola también.

Ambos se mostraron agradecidos por su apoyo y su comprensión, prometiéndose que harían todo para darle el hogar que ella merecía, que nunca defraudarían la confianza y el cariño que les prodigaba. Desde ese momento comenzaron a ser una familia y las semanas juntos lo habían demostrado, pues Amelia y Dominique eran cada vez más cercanas, incluso él había llegado a conocer mejor a su hija, y todo gracias a la mujer que adoraba con el alma.

Fransheska se encontraba caminando por el jardín en compañía de Victoria, cuando vio el auto de su hermano entrar por el camino que conducía a casa Renai. Pensó en pasar a despedirse de Brandon y Gerard, pero no quería interrumpir su reunión; además, no había dejado de preocuparse por Fabrizio, así que no perdió tiempo y dirigió sus pasos hacia la entrada, siendo seguida por su nueva amiga.

—Victoria, muchas gracias por todo, la pasé muy bien.

—Gracias a ti por venir, no sabes cuánto me alegra compartir contigo, a veces resulta complicado estar todo el día sin tener nada que hacer —mencionó con una sonrisa. Que se borró de su rostro cuando vio el auto estacionarse en la entrada.

—Te entiendo perfectamente, me pasa lo mismo. Aunque vas a poder compartir con tu amigo, el señor Lambert es muy agradable —acotó, notando que ella se había tensado por la presencia de Fabrizio.

—Sí, por supuesto. Bueno no te quito más tiempo, tu hermano te está esperando, de nuevo muchas gracias, nos vemos mañana para ir a Florencia. —Se despidió con un beso y un abrazo.

—Por supuesto, estaré aquí temprano, despídeme de tu primo y el señor Lambert, nos vemos. —Caminó hasta el auto y ya su hermano la esperaba con la puerta abierta—. Hola Fabri, ¿cómo sigues?

—Estoy bien —respondió, intentando sonreír.

Cerró la puerta y se volvió para dirigirse a su puesto, pero en ese momento su mirada se encontró con la de Victoria, no pudo contenerse y caminó con paso decidido en su dirección, dejándola sin escapatoria, ella levantó la mirada y lo observó sin intimidarse.

—Señorita Anderson —mencionó, mirándola directamente a los ojos—. Me gustaría hacerle una pregunta si me permite —agregó con un tono de voz dominante.

—Por supuesto. —Ella se sintió intimidada en ese instante.

—¿Puedo saber por qué está molesta conmigo? —preguntó sin rodeos, mirándola a los ojos, para que le fuera sincera.

—Yo... yo... —Victoria, parpadeó con nerviosismo y sus piernas comenzaron a temblar—. No entiendo, señor Di Carlo, ¿qué lo hace pensar algo así? —inquirió, luchando por mostrarse serena.

—Su actitud —respondió él con seguridad—. Lo que no comprendo es el porqué, no creo haberla ofendido de algún modo, y si lo he hecho lo más lógico es que me haga ver cómo —acotó, mirándola a los ojos, su mirada era

oscura, atormentada.

Victoria sintió ganas de decirle que no solo la había ofendido, sino que también le había roto el corazón porque había incumplido la promesa que le hizo de serle fiel para siempre, que solo ella sería la dueña de su corazón y su cuerpo. Sin embargo, recapacitó antes de hacerlo, porque debía recordar que él no era Terrence sino Fabrizio, que nunca le había hecho una promesa y que así le doliese en el alma, ella no podía reclamarle que estuviera con otra mujer, con la que seguramente acababa de compartir y que con solo imaginar lo que pudieron estar haciendo, se llenó de rencor irremediablemente.

—Usted no me ha ofendido de ninguna manera, la verdad no sé de dónde saca esas conclusiones tan absurdas —respondió con seriedad y petulancia—. Y siendo sincera, no creo que exista nada en usted que pueda afectarme o molestarme, lamento si fue la impresión que tuvo, pero no hay nada más alejado de la realidad —agregó, queriendo mostrarse irónica, porque en el fondo deseaba herirlo.

—Bien, no es necesario que diga nada más —pronunció, sintiéndose herido y le dio la espalda.

Sin embargo, su orgullo le impedía marcharse de esa manera, se volvió para mirarla y se acercó tanto a ella, que sus rostros quedaron a un suspiro de distancia. Se miraban de forma retadora, pero también el miedo le calaba hasta sus huesos, un miedo a hacer algo que los pondría en una situación sin retorno, al no lograr resistirse.

Victoria podía sentir la respiración agitada de él que se estrellaba en sus mejillas, mientras se miraba en sus ojos que lucían fríos, pero al mismo tiempo brillaban como si estuviesen hechos de fuego. Él miró sus labios, que se encontraban entreabiertos para permitir el paso del aire, porque ella estaba conteniendo la respiración y sus ojos lucían mucho más oscuros, pero igual de hermosos.

—Es probable que tenga razón y en mí no exista nada que la afecte —mencionó, paseando su mirada de los ojos a los labios.

De nuevo esas poderosas ganas de besarla se apoderaban de él, y podía hacerlo, estaba tan cerca que solo tenía que atraerla y perderse en sus labios, calmar ese deseo que lo estaba volviendo loco. Se imaginó pegándola a su cuerpo, apoderándose de esa boca y quitándole esa actitud altanera con la que lo miraba, haría que se convirtiese en una mansa paloma, aunque a esas alturas no sabía si sería él quien terminaría siendo un manso cordero en sus brazos.

Victoria sentía que estaba a punto de desmayarse, la intensidad de la



mirada azul la tenía cautiva, él poseía una fuerza avasalladora; justo como la que le mostró Terrence aquella tarde en el estudio, cuando ella le reclamó por su relación con Allison. Ese poder que la intimidaba y la excitaba en la misma medida, sintió que su cabeza comenzó a darle vueltas y aún con todo eso era incapaz de apartar su mirada de él, casi le rogaba que hiciera lo que asumía que deseaba hacer, quería que la besara como lo hizo aquella vez.

—Lamento haber malinterpretado su comportamiento, buenas tardes — pronunció con la voz ronca, y se alejó con rapidez.

Ella se quedó parada sin saber qué hacer, mientras cada espacio de su cuerpo temblaba, lo vio subir al auto, encender el motor y en segundos se perdía en el camino. Se sintió horrible, vacía, inestable; quería salir corriendo y olvidarse de él, pero al mismo tiempo tenía el inmenso deseo de buscarlo, golpearlo por estúpido, por jugar así con ella, por haberla provocado de esa manera y no hacer nada.

No obstante, estaba segura de que si lo hacía terminaría cayendo rendida a sus pies, que sería ella quien le suplicaría por un beso; porque justo en ese momento deseaba ser besada, lo deseaba con tanta fuerza que le dolían los labios. Entró a la casa casi corriendo, subió a su habitación y se encerró, una vez más lloraba de rabia y de tristeza, sintiéndose tan confundida que comenzó a golpear las almohadas.

«Yo jamás... jamás miraría a otra chica como te miro a ti, ni le sonreiría como lo hago contigo... Porque no sentiría por nadie más lo que siento por ti, porque te amo con todo mi ser y prometí hacerlo por lo que me reste de vida, por favor créeme, nunca dejaría de amarte pecosa, nunca.»

Victoria ahogó en la almohada su grito cargado de frustración, de dolor, de rabia, mientras sentía que su cordura pendía de un hilo y que arriesgarse a salir de su coraza y viajar hasta ese lugar, había sido una de las tantas malas decisiones que había tomado en su vida.

Los minutos que duró el viaje de la casa Renai a la Di Carlo, se hicieron en completo silencio, Fransheska se encontraba deseosa de decir algo, preguntarle qué había sucedido, pero prefirió no hacerlo, no era el momento. Sabía que el carácter de Fabrizio se había hecho algo huraño con el tiempo, cuando se enfurecía se metía en una coraza imposible de penetrar, y podía durar días encerrado en ella, así que lo mejor era darle tiempo y espacio.

—¿Fabrizio, estás bien? —preguntó cuando el auto se detuvo.

—Sí, no te preocupes Fransheska, estoy perfectamente —contestó con sequedad y caminó con paso apresurado para entrar.

Fransheska entró detrás de él y lo vio subir las escaleras para luego perderse en el corredor que llevaba a las habitaciones, después de eso solo se escuchó un portazo que la sobresaltó. Ella expulsó un suspiro de su pecho y se volvió hacia el ventanal, sus padres que recién entraban, alcanzaron a ver toda la escena.

—¿Fransheska, que sucedió? ¿Dónde estaban? ¿Por qué tu hermano está alterado? —preguntaron al mismo tiempo los esposos.

—No lo sé, me llevó temprano a casa Renai y estaba bien, pero de un momento a otro se molestó... Luego se fue y cuando regresó por mí, tuvo un intercambio de palabras con Victoria, pero no sé de lo que hablaron, solo sé que eso lo enfureció.

—¿Con la señorita Anderson? —inquirieron al unísono una vez más, mostrándose más sorprendidos que antes.

Fransheska solo asintió en silencio, al tiempo que se encogía de hombros, dándoles a entender que ella tampoco entendía lo que sucedía. Aunque sospechaba que su hermano podía estar celoso de Gerard Lambert, eso sería absurdo, él no tenía una relación con la americana, al menos no que ninguno de ellos supiera.

Él caminaba de un lado a otro de su habitación, quería romper algo, desahogar la rabia que sentía, pero se controlaba porque no deseaba que su familia se diera cuenta de su turbación. No podía entender por qué las palabras y la actitud de Victoria le dolían tanto, y después de mucho tiempo sin que ocurriera, sintió que sus ojos se cristalizaban.

Apretó la mandíbula con fuerza y cerró los puños para obligarse a no llorar; necesitaba salir de ese lugar con urgencia, llenar sus pulmones de aire. Abrió la puerta y bajó las escaleras casi corriendo, pasó por la sala sin fijarse en la presencia de sus padres y su hermana, parecía un tornado que arrasaba con todo a su paso.

Ellos lo siguieron con la mirada sin saber qué hacer o qué decir, ni siquiera Fiorella era capaz de pronunciar palabra, aunque lo deseaba, solo se limitaron a observarlo. Luciano se levantó con cautela para seguirlo con la mirada, la cual reflejaba su preocupación, a él se unieron su esposa e hija quienes observaron a través de uno de los ventanales cuando Fabrizio salió a todo galope sobre Ónix.

## Capítulo 9

Para Victoria fue imposible conciliar el sueño luego de su discusión con Fabrizio, y durante los siguientes días las cosas no mejoraron, se sentía agotada por toda esa situación, pero no podía, ni haría nada para remediarla. Aunque en más de una ocasión se vio tentada a preguntarle a Fransheska por él, no lo creyó prudente ya que había presenciado toda la escena entre ambos, y no quería que llegase a oídos de ese arrogante, que ella estaba interesada en lo que hacía con su vida, lo mejor era ignorarlo.

De esa manera, pasaban los días en Florencia, tras una aparente normalidad; entre paseos, amenas charlas y esmerados detalles de parte de Gerard para con Victoria, quien se mostraba amable con él, pero su semblante denotaba que algo la preocupaba o le molestaba. Eso no pasó desapercibido para Brandon y tampoco para el francés, pero él prefirió pasarlo por alto, pues sabía cómo se ponía Victoria cada vez que intentaba inmiscuirse en su vida, ya había aprendido la lección y esta vez no cometería los mismos errores.

Fabrizio por su parte, no se encontraba mejor, ese día llegó ya entrada la noche a su casa, subió a su habitación sin mencionar palabra y allí se quedó encerrado por un par de días; solo bajó algunas veces para comer, y fue más por complacer a su madre que porque tuviese apetito. Veía a Fransheska salir temprano y sabía que era para visitar a los Anderson, más de una vez se vio tentado a preguntarle por Victoria, pero cuando estaba a punto de hacerlo se arrepentía y terminaba reprochándose pensar siquiera en ella.

—¿Acaso no tienes orgullo? ¿Por qué demonios tiene que importarte la vida de esa mujer? Lo mejor que puede hacer es regresar a su país y dejar sus poses de altruista. Solo es una malcriada, caprichosa, insoportable... Ni siquiera puedo creer que empezara a interesarme por alguien como ella.

Pronunció en voz alta y dejó libre un suspiro, caminaba de un lugar a otro en su habitación, se detuvo frente al espejo notando las profundas sombras alrededor de sus ojos.

—Fabrizio... ¿A quién quieres engañar? Es evidente que te gusta, y que ha despertado poderosas emociones en ti, no ganas nada con negarlo, con

engañarte a ti mismo. —Negó con la cabeza, admitiendo su derrota—. Igual, ya todo acabó, que se quede con el imbécil francés, que sea quien soporte sus locuras, sus insolencias y esa forma de ser tan exasperante. —Fabrizio se quedó en blanco al recordar el brillo de los ojos verdes, sus sonrisas, su voz, la calidez que emanaba de ella cuando estaba de buen humor—. ¡Demonios! ¡Basta... basta!

Decidió salir una vez más de ese lugar e intentar distraerse con algo; de lo contrario, terminaría perdiendo la cabeza, o quizá terminaba visitando casa Renai de nuevo, solo para complacer a su estúpido corazón que le rogaba verla de nuevo. Llegó hasta el establo, ensilló a su fiel amigo Ónix, cuyo nombre era en honor a su pelaje negro y brillante, montó sobre su lomo y salió a todo galope.

Al día siguiente, Brandon llegó puntual a su cita con Luciano, allí también se encontraba Fabrizio, estuvieron hablando sobre los avances en el Piamonte, y la solicitud de otras personas amigas de la familia para trabajar con su fundación en más zonas afectadas. En vista de que todo iba bien encaminado, Brandon anunció que se tomaría unos días para viajar con su amigo hasta París, como aún quedaban unos detalles pendientes, enviaría a Victoria con Gerard y después los alcanzaría.

Luciano se ofreció a encargarse él de los detalles y así permitir que todos viajaran juntos, pero Brandon se opuso a la idea, no quería agregarle más obligaciones. Además, necesitaba de un tiempo para atender su instinto de hombre, hacía mucho que no sentía el cuerpo desnudo de una mujer y si seguía masturbándose con la imagen de Fransheska, iba a terminar loco.

—Está bien, pero al menos vengan a visitarnos una tarde, trae a tu amigo, podemos almorzar juntos antes de que viajen a Francia —mencionó Luciano en tono amable.

—Así lo haremos —esbozó, intentando esconder los nervios que lo asaltaron, solo a él se le ocurría pensar en lo que hacía con la imagen de la hija de Luciano, justo en ese momento—. Gracias por todo. —Le extendió la mano para despedirse.

—Los espero el sábado en la casa —dijo, poniéndose de pie.

—Allí estaremos, me alegró mucho verlos —indicó, volviéndose para mirar a Fabrizio, que permanecía meditabundo.

—Igualmente, Brandon —respondió, poniéndose de pie y estrechando su mano—. Saludos a su hermana y al señor...

—Lambert... Gerard Lambert —acotó, con una sonrisa.

—Sí, por supuesto, el señor Lambert. —Mostró una sonrisa a todas luces fingida—. Lo acompaño.

Brandon asintió y caminó junto a él, notando cuán evidente era la antipatía que sentía Fabrizio hacia Gerard, lo que aún no le quedaba claro era si eso tenía que ver con la eterna rivalidad entre franceses e italianos o con su prima. Pensar que podía ser por Victoria, resultaba incluso absurdo, porque no se habían hechos cercanos, al menos no que él supiera.

Al final de la tarde, Fabrizio entró a su casa con paso decidido; hasta se podía decir por su actitud que algo le molestaba, subió las escaleras, pero en lugar de ir a su habitación se detuvo frente a la de Fransheska. Llamó con un par de golpes a la puerta y esperó con impaciencia a que le respondiera, giró la manilla y preparó la mejor de sus sonrisas.

—Buenas tardes, Fran —saludó, caminando para darle un abrazo.

—Buenas tardes, Fabri —respondió, mostrándose algo sorprendida, pues desde hacía días él había estado muy retraído y ahora llegaba abrazándola—. ¿Sucede algo? —inquirió, mirándolo.

—No... nada. ¿Qué tendría que suceder? —cuestionó con tono despreocupado, y ocupó uno de los sillones.

—Fabrizio, por lo general no llegas hasta mi habitación a saludarme con un abrazo, a ver, dime de una vez ¿qué quieres?

—Hablas como si fuera un aprovechado, hermana, cualquiera que te escuche pensaría lo peor de mí —respondió con aparente indignación. Ella levantó una ceja y se sentó al borde de la cama sin apartar la vista de él—. Está bien, tú ganas... acompáñame a Francia.

—¿Qué? ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Qué se supone que haríamos en Francia? —preguntó, levantándose y sintiéndose sorprendida.

—¡Por favor, Fransheska, tampoco es para hacer un drama! A ver te respondo una pregunta a la vez: La primera... quiero que me acompañes a Francia por unos días, la segunda nunca he estado más cuerdo en toda mi vida... y la tercera, iremos a distraernos un poco, hace mucho que no viajamos fuera de Italia, ¿cuánto hace que no ves a tus amigas? —Su actitud era completamente relajada.

—Hace mucho, pero ese no es el punto, ¿por qué quieres ir a Francia? —Fransheska entrecerró los ojos—. Fabrizio te conozco bien y sé que te traes algo entre manos.

—Deseo respirar aires parisinos, hemos pasado mucho tiempo encerrados en este lugar, podemos aprovechar el fin de semana para organizar el viaje — Quiso convencerla con una sonrisa.

—¿Esto no tendrá otro motivo? No sé, ¿quizá se deba al retorno de cierto francés a París y sus planes de llevarse a Victoria con él? —preguntó con toda la intención de desenmascararlo.

—¿Ellos piensan viajar en los próximos días? No estaba enterado, ¡vaya casualidad! —Se fingió sorprendido.

—¡Fabrizio, eres incorregible! La verdad no sé a quién saliste así, eso no es honesto, además, ¿no fuiste tú quien dijo que la loca de la señorita Anderson podía perderse en el bosque con todo y su amigo francés? ¿Qué te hizo cambiar de idea? —preguntó con una mirada pícara. Lo vio levantarse y caminar hasta la ventana.

—Yo no tengo ningún motivo relacionado con ellos, sigo en mi posición, ambos están desquiciados, ella por naturaleza y él por estar todo el tiempo detrás suyo, parece un perro faldero —mencionó con desdén—. ¿Me vas a acompañar o tengo que invitar a alguien más? —inquirió de nuevo, volviéndose a mirarla con determinación.

—La verdad no sé, Fabrizio... todo esto me parece una locura... a ver ¿qué se supone que le diremos a nuestros padres? ¿ya pensaste en eso, genio? —Ella se sentía entusiasmada, pero también renuente.

—Les diremos que tu amiga Edith te envió una carta, mencionando que tenía muchas ganas de verte, y que te invita a pasar unos días con ella —explicó, mostrando una actitud de triunfo.

—¿Edith? —inquirió, riendo ante la casualidad.

Se había enterado hacía poco, que Edith y Gerard habían resultado ser primos, solo que él ya estaba por graduarse cuando ella ingresó al colegio y en ese entonces no eran amigas. Por eso no tuvo la oportunidad de compartir con él antes, pero ahora su hermano iba a llevarse una gran sorpresa al enterarse de eso, dejaría que lo hiciera por sí solo, estando en París.

—Sí... Edith, tú encárgate de contactar con ella, y yo arreglo todo con mis padres —esbozó, dispuesto a salir.

—Aún no he aceptado ir —agregó, sintiéndose poderosa.

—Es una lástima... Brandon llegará a París dos días después que su flamante anfitrión y la excéntrica señorita Anderson. Escuché cuando le informaba a nuestro padre que se tomaría toda la semana para pasear junto a ellos por las villas de Lambert —mencionó, fingiendo congoja. Ella se quedó

en silencio y Fabrizio supo que la tenía en sus manos.

—Si nuestros padres preguntan, tú te encargarás de explicar toda la situación, siempre he dicho que si lo quisieras serías un gran actor, no sé cómo lo haces, pero siempre logras convencerlos —dijo, sin poder disimular la emoción que le producía encontrar a Brandon en París.

—Es sencillo, soy más inteligente que tú —acotó, soltando una carcajada que retumbó en toda la habitación.

Ella le lanzó un cojín, pero él logró esquivarlo, después de eso salió, dejando a Fransheska flotando en una nube.

La mirada de Victoria se encontraba perdida en algún punto del inmenso verde ante sus ojos, mientras que sus pensamientos se encontraban acaparados por un hombre, el mismo que desde su llegada a ese país, no la había dejado en paz ni siquiera en sueños.

—Vicky, ¿aún no te has cambiado? —preguntó Ángela, entrando a la habitación—. Se te va a hacer tarde, ven déjame ayudarte —mencionó, caminando hasta ella, pero seguía en silencio—. ¿Vicky?

—¿Sí? —preguntó sorprendida, volviéndose para mirarla.

—Te decía que ya es tarde, el señor Lambert y Brandon ya te esperan —contestó, mirándola con preocupación.

—Sí... sí, disculpa, no te escuché. —Caminó hasta donde se encontraba colgado el hermoso vestido blanco que Ángela había seleccionado para que luciese ese día.

—¿Sucede algo, Vicky? —preguntó, tomándola por sorpresa.

—No —respondió, sin mirarla, luego suspiró—. Ángela... la verdad no estoy muy segura de ir a ese almuerzo... ¿podrías decirle a Brandon que me siento mal? —pidió con un hilo de voz.

—Es por la discusión que tuviste con ese joven, ¿verdad? —preguntó, buscando su mirada para que le fuese sincera.

—¡No! Por supuesto que no... es solo que... —Ella se detuvo, tratando de hallar una excusa convincente.

—Que no quieres verlo —concluyó y al ver que bajaba la mirada, supo que tenía razón—. Vicky no tienes que mentirme, somos amigas ¿no es así? No quise preguntarte nada en ese momento, pero vi lo sucedido entre ustedes..., aunque no tengo la más mínima idea de lo que se dijeron, solo sé que desde ese día estás extraña, triste. —Le agarró las manos entre las suyas—. ¿Quieres hablarme de ello? —preguntó y la ternura era palpable en su voz.

—Ángela yo... yo no sé, no entiendo todo esto que siento, no sé cómo explicar lo que tengo aquí dentro —mencionó, tocándose el pecho—. A veces quiero salir corriendo y olvidar todo esto, pero con solo pensar en ello me lleno de dolor y miedo. —Sollozó, esos días sin verlo habían sido una tortura, por lo que imaginar no hacerlo nunca, le resultaba demasiado doloroso, solo que no quería ilusionarse más.

—Vicky —susurró, acariciándole el cabello para consolarla.

—Sé que, si quisiera, le podría decir a Brandon que deseo regresar a América y él lo comprendería, he pasado noches enteras sin dormir pensando en qué debo hacer, buscando desesperadamente una salida y lo único que consigo es aferrarme a un imposible, a un sueño... o una pesadilla ¡Ya ni siquiera sé lo que es! De lo único que estoy cada día más segura, es que por más que intente luchar contra esto, no podré escapar, es como ir contra la corriente... me siento tan cansada. —Terminó por decir mientras se desplomaba en la cama.

—¿Sientes que es él? —inquirió, mirándola a los ojos.

—Sí —respondió en medio de un suspiro y luego sollozó.

—¿Qué tanto? ¿Qué te hace pensar que es Terry? —preguntó de nuevo. Ella también se sentía asombrada ante el parecido de ambos, pero ya antes había escuchado que existían personas que se parecían mucho sin siquiera estar unidos por la sangre.

—Todo... y nada. ¡Esto es tan frustrante! A veces siento que es él... sus palabras, su voz, la forma en que me mira, su sonrisa..., pero en otras ocasiones es tan diferente, es distante... es... ¡insoportable, engreído, idiota! —Ella se puso roja a causa del enojo, al recordar su discusión de la otra tarde, cuando se fue dejándola llena de deseo.

— Entonces es él. —Ángela comenzó a reír, no fue su intención, pero le fue imposible evitarlo—. Y si no lo es... te tiene totalmente perturbada, amiga —expresó, intentando dejar de reír.

—Gracias Angela, si no me lo dices, no soy consciente de ello ¡Por supuesto que me tiene perturbada! Va a volverme loca.

—Vicky, cálmate, no eres la única. Mira, no puedo negarte que en cuanto vi a ese joven quedé realmente sorprendida, el parecido con el joven Terrence es enorme, se podría decir que son la misma persona. Claro está que se ve mucho mayor, han pasado más de cuatro años desde la última vez que lo viste, y todos esos cambios que ves son justificados..., pero hay cosas que no puedes olvidar y es que este chico, según lo que tengo entendido, tiene una



familia, nació en este lugar...y todo eso hace que sea casi imposible que se trate de Terry —agregó, mirándola fijamente, para hacerla entender.

—Lo sé Ángela, no creas que lo he olvidado, me lo repito una y otra vez, me digo «Es imposible, Victoria... no es él, Victoria» pero mi corazón se niega a aceptar la realidad, para él, Fabrizio Di Carlo y Terry son la misma persona. ¿Entiendes ahora la lucha que tengo que soportar todos los días? — cuestionó con desesperación.

—Sí, lo entiendo... pero no ganas nada con alejarte, lo único que provocarás es que tu corazón se aferre más a la idea y que tu mente termine por colapsar, debes enfrentar esto. —Le aconsejó con firmeza.

—No sé qué hacer —confesó, sollozando.

—Si lo deseas, puedo excusarte con Brandon, pero en algún momento tendrás que ver de nuevo a ese joven, y entonces todo lo que sientes explotará de nuevo y con mucha más fuerza.

Ella tenía razón y Victoria lo sabía, era imposible negar que, si dejaba pasar esa ocasión, se darían otras y si no era así, ella terminaría buscándolas, haría lo que fuese necesario por ver de nuevo al italiano.

—Ángela, ayúdame a vestir, iré a esa reunión, seguiré tu consejo y me enfrentaré a esto, tengo que convencerme de que Fabrizio no es Terrence — resolvió, poniéndose de pie, luchando por ser valiente.

Cuando llegaron a la casa Di Carlo fueron recibidos por Fransheska y los esposos, Fabrizio no se encontraba con ellos, Victoria no vio el automóvil y supo que tampoco se encontraba en la casa. Esperaba que eso le produjera algo de alivio, pero en su lugar se sintió defraudada, porque su corazón sí estaba desesperado por verlo; sin embargo, mostró su mejor sonrisa mientras caminaba al interior de la casa, colgada del brazo de Gerard.

—Victoria, te ves hermosa, el blanco te va muy bien —mencionó Fransheska con una sonrisa.

—Gracias, tú también luces muy bien hoy, me encanta tu vestido; por cierto, pensé que irías a la casa.

—Me apena mucho no haber ido, Fabrizio me pidió que lo ayudara en algo y no pude negarme —respondió, excusándose.

—¡Oh por favor! No te preocupes, de cualquier modo, ayer nos quedamos en la casa para descansar, dentro de dos días salimos hacia París, por fin nos decidimos a viajar con Gerard.

—¡Sí! Qué bien, me alegra mucho, nosotros... —Antes de que pudiese continuar, se vio interrumpida por la llegada de su hermano.

—Buenas tardes, disculpen la tardanza.

—Buenas tardes, todo fue mi culpa —dijo Antonella, colgada del brazo de Fabrizio, mostrando una sonrisa que iluminaba sus hermosos ojos grises—. Ya saben cómo somos las mujeres.

Victoria tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol y dedicarle una sonrisa, aunque en realidad lo que deseaba era golpearlos a ambos y salir de ese lugar. Fransheska también les dedicó una sonrisa, que a todas luces era mecánica, la misma que adoptó su madre. Luciano se puso de pie y caminó hasta los recién llegados para saludar a Antonella, en vista de que ni su esposa ni su hija lo harían.

—Bienvenida, Antonella, los esperábamos para servir la comida.

—Muchas gracias, Luciano —respondió, luego miró a los americanos—. Señor Anderson, señorita Anderson, qué gusto verlos de nuevo —agregó, caminando hasta ellos.

—También es un placer verla, señora Sanguinetti. —Brandon pudo notar la tensión de Victoria y Fransheska, así que mantuvo la distancia.

Aunque lo intentó, Fabrizio no pudo evitar posar la mirada en Victoria, era imposible no sentirse atraído por ella, lucía realmente hermosa, su cabello, sus ojos, sus labios, todo en esa mujer poseía una belleza única. Al igual que inalcanzable, e incluso si no lo fuera, a él ya no le interesaba, no estaba dispuesto a sufrir otro desplante por parte de una chiquilla malcriada con aires de miembro de la realeza.

## Capítulo 10

Durante la comida, Victoria y Fabrizio evitaron en todo momento mirarse, cada vez que él hablaba, ella bajaba la mirada o la esquivaba y cuando era el turno de ella, el italiano miraba a Antonella o a cualquier otro lado, con tal de no demostrar interés en lo que Victoria decía. Ambos habían optado por tratarse con indiferencia y quizá eso pasaba desapercibido para los demás, menos para Brandon y Fransheska, quienes sospechaban que entre los dos pasaba algo.

Después de la comida salieron al jardín a tomar un poco de aire, los esposos se excusaron con los jóvenes, pues recibieron una visita inesperada, delegando en sus hijos la tarea de atender a los invitados. Por iniciativa de Fransheska se sentaron en la terraza junto al rosal, pero al llegar allí se sumieron en un pesado silencio, hasta que Antonella se decidió a iniciar la conversación.

—Señor Lambert, ¿es cierto que es usted ministro en Francia?

—En efecto, señora Sanguinetti, he tomado el cargo de mi padre, él tuvo que dejar su puesto por motivos de salud.

—¡Vaya! ¿Quién lo diría? Se ve usted muy joven para manejar un cargo de esa magnitud —dijo, ante la mirada sorprendida de las damas y el aludido, a Brandon le pareció divertida la acotación de la mujer, pero no lo demostró; sin embargo, Fabrizio sí manifestó cuanto lo había divertido el comentario, pero ella al ver la reacción de todos, quiso aclarar su opinión—. No me malinterprete, señor Lambert, tómelo más bien como un halago, son pocos los jóvenes que hoy en día son capaces de llevar sobre su espalda un cargo como ese, creo que es algo digno de admirar.

—En ese caso, le agradezco la aclaratoria, señora Sanguinetti —respondió con una sonrisa amable.

—La política en Francia es una de las más complejas, aun con todo el tiempo que llevan siendo una república —acotó Fransheska, pues la había estudiado durante su tiempo en ese país.

—Está en lo correcto, no es fácil, pero tenga por seguro que hacemos nuestro mejor esfuerzo, «Roma no se construyó en un día» —indicó Gerard, no

cabía dudas de que era muy diferente a su hermano.

—Roma fue un imperio —señaló Fabrizio con burla.

—Un imperio que cayó por sus propias manos, por la arrogancia y la ambición desmedida de quienes lo gobernaron —contestó Gerard, no iba a permitir que ese tipejo le diese clases.

—Unas manos que crearon la mayoría de las leyes que hoy en día conocemos. —contraatacó Fabrizio—. No en vano todos nos regimos por el Derecho Romano —agregó con pleno conocimiento.

—Una copia barata de los griegos, es a ellos a quienes debemos otorgar el mérito —mencionó Gerard, mirándolo con desafío.

—Por supuesto, lástima que no lograran avanzar más allá de los alrededores de su pequeña isla —acotó Fabrizio, con menosprecio.

—¿Acaso ustedes conocen algo sobre los Sioux, los Apaches, los Cherokee, los Incas, los Mayas, los Aztecas o los Guaraníes? —cuestionó Victoria con molestia, al ver que, si seguían así, iban a hacer que la reunión terminara muy mal.

Brandon esbozó una gran sonrisa al escuchar ese cuestionamiento, él sí que tenía conocimiento sobre ellos, se podía decir que era quien le había enseñado a su prima, pero dejaría que fuese ella la que hiciera su planteamiento, pues sospechaba a donde quería llegar. Gerard y Fabrizio se mostraron sorprendidos ante la pregunta, y de inmediato intentaron buscar en sus cabezas algún conocimiento sobre estos, para no quedar como estúpidos, pero ella apenas los dejó hacerlo, mostrando una aptitud aireada, continuó.

—Fueron grandes civilizaciones americanas, poseedoras de gran conocimiento, al igual que riquezas, tantas que lograron sacar a flote a un continente entero que se encontraba en decadencia, tanta que ni la corona francesa ni todo el imperio romano lograron tener ni en sueños. No obstante, sería muy aburrido que yo me pusiese a describir en detalle las ventajas o desventajas de los unos o de los otros, así que, por favor, no nos excluyan enfrascándose en una conversación que nada más les interesa a ustedes. —Su voz era una exigencia, así como su mirada, que por primera vez en esa tarde se posaba en Fabrizio, pero solo unos segundos, para luego hacerlo en Gerard.

Ellos se mostraron apenados, porque Victoria los había callado de la manera más elegante y certera posible, mientras que Fransheska y Antonella esbozaron sonrisas llenas de orgullo, ante el ingenio de la americana. Brandon por su parte, sujetó la mano de su prima y le dio un suave beso, demostrando que aprobaba su actitud.

—Es una de las principales activistas a favor del voto femenino y la igualdad de derechos entre hombres y mujeres —mencionó él, mirándola con orgullo y una gran sonrisa.

—Eso me hace admirarte más, Victoria, compartimos los mismos ideales —expresó Fransheska, sonriendo.

—Las mujeres merecen la misma consideración que los hombres, así que no hace falta que la excuse, señor Anderson —indicó Antonella, pues también le había tocado luchar para hacerse respetar por los socios de su difunto esposo—. Pienso igual que su prima, no es cortés que nos dejen fuera de una conversación, pero cuando los hombres se apasionan por algo, es casi imposible disuadirlos —acotó, mirando al joven que amaba—. Fabrizio hace mucho que no doy un paseo por los rosales de tu madre, sabes que me encantan, ¿me acompañas a verlos? —pidió con una sonrisa, quería alejar la molestia que le dejó su enfrentamiento con el francés.

—Claro, con su permiso. —Se puso de pie y le extendió la mano a Antonella, entregándole una sonrisa, pero esta no llegaba a su mirada.

Victoria se quedó sentada intentando controlar la rabia que la consumía, no soportaba ver como él se desvivía en atenciones para con esa mujer, parecía una triste marioneta en sus manos. De repente, se le ocurrió una idea y se volvió para mirar a Gerard, él la observaba embelesado como siempre y ella le dedicó una sonrisa, para luego buscar con la mirada a la italiana.

—Fransheska, me gustaría mostrarle el jardín a Gerard, recuerdo que te gustaba mucho el de la casa de Chicago, ¿no es así? —preguntó, mostrando un repentino entusiasmo.

—Sí, soy amante de los jardines —expresó con una sonrisa, que revelaba que era más apasionado de recorrerlos con ella.

—No tengo ningún problema, pero... no sé si al señor Anderson le moleste quedarse solo...

—No te preocupes, iremos nosotros y ustedes pueden quedarse descansando, no es necesario que nos acompañes, no creo que nos vayamos a perder —mencionó, extendiendo la mano a Gerard, quien la recibió con una sonrisa que iluminaba sus ojos oscuros.

—En ese caso, el jardín es todo tuyo —expresó ella, divertida.

Gerard le ofreció su brazo a Victoria, y como la idea había sido de ella, no podía rechazarlo, así que no quedó más que sonreírle y aceptar; se alejaron con pasos lentos a través de los rosales. Un par de minutos después ya no se veían, y Brandon no pudo seguir conteniéndose, soltó una carcajada que

sorprendió a Fransheska, quien se volvió de inmediato a mirarlo.

—Lo siento —esbozó, tratando de calmarse—. No fue mi intención asustarla. —Se excusó, mirándola a los ojos.

—No se preocupe, no lo hizo —respondió ella, sonriéndole.

Fransheska se deleitó viendo las hermosas vetas amarillas del iris, pero al notar lo cerca que estaba de él, se alejó con disimulo y le dedicó una sonrisa. Se sintió apenada, al sentir como sus mejillas ardían, y supo que debían estar ferozmente sonrojadas.

Él no tuvo problema en quedarse mirando el encantador rostro de Fransheska, su piel de porcelana, sus labios como el botón de una rosa, su cabello espeso y sedoso que ansiaba tocar. En ese instante ella subió el rostro, regalándole la dicha de ver sus ojos, esos que tanto le gustaban, eran hermosos, claros, llenos de una luz que nunca había visto, infinitos, maravillosamente infinitos.

De nuevo su corazón latía desbocado y esa agradable sensación de júbilo que recorría todo su cuerpo, lo colmaba una vez más, despertando nuevas sensaciones en él. Acrecentando su deseo de acercarse a ella para acariciarla, besarla y ahogarse en esos ojos grises, que lo llevaban sin el menor esfuerzo a un sueño mágico.

—¿Desea pasear por el jardín? —preguntó, sin darse cuenta, y después se sintió un idiota.

—Por supuesto, paso más tiempo allí que en cualquier otro lugar, es mi mundo ideal —respondió, con una sonrisa que iluminaba su mirada, pero bajó el rostro, pensando que había sonado infantil.

—Me encantaría conocer ese mundo —pronunció, extendiéndole la mano y regalándole una sonrisa galante.

Fransheska lo miró a los ojos y recibió su mano sin dudarle un instante, se puso de pie y antes de comenzar a caminar, intentó soltarse, pero se sorprendió al ver que él no tenía intenciones de liberarla; por el contrario, envolvió su mano en un agarre cálido y seguro. Eso hizo que sus nervios se dispararan y sus piernas comenzaran a temblar, también que se sonrojara como si fuese una quinceañera, ya era hora de que empezara a actuar como una mujer, era absurdo ponerse nerviosa solo porque él le dedicara una sonrisa.

Brandon se sentía estúpido por no saber qué decir, nunca había tenido problemas para acercarse a las mujeres, pero con ella todo era distinto, sencillamente se bloqueaba. Era como si su cerebro no lograra coordinar nada más que mirarla en silencio, aunque deseaba decirle cientos de cosas, no sabía

cómo o por cuál empezar.

—Creo que nuestros hermanos se perdieron —mencionó ella, rompiendo el silencio, porque no hablar la ponía más nerviosa.

—No creo que logren ir muy lejos... al menos no Victoria, aunque con lo ingeniosa que es en algunas ocasiones, es probable que corra ese riesgo —respondió con una sonrisa.

—Su prima es una chica muy linda y amable, me agrada mucho —mencionó con franqueza.

—Usted también le agrada mucho. Tengo que agradecerle el pasar tanto tiempo con ella, con nosotros ya que yo también disfruto de su compañía —expresó, mirándola a los ojos, para que viera que era sincero.

—No tiene nada que agradecer, usted también me agrada, es... —Fransheska se quedó, completamente embelesada, mirándolo.

«Es maravillosamente guapo, tiene la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida y me encanta, también estoy enamorada de sus ojos, además, me muero por abrazarlo y besarlo, por descubrir si siente lo mismo que yo.»

Pensó, sintiendo cómo la ilusión que se había despertado en ella, cada vez era mayor, y su deseo crecía de manera desbocada, tan rápido que estuvo a punto de ponerse de puntillas para besarlo, pero supo contenerse a tiempo, porque eso era una locura.

—Es una excelente persona —agregó sin mirarlo, para esconder el sonrojo que le provocaron sus pensamientos.

—Me alegra tener esa impresión en usted..., pero, ¿puedo pedirle un favor? —preguntó, acercándose a ella.

—Claro —respondió, volviéndose para mirarlo.

—¿Puede llamarme Brandon? Solamente Brandon... —Le pidió con una sonrisa. En realidad, lo que deseaba era escuchar su nombre salir de esos hermosos labios que tanto anhelaba besar.

—Brandon —mencionó con una sonrisa, que bien podía iluminar más que el sol de esa tarde—. Está bien, Brandon, pero... entonces usted deberá llamarme Fransheska —acotó, mirándolo a los ojos.

—Sería un placer, Fransheska, y creo que también deberíamos tutearnos —indicó, acercándose más a ella. Cuánto deseaba acariciar su rostro, amarrarla a él en un abrazo.

Fransheska afirmó en silencio, su voz había sido robada por la cercanía y la imagen del americano; de un momento a otro, Brandon levantó una mano y la acercó a su rostro con lentitud. Ella sintió que todo a su alrededor comenzó

a dar vueltas y su cuerpo entero fue presa de un leve temblor, mientras sentía a su corazón retumbar, pero de pronto él alejó la mano y la puso delante de sus ojos.

—Debe pensar que eres una rosa —mencionó, abriendo la mano y dejando libre una mariposa con vivos colores—. No la culpo por ello, yo también caería rendido ante una belleza tan magnífica como la tuya, Fransheska —susurró, mientras se moría por besarla.

Ella dejó caer los párpados pesadamente, y él se perdió en su imagen, por deseo o por instinto se aproximó lentamente a ella, tratando de hacerlo despacio, para no asustarla. Su corazón latía como nunca había sentido, solo deseaba que ella también disfrutara de ese beso, que lo hiciera tanto que fuese el primero de muchos, a un suspiro de sus labios, contuvo la respiración y cerró los ojos.

—Fabrizio... Brandon... Fransheska.

Mencionaron Fiorella y Luciano a lo lejos, provocando que se sobresaltaran y se alejaran de manera instintiva, como si hubiesen estado haciendo algo incorrecto. Fransheska tuvo que sujetarse de él para no terminar en el suelo, se sentía mareada, como si hubiese sido despertada abruptamente de un plácido sueño.

Brandon, por su parte, también se encontraba aturdido, su corazón que casi se había paralizado, ahora latía con fuerza, su cuerpo temblaba ante el deseo insatisfecho. Estuvo a punto de ignorar la presencia de los padres de Fransheska, y saciar sus ansias de besarla, pero recordó que debía portarse como un caballero, respetar la casa y la confianza de sus anfitriones, pero sobre todo a ella.

Fransheska dejó escapar un suspiro de su pecho, le fue imposible evitarlo, se sentía tan frustrada como él, pero se exigió tener el comportamiento de una dama. Por lo que se alejó de él, quedando a una distancia prudente, sintiéndose tan apenada, que no podía mirarlo a los ojos, y los nervios que la recorrían no la ayudaban.

—Gracias por mostrarme parte de tu mundo, Fransheska, nunca antes había visto una belleza como esta —pronunció, buscando su mirada y con delicadeza le acarició la mejilla.

Lo hizo porque era insoportable el deseo que lo consumía, pero ese solo toque le dio tranquilidad, aunque no completa, nada podía reemplazar lo que hubiera sido besar sus labios. Le dedicó una sonrisa y alejó su mano, para evitar que alguien pudiese verlos y malinterpretaran la situación.



Ella se quedó en silencio, perdida entre los destellos que el sol de la tarde sacaba a sus ojos azul cielo. Mientras seguía vibrando gracias a esa caricia que la llevó a un estado de ensoñación, que no había experimentado hasta el momento.

Sin embargo, sabía que no podía compararse con lo que de seguro hubiese sido ser besada por él, y quiso arriesgarse a seguir donde se había quedado, ignorar a sus padres y besarlo. No podía seguir negándolo, estaba perdidamente enamorada de Brandon, él era el príncipe que siempre había esperado, y rogaba para que fuese suyo.

De nuevo escucharon unas voces que se acercaban, y se volvieron para descubrir a Victoria y a Gerard, cerca de ellos. Segundos después, apareció Fabrizio tomado de la mano con Antonella, por el mismo sendero.

Los cuatro tenían semblantes totalmente diferentes, el francés y la italiana se veía felices, totalmente complacidos por la compañía a su lado. Sin embargo, Victoria y Fabrizio se veían tensos, mostrando una actitud extrañamente seria en ambos, mucho más que la que tenían cuando salieron a recorrer el jardín.

Brandon y Fransheska se encontraban aún sumidos en su fantasía, así que prestaron poca atención a los otros, solo se dedicaron sonrisas cargadas de complicidad, y antes de que las otras parejas estuvieran más cerca, ella se acercó a él con disimulo.

—Gracias, Brandon —susurró, mirándolo a los ojos.

—¿Gracias por qué? —preguntó sorprendido.

—Por compartir mi mundo y no reírte de mí cuando te lo mencioné. —Le dijo, dedicándole una gran sonrisa.

—Jamás lo haría, por el contrario, me siento halagado, disfruté mucho de tu compañía, y... —Estaba a punto de decir algo más, cuando fue interrumpido por Gerard

—Brandon, disculpa, nos distrajimos caminando. —Se excusó, pensando que su amigo había salido por ellos.

—Tranquilo no hay ningún problema, nosotros también quisimos pasear —contestó, mirando a Fransheska con complicidad.

Regresaron a la terraza y se reunieron con los esposos Di Carlo para tomar el té, después de eso la tertulia terminó para pena de algunos y alivio de otros. Al momento de despedirse, Victoria le dedicó sonrisas mecánicas a Fabrizio y Antonella, con Fiorella, Luciano y Fransheska la situación fue distinta, con ellos fue cordial.

Él notó de inmediato su actitud y no supo cómo interpretarla, tampoco cómo debía sentirse por ello, de momento decidió ignorar su malestar y actuar de manera natural. Sin embargo, no pudo evitar cuestionarse, si su idea de viajar a Francia para estar cerca de ella y buscar la manera de amargar a Lambert, era la mejor, quizá solo estaba cometiendo una gran estupidez.

Brandon se despidió con más emoción, sobre todo cuando le sujetó la mano a Fransheska y le dio un suave beso, mientras la miraba a los ojos. Sus ojos se iluminaron y le regaló una sonrisa, al tiempo que se esforzaba para no dejar escapar el suspiro que revoloteaba en su pecho y quedar en evidencia delante de los demás.

Los invitados subieron al auto y se alejaron, perdiéndose a los pocos minutos tras la nube de polvo que dejó la velocidad que llevaban. Fabrizio también aprovechó para llevar a Antonella hasta su casa, sabía que no tenía mucho qué hacer allí, subieron al auto y emprendieron el camino hasta Florencia.

# Capítulo 11

## Amiens, Francia 1920

El sol irrumpía con fuerza por la ventana de su habitación, la cual se encontraba abierta para dejar entrar el aire fresco de esa mañana de principios de primavera. Venía impregnado del aroma de las margaritas, los claveles y las rosas que ella cultivaba, porque eran las favoritas de su madre. Marión había escogido la alcoba con vista al jardín porque sabía que a él le haría bien respirar aire fresco y porque de esa forma, le sería más sencillo cuidar de ambos, mientras estaba allí, podía ver a Joshua jugando en el jardín con Manuelle.

—Solo un mes bastó para que me enamoraras, lograste derretir este corazón de hielo con solo una mirada, y cómo no hacerlo, con ese azul de tus ojos, un azul de mares ignotos, como el del cielo en las tardes de abril —susurró, mientras se ahogaba en esa mirada que tanto adoraba, al tiempo que le acariciaba una mejilla—. Hoy estás distante de nuevo, sé que no es fácil superar todo por lo que has pasado, si tan solo pudiera ayudarte a que fueras el mismo que conocí, por el que cometí tantas locuras —pronunció, soltando un suspiro al recordar, pero al sentir que se llenaba de nostalgia quiso cambiar de tema—. ¿Sabes? Joshua cada vez se parece más a ti, tiene tu misma sonrisa descarada y arrogante, dentro de poco cumplirá los tres años.

Marión siguió hablándole al tiempo que retomaba su labor, sus manos se movían con la destreza adquirida en todo ese tiempo, ya que, solo ella se encargaba de cuidar de su apariencia, a él no le gustaba que alguien más lo tocara. Lo miró a los ojos y le dio un beso en los labios, luego limpió con sus pulgares un par de lágrimas que se asomaban, sintiendo que una vez más su corazón se estremecía al verlo así.

Deslizó sus manos hasta posarlas en las mejillas y se sentó en sus piernas, que podían sostenerla a pesar de estar delgadas por la falta de ejercicio. Lo abrazó mientras acariciaba la melena castaña, después se movió y dejó caer suaves besos en sus labios, queriendo brindarle el consuelo que tanto necesitaba; de pronto, un golpe en la puerta la hizo sobresaltarse y dejó ver una sonrisa, sintiéndose como una chiquilla que es atrapada en una travesura.

—De seguro es mi hermano que tiene hambre, no sé cómo hace para comer cada hora —dijo, riendo por lo bajo, se puso de pie y le dio un último beso—. Regreso en un rato con Joshua —mencionó, y caminó hasta la puerta para salir de la habitación.

—Marión, tengo hambre. ¿Podrías prepararme algo, por favor? —pidió Manuelle, mientras se deslizaba en su silla de ruedas.

—Lo sabía..., sabía que para eso me llamabas, es que no retienes alimento...cada hora estás comiendo —pronunció, encaminándose a la cocina mientras él la seguía—. ¿Dónde has dejado a Joshua?

—Sigue jugando en el jardín —respondió, agarrando una manzana.

—¿Solo? —inquirió Marión, volviéndose a mirarlo con reproche.

—Sí, solo y no le pasará nada, deja de sobreprotegerlo, necesita crecer, Marión —indicó, al ver que ella se disponía a salir en busca de su sobrino—. ¿Cómo está hoy? —preguntó por su cuñado, después de tragar el pedazo de manzana que había mordido.

—Igual que en los últimos días, Manuelle. —Soltó un suspiro mientras untaba mantequilla en un trozo de pan.

—¿Al menos pudiste hacer algo? —inquirió, frunciendo el ceño porque sabía que eso la afectaba.

—Sí, lo afeité y hablamos un rato —contestó, queriendo mostrar entusiasmo, mientras le entregaba el emparedado que le preparó.

—¿Hablaron? —preguntó sorprendido.

—Bueno, le hablé, como siempre... Sabes que solo habla cuando se siente cómodo y no me gusta presionarlo. —Tragó para pasar el nudo en su garganta, porque anhelaba mucho escuchar su voz.

—Está bien, está bien... ¿Y el cabello? —inquirió, con curiosidad, su cuñado llevaba años sin tener un peinado decente.

—No, aún nada, no hay forma de convencerlo para cortárselo —respondió, dejando ver una sonrisa—. Además, me gusta vérselo así, ya lo tiene a mitad de espalda, y con la coleta se ve sumamente bien —agregó, sonriendo con embeleso, porque amaba todo de él.

—Sí, ya veo —masculló sin poder evitarlo, así como tampoco pudo callarse el sermón que siempre le daba—. Después de tantos años, no logro comprenderte, Marión, ¿cómo te enamoras de un hombre del que no sabes nada? Solo que, supuestamente, es inglés y que se llama Richard Macbeth... ¡Macbeth! Como un personaje de Shakespeare y que, además, no tiene ningún documento que confirme que esa sea su verdadera identidad, y, por si fuera

poco, no tenían ni un mes en la absurda relación cuando sales embarazada. — Le reprochó, mirándola a los ojos, con la esperanza de que esta vez le dijese que sí se había equivocado al entregarse de esa manera a un desconocido.

—Manuelle, ¿cuántas veces hemos tenido esta conversación? —preguntó, sintiéndose cansada de lo mismo.

—Cientos de veces, hermana y también sé la respuesta que me darás: Que cuando uno se enamora sencillamente no piensa.

—¿Entonces? —cuestionó porque no entendía su afán de criticarla.

—Entonces, que me da mucho dolor ver cómo sufres ante su situación, intentando cada día sacarlo de ese pozo donde está metido, y ver que cada esfuerzo que haces parece ser en vano —expresó su sentir, sin ningún tipo de reparo, pero al ver que ella bajaba el rostro mostrándose triste, no pudo seguir reprochándole nada; después de todo, él también era una carga—. Y también me gustaría poder ayudarte más, pero mi condición física no me lo permite —admitió, bajando la vista al vacío en sus piernas.

—Manuelle, no te voy a negar que todo esto me afecta y, que, a pesar de los años, no me acostumbro, pero lo amo y lo importante es que está aquí conmigo, aunque no sepa nada de él, no me importa. Sé que algún día Richard saldrá de esa oscuridad donde está sumido y volverá a ser ese chico del que me enamoré hace cuatro años. Ahora voy a buscar a Joshua, para que vaya a ver a su padre —pronunció, mostrándose segura, porque no dejaría que nada ni nadie la separara de su esposo.

Manuelle la vio salir con ese andar decidido, sintiéndose frustrado al no poder hacer que entrara en razón, ella se mantenía aferrada a ese hombre, que cada día le robaba un poco más de su brillo y su felicidad. Suspiró, dejando de lado el emparedado, había perdido el apetito, rodó su silla hasta la ventana, su mirada se posó en su hermana y su sobrino, que era la única familia que le quedaba.

Victoria apartó la mirada del libro en sus manos y observó a través de la ventanilla del tren que la llevaba a París, el paisaje que se desdibujaba debido a la velocidad con que marchaba la locomotora. Soltó un suspiro viendo como la noche comenzaba a apoderarse de todo, mientras que una vez más los recuerdos de Terrence y de Fabrizio se adueñaban de su mente.

Había intentado distraerse leyendo uno de los libros favoritos de su rebelde, y que también era de los suyos, pero todo parecía en vano, porque no lograba sacar a Fabrizio de su cabeza, odiaba que tuviese ese poder sobre

ella, y que llegase a opacar la imagen de Terrence en algunas ocasiones. Decidió que aprovecharía que Ángela y Gerard se habían retirado a descansar, para salir y estirar un poco las piernas.

Llegó hasta el comedor, aunque no tenía mucha hambre, pero los dulces atraparón de inmediato su atención, una de las empleadas se acercó y le ofreció uno, junto a una taza de café. Los recibió con una sonrisa, pensó en ir a una de las mesas, pero había pasado todo el día sentada y lo último que deseaba era hacerlo de nuevo, así que se quedó.

De regreso al salón que ocupaba, se asomó por las ventanillas del tren, el cielo lucía hermoso, lleno de estrellas, aunque la oscuridad que reinaba le impedía ver el paisaje, pero al mismo tiempo intensificaba el brillo de las luces en el cielo. Caminó hasta una de las puertas que llevaba al exterior, se fijó que no hubiese ningún trabajador cerca y la abrió; la brisa era tan intensa desordenaba su cabello y su ropa, el sonido también era fuerte pero no al grado de incomodar, levantó la vista y el firmamento era indescriptiblemente hermoso.

—“Solo tu nombre es mi enemigo, tú eres tú seas o no Montesco... ¿Por qué... que es Montesco? No es ni mano, ni pie, ni brazo... ni rostro, ni parte alguna que pertenezca a un hombre... elige otro nombre... ¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa, con otro nombre tendría el mismo aroma... también Romeo, aunque Romeo no se llamara, conservaría iguales perfecciones que atesora... ¡Oh Romeo! Rechaza tu nombre y a cambio, me ofrezco a ti en cuerpo y alma” —. Las palabras salían de sus labios como apenas un susurro, más el viento las transportaba como la más hermosa de las melodías.

—“Te tomo la palabra... y ámame amor mío y seré de nuevo bautizado, desde ahora mismo dejaré de ser Romeo” —respondió Fabrizio, quien había entrado detrás de ella.

Victoria abrió los ojos, sorprendida, pensó que en verdad estaba enloqueciendo, aun así, se arriesgó a darse la vuelta; ver a Fabrizio allí le resultó increíble. Se tambaleó presa del vértigo y la emoción, sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar que ambos declamaban las partes de los personajes cuando se reunían bajo el arce en el colegio, fue como tener a Terrence junto a ella una vez más.

Fabrizio se acercó al ver el estado de conmoción de Victoria, pues no esperaba que ella reaccionara de esa manera, aunque reconocía que llegó con la intención de sorprenderla. La dejó declamar toda la parte de Julieta,

sintiéndose cautivado por la voz y el sentimiento que ella le impregnaba cada palabra, mientras buscaba en sus recuerdos el diálogo de Romeo, no le fue difícil identificar la escena.

Victoria sentía que sus piernas no soportarían su peso, se sujetó de la baranda para no caer, y justo en ese instante, sintió que uno de los brazos de Fabrizio le rodeaba la cintura para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con preocupación.

—Usted... usted... ¿Por qué tiene que aparecer siempre como un fantasma? —Le dijo, intentando parecer molesta, pero su voz la traicionó, apenas tuvo el suficiente tono para que él la escuchara.

—¿Disculpe? —inquirió con una sonrisa, tratando de ocultar su desconcierto—. Tampoco es para tanto —acotó, mientras se dejaba embriagar por el aroma a rosas que emanaba del cuerpo de Victoria.

—¡Claro que sí! Le encanta ir por allí asustando a las personas...

Victoria ni siquiera sabía lo que decía, se encontraba realmente abrumada por todas las sensaciones que él despertaba en ella, gracias a su cercanía que le transmitía su calor, su respiración, el magnetismo de su mirada sobre su rostro. La forma posesiva y dominante como se apoderaba de ella sin hacer esfuerzo alguno, y esa manera en la que su brazo rodeaba a su cintura, impidiéndole alejarse.

—No fue mi intención —expresó divertido al ver el nerviosismo de ella—. No pensé que le molestaría encontrar a su Romeo. —Su sonrisa bien podía derretir el más grande de los icebergs.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa, dolor y resentimiento; porque sentía que se estaba burlando de ella, y en un movimiento seguro, posó sus manos en el pecho de él y se separó. Fabrizio sintió como su corazón casi se detuvo en cuanto ella tuvo ese simple gesto.

Un gesto que no debería implicar nada más que el rechazo, pero al sentir la tibieza de sus manos a través de la tela de la camisa, y la presión que ella ejerció, la sensación fue maravillosa. Le permitió alejarse porque no ganaba nada con retenerla, ella caminó para darle la espalda y él se apoyó en la baranda, observando con esmero cada detalle de la figura de Victoria.

—Pensaba que no había nada en mí que la perturbara —mencionó con sarcasmo, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Mantengo lo que le dije, no existe nada —contestó sin volverse a mirarlo, pero estaba a punto de llorar.

—¿Entonces por qué huye? —inquirió con seriedad.

—No estoy huyendo. —Se volvió para mirarlo, para demostrarse a más a ella misma que a él, que lo que decía era verdad.

En respuesta, Fabrizio levantó una ceja en señal de desconfianza, fijando su mirada en ella con toda la intención de retarla, sabía que existía en Victoria un carácter fuerte. Podía casi jurar que detrás de esa máscara que usaba, existía una mujer maravillosa, viva, aunque ella misma se empeñara en ocultarlo.

—No se crea tan importante, señor Di Carlo —aseguró, mirándolo a los ojos, sin embargo, sus labios dejaban ver que mentía.

—No necesito importarle a usted ni nadie para ser quien soy, tampoco me creo menos que otra persona, solamente soy yo... nada más. —Su voz era dura y su mirada fría.

Ella se quedó en silencio observándolo, ese brillo que había en sus ojos ya lo había visto antes, hacía mucho tiempo. Esa mezcla de rabia y dolor que mostraba cuando se sentía ofendido. Se arrepentía de haber dicho esas palabras, pero ya era tarde, no podía hacer nada, seguramente, era lo mejor, mantenerlo a distancia, como mantenía todo lo que amenazaba con romper su coraza.

—Me parece perfecto, porque yo tampoco estoy interesada en cambiar mi actitud para agradar a nadie, soy completamente feliz siendo quien soy, con la vida que llevo... soy muy feliz así —pronunció, queriendo mostrarse fuerte, pero su voz se quebró al final y sus ojos se humedecieron.

Él notó de inmediato el cambio de actitud en ella y su corazón sintió un dolor agudo, lo lastimaba verla así; dio un par de pasos para acercarse, pero ella se alejó en un movimiento de defensa; sin embargo, él continuó hasta estar frente a ella y mirarla a los ojos.

—¿Por qué me tiene miedo? —Su voz mostraba su desconcierto.

—Yo... no le tengo miedo. —Ella negaba con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. No le temía a él, sino a lo que comenzaba a sentir, porque juró que nunca se enamoraría de nadie más.

Fabrizio suspiró y se volvió para esquivar su mirada angustiada, no comprendía todo eso que sentía, tampoco por qué ella actuaba de esa manera, por qué lo rechazaba sin siquiera demostrar un poco de cortesía. En un principio pensó que era su imaginación, que quizá ella era tímida, o que había pasado poco tiempo para tener esa certeza, pero cada vez le dejaba más en claro que sus dudas eran reales, que ella no quería estar cerca de él.

—Lo siento..., en verdad, lo siento... olvide todo esto, por favor, no sé



por qué digo las cosas que digo, simplemente es mejor que... —Victoria intentaba explicarse, pero su voz temblaba demasiado.

—No tiene que explicar nada, está en su derecho de actuar como mejor le parezca... solo una cosa más... —dijo, volviéndose para mirarla—. Nunca le haría algo que la lastimara, nunca. —Con esas palabras salió del lugar, sintiéndose profundamente herido.

Ella dejó salir las lágrimas que la ahogaban, rodó hasta quedar sentada en el suelo y cerró los ojos, sentía que toda esa situación la llevaría a la locura, más complicado que antes. Y lo peor era que una parte de ella le gritaba que lo buscara, que confiara en él, sin embargo, la otra le decía que era arriesgarse demasiado, que nada de eso tenía lógica, pero sentía que era Terrence, casi podía asegurarlo.

«Entonces, ¿por qué no le preguntas directamente? ¿Por qué no le hablas de Terrence y del parecido entre ambos?»

Se preguntó en pensamientos, y obtuvo la respuesta enseguida.

«¡Por Dios, Victoria! No lo haces porque sabes que él terminaría por alejarse de ti, creerá que eres una loca... sí, pero al menos así acabaría con todo este dolor y con tanta confusión. ¡Vamos, ve y habla con él!»

Se exigió al tiempo que se limpiaba las lágrimas y se obligaba a dejar de llorar como una tonta, debía actuar de una vez por todas, y no cometer los mismos errores de antes. Ya no podía seguir mostrándose como una cobarde, era hora de volver a ser quien era.

—Terry... Terry... —Lo llamó, con la esperanza que él reaccionara al escuchar su nombre. Se levantó con rapidez y abrió con esfuerzo la puerta para regresar al pasillo.

No obstante, sus ilusiones se vinieron al piso, cuando halló el lugar vacío, envuelto en una oscuridad tan cerrada, como la misma donde se encontraba ella. Su llanto se hizo más amargo, y cerró los ojos, sintiendo que la incertidumbre iba a terminar por enloquecerla.

El sol de los primeros días de abril entraba a la habitación llenando de luz y calidez todo el lugar, el delicado aroma de las rosas del jardín impregnaba cada rincón del mismo, al igual que los cantos de las aves que los despertaban con sus cadentes melodías.

Él rodeó con su brazo la delgada cintura de su mujer y le dio un tierno beso en el cuello, al tiempo que hundía su rostro en el sedoso cabello castaño que tanto adoraba, que lo cautivó por completo desde el mismo día que pudo

tocarlo. La escuchó suspirar con ensoñación, y luego sintió el suave toque de su mano sobre la suya.

—Es maravilloso despertar así —susurró ella, sin abrir los ojos.

—La vida es maravillosa desde que te tengo a mi lado, me has hecho tan feliz. Me has dado tanto que aún no puedo creer cuán afortunado soy. —Le dijo al oído con ternura.

Ella se volvió para mirarlo, adoraba perderse en sus ojos, esos que la enamoraron en cuanto los vio, que iluminaron y cambiaron todo su mundo. Nunca había visto un azul como ese, no existía en el mundo un hombre que tuviese unos ojos como los de él; no antes del nacimiento de Fabrizio, pues su hijo también los había heredado, desde entonces ese tono de azul pasó a ser su favorito.

—¿Cuándo fue la última vez que te dije que estoy absoluta y perdidamente enamorada de ti? —Le preguntó con una sonrisa que le iluminaba la mirada mientras le acariciaba el cabello.

—Déjame ver... —Hizo un gesto como si pensara—. Desde anoche antes de quedarnos dormidos —respondió, sonriente.

—¡Ah! No ha pasado mucho tiempo —acotó, mirándolo.

—Para mí ha sido una eternidad, cómo siento eterno el tiempo transcurrido desde la última vez que te hice el amor —susurró, dedicándole una mirada cargada de picardía y le besó el cuello.

—Pero si apenas han pasado horas —mencionó divertida, y suspiró en respuesta a la caricia recibida.

—No para un corazón enamorado y el mío, señora, está totalmente enamorado de usted. Mi corazón no concibe la vida sin besar sus labios, sin mirar sus ojos, sin tocar su piel —expresó, dejando caer suaves besos por su rostro, cuello y hombros, mientras rodaba para ponerla bajo su cuerpo, disfrutando del roce de sus pieles desnudas.

—Tiene toda la razón, una hora es un tiempo insoportable para un corazón enamorado, recuperemos el tiempo entonces, arrebatémosle los minutos que el sueño nos robó, lléneme la vida de amor, señor Di Carlo, ámeme como lo hizo la primera vez... como lo hizo anoche —dijo, respondiendo a los besos que él le daba, con la misma emoción.

Luciano obedeció de inmediato, perdiéndose en un beso lleno de pasión y deseo, dispuesto a entregarse al placer y al amor. El mismo que lo había atrapado desde hacía más de veinticinco años, el mismo que los mantenía unidos a pesar de todo.

Cuando dejaron su habitación ya casi era mediodía, así que decidieron dar un paseo por el jardín mientras preparaban el almuerzo. Caminaban agarrados de manos como dos adolescentes, seguían manteniendo esa magia del amor de juventud intacta, sus ojos brillaban y sus corazones latían llenos de emoción.

Llegaron hasta la fuente en medio del lugar, que él había enviado a construir para ella, porque era una enamorada del arte, al igual que su hija. Tomaron asiento envueltos en un abrazo, él cerró los ojos y elevó la cara al cielo, ella le acarició el cabello y él sonrió.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos? —preguntó con alegría.

—Por supuesto —respondió Luciano, abriendo los ojos y perdiéndose en los grises de ella que permanecía sonriente—. Estabas bellísima, tanto que creí estar soñando... pensé que no podía existir en el mundo una mujer tan hermosa. Todo en ti era perfecto, como un ángel —confesó, mirándola a los ojos mientras sonreía.

—¿Un ángel? —preguntó extrañada, no creía que hubiese en ella una esencia celestial; por el contrario, era muy terrenal.

—Sí..., sí eso pensé, que eras un ángel que habías bajado del cielo; recuerdo que yo corría para escapar de la lluvia. Todo el mundo iba de un lugar a otro, pero tú no, tú caminabas con lentitud vestida de blanco, llevabas una sombrilla... claro que esta no servía de mucho —acotó con una sonrisa—. Pero aun así tú lucías impecable, parecías flotar en medio de tanto caos... caminabas sin prisa, sin miedo...

—Sí, lo recuerdo, tú te habías quedado parado al otro lado de la calle, estabas empapado... tu sombrero tampoco ayudaba mucho —mencionó, mostrándose divertida y sus ojos brillaban.

—Fue tu culpa, tú me hechizaste... y todavía no veía tus ojos. —Sonrió con emoción, pues recordar todo eso provocaba en él la misma emoción de aquel día—. Recuerdo perfectamente que te paraste junto a la fuente de Neptuno en la Plaza de la Signoria, con agonizante calma cerraste el paraguas y elevaste el rostro al cielo, dejando que la lluvia lo bañara por completo.

—Ni siquiera sé por qué hice eso, solo quería sentir la lluvia sobre mi rostro —contestó ella, viajando en sus recuerdos.

—Pues te juro que nunca había sentido envidia en mi vida por nada, nunca..., pero en ese instante deseé con todas mis fuerzas ser lluvia y poder deslizarme por tu cara, cubrir cada rincón de ella... Y cuando bajaste el rostro, abriste tus ojos y me miraste, sentí como si el mundo hubiese estallado en millones de luces, fuiste el sol en medio de un día nublado, desde ese

momento supe que te amaba.

—Luciano, yo solo pensé... «Ese hombre ganará un fuerte resfriado» — mencionó, riendo al ver su cara de asombro, y le acunó el rostro para darle un beso—. Y desde entonces, comencé a preocuparme por ti, por eso crucé la calle y te ofrecí mi paraguas que no servía de nada —agregó, con sus pupilas bailando de diversión.

—Lo recuerdo, ambos reímos y luego te pedí que me dejarás acompañarte hasta tu casa —dijo, sumiéndose en sus recuerdos.

—Sí, recuerdo la cara de mi nana cuando nos vio... —esbozó, riendo con verdadera alegría, y le acarició las arrugas que surcaban la piel alrededor de sus ojos—. Quizá no me enamoré tan rápido de ti, pero tampoco tardaste tanto en conquistar mi corazón.

—Dos meses completos de visitas a tu casa.

—Es poco tiempo —acotó, pues había rechazado a varios pretendientes antes de él, quienes la había cortejado por mucho más.

—Demasiado tiempo para un corazón enamorado.

Fiorella le regaló una sonrisa y sus ojos llenos de hermosos destellos, acarició con suavidad su mejilla y se acercó hasta rozar sus labios; cerró los ojos y se perdió en todas las sensaciones que ese toque despertaba en ella. Aún después de tantos años podía decir que amaba a ese hombre, que cada día la enamoraba más, sus palabras, sus gestos, a pesar de sus errores, lo amaba porque ella nunca quiso a un hombre perfecto, sino a uno real, que se entregara por completo.

## Capítulo 12

En cuanto llegaron a la mansión de los Lambert, fueron recibidas por Gautier con especial afecto, Gerard presentó a Victoria con su padre, mostrándose feliz de poder hacerlo al fin, pues no había dejado de hablarle de ella desde su regreso de América. Gautier comprendió por qué su hijo estaba prendado de la joven, en verdad era hermosa, elegante y gentil, pudo notarlo solo con interactuar con ella unos minutos.

Asumiendo que debían estar cansadas por el viaje, ordenó que las ubicaran en las habitaciones de huéspedes que eran contiguas; ya que ante todo era un caballero y debía velar porque la virtud de la señorita no fuese a ser puesta en entredicho. Aunque sabía que su hijo jamás irrespetaría esa casa, no estaba de más tomar precauciones ya que era más fácil que un hombre enamorado se dejase llevar por la pasión.

Victoria se encontró con una espléndida vista, desde el balcón se alcanzaba a vislumbrar un pequeño lago, rodeado por grandes nogales y robles, y más cerca de la casa estaba un rosal. Según le había contado Gerard, había sido el deleite de su madre mientras estuvo viva, y su padre lo conservaba con mucho cuidado, en su memoria.

Todo en ese lugar era perfecto para estar feliz y cómoda, sin embargo, no era así como se sentía, no lograba alejar esa sensación de incertidumbre y ansiedad que le provocaba saber que Fabrizio se encontraba en esa misma ciudad, y que ni siquiera viajando a París, había conseguido alejarse de él, cerró los ojos y soltó un suspiro.

—¿Qué se supone que está haciendo aquí? Fransheska no me comentó que planeara viajar a Francia... Tal vez fue una emergencia, algún familiar enfermo, pero en ese caso ¿por qué no viajaban sus padres con ellos? — cuestionó en voz alta.

Estaba segura de que habían viajado solos, porque los vio descender del tren y sus padres no estaban por ningún lado, incluso pudo sentir que él la observaba cuando estuvieron en la estación. Ella quiso ir a saludarlos, mostrando que había sido una casualidad encontrarse allí, pero cuando decidió hacerlo ya habían desaparecido.

«—¿Dónde podrá estar? Necesito hablar con él, no puedo seguir con esta incertidumbre... ¿Y qué se supone que le dirás, Victoria? No puedes llegar y decirle «Hola señor Di Carlo, cuanto me alegra verlo, quiero preguntarle... ¿Es usted Terrence Danchester?» Sabes que es una locura, admítelo, lo que puedes sacar con todo eso es terminar encerrada en un manicomio... Brandon, ¡por Dios! ¿Dónde estás? Necesito tanto de tus consejos, no sé qué hacer.»

Se tumbó en la cama y su mirada se perdió entre los encajes del hermoso dosel damasco que la cubría, dejó escapar un pesado suspiro y cerró los ojos. Sin darse cuenta se quedó dormida, pues la noche anterior apenas había conciliado el sueño; Angela la despertó un par de horas después y la ayudó a prepararse para que bajara a la comida.

Después del almuerzo, Gerard invitó a Victoria a dar un paseo por el jardín, ella aceptó pensando en que quizá eso la ayudaría a dejar de pensar en Fabrizio. El sol era brillante y envolvía en calor todo aquello que tocaba; aunque el ardor que sentía Gerard nada tenía que ver con el sol, sino con sus deseos de besar y abrazar a Victoria; sin embargo, se recordó por milésima vez que debía ir despacio.

—Victoria, me gustaría preguntarte algo —dijo él, para sacarla de sus cavilaciones, porque desde hacía un rato no decía nada.

Ella lo miró sorprendida y también algo apenada, porque una vez más se olvidaba de que Gerard estaba a su lado. Se regañó por la dirección que habían tomado sus pensamientos y se enfocó en su conversación con él, así que afirmó en silencio instándolo a continuar.

—¿Piensan quedarse mucho tiempo en Italia?

—No lo sé, Gerard, todo depende de lo que Brandon diga —respondió, sintiéndose nerviosa, aunque no sabía a ciencia cierta por qué—. El trabajo que estamos realizando va muy bien, pero aún queda mucho por hacer, tenemos pensado regresar al Piamonte en cuanto volvamos. ¿Por qué la pregunta? —Sabía que había un motivo detrás.

—Nada, simple curiosidad —contestó, desviando la mirada, pero sentía que no podía quedarse con la duda, así que se arriesgó a ser más directo—. ¿Seguro que no hay otro motivo por el cual deseen quedarse en Florencia? —No tenía un pelo de tonto y había notado la atracción que existía entre Victoria y el italiano, aunque intentó negárselo a sí mismo en un principio, era evidente que había algo entre ellos.

—No existe nada que nos mantenga en esa ciudad, solo lo hacemos porque allí se encuentran los amigos de Brandon. Nuestra idea era quedarnos en

Milán o una región más cercana a las zonas afectadas, pero nos dijeron que no era seguro, mucho menos para dos millonarios americanos, que todavía quedaban muchos grupos vandálicos —respondió con seriedad, porque sentía que él iba detrás de algo más, aunque, en parte era verdad lo que decía.

Gerard captó de inmediato el cambio de actitud en ella y eso solo le confirmaba sus dudas; era evidente que había escogido cada una de sus palabras para no dejar ver interés alguno. Sin embargo, él sabía que había algo oculto en todo eso, así que quiso emplear otra táctica, a ver si lograba conseguir más información.

—Bueno, lo digo por Brandon, no sé si lo has notado, pero es evidente que la señorita Di Carlo le agrada; la verdad diría que le interesa mucho —comentó de manera casual, y al ver que había acertado, quiso agregar algo más—. Se comporta como un chiquillo cuando está cerca de ella, nunca lo había visto así con otras damas.

—Ahora que lo dices, si he notado su actitud, incluso desde el mismo momento en que conoció a Fransheska, su comportamiento es más jovial. Nunca lo había visto sonreír con tanta frecuencia como cuando se encuentra en presencia de ella, también ese brillo en sus ojos que aparece en cuanto la ve —respondió, sonriendo.

—¡Vaya! Entonces no era mi imaginación —acotó con diversión.

—No lo creo, y sabes algo, me encantaría que Brandon se diese una oportunidad con ella, es una chica con buenos sentimientos, agradable, hermosa y al parecer, cuenta con la misma pasión y energía, que posee Brandon para entregarse a las cosas que le gustan. Sinceramente, creo que esa relación podría funcionar bien para ambos —expresó, mostrándose entusiasmada con la idea.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, es una joven encantadora, me agrada mucho; caso contrario a su hermano, obviamente.

Hizo ese comentario con toda la intención de estudiar la reacción de Victoria. De inmediato vio que se puso rígida, le desvió la mirada y se encaminó sin decir palabra, él la siguió esperando a que comentara algo, pero como vio que no lo hacía, se aventuró a continuar.

—Él no te agrada, ¿verdad? —preguntó, buscando sus ojos.

—Me es indiferente, es bastante complicado... Tiene un carácter contradictorio, sin embargo, no le prestó atención, no es de mi incumbencia —contestó, intentando parecer casual.

—¿Por qué lo dices? —inquirió de nuevo, mostrándose interesado.

—No lo sé, Gerard... es simplemente así. Por ejemplo, el día que se conocieron fue muy grosero contigo y apenas te había visto... Por qué ustedes no se conocen de antes, ¿verdad?

—No, claro que no, es la primera vez que lo veo, pero tienes razón..., aunque hay personas que causan antipatía en nosotros desde un primer encuentro —respondió desconcertado.

—De todas formas, no tenía por qué comportarse de ese modo, generalmente no es así... es distinto —mencionó, recordando la tarde que compartió con él en Florencia.

—¿Distinto? —Gerard frunció el ceño al escuchar eso.

—Sí... es decir, es amable... lo fue con nosotros cuando nos conoció —respondió y una vez más fue invadida por los nervios, al ver la mirada inquisitiva de Gerard, así que decidió cambiar de tema—. Pero ya no hablemos de Fabrizio Di Carlo. ¿Has recibido cartas del Señor Wells? Hace mucho que no sé nada de ellos, sabes que Elisa y yo no somos cercanas. —Buscó una salida rápida, sin darse cuenta que lo que hacía era absurdo, quien mejor que ella para decirle como se encontraba el esposo de su prima.

—Bueno hace algunos meses me llegó una carta donde me contaba que estaba muy feliz, que Frederick crecía rápidamente y que su esposa cada vez se veía más hermosa, también que deseaba agregar otro miembro a su familia —respondió, cediendo a los deseos de Victoria de cambiar de tema, él tampoco quería seguir hablando del italiano.

—Es bueno escuchar eso, a pesar de mis diferencias con Elisa, deseo que tenga una vida armoniosa y feliz —comentó, pensando que, después de todo, su matrimonio, aunque arreglado, había salido bien.

—La verdad, también me alegro mucho por él, no pensé que esa relación se mantendría estable y en tan buenos términos... Lo siento, no es propio de un caballero expresarse así de una dama. —Se disculpó, a veces esa forma directa que tenía de hablar con sus detractores políticos, también se hacía presente en su vida personal.

—No tienes por qué hacerlo, todos sabemos que Elisa no es una mujer fácil de complacer, desde pequeña fue caprichosa, egoísta, pero creo que el amor del señor Wells la convertirá en una gran mujer. Sobre todo, con la llegada de su hijo, un bebé es una bendición y ante eso ni siquiera Elisa puede ser indiferente —acotó con algo de nostalgia, recordando cuánto deseó ella poder vivir ese milagro.

Ángela los observaba desde la ventana de su habitación, a veces deseaba



tanto que Victoria le brindara una oportunidad a Gerard, era evidente que él la adoraba, nunca había hecho nada que la lastimara; por el contrario, siempre se desvivió por entregarle alegría y paz. Sin embargo, las cosas ahora estaban más complicadas, pues la presencia de Fabrizio Di Carlo, no le pondría las cosas fáciles al francés, eso ya era un hecho, y lo peor era que el destino parecía empeñado en acercar cada vez más a Fabrizio y a Victoria, de una manera muy peligrosa.

Un par de días después, el inmenso salón de la mansión Lambert se encontraba hermosamente decorado en tonos mostaza, blanco y azul; los candelabros lucían en todo su esplendor, aportando luz y carácter al lugar. Al fondo habían montado un escenario improvisado para los músicos que amenizarían la velada, y al otro extremo se encontraba una mesa repleta de exquisitos aperitivos; en conjunto, todo creaba el ambiente perfecto para la celebración que se llevaría a cabo.

La música inició inundando el lugar de alegría ante la llegada de los primeros invitados, Gerard se encontraba en el gran salón junto a su padre, dándoles la bienvenida. Sin embargo, tanto mujeres como hombres en lugar de requerir la atención del homenajeados, insistían en compartir un poco más con el nuevo ministro, pues era el soltero más codiciado del momento y un hombre con muchas influencias.

Los Anderson hicieron su entrada y Gerard quedó hechizado por Victoria, casi había olvidado lo deslumbrante que podía llegar a lucir cuando hacía gala de toda su belleza, simplemente lo dejaba sin palabras, y su cuerpo parecía flotar con solo mirarla. Sonrió al ser consciente de que esa noche sería su compañera, eso le llenó el pecho de orgullo y emoción, porque era la mujer más hermosa de la velada.

—Luces preciosa, Victoria —mencionó, mirándola a los ojos y tomó su mano para llevársela a los labios, le dio un beso al tiempo que se perdía en esa mirada esmeralda que lo hechizaba.

—Muchas gracias, tú también te ves muy guapo —comentó ella, esbozando una sonrisa sincera.

Victoria sentía que su atuendo era algo exagerado, Ángela casi la había obligado a ponerse ese vestido color champagne, que se ceñía a su cuerpo, resaltando las curvas de sus caderas y su derriere. Sin embargo, lo que más la hacía sentir expuesta era el escote de encaje en su espalda, que tenía un hermoso bordado en hilos de plata, pero que apenas alcanzaba a cubrirla, y su

cabello estaba recogido en un peinado.

—¿Me harías el honor de bailar conmigo? La pista aún no se inaugura — comentó mirándola a los ojos, sabiendo que le era imposible esconder el amor que sentía por ella.

—Será un placer —respondió, recibiendo su brazo y caminó junto a él hasta el centro del salón.

Gerard y Victoria abrieron la pista de baile con un hermoso vals, y de inmediato todas las miradas se enfocaron en ellos, no solo por la gracia con la que bailaban, sino por el embeleso con que él la miraba. Las damas solteras sintieron cómo sus ilusiones se desvanecían al notar que uno de los solteros más codiciados de Francia se les escapaba.

Después de tres vales abandonaron la pista y caminaron para ocupar la mesa, donde también se encontraba el homenajeado, pues los Anderson eran tratados como parte de la familia Lambert. Al acercarse pudo ver que su prima y su tía estaban sentadas junto a su padre, supuso que acababan de llegar, pues hasta el momento no las había visto.

—¡Gerard qué felicidad verte! Pensé que te quedarías para siempre en Italia —mencionó Edith, llegando hasta él para darle un abrazo.

—También me alegra verte, qué bueno es saberse extrañado por aquellos a quienes queremos —respondió, sonriéndole. Luego se volvió para mirar a su acompañante y presentarla, suponía que su padre ya lo había hecho con Brandon—. Victoria te presento a mi prima.

—Así que usted es la famosa Victoria —expresó con admiración, ya lo sospechaba cuando los vio bailando—. Encantada de conocerla, Edith Dupont —dijo, extendiéndole la mano, con una sonrisa.

—Es un placer, señorita Dupont, aunque no estaba al tanto de que fuese famosa —respondió, sintiéndose algo desconcertada.

—Bueno, no dejé de hablar de ti por mucho tiempo cuando regresé de América —comentó Gerard, estaba siendo muy directo y lo notó al ver que Victoria se tensaba, pero no podía perder el tiempo; sin embargo, se recordó ir despacio—. Supongo que en cierto modo los agobié, pero me pasa igual con la política —agregó en tono casual.

—Eres muy evidente cuando algo te apasiona —mencionó Edith, sonriendo a costa de su primo, pero al ver la mirada que él le dedicaba, cambió de tema—. Por cierto, ¿adivina quiénes están aquí? —preguntó con una sonrisa mucho más amplia, y la mirada brillante.

—Sabes que no soy bueno para las adivinanzas, prima —acotó, mirándola

a los ojos, para que acabara con el misterio.

—Fransheska Di Carlo, ¿la recuerdas? Mi mejor amiga en el colegio... Estoy tan feliz, no la veía desde que inició la guerra, vino con su hermano a pasar unos días, y los traje a la fiesta, ven para que la conozcas. —Lo invitó poniéndose de pie agarrándolo de la mano.

—Edith... espera —pronunció Gerard, intentando salir de su asombro, no esperaba que ellos estuviesen allí.

El corazón de Victoria se aceleró de inmediato, aunque había pasado dos días deseando ver a Fabrizio, no esperaba que fuese en ese lugar ni en ese momento. Sus piernas comenzaron a temblar a causa de los nervios que viajaban por todo su cuerpo y su instinto la hizo comenzar a buscar entre las mesas, para dar con el italiano.

—Ya tuve el placer de conocer a los Di Carlo, son vecinos de Brandon y Victoria —explicó, mirando a su prima a los ojos.

—¿En serio? ¡Eso es increíble! —expresó emocionada—. Entonces con mayor razón, ven para que los saludes.

Gerard no supo cómo negarse a la petición de su prima sin que eso lo dejara en evidencia; por lo que aceptó ir, pero quiso dejar a Victoria allí para evitar un encuentro entre ella y el italiano. Sin embargo, le sorprendió ver que ella en lugar de ocupar su silla, le mostró su deseo de ir a saludar a los Di Carlo y Brandon también se puso de pie.

—Bien, vayamos entonces —accedió, suprimiendo un suspiro.

El encuentro se llevó a cabo en un ambiente cordial, aunque algo tenso por parte de Fabrizio, Gerard y Victoria, los tres parecían estar a punto de convertirse en estatuas, de lo rígidos que estaban. Caso contrario de Brandon y Fransheska, quienes parecían estar ansiosos por tener una mayor cercanía y no dejaban de mirarse, eran tan evidentes que Edith no tardó en comenzar hacer planes para que su amiga conquistase el corazón del guapo americano.

—Ha sido un placer verlos de nuevo, señorita Fransheska, señor Di Carlo, sigan disfrutando de la fiesta —mencionó Gerard, minutos después, pensando que había llegado el momento de despedirse.

Se puso de pie y ayudó a Victoria a hacerlo, ni loco la dejaría en esa mesa, luego le apoyó una mano en la cintura, en un gesto posesivo y quizá algo atrevido, pero su instinto así se lo exigió. Le dedicó una mirada retadora al italiano, dejándole claro que debía mantenerse lejos porque ahora estaban en su terreno y esa mujer sería suya.

Fabrizio estuvo a punto de levantarse y hacer que le quitara la mano de

encima a Victoria, pues era evidente que él la incomodaba con esas libertades que se tomaba. No obstante, se recordó que tampoco tenía ningún derecho sobre ella, eso hizo que pudiera controlar su temperamento, pero no la molestia que lo embargó.

La velada continuó envolviéndolos en el ambiente festivo, que era propio de la ocasión; aunque Gerard decidió que no bajaría la guardia, se instaló al lado de Victoria para evitar que Fabrizio pudiera acercársele. Lamentablemente no contaba con el alto precio que tenía que pagar por ser uno de los personajes más importantes del país y que su presencia fuese requerida en más de una oportunidad, intentó negarse en un par de ocasiones, pero tuvo que acceder, cuando su padre insistió en presentarle a algunos amigos que le serían de gran ayuda.

Brandon tampoco quería dejar sola a Victoria porque intuía que ese encuentro no tenía nada de casual, Fabrizio estaba al tanto de su viaje a París, así que era evidente que lo había planeado todo; lo que no le quedaba claro, era con qué intención. Además de la insistencia con que la miraba el italiano, dejando ver que estaba esperando la más mínima oportunidad para acercársele.

Sin embargo, no podía juzgar duramente a Fabrizio, pues él tampoco le quitaba la mirada de encima a Fransheska, los días que estuvo lejos de ella no dejó de pensarla ni un momento, ni siquiera cuando compartió con otra mujer. Lo único que ocupaba su mente eran los ojos grises que lo tenían totalmente hechizados, era a ella a quien deseaba hacerle el amor, sentirla desnuda y entregada; su deseo lo llevó a ponerse de pie y antes de darse cuenta estaba caminando hacia ella.

—Señorita Di Carlo... ¿Me haría el honor de bailar esta pieza conmigo?  
—pidió mirándola a los ojos, ignorando a todos los demás.

Ella parpadeó sin saber qué decir, había estado rogando por eso durante toda la velada; se obligó a hacer los nervios a un lado, y asintió entregándole también una sonrisa. Recibió la mano de Brandon, sintiendo cómo la calidez y la seguridad de su agarre, hacía que todo lo demás desapareciese y solo fuese consciente de él.

Victoria se sentía incómoda por la insistencia con la que Fabrizio la observaba, aun estando a dos mesas de la suya, la intensidad de su mirada la hacían sentir intimidada. Y él parecía disfrutar mucho tenerla en ese grado de tensión, pero no dejaría que lo siguiese haciendo, así que sin pensarlo se puso de pie y salió del salón.

Fabrizio sonrió al ver que la oportunidad que tanto había estado esperando, por fin se le daba, se disculpó con sus acompañantes y se puso de pie para salir del lugar. Lo hizo en una dirección distinta a la de Victoria, para no levantar sospechas en Edith, o en caso de que Lambert lo viera y quisiera arruinar sus planes.

Victoria caminaba por el pasillo que daba al jardín, mientras la música, la luna llena, el dulce aroma de las flores y la calidez del aire, se unían para crear una noche perfecta. Sin embargo, ella sentía que de un momento a otro explotaría, no podía soportar esa situación, todo parecía una jugada cruel del destino que buscaba volverla loca.

Se quedó parada observando las estrellas, cerró los ojos y suspiró, no había pasado mucho tiempo en ese lugar cuando sintió una presencia detrás de ella. Abrió los ojos y se dio vuelta para encontrarse con Fabrizio, su corazón le había dicho que era él, pero verlo allí la abrumó de tal manera que no sabía si correr para abrazarlo o para alejarse; no obstante, no consiguió hacer nada de eso, solo pudo mirarlo.

—Luce hermosa. —Le dijo con la voz ronca y una sonrisa intencionada, mientras recorría con su mirada la esbelta figura de Victoria.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —preguntó sin poder evitarlo.

—Disfrutando de la fiesta, al igual que usted —contestó divertido.

—No... no hablo de la fiesta, yo... ¿Por qué vino hasta aquí? —La molestia era palpable en su voz.

—No veo por qué eso deba importarle, si mal no recuerdo usted dejó muy claro que no le interesaba nada que tuviese que ver con mi persona —respondió en tono firme, pero sin dejar de ser amable.

—Y no he cambiado de idea. Pero sé muy bien a que está jugando y me parece de muy mal gusto —agregó, mirándolo desafiante.

—¿Ah sí? Y según usted, ¿qué fue lo que me trajo hasta aquí? —preguntó, caminando hacia ella con paso lento, pero seguro.

—Usted... —La seguridad que él demostraba, provocó que sus piernas temblaran, y comenzó a quedarse sin aire ante su cercanía, Fabrizio acercó su rostro a ella y la miró fijamente a los ojos.

—¿Yo? —elevó una ceja y preguntó con voz suave, apenas fue un susurro, mientras posaba su mirada en los labios de Victoria.

—Usted... ha venido con toda la intención de arruinarle la velada a Gerard —respondió, intentando parecer calmada, pero el fuerte latido de su corazón se empeñaba en delatarla.

—¿Le preocupa que haga sentir mal a su novio? —inquirió, frunciendo el ceño y su mirada se tornó oscura.

—Gerard, no es... yo no tengo por qué darle explicaciones —contestó, moviéndose rápidamente para librarse de la situación.

—Entonces no le molestará si la encuentra conmigo en estos momentos —pronunció, tomándola por la muñeca con firmeza, pero sin llegar a lastimarla, y en un movimiento rápido la pegó a su cuerpo.

Ella se estremeció por completo cuando sus cuerpos chocaron, sintió como todo el aire que había en sus pulmones se esfumó en un parpadeo, su mirada se ahogó en la de Fabrizio, en esa intensidad que de él emanaba, y que la sometía a su voluntad.

—Tampoco si usted baila conmigo. —Le susurró al oído, mientras posaba la mano de ella que tenía cautiva en su nuca, manteniéndola allí para impedirle liberarse. Al tiempo que, con la otra, la sujetaba por la cintura y la atraía hacia él—. Baile conmigo, señorita Anderson —pidió, hundiendo su rostro en la delicada piel del cuello femenino, aspirando ese aroma que le encantaba.

Victoria sintió desmayarse al sentir su cercanía, pero luego su cuerpo se relajó, dejándose guiar en compases que apenas los hacían moverse, su respiración entrecortada le decía que nada de eso estaba bien. Sin embargo, le era imposible separarse de él, podía sentir su respiración recorrer su cuello y la piel desnuda de sus hombros, mientras la mano que tenía en su espalda viajaba con total descaro, entregándole suaves caricias que la hacían vibrar.

Él dejó libre la mano que ella tenía en su cuello y Victoria en lugar de alejarla, la posó en su nuca y comenzó a acariciarlo, entrando a ese juego de seducción, llevó sus dedos hasta el sedoso cabello, y la sensación que tuvo fue la misma de años atrás. Gimió con satisfacción y Fabrizio en respuesta a ese gesto, la acercó más, presionando su cuerpo contra el suyo, sintiendo la suavidad de los pequeños senos, con su poderoso pecho que se hinchaba al tenerla entre sus brazos.

Se sentía extasiado por el calor que el cuerpo de ella emanaba, y lo envolvía en una especie de sueño, su aroma era tan exquisito que lo embriagaba. Le encantaba sentir cómo temblaba, como si fuese una hoja en medio de una tempestad, él era la tempestad que la estremecía. Al igual que ella lo era para él, nunca pensó que esos suaves toques que ella le entregaba, lo hiciesen vibrar de esa manera.

Comenzaba a desearla con locura, como no recordaba haber deseado a otra mujer, quería salir de ese lugar con ella, robársela y hacerla sentir. La

haría viajar a un universo de sensaciones y emociones, abriría para Victoria las puertas del paraíso y poco le importaba si después el mundo se le venía encima, asumiría cualquier consecuencia con tal de disfrutar y compartir el placer junto a ella.

Victoria no pensaba, no había fuerza en la tierra que la hiciera actuar con la razón, solo podía sentir cómo las manos de Fabrizio se deslizaban con excitante lentitud por su espalda. Sus manos también parecían tener vida propia, comenzaron a viajar por la espalda de él, palpando la dureza de los músculos, esos que sentía iguales a los que tantas veces se aferró, al llegar al clímax y gritarle que lo amaba.

La mirada de Fabrizio mostraba un azul tan oscuro como el mar a medianoche, mientras la de ella era como la selva, enigmático velo negro que oscurecía el verde esmeralda y al mismo tiempo lo llenaba de preciosos destellos que lo deslumbraban. Él subió sus manos a los delgados hombros de ella, acercándola más, mientras bajaba con esmerada calma, ahogándose en sus ojos con exquisito deleite.

Victoria temblaba de solo imaginar cómo sería sentir sus labios de nuevo, y ante la llegada de un vórtice de sensaciones que amenazaban con derrumbar todas las barreras que había construido en esos años, llevó una de sus manos hasta el rostro de Fabrizio y lo acarició con suavidad, él cerró los ojos y subió sus manos atrapando su cuello, anunciándole que por fin harían lo que tanto habían deseado.

## Capítulo 13

Victoria se sentía igual que años atrás, cuando estaba a punto de recibir su primer beso, los nervios y la ansiedad hacían estragos en ella, pero también estaba presente el deseo, que ahora era mucho mayor que cuando apenas tenía catorce años. Sintió el aliento caliente de él estrellarse en sus labios, invitándola a acercarse más, a entregarse igual como hacía cada vez que sus bocas estaban así de cerca.

—¡Victoria!... ¡Victoria!

La voz que gritó su nombre retumbó en el pasillo, regresándolos a la realidad de manera demasiado abrupta, tanto que sus piernas temblorosas, estuvieron a punto de hacerlos caer. Ella se sentía en medio de un sueño y no quería ser despertada, así que se aferró al cuello de él y por un instante sus labios se rozaron, haciéndolos temblar y gemir de placer, pero el sonido de pasos acercándose los alertó, dejándolos sin más opción que alejar sus bocas.

—¡Maldición! —expresó Fabrizio con frustración, tratando de ignorar el llamado, él tampoco quería despertar de ese sueño.

—¡Victoria! ¿Victoria, dónde estás?

—Es Brandon —mencionó con voz apenas audible, presa del miedo al reconocer la segunda voz, y se alejó—. Debo irme... lo siento.

—Espere. —Él la sujetó por la cintura y la miró a los ojos.

—Señor Di Carlo... yo —Victoria no sabía qué decir.

Fabrizio se acercó un poco más, sintiendo cómo ella temblaba, tomó su rostro entre las manos, acariciando con ternura sus tersas mejillas, luego bajó y besó cada una, un par de besos maravillosamente tiernos y cálidos que robaron de golpe todos sus suspiros.

—Muchas gracias por bailar conmigo —susurró en su oído, para luego darle otro beso en el hombro.

Después de eso se separó de ella, recorriendo lentamente en una caricia sus hombros, bajando hasta sus codos, deslizando el toque hasta sus manos, las que agarró y se llevó a los labios para besarlas.

Victoria no lograba entender cómo sus piernas soportaban su peso, cómo su mente aún lograba coordinar sus ideas, estaba completamente hechizada por



él. Tanto que ni siquiera pudo encontrar su voz para expresar todo lo que sentía, solo lo vio alejarse dedicándole una sonrisa, y de pronto todo a su alrededor se tornó carente de vida.

—Victoria, llevamos rato buscándote —mencionó Gerard, observando a su alrededor y notando su estado extraño.

—Disculpa, salí a tomar un poco de aire —respondió, su voz sonó ronca, dejando en evidencia lo que sentía.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándola con curiosidad.

—Sí, sí, claro... Brandon estaba contigo, ¿no es así? —inquirió, obligándose a dejar de lado los nervios.

—Sí, mira allá viene —contestó, señalando a su derecha.

—¿Todo bien? —preguntó Brandon, mirándolos.

—Sí, perfecto, solo salí a caminar un momento, lamento haberlos preocupado —respondió excusándose, pero no miró a su primo.

Los tres caminaron de nuevo hacia el salón, ella no tenía la más mínima idea de cómo vería a Fabrizio a los ojos; todavía se sentía mareada y con solo recordar todo lo vivido, los nervios se apoderaban de ella. Cuando llegaron, descubrieron que él se encontraba en la pista con su hermana, lo que llenó de alivio a Victoria, porque así alejaría las sospechas que veía en las miradas de Brandon y Gerard.

Minutos después, hacía entrada al salón un enorme pastel en tonos blanco y damasco que se encontraba repleto de velas encendidas, anunciando que había llegado el momento para entonar el cumpleaños. Los miembros de la familia y demás invitados se acercaron al festejado y con gran emoción comenzaron a entonar la popular canción.

Las notas llegaron a su final y los presentes caminaron para darle sus felicitaciones al ex ministro, Victoria caminó para abrazar a Gautier, dedicándole una sonrisa. Después de eso regresó a su mesa, colgada del brazo de Brandon, sabía que su primo sospechaba que algo había sucedido, pero no era el momento ni el lugar para hablar con él, y tampoco sabía si deseaba hacerlo, se sentiría muy avergonzada.

—Fabrizio, hace un momento le comentábamos a Fransheska y al señor Anderson, que sería estupendo pasar unos días en la casa de campo de mi tío, el lugar es hermoso —mencionó Edith, para crear un tema de conversación, pues todos estaban muy callados.

—Sería un placer visitar la propiedad, Edith, claro, si somos invitados —contestó, mirando al francés.

—Me agradecería mucho tenerlos en nuestra villa. —Era lo último que deseaba, pero negarse sería un gesto descortés—. Precisamente tenía pensado llevar a Brandon y Victoria a ese lugar pasado mañana, pueden acompañarnos —agregó, mirando a la dueña de su corazón.

Gerard estudió las actitudes de Fabrizio y Victoria, y comenzó a sentir dentro de él que entre ellos sucedía algo, así que, para el final de la velada, ya había tomado una decisión. No podía dejar que el italiano avanzara más, él no perdería la oportunidad de obtener el corazón de Victoria, aunque se prometió esperar, no podía seguir haciéndolo, ahora todo era distinto y tenía que actuar cuanto antes.

Durante el trayecto a la mansión Dupont, Fabrizio no habló, solo miró a través de la ventanilla del auto, su semblante tranquilo y hasta feliz, intrigaba a Fransheska. Fue por eso que, una vez que llegaron a la casa de su amiga, y se retiraron a descansar, ella caminó con rapidez para darle alcance a su hermano, antes de que entrara a la recámara.

—Fabrizio, espera por favor —pidió antes que abriese la puerta y buscó su mirada—. ¿Qué sucede? —preguntó sin rodeos.

—No entiendo, ¿sucede algo? —inquirió él con tranquilidad.

—¡Por favor! No te hagas el tonto —mencionó con impaciencia, pero modulando su tono de voz—. ¿Se te olvida que te conozco muy bien? —cuestionó en tono de reproche.

—Fransheska, no sé de qué hablas, estoy cansado. ¿Por qué mejor no te vas a dormir? —Le contestó, abriendo la puerta de su habitación.

—Porque no entiendo nada, estás muy extraño... te desapareciste en medio de la fiesta, ¿dónde estabas? —preguntó, levantando una ceja.

—Por ahí, estaba aburrido... La verdad no creí que lo notarás, como estabas tan feliz bailando con Brandon —contestó, mirándola.

—No, no vengas con eso ahora, Fabrizio, y no desvíes mis preguntas. —Antes que continuase, él la detuvo.

—Fran, de verdad estoy cansado, si quieres hablamos mañana, por hoy solo confórmate con saber que tu hermano es un hombre muy feliz. —Le dijo con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Ah, no... ahora tengo más curiosidad, dime...

—Mañana —esbozó y al ver que su hermana intentaba decir algo más, él levantó una mano en señal de alto y se puso serio, ella hizo un puchero provocando su risa—. Descansa. —Le besó la mejilla

—Tú también, hombre misterioso —pronunció sonriendo, le dio un beso y

luego caminó hacia su habitación.

Él cerró la puerta y se recargó en ella mientras a su mente llegaban los recuerdos de lo ocurrido esa noche, suspiró y dibujó una sonrisa, sintiendo a su corazón latir emocionado de nuevo. Sobre todo, al ser consciente, de que tendría un fin de semana junto a Victoria, y que, si todo marchaba a su favor, la alejaría por completo de Gerard Lambert, porque ya lo había decidido, quería a esa mujer a su lado.

Las cosas en Charleston marchaban de manera extraordinaria, Daniel se desenvolvía en los negocios como pez en el agua, hasta había dirigido su propia presentación frente a los representantes de la cámara de comercio de Atlanta. También estuvieron algunos socios que habían viajado desde Chicago, para comprobar los avances de la nueva sucursal, que según muchos comentaban, planeaba rebasar sus expectativas e incentivarlos a abrir otra oficina en esa ciudad.

Daniel poseía el conocimiento adquirido en el mismo campo, no en aulas ni en gruesos libros, su visión de expansión lo convertía en un gran pilar para la sede de Charleston y eso era innegable. Al menos, así lo vieron Sean y Douglas Remington, quienes habían viajado como parte de la comitiva y quedaron gratamente sorprendidos al ver su desenvoltura, parecía todo un experto.

Después de la reunión, decidieron ir a almorzar para celebrar el éxito de la presentación, Daniel quería que Vanessa los acompañase, pues parte del crédito era de ella. Deseaba reconocerle todas las horas que había pasado revisando balances, tras balances; ella se había vuelto un apoyo incondicional para él en el trabajo.

—Señor Lerman, me hace sentir muy honrada, pero de verdad no hace falta, yo solo hice mi trabajo —respondió Vanessa, mostrándose algo apenada, ante las miradas de los tres hombres.

—Un trabajo que merece una recompensa, sin su ayuda la presentación no hubiese tenido ni la mitad del éxito que tuvo, eso es algo que merece reconocimiento y si nosotros celebramos usted lo hará también —indicó Daniel con decisión, mirándola a los ojos.

—Daniel tiene toda la razón, señorita Scott, además una compañía femenina siempre es bien recibida —acotó Sean con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo —mencionó Douglas.

Él era amigo de ambas familias desde que eran niños, pero en lugar de

estudiar en Europa lo hizo en el país, y después cursó estudios junto a Sean en Harvard, donde retomaron su amistad. Sobre todo, porque le había tocado hacerse cargo de los negocios, ya que el deteriorado estado de salud de su padre le impedía continuar.

Nunca había sido muy cercano a Daniel, incluso dudó mucho de su capacidad para llevar una responsabilidad como la que le había dado Brandon Anderson. Sin embargo, Lerman había sacado la casta de su familia materna, asumiendo el puesto con compromiso, y debía admitir que le agradaba que reconociese el trabajo de su secretaria.

—Nosotros nos adelantamos, debemos pasar por la oficina del señor Whitman para firmar unos documentos —pronunció Sean, dedicándole una mirada a Douglas para que le siguiera el juego.

—Sí, lo había olvidado, esperamos contar con su presencia en el almuerzo, señorita Scott, convéncela Daniel —indicó y después salió junto a Sean de la oficina, compartiendo una sonrisa.

Vanessa pensó que era su oportunidad para negarse, se sentía incómoda con esa situación, no quería que sus compañeros pensaran que se estaba aprovechando para resaltar delante de los socios y conseguir algún tipo de beneficio de la manera más fácil.

—Señor Lerman, le agradezco mucho la invitación, pero...

—Yo deseo que nos acompañe, por favor, señorita Scott —pidió, mirándola a los ojos—. Mire, le confieso que para mí también es complicado, no quisiera entrar en detalles, pero la relación entre mi primo y yo nunca ha sido del todo cordial. Y usted es la persona en la que más confío en este lugar, así que sería maravilloso contar con su presencia..., eso me llenaría de seguridad.

—Por favor, señor, usted es un hombre muy capaz, no creo que me necesite... —Vanessa se sintió algo turbada por la confesión de Daniel.

—Pues se equivoca, sí la necesito..., por favor, Vanessa. —Le sujetó la mano y la miró a los ojos para convencerla.

—Está bien, solo déjeme buscar mi bolso y mi abrigo —respondió, usando eso como excusa para alejarse, su tacto la ponía nerviosa.

—La acompaño —mencionó, dando un último vistazo al lugar.

Sus manos se rozaron cuando ambos procedieron a abrir la puerta, ella lo miró a los ojos y le dedicó una sonrisa a modo de disculpa, él le respondió de la misma manera, abrió y le hizo un ademán para que fuera adelante. Después de eso se encontraron con Sean y Douglas en la entrada del edificio, los

hombres abordaron el auto que había rentado la empresa para ellos, y Daniel se fue en el suyo con Vanessa.

Vanessa se sentía algo incómoda al principio, por la presencia de Douglas y de Sean, pero pasados varios minutos ellos comenzaron a hacer bromas sobre Daniel y su época de infancia, dejando a un lado los temas del trabajo. Ella no pudo evitar sonreír, aunque era evidente que a él no le hacía mucha gracia, pero lo permitió; no obstante, también contraatacó en varias oportunidades, pero todo se mantuvo en un ambiente sano, solo eran hombres actuando como niños.

Sean notó que Daniel evitaba tomar alcohol, apenas si probó el vino, prefirió acompañar la comida con agua y solo cedió a beber un trago cuando él propuso un brindis. Al parecer su primo se estaba tomando en serio todo eso de su rehabilitación, Christian, quien tenía más comunicación con él, le había dicho que casi cumplía el año sobrio, pero le costaba creerlo, ahora le tocaría admitir delante de su hermano que tenía razón y que Daniel merecía una oportunidad.

—Bueno, nosotros debemos marcharnos, iremos a descansar al hotel un rato, luego regresaremos a la sede del banco, tenemos una reunión con el señor Whitman al final de la tarde —mencionó Douglas, minutos después de terminar su postre.

—Sí, es cierto... ustedes pueden quedarse, creo que con semejante trabajo que tuvieron para preparar la presentación, se merecen descansar, tómense la tarde libre —ordenó Sean, haciendo un ademán a uno de los meseros para que trajeran la cuenta.

—No es necesario, aún nos quedan algunas cosas pendientes.

—Eso puede esperar, has demostrado ser un excelente trabajador, Daniel, también usted señorita Scott, estoy seguro de que por una tarde que no vayan a la oficina las cosas no se retrasarán —mencionó Sean, y se puso de pie, dedicándoles una sonrisa.

—Le agradezco mucho, señor Cornwall, pero debo cumplir con mi horario, no está bien que me tome un permiso sin que lo autorice el señor Whitman —esbozó Vanessa, dispuesta a regresar a la oficina.

—No tiene que preocuparse por eso, yo hablaré con él, y en mi función de presidente encargado del consorcio, les doy la tarde libre, así que no se diga más, nos veremos mañana, Daniel. —ordenó, mientras firmaba la libreta que le extendía el mesonero con la cuenta.

Daniel no insistió, sabía que cuando a su primo se le metía algo en la

cabeza era imposible disuadirlo, por lo que siguió su ejemplo y se puso de pie para despedirlos. Primero le ofreció la mano a Douglas, quien se notaba menos serio que en la mañana; después se la extendió a Sean, su primo la recibió y le dio un jalón para abrazarlo.

Sean le dio un par de palmadas en la espalda, un gesto de camaradería que le nació de manera natural, aunque fue evidente para él que Daniel se sorprendió, pero no lo rechazó, se separaron sonrientes. Luego miró a la hermosa mujer de piel canela y le extendió la mano, ella la recibió con una sonrisa, pero él en lugar de estrecharla, le dio un suave beso en el dorso.

Sonrió al ver cómo su primo se tensaba, había tenido ese gesto con ella para comprobar si lo que sospechaba era cierto y le orgullecía saber que no se había equivocado, su intuición no fallaba, por algo se graduó con honores en Harvard. Se dio la vuelta para marcharse, pero apenas había dado un par de pasos, cuando se le ocurrió algo más, quería jugarle una broma a Daniel, solo esperaba que no se lo tomara a mal; después de todo, debían comenzar a crear cierta confianza.

—Daniel, olvidé darte el número directo de la habitación que ocupamos en el Place Charleston —mencionó, sacando de su chaqueta una pequeña tarjeta junto a su elegante estilográfica, rápidamente anotó algo y se la extendió a su primo, mostrando una gran sonrisa—. Fue un placer compartir con usted, señorita Scott, sigan disfrutando de la tarde.

Daniel los vio alejarse y después se volvió para mirar a Vanessa, le dedicó una sonrisa al tiempo que tomaba asiento de nuevo; en ese momento posó su mirada en la tarjeta que, en lugar de tener un número telefónico, tenía el siguiente mensaje:

«Pórtate bien..., pero no tanto. También le gustas a ella. Te espero mañana temprano en la oficina, no te desveles.»

En primer lugar, se sintió ofendido por los pensamientos de Sean, pero después levantó la vista y no pudo evitar sonreír por la dirección de las cavilaciones de su primo. Fijó su mirada en Vanessa y le dedicó una hermosa sonrisa, vio que ella le respondió de la misma manera, la frase escrita en la tarjeta resonó en su cabeza, por lo que le hizo un ademán al mesonero.

—Puede traer una botella del mejor champagne que tenga, por favor —ordenó con naturalidad, ante el asombro de su asistente.

Vanessa lo miró sin lograr entender ese cambio de actitud, ya que en el tiempo que llevaba conociéndolo, había notado que no era alguien muy afecto al alcohol. Durante las reuniones que habían compartido o por el cumpleaños

de algún compañero, solo bebía un trago o lo sumo dos, por eso ahora la sorprendía que pidiese una botella de champagne.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del mesonero, quien le mostró una botella de M. Hommel a su jefe. Daniel la aprobó con un asentimiento y el hombre procedió a descorcharla, llenó el par de copas nuevas, luego la dejó en la hielera y se retiró.

—Quiero hacer un brindis —mencionó Daniel, alzando la copa y miró a Vanessa a los ojos.

—Está bien —respondió, sintiéndose presa de los nervios, no supo que más decir, pues estaba luchando para que su mano no temblara.

—Por el éxito de la reunión, por estar compartiendo esta ocasión... y por nosotros. —Las últimas palabras fueron casi un susurro.

Vanessa se tensó de inmediato, y por más que lo intentó, no pudo evitar que la mano donde sostenía la copa, temblara. Lo peor fue que supo que él lo había notado, pues lo vio entregarle una sonrisa maravillosa, pícara y sensual, que ella no le había visto hasta el momento, y que hizo que algo en su interior se encogiera.

—Porque somos un excelente equipo —agregó ella, intentando por todos los medios parecer casual.

—Sí, lo somos —contestó Daniel, con seguridad y un brillo destelló en su mirada, haciendo resaltar el tono ámbar de sus ojos.

Chocaron sus copas compartiendo una sonrisa cómplice y él se la llevó a los labios, dándole un buen sorbo, pero sin apartar su mirada de ella, notando que en verdad era una mujer hermosa y aunque se lo había negado durante semanas, le atraía mucho, como hacía tiempo no lo hacía otra mujer.

# Capítulo 14

El sol de la tarde caía, bañando con sus tenues rayos las calles de Charleston, el tráfico era tranquilo y las personas caminaban sin fijarse mucho los unos en los otros. Daniel conducía por esas mismas calles en compañía de Vanessa, después de estar charlando durante una hora, riendo y bebiendo champagne. En menos tiempo del que deseaba, se encontraban frente al edificio donde ella vivía.

—Bueno, hemos llegado —mencionó Vanessa, con una sonrisa.

—Así es —contestó él, mirando el hermoso perfil de ella.

—¿Desea pasar a tomar un café? —preguntó, sintiéndose un poco dudosa de si era lo mejor.

—Claro, me encantaría, y creo que me haría bien —respondió, la verdad se sentía un poco mareado.

Ella le dedicó una sonrisa y afirmó en silencio, vio a Daniel bajar del auto y caminar para abrirle la puerta, siendo tan caballeroso como siempre, le ofreció su mano dedicándole una sonrisa. Comenzaron a caminar hacia el interior del edificio en completo silencio, aunque resultaba un tanto extraño ese comportamiento por parte de ambos, ya que hasta hacía un momento no dejaban de hablar.

—Pase adelante y tome asiento, por favor, señor Lerman —dijo Vanessa, y caminó hasta la cocina para preparar el café.

—Le pedí que me llamara Daniel, hace un momento, ¿lo recuerda, Vanessa? —inquirió con una sonrisa desde la sala.

—Está bien..., es la costumbre —contestó, tratando de ocultar los nervios que comenzaban a hacer de las suyas—. Tenga cuidado, está caliente —mencionó, entregándole una pequeña taza, y se sentó en el extremo del sillón, lo más lejos posible de él.

—Muchas gracias, Vanessa —dijo, mientras le regalaba una sonrisa.

—De nada... Daniel... —Se sentía extraña llamándolo por su nombre—. Debo agradecerle por cómo se portó hoy, por invitarme a ese almuerzo y reconocer mi trabajo delante del señor Cornwall y del señor Remington... Sinceramente me sentía algo intimidada por su presencia —comentó, dándole



vueltas a su taza.

—No tiene nada que agradecer. —Daniel, le sujetó la mano.

—Olvidé apagar la cocina —esbozó, retirando su mano del agarre que la hizo tensarse, y no porque le incomodara, sino todo lo contrario.

—No se preocupe, aún no desata un incendio —dijo, sonriendo.

Daniel se puso de pie y la siguió a la cocina, para brindarle su ayuda si la necesitaba, aunque aparentemente todo estaba bien. En ese instante, ella se volvió sin notar lo cerca que estaban y tropezó con él, derramando el contenido de la taza en su camisa.

—¡Señor Lerman! —mencionó asustada—. Lo siento mucho, no lo vi, qué vergüenza con usted —agregó, con manos temblorosas.

—Daniel... y no te preocupes, no es nada, ya estaba frío.

—Lo mejor será limpiarla de inmediato para evitar que se manche... espéreme, iré a buscar una camisa de Peter...

—No es necesario, Vanessa —mencionó, para calmarla.

—No tardaré —respondió y caminó de prisa, desapareciendo en el pasillo. Le llevó poco tiempo encontrar una camisa adecuada, entre las prendas de su difunto esposo, mientras lo hacía respiraba profundo para intentar controlar sus nervios, antes de regresar al salón—. Aquí está, creo que esta le servirá —dijo, extendiéndosela.

—Muchas gracias, aunque no es tan grave, no debería molestarse.

—No es ninguna molestia, además, es una camisa muy bonita y es una pena que la pierda por una mancha de café, deje que me encargue, por favor pase al baño, es la puerta al final del pasillo.

Daniel le hizo caso, aunque se encontraba renuente, pero no quiso que ella sintiera que rechazaba su ayuda, si lo hacía, tal vez la haría sentir peor. Después de un momento salió con su camisa en la mano, sintiéndose extraño al llevar encima la del difunto esposo de Vanessa, ella se volvió para mirarlo y no pudo evitar sonreír.

—Creo que me queda un poco grande —dijo, observándose.

—Sí, Peter era robusto —acotó, tratando de no reír.

—Gordo, diría yo —respondió con una sonrisa de desconcierto.

—No, recuerde que era militar, era un hombre de contextura fuerte y alto... deme la suya, solo será un momento —mencionó con una sonrisa, mientras le extendía la mano.

Daniel se la entregó, ella salió hacia la cocina en busca de algunas cosas, luego desapareció por una puerta que daba a una especie de terraza. Pasaron

varios minutos y Daniel no lograba acostumbrarse a la camisa, las mangas le estorbaban, intentó acomodarlas, pero se bajaban, así que terminó por rendirse y se la quitó, quedando solo con la camiseta que llevaba por debajo.

Vanessa regresó minutos después, venía examinando la mancha que por suerte había desaparecido, aunque aún se encontraba húmeda. Levantó el rostro para anunciarle que la había salvado, pero su voz desapareció cuando vio la espalda de Daniel.

Ella se perdió en las líneas de su espalda, parecía haber sido tallada, y ese color bronceado tan hermoso que poseía, que contrastaba a la perfección con el color cobrizo de su cabello. Su mirada siguió bajando, apreciando la parte baja de su espalda, que lucía muy bien bajo ese pantalón de lino, así como las piernas que lograban mostrar sus formas.

Daniel se volvió en ese momento, descubriéndola y su pecho se hinchó de orgullo al ver la mirada que ella le dedicaba, una que desbordaba deseo, muy carnal para que él no pudiera imaginar lo que pensaba en ese momento. De pronto, recordó que hacía mucho que una mujer no le dedicaba ese tipo de mirada, al menos, no de la que él fuese consciente, y sintió el deseo de hacer realidad las imágenes que ella debía tener en su cabeza, de entregarle lo que anhelaba.

—Lo siento... debí... anunciarme antes de entrar...

—No, soy yo quien debe disculparse, esta es su casa y fui un irrespetuoso —mencionó él, recobrando su cordura.

El deseo de Vanessa fue mucho mayor cuando vio el pecho de Daniel, era tan hermoso como su espalda, fuerte y estilizado al mismo tiempo. No se parecía en nada al de su difunto esposo, pero aun así no dejaba de ser atractivo; sin embargo, esa comparación la hizo reaccionar y esquivar la mirada, antes de que sus pensamientos la dejaran expuesta.

—Está bien, no se preocupe... logré quitar la mancha —dijo, regresándole la prenda, mientras luchaba por mostrarse casual.

—Muchas gracias —la recibió y se quedó un rato mirando la camisa, dudando entre ponérsela o quedarse así.

Caminó hasta el baño para cambiarse, siendo consciente de que sus deseos eran una locura, él no podía involucrarse con Vanessa de ese modo. Salió un par de minutos más tarde, dispuesto a marcharse, le dedicó una sonrisa cordial a su secretaria, buscando las palabras correctas para despedirse, sin parecer un maleducado.

—Bueno, ya debo irme, de nuevo muchas gracias, Vanessa —mencionó

mientras se ponía su chaqueta, sin atreverse a mirarla.

—Gracias a usted, la verdad la pasé muy bien —contestó con una sonrisa, sintiendo cierto alivio—. Nos vemos mañana en la oficina —agregó mientras abría la puerta.

—Nos vemos, que descanses, Vanessa —dijo, dedicándole una sonrisa, pasó junto a ella, y al hacerlo, su dulce perfume llegó hasta él, derribando por completo su voluntad.

Se acercó agarrándola por la cintura con una mano, mientras que con la otra cerraba la puerta, aunque fue consciente de la mirada de sorpresa de Vanessa, sabía que ya no podía detenerse. Decidió actuar de prisa, y en un movimiento seguro la acercó a él, atrapando con sus labios los de ella, dejándose arrastrar por la pasión que estaba calcinándolo y contra la que no podía seguir luchando.

Vanessa no se resistió a la invasión que él hacía a su cuerpo y sus sentidos, llevó las manos a los hombros de Daniel, porque sentía que sus piernas se volvían débiles. Comenzó a participar del beso con el mismo entusiasmo que le entregaba; siendo consciente de que ese beso era muchísimo más intenso que el primero, y estaba lleno de una necesidad y una pasión indescriptible, que la dejaba sin aire.

La lengua de Daniel hacía cadenciosas espirales dentro de su boca, despertando cada fibra de su cuerpo, dejando claro que lo hacía porque la deseaba. Esta vez no era un error ni era un desliz, esta vez él la besaba porque anhelaba hacerlo, eso también lo demostró cuando comenzó a acariciar su espalda, aproximándola más a él.

Empezaron a caminar sin dejar de besarse, hasta que encontraron un obstáculo que los hizo perder el equilibrio y cayeron sobre el sofá en medio de la sala; eso los hizo reaccionar. Ella abrió los ojos y su mirada se ahogó en los ojos ámbar que tenían un brillo especial, uno que la hizo temblar, pues reflejaban claramente el deseo.

Daniel acariciaba con delicadeza su rostro, perdiéndose en su imagen, sus labios entre abiertos para dejar entrar el aire, su respiración agitada que provocaba que sus senos se movieran en un vaivén hipnótico, rozando su pecho. Ese leve toque que lo estaba volviendo loco, por lo que buscó de nuevo los labios de Vanessa, pero se detuvo al verla dudar y también comenzó a hacerlo él.

—Vane... Vanessa, yo —mencionó con la voz entrecortada, pero ella no lo dejó continuar, atrapó sus labios, callándolo con un beso tierno, y al mismo

tiempo cargado de urgencia.

Daniel se apoderó de las caderas y la cintura de Vanessa, con una caricia lenta y sugerente, mientras se perdía en ese beso que ella le ofrecía. Sintió cómo le acariciaba la espalda, aprovechando que su camisa estaba por fuera de su pantalón, para meter las manos por debajo, paseando por su piel desnuda y haciéndolo temblar.

Gimió de placer al sentir las caricias de Vanessa y eso lo animó a brindarle lo mismo, subió una mano y rozó con extremada delicadeza uno de sus senos. Al tiempo que separaba sus labios de los de ella, para viajar hasta su cuello, besarlo y lamerlo, de inmediato sintió que ella se arqueaba y le entregaba un jadeo mezcla de sorpresa y excitación.

—Daniel —susurró a su oído, mientras llevaba sus manos al frente para comenzar a desabotonar la camisa, decidida a entregarse a él.

—Te deseo... te deseo tanto —respondió en el mismo tono de ella, hundiendo su rostro en el cabello azabache, una vez más bajó sus manos para sujetarla de las caderas y acercarla a él.

Ella se estremeció ante el toque, pero; sobre todo, al sentir su erección, eso hizo que sus piernas temblaran, y su cuerpo clamó por aliviar la tensión en él. Así que hizo sus besos más intensos y sus manos ya viajaban por el pecho libre de prendas, bajando por el formado abdomen, hasta llegar al cinturón, y una vez más dudó entre continuar o detener esa locura.

Daniel se incorporó un poco, apoyándose con una rodilla en el sillón y se deshizo de la camisa en segundos, arrojándola con un destino desconocido; lo mismo hizo con su camiseta, quedando con el torso desnudo delante de ella. Luego bajó y agarró el rostro de Vanessa entre sus manos, atrayéndola para besarla de nuevo, sintiendo que, si dejaba de hacerlo, tal vez terminaría arrepintiéndose y no deseaba eso; por el contrario, quería poseer el exuberante cuerpo de esa mujer.

Vanessa quedó embelesada al ver el torso de Daniel en absoluta desnudez, fuerte y estilizado a la vez, pero también pudo notar que tenía algunas cicatrices a la altura de sus costillas, eso le sorprendió y con lentitud acercó sus manos para tocarlas. Lo vio cerrar los ojos mientras contenía la respiración, y supo de inmediato que esas marcas debían traerle un mal recuerdo, porque Peter tenía la misma reacción cuando ella tocaba las suyas.

—Lo siento... no debí —murmuró, alejando su mano.

—No te preocupes, está bien..., son un recordatorio de que la vida me dio una segunda oportunidad y de que debo valorarla —expresó, mirándola a los

ojos, retuvo su mano y la atrajo de nuevo a su cuerpo, para que viera que no le molestaba que lo tocara.

Después de un minuto la hizo levantarse y ambos quedaron de rodillas en el sillón, le envolvió el cuello con las manos y la besó a consciencia, un beso calmado, profundo, que buscaba agradecerle ese gesto que había tenido. La pasión le exigía más, así que bajó sus manos para agarrar ese pomposo derrière que lo había tentado por semanas y lo apretó con fuerza, haciendo que ella gimiera dentro de su boca, y que también se aventurara a tocarlo de la misma manera.

Ante esa reacción en ella, buscó la cremallera del vestido y comenzó a deslizarla con lentitud, recordándose que debía ir despacio, aunque no fuese la primera vez de Vanessa, él debía ser amable, así que llevó sus manos hasta los hombros, para acariciarlos con suavidad y bajar el vestido. Lo primero que vio fue el delicado brasier de encaje y algodón que cubría sus senos, detrás del que se podían apreciar los pezones erguidos, que avivaron su deseo, invitándolo a cubrirlos con su boca y lamerlos hasta saciarse de ellos.

Vanessa era consciente de cada una de las acciones de Daniel y supo que después de eso no habría retorno, pero no lo detuvo, no quería hacerlo; por el contrario, deseaba con todas sus fuerzas continuar. No podía seguir resistiéndose a esa necesidad que tenía de él, era imposible negar que lo deseaba, solo esperaba que Dios perdonase su debilidad al no poder resistir la tentación.

El vestido cayó al suelo y Daniel se apartó un poco para ver la figura de la mujer frente a él, ella respiraba con dificultad, los nervios y el deseo la consumían. Quiso hacerla sentir segura, por lo que acarició con ternura sus mejillas, depositando besos en cada una, también en su frente, nariz, barbilla y, por último, solo un roce en sus labios.

Vanessa suspiró ante las caricias, se acercó para abrazarlo y le dio un suave beso en el cuello, lo escuchó gemir ante ese simple pero significativo gesto. Lo agarró de la mano y caminó con él en dirección a su habitación, solo bastaron unos minutos para que quedaran desnudos, ella se recostó con lentitud sobre la cama, sin dejar de mirarlo a los ojos, respiró profundamente y le extendió la mano.

Daniel la observaba embelesado, pues ella en verdad era hermosa, todo lo que un hombre podía desear; dio un par de pasos y recibió la mano que le ofrecía, acompañada por esa sonrisa que iluminó su mundo. Se apoyó con lentitud en la cama y, despacio, fue posando su cuerpo sobre el de ella,

mientras besaba con ternura sus labios, una y otra vez; ya no había urgencia, solo deseaba disfrutar de esa sensación de sentirse completo y libre, aunque fuese por un momento.

—Creo que olvidé preguntarte, si deseabas esto —cuestionó él.

—Sí... lo deseo —respondió ella, sonriéndole al tiempo que asentía con la cabeza, para reforzar sus palabras.

Solo bastó el primer roce de su cuerpo desnudo para sentir que enloquecería y ya no podía detener los gemidos que escapaban de sus labios, todo era demasiado excitante e intenso. Sus besos tibios y húmedos la hacían vibrar, las ansias de sentirlo en su interior se hacían cada vez más fuertes, bajó sus manos por su espalda, al tiempo que entrelazaba sus piernas con las de él.

Daniel la miró a los ojos, rozando sus labios con los de ella, la envolvió en sus brazos y con un movimiento agonizantemente lento, comenzó a adueñarse de ella. La sintió aferrarse a su espalda, dejando salir de su garganta un gemido lleno de placer, él también gimió al sentir como se hacía parte de ella, se dejó llevar por la pasión y comenzó a moverse cada vez más rápido, hasta sentir que se fundía en ella.

Los besos se hicieron más intensos, mientras sus cuerpos se mecían en un frenesí que los llevaba a un estado de embriaguez y de satisfacción absoluta, una entrega sin límites y sin dudas. Gemidos y jadeos en descontrol comenzaron a llenar la habitación, mientras Daniel entraba una y otra vez en el cuerpo de Vanessa, deseando llenar cada rincón de ella, hacerla suya por completo.

—¡Daniel... Daniel! —expresó con emoción en su oído, mientras sentía su cuerpo rebotar junto al de él.

—¡Vanessa! ¡Oh Dios! —respondió, sintiendo cómo su cuerpo luchaba desesperadamente por liberarse dentro de ella.

Al final una luz los llevó a ambos a alturas desconocidas, temblando en medio de espasmos llegaron juntos a la gloria. Daniel empujaba con fuerza, mientras ella mordía suavemente su hombro y clavaba sus uñas en la espalda para contener la poderosa sensación que crecía en su interior y que hacía mucho tiempo no sentía.

Quedaron rendidos, extasiados y plenos, amarrados en un abrazo íntimo, que quizá era mucho más significativo que la unión que aún mantenían sus cuerpos. Él le dedicó una sonrisa que llenó de calidez el corazón de Vanessa, y ella le acarició con ternura el cabello, al tiempo que lo besaba en los labios.

Después de unos minutos donde sus miradas se entretejían, intentando

hacerlo de igual manera con sus almas, se quedaron dormidos, abrazados, dejando claro que eso había sido más que un encuentro casual. Tal vez, de momento ninguno de los dos lo supiese, pero no solo había entregado sus cuerpos, también lo habían hecho con sus corazones y sus almas.

Gerard llegó junto a sus invitados a Beauvais, faltando poco para el mediodía, fueron recibidos por el personal de la casa y por supuesto, él dispuso las mejores habitaciones para Victoria y Brandon, mientras que al italiano le asignó la que quedaba al otro extremo del lugar. Aunque si hubiese sido por él, lo enviaba a los establos, pero no dejaría ver que lo incomodaba, había planeado que esos días fuesen perfectos, haría todo bien porque de eso dependía su futuro con Victoria.

Tomaron el almuerzo después de instalarse y este transcurrió en un ambiente aparentemente cordial, Fabrizio no hizo gala de su sarcasmo, pues le prometió a Fransheska que no le haría pasar un mal rato. Además, no era necesario, podía notar que el francés; a quien realmente deseaba molestar, ya se encontraba bastante intranquilo con su presencia, y le daba igual, ya que toda su atención estaba en Victoria.

Luego de la comida, las damas sugirieron descansar un rato en la terraza que daba al jardín, mientras charlaban sobre los planes a seguir en los días que estarían en ese lugar. La conversación los llevó de un tema a otro, pasando por las actividades de los Anderson en el Piamonte, su visita a Venecia, donde conocieron a los jóvenes Di Carlo, así como la temporada que compartió Gerard con los herederos en América, y algunas anécdotas de las jóvenes en el colegio en París.

—Es raro, señor Di Carlo, que no hayamos estudiado juntos —mencionó Gerard, captando la atención de Fabrizio, quería conocerlo mejor, para así saber cómo atacarlo y alejarlo de Victoria.

—Tal vez se deba a que no estudié en Francia, señor Lambert.

—¿Lo hizo en Italia? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—No, lo hice en Londres —respondió, sin dejarse perturbar.

—Por eso es que su acento es más británico que italiano —mencionó Edith con una sonrisa, durante un tiempo se sintió deslumbrada por el hermano de su mejor amiga.

—Es posible —contestó Fabrizio, encogiéndose de hombros—. Mi madre tenía una visión muy clara de lo que quería que fuesen sus hijos: Fransheska una dama educada al estilo de la corona más refinada y excéntrica de Europa,

por favor, no se ofendan es solo un comentario. —Se apresuró a decir al ver el gesto en la cara de Lambert.

—Siempre se lo dije a Edith, si por mamá hubiese sido, regresaba el tiempo para que fuese parte de la corte de María Antonieta —dijo divertida, mirando con complicidad a su amiga.

—En realidad, no fue solo tu madre, Fransheska, la mía deseaba lo mismo, pero en su caso Fabrizio, ¿por qué Londres? —preguntó Edith intrigada, pues nunca había entendido eso.

—Pues mi madre deseaba que su hijo fuese todo un «caballero inglés» —respondió con esa sonrisa ladeada, que sabía era uno de sus atractivos—. Claro está, creo que conmigo sus esfuerzos fueron inútiles. Si no preguntémoslo a la señorita Anderson, ella sí conoció a un verdadero caballero inglés, ¿no es así? —inquirió mirándola, tornándose serio, recordar esos comentarios de ella, lo molestaban.

—Yo... sí... —Victoria no supo cómo responder, esa pregunta tan directa y la mirada seria de Fabrizio, la pusieron nerviosa.

—Era una cualidad que le corría por las venas al joven, siendo hijo de un duque, no era para menos —acotó Fransheska, al ver la intención de su hermano por incomodar a su amiga.

—¿Hijo de un duque? —inquirió Gerard, de inmediato unió cabos en su cabeza y miró a la rubia, sus latidos se hicieron pesados—. Hijo del duque de Danchester... Victoria, ¿tú conociste a Terrence Danchester? —preguntó, mostrándose realmente sorprendido.

—Sí... estudié con él en Londres —respondió, aunque no deseaba ahondar en ese tema, para ella era algo suyo, de nadie más.

—¿Y él era el caballero inglés? ¡Por Dios si no he conocido a nadie más insoportable en mi vida! —exclamó Gerard, con total seguridad.

Brandon no pudo evitar soltar una carcajada, ante el comentario de su amigo, suponía que, si Terrence estuviese vivo, también pensaría que Gerard era insoportable, solo por desear cortejar a Victoria. Vio la mirada de resentimiento que le dedicaba su prima, y para su sorpresa, también fue consciente de como las facciones de Fabrizio se endurecían, al parecer no le hacía gracia que Gerard se expresase así.

—No deberías hablar así de él. —Le reprochó Victoria, sintiéndose molesta por la ofensa que le hacía Gerard a su rebelde.

—¿No? Por el amor de Dios, Victoria, ¿acaso miento? Terrence Danchester era un arrogante y un maleducado... apenas si les dirigía la



palabra a sus compañeros, se creía más importante que el mismo rey de Inglaterra. —No entendía qué había visto Victoria en él para apreciarlo.

—¿Conociste a Terry? —Le preguntó, cayendo en cuenta de que, si él lo había conocido, entonces debió ver el parecido entre Terrence y Fabrizio, ¿por qué no había dicho nada entonces?

—Nunca llegué a verlo de cerca, pero mis amigos tuvieron la mala fortuna de asistir a unos cursos de verano junto él, al parecer las monjas en Brighton ya no lo soportaban y le exigieron al duque sacarlo del colegio, así que su padre pensó enviarlo a estudiar en París.

—No tenía conocimiento de ello —murmuró, sintiendo tristeza de solo imaginar, que algo así pudiera haber pasado.

—Seguramente, porque al finalizar el verano regresó a Londres, de no haber sido así hubiese enloquecido a todos los profesores y las hermanas de la congregación —resumió, obviando el interés de Victoria, ya que alguien más en la mesa había captado su atención. De repente su mirada se posó en Fabrizio, y aunque trató de enfocarse en la imagen del inglés que guardaba en su memoria, no lo logró.

—Gerard, nos pintas a Terry como un ogro, pero creo que exageras, no puedo negar que lo que acabas de decir es verdad; sobre todo lo de volver locas las autoridades del colegio, pero no era una mala persona, incluso llegó a ganarse mi aprecio y el de mi tío Stephen, detrás de esa máscara del chico rebelde y arrogante, habitaba un gran ser humano —mencionó Brandon, para defender la memoria de su amigo.

—Bueno, creo que las opiniones están divididas —dijo Edith con una sonrisa mirando a su primo—. Así que, Victoria, quien al parecer fue la que más compartió con él, deberá decirnos, quién era realmente Terrence Danchester —cuestionó, con una sonrisa entusiasta.

—Terrence era el hombre con quien iba a casarme —pronunció con voz trémula, y después posó su mirada en Fabrizio, pero el dolor le hizo apartarla de inmediato—. Si me disculpan iré a mi habitación, me duele un poco la cabeza..., con su permiso. —Se puso de pie y se marchó, dejando un pesado silencio detrás de ella.

Todos, a excepción de Brandon, se sintieron sorprendidos ante esa revelación, ninguno pensó que la relación entre Victoria y el hijo del duque fuera de un carácter tan serio. La conversación terminó a los pocos minutos, todos subieron a sus habitaciones para descansar durante un rato y salir a pasear a caballo en la tarde.



# Capítulo 15

El agua de la tina se encontraba fría y serena, ante aquel cuerpo inmóvil, pero que aún estaba vivo, se lo decían el tormento y el miedo que habitaban en su cabeza y que no lo dejaban salir de la oscuridad donde se encontraba sumergido. Solo caminaba entre la niebla que colmaba su mente, inmensas sombras lo acosaban, le tenía miedo al pasado y pánico al presente, sin saber si lograría sobrevivir a un futuro.

Sentía cómo la culpa lo devoraba lentamente, a veces también aprisionaban su pecho y lo sofocaban hasta el punto en el que apenas podía respirar. Las sombras lo perseguían constantemente, haciendo que el laberinto de su mente se tornase más oscuro, impidiéndole escapar de esa pesadilla que lo torturaba desde hacía años.

Así pasaba los días, con la mirada perdida y la tristeza infinita en sus intensos ojos azules, esos que antes era como dos luceros, pero que ahora solo parecían los de un cuervo, sin expresión y sin vida. A veces, cuando se sentía más atrapado, sus pupilas se movían de manera frenética y las lágrimas se hacían presentes, para expresar parte de su dolor, porque su voz se perdía por días.

—Richard... mi amor llevas mucho tiempo allí —habló Marión, entrando al baño, posándole una mano en el hombro y sacándolo por un momento del remolino que era su mente.

—¿Ah? —pronunció con su voz aterciopelada, pero como siempre, sin ninguna emoción.

—El agua ya está fría, te vas a resfriar —dijo, arrodillándose al lado de la tina y acariciándole la mejilla.

—Quiero quedarme un poco más —pidió, sin volverse a mirarla.

—¿Quieres que me vaya o prefieres que te acompañe? —preguntó, pero como no recibió ninguna respuesta, se puso de pie para salir.

—Quédate... Quédate —rogó sujetándola por la muñeca y levantó la mirada hacia ella, recibiendo como respuesta una media sonrisa.

Marión se acercó hasta una mesa, agarró una jarra con agua caliente que había dejado allí y la vació en la tina, luego se desvistió y se metió junto a su

esposo. Quedó frente a él y posó sus manos en las mejillas de Richard, para acercarlo y darle un suave beso en los labios.

—Richard, por favor déjame ayudarte a olvidar todo lo que sucedió, ya ha pasado mucho tiempo, es hora de que lo superes, mi amor... —dijo, y suspiró al ver que él una vez más se escapaba—. A veces pienso que no es solo eso, en tus ojos puedo ver una tristeza infinita, me gustaría poder entender tus lágrimas, esas que escapan silenciosas como si nada—mencionó Marión, mientras unas lágrimas se asomaban a sus ojos, sintiéndose impotente.

—No llores —susurró él, limpiando el rastro de una lágrima.

—No quisiera hacerlo, pero te estás dejando arrastrar una vez más a ese acantilado, y por más que me empeño en retenerte no me ayudas... Richard, mírame, por favor —pidió, sosteniéndole las mejillas para que lo hiciera—. Solo quiero que te mantengas aferrado a mí, Richard, debes luchar porque yo no sabría cómo seguir adelante sin ti, ya muchas veces me siento sin fuerzas, pero trato de reponerlas por Joshua, por nuestro hijo. —Sollozó, dándose la libertad de llorar, aunque luchaba por ser fuerte, a veces no era tan fácil—. Te estás dejando morir y me estás llevando contigo.

—Me gustaría no languidecer Marión, pero no puedo dejar de hacerlo, por más que lo intento no puedo... Los recuerdos son indelebles como las quemaduras en mi espalda, y se me mezclan el pasado y el presente, muchas veces no sé en cual vivo, me veo temblando, luego me veo morir, como siempre, pero me despierto y aquí estoy mucho más asustado que aquel día —expresó, dejando correr sus lágrimas, mientras temblaba.

—Todo eso ya pasó... ¿De qué tienes miedo, Richard? ¿De qué? Si no me dices no podré ayudarte, ¿lo sabes? —cuestionó, intentando una vez más atravesar su coraza, aprovechando que ese día estaba hablando, pues a veces pasaba mucho tiempo sin hacerlo.

—Me aterra que me dejes..., que te lleves a Joshua y me dejes, que me rechaces... Sé que debo afrontar mi realidad y mi pasado, pero al ser consciente de todo lo que eso implica, no quiero, porque actué impulsivamente e hice muchas cosas de las que me arrepiento, no pensé en las consecuencias, y ahora te he arrastrado a ti y a mi hijo a este infierno en que vivo —expresó con desesperación y culpa.

—No digas eso, yo jamás podría dejarte... Joshua y tú son mi vida, sin ustedes ya nada tendría sentido para mí, por eso te pido que luches por nosotros —rogó, besándole las manos que estaban muy frías.

—Debí decirte la verdad desde un principio, pero ahora ya es tarde, y el

temor de que todos me odien es cada vez más grande, por eso es mejor que todos me crean muerto. Aunque sé que no se lo merecen, pues han sufrido demasiado, tal vez es mejor que solo sea un recuerdo, no puedo llegar como si nada y que ellos sientan que todo el sufrimiento de estos años fue en vano. No soportarían que me odien, prefiero vivir con los recuerdos de felicidad y añorando algún día poder verlos de nuevo, me conformo con hacerlo de lejos, poder saber que están bien, y que al fin lograron seguir adelante.

Rompió a llorar al pensar en eso, porque en el fondo de su corazón deseaba poder recuperar aquella vida que alguna vez tuvo, quería sentirse parte de ellos una vez más. Buscó consuelo en su esposa y la abrazó con fuerza, mostrándose completamente vulnerable, no le importaba porque no era la primera vez que ella lo veía así.

—Richard, no podré odiarte, escúchame bien, nunca, ni por la mentira más grande del mundo podré hacerlo y tampoco te dejaría ni te quitaría a Joshua, porque te amo... —Lo miró a los ojos para que supiera que le decía la verdad, para ahuyentar sus miedos.

—Marión —murmuró, negando con la cabeza, ya que era consciente de que su carga era demasiado pesada, y que quizá cuando ella se enterase no podría con todo.

—Te amo porque eres lo único que tengo, solo me quedan tú, Joshua y mi hermano, y no debes atormentarte por tu pasado, sé que tu familia no te odiará, ellos te perdonarán, porque si alguien me dijera que mis padres están vivos después de todo este tiempo, no me importaría lo que he sufrido, porque tenerlos de nuevo sería un milagro, y tú también serías un milagro para ellos, pero necesito que me dejes ayudarte... —rogó, y comenzó a ver cómo una vez más su mirada se nublaba, perdiéndose en los oscuros rincones de su mente—. Por favor, Richard, háblame, no te vayas nuevamente, mírame y afronta la realidad —suplicó, pero ya todo era en vano.

Se había ido otra vez, esa era su manera de hacerle ver que aún no estaba preparado para decir la verdad, pero al menos logró saber un poco más. Soltó un suspiro y comenzó a acariciarle el rostro, mientras dejaba correr sus lágrimas en silencio, y lo miraba con ese amor incondicional que sentía por él, que sin importar nada crecía cada día.

Marión se acercó para besarle con suavidad, pero Richard la tomó por la cintura para acomodarla encima de él, e intensificó el beso, apoyándole una mano en la nuca, haciéndole sentir su necesidad en ese gesto que llegaba incluso a ser desesperado. Esa era la manera que él tenía para escapar de su

tormento, hacerle el amor a Marión, perderse en ella y sentir que aún era parte de algo, que su cuerpo no había muerto años atrás, que seguía vivo.

Ella estaba acostumbrada a estar con él así, a sentir el miedo y la desesperación en cada caricia, era como si Richard tuviera temor de que, de un momento a otro, ella pudiera desaparecer. Y a veces ella también temía eso, que él ya no regresase de esos episodios donde se perdía por completo, era aterrador imaginar que podía despertar un día y que no volvería a escuchar la voz de su esposo.

Por eso cuando lo amaba era en una entrega absoluta, porque era cuando más cerca lo sentía, no solo en cuerpo sino en alma, y sabía que la niebla que se posaba sobre sus iris era gracias al deseo y no al temor. Después de llegar al punto más alto, podía ver una luz en sus pupilas, la que apenas duraba unos cuantos segundos, pero era esa luz la que le decía que en el fondo de su ser estaba el hombre de quien se enamoró, solo que estaba prisionero por la turbación.

—Te amo. —Fue lo único que alcanzó a decir Richard.

—Yo mucho más —dijo ella, acariciando la espalda de su esposo con infinita ternura—. Las cicatrices de las quemaduras prácticamente han desaparecido, se han llevado un tiempo, pero apenas si se aprecian, sé que algún día pasará lo mismo con tus miedos, Richard.

Lo miró a los ojos, regalándole una hermosa sonrisa que alejara la tristeza que veía en su mirada, y él la premio con el mismo gesto, aunque menos efusivo. Luego de eso se puso de pie y lo ayudó a levantarse, debía sacarlo del agua fría o terminaría resfriándose y eso podía empeorar su situación, debía cuidarlo, no solo como su esposa sino también como su enfermera.

Gerard no podía sacar de su cabeza las palabras de Victoria, jamás imaginó que el dueño de su corazón fuese Terrence Danchester, no podía entender cómo alguien tan generosa como ella, pudo enamorarse de un ser tan arrogante como el hijo de Benjen Danchester. Eso no tenía sentido, aun así, le había quedado claro que era una realidad, él era quien no la dejaba abrir su corazón a otros hombres.

En eso se le fue casi toda la noche, pensando en cómo podía hacer para emanciparla de su ciega devoción por el hijo del duque, y conseguir que, de una vez por todas, se diese la oportunidad de amar de nuevo. Se quedó dormido a mitad de la madrugada, pero su sueño no fue tranquilo, despertó con los primeros rayos del sol, luego de soñar con aquella única vez en la que vio

a Terrence Danchester, pero al igual que le sucedió la tarde anterior, no lograba recordar su rostro, solo tenía una imagen muy difusa del joven en su memoria.

Bajó para tomar el desayuno con sus huéspedes, intentando ocultar la preocupación que lo embargaba, fijó su mirada en Victoria y pudo notar que ella tampoco parecía haber tenido una buena noche, su mirada lucía opaca. Sin embargo, quiso animarla, se acercó y le ofreció su brazo para encaminarse hacia el comedor.

Fabrizio se encontraba en la misma situación de Gerard, ya tenía sus sospechas del sentimiento que Danchester inspiró en Victoria, pero jamás pensó que fuese tan serio. Lo creía más una ilusión de adolescente, no que la relación hubiese llegado hasta el compromiso de matrimonio, y lo intrigaba saber los detalles sobre lo que había pasado entre ellos.

—Los clubes aquí son muy buenos y menos atestados de gente que los de París, deberías ir esta noche —mencionó Edith con entusiasmo.

—Sería genial, tengo mucho que no voy a uno —acotó Fransheska.

—También me gustaría salir, así cambiamos un poco la rutina —agregó Jean Pierre con una sonrisa, mirando a su novia.

—¿Tú qué dices, Vicky? —preguntó Fransheska, necesitaban más apoyo, porque por el semblante de su hermano, él no iría.

—¿Yo?... No sé, lo que ustedes decidan está bien —respondió, sintiéndose algo sorprendida, pues no prestaba atención a la charla.

—Y ustedes caballeros, ¿qué dicen? —inquirió Edith, mirando a Brandon, Fabrizio y Gerard.

—Por mí no hay problema, me encantaría —contestó Brandon con una sonrisa, aunque no frecuentaba mucho ese tipo de recintos, no le quitaría a Fransheska su enérgico entusiasmo.

—Por mí tampoco —respondió Fabrizio sin mucho énfasis.

—Será un placer bailar toda la noche contigo, Victoria —dijo Gerard con una sonrisa, mirándola y esperando que al italiano le quedase claro que no dejaría que se le acercase.

Ella le dedicó una sonrisa amable para no hacerlo sentir rechazado, pero lo más probable es que se quedara sentada en una mesa, la verdad no tenía ánimos para salir a bailar. La alegría que la caracterizaba años atrás, se había quedado sepultada junto a Terrence, y nada de lo que los demás hicieran, lograría que ella la recuperara.

Una de las empleadas le anunció a Gerard que tenía una llamada de su

padre, él se excusó con sus invitados y fue a atenderla, justo en ese instante el desayuno se dio por terminado y Fabrizio vio una oportunidad para poder hablar con Victoria sin la presencia del molesto francés. Ella parecía estar sumida en sus pensamientos, por lo que se quedó rezagada, él también lo hizo a propósito para poder hablarle, pues desde la fiesta en la mansión de los Lambert, apenas habían podido intercambiar palabra y eso comenzaba a desesperarlo.

—¿Cómo se encuentra, Victoria? —inquirió para atraer su atención.

—Yo... estoy bien, señor Di Carlo —respondió, sintiéndose sorprendida, pero emocionada de escucharlo decir su nombre.

—Perdone, me tomé el atrevimiento de llamarla por su nombre, pensé que después de lo que sucedió la otra noche, podíamos...

—Está bien, no hay problema —dijo mostrándose nerviosa, y sus mejillas se sonrojaron al recordar todo eso.

—Me sentiría complacido si también comienza a llamarme Fabrizio —sugirió, mostrándole una sonrisa radiante.

—Por supuesto —contestó, hechizada por su atractivo.

—Espero que podamos bailar un par de piezas esta noche, Victoria —susurró, mirándola con intensidad y deseo.

Ella estaba por responder cuando vio que Gerard caminaba hacia ellos, no quería que hubiese una confrontación entre ambos, así que solo asintió, sonriendo de manera nerviosa. Luego le dio la espalda y caminó para reunirse con su amigo, que los veía con desconfianza; sobre todo a Fabrizio comenzaba incomodarle esa actitud celosa que mostraba Gerard, como si ellos dos tuvieran una relación.

Eran las siete de la noche y los caballeros ya las esperaban en el salón, Gerard y Jean Pierre conversaban de trabajo junto al mueble con licores de todo tipo, donde se preparaban unos tragos. Mientras que Brandon intercambiaba algunas palabras con Fabrizio, sobre la propuesta que había recibido para abrir una sucursal de los bancos Anderson en Florencia, puesto que en Roma ya contaban con una.

De pronto el italiano se quedó en silencio y su mirada se fijó en alguien detrás de él, sus ojos destellaron mostrando admiración, Brandon se llenó de curiosidad, aunque casi podía adivinar a quien había visto. Se dio la vuelta para observar a las damas, y al hacerlo, él mismo también resultó hechizado por la imagen de Fransheska, quien se veía realmente hermosa; el maquillaje la hacía lucir mayor y más deseable.



—Estamos listas, señores, disculpen por haberlos hecho esperar —esbozó Edith con una sonrisa, y recibió la mano que le ofrecía Jean Pierre, quien le dedicaba esa mirada que le derretía los huesos.

Fabrizio estaba tan hechizado por lo hermosa que lucía Victoria esa noche, que se quedó parado en donde se encontraba y perdió la oportunidad de ser quien la acompañara, tal y como se había propuesto. Solo se quedó observando, como un absoluto idiota, cómo Lambert se acercaba hasta ella para ofrecerle su brazo y después se volvía a mirarlo con esa maldita sonrisa cínica.

Todos formaron parejas y a él no le quedó más que ofrecerle su brazo a Angela, la dama de compañía de la rubia, a quien prácticamente había obligado a ir con ellos. Pudo sentir la tensión en el cuerpo de la mujer, mientras caminaban y parecía estar evitando mirarlo, era como si fuese del brazo de un fantasma o algún monstruo.

Minutos después llegaron a uno de los mejores clubes de Beauvais, el lugar se encontraba tenuemente iluminado por lámparas en estilo candelabros, que colgaban del techo a lo largo de un pasillo y que llevaba hasta el salón de baile. Las contagiosas melodías del *foxtrot* retumbaban en las paredes, envolviendo todo el lugar en un ambiente de alegría, elevando el ánimo de todos, incluso el de Victoria, quien recordó lo maravilloso que eran sus primos bailando ese ritmo.

Fueron recibidos por un joven, quien reconoció a los dos políticos y los ubicó de inmediato en uno de los espacios que eran asignados para los personajes importantes. El lugar era un poco más oscuro que el resto del salón para brindar la mayor privacidad a los presentes, tenía una mesa redonda de madera negra y un gran sillón con estilo capitoné de terciopelo rojo, en forma de medialuna.

Los caballeros se quitaron los abrigos y los colgaron en el perchero, luego ayudaron a las damas con sus bolsos y procedieron a hacerlo también con sus abrigos, pues el ambiente dentro del local era cálido y no ameritaba que los llevaran puestos. Fransheska le susurró algo al oído a Edith, antes de acercarse a Brandon, quien esperaba por ella para ayudarla, su amiga la miró con complicidad, mientras Fabrizio estudiaba cada uno de los movimientos de su hermana, pues tenía una ligera sospecha del atuendo que escondía esa larga gabardina.

—Déjame ayudarte —susurró Brandon, cuando la vio acercarse.

—Por supuesto —respondió, y se puso de espalda.

Él deslizó con suavidad la prenda para sacarla del cuerpo de Fransheska, sintiendo como el deseo se arremolinaba en su interior, mientras en su mente se recreaba la escena de los dos solos en una habitación. Y el escote en la espalda de ella solo le echó más leña al fuego que ya ardía en su interior, su mirada se posó en la hermosa y blanca espalda, para bajar lentamente siguiendo la línea que la tela del vestido cortaba, pero que él sabía perfectamente donde continuaba.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando la excitación lo recorrió de pies a cabeza, tan poderosa que pudo sentir cómo su hombría palpitó. Tuvo que reunir todo su autocontrol para no rodearle la cintura con sus brazos y pegarla a su cuerpo, aunque se moría por hacerlo, el hermano de ella estaba presente y él debía respetarla, no podía abordarla de esa manera sin que ella lo deseara.

—Gracias, Brandon —susurró, mirándolo por encima del hombro.

Él solo pudo asentir en silencio mientras su mirada se posaba en sus labios pintados de un deslumbrante rojo carmín, el mismo color de su vestido. Le dedicó una sonrisa, sintiéndose extrañamente nervioso, pues era la primera vez que una mujer lo excitaba solo por el escote en su espalda; casi siempre, necesitaban de más para despertar así su deseo.

Cuando la mirada de Fransheska se encontró con la de su hermano, notó de inmediato que desaprobaba su vestimenta, pero se armó de valor para actuar de manera normal, ya estaba hecho, él no podía hacer que regresase a la casa para cambiarse. Y al parecer, el vestido había tenido el efecto que ella esperaba, la sonrisa pícaro que le dedicó Edith, en cuanto se sentó junto a ella, acababa de confirmarlo.

Brandon ocupó el espacio junto a Fransheska, porque deseaba seguir disfrutando de su cercanía, mientras que Victoria quedó, casualmente, entre Gerard y Fabrizio. Ella soltó un suspiro de manera disimulada, resignándose a que esa noche sería realmente larga, y que ella tendría que mediar entre esos dos, para que no arruinaran la velada.

Los primeros en pisar la pista fueron Edith y Jean Pierre, seguidos por Fabrizio y su hermana, él aprovechó la oportunidad para reprocharle por su vestido. Sin embargo, ella consiguió que olvidara el tema, cuando le comentó que Victoria y Gerard se veían muy divertidos, lo que hizo que su hermano se tensara de inmediato.

Bailaron dos piezas y luego volvieron a la mesa, Fabrizio ocupó el puesto frente a Victoria. Ya que Lambert había hecho su jugada, puso a Ángela junto a

la rubia, para mantenerlo alejado. Agarró la botella de champagne, le sirvió una copa a su hermana y otra para él, se llevó la suya a los labios y la sorbió de un solo trago, mientras miraba fijamente a Victoria, y vio con satisfacción que ella se alejaba del francés.

Jean Pierre también regresó junto a Edith, y de inmediato captó la atención de Brandon y Gerard, pues había visto a alguien que de seguro lo ayudaría con su trabajo en el Piamonte. Sabían que no era momento de hablar de eso, pero no podían desaprovechar la oportunidad, así que se excusaron con las damas y abandonaron la mesa.

Las chicas conversaban amablemente, Victoria buscaba participar mencionando cualquier cosa, no quería quedarse callada y brindarle la oportunidad a Fabrizio para que le hablase. No entendía por qué, pero se sentía sumamente nerviosa por su cercanía, quizá era que lucía tan apuesto, que si lo miraba no podría dejar de hacerlo después.

Él la observaba sin ningún reparo, nunca se había sentido tan atraído por alguien, y no era solo por su belleza física, también le gustaba su personalidad, ese gesto de rebeldía que podía ver en ella a veces, que le decía que detrás de esa fachada de «señorita de clase alta» existía una mujer feroz, libre, capaz de enloquecer a cualquier hombre. Aunque en ocasiones también lo desesperaba, a momentos sentía que comenzaba a odiarla por caprichosa, pero en otros quería abrazarla muy fuerte, protegerla; de pronto, una melodía comenzó a sonar y la algarabía de su hermana y Edith lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Tango! —mencionaron las amigas al mismo tiempo.

—Hace tanto que no lo escuchaba —dijo Fransheska con nostalgia.

—Cuando estábamos en el colegio, recuerdo que tú lo bailabas maravillosamente, Fran... parecías toda una experta —expresó Edith, con una mezcla de emoción y melancolía.

—Aún lo practico, solo que ya no lo hago en público, en Italia son muy pocos los locales donde se escucha el tango; por ende, son muy pocos los hombres que lo saben bailar, y tampoco se acostumbra a que una mujer baile con tanta libertad —acotó ella con frustración.

—¿Bailas tango? —Le preguntó Victoria, sorprendida.

—Sí —respondió Fransheska, con una sonrisa modesta.

—Siempre he querido ver cómo se hace, pero nunca he tenido la oportunidad, ¿podrías hacerlo ahora? —Le pidió, mirándola a los ojos.

—Me encantaría, pero no tengo una pareja para hacerlo, Fabrizio sabe,

pero por su semblante, no creo que desee bailar, además, nunca lo hemos hecho en público —susurró, mirando de reojo a su hermano. Parecía que eso también lo había olvidado, habían intentado hacerlo algunas veces luego que regresase de la guerra, y él se perdía en los pasos, ya no tenía la misma destreza de antes.

—No importa, tengo otro acompañante para ti. —Se puso de pie con entusiasmo—. Acompáñame —agregó, extendiéndole la mano.

Fransheska accedió, aunque no entendía lo que pretendía su amiga, dejaron la mesa ante las miradas llenas de intriga de sus acompañantes, pocas veces habían visto a la americana tan entusiasmada. Victoria comenzó a buscar con la mirada hasta que encontró a Brandon junto a Gerard, Jean Pierre y dos hombres más.

—Vicky... no sé si esto sea una buena idea. —Fransheska al ver en busca de quien iban, sintió cómo su corazón se aceleró, y juraba que, de no ser por lo alto de la música, todos allí lo escucharían.

—No te preocupes, él lo aprendió en Buenos Aires —dijo para tranquilizarla, se aproximó hasta los caballeros con una sonrisa, y disimuladamente le pidió a su primo que se acercara—. Brandon, ¿adivina qué? —inquirió, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—¿Qué? —cuestionó, sorprendido por su entusiasmo.

—Al fin voy a poder ver cómo se baila el tango, Fransheska sabe hacerlo, y es muy buena en ello —mencionó con alegría.

—La verdad es que, bueno... no lo hago en pareja desde hace mucho tiempo... Vicky, no sé si esté preparada. —Los nervios hacían estragos en ella, no se atrevía a mirar a Brandon a los ojos.

—Vicky... pero... no soy un experto, apenas recibí unas clases y fue hace mucho tiempo. —De repente él también se puso nervioso.

—¡Ay por favor! Miren de seguro lo hacen muy bien, además esto no es una competencia, solo es una pequeña demostración... dudo mucho que alguno de los que están aquí lo hagan mejor.

Las miradas de Brandon y Fransheska se encontraron, quedándose prendadas, mientras sentía a sus corazones latir desbocados, ya que ambos eran conscientes de lo que bailar tango requería. El acercamiento íntimo, la confianza y la coordinación, podían ser solo detalles técnicos, y ellos sabían que eran una buena pareja por lo que no tendría problema con eso, pero en su caso había sentimientos involucrados, ellos se deseaban y el baile tal vez los dejaría muy expuestos.

—Acepto, solo si Fran... si la señorita Di Carlo se siente cómoda.

—Por mí no hay problema... podemos seleccionar uno lento, así se sentirá más confiado —sugirió, mirándolo a los ojos, para que él se sintiera seguro, aunque ella estaba temblando de pies a cabeza.

—Estaría muy agradecido —respondió de manera nerviosa.

Victoria les dedicó una sonrisa a ambos y se encaminó con ellos hasta el lugar donde un hombre se encargaba de operar el gramófono, Fransheska le solicitó en francés un tango en específico. Él sonrió y confirmó que lo tenía, ella se volvió para mirar a Brandon y le susurró el nombre de la canción, para saber si la aprobaba.

Brandon no recordaba mucho, así que ella tuvo que tararearla y él reconoció la melodía de inmediato, por suerte la había bailado un par de veces, aunque si recordaba bien, casi todas seguían los mismos pasos. El encargado de la música esbozó una sonrisa, que iba más dirigida a la italiana que a él, y se dispuso a preparar todo, cada uno caminó hasta un extremo de la pista, dándose la espalda.

Cuando Victoria regresó a la mesa todos la miraron con expectativa, ya que la sonrisa en su rostro era mucho más efusiva que hacía unos minutos, y Fransheska no había vuelto con ella. De inmediato Fabrizio y Edith sospecharon lo que sucedería, lo que los asombró y por eso quisieron salir de dudas, la francesa se adelantó a Fabrizio.

—¿Victoria, que pasó? —Le preguntó Edith, en voz baja.

—Brandon y Fransheska bailarían —contestó con naturalidad.

—¿Bailarán tango? —preguntó Jean Pierre, sorprendido.

—Sí —respondió Victoria, sin mucho énfasis.

Todos se pusieron de pie de inmediato, ante la mirada atónita de la rubia, y caminaron para estar más cerca de la pista de baile. Victoria no entendía por qué tanta algarabía solo por un baile, pero la curiosidad le ganó al ver sus reacciones, así que se puso de pie también y se unió a su grupo, quienes estaban a la espera de que comenzara la música.

# Capítulo 16

Brandon hizo unas cuantas respiraciones profundas para relajarse, mientras se esforzaba por recordar lo que había aprendido, no quería quedar en ridículo precisamente con la mujer que tanto le gustaba. Cerró los ojos y elevó su rostro al cielo para hacer una plegaria, aunque no sabía si Dios lo escucharía, ya que lo que pedía no solo era banal, sino que suponía que el tango no debía ser mucho de su agrado.

Fransheska se enfocó en hacer una cuenta regresiva para tratar de calmar los nervios, estiró un poco las piernas que no dejaban de temblar, y respiró profundo para llenar sus pulmones. Recordándose que no existía motivo alguno para estar tan nerviosa, había bailado muchas veces esa música, la conocía de memoria.

Claro que nunca lo había hecho con un hombre como Brandon, sus parejas siempre había sido jóvenes; que al igual que Edith y ella, escapaban del colegio, amigos de la infancia en su mayoría. Bailar con ellos era solo un juego, porque ninguno le atraía tanto como el americano, así que de solo pensar lo cerca que estaría de él, hacía que sus piernas temblaran, pero se regañó y se exigió concentración.

La música dio inicio, inundando el lugar y todos los presentes posaron sus miradas en la pareja, a la espera de que se iniciara el ritual, pues el tango más que un baile era un ritual, un acto teatral, un despliegue de pasiones representadas en movimientos.

Brandon y Fransheska se volvieron al mismo tiempo, mirándose de forma desafiante, estirando una pierna en un movimiento sutil en ella y seguro en él, para demarcar su espacio, luego se aproximaron con pasos lentos y decididos, manteniendo la distancia. Él la observaba y ella hacía gala de su magnetismo femenino, hicieron un giro rápido, y quedaron uno frente al otro, pero sin llegar a tocarse.

Brandon intentó acercarse; sin embargo, ella posó sus manos sobre el pecho de él, impidiéndole avanzar, fue el primer contacto que tuvieron, y una explosión de emociones los embargó a ambos. Eso lo animó a él a insistir y siguiendo el ritmo de la canción, buscó sus manos rozándolas apenas, mientras

la miraba a los ojos y hacía un derroche de seducción, con caricias lentas que buscaban apoderarse de su cuerpo.

Fransheska llevó una de sus manos hasta la nuca de Brandon y le entregó la otra, que él recibió con una suave caricia, mientras deslizaba su mano libre por su espalda desnuda y la anclaba en su cintura, para pegarla a su vigoroso y cálido cuerpo. Ella jadeó ante ese poderoso choque y lo vio sonreír con arrogancia, lo que la animó a darle un poco de su propia medicina e intentar seducirlo también, así que movió una de sus piernas marcando el inicio del baile en pareja.

Con movimientos coordinados y sutiles comenzaron a adueñarse de la pista, mientras sus miradas se fundían, ella se desenvolvía magistralmente guiada por Brandon, marcando el ritmo con cambios de piernas. Y a medida que la música cobraba mayor fuerza, también lo hacía la confianza entre los dos, haciéndoles entregarse miradas, sonrisas y caricias cómplices, que despertaban intensas emociones.

Los hombres observaban embelesados la figura de Fransheska, mientras las mujeres se deleitaban en el porte gallardo y seductor de Brandon. Todos se encontraban eclipsados por el despliegue de movimientos que ambos hacían; sobre todo, por los de ella, quien se notaba más dueña de la situación, y en su rol de pareja tenía mayor movilidad, él solo era su guía, su pilar.

Fransheska comenzó a hacer los cruces de piernas, que eran los más difíciles, aunque Brandon apenas era consciente de eso, pues se encontraba completamente hechizado por la esencia y la fuerza de la mujer en sus brazos. Sin embargo, los caballeros fuera de la pista tragaron en seco, al ver lo peligrosa que era esa maniobra; claro está, para el caballero que la acompañaba, aunque la recompensa al peligro bien valía la pena, pensaron al ver como ella acariciaba con su pierna la de él, mientras lo miraba a los ojos.

Los movimientos cada vez estaban más cargados de sensualidad, permitiendo a los cuerpos acoplarse con elegancia y belleza al mismo tiempo. Brandon subió la mano que tenía en la cintura con una suave caricia, que le permitió disfrutar de la sensación de la piel desnuda de Fransheska, mientras sus ojos se perdían en los grises.

Ella siguió el movimiento y con un suave toque llevó su mano al hombro de él, luego a su nuca, disfrutando de la libertad que le daba el baile, para poder tocarlo de esa manera tan íntima. Podía sentir la respiración agitada de él, el calor de su cuerpo, el magnetismo de la mirada azul que lucía más oscura, y que brillaba con fuerza, una fuerza que ella no había visto hasta el

momento.

Él tomó el control y la acompañó en cada compás, la música bajó y ella se dejó caer hacia atrás muy suavemente, sintiéndose confiada porque lo tenía a él como soporte. Brandon le deslizó las manos por la cintura y la espalda, bajando a su mismo ritmo, y acercando su rostro al hombro de ella, aspirando el maravilloso aroma de su piel.

Quiso quedarse allí, pero si lo hacía podía terminar perdiendo la cabeza, y no a manos de Fabrizio, sino del deseo que ya ardía en su interior. Subió de inmediato en un movimiento rápido, así como dictaba la melodía, le dio una vuelta y ella quedó de espalda a él, quien la pegó a su cuerpo, abrazándola por la cintura.

Fransheska se sentía completamente abrumada ante el torbellino de sensaciones y emociones que él despertaba en ella, la forma tan sutil como la acariciaba, ese leve toque cuando posó la nariz en su hombro y que la hizo temblar. El ímpetu que imprimía a sus movimientos y que la hacía sentir que en cualquier momento podía desmayarse, por eso se aferraba a él, por eso y porque lo deseaba.

Las caricias eran el resultado natural de la música, pero también del deseo de ambos por sentirse más cerca al otro, era como si en medio del baile se estuviesen expresando todo lo que no habían hecho con palabras. Ella suspiró y dejó caer su cabeza en el hombro de Brandon, mostrándose completamente rendida a él, olvidándose de todas las personas a su alrededor, incluso de su hermano; sobre todo de él.

Esa imagen de ella hizo que Brandon sintiera su corazón latir como nunca, y justo en ese momento deseó con todas sus fuerzas fundirse en sus labios. Quería adueñarse de su boca, de ella, de su vida, ya no le quedaban dudas, amaba a Fransheska Di Carlo y quería tenerla a su lado para siempre, ella era a quien había estado esperando.

Fabrizio se tensó al ver el último movimiento, la cercanía que se originó entre ambos era muy peligrosa, y aunque sabía que Fransheska era muy profesional a la hora de bailar, también estaba consciente del poder que Anderson tenía sobre ella. Se movió para acercarse un poco más a la pista, con la intención de hacerles notar a ambos su presencia, si su hermana no reaccionaba, esperaba que Brandon fuese más sensato y actuara como el caballero que se suponía que era.

Victoria notó la actitud de Fabrizio, que claramente buscaban hacer que Brandon y Fransheska fuesen más mesurados y recatados en sus gestos, así que



se atravesó delante de él, porque no dejaría que los cohibiera o arruinara tan hermoso despliegue de arte. Aunque comprendía que estuviese celoso por la forma en cómo Brandon acariciaba a su hermana; sin embargo, era solo un baile y su primo era ante todo era un caballero.

La música terminó y ellos, al igual que todos los presentes, necesitaron de varios segundos para volver a la realidad, se mantuvieron abrazados y mirándose a los ojos en medio de la pista de baile. Hasta que fueron sacados de su burbuja cuando una sonora ovación llegó hasta ellos; no obstante, lo único que él deseaba era tomar el rostro de ella entre sus manos, y perderse en sus labios con un beso largo y profundo, uno que le expresara cuanto la amaba.

Fransheska lo miraba hipnotizada, ante sus ojos tenía al hombre perfecto, al que toda su vida soñó encontrar, el príncipe azul de cual siempre le habló su madre antes de ir a dormir. Estaba allí, en ese momento, con ella, y hubiese dado lo que fuera con tal de abrazarlo y entregarle su vida en ese instante, pero toda la magia del momento se vino abajo cuando sus compañeros de mesas llegaron hasta ellos para felicitarlos y los hicieron separarse.

—¡Chicos, estuvieron maravillosos! —dijo Edith, emocionada.

—Estuvieron estupendos —acotó Victoria con una sonrisa, abrazando a Fransheska y luego a Brandon, se sentía maravillada—. Me gustó mucho... es extraordinario, gracias por esta demostración, ahora yo también quiero aprender a bailar tango —dijo, riendo.

—Pues yo no sé bailar, pero podríamos aprender juntos. —Se ofreció Gerard, sonriéndole, vio que ella se tensaba, así que miró a Brandon—. ¡Amigo! No sabía que tuvieras esas cualidades, te veías como todo un profesional, y tú Fransheska, nos hechizaste a todos, lo hicieron fantástico —dijo, para aligerar el momento, era evidente que el americano estaba muy afectado por las emociones.

—Muchas gracias. —Logró decir Fransheska con una sonrisa, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Gracias, la verdad todo el mérito debe ser para la señorita Di Carlo, ella fue quien guio cada movimiento —respondió Brandon con una sonrisa dirigida por completo a ella.

—Fue un trabajo de ambos, lo hace muy bien, siguió cada paso con precisión —contestó, perdiéndose por un momento en sus ojos.

Todos regresaron a la mesa, Fabrizio los esperaba y les extendió dos copas de champagne, ellos al verlo serio se tensaron y dudaron antes de recibirlas, pero él le dedicó una sonrisa a modo de felicitaciones. Brandon y

Fransheska las recibieron y se relajaron, él la tomó de un solo trago, pues estaba sediento, aunque no de champagne sino de los besos que quiso beber de la boca de la mujer a su lado.

—Estuviste maravillosa. —Le dijo Fabrizio, con una sonrisa sincera, cuando su hermana se sentó junto a él.

—¿Te gustó? —Le preguntó, entre emocionada y sorprendida.

—Mucho... bueno, en algunas ocasiones... —Él se detuvo al ver la expresión en el rostro de ella.

—Es... es parte del baile, sabes que soy muy profesional y... —La mirada en los ojos de su hermano la hizo detenerse—. Estoy siendo totalmente objetiva, Fabrizio —agregó, esquivando su mirada.

—No he dicho lo contrario —respondió con ingenuidad—. Y no sé por qué te pones nerviosa —acotó con una sonrisa pícaro.

—No es gracioso. —Le reprochó en voz baja, sin mirarlo.

—Por el contrario, es muy gracioso —indicó sonriendo con malicia.

Fransheska se sonrojó hasta el cabello, cerró los ojos un momento y negó con la cabeza, sintiendo que sus sentimientos estaban totalmente expuestos, que cada uno de los presentes en esa mesa, sabía que estaba perdidamente enamorada de Brandon. Lo buscó con la mirada y él la observaba fijamente, eso hizo que su corazón diese un vuelco, bajó la mirada mostrándose como una cobarde y le pidió a Edith que la acompañase al baño, necesitaba calmar sus emociones.

La velada fue transcurriendo desbordando la alegría de los presentes, Edith había bailado con Brandon y Fabrizio, así como Fransheska y Victoria lo habían hecho con Jean Pierre y Gerard. Incluso Angela fue obligada a bailar con Brandon y Gerard, pues eran a quienes más confianza le tenía; los únicos que, hasta el momento, no habían bailado juntos eran Victoria y Fabrizio, eso por supuesto tenía a Gerard muy complacido, al parecer al italiano le había quedado claro que no conseguiría nada con Victoria, porque ella sería suya.

La música cambió a una más suave envolviendo el lugar en un ambiente mucho más íntimo, Edith y Jean se levantaron para ir a bailar, Brandon también invitó a Fransheska, desde su baile de tango no habían compartido otra pieza. Fabrizio, por su parte, había dejado que el francés se confiara, pero ya había llegado el momento de actuar, la contienda por Victoria empezaba en ese momento.

—Señorita Anderson, haría el honor de bailar conmigo —preguntó con voz sedosa, ronca, una caricia a los sentidos de Victoria.

—Por supuesto, señor Di Carlo —contestó, intentando parecer casual, aunque por dentro todo su ser se despertó con tan solo escucharlo.

Había estado deseando toda la velada que él la invitase y empezaba a sentirse defraudada al ver cómo pasaban las horas sin que él se animara; sin embargo, él siempre conseguía la manera de sorprenderla y emocionarla. Se puso de pie recibiendo su mano y al sentir su tacto cálido, se olvidó de todos a su alrededor.

La música comenzó a sonar llenando el lugar por completo, los acordes de una guitarra caían como gotas de lluvias en los oídos de los presentes, elevando sus corazones y sus almas a un estado de deleite e intimidad que los envolvía, alejándolos de la realidad, acercándolos el uno al otro sin necesitar esfuerzo alguno. Fabrizio deslizó una de sus manos por la espalda de Victoria en una caricia sutil, y se adueñó de su cintura, mientras que la otra agarró con delicadeza la mano de ella, acariciando suavemente sus delgados dedos.

Sus movimientos eran suaves; sin embargo, su respiración era agitada, producto de las emociones que ella despertaba en su interior. Se rindió a lo que sentía y cerró los ojos, acercando su rostro al de ella, rozando apenas su mejilla con la de Victoria, ese contacto hizo que Victoria dejara libre el suspiro que tenía atrapado en el pecho.

En respuesta a ello, Fabrizio subió la mano acariciando suavemente su espalda, anhelando tocar la piel desnuda de sus hombros, poder rozar sus labios con los de ella, besar ese cuello que tanto lo tentaba. Bajó un poco más su rostro para embriagarse de la esencia a rosas que brotaba de sus poros y la sintió estremecerse en sus brazos, avivando la llama del deseo, haciéndolo sentir asombrado de lo fácil que era para Victoria despertar su instinto de hombre.

Deseaba que todo el mundo se esfumase para poder besarla, poder acariciarla como lo hizo la otra noche, sabía que más que ganando había salido perdiendo, pues era tanto lo que la deseaba y tan poco lo que podía hacer, que se llenaba de frustración. Era una situación tan complicada, porque por más que a veces quisiera alejarse de ella, una fuerza más poderosa que él lo acercaba a Victoria, poniéndolo a su entera merced, ella lo dominaba por completo.

Victoria deslizó la mano que tenía en el hombro de Fabrizio a su cintura, acariciándolo levemente, tal como lo hizo la otra noche en la fiesta, solo que ahora podía sentir mucho mejor cada uno de los músculos de su espalda, pues él no llevaba una chaqueta. El calor que emanaba de su cuerpo y traspasaba la

delgada tela, traía excitantes recuerdos a su memoria, así como su respiración acompañada sobre su cuello, que también la hizo cerrar los ojos y dejarse atrapar por la magia y las sensaciones del momento.

Fabrizio comenzó a tararear la melodía, mientras su mano abandonaba la espalda de Victoria y subían a su cuello, enredando sus dedos en el sedoso cabello dorado, Victoria se estremeció ante el toque e intentó alejarse un poco de él. Fabrizio negó con un leve movimiento de cabeza, impidiéndole que lo hiciera, no quería que ella se alejara, ni en ese momento ni nunca, porque sentía que era parte de él.

—Déjeme estar así... —Le susurró al oído.

Sus palabras despertaron mil emociones en Victoria, que retumbaron dentro de todo su ser, su cuerpo, su corazón y su alma temblaron así que llevó su mano libre al cuello de él para sostenerse, igual que hacía cuando se besaban, pues siempre fue tan alto. Fabrizio notó el cambio en ella y la acercó un poco más, pegando sus cuerpos, avivando las emociones y los deseos reprimidos.

—No sé qué magia poseen tus ojos, pero no puedo escapar de ellos, son tan hermosos... y me invitan a perderme en tu piel y tus labios.

Victoria sentía que su corazón iba a explotar, la sangre en sus venas corría llenándola de vida, como hacía mucho no le sucedía, despertando sentimientos que creyó muertos, poco a poco sus vacíos comenzaban a llenarse. Podía sentir el corazón de él latir con la misma fuerza, sus labios temblaron y sus ojos se humedecieron, mientras una serie de recuerdos comenzaron a golpearla sin compasión.

«“Lo peor de todo es que, aunque la muerte de Terry me ha dejado mal, creo que lo que terminará por congelarme será su ausencia, esta será el invierno que consuma al rosal” ... “Pues nosotros seremos la primavera que te devuelva la vida”»

Recordó las palabras que intercambió con Annette, después de regresar del sepelio de Terrence en Nueva York; sintió un extraño dolor en su corazón y un miedo atroz. Su cuerpo comenzó a temblar y su mirada se cristalizó, mientras negaba con la cabeza, sin poder evitarlo se alejó de él, necesitaba salir de ese lugar.

Fabrizio se sintió extraño al ver el cambio de actitud en ella, no entendía por qué de un momento a otro su cuerpo se tensó, casi volviéndose una piedra y parecía estar a punto de romper en llanto. Una angustia se apoderó de él, pues temía haber hecho o dicho algo que la ofendiese o la

lastimase, quizá había sido muy osado en sus comentarios, así que le acunó el rostro y bajó para mirarla a los ojos.

—¿Se encuentra bien? —Le preguntó con preocupación.

—No puedo... no puedo —respondió, negando con la cabeza y se alejó más de él—. Lo siento, necesito salir de aquí —agregó, abandonando la pista y dejándolo desorientado.

Fabrizio sintió un dolor agudo en su corazón y una voz dentro de su cabeza le gritó que saliera tras ella, que no podía dejarla sola en ese momento. Lo hizo sin importarle lo que los demás pensarán, caminó de prisa, tropezando con varias personas, y comenzó a mirar a su alrededor, pero no conseguía verla.

Empezaba a desesperarse por lo que decidió salir, pensando que a lo mejor había ido por un poco de aire fresco; atravesó las puertas y el frío lo golpeó abruptamente, haciéndolo temblar. Sin embargo, apenas le prestó atención a eso, caminó un poco por el lugar y de repente logró verla, estaba apoyada en el auto de Lambert, suspiró sintiéndose aliviado y se aproximó muy despacio para no asustarla.

—¿Victoria? —preguntó, buscando sus ojos.

Ella se sobresaltó al escuchar su voz, no imaginó que la hubiese seguido, rápidamente se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas, y respiró hondo para calmarse. Luego se dio la vuelta para demostrar que estaba bien, aunque no se atrevía a mirarlo a los ojos, no sabía que tanto podía revelar su mirada en ese momento.

—Señor Di Carlo... discúlpeme, no quise... —Trató de explicarse.

—No, no se preocupe... ¿Está bien? —inquirió de nuevo, caminando para estar más cerca, deseaba abrazarla y reconfortarla.

—Sí, claro... solo... necesitaba algo de aire —respondió, sonriendo y luchando para que su voz sonara normal.

—¿Se siente mal? —cuestionó y llevó una mano hasta la mejilla de ella, acariciándola suavemente. La vio cerrar los ojos y sentir cómo se apoyaba en él, desatando una marea de emociones en su interior.

La noche estaba oscura y por eso Fabrizio no podía ver que estaba llorando, pero sí pudo sentir las lágrimas humedeciendo su mano, lo que hizo que su corazón se encogiera de dolor. Ese dolor ya lo había sentido, pero no entendía por qué se hacía presente en ese instante y con mayor fuerza; sus manos temblaron cuando con delicadeza limpió las lágrimas de Victoria y sus ojos también se humedecieron.

Ella abrió los ojos para verlo, cuando lo escuchó sollozar y sintió que el dolor en su pecho crecía desmesuradamente, porque no quería verlo sufrir. Así que, sin pensarlo se abrazó a él, hundiendo el rostro en su pecho, Fabrizio la recibió y comenzó a acariciarle el cabello, le dio un suave beso en la cabeza, y después bajó a su oído.

—Todo está bien... todo está bien —repitió una y otra vez, con una ternura que nunca había entregado a nadie.

—No... esto duele... duele mucho y no quiero seguir así —susurró, aún con su rostro pegado al pecho de él.

—¿Qué le duele? ¿Qué sucede? Por favor, Victoria hábleme —Le pidió, apartándola un poco para verla a los ojos.

—Yo... —Ella se sentía mareada, no lograba encontrar las palabras para dejar libre todo lo que llevaba dentro, solo podía mirarlo y temblar—. Yo... necesito saber... tengo que saber. —Un escalofrío la recorrió y se detuvo presa del pánico, pues no sabía qué haría si él lo negaba todo, si le respondía que no era Terrence.

—Dígame... por favor, dígame lo que necesita. —La urgencia era palpable en cada una de sus palabras, y en su mirada.

—Usted es... —La mente de Victoria era un remolino.

Se quedó mirando fijamente sus ojos, esos que justo en ese momento reflejaban tanta angustia, pero que sentía que le gritaban que se arriesgara, que le hablara sobre Terrence y saliera de esa duda de una vez por todas, tenía que hacerlo o acabaría perdiendo la razón.

# Capítulo 17

Brandon observaba embelesado el rostro de Fransheska mientras se debatía internamente en cómo expresarle sus sentimientos, pensó que sería algo sencillo y por eso la invitó a bailar, pero el tiempo seguía corriendo y él no hallaba las palabras correctas para comenzar. De pronto, vio a su prima huir de la pista, eso lo llenó de preocupación y quiso ir tras ella para saber qué había sucedido, pero la canción aún no terminaba y él no podía dejar a Fransheska sola en ese lugar.

La canción terminó y él se quedó con decenas de palabras atoradas en su pecho, que lo hicieron sentir frustrado, pues una vez más perdía su oportunidad de decirle a Fransheska lo que sentía por ella. Suspiró con desgano, optando por dejar eso para después y atender de momento la situación de Victoria, suponía que ya se le presentaría otra ocasión con Fransheska, una donde estuviesen los dos solos.

Caminó con ella hasta la mesa y la dejó allí, se excusó con los demás alegando que necesitaba un poco de aire fresco y fue en busca de su prima. Salió del club porque fue en esa dirección que la vio caminar, miró a todos lados y no tardó mucho para verla junto a Fabrizio en el estacionamiento, pensó en dejarlos solos; sin embargo, su instinto protector lo obligó a interceder y caminó hacia ellos.

—Victoria, ¿te encuentras bien? —Le preguntó preocupado.

Ella se sobresaltó y se alejó de Fabrizio, luego asintió en silencio, pero sin mirar a Brandon, imaginaba lo que él debía estar pensando de esa situación. Secó sus lágrimas e intentó calmarse, había ido demasiado lejos, estuvo a punto de quedar como una loca delante de ese hombre, negó con la cabeza y apretó los labios para no sollozar.

Fabrizio también se tensó ante la llegada de Brandon, suponía que él le reclamaría por la forma en como abrazaba a su prima, pero más que molesto se mostraba angustiado por ella. Lo vio acercarse para abrazarla, como si estuviera protegiéndola y la alejó más de él, pero no lo miró con recelo; por el contrario, lo vio con agradecimiento.

—Fabrizio, gracias por acompañar a Victoria, puede regresar al club, yo

me encargo de ella. —Le dijo, mirándolo a los ojos.

—No tiene nada que agradecer, y puedo quedarme.

—No, no hace falta... Victoria está bien, de seguro fue el champagne que se le subió a la cabeza —mencionó, fingiendo una sonrisa, mientras le acariciaba el cabello—. Por favor, díales a todos que volvemos en cuanto se recomponga.

Fabrizio afirmó en silencio y caminó para dejarlos solos, aunque sentía que algo más estaba pasando, el comportamiento de ambos era muy extraño. Entró al local y el sonido estridente del Charleston le resultó chocante, así que se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos, porque necesitaba saber qué sucedía con Victoria, salió de nuevo del club, pero se quedó donde no fuesen a descubrirlo.

—Pequeña, ¿estás bien? —preguntó Brandon, acunándole el rostro, mientras buscaba su mirada. Ella negó con la cabeza y rompió a llorar, le era difícil respirar, se sentía ahogada por tanto dolor—. ¿Qué sucede, Vicky? —La interrogó, tomándola de las manos.

—No lo sé, Brandon, no lo sé... son tantas cosas, esto es cada vez más insoportable, yo no quiero perder a Terry, me aterra olvidarlo... no quiero perderlo, no quiero —expresó en medio de sollozos, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Por qué dices eso, Vicky? ¿Por qué olvidarías a Terry? —cuestionó sin comprender sus palabras, sabía por lo que estaba atravesando, y que cada vez parecía acercarse más a Fabrizio, pero no creía que eso estuviese influyendo, a menos que ella...

—Porque yo... yo siento... —Victoria se detuvo, sintiéndose aterrada de poner en palabras sus sentimientos.

—Vicky... ¿Te estás enamorando de Fabrizio? —inquirió, y eso más que una pregunta era una afirmación.

Esa sería la explicación a su actitud, ya una vez ella le había comentado que no quería enamorarse de nuevo, porque sentía que eso sería reemplazar a Terrence. Y si se estaba enamorando de Fabrizio, entonces en su mente y su corazón, el rebelde de Brighton pasaría a un segundo lugar, ya no sería tan importante.

—No sé... no lo sé, Brandon, pero no puedo... no puedo, yo no quiero perder a Terry... ¿Cómo hago para mantenerlo aquí? —Le preguntó, llevándose la mano al pecho—. ¿Cómo lo hago si Fabrizio se está adueñando de todos mis pensamientos? —expresó, mostrándose realmente desesperada.



—Vicky... tú nunca perderás a Terry, él siempre va a estar contigo pequeña, ya te lo dije una vez —contestó, acariciando su mejilla.

—Pero tengo miedo de que no sea así, porque cada vez lo siento más lejano... —Se detuvo sollozando, luego respiró profundo para calmarse—. No me voy a arriesgar —aseguró, mirándolo a los ojos.

—Vicky, no entiendo... ¿A qué le tienes miedo? Tú sigues viva... tienes derecho a recuperar tu vida, tienes derecho a ser feliz con alguien más. —Se sentía confundido, no entendía los sentimientos de Victoria, esa extraña mezcla de remordimiento y miedo.

—No, no sin Terry, sabes que no puedo vivir una vida sin él... aunque sea en mis recuerdos, pero necesito que esté conmigo... si alguien más llega lo voy a perder y no quiero que eso pase —explicó su lógica. Se limpió el rostro y se acomodó el cabello—. Todo estará bien, haremos como si nada de esto hubiese pasado.

—Pero... Victoria. —Él intentó hacerla recapacitar.

—Brandon, por favor, olvidemos todo esto y regresemos, de seguro se estarán preguntando dónde estamos. —Una vez más se estaba escondiendo en su coraza, en ese lugar que sentía seguro.

Brandon la vio alejarse y no le quedó más que seguirla, seguía sin entender cómo ella podía sobreponerse tan rápido a esa crisis que tuvo, si hasta hacía segundos estaba en medio de un huracán de emociones, y ahora caminaba como si nada hubiese pasado. Comprendió entonces, que de nuevo estaba tratando de engañar a todos a su alrededor, de nuevo se aferraba a un pasado que la consumía, pero algo le decía que esta vez esa coraza no le serviría de nada, porque lo que estaba dentro de ella era mucho más fuerte y terminaría por vencerla, solo esperaba que eso no terminara en algo que la lastimase aún más.

—Brandon, Victoria, nos tenían preocupados. ¿Dónde estaban? —pregunto Gerard, cuando llegaron a la mesa.

—Discúlpennos..., estaba bailando con el señor Di Carlo, y de pronto me sentí mareada, de seguro fue el champagne porque no estoy acostumbrada a tomar tanto, así que salimos para que pudiera tomar un poco de aire, nos encontramos con Brandon y él se quedó haciéndome compañía —explicó, con una seguridad que incluso a ella la sorprendió, pero no miró a su primo ni a Fabrizio.

—¿Y ya te encuentras bien? —Le preguntó Gerard, alarmado.

—Sí, no te preocupes, no ha sido nada —contestó, sonriéndole.

—Pero no te ves bien, Victoria... ¿Quieres que nos vayamos ya? —sugirió Fransheska, no terminaba de convencerla esa explicación; sobre todo, porque notaba la actitud desconcertada de Fabrizio.

—No, ya estoy bien... es que tuve que devolver todo lo que había comido, tengo suerte de que Brandon no sea susceptible a estos episodios —respondió, tomando la mano de su primo.

Ya entrada la madrugada, y exhaustos por la velada, decidieron regresar. Durante el camino ni Brandon ni Victoria hablaron, ella le pidió a Gerard que la dejara ir en el asiento trasero, para descansar.

Fabrizio seguía sin entender la reacción de Victoria, sabía que estaba mintiendo, pero no entendía el porqué, aunque era visible que Brandon no estaba de acuerdo, tampoco la puso en evidencia, ambos ocultaban algo y él se había propuesto averiguarlo.

Gerard había notado el comportamiento entre Victoria y el italiano la noche anterior, a él no lo convencía la explicación de Victoria por su ausencia, y sentía que cada vez perdía más y más terreno, así que debía hacer algo y tenía que ser pronto. Buscó dentro del cajón de su mesa de noche, el pequeño estuche de terciopelo, y se quedó mirándolo durante un rato, con cientos de dudas rondando su cabeza.

—¿Estás seguro de hacer esto, Gerard? —Se preguntó y sus manos temblaron—. Sí, tengo que hacerlo, si no pasaré toda mi vida con esta incertidumbre... amarrado a un sentimiento imposible. —Soltó un suspiro y abrió el estuche para mirar el hermoso anillo—. Si ella me dice que no, lo aceptaré y no volveré a rogar por amor a nadie, no creo que mi corazón valga tan poco como para dejar que alguien lo pisoteé en nombre del amor... porque la amo, de eso no tengo dudas, el tiempo en lugar de acabar con este sentimiento, lo ha hecho más fuerte... pero esto comienza o se acaba hoy, ya no puedo seguir así —decidió y guardó la caja en uno de los bolsillos de su pantalón.

Salió de la habitación dispuesto a hablarle una vez más de sus sentimientos a Victoria, ya no sería sutil ni diría verdades a medias, esta vez debía dejarle claras sus intenciones. Cuando llegó a la escalera pudo ver que ella entraba a la casa acompañada de Fransheska y Edith; de inmediato, los latidos de su corazón se desbocaron y las dudas intentaron apoderarse de él, pero les dio la pelea y caminó hacia ella.

—Victoria, me gustaría hablar contigo... en privado —solicitó con amabilidad, más la urgencia en su voz era palpable.

—Por supuesto, Gerard —respondió, no sin sentirse algo desconcertada por la actitud de su amigo.

—Por favor, acompáñame al despacho —dijo, haciendo un ademán para que caminara adelante. Victoria asintió en silencio y lo obedeció.

Ella entró primero y él la siguió, luego cerró la puerta, Victoria se volvió para verlo, tratando de parecer casual; sin embargo, se sentía nerviosa y podía ver que él también lo estaba. Lo vio llevarse una mano a la frente para frotarla, revelando su nerviosismo, al tiempo que cerraba los ojos y respiraba profundo, cuando abrió los párpados, fijó su mirada en ella haciéndola sentir acorralada.

—¿Sucede algo, Gerard? —inquirió con preocupación.

—No, todo está bien —contestó con voz ronca—. En realidad, sí... Victoria, yo... —Gerard caminó hacia ella, necesitaba decirle todo eso mirándola a los ojos—. La verdad no sé cómo empezar, son tantas cosas las que deseo decirte... todo este tiempo he pensado en cómo expresar lo que llevo aquí —mencionó, señalándose el pecho y sus ojos se humedecieron—. En cómo hacerte ver que mis sentimientos son reales, que no es solo una ilusión ni algo pasajero.

—Gerard... —Ella intentó detenerlo, no quería lastimarlo.

—No, por favor, déjame seguir —rogó, sujetándole una mano con delicadeza y apremio al mismo tiempo—. Sé que llegamos al acuerdo de que solo podías ofrecerme tu amistad y sé que lo acepté así... pero ya una vez te lo dije, yo puedo decidir e intentar con todas mis fuerzas llevar a cabo ese trato..., pero, ¿cómo le explico eso a mi corazón? ¿Cómo le hago entender que no tiene caso que te siga amando? —Una lágrima rodó por su mejilla, pero él la limpió con rapidez.

—Por favor, Gerard, no me hagas esto —susurró y le rehuyó la mirada, no quería verlo así—. No es justo... esto no es justo —agregó con voz temblorosa, mientras negaba con la cabeza.

—No, no es justo... créeme que lo sé, porque he sido yo quien ha pasado noches enteras deseando tus besos, soñando con que algún día podrías amarme tanto como yo te amo y lo peor es que, a pesar de que tú no me has dado ninguna esperanza, todavía sigo fijando mis anhelos en ello, sigo brindándome a ti por completo, sigo y sigo... ¿Y sabes que es lo más triste? —Le preguntó, mirándola a los ojos.

Ella sollozó y negó con la cabeza, al tiempo que una lágrima rodaba por su mejilla, porque sabía que tenía razón, que quizá él estaba condenado a amar a

una sola mujer en su vida, así como ella lo estaba a amar a un solo hombre, y para los dos ese amor era un imposible, un doloroso y perpetuo imposible.

—Que sé que estoy solo en todo esto..., pero era tan hermoso soñar, aunque me engañaba... lo sé, sin embargo, continuaba haciéndolo... Yo quería ser alguien importante para ti, quien te ayudara a superar tu pena... ¡Por Dios, Victoria! Yo deseaba con todas las fuerzas de mi alma, que algún día tú despertaras y te dijeras... «quiero comenzar de nuevo y quiero hacerlo contigo, Gerard». —expresó, en medio de lágrimas que ya no podía contener.

—Gerard..., yo quisiera, de verdad quisiera. Pero... no puedo, no puedo —dijo entre sollozos, y comenzó a llorar con amargura.

—Y eso me duele tanto como a ti... saber que no puedo hacer nada para enamorarte, que por más que me entregue a ti nunca seré suficiente, y tengo tanto miedo de quedarme atado a este sentimiento, Victoria... de pasar mi vida amándote como un desgraciado.

—No, eso no sucederá, vas a encontrar a una mujer especial, alguien que te enamore y te haga feliz, y yo seguiré siendo tu amiga.

—No, por favor, no quiero que me compadezcas, no quiero que te acerques a mí por lástima, no creo merecer eso y tampoco podré soportarlo —mencionó, bajando la mirada.

El llanto de ella se hizo más fuerte, porque siempre y de alguna manera, terminaba hiriendo a los hombres que la amaban, primero fue con Terrence, luego con Daniel y ahora con Gerard. Se dejó caer en el sillón a su espalda, llevándose las manos al rostro.

Él se arrodilló frente a ella y le sujetó las manos con suavidad para llevarla a sus labios y besarlas; la escuchó suspirar y la vio abrir los ojos, no quería hacerla sentir culpable, así que se llevó una de sus manos a la mejilla, permitiéndose disfrutar de la sensación de tenerla cerca, aunque al mismo tiempo, ella seguía estando tan lejos de él.

—Gerard, yo... no quiero herirte... pero...

Él la detuvo posando sus dedos en los labios de ella, esos labios que invadían sus pensamientos día y noche, los que solo tuvo la dicha de probar una vez, pero solo eso bastó para conquistar su corazón. Pudo sentir que ella se tensaba, pero no lo rechazó, solo lo miró con asombro y por un instante él se sintió tentado de romper su promesa y besarla; sin embargo, no lo hizo porque eso significaría perderla para siempre.

—Victoria, déjame continuar, solo un momento... —pidió, alejando los dedos de sus labios—. Yo... jamás había sentido algo así, cada vez que estoy

frente a ti me desconozco... tú me has cambiado tanto; la verdad, no sé si ha sido para bien, no lo sé porque me duele mucho y al mismo tiempo me haces sentir vivo, creí que la distancia y el tiempo acabarían con este sentimiento, pero fui un iluso, pues solo bastó mirarte de nuevo para caer..., y caer mucho más fuerte que antes y me pregunto: ¿cómo haces para tambalear mi mundo de esta forma? ¿Para voltearme la vida? —cuestionó, mirándola a los ojos.

Ella bajó la mirada apenada sin saber qué decir, porque cualquier cosa que dijese en ese momento, tal vez acabaría por romperle el corazón o darle más esperanzas, y no deseaba que algo así sucediese. Él posó un dedo debajo de su barbilla y levantó su rostro para mirarla a los ojos, deseaba perderse en ellos, aunque fuese una sola vez en la vida; se quedó en silencio un minuto, viendo los destellos que, a pesar de las lágrimas, lograban brillar.

—Tú llegaste para hacerle justicia a todas las demás, pensar que tantas veces jugué con el amor de otras mujeres... que no supe apreciar lo que en ese entonces me ofrecían. Fui egoísta, desleal, un miserable... Así era el Gerard Lambert que tú conociste, él que te invitó a bailar cuando apenas te conocía, él que se quería adueñar de tu vida..., pero ya lo ves, terminé estrellándome contra una pared... —Dejó ver una sonrisa cargada de tristeza—. Terminé rogándote como jamás lo había hecho a nadie, hasta acepté ser tu amigo con tal de tenerte cerca... me hiciste un hombre humilde y sincero, tú me hiciste mejor —dijo, mirándola a los ojos, mostrándole cuán sinceras eran sus palabras.

Victoria se acercó más a él y lo abrazó, ese gesto hizo que Gerard se quebrara por completo y comenzara a llorar sin reparos. Ella lo apretó mucho más a su cuerpo, intentando darle consuelo, mientras dejaba libre su propio llanto, al saber que una vez más le había roto el corazón a alguien y eso la hacía sentir una mala persona.

—Es posible que todos estemos pagando errores de nuestro pasado, la pena que llevo conmigo es una carga que merezco, yo también fui egoísta, Gerard, yo también desprecié el amor, lo maté... por eso estoy condenada a vivir en el pasado, aferrada a algo que no existe... y aunque trato día con día de superar esta situación, la vida se empeña en golpearme una y otra vez, ya no solo con recuerdos... esto me asfixia, yo no tengo otra opción, para mí no hay salida... —Se separó un poco para mirarlo a los ojos—. Tú tienes una vida por delante, la oportunidad de conocer a alguien que te llene, que aproveche eso bueno que hay en ti y que ahora conoces, estoy segura de que vas a ser feliz, te lo mereces... —pronunció con convicción.

—Espero que así sea —dijo, rehuéndole la mirada—. Sin embargo, era

tanta mi esperanza y tanto el amor que siento por ti que... —calló para buscar algo dentro de su bolsillo—, hasta compré esto —esbozó, mientras le extendía una pequeña caja de terciopelo.

—Gerard... —Victoria se tensó al sospechar lo que había dentro de ese estuche, su cuerpo comenzó a temblar y quiso huir de ese lugar.

—Tómalo, Victoria, no te va a morder —bromeó para aligerar la tensión en ella—. Por favor, al menos quisiera saber que acerté en la elección —agregó con una sonrisa, que no llegaba a su mirada.

Ella se armó de valor y abrió la caja con dedos trémulos, al hacerlo vio un hermoso anillo, con un diamante rosado de corte oval, que daba deslumbrantes destellos cuando reflejaba la luz. Sintió un gran peso en su corazón al ser consciente de cuán grande era el sentimiento que él le profesaba, pero que ella lamentablemente, no podía corresponder.

—Es bellissimo, Gerard —mencionó, luego suspiró con pesadez.

—Te puedes quedar con él —contestó, mirándola a los ojos.

—No puedo, sabes que no está bien... es precioso, pero...

—Lo sé, lo sé... Vicky, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro —respondió ella animándolo, aunque se sentía nerviosa.

—¿Qué sientes por mí? —Ella lo miró sin entender—. Es decir, cuando me ves, ¿no te sientes atraída por mí? —inquirió, mirándola.

—Gerard, yo te quiero mucho, has llegado a ganarte mi aprecio... mi cariño, eres alguien muy especial, además de ser muy guapo... tus ojos son muy lindos y también tu sonrisa —respondió con tranquilidad, mientras en él se iban alejando las sombras que lo cubrían y su sonrisa se volvía más grande—. Eres el hombre que cualquier mujer desearía tener a su lado..., solo que yo soy más complicada que la mayoría de las mujeres... y no puedo.

—No puedes amarme, nunca pensé que escucharía esa frase de los labios de una mujer tantas veces —pronunció, con el ceño fruncido.

—Lo siento. —Le dijo con tristeza, lamentaba no corresponderle.

—Bueno, al menos no te soy del todo indiferente —expresó, y su sonrisa apareció de nuevo.

—No lo podrías ser para ninguna mujer —respondió ella, sonriéndole también con la mirada brillante.

—¿Puedo darte un beso? —Quiso arriesgarse, pues a lo mejor tenía suerte y ella se lo entregaba como un gesto de consuelo.

—¡Gerard! —Exclamó asombrada, y se alejó un poco.

—Es broma, no te asustes. —Le dijo riendo, aunque en verdad deseaba

volver a sentir sus labios, aunque fuese una última vez.

—Creo que se acaba de despertar el viejo Gerard —indicó con el ceño fruncido, aunque no pudo evitar sonreír.

—No —contestó, negando con la cabeza—. No creo que el mismo regrese, no del todo... tú has creado uno mejor —pronunció, mirándola fijamente a los ojos, demostrándole que era así.

—Entonces... a ese sí puedo darle un beso —acotó Victoria, sin desviarle la mirada, no quería ilusionarlo, solo mostrarle cuanto valoraba que la amase como lo hacía.

Él sintió como su corazón se aceleró en segundos, y su cuerpo se llenó de expectativa, incluso sus rodillas comenzaron a temblar, como si estuviese a punto de recibir su primer beso, la vio acercarse y cerró los ojos. Luego sintió como ella apoyó las manos en sus mejillas y se acercó hasta que sintió el cálido aliento de ella estrellarse sobre su rostro, contuvo la respiración a la espera de sentir sus labios.

Segundos después sintió como dejaba caer un beso en su frente, la suave piel de sus labios que recordaba con exactitud, se quedó allí por un tiempo que a él se le hizo demasiado corto. Y aunque no era el beso que esperaba, su corazón latió lleno de emoción, porque ella lo estaba liberando de todo el peso de un amor frustrado con ese beso.

—Vas a ser muy feliz —susurró Victoria, pegando su frente a la suya, porque de corazón le deseaba que así fuera.

En solo segundos escucharon que alguien abría la puerta del estudio, sacándolos de golpe de la burbuja donde se encontraban, mucho más Gerard que ella. Apenas le dio tiempo para recomponerse, ambos estaban muy nerviosos y perturbados por la manera tan abrupta en la que habían sido interrumpidos; sin embargo, ella sintió que debía alejarse de Gerard y lo hizo despacio, para no hacerlo sentir mal.

—Lamento haberlos interrumpido —expresó Fabrizio, mirándolos con resentimiento—. Estaba buscando a mi hermana.

Victoria se aturdió por completo al verlo allí, no pudo coordinar sus acciones, solo se quedó sentada mientras veía la mirada cargada de rabia y reproche de Fabrizio. Sintió cómo sus manos comenzaron a temblar y sus piernas tampoco le respondían, al tiempo que las lágrimas inundaron su garganta, robándole la voz.

Gerard se puso de pie y le extendió la mano para ayudarla a levantarse, al ver que ella parecía haberse convertido en una estatua, al hacerlo la caja con

el anillo de compromiso rodó, cayendo al suelo, captando de inmediato la mirada de Fabrizio, quien sintió que su corazón se detenía. Fijó su mirada en el pequeño estuche y luego en ella, recriminándole que le hubiese visto la cara de estúpido, y que le diera esperanzas, cuando ya tenía pensado aceptar una propuesta de matrimonio por parte de Gerard.

—No se preocupe, señor Di Carlo, todo está bien —mencionó Gerard, sin salir del todo de su turbación.

—Lamento mucho haberlos molestado. —Logró decir Fabrizio, cuando encontró su voz, con la mirada fija en Victoria. Después de eso salió cerrando con fuerza la puerta, la rabia y el dolor no lo dejaron razonar en ese momento, solo actuar con furia.

Victoria se volvió y caminó hasta uno de los ventanales, intentando contener su llanto, porque sentía que se desgarraba por dentro, la mirada acusadora de Fabrizio la hirió profundamente. Se llevó una mano a los labios para ahogar sus sollozos, al tiempo que cerraba los ojos y luchaba contra su deseo de salir corriendo y explicarle toda esa situación, decirle que nada de lo que había visto era lo que parecía.

Gerard se sintió extrañado ante la actitud de Victoria, pero luego vio todo como si fuese una laguna cristalina, y se sintió el más grande de los imbéciles. Porque Victoria y Fabrizio acababan de confirmarle que entre ellos existía algo, se dobló para recoger el anillo del suelo, mirándolo con una profunda tristeza.

—Me recuerda tanto a tu prometido —mencionó con una asombrosa naturalidad. Ella se volvió a mirarlo con asombro, temblando de miedo—. Danchester era igual... dicen que los polos opuestos se atraen... supongo que eso es lo que pasa con ustedes —agregó con una sonrisa triste, se acercó a ella y le dio un beso en la frente y luego salió del estudio.

Subió las escaleras despacio para no mostrarse derrotado, luchando contra las lágrimas que le hacían girones la garganta, aunque no se topó con nadie, lo mejor era soportar su dolor en silencio. Entró a su habitación, y viéndose solo, lanzó el anillo con todas sus fuerzas contra la pared, luego rompió a llorar, al tiempo que maldecía ese amor que sentía.



## Capítulo 18

Eran cerca de las cinco de la tarde en la villa Lambert y todos los invitados se encontraban sentados en el jardín disfrutando de té, galletas y dulces, al tiempo que compartían una charla amena; los únicos ausentes eran Victoria, Gerard y Fabrizio. Ella se encontraba en su habitación, se encerró allí después del episodio en el estudio, el francés también desapareció luego de eso, y al italiano tenía rato que no se le veía, suponían que había salido a pasear por el bosque.

Las mujeres se encontraban embelesadas, escuchando las historias sobre los viajes de Brandon por el mundo, sorprendiéndose ante la pertenencia con la que él hablaba de cada lugar, como si hubiese vivido en ellos durante gran parte de su vida. Era evidente que lo que en verdad lo apasionaba era viajar y que, si estaba al frente del emporio de su familia, era solo por cumplir con su deber.

—Mi padre viajaba mucho, incluso llevaba unos diarios, pero en lugar de describir los paisajes o las costumbres, solo hablaba de enfermedades y posibles curas —intervino Fransheska, mirando a Brandon—. Nosotros; por el contrario, casi nunca salimos de Italia, y aunque estudiamos fuera, es poco lo que conocemos de Europa, pasé gran parte de mi infancia aquí y nunca llegué a visitar Amiens, recuerdo que me enamoré de su catedral por fotografías y pasé meses tratando de convencer a mis padres de llevarnos, pero no se dio la oportunidad.

—Sí, recuerdo todas las veces que le insistimos a las hermanas para que nos llevaran, es una maravillosa obra arquitectónica —acotó Edith, mirando con pesar a su amiga—. Pero no lo hicimos, y después no era seguro viajar hasta allá, Amiens se convirtió en uno de los frentes más atacados por los alemanes.

—Hicieron bien en no llevarlas, Amiens se volvió un lugar muy peligroso, recuerdo que, a principios de 1918 y durante la última avanzada de los alemanes, la catedral estuvo a punto de ser ocupada por las tropas, pero gracias a la intervención del papa Benedicto XV, fue salvada de ser saqueada y destruida... esos bastardos ni siquiera respetaban los símbolos religiosos —

comentó Jean Pierre, dejando ver el odio que aún seguía existiendo entre franceses y alemanes.

—Aún no puedo creer todo lo que se perdió por esa locura, tantas vidas, poblados enteros reducidos a escombros; y todo por el ansia de poder del ser humano. Lo peor es que, aunque el conflicto ya cesó, existen grupos que aún siguen causando terror e intimidando a los pobres habitantes de esas localidades —contestó Fransheska, pues estaba al tanto de la situación en las regiones más afectadas.

—Está usted muy bien informada sobre esta situación, señorita Di Carlo —mencionó Jean Pierre, admirando no solo la belleza de la chica, sino también su inteligencia—. Aunque ahora Amiens no es tan peligroso, la verdad es que se ha recuperado satisfactoriamente.

—Digamos que no vivo en una burbuja, señor Le Blanc, aunque mi madre se esmere en mantenerme en una —respondió con una sonrisa.

—Las mujeres cada vez se interesan más por asuntos que antes eran exclusivamente de hombres, aunque para muchos puede resultar una afrenta, para mí es verdaderamente fascinante —acotó Brandon, dedicándole una sonrisa a Fransheska.

—Me alegra escuchar eso, porque dentro de poco tendrán a mujeres senadoras, abogadas, arquitectas —mencionó Edith, mientras miraba a su novio—. Solo denos un pequeño espacio y serán invadidos —finalizó con una pequeña carcajada.

—En ese caso, será muy interesante ir todos los días al trabajo... ustedes serán un incentivo más —respondió él, con una sonrisa, mientras le tomaba la mano y le daba un suave beso.

Minutos más tarde vieron aparecer a Gerard, su semblante era inusualmente serio, pero al llegar a la mesa les dedicó una sonrisa a los presentes, ocupó una de las sillas y se sirvió un poco de té. Se sintió algo culpable al no ver a Victoria compartiendo con ellos, suponía que aún seguía afectada por lo sucedido horas antes y él también lo estaba, pero como anfitrión no podía descuidar a sus invitados.

—¿De qué charlaban? —Quiso participar en la conversación.

—Estábamos hablando de Amiens, recordando que Fran y yo siempre tuvimos ganas de viajar para conocer la catedral, pero después de que estalló la guerra, era imposible pensar en ir a la ciudad.

—Bueno está a un par de horas de aquí, más o menos y ya no es tan peligroso —comentó, dándole un sorbo a su té—. Podríamos planear una

visita, puede ser mañana... es un lugar bastante tranquilo, pero muy hermoso.  
—Ya lo había visitado por su agenda política.

—¿En serio podríamos ir? —preguntó Fransheska, mostrándose emocionada como una niña.

—Por supuesto, Fransheska, saldríamos temprano para pasar todo el día recorriendo el lugar y regresamos en la tarde.

—Sería estupendo, gracias primo —mencionó Edith, igual de emocionada —. Debemos preparar todo si salimos mañana temprano.

Un visaje a pocos metros captó las miradas, alguien cabalgada sobre uno de los caballos de la casa, la verdad lo hacía con maestría y elegancia al mismo tiempo, desplegaba fuerza y seguridad brindando un hermoso espectáculo. Los primeros movimientos eran suaves y estilizados, de seguro probaba al animal, luego comenzó a apresurar el paso, iba de un lugar a otro, de pronto aportó más fuerza a la marcha y salió a todo galope, llevándolo hasta los límites de la propiedad, que se encontraban sobre una pequeña colina, y que permitía abarcar con la mirada los alrededores.

—Es Fabrizio —comentó Fransheska un poco apenada, ante la mirada interesada de sus acompañantes.

«¿Quién le habrá autorizado a tomar un caballo? Se suponía que solo debían usarse durante los paseos, no cada vez que se le antojara. Definitivamente, desde que regresó de la guerra se creía el dueño del mundo, ya no actuaba con mesura como antes.»

Pensó viendo como su hermano paseaba por el lugar como si estuviese en Florencia y ese animal fuese su malcriado Ónix, quiso ponerse de pie para ir a buscarlo y exigirle que se comportara, pero antes de hacerlo vio que Edith se volvía para mirarla.

—Lo hace bastante bien —mencionó con una sonrisa.

—Sí —esbozó Jean Pierre, quien se tensó al ver la admiración que mostraba su novia por la demostración del italiano.

—Al menos podemos decir que el señor Di Carlo está disfrutando la estadía —agregó Gerard con un sarcasmo, que no era característico en él, ya que ser político le exigía ser protocolar también.

—Todos estamos disfrutando la estadía, Gerard —acotó Brandon.

—Fabrizio vio a los trabajadores pasear a Eriteo, se acercó hasta ellos y enseguida hubo empatía entre ambos, me pidió permiso para montarlo y se lo concedí —expresó Edith, pues su tío, quien había sido más un padre para ella, le daba la misma autoridad que tenía Gerard en ese lugar—. La verdad es un

gran jinete, y se nota que se lleva de maravilla con ese potro altanero, que ni tú has logrado dominar con tanta destreza —indicó, mientras lo miraba con seriedad, pues sabía que su comentario había hecho sentir mal a su amiga.

—Tienes razón, mi hermano se lleva muy bien con los caballos... algunas veces hasta mejor que con las personas —bromeó Fransheska, para aligerar la tensión que se apoderó del lugar.

Todos respondieron con una sonrisa, aunque la de Gerard no llegaba hasta su mirada, sabía que su comentario anterior había sido de mal gusto, pero no podía esconder su resentimiento hacia el italiano. Sentía que le estaba robando a Victoria, lo que lo llenaba de ira, porque si él no podía merecer su corazón, entonces Di Carlo tampoco, prefería que ella se consagrara por siempre al recuerdo de Danchester.

Fabrizio sentía cómo el aire golpeaba con fuerza su rostro mientras cabalgaba, provocándole una sensación de independencia que siempre buscaba tener en cada aspecto de su vida. Había encontrado una especie de liberación en ese acto y aunque fuese por un momento, podía escapar de lo que lo perturbaba, de todas las preguntas, las dudas, los miedos, las frustraciones y el dolor.

Estuvo galopando durante un rato, mientras calmaba el huracán de emociones que sentía haciendo estragos dentro de él y que cobraba fuerza cada vez que recordaba la escena de Victoria con el francés. Se detuvo por un momento, con la respiración agitada y la sangre corriendo apresurada por su cuerpo, miró hacia la casa y pudo ver que todos se hallaban en la terraza, decidió pasar de largo e ir directamente hasta los establos, no estaba de ánimos para hablar con nadie.

—Creo que acompañaré en su paseo al señor Di Carlo —mencionó Gerard, al ver que este le estaba rehuyendo. Tal vez lograba amargarle la existencia, así como había hecho él al entrar al estudio.

Un par de minutos después, Gerard se encontraba sobre el lomo de un bellissimo ejemplar, su pelaje de un marrón brillante relucía ante los rayos del sol que comenzaba a caer. Sin que el animal tuviese un previo calentamiento, Gerard comenzó a correrlo con fuerza, quería atraer la atención de su contrincante, para demostrarle que no tenía nada de lo que alardear, pues no era el único con destreza para montar.

—Eres tan imbécil, Lambert —murmuró Fabrizio, descubriendo las intenciones del francés, mientras lo veía llevar al animal al galope.

Sin embargo, no iba a caer en su juego, por lo que pasó de largo junto a

Gerard y se encaminó hacia la casa decidido a ignorarlo, aunque por cortesía se detuvo frente a la terraza donde se encontraba su hermana y los demás para saludarlos. Se veía realmente hermoso, su cabello se mecía al compás de la suave brisa de primavera, y el sol se estrellaba contra su figura, resaltando los músculos de sus brazos, sus piernas y el torso, lucía deslumbrante, un verdadero sueño.

—Buenas tardes señoritas, señores —mencionó con una sonrisa, después descendió del caballo y caminó para tomar asiento. Su hermana lo miró con seriedad, pero le sirvió del té frío, lo que le agradeció con una sonrisa, pues la cabalgata lo había dejado sediento.

—Cabalgas muy bien, Fabrizio —expresó Edith, sonriendo.

—Digamos que es algo que me apasiona, muchas gracias por permitirme usar a Eriteo, es un excelente ejemplar, posee mucha fuerza.

En ese momento llegó Gerard, quien también se notaba agitado por la cabalgata, hizo relinchar el caballo detrás de la silla donde se encontraba Fabrizio y sin bajar del animal se dirigió a él.

—Señor Di Carlo, ¿ya lo cansó Eriteo? —La burla era palpable en la voz y la actitud de Gerard.

—No señor, por el contrario, la cabalgata me ha dejado lleno de energía —respondió, mostrando media sonrisa y sin volverse a mirarlo.

«Tengo tanta, que podría llevarme en este instante a su prometida, imbécil. Así que no se sienta muy seguro, porque ambos en el fondo sabemos, que ella no lo ama y que, si lo aceptó, fue solo porque le da lástima... y porque es una tonta.»

Pensó mientras se llevaba el vaso de nuevo a los labios, para esconder su sonrisa, aunque más que ser efusiva, estaba cargada de amargura, porque odiaba saber que el francés había sido más astuto que él, y al final, había conseguido conquistar el corazón de Victoria.

—Entonces no le importará si lo reto a una carrera —pronunció Gerard, ignorando las miradas de sorpresa de todos.

Fransheska miró a su hermano con una súplica en sus ojos, ya que conocía muy bien cuál era la respuesta de Fabrizio a ese tipo de situaciones. No había necesidad de que cayera en ese juego de provocaciones, pues sabía que era lo que intentaba hacer Gerard, y comenzaba a entender por qué, todo tenía que ver con Victoria.

—En lo absoluto, señor Lambert —contestó, ignorando la mirada de ruego de su hermana, y se puso de pie, volviéndose para verlo a los ojos, mientras

sonreía arrogante.

«Qué insistencia en hacer que te humille, Lambert, pero si es lo que quieres, me daré el gusto de hacerlo.»

Sentenció en pensamientos, mientras caminaba para montar una vez más a Eriteo, y hacer que el francés tragara el polvo.

Edith y Jean Pierre se sintieron emocionados por la situación; sin embargo, ni Fransheska ni Brandon se sentían así, algo les decía que todo eso acabaría mal. Era evidente que ese par solo buscaban la ocasión para medir fuerzas, porque no habían dejado de retarse desde que se conocieron; se detuvieron en un claro para ver mejor la carrera.

—Creo que deberíamos hacer esto aún más interesante —mencionó Gerard, mirándolo con desdén.

—Usted propuso la carrera, decida lo que desee —contestó Fabrizio en el mismo tono, sin dejarse intimidar

—Corramos desde la pendiente de Roncesvalles, el terreno es escarpado y le dará más emoción a la carrera, en vista de que ambos somos buenos jinetes... no creo que le moleste un poco de riesgo.

—Gerard..., no creo que sea buena idea, ese lugar es peligroso —indicó Edith con preocupación—. La pendiente es muy fuerte.

—Señores, si lo que desean es solo divertirse, creo que hacer la carrera aquí es lo más apropiado, no veo qué ganan con darle un riesgo extra a esto —acotó Brandon, mirándolos con severidad.

—Gerard, ese lugar no es apropiado para una carrera, recuerda lo que le sucedió a Jules —dijo Jean Pierre, sintiéndose dudoso.

—Son tonterías, Jean Pierre. —Soltó una carcajada—. Jules era un niño cuando eso sucedió y apenas podía controlar al caballo, nosotros somos jinetes diestros —agregó, mostrándose seguro.

—No veo peligro alguno, acabo de estar allí con Eriteo, así que, si gusta hacerlo en ese lugar, por mí no hay problema.

—Fabrizio, no es necesario correr riesgo por una carrera, se supone que debe ser por diversión —esbozó Fransheska con preocupación.

—Todo estará bien, Fransheska, solo le dará un poco de emoción a todo esto ¿no es así, señor Lambert? —inquirió, mirando a su hermana a los ojos, para que no estuviese angustiada.

—No se preocupen señoritas, estaremos bien —comentó mirando al frente, donde se mostraba la intimidante pendiente—. Bueno será mejor que empecemos ya... la noche comienza a caer.

Fabrizio asintió con la cabeza, y salió con paso ligero al lugar señalado, seguido de Gerard, quien cabalgó con más rapidez para llegar primero a lo alto de la pendiente y buscar la manera más segura de bajar. En ese momento, llegaron dos de los trabajadores con un par de caballos que Edith había enviado a buscar, en vista del cambio de lugar.

Sabía que no haría desistir a su primo, así que lo mejor era estar cerca, por si les sucedía algo; con la ayuda de Jean Pierre subió en uno, mientras que Brandon sujetó de las riendas al otro animal. Fransheska se encontraba absorta en la imagen de su hermano, al tiempo que rogaba para que esa carrera no fuese a terminar en una tragedia, no temía tanto por Fabrizio, sino por Gerard.

—Fransheska. —La llamó Brandon para captar su atención, y le extendió la mano—. Vamos, debemos estar cerca —agregó y la ayudó a acomodarse delante de él, luego puso en marcha al animal.

Ella era consciente de la cercanía que había entre ambos, pero la preocupación por lo que podía suceder en la bendita carrera le impedía pensar en algo más. A veces odiaba esa actitud tan arriesgada de su hermano, ponerse en peligro por el simple hecho de no rechazar un reto, la enervaba; sobre todo después de lo que habían vivido.

Minutos después todos se encontraban observando cómo los dos jóvenes se preparaban para la competencia; las damas no podían dejar de lado la angustia al ver la pendiente por donde bajarían. Los caballeros, por su parte, seguían sin lograr entender por qué Fabrizio y Gerard eran tan tercos, lo que estaba a punto de hacer era casi un suicidio; o por lo menos, una caída con fuertes consecuencias.

—¿Listo? —preguntó Gerard, mirando al italiano a los ojos.

Fabrizio afirmó con la cabeza, sintiéndose confiado, bajó un poco y acarició la crin de Eriteo, susurrándole al oído para calmarlo, pues el animal se encontraba nervioso, aunque no tanto como el que montaba Lambert, no quería que ninguno de los dos saliese lastimado.

Jean Pierre les repitió que todo eso era una locura; sin embargo, no pudo negarse a ser quien diera la orden para que partieran, sabía que Gerard era muy terco cuando se empeñaba en algo, así que lo mejor era acabar con eso, y que sucediera lo que Dios quisiera.

Ambos salieron disparados como flechas de ballesta, aunque al principio los animales trastabillaron un poco por lo difícil del terreno, el manejo de los jinetes los llenó de confianza. Lograron llegar a la ladera en poco tiempo, lo

que hizo que las mujeres respiraran aliviadas y los caballeros sonrieran confiados.

De inmediato emprendieron la subida, Fabrizio venía a la delantera por un par de cuerpos, así que Gerard viéndose perdido, optó por tomar un atajo fuera del camino, que era mucho más difícil, esforzando al animal hasta llevarlo a sus límites. Fabrizio notó lo que el francés hacía y apresuró a Eriteo, pero ya era tarde, el francés lo aventajó por un cuerpo y ya presentía que sería el triunfador.

Gerard sintiéndose confiado, se volvió para mirar al italiano con una sonrisa, sin percatarse de un declive en el terreno, el caballo tropezó doblándose una de las patas y comenzó a dar brincos por el dolor, lanzando a Gerard por el aire. Él cayó al suelo aparatadamente, quedando tendido, el golpe fue tan fuerte, que el sonido seco que hizo llegó hasta los oídos de los espectadores.

—¡Gerard! —gritaron las damas al mismo tiempo.

—¡Demonios! —gritó Fabrizio, quien no lograba detener a Eriteo, el caballo estaba muy nervioso por la reacción de su compañero.

—¡Dios mío! —gritó Fransheska, al ver que su hermano tampoco lograba controlar al animal. Salió corriendo sin fijarse en los demás, agarró de las riendas a uno de los caballos que estaban cerca, lo montó con rapidez y comenzó a bajar a todo galope.

—¡Fransheska ten cuidado! —Le gritó Edith, sabía que tenía destreza para los caballos, siempre fue parte del equipo de equitación.

—¡Fran no! —exclamó Fabrizio, al ver que se ponía en peligro.

—Yo me encargo de este, ve a atender a Gerard —ordenó mirándolo, sabía que debía tratar de calmar al animal lastimado, para evitar que sus relinchos pusieran nerviosos a los otros.

Él llegó en segundos hasta donde el francés se revolcaba de dolor, de seguro tenía alguna fractura, bajó y lo primero que revisó fueron sus piernas. En efecto, era el tobillo, no era nada grave, pero el dolor de seguro era insoportable, el hematoma que se había formado lo dejaba ver, también notó que se sujetaba el costado.

—No se mueva, lo llevaremos a la casa en una camilla —dijo sujetándolo por los hombros, para mantenerlo inmóvil.

—*Malédiction* —murmuró Gerard en su idioma natal, esforzándose por contener las lágrimas producto del dolor y la derrota.

En ese momento llegaron Jean Pierre y Edith para saber cuán grave había



sido la caída y tratar de ayudarlo, ya Brandon había ido por algunos trabajadores y una tabla donde pudieran trasladarlo. Fransheska se había encargado de los caballos, por suerte el que había tirado a Gerard no estaba muy lastimado, pero tendría que ser revisado por el veterinario, y su jinete por un médico.

Al fin lograron llegar hasta la cima, Gerard se encontraba todo lleno de polvo, el cabello en desorden, también tenía algunos rasguños en las manos y el rostro. Los trabajadores intentaron llevarlo de regreso con mucho cuidado, pues sabían que cualquier movimiento brusco podía empeorar la situación, mientras Edith trataba de contener sus lágrimas, para no hacer sentir peor a su primo.

—¿Estás bien? —Fransheska se quedó atrás para esperar a Fabrizio, sabía que su hermano estaba muy apenado.

—No fue mi intención, quise ayudarlo, pero...

—Lo sé, lo sé —esbozó para calmarlo, y se volvió para darle un abrazo—. Y no debes culparte por nada, ambos sabían los riesgos —agregó, dedicándole una sonrisa para infundirle confianza.

Victoria se encontraba en la terraza cuando los vio llegar, de inmediato se sintió alarmada al ver que traían a alguien en una camilla, su corazón se llenó de alivio al descubrir que no se trataba de Brandon; sin embargo, al no ver a Fabrizio se halló presa del pánico. Se acercó al grupo, sintiendo su corazón latir desbocado y la imagen de Gerard todo golpeado la hizo sollozar, levantó la mirada para que alguien le explicara lo que había sucedido.

—¿Qué ocurrió, Brandon? —preguntó directamente a su primo.

—Gerard cayó de su caballo —respondió, sin entrar en detalles.

—¡Oh por Dios! —expresó, llenándose de terror.

—Al parecer solo tiene un esguince, o eso es lo que me indica el hematoma que se le hizo en el tobillo —informó para tranquilizarla.

—Estoy bien, Vicky —esbozó como pudo, intentando sonreír.

—Ese tipo de caídas son peligrosas... tengo que revisarte, pueden bajarlo por favor —pidió, mirando a los trabajadores.

En ese momento vio llegar a Fabrizio y Fransheska, fijó su mirada en él, quien se veía lleno de polvo y traía el cabello desordenado, pero por lo menos estaba mucho mejor que Gerard, pues se encontraba sobre sus pies. Suponía que fue quien auxilió al francés luego de caer y por eso estaba así, le dedicó una mirada llena de agradecimiento y quiso acercarse para comprobar que no tenía ninguna herida.

—¿Usted está bien? —preguntó, dando un par de pasos.

—Sí, no se preocupe, mejor atiéndalo a él —respondió, mirándola.

—Será mejor llamar a un doctor —sugirió Edith.

—Tranquila, yo me hago cargo —indicó Victoria, acercándose a él.

Ella movió con cuidado la mano que el francés tenía en su costado, y él no pudo evitar quejarse de dolor, aunque luchaba por mostrarse valiente. Victoria abrió el chaleco y la camisa, actuando como la profesional que era, de inmediato pudo notar lo golpeado que estaba el lado izquierdo de su torso, que ya mostraba un gran cardenal que iba pasando de rojo a morado, por la acumulación de sangre en la zona.

—Llémoslo a la casa, por favor —ordenó con decisión.

Después de casi una hora, Gerard se encontraba con el torso y el tobillo vendados, Brandon y Jean Pierre lo sostuvieron para que ella hiciera su trabajo. Él se sentía fatal, no solo por el dolor físico que ya en sí era mucho, sino por la vergüenza de que ella lo viese derrotado.

—Te voy a poner una inyección para el dolor, afortunadamente, tienen un botiquín de primeros auxilios bastante completo —anunció, preparando la jeringa—. Necesito que desabrochen su pantalón y lo acuesten bocabajo, por favor —indicó Victoria, mirándolos.

—Como usted ordene, doctora —respondió Jean Pierre, se acercó a Gerard y le entregó un guiño, acompañado de una sonrisa.

—¿No puedes ponérmela en la vena? —inquirió Gerard, sintiéndose un tanto avergonzado, pues no era la manera en la que esperaba que Victoria le viese el trasero.

—No, debe ser intramuscular para que sea más efectiva —contestó, pasando un algodón con alcohol por el glúteo, luego le dio un par de palmadas para relajar el músculo—. Respira profundo, no dolerá. ¡Listo!

—Gracias —murmuró Gerard, antes de que Jean Pierre le cubriera el trasero, resguardando su dignidad y lo pusiera bocarriba de nuevo.

—No tienes que agradecer, ahora deberás descansar —mencionó Victoria, acariciándole el cabello con un gesto cariñoso.

—¿Cómo está el señor Di Carlo? —preguntó Gerard, mirando a Brandon. Victoria también se volvió para mirarlo intrigada.

—Está bien, no le sucedió nada..., pudo controlar al caballo.

—Bueno, ahora necesito que alguien me diga que sucedió.

—Vicky... no creo que sea el momento, lo mejor será dejar descansar a Gerard —indicó Brandon, sospechando su reacción.

—Yo se lo diré, todo fue mi culpa, Victoria —respondió Gerard, y respiró hondo, para continuar—: Fue por una carrera.

—¿Una carrera? No entiendo Gerard, por favor explícate.

—Yo reté a Di Carlo a una carrera en la pendiente... —Él al ver la reacción de ella, se apresuró a agregar—. Todos nos advirtieron, pero yo no les presté atención y le insistí para correr.

—¿Que estupidez más grande! ¿Acaso están locos?

—Victoria... —Brandon intentó defender a Gerard.

—No, los dos fueron unos irracionales... ¡Esto es increíble! —mencionó, y salió hecha un torbellino de la habitación.

—¿Cómo está Gerard? —preguntaron Edith y Fransheska al mismo tiempo, mostrándose preocupadas.

—Bien, ahora debe descansar. —Intentó no ser brusca con ellas, a pesar de estar furiosa—. Fransheska, ¿dónde está tu hermano?

—Creo que sigue en el establo —respondió, con desconcierto.

Victoria asintió y salió casi corriendo hacia allí, mientras caminaba sentía que el corazón se le iba a salir del pecho y la sangre bullía en su interior. Empujó con fuerza innecesaria la puerta y entró, Fabrizio se encontraba acariciando la crin de un hermoso caballo negro.

—¿¿Acaso se volvió loco?! ¡¿Sabe lo que pudo haberle pasado?! —Le preguntó, la rabia y las lágrimas hacían vibrar su voz.

—Yo... yo —tartamudeó, como un niño cuando es retado.

—Usted no tiene idea... Pudo haber... —Victoria no pudo continuar, se abrazó a él y rompió a llorar—. ¡Oh, Dios mío!

—Tranquila..., todo está bien —susurró, acariciándole el cabello.

—¡No! No está bien... lo que hicieron fue estúpido y peligroso.

—Sé que fue una imprudencia, afortunadamente no pasó de ser solo un susto —mencionó, buscando su mirada para calmarla.

—¿Un susto?! Personas han muerto por caídas así.

—Lo sé, pero esto fue solo un susto, ambos estamos bien.

—¿Sí? Pues dígaselo a Gerard, es quien se encuentra tirado en una cama y golpeado —mencionó con reproche.

—¿Es ese el asunto? Hubiese preferido que estuviera yo en su lugar, ¿no es así? —inquirió, sintiéndose furioso y dolido.

—Yo no he dicho eso... —Ella se defendió de inmediato.

—No hace falta que lo diga, su actitud lo deja claro —espetó temblando de ira—. Siento mucho lo que sucedió, pero no puede culparme solamente a

mí de lo ocurrido, fue él quien insistió.

—Y usted le siguió el juego, ¿acaso es muy complicado de entender? Ambos estuvieron en peligro simplemente por su terquedad, por su arrogancia... y esa rivalidad estúpida y sin sentido que mantienen.

—No sé preocupe que no volverá a suceder...

Quiso decirle que la rivalidad sí tenía sentido, que era por ella, porque ambos deseaban conquistarla y estar a su lado, pero no lo hizo porque ya nada tenía sentido. Salió con paso apresurado del lugar, luchando contra las lágrimas que amenazaban con ahogarlo, ni siquiera se volvió a mirarla una sola vez, necesitaba marcharse de allí

## Capítulo 19

Fabrizio entró al salón y al ver a Edith le ofreció una disculpa por lo sucedido, sin embargo, ella le dejó en claro que nada de eso había sido su culpa y que todos se lo habían advertido a Gerard. Que de no ser por él y por Fransheska, tal vez a su primo le hubiese ido mucho peor, eso lo dejó más tranquilo, sin embargo ya no deseaba estar allí.

Se despidió para dirigirse a su habitación, en cuanto entró buscó la maleta que había llevado y comenzó a llenarla, lanzando la ropa sin mucho cuidado. Escuchó un suave toque en la puerta y supo que era Fransheska, no quería ver a nadie en ese momento, pero sabía que ella no se marcharía, así que no le quedó más remedio que responder.

—Adelante —dijo, sin dejar de lado lo que hacía.

—Fabrizio, ¿qué haces? ¿Qué pasó? —preguntó preocupada.

—Nada, todo está bien... creo que lo mejor será regresar a París.

—Si te importa mi opinión, creo que lo mejor es esperar, al menos hasta mañana... tú no hiciste nada malo, no hay razón para que salgas huyendo —mencionó, tratando de calmarlo.

—No estoy huyendo de nada... es solo que no me parece bien que nos quedemos después de lo sucedido, al menos no yo —acotó, caminando al armario y tomando sus pertenencias. En ese momento tropezó con uno de los postes de la cama y se lastimó la mano, pero intentó disimular delante de su hermana.

—Sabes bien que no te voy a dejar ir solo, déjame ver tu mano.

—No quiero arruinar tus vacaciones. —Caminó hacia otro lado, ella lo siguió obligándolo a mostrarle la mano, se quejó cuando apretó un poco su muñeca—. No es nada, fue cuando intentaba mantener al caballo calmado —agregó, para no preocuparla.

—Tu muñeca está lesionada, tengo que venderla —indicó, haciendo caso omiso a sus comentarios, ella sabía de lo que hablaba.

—Fransheska, de verdad no hace falta, mañana estará mejor... solo ayúdame a terminar de empacar estas cosas —pidió, mirándola.

—Primero vendaremos tu mano y te traeré algo para el dolor —dijo, y vio

que iba a protestar—. Si no hacemos nada ahora se pondrá peor, ya regreso —mencionó, y salió de la habitación.

Él se dejó caer en la cama mostrándose derrotado, la verdad era que el dolor cada vez se hacía más fuerte, y que su hermana tenía razón, debía atender esa lesión. Se quedó mirando el techo de madera perdido en sus pensamientos, hasta que fue sacado de estos por un golpe en la puerta, no era el toque de Fransheska, y eso lo desconcertó; sin embargo, decidió contestar, pues podía ser una mucama.

—Adelante —ordenó, desde el lugar donde se encontraba, sin apartar la mirada siquiera, no quería ver más gestos de reproches.

—¿Qué le sucedió en la mano? —preguntó Victoria, parada frente a la cama mientras lo miraba. Él se incorporó, sorprendido por su presencia en ese lugar, pero no respondió, solo se quedó mirándola—. Déjeme verla —pidió, acercándose.

—No hace falta, estoy bien —respondió al fin con sequedad.

—Pues no lo parece —indicó en el mismo tono de él, y caminó con decisión para atenderlo, lo quisiera o no.

Antes de que él pudiese alejarse, le sujetó el antebrazo para retenerlo, pero cuidando de no lastimarlo; no obstante, lo escuchó quejarse por el dolor. Victoria lo miró a los ojos y luego posó la vista en su mano una vez más, con cuidado le apretó en la muñeca, y en los dedos medios, también en la palma de la mano, podía notar que él intentaba aguantar, pero apenas podía esconder cuánto le dolía.

—Tiene una distensión, no parece muy grave, pero igual tendré que vendarla y deberá guardar reposo. —Le dio el diagnóstico, y soltó su mano con cuidado, mientras se alejaba para buscar el botiquín.

—Yo puedo hacerlo, no es necesario que se moleste.

Ella hizo caso omiso a su comentario, caminó hasta la mesa donde había dejado el botiquín y tomó lo que necesitaba, observó en busca de una silla que pudiese utilizar, pero no vio ninguna, todos los muebles eran muy pesados para ser rodados, al menos para ella. Fabrizio notó lo que buscaba y se levantó para rodar un mueble, pero eso provocó que se lastimase, ella se acercó y lo detuvo.

—No sé preocupe, tome asiento aquí, por favor —indicó ella, señalando la cama, mientras intentaba controlar sus nervios

Él estaba un poco dudoso ante la situación, la verdad no era algo para sentirse cómodo, mucho menos después de la discusión que habían tenido. Ella

al ver que no se decidía, agarró su mano y la apoyó con cuidado sobre un cojín, se sentó al borde de la cama y sin mencionar nada más comenzó con su labor.

Buscó un unguento y antes de aplicarlo, lo calentó entre sus manos, después comenzó a dar suaves masajes a la parte lastimada, manteniendo la vista en lo que hacía, y esforzándose por estar concentrada, algo que no resultaba muy fácil, si tomaba en cuenta que era consciente de cada gesto de él, incluso de su respiración.

Recorría cada dedo, haciendo presión en la palma de su mano, para intentar relajar los músculos tensionados, al terminar con eso comenzó con el vendaje, desde más arriba de la muñeca, apretándola con fuerza, pero cuidando de no impedir la circulación.

Él comenzó a sentir verdadero alivio luego de ese masaje, y aprovechó que ella estaba concentrada en lo que hacía, para admirar con total libertad su hermoso cabello dorado que brillaba bajo la tenue luz de la lámpara, sus mejillas rosadas y delicadas. Recordó lo exquisita que era esa piel que él había besado y acariciado, ante eso su corazón reaccionó de inmediato, golpeando con fuerza dentro de su pecho, sintiendo que cada roce de sus dedos lo estaba quemando.

Su mirada se deslizó hasta llegar hasta su escote, y se concentró en seguir los movimientos que hacían sus pechos al compás de su respiración, imaginó la forma y el color que debían tener sus pezones. Eso hizo que se pasará la lengua por los labios en un movimiento rápido para humedecerlos, y su respiración se tornó más pesada; de pronto fue consciente de que una vez más se estaba tentando.

Victoria levantó la mirada y descubrió de inmediato donde se encontraba la de él, tan concentrado estaba que no notó que ella lo observaba. En otro momento, tal vez no le hubiese importado que lo hiciera, pero en ese instante estaba muy molesta con él, así que en respuesta a su atrevimiento le apretó un poco más el vendaje.

—¿Se está vengando de mí? —Se quejó, al sentir el dolor.

—Es un cobarde, solo la estoy ajustando tal cual debe ir.

—Ya veo, compadezco a sus pacientes —mencionó con ironía. Ella apretó un poco más la venda—. ¡Victoria! —Se quejó de nuevo.

—Lo siento —pronunció, fingiéndose inocente, escondiendo una sonrisa—. Ya está listo, enviaré a alguien a que le traiga unas compresas para que las use durante las próximas horas, eso ayudará a bajar la hinchazón. —Se exigió

comportarse como una profesional.

—Gracias. —Sus miradas se fundieron como les pasaba siempre.

Victoria una vez más se encontró cautiva de esa intensa mirada que la hacía temblar, incluso en su interior; que alteraba sus emociones y removía tantos recuerdos. En momentos como ese, sus dudas comenzaban a ser desplazadas, y casi podía jurar que el hombre frente a ella no era otro que su adorado rebelde.

«Por favor, dime que eres tú, yo lo siento en mi corazón..., y puedo verlo en tus ojos, pero sigues sin reconocermme..., si tan solo me dieras la certeza de que todo es verdad, y alejaras de esa manera mis miedos, te juro que no existiría nada que me separase de ti, pero... ¿Y si no es así? ¿Si no eres él?»

—Debo irme —esbozó con voz trémula, cortando el contacto visual y poniéndose de pie, necesitaba alejarse de él.

—¿Por qué no lleva el anillo? —preguntó, siguiéndola.

—¿Anillo? —Victoria se encontraba de espalda, y no entendió a lo que se refería, por lo que se volvió a mirarlo.

—Sí, su anillo de compromiso, ¿acaso no se comprometió hoy con Lambert? —preguntó de nuevo, sin poder ocultar la rabia en su voz.

—No entiendo de qué habla —respondió, desconcertada.

—Hoy cuando entré al despacho, usted y Lambert... —Se detuvo, el solo hecho de decir en voz alta que los vio besarse, le dolía.

—No sé lo que cree que vio, pero no tiene nada que ver con un compromiso, Gerard y yo somos amigos y...

—¿Usted besa a sus amigos? —cuestionó, con mucha más rabia.

—Yo... yo... ese no es asunto suyo —contestó, mostrándose indignada y se volvió para marcharse.

Llevó la mano a la perilla y trató de abrir, pero fue inútil, Fabrizio sostenía la puerta con su mano sana y se encontraba detrás de ella, dejándola sin escapatoria. Quiso gritar para liberar su frustración, pero sabía que eso solo empeoraría las cosas, así que respiró profundo para armarse de valor y tratar de mediar con él por las buenas.

—¿Si yo fuese su amigo me besaría? —Le preguntó al oído, y su voz sonó profunda, mezcla de rabia y deseo.

Ella ahogó un suspiro dentro de su pecho y sintió un calor subir por todo su cuerpo, acompañado de una mezcla de indignación y deseo que la desconcertó. Se volvió y posó su mirada cargada de resentimiento en él, no iba a permitir que la tratase de esa manera, porque no tenía ningún derecho a



reclamarle nada.

—Es usted un insolente. —Le dijo, mirándolo a los ojos.

—No es la primera vez que me lo dicen —mencionó con tranquilidad, mientras en su rostro se dibujaba esa sonrisa que ella empezaba a adorar y a odiar al mismo tiempo.

—Aléjese de mí ahora mismo —exigió, con una postura altiva.

—¿Qué hará si no lo hago? —cuestionó, con un brillo desafiante en la mirada y esa sonrisa ladeada que era una de sus armas de seducción.

—Comenzaré a gritar tan fuerte, que me escucharán en París.

—Bueno, puede hacerlo, pero lamento decirle que su protector no vendrá a salvarla porque justo ahora se encuentra tendido en una cama, y nada impedirá que yo le dé ese beso que tanto desea... porque sé que lo desea, Victoria —murmuró, acercándose.

—Yo... yo... —Ella tartamudeó y eso la hizo sentir una tonta.

—Sí, tú y yo... porque yo también me muero por besarte.

La luz en los ojos de Fabrizio se intensificó y con lentitud acercó su mano a la mejilla de Victoria para acariciarla, luego bajó y puso un par de dedos debajo de su barbilla, ejerciendo apenas presión para que elevara el rostro y así poder besarla. Ella lo miraba sin decir nada, tal vez para hacerle creer que no la tentaba, pero al sentir el roce de sus dedos, dejó caer los párpados, él también cerró los ojos para entregarse a lo que sentían y que era más fuerte que ambos.

—¡Por un demonio! —exclamó, al escuchar que llamaban a la puerta, no podía creer que una vez más fuese interrumpido, ¿acaso tendría que llevársela a mitad del bosque para poder besarla?

Victoria se sintió desolada, su cuerpo se tensó y los nervios se multiplicaron, como siempre que esa magia que los envolvía se esfumaba cuando alguien más estaba cerca de ellos. Lo miró a los ojos, haciéndole ver que no era el momento, por suerte él lo comprendió y se alejó para darle espacio, de nuevo se escuchó el toque en la puerta, así que ella respiró hondo y se volvió para abrir.

—Victoria, traje más vendas por si acaso hacían falta —mencionó Fransheska, entrando en la habitación.

—No te hubieras molestado..., ya terminamos —respondió ella intentando parecer casual, pero desvió la mirada de inmediato al ver a su primo en el umbral de la puerta.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Brandon, mirando a Fabrizio.

—Bien gracias, solo está algo lastimada... con la venda sanará pronto — contestó, manteniendo el contacto visual.

—Bueno, creo que lo mejor será dejarlo descansar, ha sido un día muy largo... hasta mañana —indicó Brandon, mirando a su prima.

—Será lo mejor, muchas gracias por todo, señorita Anderson.

—No tiene nada que agradecer, le dejo unas pastillas para el dolor —dijo, dedicándole una mirada fugaz—. Hasta mañana, que descanse.

—Igual ustedes, hasta mañana —respondieron los italianos al mismo tiempo, y vieron salir a los primos.

Fransheska buscó de inmediato a Fabrizio mirándolo curiosa, pero él le dio la espalda y caminó para servirse un vaso con agua y beber el analgésico. Intentó relajarse para que ella no fuese a sospechar lo que había interrumpido, aunque era difícil lidiar con la tensión del deseo insatisfecho.

—Fabrizio quisiera hacerte una pregunta —anunció, sin revelar su intención. Él asintió en silencio instándola a seguir—. ¿Qué sucede con Victoria? —Le preguntó, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Con Victoria? —inquirió, fingiendo no entender—. ¡Ah! La señorita Anderson, pues con ella no pasa nada, ¿por qué lo dices?

—Hay algo que no entiendo. A simple vista no te agrada, o por lo menos tú has hecho especial énfasis en eso, pero al mismo tiempo buscas estar siempre cerca de ella, eso me hace pensar que sucede algo.

—Nunca he dicho que no me agrade... —Fransheska lo miró sorprendida—. Bueno, bueno, en algunas ocasiones he mencionado que... —Se detuvo buscando las palabras adecuadas.

—Que está loca —acotó ella, mirándolo.

—Es complicada —señalo con más sutileza—. Pero eso no le quita el mérito de ser una mujer hermosa y agradable, claro está, cuando así lo desea —contestó, esquivando la mirada de su hermana.

Fransheska dejó libre una carcajada que se esparció como el repique de las campanas por toda la habitación, mientras aplaudía llena de emoción, pues ya no necesitaba saber nada más. Fabrizio se volvió a mirarla, levantando una ceja en un gesto de reproche, y se cruzó de brazos, exigiéndole con la mirada que dejara de hacer eso.

—Sabes qué... ya me respondiste, sin siquiera darte cuenta. ¿Quién lo diría? Fabrizio Di Carlo enamorado de Victoria Anderson... es un anuncio para enmarcar —esbozó, sin dejar de reír, estaba feliz.

—Fransheska... —Le advirtió, con el ceño fruncido, e intentó decir algo

más, pero ella lo detuvo.

—No te preocupes te guardaré el secreto —expresó, caminando hacia él, le entregó un guiño y lo besó en la mejilla—. *L'amour... l'amour* —agregó, mientras salía de la habitación.

Salió al pasillo casi bailando, sintiéndose feliz por su hermano, porque deseaba, de todo corazón, que el sentimiento que comenzaba a sentir por Victoria, lo emancipara de una vez por todas de Antonella Sanguinetti. Fabrizio merecía ser feliz junto a una buena mujer, alguien que estuviese dispuesta a formar una familia con él, y no que solamente lo usara como su juguete para entretenerse cuando se le antojase.

Al día siguiente, todos despertaron casi a media mañana, ya que los sucesos ocurridos la tarde anterior los mantuvieron desvelados, a excepción de Gerard, quien durmió toda la noche gracias al calmante. Fabrizio aún se encontraba dudoso de seguir en ese lugar, toda esa situación lo hacía sentir muy incómodo y para colmo, se sumaba Fransheska con sus brillantes revelaciones sobre lo que él sentía por Victoria.

—Adelante —respondió, sin poder ocultar su mal humor.

—Buenos días, Fabri ¿cómo amaneces? —mencionó ella, en cuanto entró y caminó hasta él para abrazarlo.

—Buenos días, bien ¿y tú? —indicó, sin mucha emoción.

—Ese «bien» no convence a nadie, Fabrizio. —Lo vio hacer una mueca y volverse para mirar por la ventana—. Vine a buscarte para que desayunemos juntos. —Él seguía de espalda, así que ella caminó para mirarlo a los ojos—. ¡Fabrizio luces fatal! Ven, déjame arreglarte.

—Fransheska, no soy una de tus muñecas —dijo divertido, al ver la actitud de ella mientras buscaba en el tocador.

—No, no lo eres... luces peor que ellas, ven a sentarte aquí, estás muy alto y no alcanzo. —Fabrizio obedeció sin decir nada. Ella le dedicó una sonrisa y comenzó a cepillar su cabello—. Está bastante largo, ¿piensas dejarlo crecer más? —Le preguntó en tono casual.

—No lo sé, tal vez lo haga. —Él se encogió de hombros.

—Te luce bien así, antes no te gustaba... Bueno más bien era a papá a quien no le gustaba, pero después terminó aceptándolo —mencionó con una sonrisa, concluyendo que el severo Luciano Di Carlo se había vuelto más condescendiente con él—. ¡Perfecto! Con las ojeras no puedo hacer nada... a menos que te aplique un poco de maquillaje.

—Muy graciosa, señorita —murmuró y le pellizcó la cintura, la escuchó reír y eso lo alegró, luego se miró en el espejo, descubriendo que lo que decía su hermana era verdad, lucía fatal, dejó escapar un suspiro resignado, y luego la miró—. Gracias, Fran —esbozó, tratando de sonreír y le dio un abrazo.

—De nada, aunque mis muñecas quedan mejor.

—No lo dudo, te la pasas todo el día con ellas, loca. —Soltó una carcajada al ver que ella lo miraba sorprendida.

—Creí que a la única a la que llamabas loca, era a tu futura novia —dijo, queriendo vengarse de él.

—Fransheska... —Le advirtió, mirándola con seriedad.

—Cierto, prometí guardarte el secreto. —Se llevó la mano a los labios e hizo como si lo sellase, mientras sus ojos brillaban.

Fabrizio negó con la cabeza, pero no pudo evitar sonreír ante las ocurrencias de su hermana, al final, terminó cediendo y bajó junto a ella para desayunar. El resto de los invitados ya se encontraban en el jardín, él no pudo evitar posar su mirada en Victoria, ella lucía hermosa como siempre, y las palabras de su hermana resonaron dentro de su cabeza, tal vez lo que sentía era mucho más que simple atracción.

—¿Cuándo se lo pedirás? —preguntó Fransheska en voz baja.

—¿Pedir?... ¿Pedir qué? —cuestionó Fabrizio sin comprender.

—¿Cómo qué? Que sea tu novia... ¿Cuándo lo harás?

—Fransheska Di Carlo —mencionó, mirándola con seriedad.

—Está bien... está bien, prometo no mencionar nada... pero...

—¿Se te olvida que tengo una relación con Antonella? —inquirió, reprochándose internamente, parecía que él también lo había olvidado.

—A ella ni la mencionas, si es por mí, la puedes enviar a China... Victoria es mucho mejor —aseguró, mirando a su futura cuñada.

Él observó a Victoria y su corazón comenzó a latir emocionado, como si quisiera confirmarle que ella era mucho mejor, que era la mujer que él ni siquiera se había planteado esperar. Temía volver a enamorarse y cometer todas esas locuras que hizo en el pasado, ya su familia había sufrido bastante por su culpa, no los haría pasar por algo así de nuevo.

Al terminar el desayuno, los caballeros propusieron salir a pasear, Victoria se negó alegando que deseaba quedarse haciéndole compañía a Gerard, y le advirtió a Fabrizio que él no podía montar a caballo, pues debía dejar que su mano descansase un poco más. Entró a la habitación llevando un libro para leerle, pero terminaron charlando porque Gerard como buen

político, no podía estar mucho tiempo en silencio; de pronto escucharon que llamaban a la puerta.

—Adelante —ordenó, sintiéndose algo molesto por la intromisión.

—Buenos días, señor Lambert —saludó Fabrizio, entrando, le había llevado varios minutos decidir ir a verlo—. Lamento molestar, solo pasé para ver cómo se encontraba.

—No tiene que disculparse, por favor, tome asiento —contestó Gerard, mostrándose protocolar—. Ya estoy bastante mejor... no puedo estar de otra manera teniendo a una enfermera tan diligente —acotó dedicándole una sonrisa—. Perdón, es la doctora Anderson.

—Solo ejercí como enfermera, así que está bien —alegó ella, y se puso de pie para fingir que revisaba el horario de medicamentos, pero lo que en realidad hacía era escapar de la mirada del italiano.

—Por supuesto, eso es imposible de negar —respondió Fabrizio, mostrándole la mano vendada.

—Veo que ambos tuvimos que requerir de sus servicios, solo espero que usted también haya recibido el regaño —bromeó, aunque su mirada era seria, porque al parecer Di Carlo, gozaba de preferencia.

—No tenga la menor duda de ello —confirmó, era extraño tener ese tipo de conversación con el francés y sentirse cómodo.

—Puedo repetirlo, por si a alguno de los dos no le quedó claro —advirtió Victoria, volviéndose para mirarlos.

—¡No! No creo que haga falta, estoy seguro de que ha quedado más que claro para ambos, ¿no es así, señor Di Carlo? —inquirió, mostrando cara de espanto y le ofreció su mano a Victoria.

—Absolutamente, fue muy clara, señorita Anderson. —Fabrizio se tensó al ver ese gesto entre ella y el francés, pero disimuló su rabia.

—Bueno, debo hacer algunas cosas, con su permiso caballeros, nos vemos más tarde —anunció Victoria, para escapar de esa situación, le dedicó una sonrisa a Gerard y una mirada fugaz a Fabrizio.

Gerard ya no tenía dudas sobre el interés que el italiano sentía por Victoria, y justo en ese momento acababa de cerciorarse de ello, la manera en cómo la miró lo dejaba en evidencia. Él conocía muy bien esa actitud, porque también fue víctima de la magia que irradiaba Victoria y sabía el daño que podía causar.

—¿Le puedo hacer una sugerencia? —preguntó, sacándolo de sus pensamientos. Fabrizio asintió, instándolo a continuar—. No se fije en ella, es

un imposible. —Le advirtió con seriedad.

—No sé de qué habla, señor Lambert —respondió, poniéndose de pie, y caminó hacia la ventana para esquivar la mirada del francés.

—Negarlo no le ayudará en nada, sé por qué lo digo —acotó Gerard—, aunque yo nunca lo hice, siempre le demostré lo que sentía.

—Señor Lambert, creo que el golpe le afectó bastante —pronunció, queriendo sonar sarcástico, pero no se atrevía a mirarlo

—Puede ser... sin embargo, debería seguir mi consejo, en caso que lo necesite, claro está —mencionó con tono despreocupado.

—Y según usted... ¿por qué habría de necesitarlo? —Le preguntó volviéndose y encarándolo.

—Esa respuesta no puedo dársela, usted la tendrá por sí solo... y ojalá no sea tarde cuando llegue. —Gerard mostró una sonrisa triste.

—No soy de los hombres que temen, señor Lambert, así que no se preocupe por mí, sé cuidarme solo. Ahora me retiro para dejarlo descansar —expresó mostrándose confiado, aunque algo en la advertencia de Gerard lo había incomodado, caminó hacia la puerta.

—Lo mismo pensaba yo, pero en la vida no siempre se gana... Es imposible luchar contra un dios... y es así como ella ve a Danchester. Le aconsejo que tenga presente que nada de lo que usted haga cambiará esa imagen, aun si siente que ha conseguido algo, recuerde que él siempre estará en su mente y siempre va a ser mejor que usted... mejor que cualquiera. —Le dijo, liberando el resentimiento que aún tenía.

—Que tenga buena tarde —respondió sin caer en la provocación.

—Gracias, igual para usted —contestó con naturalidad.

Después de aquella conversación tan reveladora, Fabrizio salió sin volverse a mirarlo, aunque era indudable que su comentario lo había perturbado.

Gerard lo vio irse mientras cavilaba su derrota, pero no dejaría que ese tipejo se quedara con Victoria, así como así. Ella era mucho para él, además, era evidente que solo buscaba una relación pasajera, porque ya tenía una formal con Antonella Sanguinetti, y solo deseaba agregara Victoria a la colección de incautas que debía tener.

## Capítulo 20

Al tener el día libre decidió levantarse un poco más tarde, cuando abrió los ojos encontró la cama vacía, le extrañó no ver a Richard a su lado así que salió rápidamente de la cama y se encaminó al baño, no lo encontró ahí. De inmediato agarró su bata y salió de la habitación para ir a la de Joshua, su pequeño tampoco estaba y eso hizo que el nerviosismo la invadiera, un nudo se apretó en su garganta a medida que corría hacia la sala donde estaba su hermano leyendo el diario.

—Ya puedes relajarte, están en el jardín —dijo, señalando la parte trasera de la casa al tiempo que masticaba sin desviar la mirada.

—No deberían estar fuera, de seguro la hierba estará mojada por el rocío —mencionó angustiada y aproximándose a la puerta.

—Déjalos tranquilos, Richard no es un discapacitado bien puede cuidar de Joshua, además es su padre. —Dejó el diario a un lado y puso en marcha la silla para acercarse hasta su hermana.

—Es su padre, pero él también necesita que lo cuiden.

—Marión, tu esposo está bien y lo sabes, ya deja de tratarlo como a un niño, lo cuidas más que a Joshua...

—Manuelle, por favor. —Se giró para mirar por la ventana.

—Lo he observado todo este tiempo y no ha sido en vano, te aseguro que Richard ya superó su trauma hace mucho, pero aún mantiene una coraza para no afrontar lo que esconde. —Su instinto militar no se equivocaba, él sabía que su cuñado ya había mejorado porque los dos vivieron el mismo infierno y sufrían los mismos males, así que no podía engañarlo como hacía con su hermana.

—Él no esconde nada... —rebatía enseguida—. Solo debemos hacerle caso al médico y no presionarlo, cuando esté preparado para hablar, nos contará todo. —Ella lo defendió como siempre hacía.

—Pues eso espero, tendrá que contarnos por qué usó una identidad falsa para enamorarte y sabremos al fin quién es realmente el hombre que se esconde detrás del nombre de Richard Macbeth.

—Siempre has desconfiado de él por la manera en la que se dieron las

cosas, pero en el fondo sabes que no es una mala persona... deberías dejarlo en paz —expresó con algo de resentimiento.

—Y tú deberías dejar de estar todo el tiempo detrás de él, haciéndolo sentir como a un enfermo, porque es por eso que se lo cree o que se aprovecha —alegó, al ver que ella se quedaba en silencio, resopló con molestia, pero no se dio por vencido—. Dime, ¿desde cuándo no se despierta con pesadillas? Yo te lo puedo decir: Hace más de cinco meses que no lo escucho gritar a media noche y he visto que no se toma los medicamentos, solo se queda observando la caja nada más, te lo he dicho cientos de veces.

—¡Claro que se toma los medicamentos! ¿Crees que, si no lo hiciera, me vería en la obligación de comprarlos todos los meses? ¿O que estuviera vivo? —cuestionó, volviéndose a mirarlo con los ojos anegados de lágrimas, así como de rabia e incertidumbre.

—Entonces, algo pasa con las malditas cajas porque siempre lo encuentro mirándolas, y cuando se da cuenta de que lo observo, las esconde —pronunció furioso, le dolía verla así, sumisa y crédula. Respiró hondo para no empeorar la situación—. Debes dejar de tratarlo como lo haces, él necesita afrontar sus miedos para poder superarlos, pero nunca lo hará si tú estás protegiéndolo todo el tiempo.

—Sé que tienes razón, Manuelle, pero es que a veces no sé qué hacer o decir para no incomodarlo, me llena de frustración que en ocasiones estemos hablando como si nada, y al minuto siguiente él simplemente se vaya, se quede en blanco, pareciera que su mente volara a otra parte —explicó, tratando de contener su llanto.

—El médico te ha dicho por qué sucede eso, ¿no lo recuerdas, o acaso será que soy el único que le presta atención cuando habla? —cuestionó con reproche y ella bajó la mirada.

—Sé de memoria lo que el doctor ha dicho, que su mente en auto defensa crea lagunas mentales para escapar de su realidad, es por eso que queda en blanco. Él no lo hace por evadirme, es algo que no está en él, es el temor que lo bloquea —respondió, esa explicación también se la daba ella siempre que sucedía.

—Sí, eso dice el doctor y espero que sea verdad, porque si descubro que su intención es hacerte sentir mal, lo saco de aquí a patadas y poco me va a importar que sea el padre de mi sobrino —dejó clara su amenaza.

—No...no, Manuelle, no harías eso porque sabes que lo amo y estoy dispuesta hacer cualquier cosa por él, a defenderlo con uñas y dientes.



Muestra de ello es que no me importó traerlo hasta aquí en el estado en que se encontraba —expresó, mirándolo fijamente a los ojos.

—Lo sé... una completa locura —murmuró Manuelle.

—Sí, una locura... una de amor, porque ya estaba más que enamorada de él y también embarazada, así que no lo iba a dejar morir, aunque también sabía que si me lo traía con esas quemaduras corría el peligro de que sucumbiera, y estuvo a punto de hacerlo por la infección, pero yo no lo abandoné. Y así como se lo arranqué de los brazos a la muerte una vez, no dudaría en pelear como una leona con quien pretenda alejarlo de mí —sentenció, con una mirada retadora.

—Te has arriesgado demasiado por él —respondió molesto.

—Me he arriesgado por amor, porque lo amo con todo mi ser, Manuelle y porque mi vida no sería igual sin él —pronunció con un nudo en su garganta, se acercó a su hermano y se le sentó en las piernas, como cuando era niña, no quería pelearse con él—. Además, dudo que puedas cumplir esa amenaza de sacarlo a patadas.

—Quizá me sea imposible y no porque no pueda, ya que, si me lo propongo lo consigo —advirtió y se removió para que viera que al menos sus muslos seguían siendo poderosos, había perdido las piernas, no la columna—. Pero le he tomado cariño y no sé por qué, si apenas sabe quién soy..., bueno ya me dio hambre —agregó, la puyó para que se pusiera de pie e ir hacia la cocina en busca de algo para comer.

—Él sabe quién eres, Manuelle, sabe que eres su cuñado, el estricto tío de Joshua, y quien no puede ver un alimento mal puesto porque se lo lleva a la boca —mencionó, soltando una carcajada—. Y vas a terminar engordando como sigas así, ya veremos después dónde queda ese cuerpo musculoso del que tanto alardeabas.

—Sabes que no voy a engordar, sigo manteniéndome en forma, incluso estando en esta silla, siempre hago mis rutinas de pesas.

—Si usted lo dice, teniente. —Sonrió y le dio un beso en la mejilla, agradeciéndole que siempre estuviera junto a ella, para ser su soporte en sus momentos más difíciles—. Voy a organizar la habitación de Joshua, por favor deja algo para preparar el almuerzo.

Lo vio asentir mientras untaba mantequilla en un pan, una vez que empezaba a comer se olvidaba de todo el mundo, eso la hizo sonreír, salió en dirección a la habitación de su hijo. Debía dejar todo organizado ya que en pocos días saldrían hacia París para la cita médica de su esposo, había

conseguido a uno de los mejores psiquiatras del país y tenía sus esperanzas puestas en que este sí lo ayudaría.

Corrió las cortinas y la primera imagen que vio fue a sus dos amores jugando en el jardín. Richard estaba sentado en el pasto y Joshua caminaba de un lado a otro mientras movía sus labios como si contara.

Abrió la ventana y el aire fresco de la mañana entró, impregnando del dulce aroma de las rosas y los jazmines la habitación, trayendo consigo el sonido de la risa de su hijo y la de Richard. Intentó escuchar lo que su esposo le decía a Joshua, pero no lo consiguió porque él hablaba en murmullos. Lo vio cargarlo y dejarse caer en el pasto de cara al cielo, luego elevó a su pequeño que abrió los brazos como las alas de un avión, fingiendo volar.

El auto se desplazaba por las calles de París y él observaba a través de la ventanilla intentando reconocerse como un francés más, pero seguía sin conseguirlo porque su corazón y su alma le pertenecían al lugar donde se crio, donde bailó y cantó por primera vez, donde se enamoró. Sabía, por su madre, que había nacido en Toulouse y que fue el fruto de las promesas vacías de un tal Lasserre, a quien por supuesto, nunca conoció, pero que tampoco le hizo falta.

Había llegado muy lejos sin su ayuda y dentro de su corazón sabía que ese era solo el principio de un largo camino que estaría lleno de triunfos y gloria. Porque si existía algo que había aprendido en sus treinta y un años de vida, era que el futuro se lo labraba uno mismo, muestra de ello era que ahora regresaba al país que lo vio nacer como una gran estrella, y dispuesto a sumar otro escalón a su torre de éxitos.

Bajó del auto frente a la fachada pintada en un azul intenso, con grandes ventanales con marcos de madera, grabados con rosetones y arabescos, que le daba cierto estilo rococó. Su vista se elevó un poco más y pudo ver los balcones de hierro forjado que lo hicieron sonreír, pues ya había escuchado la historia de esos «reservados» todos destinados a actos ilícitos, ya fuesen políticos, legales o morales.

—Buenas tardes, caballeros sean bienvenidos a Lapérouse.

—Buenas tardes —respondió con una sonrisa.

—Tenemos una reservación a nombre de Jacques Marchant.

—Por supuesto, acompáñenme por favor —pidió el hombre y les hizo un ademán para que lo siguieran a uno de los reservados.

Ocuparon sus asientos y de inmediato se apersonó otro hombre, haciéndole

entrega de las cartas y dándole recomendaciones de sus mejores vinos y platillos. Como el tema principal de esa comida eran los negocios, se decidieron con prontitud y despacharon al camarero para centrarse en las propuestas que el francés tenía para el dúo.

Acudieron con su gran amigo Alfredo Le Pera para que les sirviera de intérprete, aunque Carlos tenía conocimiento sobre francés gracias a su madre, no podía admitirlo abiertamente. Se suponía que había nacido en Uruguay, ya que, de haberse declarado francés, habría tenido que luchar en la guerra, y doña Berta habría muerto si algo así pasaba.

—Señores, nuestro mejor vino —pronunció Jacques sonriendo, cuando el camarero descorchó la botella y llenó las copas.

—Nos está mal acostumbrando —comentó Carlos, sospechando que el francés estaba tomándose tantas molestias para que no pudieran negarse a lo que sea que fuese a proponerles.

Alzó la copa y su mirada se perdió entre los hermosos matices que la luz le sacaba a ese rojo sangre, estaba a punto de llevárselo a los labios cuando su mirada fue atrapada enseguida por una diosa, la misma que no había logrado sacarse de la cabeza desde que la vio. Sus manos temblaron al depositar la copa intacta sobre la mesa y su corazón se desbocó; no podía creer que ella estuviese frente a él una vez más, eso era tener mucha suerte.

—¿Estás bien, Carlitos? —inquirió Alfredo desconcertado ante su comportamiento.

Escuchó la pregunta de su amigo, más su voz se le hacía lejana, fuera de ese lugar, o tal vez era él quien se encontraba fuera de allí, sí de seguro era él, pues sentía a su cuerpo volar.

—Sí, sí... no te preocupes...—respondió, al tiempo que se levantaba sin apartar la mirada de la mesa donde ella estaba.

—¿A dónde vas, Carlos? —preguntó Razzano.

—Dame un momento, enseguida regreso. —Le contestó a su amigo y compañero, luego salió en dirección a la mesa que ella ocupaba en compañía de las personas con quienes la vio antes.

Sus pasos se hacían cada vez más lentos, su corazón parecía querer saltar de su pecho, era increíble que, a esas alturas de la vida, después de haber visto y vivido tanto, una mujer lo pusiese en ese estado. Y es que así lo hizo ella desde la primera vez que la vio en aquel club, sin siquiera mirarlo lo desarmaba por completo, respiró hondo y se aclaró con disimulo la garganta antes de hablar.

—Buenas tardes —pronunció con su voz melodiosa, captando la atención de todos los presentes. Ella levantó la mirada, posándola en él, con ese primer vistazo su corazón dio un vuelco.

—Buenas tardes —respondieron los caballeros, ya que las damas se habían quedado mudas y solo conseguían mirarlo con asombro.

—Perdonen la intromisión, pero no pude resistirme a la tentación de venir a felicitar a la señorita... y también al caballero, por supuesto. La de hace unos días fue una maravillosa demostración en el club de Beauvais —mencionó para justificar su presencia allí, paseando su mirada entre Fransheska y Brandon, y después la posó de nuevo en ella.

Edith había organizado un almuerzo para despedir a Fransheska y Fabrizio, también había invitado a Brandon y Victoria, ya que todos volverían a Italia al día siguiente. Por eso se encontraban en ese lugar, y jamás pensó, ni en sus más locos sueños, encontrarse ese día con uno de sus mayores ídolos, y que este se acercaría para felicitar a su amiga.

—Muchas gracias... pero como dije antes, el mérito debe tenerlo la señorita Di Carlo, fue ella quien desplegó toda esa magia que usted vio —mencionó Brandon, dedicándole una sonrisa a Fransheska.

Ella no podía encontrar la voz para responderle, sencillamente sentía que estaba en medio de un sueño, admiraba a ese hombre desde la primera vez que lo vio y mucho más cuando lo escuchó. Y no era la única, pues Edith estaba igual de conmocionada, incluso Victoria, quien no era una admiradora consagrada de Gardel, se sentía maravillada ante el porte, la gallardía y la elegancia que poseía, había algo en él que hechizaba a cualquier dama.

—Fran... te habla a ti —susurró Edith, para que reaccionara.

—Yo... —pasó saliva forzosamente—, me siento muy halagada por sus cumplidos, señor Gardel... y no creo ser merecedora de los mismos —expresó con la voz vibrándole a causa de la emoción.

—Por el contrario, señorita, merece una ovación de pie —contestó, dedicándole una amplia sonrisa—. No solo por su talento para el tango, con el que ha conquistado mi corazón, sino también por su belleza. ¿Me permite? —pidió, ofreciéndole la mano.

Ella la recibió sintiéndose aún presa de los nervios mientras le dedicaba una sonrisa, él se llevó la mano a los labios para depositar un suave beso en el dorso. Dejó que su mirada se fundiera en los ojos más hermosos que había visto en su vida, y que sus labios disfrutaran de la lozanía de esa piel a la que tuvo que renunciar, pues no era correcto prolongar más ese gesto, aunque su

corazón lo deseara.

La actitud del cantante generó distintas reacciones en la mesa, las damas se sintieron cautivas, mientras que Fabrizio, Jean Pierre y Gerard no pudieron evitar mostrarse algo sorprendidos. Sin embargo, el más afectado fue Brandon, quien de inmediato se tensó y tuvo que inhalar profundo para calmar el fuego que se encendió dentro de su pecho.

—Ya me retiro, me disculpo por haberles robado un poco de su tiempo, pero no podía dejar pasar la oportunidad —expresó, notando la actitud del rubio, no quería ser el motivo de discordia entre ellos—. La verdad es que tengo suerte de haberla encontrado de nuevo. Esa noche no pude acercarme a felicitarlos por motivos ajenos a mi voluntad, así que quise hacerlo hoy —agregó, mirándola.

—Por favor, señor Gardel... al menos permítanos compartir una copa con usted —dijo rápidamente Edith, en un intento desesperado por detenerlo, sorprendiendo a los caballeros en la mesa.

—Sería un verdadero placer, pero no quisiera incomodarlos —respondió, haciendo gala de una de sus mejores sonrisas.

—No lo hace; por el contrario, estaríamos gustosos de que comparta un momento con nosotros, si no representa un inconveniente para usted, claro está —mencionó Gerard para apoyar a su prima, pues sabía cuánto admiraba a ese hombre.

—Por favor, señor Gardel, acompañenos —pidió Fransheska, luego de ver la mirada de ruego que le dedicó su amiga.

—En ese caso, me quedaré un momento con ustedes —anunció, haciendo más amplia su sonrisa, y ocupó la silla vacía que sobraba en la mesa—. En todo caso, las conversaciones de trabajo se las dejo a Razzano, él se desempeña mejor en ese ámbito.

—¿Está de gira, señor Gardel? —preguntó Edith con una sonrisa.

—Todavía no, pero la estamos organizando, esperamos hacerlo el próximo año en algunas ciudades de España, también aquí y si la suerte nos sonríe, tal vez visitemos otros países de Europa —respondió con naturalidad, pues confiaba en que así sería.

—Eso es maravilloso, ¿y cómo llegó a Beauvais? —inquirió, sintiéndose curiosa, jamás imaginó que él pudiera estar allí.

—Mi amor, ¿no crees que estás siendo demasiado inquisitiva con el señor Gardel? —mencionó Jean Pierre, sintiéndose un tanto tenso por la sobre atención que su novia le dedicaba al cantante.

—Tienes razón, perdone usted —dijo, mostrándose apenada.

—No tengo nada que perdonarle, justo les iba a hablar de eso... Resulta que el amigo con quien estamos, nos llevó a Beauvais para pasar el fin de semana, tiene una hermosa propiedad allá. Esa noche salimos para ver cómo era el ambiente nocturno, y tuve la fortuna de ver un espectáculo que me llevó a mi Buenos Aires que tanto extraño... permítame pecar de curioso, pero, ¿dónde aprendieron a bailar así el tango? —inquirió mirando a la hermosa joven.

—Yo... lo aprendí aquí en París, pasé gran parte de mi niñez y mi adolescencia estudiando en esta ciudad... y el baile es algo que siempre me ha gustado. Veo en el tango una maravillosa forma de expresión, es como representar sin necesidad de mencionar una sola palabra; el único instrumento que posees es tu cuerpo, llegar a transmitir tantas emociones y sentimientos en un baile es algo mágico —explicó Fransheska, con una sonrisa que iluminó su mirada, sintiéndose cómoda al hablar de algo que realmente la apasionaba.

Carlos quedó totalmente cautivado por la pasión que transmitía en cada una de sus palabras, ese brillo en su mirada que intensificaba la belleza de sus ojos, hermosos ojos grises que justo en ese momento lo miraban a él. Sonrió radiante para hacerle ver cuanto la admiraba por su entrega, y que realmente había conseguido lo que decía, porque a él lo había envuelto en su magia.

—Yo tuve la oportunidad de aprenderlo en Argentina —mencionó Brandon para captar la atención del hombre.

Podía ver que estaba embelesado con la imagen de Fransheska, y sabía que él no había llegado hasta allí solo para felicitarlos, lo hizo por ella, porque quería despertar su interés y obviamente lo había conseguido, ya que ella también estaba deslumbrada por él.

—¡Ah! Aprendió en casa... ¿Vivió mucho tiempo en Argentina? —preguntó, volviéndose para mirar al americano.

—No, no mucho, apenas tres meses, pero tuve una excelente maestra —respondió, mirándolo a los ojos.

—Tuvo que ser excelente en verdad, porque no es fácil seguirle el ritmo a una mujer como la señorita Di Carlo —comentó, posando su mirada en ella de nuevo—. Es evidente que el baile la apasiona, y cuando hay pasión de por medio, las cosas son mucho más complicadas y al mismo tiempo más interesantes. —Le sonrió y ella en respuesta le regaló un encantador sonrojo, pero al ver que Brandon se tensaba, decidió no ser tan directo—. Tal vez conozca a su maestra, señor...

—Brandon Anderson —respondió, mirándolo a los ojos.

—¡Qué cabeza la mía, ni siquiera me he presentado como se debe...! Es el error de dar por sentado que todo el mundo lo conoce a uno. —Mostró una sonrisa que cautivó a las damas—. Un placer, señor Anderson —agregó, extendiendo la mano.

Brandon la recibió dándole un fuerte apretón, no en señal de camaradería, sino para advertirle que estaba en guardia y que no dejaría que fuese muy lejos con Fransheska. Carlos lo entendió y asintió, pero no era de los hombres que se dejaba intimidar, así que ignoró esa advertencia y siguió portándose especialmente galante con las damas, a quienes besaba en el dorso de la mano.

—Sería tan amable de traer dos botellas del mejor champagne que tenga —pronunció, atrayendo la atención del mozo. Este asintió en silencio y se retiró—. Perdonen mi atrevimiento, pero no todos los días uno tiene el placer de compartir con mujeres tan hermosas.

Brandon se tensó mucho más de lo que ya estaba, ella se sonrojó ferozmente y Fabrizio levantó una ceja ante el comentario del cantante, al fin la conversación lo había devuelto a la realidad. Había estado taciturno gran parte de la reunión después de la conversación que tuvo con Lambert, no había logrado sacarse de la cabeza sus palabras y cada vez que veía a Victoria, estas resonaban con poderío.

—Como le decía, señor Anderson, su maestra de seguro es muy buena, ¿de casualidad recuerda su nombre? —inquirió con interés.

—Sí, por supuesto, su nombre es Alfonsina Grossi, una mujer extraordinaria, no solo como maestra de tango, también como persona —respondió, dándole el mérito a su amiga y examante.

—Alfonsina... por supuesto, tengo el placer de conocerla, una mujer excepcional y muy hermosa, somos grandes amigos y tuve la oportunidad de compartir con ella en varios espectáculos.

«¡Ah, sí! Así que sos vos el gringo... ¿quién diría que tendría la oportunidad de conocerte? Qué vueltas da la vida, tener justo en frente al hombre que hizo que Alfonsina se olvidara de mí... no es que me moleste, fue lo mejor para ambos, pero siempre queda la inquietud de conocer al rival, saber si se encuentra a su altura...»

Para Fransheska no pasó desapercibida la inspección que el músico le hizo a Brandon, fue como si entre ambos se llevara a cabo un diálogo secreto. Lo mismo pensó Victoria, quien conocía muy bien a su primo; al parecer, la señora Grossi fue mucho más que una maestra para Brandon y una amiga para

el señor Gardel.

Un tenso silencio se apoderó del lugar, pero por suerte no duró mucho gracias a la llegada del camarero y las botellas de champagne que había pedido el cantante. Un grito de júbilo acompañó el descorchamiento de la bebida, seguida de la alegría que provocaban las espumas en cada copa al ser llenadas, todos agarraron las suyas y Carlos procedió a hacer el brindis.

—Por las damas presentes... por el tango, por la vida y los regalos que nos brinda —mencionó alzando su copa, los presentes afirmaron y procedieron a brindar.

Él bebió de su copa sin apartar la mirada de los ojos grises de Fransheska y ella le sonrió, ligeramente ruborizada. Pasados varios minutos, no encontró otra excusa para seguir allí, tenía a sus acompañantes esperándolo así que no le quedaba más remedio que despedirse, pero antes de marcharse, se animó a hacerle una solicitud a Fransheska.

—Antes de irme me gustaría... sin la intención de incomodar a nadie, claro está. Solicitarle, señorita Di Carlo, que me brinde la oportunidad de bailar con usted —dijo solícito y con la ilusión brillando en sus pupilas.

—Yo... —una corriente eléctrica recorrió su interior—, me encantaría, señor Gardel..., pero...

—¿Acaso hay algún problema? —preguntó con pesar al ver la reacción entre las mujeres.

—Partimos mañana temprano hacia Florencia —contestó Brandon, adelantándose a los demás y haciendo uso de un tono adusto, en realidad no veía la hora de que el dichoso cantante se fuera.

—¡Vaya! Es una verdadera lástima... pero siempre he sido un hombre que cultiva sus esperanzas, prueba de ello es que el día de hoy la tenga frente a mí —expresó galante, sin quitarle la mirada de encima y con una sonrisa en los labios que iluminaba su enigmática mirada, esa misma que robaba suspiros por doquier—. Ha sido un placer compartir con ustedes y espero que la próxima vez que nos veamos, podamos bailar juntos, señorita Di Carlo —agregó, extendiendo la mano a los caballeros y besando las de las damas, de esa manera se alejó.

Brandon sintió como la molestia dentro de su pecho comenzaba a menguar al ver que el cantante se alejaba, le había parecido demasiado osada la manera en la que se dirigía a Fransheska, como si por ser famoso pudiese llegar allí y robarse toda su atención. Posó su mirada en ella, quien seguía mostrándose emocionada por lo que acababa de suceder, lo que lo hizo sentir que debía



actuar de manera más directa y hacerle saber lo que sentía por ella, antes de que otro se le adelantara.

Todas las mujeres en la mesa suspiraron en coro, como si hubiesen sido despertadas de un sueño, el nerviosismo les pintó las mejillas de rosa cuando los caballeros las miraron con reproche. Sin embargo, sonrieron porque era absurdo molestarse por ese tipo de cosas, sabían que solo había sido una agradable casualidad y que no era motivo para estar tensos o preocupados.

De camino a su mesa, Carlos pensó en la posibilidad de hacer sus deseos realidad, sabía que no era sencillo, tampoco un imposible, solo debía contar con un poco más de suerte. Se sentó y sonrió a sus acompañantes a modo de disculpa; por suerte, el francés no se encontraba allí así que podía hablar con libertad.

—¿Dónde andabas, Carlos? —preguntó José, preocupado.

—Estaba saludando a unos amigos, hubiesen empezado sin mí. —Restó importancia y dio un sorbo a la copa, luego vieron llegar a su anfitrión.

—Pierda cuidado señor Gardel, disfrutamos del vino mientras lo esperamos —mencionó Jacques, ocupando su silla.

—¿Pasa algo? —preguntó Alfredo al ver la insistencia con la que Carlos veía al otro lado del salón.

—Le Pera, ¿podés hacer que los muchachos vengan? —Fue la respuesta que dio a su pregunta, sin volverse para mirarlo.

—¿Los muchachos? ¿Y para qué? —preguntó desconcertado.

—Es que deseo bailar un poco —respondió con un brillo en sus ojos que él conocía bien.

—Carlos... ¿por qué no dejás eso para otro día? Mira que hoy tenemos show y tenés que descansar —dijo José, para persuadirlo.

—Tu compañero tiene razón, acordate que estamos acá por trabajo —pronunció Alfredo, y se giró para sonreír al francés.

—¿Desea algo en especial, señor Gardel? —preguntó Jacques, al ver que algo distraía al cantante.

—Me gustaría traer un rato a los músicos, verá... aquí se encuentra una mujer, que es... es una diosa y baila el tango de manera increíble.

—Bueno, invítela al espectáculo de esta noche —sugirió, sonriendo.

—Me gustaría, pero dudo que pueda, viaja mañana hacia Italia, así que esta es mi única oportunidad de bailar con ella.

—¡Esto es una locura! —Se quejó José, quien a veces odiaba lidiar con ese lado enamorado de su compañero— ¡Tenía que tratarse de una mujer!

—No lo es, y les aseguro que, si bailo con esa mujer, el espectáculo de hoy será el mejor que haya hecho hasta ahora.

—¿Hablas de la chica del club en Beauvais? —preguntó Alfredo, descubriendo a Fransheska en una mesa al otro lado del salón.

—Ella es fantástica —expresó Jacques emocionado, viendo enseguida la propaganda que eso le daría a su proyecto.

—Llama a los muchachos, por favor, Alfredo —rogó, mirándolo.

—Sí, llámalos Le Pera, o este nos va a volver locos.

—Lo voy hacer, para que veas lo buen amigo que soy... además, porque me encantaría verla bailar de nuevo, sí que es hermosa.

Todos los caballeros asintieron mostrándose de acuerdo con el plan, solo esperaban no tener ningún tipo de problema, pues allí estaba el hombre con quien ella había bailado. Carlos estaba dispuesto a arriesgarse, como siempre que corría detrás de sus sueños, y en ese momento, Fransheska Di Carlo era uno de ellos.

# Capítulo 21

En la mesa todos reían ante las ocurrencias de Jean Pierre, por lo general era un hombre serio, como su puesto de senador lo exigía, pero cuando dejaba de lado su cargo político, se relajaba por completo. Sobre todo, si se encontraba en compañía de Edith, ambos irradiaban amor y muchas veces, hasta se perdían en su propia fantasía y se prodigaban muestras de afecto de manera espontánea, sin cohibirse ante los demás.

Las chicas hablaron de la decisión de Edith de entrar a la universidad y Fransheska se sintió feliz por ella, Victoria la animó para que también se decidiera a cursar estudios superiores. Sin embargo, ella le rehuyó al tema porque su verdadera pasión no estaba en cursar una carrera universitaria, deseaba bailar, pero sabía de sobra que no podría hacerlo.

Los hombres se dedicaron a hablar de política, intentando dejar atrás el episodio con el cantante, Brandon trató de relajarse mientras Fabrizio seguía meditabundo. Gerard le dedicaba miradas a Victoria, aunque ya tenía claro que nunca tendrían una relación amorosa, no se podía dejar de querer a alguien de un día para el otro.

—La esperanza es lo último que pierde el hombre —mencionó Carlos, acercándose una vez más a la mesa—. ¿Señorita Di Carlo me haría el honor de bailar una pieza conmigo? —preguntó cautivador y deliberado, mientras la miraba intensamente a los ojos y le ofrecía su mano.

Carlos era consciente de que se estaba arriesgando a ser rechazado; sin embargo, no era un hombre que se acobardaba ante los retos, por el contrario, le encantaba estar frente a uno y poder conquistarlo. Aunque bailar con Fransheska Di Carlo, no sería como alcanzar un reto, sino como cumplir un sueño, y eso sin duda lo animaba a aventurarse más.

Fransheska se sintió abrumada por la petición del cantante mientras notaba que temblaba por dentro, se quedó mirando su mano, fue consciente del palpitar intenso de su corazón. Al verla en ese estado, Edith salió a su rescate, la pellizcó con disimulo para hacerla reaccionar, así que ella le entregó una sonrisa nerviosa a Carlos y tragó saliva para pasar el nudo en su garganta.

—Me encantaría, señor Gardel... pero en este lugar no hay música —

respondió, mostrándose desconcertada.

—Lamento contradecirla, en realidad, este lugar está lleno de música, su voz es la más dulce melodía que los oídos humanos puedan escuchar... — esbozó con la voz firme, mostrándose atento y seductor —. Y donde Carlos Gardel se encuentre, también se encontrará el tango —declaró con una sonrisa amplia, de inmediato comenzaron a sonar las notas del piano, las guitarras, el chelo y el bandoneón

—¡¡Oh por Dios!! —exclamó Edith, alucinada y llevándose las manos a la boca, luego miró a Fransheska—. Tienes que bailar.

—No sé si pueda hacerlo..., me tiembla todo el cuerpo —susurró, sintiendo que estaba a punto de entrar en pánico, le mostró las manos temblorosas.

—Lo harás de maravilla, estoy completamente segura de eso, siempre has soñado con esto, Fran —dijo, recordándole su sueño.

—Edith tiene razón... ve y demuestra el talento que tienes. —Fabrizio también la animó, se puso de pie para ayudarla a levantarse, a la par curvó una ceja mientras cruzaba una mirada de advertencia con el cantante.

Carlos inclinó la cabeza suavemente denotando que estaba enterado, ladeó una sonrisa asegurándole que su hermana estaba en buenas manos, la trataría con el respeto que una dama como ella merecía. Agarró su mano entre las suyas, apretándola suavemente para infundirle confianza, la miró intensamente a los ojos, sintiéndose verdaderamente hechizado por ella.

Fransheska estaba presa de los nervios, no por el hecho de bailar, sino por la persona con quien lo haría. Él la había hecho amar esa música a través de su voz. Ni en sus sueños más descabellados imaginó que algún día tendría semejante privilegio, miró a su hermano una vez más, lo vio asentir suavemente y eso hizo que sus miedos comenzaran a disiparse.

Brandon sentía que cada palabra que ese hombre le dedicaba a Fransheska, era como un azote para él, y aunque no se consideraba un hombre violento, empezaba a experimentar que un intenso fuego se apoderaba de su pecho. De pronto se encontró imaginándose apartando a Gardel de Fransheska y rompiéndole la cara por su osadía, para que aprendiera a respetar.

A pesar de su rabia, no le quedó más remedio que aguantar con estoicismo lo que estaba sucediendo, él no tenía ningún derecho sobre ella. Así que, respiró hondo para calmar la tempestad en su interior y tensó la mandíbula, obligándose a permanecer allí sentado, cuando vio la manera tan desenfadada como la miraba y cómo, justo en ese momento, la sujetaba por la cintura y la

guiaba hasta la pista improvisada, lo que hizo que apretara la servilleta en sus manos.

—Es solo un baile, tranquilo —susurró Victoria, que se encontraba a su lado dándose cuenta de lo que padecía su primo en ese preciso instante. Lo miró con ternura y acarició su mano, intentando de ese modo que él se relajara.

Brandon asintió sin decir nada más, temía que, si soltaba una sola palabra, su voz resonase como un trueno en ese lugar, porque en su interior se estaba desatando una feroz tormenta. Nunca se había sentido con derecho sobre ninguna mujer, no era de ese tipo de hombres, porque no las consideraba una propiedad, por eso en ese instante se desconocía, percibía que Carlos Gardel le estaba robando a su mujer, porque para él, Fransheska ya era suya.

—Caballeros, «Mi noche triste» por favor —pidió con voz melodiosa mientras sonreía, y adoptó una postura gallarda.

El hermoso sonido del bandoneón y las guitarras inundó el lugar, era el tema más famoso de Gardel, hasta el momento. Su voz no seguía las notas, pero aun así la magia se podía sentir en todo el lugar, envolviendo a los presentes en un estado de elipsis, poniéndolos a la expectativa de lo que sucedería en la pista de baile.

—Bien, señorita Di Carlo, haga realidad el sueño de este humilde hombre —susurró, mirándola suplicante a los ojos.

Ella se había puesto rígida a causa de los nervios, él al notarlo le sonrió buscando infundirle tranquilidad y tomó su mano para ponerla sobre su hombro, con suaves compases comenzaron a deslizarse por la pista. Él la guiaba ejecutando movimientos más audaces, mientras luchaba por relajarse y seguir el ritmo de la música.

Carlos la miraba a los ojos sin dejar de sonreírle, deslizó su mano por la espalda y la hizo bajar el torso en un movimiento rápido que ella conocía bien, para retomarla de nuevo y acercarla a su pecho, ella dejó libre un suspiro y al fin su cuerpo comenzó a relajarse. Él lo notó y la soltó, dándole más libertad, sabía que el tango le corría por las venas, así que solo era cuestión de sentir la música para que se dejase envolver por los acordes que cada vez eran más fuertes, marcándoles la pauta.

Fabrizio se sentía complacido porque sabía cuánto adoraba su hermana bailar, también sabía que justo en ese instante estaba cumpliendo uno de sus sueños más anhelados. Tal vez por eso lucía tensa, pero estaba seguro de que solo era cuestión de tiempo para asimilar la situación, y darse cuenta de que

aquello estaba pasando en realidad, que no era una fantasía.

Brandon sentía que cada vez le resultaba más insoportable la cercanía entre Fransheska y ese hombre, se estaba esforzando por no demostrar lo que sentía, pero su mirada oscura, sus labios apretados formando una línea y su mano crispada sobre la mesa, eran muestras fehacientes de lo que atravesaba. Odiaba la libertad que el cantante tenía para acariciarla de esa manera; sobre todo, al ser consciente que eso era mucho más que un baile, que implicaba otro tipo de entrega, algo mucho más íntimo, más especial, algo de lo cual solo él deseaba ser dueño.

La complicidad entre Carlos y Fransheska se comenzó a ver y a sentir, él la guiaba como el maestro que era, y ella, aunque era una aprendiz a su lado, se lucía en cada movimiento. Carlos reía con franqueza, sintiéndose dichoso de haber conseguido lo que deseaba, tanto así que se aventuró a acariciar con suavidad la delicada piel de la espalda de la mujer que tenía entre sus brazos, y acercó su rostro al de ella para cantarle al oído.

—«Percantan» que me «amurasten», en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida y espina en el corazón, sabiendo que te quería, que vos eras mi alegría y mi sueño abrasador.

Su voz, era tan clara y melodiosa como en sus discos, y la llevaba a un plano surrealista del que no tenía dominio, escucharlo cantar era sencillamente sublime y mágico, tanto que la hacía suspirar con ensoñación, y que sus piernas trémulas apenas pudieran seguirle el ritmo. Él le entregó una sonrisa que la llenó de confianza e hizo que se relajara por completo; por fin la música entró en ella y se desbordó por su interior como un río cuando tiene una creciente, provocando que su cuerpo se hiciese ligero y ágil en cada paso.

Comenzó a seguir las demandas de su compañero de baile, dejándose guiar por él, bailaba de forma magistral haciendo que la música y sus movimientos se convirtieran en uno solo, a ambos la melodía los fundió en su magia rindiéndolos a su merced. Fransheska estaba inmersa en medio de un sueño que tejen otros, pero en el que, al mismo tiempo, la hacía partícipe, permitiéndole expresar sus emociones como solo el baile lo conseguía.

Ella acercó su rostro a él para seguir el compás que dictaba la música, él aprovechó la proximidad para moverse ágilmente y pegarla a su cuerpo, Fransheska exclamó con sorpresa y Carlos le regaló una sonrisa deslumbrante que ella reciprocó, el vínculo entre los dos se afianzó, entonces la música llegó a un crescendo que exigía movimientos más profundos y en su punto máximo les provocó una explosión de emociones tan intensas, que sus

corazones estuvieron a punto de estallar.

Brandon iba de mal en peor, un sabor amargo le poblaba la boca y no podía significar otra cosa que los terribles celos anidando en su interior. Un nudo de emociones le apretaba la garganta, mientras su corazón latía dolorosamente, sus manos crispadas sobre la mesa dejaban ver la tensión que se apoderaba de él, tenía el rostro cubierto de un leve rubor y su mirada era fría, dura y más oscura de lo normal. Incluso podía notar que el aire comenzaba a faltarle, una imperiosa necesidad de salir de allí lo recorría como una señal de alarma, sin embargo, su cuerpo pesado y obstinado lo mantenía atado a ese lugar, obligándolo a presenciar esas imágenes que lo estaban volviendo loco.

Las últimas notas de la canción predecían el final de aquella demostración, precipitando los suspiros y las sonrisas en los bailarines que danzaban entregando un sublime acto que desbordó pasión y arte. Él la giró mientras sus dedos recorrían la delgada cintura, dándole forma cual alfarero, la encerró de nuevo entre sus brazos acercando su rostro al de ella, para terminar con sus labios peligrosamente cerca de aquellos que lo estaban tentando.

La ovación no se hizo esperar ya que era un espectáculo digno de aplaudirse de pie, no todo el mundo podía alardear de haber visto al más grande cantante de tango, bailar una de sus piezas con total soltura y desenvolvimiento, acompañado por una hermosa joven cuya exquisita figura deleitó a los ojos masculinos que colmaban la sala.

Fransheska sonrió sonrojada y sus ojos brillaron llenos de emoción, sentía que estaba a punto de llorar de la felicidad. Se volvió para mirar a la mesa y vio a sus acompañantes aplaudir emocionados; sin embargo, su sonrisa se congeló cuando vio a Brandon ponerse de pie y lanzar con brusquedad la servilleta sobre la mesa, mientras la miraba con reproche, para luego darle la espalda y alejarse.

Ella quiso ir detrás de él para intentar justificar su actitud, aunque no sentía que había hecho algo malo para que tuviese que hacerlo; sin embargo, deseaba reparar cualquier daño que le hubiese causado. Apenas había dado un par de pasos, cuando una mano sujetó su muñeca impidiéndole alejarse, ella se volvió y vio a Carlos sonriéndole con orgullo y emoción, mientras recibía la ovación de los presentes en el restaurante.

La sorpresa ante el gesto de Brandon fue inmediata, pero nadie hizo acotación alguna, los caballeros entendían perfectamente cómo se sentía, así que guardaron silencio en un acto de solidaridad para con él. Al fin,

Fransheska y Gardel regresaron a la mesa, se veían satisfechos, radiantes, esa expresión que poseen en sus rostros aquellos que se encuentran en un plácido sueño.

—Permítame retribuirle este placer que me ha obsequiado, enseguida regreso. —Besó su mano mirándola a los ojos y caminó de prisa hasta donde se encontraban los músicos—. Le Pera, vamos a hacer “El Arquero Divino” —resolvió.

—¿Estás loco?! —exclamó asombrado, modulando su tono de voz.

—No, no lo estoy. ¡Vamos, che! Los dos la conocemos de memoria, vos hasta la hiciste canción ya, y los muchachos también la conocen, acompáñenme con el bandoneón y las guitarras, que del resto me encargo yo. —Le dijo, con esa seguridad que lo caracterizaba.

—Pero si ni siquiera tenés terminada la melodía, ¿cómo vas a hacer? —Le preguntó aún dudoso.

—Vos solo seguime con lo que te pedí, vas a ver que todo sale bien —respondió con una sonrisa que sacaba destellos a sus ojos negros.

Caminó de regreso a la mesa de Fransheska, curvó sus labios y la miró a los ojos de modo enigmático, para reforzar su deseo de cantar para ella. Luego miró a los presentes, notó la expectación en ellos, se le escapó una risa nerviosa, pero respiró hondo para después soltar el aire muy despacio.

—Mi gran amigo, Alfredo Le Pera y mi persona, hemos estado trabajando en una canción que aún no ha visto la luz..., pero que hoy quiero dedicarla a la hermosa mujer que acaba de brindarme el maravilloso placer de compartir pista con ella... señorita Fransheska Di Carlo, para usted... «El día que me quieras» —finalizó, despertando la admiración y una ola de suspiros entre las mujeres allí presentes.

Un solitario acorde de guitarra dio inicio a lo que sería una de las más hermosas representaciones de Carlos, él se acercó hasta ella y sin quitarle la vista de encima, comenzó a entonar la suave melodía.

—“Acaricia mi ensueño, el suave murmullo de tu suspirar, como ríe la vida... si tus ojos grises me quieren mirar... —Ajustó la letra para que no quedara duda de que se la dedicaba a ella—. Y si es mío el amparo de tu risa leve... que es como un cantar... ella aquietta mi herida, todo... todo se olvida”

Los torrentes de su voz inundaban todo el lugar; clara, fuerte y nítida retumbaba en cada rincón del salón, dio un par de pasos hacia ella y le ofreció su mano. Sonrió al ver que la recibía, regalándole además un dulce sonrojo, que lo encandiló mucho más.



Brandon regresaba luego de tomar aire y calmarse, pensando en que lo peor ya había acabado, pero sus esperanzas cayeron al piso como plomo cuando vio que ante él se encontraba una vez más el cantante, llenando con su voz el lugar. Lo vio pavonearse delante de todos y sin ningún tipo de decoro le expresaba sus sentimientos a Fransheska, sentimientos que no tenían ninguna lógica o justificación, pues apenas la conocía.

Se quedó a una distancia prudente del apogeo de la presentación como un espectador lejano, no volvería a la mesa en tanto ese hombre no se alejase de allí, su paciencia estaba a punto de agotarse y no quería ser impertinente.

—“El día que me quieras... la rosa que engalana, se vestirá de fiesta, con su mejor color... y al viento las campanas, dirán que ya eres mía y locas las fontanas, se contarán su amor...”

Las manos de Fransheska temblaban, una delgada capa de sudor las mojaba y ella no hallaba cómo mantener la compostura. Todo su cuerpo era un cuadro revelador, lo más notorio era ese precioso sonrojo que pintaba sus mejillas de carmesí, pero en su interior el retumbar de su corazón amenazaba con estrujar sus costillas, estaba segura de que todos podían escucharlo. Le mantuvo la mirada a Carlos en señal de educación, pero en realidad estaba avasallada por semejante derroche de atenciones.

Brandon observaba la escena y tuvo que apretar con fuerza sus dientes, para retener las lágrimas que se agolparon en su garganta y pretendían doblegarlo, mientras sentía a sus ilusiones morir, una presión incontrolable le impedía respirar, un dolor intenso que se adueñaba de su pecho. Se encontraba completamente inmóvil, a pesar de que deseaba con todas sus fuerzas, caminar y alejar a ese hombre de Fransheska, sacarlo de allí a patadas por osar tocarla.

No obstante, al mismo tiempo anhelaba salir de ese lugar y olvidarse de esa pesadilla, borrar de su mente esas imágenes y borrarla a ella de su corazón, pero no lograba hacer ninguna de las dos cosas. Solo podía ver cómo ese hombre se adueñaba de la única mujer en el mundo que lo había despertado, la única por la cual estaba dispuesto a jugarse todo, a abandonar su libertad, por ella estaba dispuesto a entregar su corazón sin importar nada más.

Carlos cautivaba con su voz y su porte a las damas presentes, estaban totalmente hechizadas ante tal despliegue de romanticismo, un verdadero sueño para cualquiera, que un hombre tan galante y gallardo se desviviese por mostrarle que no existía nada más importante en el mundo que ella.

—“El día que me quieras, no habrá más que armonía. Será clara la aurora y alegre el manantial. Traerá quieta la brisa rumor de melodía. Y nos darán las fuentes su canto de cristal” —recitaba con extraordinaria melodía e intensidad, cada una de las palabras del poema de Amado Nervo—. “El día que me quieras endulzarán sus cuerdas el pájaro cantor, florecerá la vida, no existirá el dolor”

Su voz tomó de nuevo el ritmo del bandoneón y cambió a la melodía que había escogido, para acompañar la letra que había creado el maestro Le Pera, quien se desempeñaba magistralmente sacando las notas precisas al instrumento. La emoción en su cuerpo era tal, que su voz salía directamente desde su alma, corría por sus venas hecha pasión, haciendo saltar a su corazón con fuerza dentro de su pecho, mientras se perdía en la mirada gris de Fransheska.

Las notas llegaron a su final y de inmediato el salón irrumpió en un aplauso sonoro, todos los presentes se encontraban de pie maravillados ante la grandeza del hombre, su sentimiento y su pasión. Aunque él solo era consciente de la mujer frente a sus ojos, nunca había sentido su corazón latir de esa manera, totalmente extasiado y feliz.

—Muchísimas gracias. —Fue lo único que logró decir Fransheska, emocionada hasta las lágrimas.

—Gracias a usted por regalarme el día más hermoso que ha tenido mi vida hasta ahora. —Le dijo con total devoción.

En ese momento y aprovechando la oportunidad, varias admiradoras se aproximaron hasta él para pedir un autógrafo y verlo más de cerca, y aunque Carlos no quería romper el momento, no le quedó más remedio que atender a las damas que solicitaban su presencia. Fransheska caminó para regresar a la mesa, ya que las miradas cargadas de envidia de las damas, la hicieron sentir incómoda.

Brandon llegó hasta la mesa y su mirada se encontró con la de Fransheska, pero la esquivó de inmediato, ignorándola se sentó y se bebió de un trago la copa frente a él.

Sus acompañantes estaban en una disyuntiva, no sabían si felicitar a Fransheska y alegrarse por el detalle que había tenido el cantante para con ella, o guardar silencio para no agregar más tensión al momento. Aunque Brandon no tenía un compromiso formal con ella, todos eran conscientes de la atracción que existía entre ambos y la actitud que él había tomado solo confirmaba sus sospechas, estaba celoso.

Victoria que lo conocía como a la palma de su mano, sabía que todo lo sucedido le había herido y que estaba haciendo acopio de su fuerza de voluntad por mantenerse en ese lugar y parecer calmado. Gerard, Edith y Jean Pierre también podían sentir la tensión en el ambiente, pero prefirieron guardar silencio para no pecar de imprudentes. Fabrizio al ver que ninguno hacía nada por conciliar la situación, tomó la iniciativa.

—Bueno, todo esto estuvo muy bien, pero ya debemos irnos... ustedes pueden quedarse si lo desean, nosotros aún tenemos que preparar el equipaje —mencionó poniéndose de pie—. Edith, muchas gracias por la hospitalidad y por este almuerzo de despedida, fue mucho más entretenido de lo que esperábamos y creo que hablo por todos... Gerard, Jean Pierre... fue un placer haber compartido con ustedes —agregó, y miró a Fransheska indicándole que lo siguiera.

—Les agradezco por todo, fue maravilloso compartir con ustedes... espero que se pueda repetir... —dijo Fransheska, intentando parecer casual, se volvió para mirar a Brandon, pero él tenía la mirada en la servilleta que doblaba con sus manos, se veía ajeno a todo, ni siquiera se volvió para despedirse. Su actitud la llenó de remordimiento, no debió dejarse llevar por la emoción, sin pensar en lo mal que podía hacerlo sentir, en ese instante la felicidad fue reemplazada por la culpa y su corazón se encogió de dolor.

—Por favor, quédense un minuto más —mencionó Edith.

—Fabrizio tiene razón, Edith, aún tenemos cosas que hacer. Nos vemos en la casa —contestó Fransheska que empezaba a aterrizar en la realidad, miró a Edith suplicándole que no insistiera y ella lo comprendió.

Se despidieron del resto de sus acompañantes, incluso Brandon se dignó a dirigirle una mirada, pero no fue las que acostumbraba, era dura y estaba cargada de dolor. Bajó la cabeza y salió acompañada de su hermano, cuando se dirigían a la salida fueron interceptados de nuevo por el cantante, se veía sonriente e ignorante de lo que había provocado.

—Señorita Di Carlo, perdóneme solo quería despedirme y agradecerle por el momento tan especial que compartimos.

—No tiene nada que agradecerme, señor Gardel... —respondió un poco más aplomada pero igual de amable.

—Carlos, llámame Carlos, por favor. —Le dijo en casi un ruego.

—Muchas gracias por todo... Carlos, ha sido un verdadero placer —concedió ella y le sonrió cordial.

—El placer ha sido todo mío. —Le agarró la mano para llevarla a sus

labios y darle un beso, con su mirada fundida en la de ella.

—Encantado, señor Gardel... ahora, si nos disculpa debemos retirarnos —irrumpió Fabrizio, percatándose de que Brandon se dirigía hacia ellos, y por su semblante presintió que las cosas se podían complicar.

—Un gusto, señor Di Carlo. —Le dio un firme apretón de manos y una sonrisa franca—. Nosotros estamos de salida... si desean...

—Fabrizio, nosotros los llevamos... —anunció Brandon, imponiendo su presencia—. Ya estamos de salida también, señor Gardel —agregó, extendiendo la mano al cantante, solo por educación, pues su mirada gritaba que quería romperle la cara.

—Señor Anderson —pronunció, recibiendo la mano y no le pasó desapercibida la rabia contenida en su mirada, pero la ignoró y se volvió para mirar a la americana—. Un placer, señorita Anderson —añadió, dándole un beso en la mano, luego miró a la italiana de nuevo.

—Fransheska. —La llamó Brandon, ofreciéndole su brazo. Ella vio la turbación en su mirada y aceptó en el acto.

A Fabrizio no le quedó más remedio que hacer lo mismo con Victoria, ella imitó a Fransheska, con una sonrisa y un asentimiento se despidió del cantante y enseguida abandonaron el lugar. Aunque Victoria era consciente de la cercanía entre ambos, prefirió ignorarlo, así como él venía haciendo con ella los dos últimos días, solo que su corazón insistía en traicionarla.

Fransheska sentía la tensión en el cuerpo de Brandon, mientras esperaban a que trajeran el auto, se aventuró a mirarlo de reojo y pudo notar que sus rasgos se veían más endurecidos, sus ojos eran oscuros, carentes de esa luz que tanto ella adoraba. Le abrió la puerta del auto sin decir una sola palabra, luego ocupó el asiento del conductor, su hermano subió en la parte trasera acompañado por Victoria y durante el viaje el silencio fue una tortura insoportable.

De repente sintió unas ganas enormes de llorar porque sabía que la molestia de Brandon era con ella, pero no fue su intención hacerle pasar un mal rato ni lastimarlo. No propició esa situación y aunque admitía que se dejó llevar por la emoción del momento, nunca quiso lastimarlo, ni arruinar esa unión que comenzaba a crearse entre ellos.

El auto se detuvo frente a la fachada de la mansión Dupont.

—Gracias, Brandon —dijo Fabrizio al bajar—. Victoria —inclinó la cabeza y salió del auto para ayudar a su hermana a bajar.

—No ha sido nada —respondió serio—. Señorita Di Carlo —dijo,

mirándola de reojo y con un tono severo.

—Adiós Victoria, gracias, señor Anderson —musitó conteniéndose de llorar. por primera vez desde que lo conoció, no le sonrió al despedirse, eso la hizo sentirse fatal.

Camino al interior de la casa, iba cabizbaja, como si llevase un gran peso sobre sus hombros, su semblante no parecía el de alguien que acababa de vivir una experiencia totalmente excepcional.

—No tienes por qué estar triste. —Le dijo Fabrizio para animarla, al notar que la actitud de Brandon la había lastimado.

—No lo estoy. —Se volvió para mirarlo, sus ojos no podían mentir, aunque sus labios lo hiciesen—. ¿Tú también estás molesto conmigo? —preguntó sin poder ocultar su dolor y desconcierto.

—¿Por qué lo estaría? Todo lo contrario, me siento feliz por ti... Sé que este era uno de tus más anhelados sueños y finalmente se ha hecho realidad, es una pena que eso lastimara a algunos —pronunció, pues no podía negar lo que saltaba a la vista.

—Te juro que no fue con intención... Fabri, yo no hice nada malo, simplemente... —intentó explicarse, pero estaba a punto de llorar, se le escapaban las palabras.

—Tranquila, Fran, yo te entiendo perfectamente... —le tomó la mano, soltó un suspiro y continuó—: Fransheska, te conozco y sé que tu reacción fue totalmente espontánea, nunca pensaste que las cosas se darían como sucedieron... hermana no te sientas culpable por ser una mujer hermosa, era imposible que el señor Gardel no quedara prendado de tu belleza... y bueno, digamos que fue bastante directo; por decirlo de algún modo, pero es su forma de ser, es un hombre con experiencia, sabe cómo desenvolverse con las mujeres y, sobre todo, cómo hacer que se sientan especiales... Tú no fuiste la única en ese lugar que cayó rendida ante él, así que no debes sentirte mal por eso.

—Sí..., pero... —Ella se detuvo al ver que casi le confesaba el motivo real por el cual se sentía preocupada, que no era lo que pensarán los demás, sino lo que pensara Brandon.

—Él tendrá que entender, puede que no le resulte fácil, pero lo terminará haciendo... y si no lo hace es un soberano idiota. —Afirmó cómplice. Ella se relajó un poco, Fabrizio le acarició con suavidad la mejilla—. Ven acá rompecorazones. —La sujetó por los hombros para abrazarla.

—No es gracioso, Fabrizio —dijo, apretando más el abrazo, porque se

sentía bien tener el apoyo de su hermano—. Todo es tu culpa, ya me estás contagiando tus hábitos

—¡Oye! Yo soy hombre de una sola mujer —acotó, mostrándose divertido—. Además, nunca he tenido dos en el mismo lugar —agregó, riendo.

—No me digas. ¿Y qué hay de Victoria y Antonella? ¿Cuándo te vas a decidir? —incordió, mirándolo a los ojos.

—Creo que después de lo que tuve que ver hoy, voy a quedarme soltero, no quiero sufrir las mismas penas del pobre Brandon —bromeó para escapar del tema.

Ella le dio un golpe en el hombro y se puso seria, pero él la abrazó de nuevo y así subieron las escaleras, se despidieron frente a sus habitaciones ya que cada uno tenía mucho en lo que pensar. Fransheska intentó alejar de su mente los sucesos de la tarde concentrándose en preparar su equipaje, pero las imágenes de Brandon y Carlos Gardel se mezclaban en su cabeza, llegando al punto de atormentarla, tanto, que algunas veces sonreía y en otras lloraba.

## Capítulo 22

Cuando los Di Carlo llegaron a la estación de trenes en compañía de Edith y Jean Pierre, los Anderson ya se encontraban allí. Gerard los acompañaba, pues quería aprovechar hasta el último minuto junto a Victoria, no sabía cuándo conseguiría verla de nuevo, ya que su trabajo era muy demandante, y había pasado dos años trabajando arduamente para poder disfrutar de esos días libres.

Brandon seguía dolido por lo sucedido la tarde anterior, y aunque al principio se mostró distante con Fransheska y apenas la saludó cordial, no pudo evitar que ella atrapara su atención. Una vez más su mente se debatía entre sí estuvo bien o mal su actuación del día anterior. Era la primera vez que se veía en una situación como esa, por tanto, le resultó complicado actuar de manera correcta, en ese momento se sentía cohibido de hablar con ella y disculparse por su comportamiento.

Fransheska tampoco era capaz de acercarse a Brandon, ni siquiera podía mirarlo a los ojos sin sentirse avergonzada, por eso buscó a Edith para charlar sobre la visita que le había prometido hacer a Florencia en cuanto terminara su semestre. Tal vez lograrse convencerla de tomar una carrera y dejar de lado el baile, que bien sabía, no la llevaría a ningún lado, ya su padre se lo había dejado claro; sin embargo, ella seguía empeñada en aferrarse a esa ilusión y continuaría así mientras pudiese.

—Señorita Di Carlo. ¡Esto es un verdadero regalo del cielo! —mencionó Carlos, haciendo que todos se volviesen a mirarlo—. Pensé que no tendría la dicha de verla de nuevo —agregó, acercándose hasta ella con una sonrisa que iluminaba sus ojos oscuros, le agarró la mano para darle un suave beso—. ¿Cómo ha estado?

—Bien... bien, gracias, señor Gardel, ¿usted cómo está? —Pudo encontrar su voz para saludarlo, pues la sorpresa y los nervios la habían invadido.

—Maravillosamente, sería la palabra adecuada, pero justo ahora siento que no lograría abarcar toda mi alegría. —La vio sonrojarse y eso lo hizo sonreír, escuchó que alguien resoplaba y no le costó adivinar que había sido Brandon—. Disculpen, la belleza de la señorita Di Carlo me eclipsó y olvidé

saludarlos, ¿cómo se encuentran?

Los presentes respondieron amables, a excepción de Brandon, quien se alejó con la excusa de ir a comprar un periódico, tal vez estaba actuando como un cobarde o un inmaduro, pero prefería eso a ser un hipócrita. Sentía que se encontraba en medio de la peor pesadilla de su vida, de nuevo ese hombre se ponía en medio, mirándola y hablándole con esa confianza que le resultaba abusiva.

Apenas le prestaba atención a lo que le decía el vendedor ya que su mirada estaba puesta en Fransheska, solo le entregó un billete y recibió el periódico sin preocuparse por el cambio. Vio que el cantante la alejaba del grupo, enseguida su cuerpo se tensó y se puso en estado de alerta, dio un par de pasos para ir en su rescate, pero se detuvo porque solo se exponía a hacer el ridículo, ya que a ella no parecía incomodarle la presencia de ese hombre; por el contrario, se le veía feliz. Apretó el periódico en las manos, ella tampoco mostraba un ápice de piedad hacia él, parecía disfrutarlo.

—Señorita Di Carlo, ayer olvidé entregarle esto. —Sacó de su bolsillo una hoja de papel y se la extendió, vio que ella se mostró dudosa de recibir lo que le ofrecía, pero al fin accedió y él se sintió aliviado.

—¿Qué es? —preguntó, fijando su vista en la hoja.

—La canción que le dediqué ayer, me gustaría que la conservara... y así se acuerde de mí, algún día —respondió con un tono sublime.

—¡Muchas gracias! —expresó emocionada, tanto que no supo qué más decir, así que levantó su rostro para mirarlo.

—Gracias a usted por inspirar la melodía, nunca la había cantado en público, aunque lleva un tiempo escrita. Verá, mi amigo Le Pera es un amante de la poesía y tiene el don de hacer de los poemas, canciones, pero fue usted la que hizo que realmente fuese música.

—Es muy hermosa, estoy segura de que será un éxito —dijo con sinceridad, sintiéndose honrada por su gesto.

—Eso no lo dude —aseguró sonriente y sintió que era el momento propicio de arriesgarse—. Señorita, no deseo incomodarla de modo alguno, y disculpe si soy muy directo en la forma de expresar mis sentimientos, pero no puedo evitarlo, no cuando estoy frente a una mujer que ha despertado sensaciones que ni siquiera yo imaginaba tener, me ha deslumbrado cual sol de primavera, cual estrella fugaz... solo que fugaz es una palabra que me aterra cuando pienso en usted —pronunció, atreviéndose a sujetarle las manos.

Se detuvo al ver que se tensaba, tal vez en otro momento sería más sutil,



pero se estaba quedando sin tiempo y necesitaba asegurarse que la vería de nuevo. Fransheska se sintió abrumada y desvió su mirada; por desgracia, se encontró con la de Brandon, leyó dolor y rabia en sus ojos, aunque su rostro casi se había hecho pétreo.

—Señor Gardel... —Ella se liberó del agarre con sutileza.

—Carlos, llámame Carlos, por favor. —Le pidió, perdiéndose en sus hermosos ojos grises que lo tenían cautivado.

—Carlos... —esbozó y respiró profundo buscando las palabras más elocuentes—. Siendo sincera, me siento muy halagada por sus palabras, me hacen sentir realmente especial y le agradezco por todo, pero... —Fue interrumpida de nuevo.

—Disculpen que los moleste, Carlos es hora de irnos —anunció Alfredo, sonriendo amable a Fransheska.

—Dame unos minutos, por favor —dijo, sin dejar de mirarla. Su amigo asintió en silencio y se alejó—. ¿Ya ve? De nuevo el destino se empeña en alejarme de usted, por eso quisiera pedirle que me brinde la oportunidad de escribirle. —Vio que se tensaba de nuevo así que se apresuró a agregar—: Sin ningún tipo de compromiso, solo por si algún día decide visitar Argentina o si yo paso por Florencia... me encantaría volver a verla. —Sus ojos brillaban y su voz era casi un ruego.

—Le daré mi dirección —contestó ella, no sabía cómo negarse, él había sido muy gentil. Abrió su bolso para sacar una pequeña libreta y una estilográfica, anotó con rapidez, aunque sabía que era una locura y que tal vez podía llegar a arrepentirse, pero si lo pensaba por más tiempo terminaría retractándose—. Aquí tiene.

—Muchas gracias, ahora me gustaría pedirle un último favor —mencionó con voz sedosa. Ella asintió en silencio—. Deseo entregarle algo más. —Fransheska intentó negarse, pero él la detuvo—. Solo deme un momento, por favor, vuelvo enseguida. —Salió con paso ligero, confiado en que lo esperaba.

—¿Qué te dijo? —Edith se acercó hasta ella para enterarse de todo.

—Me regaló la canción que cantó ayer..., y me pidió que lo autorizara a escribirme —respondió, sintiéndose más nerviosa que emocionada, por una extraña razón que no comprendía.

—Fransheska... ¿Dijo que iría a verte? —Edith se llevó las manos a la boca, mostrándose sorprendida y sus ojos brillaban.

—Sí, mencionó que le gustaría verme de nuevo. —Su voz vibraba y su

corazón latía emocionado, pero no como cuando estaba cerca de Brandon y eso la desconcertó, porque se suponía que los detalles y las palabras de Gardel deberían emocionarla mucho más, era su ídolo.

—Ya regresa, me voy... nos vemos ahora. —Se alejó con disimulo para que el cantante no fuese a creer que era una entrometida.

—Edith... —Fransheska intentó detenerla, pero era tarde, se volvió a mirar al cantante y su mirada se iluminó de inmediato al ver el hermoso ramo de rosas que traía en las manos.

—Quiero que las tenga, como muestra de mi sincero cariño por usted —mencionó Carlos, extendiéndole el ramo.

—Carlos... yo... yo... —Su voz desapareció, estaba abrumada.

—Acéptalas, por favor, Fransheska. —Le pidió buscando su mirada y sonrió con emoción al ver que ella las recibía.

—Le agradezco el detalle, son hermosas —dijo, aspirando el dulce aroma que destilaban, en verdad le encantaban.

—Fransheska Di Carlo... hermoso nombre, como hermosa es su dueña... te juro que se quedará grabado en mi memoria, y tu imagen en mi corazón. — Le dijo con devoción.

—Carlos tenemos que irnos. —José no quería arruinar su conquista, pero ya anunciaban la salida del tren con destino a Toulouse.

—Por favor, vaya..., me sentiría muy mal si pierde el tren por mi culpa —mencionó, apenada.

—A mí me daría lo mismo —confesó, sonriendo con picardía, pero después se puso serio y soltó un suspiro—. Tengo que irme mi encantadora musa, pero rogaré cada día para que el destino nos reúna de nuevo. —Se llevó una mano a los labios y le dio un largo beso.

—Gracias por todo..., y ojalá ese deseo se haga realidad, que tenga mucho éxito, Carlos —pronunció con sinceridad reflejándose en una preciosa sonrisa, porque no merecía menos.

Él se había esmerado en halagarla como nunca lo habían hecho, cada una de sus palabras y sus detalles la habían hecho sentir tan especial, conocerlo había sido mucho más que un sueño hecho realidad. Él se acercó a ella y con suavidad le dio un beso en la mejilla, apenas un roce, pero eso lo llenó de una emoción indescriptible, su corazón latía como nunca y su sangre parecía cantar y él también quiso hacerlo.

—*Acaricia mi ensueño, el suave murmullo de tu suspirar, como ríe la vida si tus ojos grises me quieren mirar. Y si es mío el amparo de tu risa leve*

*que es como un cantar... ella aquietta mi herida, todo, todo se olvida... El día que me quieras, la rosa que engalana, se vestirá de fiesta con su mejor color... y al viento las campanas dirán que ya eres mía y locas las fontanas, se contarán su amor...*

Su voz llegaba hasta ella como una suave caricia, él caminaba sin dejar de mirarla mientras su amigo lo guiaba para que no perdiera el equilibrio y cayera. Fransheska le sonreía y sus ojos brillaban, no podía evitar sentirse absolutamente cautivada por ese hombre, que despertaba maravillosas sensaciones en su corazón, aunque era consciente de que tenían que ver más con la admiración que con el amor, gracias a Brandon podía diferenciarlos con exactitud. Llegó el momento de subir al tren y desde la puerta le dedicó la última estrofa.

*—Luciérnaga curiosa que verá... que eres mi consuelo.*

El tren inició su marcha, los ojos negros de él se fundieron en los grises de ella hasta perderse de vista, mientras el romanticismo de ese momento seguía vibrando en el lugar. Consiguiendo que no solo Fransheska se sintiera emocionada, también cada una de las damas presentes.

Brandon no quiso seguir torturándose con esa escena, tampoco quería ver en la mirada de Fransheska que ya la había perdido; reunió cada pizca de valor en su interior para despedirse de los demás y subió al tren. El dolor era tan insoportable, que lo único que quería era dejar de pensar y de sentir, aunque ya había sufrido antes, nunca de esa manera, porque no lo había hecho por el amor de una mujer.

Sentía la necesidad de caer en un profundo sueño que le alejara ese peso en el alma, apenas lograba respirar sin derramar su llanto. Entró al lugar que les correspondía, cerró la puerta para estar a solas y ocupó su asiento. Dejó caer sus párpados con pesadez, se apretó el puente de la nariz buscando el sosiego, en la garganta contenía el llanto, la impotencia y el dolor de ver perdidas sus esperanzas. Ese hombre se había arriesgado y ahora parecía haberla cautivado, se sintió un cobarde. Intentó ser un caballero y ¿de qué le sirvió? Vino uno más astuto y robó todo su camino abonado. De sus labios escapó un sollozo que más parecía un quejido de dolor.

Apretó un puño en el que luego apoyó sus labios.

*—Fransheska —vocalizó con la voz ronca como un gemido herido.*

De inmediato las lágrimas se hicieron presentes rodando por sus mejillas, el dolor en su pecho comenzaba a ahogarlo por lo que respiró profundamente para aliviarlo un poco, pero fue inútil, abrió sus párpados y escaparon libres

sin poder evitarlo.

—¿Qué voy hacer si te pierdo?... ¿Cómo voy a vivir sabiendo que pude tenerte y te dejé ir? —Se torturó con esas preguntas sin saber qué hacer—. Fransheska... te amo, muchachita... yo te amo. —confesó en susurros en medio del llanto.

Escuchó unos pasos en el corredor y pensó que se trataba de Victoria, de prisa se llevó las manos a la cara para secarse las lágrimas, hizo un par de respiraciones profundas y cerró los ojos para fingir que estaba dormido. No quería que ella lo viese tan afectado, o que intentase hablar de lo sucedido, lo mejor era olvidarlo todo y continuar con su vida como la había llevado hasta el momento.

Fransheska aún se sentía dentro de su fantasía, mientras caminaba despacio y sin fijarse en las personas que la rodeaban; de repente, notó que su falda se tensaba, pensó que seguramente se había enganchado en algo así que bajó la mirada. Su sorpresa fue enorme cuando descubrió a un niño que no podía tener más de tres años, intentando captar su atención, ella se agachó para quedar a su altura, y él extendió la mano para tocar las rosas que llevaba.

Ella se sorprendió mucho más al ver los ojos del pequeño, eran de un azul intenso que solo había visto en dos personas, en su padre y en su hermano, ese azul topacio que era el mayor atractivo de ambos. Su corazón latió con fuerza y acercó su mano temblorosa hasta rozar la mejilla del niño para verlo mejor, pero él se encontraba entretenido con las flores y no le permitía mirar bien sus ojos.

—¿Te gustan? —Le preguntó con un hilo de voz.

El niño levantó la mirada observándola y le regaló una sonrisa, ese gesto hizo que se quedara sin aire mientras un temblor se apoderaba de su cuerpo. Negó con la cabeza para alejar esos pensamientos absurdos de su mente, pero no podía luchar contra la sensación dentro de su pecho, que le gritaba que algo en ese niño le era muy familiar.

Marión se volvió para tomar a Joshua, pero una angustia se apoderó de ella al no encontrarlo allí, sus manos comenzaron a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Richard notó el estado de su esposa que lo alertó de inmediato, y buscó con la mirada a su pequeño mientras un terrible miedo se apoderaba de él.

Ella comenzó a caminar con pasos trémulos, mirando a todos lados, pero

no lograba dar con su voz para gritar el nombre de su hijo; de pronto, el alivio la llenó de golpe cuando lo vio junto a una chica, los latidos de su corazón descendieron y dejó libre un suspiro. Se volvió para mirar a su esposo, y él le sonrió aliviado.

—¿Dónde está tu mami? —Le preguntó, tomándolo en brazos.

Marión se encontraba a pocos pasos y logró escuchar a la joven, al igual que Richard, a quien el miedo lo petrificó y comenzó a temblar; de inmediato su mirada se enfocó en la figura de la chica que tenía en brazos a su hijo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Señorita, es mi hijo —mencionó Marión, extendiendo sus brazos.

—Mira, allí está tu mamá —esbozó Fransheska, luego de ver a la mujer que le había hablado, y le dedicó una sonrisa.

Richard se había dado la vuelta para ocultarse de ella mientras el llanto corría libremente por su rostro y su corazón latía con tanta fuerza que pensó que saldría disparado de su pecho, incluso le costaba respirar con normalidad. Un torbellino de emociones lo azotaban por dentro, mientras cientos de recuerdos se agolpaban en su mente, exigiéndole que se diera la vuelta y la mirara a los ojos.

—No tengo cómo agradecerle, estaba ayudando a bajar del tren a mi esposo, y en segundos se alejó de nosotros —dijo, apenada.

—No se preocupe, creo que se distrajo con las rosas —contestó, acariciándole la mejilla, seguía con la sensación de que lo había visto.

Richard escuchaba esa voz y las emociones cada vez se hacían más intensas aumentando sus ganas de salir corriendo de ese lugar, y al mismo tiempo, un deseo infinito de girarse. Deseaba ver esos hermosos ojos grises que él recordaba con exactitud y abrazarla fuerte, podía sentir la misma dulzura en cada una de sus palabras, esa dulzura que la hacía tan importante para él, cuántas veces se aferró a ella, a su tabla de salvación, a su cómplice, a su amiga... a su...

—Fransheska es hora de irnos. —Fabrizio la llamó, ya todos habían subido al tren, solo quedaban ellos dos y Victoria.

—Dame un minuto —pidió, volviéndose para mirarlo, después posó su mirada de nuevo en el pequeño, que intentaba tomar una rosa, mientras su madre lo alejaba para que no las dañara.

—Son muy hermosas, tengo unas así en el jardín de mi casa, debe creer que son las mismas, se la pasa jugando en el jardín. —Marión justificó la fascinación de su hijo por las flores.

—¿Quieres una? —preguntó y lo vio sonreír con timidez, ese gesto la enterneció y con cuidado extrajo una del ramo, la envolvió con un pañuelo para que no fuese a lastimarse con las espinas y se la ofreció, él la recibió con esa sonrisa que ella ya había visto.

—¡Fransheska! ¡Nos dejará el tren! —insistió Fabrizio, para que se diera prisa, pues era la última llamada, y porque no quería seguir viendo la melosa despedida entre Gerard y Victoria.

—Enseguida voy, Fabrizio —respondió, viendo que ya estaba junto al tren—. Debo irme... fue un placer señora... —Se detuvo al percatarse de que no sabía el nombre de la mujer ni del niño.

Richard sintió a su corazón detenerse al escuchar ese nombre salir de su boca, el tono que usó al decirlo era el mismo de años atrás, era como si lo estuviese llamando a él. Todo a su alrededor se oscureció de repente y sintió un fuerte mareo, el temblor en sus manos se hizo más intenso, quiso moverse, pero se encontraba paralizado por el miedo.

—Encantada, Marión Macbeth y este pequeñín es mi hijo Joshua Macbeth —respondió con una sonrisa.

—Un placer, Marión —dijo, extendiéndole la mano—. Fransheska Di Carlo Pavese. —Se presentó con una sonrisa, después buscó con la mirada al niño, se acercó hasta él y le dio un suave beso en la regordeta mejilla—. Cuidate mucho, Joshua —susurró con su maravillosa voz, esa voz como la de las hadas de los cuentos.

Richard vio una luz que lo envolvía y una calidez comenzó a expandirse por su corazón derrumbando todas las barreras que lo mantenían prisionero. La sangre en sus venas que se encontraba congelada como los ríos en invierno, comenzaba a correr como llevadas por un fuerte torrente, y el aire comenzó a fluir dentro de su pecho, sus manos dejaron de temblar, pero seguía sin poder moverse, el pánico era su peor enemigo.

Marión le susurró algo en el oído a Joshua y él levantó la mirada de la rosa que tenía en las manos, se llevó la que tenía libre a sus labios y le lanzó un beso a Fransheska, para después brindarle una sonrisa.

—Muchas gracias, caballero —expresó, emocionada por el gesto.

Se dio media vuelta para marcharse, mientras sentía su corazón latir con dolorosa lentitud, y sus pies pesados apenas la dejaban avanzar, era como si algo le impidiese alejarse de ese lugar, como si una fuerza invisible la ligara a ese pequeño. Sin embargo, al ver la seguridad que representaba su hermano, caminó más de prisa, siendo embargada por ese antiguo miedo de cuando lo

creyó perdido.

—Debemos irnos —dijo Marión, volviéndose para mirar a Richard.

—No, espera —susurró, pero sin dejar dudas a la firmeza de esa decisión, y su mirada siguió a la chica, que caminaba hacia el tren.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se sintió horrible por lo que estaba haciendo, ella caminaba despacio, por lo que él podía correr y alcanzarla. Pero no lo hizo, se quedó allí inmóvil, suspendido en el tiempo mientras la veía alejarse, vio que alguien la esperaba junto a la puerta del tren, él dio unos pasos y enfocó su vista en esa persona.

—¿Está todo bien, Fran? —preguntó Fabrizio, preocupado al ver su mirada triste. Ella asintió, se abrazó a él y rompió a llorar—. Fransheska, ¿qué sucedió? —inquirió, acariciando su espalda.

—No lo sé... siento una presión en el pecho... un dolor muy fuerte.

—Vamos a buscar un médico —indicó, sintiéndose angustiado.

—No, no es un dolor físico... es algo distinto, Fabri, no sé..., me siento extraña —dijo, y respiró profundo para intentar calmarse.

El sonido del silbato que anunciaba la salida del tren los hizo separarse, él la ayudó a subir y luego se volvió para mirar a las personas con las que su hermana había hablado. Su mirada se encontró con unos ojos azul intenso que lo veían con asombro y resentimiento, lo que provocó que un escalofrío lo recorriera por completo, paralizándolo.

Intentó enfocarse mejor en el hombre, algo le decía que ya lo había visto antes, aunque no recordaba de dónde. Le parecía que era como ver a un fantasma, su piel tenía un blanco espectral y bajo sus ojos profundas ojeras, se hallaba en extrema delgadez, su cabello estaba muy largo y descuidado, dándole la apariencia de alguien perturbado.

Richard no podía apartar su mirada del hombre que subía junto a su hermana al tren, nunca lo había visto; sin embargo, sentía que estaba ligado a él de alguna manera, quizá por ese parecido que le resultaba impresionante, era como si fuese su reflejo; claro está, de sus mejores tiempos, no de cómo se encontraba en esos momentos. Su cabeza comenzó a punzar, pues no entendía nada de lo que sucedía, mientras un fuerte dolor se apoderó de su pecho, provocado por la mezcla de rabia, decepción, impotencia y culpa que sentía.

Fabrizio tuvo que apartar su mirada del desconocido cuando uno de los trabajadores le exigió que subiese o el tren partiría sin él, así que lo hizo. Sin embargo, se quedó allí en la puerta, porque le resultaba imposible dejar de mirar a aquel hombre mientras sentía que su corazón latía desesperado y su

mente trataba de hallarle una explicación a esas sensaciones.

A Richard su corazón le exigía que levantara la mirada, que no fuese un maldito cobarde y viera a Fransheska, aunque fuera una vez más; rápidamente buscó entre las ventanillas del tren y logró verla. Su corazón comenzó a latir con fuerza, la angustia se apoderó de él y quiso gritar, pero su voz parecía haber desaparecido, su garganta se había cerrado, eso hizo que comenzara a llorar en silencio mientras su cuerpo se estremecía.

Victoria presenció la escena entre Fransheska y su hermano y la actitud de ambos la hizo sentir desconcertada, porque la joven lloraba con un dolor que ella conocía muy bien, el dolor de una pérdida. Lo sabía porque se vio a sí misma reflejada en la italiana, pensó que lo mejor era darles privacidad, pero al ver la insistencia con la que Fabrizio miraba hacia los andenes, despertó su curiosidad.

Siguió con su mirada la de Fabrizio y pudo ver a un hombre en los andenes, que miraba al tren, pero no en su dirección sino en uno de los compartimentos; de pronto tuvo la sensación de que le era familiar. El extraño se dio la vuelta y comenzó a caminar hasta donde lo esperaban una mujer con un niño en brazos, su andar era pausado, como si llevase sobre sus hombros una carga muy pesada.

Se volvió para mirar a Fabrizio y se sorprendió al ver que él tenía la mirada perdida, como si divagara entre este mundo y otro, su rostro perturbado hizo que se le encogiera el corazón. Se acercó hasta él para comprobar que seguía respirando ya que se encontraba totalmente inmóvil, como una estatua e incluso su piel había adquirido un tono más pálido y su mirada un halo sombrío.

—¿Se encuentra bien? —preguntó con preocupación.

—Sí —respondió, sin volverse a mirarla—, pero Fransheska se sentía mal... ¿puede acompañarme a verla, por favor? —pidió con voz estrangulada, sintiendo que su cabeza era un torbellino.

—Por supuesto —respondió y caminó junto a él.

Cuando entró al compartimento privado que ocupaban, la vio sentada en uno de los sillones junto a la ventana, mientras lloraba en silencio y su mirada estaba puesta en el ramo de rosas en sus manos. Victoria se acercó despacio y se sentó junto a ella, descubriendo que su mirada lucía igual de perturbada que la de su hermano, quiso consolarla al verla tan triste y le apoyó una mano en el hombro.

—¿Estás bien, Fransheska? —preguntó buscando su mirada. Ella se volvió



y sus ojos se encontraban vidriosos por el llanto.

—Sí... estoy bien —respondió y su mirada se perdió una vez más, pero al sentir la presencia de su hermano allí, quiso tranquilizarlo—. Ya pasó, Fabri, está todo bien.

—Te serviré un poco de agua —mencionó Victoria, para darles privacidad, pues era evidente que ellos deseaban hablar.

—¿Quiénes eran esas personas, Fransheska? —La interrogó, porque necesitaba que ella le diese una explicación.

—¿Qué personas? —inquirió sin comprender.

—Con las que hablabas —indicó, poniéndose de cuclillas frente a ella y le sujetó la mano que tenía libre, mientras la miraba a los ojos.

—Era una mujer francesa... Marión Macbeth... su hijo se sintió atraído por las rosas y caminó hasta mí, según me dijo fue un descuido, lo puso en el suelo mientras ayudaba a su esposo a bajar del tren.

—¿Y el hombre? —Su voz se escuchaba desesperada.

—¿Qué hombre? —preguntó Fransheska, desconcertada, sintiendo un miedo recorrer todo su cuerpo.

—El hombre que estaba con ellos... —Fabrizio necesitaba que su hermana le dijera que ese hombre no era idéntico a él, que le asegurase que solo era una sucia jugarreta de su imaginación.

—No lo vi... me dijo que estaba con su esposo, pero no logré verlo —respondió, y sin saber por qué una lágrima rodó por su mejilla.

—No importa, todo está bien. —Se acercó para abrazarla—. Todo está bien, Fran, no llores —repitió, acariciándole el cabello.

—Bebe un poco de agua, te hará bien —indicó Victoria, quien también se sentía sensible por esa situación—. Será mejor que me retire para dejarlos descansar —dijo, encaminándose hacia la puerta.

—Muchas gracias por venir, señorita Anderson —dijo Fabrizio.

—No tiene nada que agradecer, si se siente mal de nuevo no dude en llamarme, estoy en el cuatrocientos diez. —Se acercó hasta Fransheska y le dedicó una sonrisa para animarla.

—Gracias, Vicky. —Ella intentó responderle con el mismo gesto, pero apenas pudo curvar sus labios.

Fabrizio se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos acomodándola en su pecho, comenzó a arrullarla para intentar darle consuelo, porque sabía que estaba sufriendo. Así trascurrieron un par de horas hasta que se quedó dormida, Fabrizio la llevó hasta la cama y la acostó con cuidado para no

despertarla, se quedó observándola unos minutos y luego salió cerrando los paneles de madera que servían de división al compartimento, se sentó y su mente se perdió en el paisaje.

## Capítulo 23

Fabrizio miraba a través de la ventanilla del tren la oscuridad que se cernía sobre el paisaje, mientras se mostraba en aparente calma, pero por dentro sentía un cúmulo de emociones que lo azotaban y miles de ideas daban vuelta en su cabeza. Una sombra tan lúgubre y pesada como esa noche, se posaba sobre él, y poco a poco comenzaba a robarle todo aquello que hasta hacía horas había considerado seguro.

En ese momento se sentía mucho más extraviado de lo que estuvo años atrás, pensó que todas las incertidumbres y los miedos se habían quedado en el pasado, pero se mintió. Esa ausencia de recuerdos que encontró dentro de su cabeza al despertar en aquella habitación de hotel, una vez más lo torturaba, sumergiéndolo en un mar de dudas que hacían que empezase a cuestionarlo todo.

Las lágrimas se presentaron una vez más y les permitió salir en absoluto silencio, tal vez eso era lo que más le irritaba, el silencio que encontraba en el lugar donde se suponían que debían estar sus recuerdos, esa elipsis amarga y dominante que encontraba a todas sus preguntas. No recordaba bien el día en que dejó de hacérselas, solo decidió creer y aceptar, aunque todavía le quedaban muchas cosas a las cuales hallarles explicación, intentaba disimular ante todos y mostrarse seguro; pero a veces sentía que navegaba en medio de una gran mentira.

—¿Quién miente? ¿Lo hacen los demás? ¿Lo hace ese hombre de los andenes?... ¿Quién más, además de ti, está mintiendo? —cuestionó en voz baja para no despertar a Fransheska. Soltó un suspiro y se frotó la cara con las manos—. ¿Quién demonios era ese hombre? ¿Por qué me miraba con tanto interés? ¿Y cómo puede alguien parecerse tanto a otra persona? —cuestionó, sintiendo crecer el asombro dentro de él cada vez que recordaba a aquel desconocido y su actitud.

Fabrizio pudo identificar sus reacciones porque ya una vez vivió lo mismo, ese hombre tenía miedo y recelo, pero también estaba lleno de rencor, la mirada que le dedicó estaba cargada de odio. Tenía que buscar la manera de dar con él, porque no se trataba de un fantasma, ese hombre era real, su actitud

lo gritaba y casi podía jurar que él lo conocía, él sabía esa verdad que los demás le negaban.

—Esto no puede ser posible, tiene que existir una explicación, algo que me deje en claro que ese hombre no está ligado a mí de alguna manera... Esta vez tengo que hacer algo, no puedo seguir conformándome con las explicaciones que me da mi padre... tengo que romper este maldito bloqueo mental que impide que recupere mi pasado —sentenció, mirando a través de la ventana una vez más.

Sabía que no sería fácil recuperar todo lo que había perdido, pues lo intentó durante dos años, pero era hora de seguir luchando, porque sabía que sus recuerdos estaban allí, guardados en algún rincón de su mente. Los molestos dolores de cabeza que iban y venían eran, quizá, la prueba más fehaciente de que no todo en su cabeza estaba bien, ya no podía seguir solo medicándose cuando se hacían insoportables y dejarlos pasar, creyendo que era mejor así, porque no lo era.

Además, también estaban esas pesadillas donde se veía en medio de un fuego infernal que comenzaba a consumirlo todo a su alrededor, y que pensó que había sucedido durante alguna de las dos veces que estuvo en el frente. Aunque no escuchaba gritos ni detonaciones, ni nada que le indicase que estaba en medio de una batalla, solo el incendio y luego de eso, todo se volvía oscuridad y sus recuerdos se perdían.

Tembló ante la sola idea de estar de nuevo en la misma situación de antes, con cientos de dudas torturándolo día y noche, con esa sensación de no pertenecer a ningún lugar, no quería pasar por eso una vez más. Sin embargo, ese encuentro le imposibilitaba volver a creer ciegamente en alguien que le dijera quién era, de donde venía y, sobre todo, hacia dónde iba, esta vez debía encontrar las respuestas en su interior.

Benjen entró a la habitación que compartía con su esposa, se habían casado apenas llegaron a Nueva York en una ceremonia íntima y sencilla, no necesitaban de nada más porque lo único que realmente importaba era el amor que compartían. Amelia se miraba en el espejo, absorta en sus pensamientos, y no notó que él se encontraba allí, dándose la oportunidad de admirarla en silencio.

Se quedó a una distancia prudente, perdiéndose en la imagen de su hermosa esposa, que era mucho mejor de lo que alguna vez soñó, ella era tan exquisita. Su cabello rubio como el oro que brillaba gracias a la luz de la

lámpara cerca del tocador, la piel de sus hombros blanca y sedosa, salpicada de pecas que podía asegurar conocer de memoria.

Lentamente recorrió con su mirada la esbelta figura de su mujer, ella llevaba un sugerente camisón de seda blanco, el escote era pronunciado dejándole apreciar la hermosa espalda hasta llegar a su cintura. Su vista viajó hasta las caderas redondas y maravillosas, luego la posó en el turgente *derrière* que siempre lo había enloquecido y que se dibujaban perfectamente bajo la fina tela.

Respiró profundamente sintiendo cómo su cuerpo se llenaba de deseo con solo verla, más aún al ser consciente de que ella era suya, que lo sería para siempre y que lo amaba con la misma intensidad, con la misma entrega que él le prodigaba a ella. Caminó muy despacio hasta detenerse detrás de ella y acarició con suavidad sus hombros, bajando por sus brazos hasta tomar sus manos, al tiempo que se inclinaba para darle un suave beso en el cuello.

Ella tembló ante las caricias de su esposo, dejó libre un suspiro y le regaló una hermosa sonrisa, observándolo a través del espejo. Él rodeó con sus brazos la delgada cintura de su mujer, posando sus manos sobre el vientre que temblaba ligeramente.

—Soñé tantas veces con esta imagen de ti, llegar a mi recámara y encontrarte allí. —Le dijo al oído, mientras la besaba de nuevo.

—Yo también soñé con esto muchas veces, pero, ¿sabes qué es lo maravilloso? —Se volvió para mirarlo y sonreírle—. Que ya no tiene por qué ser un sueño, ahora es nuestra realidad y soy tan feliz de tenerte a mi lado —expresó, acariciándole el pecho.

Él la besó con intensidad y devoción, sintiendo cómo su pecho se llenaba de emoción con solo tener la certeza de que ya nada podía separarlos. La cargó y la llevó hasta la cama, deseaba hacerle el amor, sentirla temblar entre sus brazos, escuchar sus gemidos y sus jadeos de placer que lo hacían sentir un hombre completo, el más feliz del mundo.

Amelia se dejó llevar por la arrolladora pasión de su esposo, entregándose a él por completo, como lo hizo desde la primera vez, nunca se puso límites con Benjen. Y ahora que eran marido y mujer, la certeza de saber que se tendrían para siempre, aumentaba su deseo y sus ganas de darse por completo, por eso cuando hacían el amor, era con tanta intensidad que acababan rendidos y felices.

Una hora después sus cuerpos descansaban en medio de sábanas revueltas en la enorme cama que había sido testigo de su apasionada entrega. Ella tenía

la cabeza apoyada sobre el fuerte pecho de él, disfrutando de la calidez y el aroma que brotaba de su piel, de la sensación que le provocaba la ligera capa de vellos oscuros que lo cubrían y que le imprimía un aspecto muy varonil.

Él llevó su mano hasta el suave vientre de su esposa y comenzó a acariciarlo, ni siquiera supo por qué, ya que por lo general lo hacía en su espalda o sus caderas, pero en medio del sopor que antecedió al sueño, sintió el deseo de hacer eso.

—Me hubiese gustado tanto estar contigo... haber visto tu vientre crecer y sentir a nuestro hijo... —esbozó de pronto, recordando que nunca había vivido algo así, ni siquiera con Katrina, porque su difunta esposa se ponía demasiado irritable con sus embarazos y durante ese tiempo parecía que su odio hacia él crecía.

—A mí también me hubiese gustado —pronunció con una sonrisa cargada de nostalgia, mientras lo acariciaba.

Él se movió bajando hasta dejar su rostro a la altura del vientre desnudo de Amelia, y comenzó a besarlo con suavidad, mientras rogaba para que la vida le diese la oportunidad de conseguir eso que anhelaba. La escuchó suspirar y sonrió contra la suavidad de su piel, abrió los ojos para posar su mirada en esa media luna y al hacerlo vio que ya no lucía igual, lo que provocó que su corazón se agitase con fuerza.

—Amy... ¿Te has sentido bien? —preguntó, mirándola a los ojos.

Ella lo miró sorprendida ante su pregunta, porque la verdad era que había tenido un par de semanas sintiéndose más cansada de lo normal, pero suponía que se debía a los preparativos de la boda. Sin embargo, la pregunta de Benjen parecía tener otro motivo, uno relacionado con su cuerpo, porque él no apartaba la mirada de su vientre y ella pudo notar que se veía algo pronunciado.

De pronto una idea estalló dentro de su cabeza y comenzó a dar vueltas, se movió con rapidez y salió de la cama ante la mirada turbada de su esposo. Caminó muy despacio y se paró frente al espejo, observando con atención su reflejo, se puso de lado mientras posaba su mirada en el vientre, sus manos temblaron a medida que las acercaba a él.

Benjen también se puso de pie y caminó con lentitud hasta donde ella estaba, buscó su mirada en el espejo, pero más que hallar respuestas, se encontró con muchas dudas. Agarró el rostro de su mujer y se perdió en la mirada azul que se había cristalizado por las lágrimas, y que también adquirió una luz especial.

—¿Amy? —Su voz se quebró al aumentar sus sospechas.

—No puede ser posible... es decir, sé que sí, pero...

—Créeme, puede ser posible —expresó sonriente—. Hemos puesto mucho empeño en que sea posible... ¿Qué sientes? ¿Dime qué sientes? —La interrogó, ansioso.

—Me he sentido un poco cansada desde hace algunas semanas, pero pensé que se debía a todo lo que tuve que hacer para la boda..., no soy muy regular en mis periodos, por eso no me preocupé por el retraso, pensé que era normal, me pasa cuando tengo demasiada presión, o siempre que estaba por estrenar una obra —explicó mientras buscaba en su cabeza la cantidad de días que llevaba de retraso.

—Debemos llamar a un doctor de inmediato —mencionó Benjen, y su voz dejaba ver la urgencia que tenía por confirmar sus sospechas.

—Amor, espera —dijo, tomándolo por el brazo—. Es muy tarde, lo mejor será esperar hasta mañana.

—Amelia... no podré dormir —rogó, mirándola a los ojos.

—Tampoco podrás tener la certeza en este momento, todo lleva su tiempo, señor Danchester —indicó, sonriendo nerviosa.

—Es que... yo necesito. —No lograba coordinar sus ideas.

—Lo sé, pero es mejor esperar hasta mañana, ven, acostémonos de nuevo. —Lo agarró de la mano y caminó con él a la cama.

Se metieron bajo las frazadas y ella lo acomodó sobre su pecho mientras acariciaba su rostro y su cabello. Benjen no apartaba la mirada de su vientre, llevó sus manos hasta él y lo acarició con delicadeza, deseando que todo fuese cierto.

—Amy... ¿Crees que todo estará bien? ¿Qué lo haremos bien? —cuestionó, no pudo evitar que ese temor se apoderara de su pecho, no quería cometer los mismos errores.

—Sí... esta vez todo estará bien, no le fallaremos, todo será distinto porque Dios nos está dando la oportunidad de brindarle a este niño... o niña, lo que le negamos a Terry, así que todo estará bien mi amor. —Le aseguró, dulcemente, una sonrisa se había instalado en sus labios. Bajó y besó con suavidad su boca.

Se quedaron abrazados brindándose caricias, dejando volar sus pensamientos, llenándose de amor y haciendo una oración en silencio para que la vida les diese la oportunidad de reparar el daño que le hicieron a su hijo. Benjen tenía razón, la emoción y la expectativa le impidieron dormir, el sol lo

sorprendió admirando el hermoso rostro de su mujer que había dormido toda la noche.

Se puso de pie cuidando no despertarla, se encaminó hacia el baño para iniciar ese nuevo día, pues tenía muchas cosas que hacer; media hora después estaba pidiéndole a Elsa que preparase el desayuno que más disfrutaba Amelia, y también que llamase a su médico de cabecera. Como era de esperarse la mujer se angustió, pero él la tranquilizó hablándole de sus sospechas, ella se contagió de su entusiasmo y de inmediato se encargó de hacer lo que le pedía.

El médico llegó un par de horas después, subió para examinar a Amelia y tomó algunas muestras, durante el chequeo ella le habló de sus síntomas y él casi le confirmó sus sospechas. Sin embargo, dejó claro que era mejor esperar, le dio algunas vitaminas que no tendrían ningún efecto sobre el feto en caso de que ya existiese, y prometió regresar en un par de días con los resultados.

Benjen prefirió no atender sus asuntos ese día, pues sabía que no tendría cabeza para nada, además, debían comunicarle a Dominique la noticia si resultaba cierta. Hasta el momento su hija había tomado todo con tranquilidad, se le notaba feliz con su nueva vida, su semblante había cambiado por completo, ahora se notaba más segura de sí misma y expresaba con mayor libertad sus opiniones y sus sentimientos.

Esto hacía muy felices a Amelia y Benjen, pues dejaba claro que estaban actuando de manera correcta con la niña, el temor que los había invadido en un comienzo ya solo era un mal recuerdo. No obstante, no sabían cómo reaccionaría cuando se enterase del embarazo, aunque lo primero era corroborar que estaban en lo correcto y después buscar la manera de contárselo a ella.

Amelia confiaba en que se pondría feliz, claro está, no podía dar nada por sentado, pero Benjen se encontraba muy ansioso por toda esa situación y ya quería decirle a medio mundo que sería padre de nuevo. Ella tuvo que atajar su entusiasmo y obligarlo a esperar hasta tener los resultados, mientras tanto procuró relajarlo dándole mimos, al tiempo que cultivaba sus propias esperanzas, repitiéndose una y otra vez que todo saldría bien, para infundirse confianza.

La noche estaba tan llena de tinieblas, por lo que apenas podía distinguir las siluetas de su mujer y su hijo durmiendo a su lado, y solo sus acompañadas



respiraciones rompían el pesado silencio que lo envolvía. Su mirada, tan oscura como el cielo, observaba a través del cristal de la ventanilla del tren la silueta de la luna que pareciera seguirlo como las sombras que lo acosaban; aunque sus fantasmas de antes habían palidecido ante la nueva realidad que vivía.

Sabía perfectamente que nadie podía ayudarlo, ningún doctor o medicamento podía hacer nada por él, porque el problema no era de ciencia, sino de conciencia, era esta la que estaba completamente enferma. Aunque su cuerpo también le pasaba la cuenta, no se había recuperado del todo, aún podía sentir cómo se rompía el aire que respiraba dentro de su pecho, cómo cada suspiro iba acompañado de sufrimiento.

Sin embargo, en ese momento, no era eso lo que lo atormentaba, sino el recuerdo de aquel hombre en la estación de trenes junto a su hermana. Por un instante sintió deseos de arrebatarse la vida, esa que le estaba robando, pero la impresión no lo dejó actuar, porque fue como verse en un espejo que lo mostró lleno de vida y no en medio de ese viento helado que lo envolvía, pero que aún no le congelaba el alma.

Cerró los ojos y logró escuchar el latir de su corazón que le gritaba que estaba vivo, pero él se sentía como un fantasma que vagaba en un mar negro de emociones, un mar lúgubre donde no había sol ni luna, donde simplemente no había nada. Y en ese lugar solo lo acompañaba su lenta agonía, esa de la que quería deshacerse pues ya no la aguantaba, ya no podía seguir luchando con sus demonios.

Hasta hacía dos días solo era un fantasma envuelto en dulces mentiras, para ocultar sus verdades amargas, un faro que alumbraba un desierto desangrando su luz inútilmente sobre espejismos mortales. Ahora su mente y su corazón se desgarraban al descubrirse en otro lugar, en otro tiempo y con los que una vez lo creyeron muerto.

—Amor, ¿te sientes bien? —preguntó Marión al despertar y ver que su esposo tenía la mirada perdida en el oscuro paisaje y unas lágrimas rodaban por sus mejillas, que ella limpió tiernamente.

—Dame a Joshua, seguro te tiene cansada. —Fue su respuesta.

Tomó al niño en brazos, acomodándolo sobre su pecho y le dio un beso en la mejilla, luego la acarició con ternura; al dejar libre su mano, agarró la de su esposa, rozando suavemente en el agarre sus alianzas. Se la llevó a los labios y le depositó un suave beso, ella le regaló una sonrisa que intentaba esconder su tristeza, pero él pudo verla en sus ojos, y eso lo hizo sentir un miserable, no

podía seguir haciéndola sufrir, Marión no merecía vivir de esa manera.

—Me gusta la lluvia —susurró Marión, al ver que, entrando a Amiens, las gotas comenzaron a golpear con fuerza los cristales.

—A mí también; sobre todo cuando es de día y el cielo se encuentra lleno de nubes grises. ¿Sabes por qué? —Le preguntó, acariciándole la mano que mantenía entre las suyas.

—No, cuéntame por qué —pidió, animándolo a hablar, pues había estado muy callado en los últimos dos días.

—Fue un día de lluvia con un cielo sumamente gris que te vi por primera vez, traté de acercarme, pero no pude, pues la voz del coronel me sacó de la burbuja donde me encontraba, recuerdo que nos movilizaban hacia el frente —esbozó, soltando un suspiro pesado, y continuó—: También fue un día lluvioso la segunda vez que te vi y me dirigiste la palabra —agregó, mirándola a los ojos.

—Lo recuerdo bien —acotó, sonriendo de la emoción.

—El día que me atendiste por primera vez, también llovía, y entonces, comencé a pedirle a Dios que todos los días lloviera, porque sabía que te encontraría..., por eso no me extrañó que también estuviese lloviendo cuando te besé por primera vez —expresó, buscando alejar con esos recuerdos, el dolor que sentía.

—Richard... yo también lo recuerdo, amor mío.

—Solo dos veces nos salvamos de la lluvia, cuando nos casamos debajo de aquel árbol, no teníamos a nadie, ni alianzas, solo teníamos la locura de estar juntos por siempre, estábamos sumamente felices —mencionó, mirándose en los ojos de la mujer que tanto amaba.

—Y cuando hicimos el amor, esa noche había estado lloviendo, pero después las nubes se apartaron, dejando un maravilloso cielo estrellado y una luna inmensa y plateada en lo alto, recuerdo que pensé que no acudirías a nuestra cita —confesó, sintiendo la misma emoción de aquel entonces, justo en ese momento estaba temblando.

—Lo recuerdo... recuerdo cada momento, Marión.

Ella lo miró a los ojos y de los de ella empezaron a salir lágrimas, no podía creer que en su mente estuviesen tan nítidos todos esos recuerdos, pensó que a lo mejor las charlas con el nuevo doctor lo habían ayudado, y de ser así, hasta podían mudarse a París para que lo tratara con más frecuencia y lo ayudara a superar sus traumas.

—Es que casi todos los días llovía y yo tenía una explicación a eso —Ella

quiso seguir hablando de cuando se conocieron, porque a pesar del horror de la guerra, fueron instantes maravillosos, y sabía que hacían que él estuviese feliz, podía verlo en su mirada.

—¿Cuál? —preguntó, mirándola a los ojos, recordar esos momentos lo hacía olvidarse de su cruel realidad.

—Mi padre decía que cuando llovía en un espacio muy pequeño, cuando solo era lluvia de una nube era porque alguien que estaba lejos y te quería, te estaba extrañando y pues a todos nos extrañaban en nuestras casas, creo que por eso llovía todo el tiempo, de seguro hay alguien en el tren a quien extrañan mucho, porque ya pasó la lluvia, ¿ves? Solo era una nube —comentó observando a través del cristal.

—Tal vez tu padre tenía razón, de seguro Manuelle ya te extraña —expresó con tristeza, una vez más desviaba la mirada mientras pensaba que tal vez en esa hermosa campiña, llovería casi todo el tiempo.

—No, Richard... Manuelle sabe que ya vamos en camino, más que a mí, estará extrañando la comida, porque de seguro ya se habrá devorado todo lo que le dejé —dijo con una sonrisa, pero notando el cambio otra vez en su esposo.

Fabrizio intentó devolverle el gesto, le acarició el dorso de la mano y se la llevó a los labios para besarla, sintiendo que solo Marión podía mantenerlo en pie, solo ella era capaz de ahuyentar todos los demonios del pasado que intentaban apoderarse de su alma. Sin embargo, los recuerdos terminaron por envolverlo y arrastrarlo a esa etapa de su vida que deseaba olvidar, y no valió de nada su resistencia, ni que intentara enfocarse en su presente que tenía junto a su esposa y su hijo.

# Capítulo 24

**27 de diciembre de 1912**

Fransheska llevaba varios minutos despierta, había puesto el despertador para evitar quedarse dormida, ya que quería ser la primera en felicitar a su hermano. Salió de su habitación y caminó de manera sigilosa hasta la de Fabrizio, abrió encontrándolo dormido, dejó la caja con su regalo sobre la silla junto a la puerta y corrió para lanzarse en la cama, con toda la intención de sorprenderlo.

—¡Feliz cumpleaños! ¡Vamos dormilón, despierta! —gritó Fransheska, al tiempo que le quitaba la frazada.

—Fran... por favor, déjame dormir —murmuró, tomando nuevamente la cobija para cubrirse hasta la cabeza.

—Fabrizio, no seas tan perezoso, mira que no todos los días se cumplen catorce años —dijo, poniéndose de pie y encaminándose para correr las cortinas, luego abrió las ventanas e inmediatamente el canto de los pájaros inundó la habitación, a pesar de estar en invierno, las aves mantenían sus cantos firmes.

—Hace frío, Fran, cierra esa ventana... ¿Y acaso tú no duermes? ¿Eres una vampiresa o eres la socia de Bram Stoker? —cuestionó, volviéndose para esconderse de la luz brillante del sol.

—No... ni lo uno ni lo otro, lo que sucede es que hoy es el cumpleaños de mi hermano favorito —expresó sonriente, estaba ansiosa porque viera lo que le había comprado de regalo.

—Soy el único que tienes —acotó, bajando la frazada y dejando al descubierto solo su rostro, manteniendo el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, ya que la claridad los lastimaba.

—Bueno, por eso eres mi favorito y te tengo un regalo —anunció con la mirada brillante, se encaminó hasta la silla en la entrada, y agarró una caja envuelta en papel rosa con un gran lazo blanco.

—¿El regalo es para mí? —preguntó, sintiéndose desconcertado por el color de la envoltura, la vio asentir mientras sonreía—. ¿Estás segura? No sé,

lo digo por el papel. —Señaló la caja, porque más parecía el regalo de una chica, que de un varón.

—Sí, Fabri, es para ti, solo que...bueno, ya sabes son mis colores favoritos y es como una obsesión para mí, y aunque sea tu regalo, tiene que llevar estos colores, ahora ábrelo. —pidió extendiéndole la caja.

Él sonrió ante las ocurrencias de su hermana, desató el lazo y rasgó el papel, porque era la tradición hacerlo, aunque el envoltorio estaba muy bonito. Abrió la caja encontrándose con La Constitución del Estado, La Ley de Proceso Penal y El Código Civil Italiano, lo que hizo que el corazón de Fabrizio saltara de emoción, se quitó la cobija de un solo jalón y se puso de pie para abrazar a su hermana.

—¡Por Dios! Fabrizio Alfonso —reprochó, cruzando los brazos sobre su pecho, mientras lo miraba con reprobación.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado por su reacción.

—Cúbrete, no sé cómo puedes dormir solo con ropa interior.

—Fran no seas tonta, somos hermanos no hay nada de malo, ahora ven acá —dijo, abrazándola, al tiempo que sonreía—. Gracias campanita, es el mejor regalo que he recibido en toda mi vida. —Le cubrió las mejillas de besos, mostrándose agradecido y feliz.

—Solo deseo que seas el mejor abogado de Italia, qué digo de Italia, tienes que ser el mejor abogado de Europa —expresó con entusiasmo.

—Eso tenlo por seguro, vas a ser la hermana favorita del mejor abogado del mundo —anunció, irguiéndose orgulloso.

—Soy la única que tienes —acotó, rodando los ojos y sonrió cuando él le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Adelante —respondieron al llamado en unisonó, luego de escuchar un golpe en la puerta.

Fiorella entró con un pastel color azul cobalto, el color preferido de su pequeño, iluminado por catorce velas, detrás de ella lo hacía Luciano, quien llevaba en sus manos dos cajas con sus regalos. Ambos se mostraban sonrientes, mientras entonaban la canción para celebrar un año más de vida de su hijo mayor, quien comenzaba a dejar atrás al niño, para convertirse en un hombre.

—¡Feliz Cumpleaños! —expresaron todos, Fiorella se acercó hasta él con el pastel, pero antes de que soplara, lo detuvo—. Mi vida, no olvides el deseo. —Le recordó, sonriéndole.

—No será solo mi deseo, sino una deuda pendiente —esbozó, desviando

la mirada a su hermana para decirse en un pensamiento:

“Quiero ser el mejor abogado de Europa”.

Las velas se apagaron, dejando una delgada estela de humo al hacerlo, luego de eso vino otro abrazo por parte de Fransheska, quien sonreía radiante. Su madre se alejó para poner el pastel sobre la mesa de noche, luego regresó para abrazarlo muy fuerte.

—Felicidades mi bebé, mi pequeñito —pronunció, dándole besos en todo el rostro, casi sin dejarlo respirar.

—Mamá.... Mamá —murmuró él, para detener las apabullantes muestras de cariño de su madre, que lo seguía tratando como a un niño.

—Ya Fiorella, lo vas a malcriar más de lo que ya está. —La interrumpió Luciano, reclamando su turno para felicitarlo—. Debes dejar de tratarlo como a un niño, ¿no ves que ya es todo un hombre? —esbozó con orgullo, pues a su hijo ya le faltaba poco para alcanzarlo en estatura, se acercó hasta él, abrazándolo—. Felicidades hijo, por cierto, ponte algo decente, no puedes andar así delante de las damas.

—Gracias, papá...enseguida voy —respondió, liberándose del abrazo y se dirigió al baño.

—¿Y esto? —Luciano captó con la mirada los libros en la cama, agarró uno para leer el título y frunció el ceño.

—Son mi regalo, papá —acotó Fransheska con entusiasmo.

—Ya veo, aunque no creo que le vaya a servir de mucho en la escuela de medicina, princesa —dijo, lanzándolos despreocupadamente sobre la cama, y vio a su hijo salir del baño.

—Padre, ya le he dicho que mi vocación son las leyes, es lo que deseo estudiar. —Había alcanzado a escucharlo y se sintió molesto, pues su comentario hirió a su hermana.

—Y yo te he dicho que estudiarás medicina —mencionó en un tono determinante, mientras lo miraba a los ojos.

—Bueno, bueno, esa conversación la dejaremos para otro día, está muy trillada, Luciano —Fiorella miró a su esposo para indicarle que dejara el tema de lado—. Hoy es el cumpleaños de nuestro niño —dijo, acercándose a él para besarlo y consentirlo.

—Su nombre es Fabrizio... Fiorella, aprende a llamarlo por su nombre, no ves que es un hombre —dijo, haciéndole un ademán.

—Está bien, Fabrizio —respondió, miró a su hijo con complicidad, y cuando Luciano les dio la espalda para salir, le entregó un guiño,

acariciándole la mejilla y le extendió la mano libre a su hija—. No importa lo que su padre diga, para mí siempre van a ser mis bebés —expresó dándole besos en las mejillas, mientras sonreía.

Fransheska y Fabrizio sonrieron disfrutando del cariño de su madre, quien siempre había sido más afectuosa que su padre, no era que Luciano fuese un ogro, él también les había demostrado que los quería. Sin embargo, a la hora de imponer su autoridad no vacilaba y ellos siempre terminaban haciendo lo que él decía, ya fuese por voluntad propia o porque se veían obligados.

Bajaron al salón para desayunar reunidos en familia, charlando sobre cosas cotidianas, sin caer en el tema de lo que haría Fabrizio cuando se graduase del colegio dentro de tres años. Aún faltaba mucho para eso, y Fiorella esperaba que alguno de los dos cediese, ya fuese Luciano o su hijo, pues no los quería discutiendo todo el tiempo.

### **5 de enero de 1913**

Eran alrededor de la nueve de la noche, cuando un golpe en la puerta lo hizo levantar la vista del Código Penal Italiano, el cual intentaba memorizar. Quería llegar a la universidad teniendo pleno conocimiento de las leyes de su país, debía hacerlo si quería cumplir la promesa que le había hecho a su hermana.

—Adelante —respondió, volviendo la vista nuevamente al artículo cuarenta y ocho, que tenía rato tratando de interpretar.

—Hijo, ya es bastante tarde —dijo Luciano, se sintió curioso al ver que estaba leyendo, así que se acercó y se sentó al borde de la cama.

—Solo dos artículos más y le prometo que me dormiré.

—Fabrizio —pronunció con desgano, frotándose los párpados con sus dedos—. ¿Por qué te empeñas en estudiar algo que no te servirá de nada? Esto no será necesario en la escuela de Medicina.

—Padre... no quiero ser médico, eso no es para mí... sabe que no tengo suficiente estómago para serlo —expresó en un tono lleno de respeto, pero dejando claro que no permitiría que le impusiera nada.

—No es que quieras o no, es que debes serlo Fabrizio Alfonzo, es una tradición familiar, tu abuelo fue médico, yo lo soy y tú también lo serás, estudiarás para ser uno de los mejores doctores del país —aseveró mirándole a los ojos, pero al ver que su hijo le rehuía, intentó con otro argumento—. ¿Acaso no te das cuenta que es una carrera completa? Tendrás la satisfacción

de salvar vidas.

—Padre, por favor, no solo con la medicina se puede salvar vidas, no tienes ideas de cuantas personas son fusiladas, colgadas y condenadas impunemente a causa de un veredicto erróneo, siendo un buen abogado podré defender y salvar las vidas de muchos inocentes.

—Quiero que salves vidas desde un hospital no desde un tribunal, serás un gran doctor ejerciendo, o como mínimo director de uno de los hospitales más importantes del país, así veo tu futuro, Fabrizio —sentenció palmeándole la mejilla con cariño y se puso de pie para marcharse—. Deja eso de lado y duérmete, no pierdas el tiempo.

Fabrizio vio salir a su padre dejándole con decenas de cosas para decirle, a veces le dolía tanto que su padre no lo comprendiera y lo apoyara. Suspiró para contener las lágrimas y volvió la mirada a la ley, tratando de concentrarse una vez más en aprender tanto como pudiera.

—No pierdo el tiempo, padre, puede que no cuente con su apoyo, pero eso no será un obstáculo para que sea un gran abogado, es mi sueño, no el suyo —pronunció con la garganta inundada en lágrimas.

Apagó la luz de su habitación, pero se quedó con la de su lámpara de noche encendida, y retomó la lectura donde se había quedado.

## 12 de enero de 1913

Fabrizio bajó casi corriendo las escaleras, había decidido ir hasta la biblioteca en Florencia para buscar unos libros que le ayudasen a entender las leyes. También aprovecharía para pasear un rato en el parque, tal vez lo que necesitaba era distraerse un rato y así poder concentrarse mejor.

—Eh... eh, señorito, ¿a dónde piensa que va tan rápido?

—Por ahí, mamá —respondió rápidamente.

—¿Cómo que por ahí? Esa no es una respuesta para una madre. —Le hizo señas con el dedo índice para que se acercara hasta ella.

—Lo siento mamá... voy al parque a leer un poco y a comer un helado —contestó, para satisfacer su curiosidad.

—Ves, así está mejor. —dijo, cubriéndole las mejillas de besos.

—Madre... Mamá me está despeinando y me va a sonrojar las mejillas. —Se quejó, en medio de risas.

—Así te ves lindo, chiquitín. —Fiorella dejó de besarlo y con sus dedos peinaba los cabellos de Fabrizio.



—Madre no soy un bebé, puedo hacerlo yo mismo.

—Está bien, pero para mí serás mi bebé, así tengas canas sobre las canas, seguirás siendo mi niño —sentenció, dándole una nalgada para que se encaminara.

—¡Mamá! —repuso con asombro, ella le lanzó un beso y él le respondió con una sonrisa y luego salió de la casa.

A pesar de estar en invierno el sol iluminaba con fuerza, la mirada de Fabrizio se perdía admirando como el astro hacía brillar la nieve que cubría las cimas de las colinas, mientras marchaba a toda la velocidad en su bicicleta sintiendo la fría brisa estrellarse en su rostro. Llegó a Florencia sintiéndose algo cansado, pero satisfecho, pues le gustaba mucho esa actividad, bajó y caminó hasta el puesto de helados.

Llevando un cono grande, caminó hasta una banca y se dejó caer sobre esta, el parque estaba desolado, lo que para él era magnífico ya que así podría concentrarse en la lectura pendiente. Tratar de entender los artículos se había convertido en una obsesión y todo porque quería demostrarle a su padre que su vocación por las leyes era real.

Se disponía a abrir El Código Civil donde estaba señalado, cuando su mirada captó a la mujer más hermosa que sus ojos hubiesen visto, llevaba un elegante abrigo de piel en su color favorito. Su corazón se aceleró cuando cruzó su mirada con la de él y vio que se acercaba, miró a su alrededor para asegurarse de que no caminaba para saludar a alguien más, pero el parque estaba completamente solo, no había duda de que se acercaba hasta él.

—Buenas tardes, niño ¿qué haces tan solo por aquí, tus padres dónde están? —preguntó con amabilidad.

—Efectivamente estoy solo, señora, pero no soy tan niño como para perderme, mis padres me dan permiso, vine al parque a estudiar.

—¡Qué bien! ¿Y qué estudias? —preguntó, tomando asiento a su lado para hacerse compañía mutuamente.

Fabrizio sintió que el mundo se detenía cuando vio lo que esa hermosa dama hacía, nunca había estado junto a una tan bella como ella. En realidad, ninguna mujer había mostrado interés por él, todas pensaban que era solo un chiquillo. Intentó demostrar lo contrario, así que respiró profundo para no dejar caer el libro de sus manos y poder mostrarlo sin que ella se diera cuenta de su nerviosismo.

—¡Vaya! El Código Civil, ¿acaso ya estás en la universidad? —inquirió, mirándolo mejor—. Disculpa, es que aparentas ser muy joven.

—No, aún no estudio leyes, me faltan tres años para ingresar a la universidad, pero es algo que me apasiona por lo que practico desde ya.

—Bastante interesante, todos los jovencitos deberían pensar de la misma manera y no perder el tiempo en tonterías, ¿y dónde estudiarás?

—En Cambridge, mi padre quiere enviarme allá, de hecho, solo estoy aquí de vacaciones, porque estudio en Londres.

—Con razón el acento, ya lo has adquirido —acotó, sonriendo.

—Pues llevo ocho años estudiando allá, solo vengo a Italia dos veces al año porque mi madre se empeña en que las vacaciones las pase aquí, no me deja hacer cursos de verano, incluso el año pasado quería ir a Escocia, pero no accedió —relató, sintiendo que era muy fácil hablar con ella, o quizá era su deseo de impresionarla.

—Escocia es maravillosa, pero tu madre tiene razón, si yo tuviera hijos también buscaría pasar más tiempo con ellos.

—Es raro que no tenga hijos, al menos pequeños —comentó, porque las mujeres como ella ya estaban casadas y con familia.

—No... no los tengo, desgraciadamente soy viuda y mi esposo era bastante mayor, así que no pudimos concebir.

—Lo siento mucho, señora, no quise... —Se sintió apenado.

—No te preocupes, tampoco me gustan mucho los niños, aunque sí quiero tener alguno, tal vez más adelante. Es la ley de la vida ¿no? —Fabrizio solo asintió en silencio—. Aún estoy joven, bueno eso pienso, quizá vuelva a casarme —agregó, sin mostrar mucho entusiasmo.

—Se ve bastante joven, además, es hermosa, seguro le sobrarán los pretendientes —mencionó, aspirando enseguida a ser uno de ellos.

—Te lo agradezco —expresó con una sonrisa, mientras lo miraba a los ojos, tenía unos muy bonitos—. Me agradas mucho, pequeño, ¿cómo te llamas? —inquirió, pues no se habían presentado.

—Fabrizio Di Carlo Pavese —respondió irguiéndose para parecer más alto, y admirando los ojos azules de la mujer, eran los más hermosos que hubiese visto en su vida.

—Di Carlo... ¿Los de los laboratorios? —preguntó, con curiosidad.

—Sí, señora, mi padre es el gerente, Luciano Di Carlo.

—Lo conozco, era amigo de mi esposo, claro la amistad decayó un poco después de que nos casamos, ya que nos fuimos a Roma —informó, tratando de asociar la imagen que tenía de aquel hombre, con la del chico frente a ella, y sí que tenían cierto parecido.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó, mirándola.

—Antonella Sanguinetti —respondió, extendiéndole la mano al tiempo que le obsequiaba una cálida sonrisa.

—Es un placer, señora Sanguinetti —mencionó, estrechándole la mano. Estaba anonadado con su belleza.

—Bueno Fabrizio, te dejo para que sigas con tu lectura...

—No se preocupe, no me molesta en nada, además, aún me quedan tres años para aprender, de seguro en ese tiempo ya podré comprender bien los artículos —dijo para impedirle que se marchara.

—¿Se te hace difícil comprender los artículos? Pero si es sumamente fácil, tu padre podría explicarte —sugirió, mirándolo.

La mirada de Fabrizio se oscureció y la desvió, recordando que su padre sería la última persona en ayudarlo, porque estaba empeñado en que estudiase medicina y no quería saber nada de su pasión por las leyes; por el contrario, quería hacerlo desistir.

—¿Te sucede algo? —preguntó, al notar el cambio de actitud en él.

—Nada, es solo que mi padre trabaja todo el día y por las noches llega muy cansado para explicarme —mintió para no avergonzarse.

—Bueno, si quieres yo podría explicarte. —Se ofreció, no tenía nada que hacer en Florencia, solo había regresado para escapar del asedio que tenían los socios de su difunto esposo sobre ella.

—No me gustaría molestarla. —El corazón de Fabrizio se hinchó de emoción, pero trató por todos los medios de ocultar su agitación.

—No es ninguna molestia, no tengo otra cosa que hacer, así que podríamos encontrarnos entre semana, en este lugar a las tres —sugirió, mientras le sonreía con la mirada.

—¿De verdad no es molestia? —Ella solo negó con la cabeza, sonriéndole—. Entonces, ¿podemos a partir de mañana?

—Sí, a partir de mañana porque ya hoy es bastante tarde, y debo marcharme —anunció, poniéndose de pie.

—Muchas gracias, señora Sanguinetti —expresó sonriente.

—Por nada, niño —respondió, doblándose un poco para darle un beso en la mejilla—. Por cierto, tienes unos ojos muy lindos, de seguro tendrás muchas niñas inglesas locas por ti, mucho más siendo italiano.

—No muchas, en realidad —murmuró, sonrojándose, pues hasta el momento no había tenido una novia, la vio sonreír y eso lo hizo sentir apenado, así que cambió de tema—. Los heredé de mi padre.

—Los tuyos son más lindos, tienen un brillo especial ese brillo de la juventud... Entonces nos vemos mañana, pequeño.

Fabrizio se quedó allí mientras la veía alejarse, no podía creer lo que acababa de ocurrir, se llevó una mano hasta la mejilla donde ella lo besó. Suspiró con ensoñación, la mujer más hermosa que había conocido, le había dado un beso, nunca imaginó que una mujer mayor podría dejarlo sin aliento, pero ella lo había conseguido.

Regresó a su casa cuando el sol comenzaba a ponerse y estuvo el resto de la tarde en una nube, recordando su encuentro especial con aquella hermosa mujer. Estaba en su habitación mirando al techo, con los brazos cruzados debajo de su cabeza y con esa sonrisa imborrable en sus labios, cuando llamaron a la puerta de su habitación.

—Adelante —ordenó, saliendo de su embelesamiento.

—Hola hermanito —pronunció Fransheska, mientras se lanzaba a su cama y le daba un beso en la mejilla.

—Hola campanita. —La saludó, apretándole la nariz.

—Mira mis pies —pronunció con emoción, mostrando unas zapatillas de ballet color rosa. Se puso de pie y comenzó a dar vueltas para lucirlas. Él se sentó en la cama para admirarlas mejor—. ¿No son hermosas? —inquirió emocionada mientras bailaba.

—Están lindas, pero ¿ya las vio papá? —cuestionó, sabía que a su padre no le agradaba tanto esa pasión de su hermana por el baile.

—Claro que no, es un secreto entre mamá y yo. Le prometí que solo las usaría cuando él no estuviera en casa y al regresar al colegio.

—Pero ahora está en la casa —comentó, mirándola a los ojos.

—Sí, pero está encerrado en el despacho con mamá —dijo, sentándose nuevamente en la cama con las piernas cruzadas—. ¿Qué hiciste por la tarde? —Había notado su ausencia.

—Fui a leer un rato en el parque —respondió sin mucho énfasis.

—¡Uy Fabrizio! Que aburrido te has vuelto. —Hizo cara de desagrado—. Está bien que te tomes en serio lo de la promesa, pero me conformo con que seas un buen abogado, así que debes distraerte también, recuerda que estamos de vacaciones.

—No es aburrido, Fran, y menos si tienes la fortuna de encontrarte con la mujer más bella del universo —expresó con emoción.

—Espera, que yo recuerde, no nos vimos esta tarde, ni siquiera pasé cerca del parque —mencionó vanidosa.

—No me refiero a ti, Fran... —Tiró delicadamente de una de las mejillas y ella hizo un puchero—. Tú eres la niña más linda del universo, pero ella era la mujer... la mujer. —Su mirada brillaba al recordarla.

—¡No me digas que te has enamorado! —expresó con una mirada de picardía—. Pero debe ser una chica, no creo que sea una mujer.

—No es ninguna chica, te digo que es una mujer, de seguro algunos años menor que mamá —explicó, mirándola a los ojos.

—¡Fabrizio Alfonzo! —exclamó Fransheska alarmada, y él en un movimiento rápido le tapó la boca.

—No seas escandalosa, después sube papá y te ve con las zapatillas puestas. —Le recordó y retiró la mano de la boca de su hermana.

—Pero... ¿Cómo no quieres que haga un escándalo? Me estás diciendo que estás enamorado de una mujer que puede tener la edad de nuestra madre —susurró, pero sus ojos estaban muy abiertos.

—Campanita, no estoy enamorado, solo me parece atractiva... es maravillosa y te dije que era menor que mamá, además, no tiene nada de malo que la admire... ella no se fijará en mí, me ve como a un niño, aunque planeo verla mañana de nuevo, pero necesito que me guardes el secreto —rogó, sujetándole las manos.

—Fabrizio... no sé si eso esté bien —dijo, desviando su mirada.

—Por favor, campanita, yo te guardo el de las zapatillas.

—Está bien... está bien, prometo guardarte el secreto.

—Por eso eres mi hermana favorita. —La abrazó y le dio un beso en la frente, agradeciéndole que fuese su cómplice—. Te has ganado que quiera practicar contigo el bendito tango.

—Entonces venga, mi pareja favorita. —Ella se puso de pie de un brinco, y le tendió la mano con una brillante sonrisa.

—Vas a bailar con el mejor —dijo, al tiempo que tomaba su mano.

—Sí, claro, Casimiro Ain. —Se mofó, soltando una carcajada.

—Puedo ser mejor si me lo propongo —expresó arrogante.

Ella siguió riendo, pero al ver que él se tornaba serio, dejó de hacerlo y empezaron con los pasos básicos que ya habían practicado anteriormente. No podían usar música porque su padre estaba en casa, solo practicaban así cuando él no estaba y su madre se las ponía, y siempre salía perdiendo Fabrizio, ya que le tocaba bailar con las dos.

Al día siguiente buscó la mejor ropa casual que tenía y se perfumó más de lo normal, también peinó su cabello hacia atrás para parecer mayor. Salió de

prisa de la casa y subió a su bicicleta, realizó el trayecto con mayor velocidad, pues estaba desesperado por ver de nuevo a Antonella Sanguinetti, llegó al parque y no la vio por ningún lado, caminó hasta la misma banca y se sentó a esperar.

—Eres sumamente puntual, Fabrizio. —Antonella lo tomó por sorpresa, llegando por su espalda.

—No olvide que estudio en Londres y nos enseñan a ser unos caballeros, la puntualidad debe ser una de nuestras cualidades —dijo con una brillante sonrisa, haciendo resplandecer el azul de sus iris.

—Bueno, señor Di Carlo, no perdamos tiempo y empecemos con nuestra lección de hoy —anunció, tomando asiento junto a él.

Fabrizio le entregó el libro y ella lo abrió desde el principio, leyendo en voz alta el primer artículo, para luego explicarle con palabras más sencillas lo que quería decir. Él entendió perfectamente y se lo hizo saber, pero entre más tiempo pasaba menos atención ponía a las leyes, solo podía admirarla, sintiendo cómo su voz lo llenaba, era una sensación extraña que se despertaba en él, algo nuevo.

Nunca había experimentado algo así, porque no se percató en mirar a ninguna mujer o joven con tanto interés, solo por amistad; sin embargo, Antonella despertaba algo inexplicable en él, una sensación maravillosa. Sentía cosquillas en su estómago cada vez que la veía sonreír y no podía evitar sentirse nervioso o que su corazón latiese locamente, pero, sobre todo, no podía evitar que su mirada se posara de vez en cuando en sus labios o en su escote, causándole pequeñas descargas eléctricas en el vientre y que su nuca sudara.

El tiempo pasó volando a su lado, creía que apenas tenía cinco minutos junto a ella; cuando en realidad llevaban casi dos horas, lo supo cuando Antonella pidió un momento para descansar. Fabrizio se puso de pie pidiéndole que lo esperara un segundo, caminó de prisa hasta el puesto de sus helados favoritos, y regresó con dos conos de fresa y mantecado, él prefería el chocolate, pero no sabía si era de su agrado, pues las chicas preferían sabores más suaves.

—Esto le ayudará a refrescar un poco la garganta —mencionó, al tiempo que se lo extendía, sintiéndose nervioso.

—Gracias, me gusta el de fresa —dijo, sonriendo ante su detalle caballeroso. Suspiró con añoranza, pues hacía mucho que no disfrutaba de un helado de esa manera, desde que tenía quince años.

Después de degustar el helado ella estuvo platicando con él unos cuarenta minutos más hasta que decidió despedirse pues ya era bastante tarde. Le pidió que se cuidara en el camino, pues la nieve comenzaba a derretirse y podía ser peligroso andar en bicicleta, esta vez no le dio un beso, pero le prometió que se verían al día siguiente allí mismo.

## Capítulo 25

Victoria salió al jardín para tomar un poco de aire e intentar aclarar sus pensamientos, que de nuevo eran una maraña, se sentía muy frustrada por la actitud distante de Fabrizio en los últimos días. Y como si fuese poco, el comportamiento tanto de él como de Fransheska cuando abordaron el tren en París, esa sombra que se había posado sobre ella y el grado de turbación en él que era tan evidente. Algo había pasado y no lograba entenderlo.

—¿Descansaste? —Le preguntó Brandon, llegando hasta ella.

—Sí, logré dormir un poco ¿y tú? —Lo miró a los ojos.

—Apenas conseguí hacerlo... creo que el mismo cansancio me lo impide, de seguro esta noche caeré rendido.

—¿Estás bien? —inquirió, mostrándose preocupada.

—Sí Vicky, lo estoy —contestó, evitando mirarla.

—No lo parece —mencionó, observando el semblante taciturno de su primo—. Te ves triste, ¿por qué no me cuentas lo que sucede? Es por Fransheska, ¿verdad? —preguntó cautelosa.

Brandon se quedó en silencio, frunció el ceño y después se volvió para mirarla, le sujetó la mano e intentó sonreír, pero no logró su cometido, así que desvió la mirada de nuevo. Victoria entendió que él no quería hablar del asunto, ella sabía perfectamente que cuando se estaba herido, a veces el hablar no soluciona nada, lo mejor era esperar, estaba segura de que él hablaría cuando se sintiese preparado.

En ese momento escucharon a Ángela y Antonio conversando amablemente, ambos se habían hecho muy cercanos y ella lo ponía al día sobre el viaje a Francia. Buscaron distraerse en algo más para no entrometerse en su charla, pues era de mala educación.

—Me alegra mucho que les fuera bien —mencionó Antonio, deteniéndose junto a ella, cerca del rosal donde recogía algunas flores.

—Fue un viaje muy agradable, aunque hubo un pequeño accidente.

—¿Qué sucedió? —preguntó, sintiéndose intrigado.

—Bueno... El señor Lambert cayó de su caballo, tuvo que estar en cama un par de días... y todo por una carrera.



—¿Una carrera? Es extraño, un hombre como él debería manejar muy bien a los caballos —expresó, desconcertado.

—Sí, pero a veces se sobre estima la experiencia y creo que justo eso fue lo que sucedió, el señor Lambert le propuso al señor Di Carlo correr en una pendiente bastante pronunciada, un terreno muy difícil...

—¿Le propuso una carrera difícil a Fabrizio? —inquirió, entre sorprendido y divertido, pensando que el francés había enloquecido.

—Sí, eso dijeron los que habían sido testigos —contestó, alarmada ante la reacción del hombre.

—¡Que hombre más loco! Hacer una cosa semejante...

—Lo mismo pensé, pero... ¿por qué lo dice? —cuestionó, presintiendo que había algo más detrás de ese comentario.

—Fabrizio llevaba las de ganar desde un principio, él tiene un gran manejo de los caballos y es muy arriesgado... aún recuerdo lo sucedido hace dos años. —La miró a los ojos antes de iniciar el relato, para comprobar que ella le prestaba atención—. Los Lombardi, los Di Carlo y otras familias de Florencia, viajaron hasta Londres por unas fiestas, los ingleses retaron a varios de nuestros muchachos a su famosa cacería, entre ellos estaba Fabrizio; todo iba como era de esperarse, el joven llevaba bastante delantera, pero de repente se desvió del camino.

—¿Por qué haría algo como eso? —inquirió Angela.

—Bueno, ya lo verá, a algunos de los que no participábamos, pero que los seguíamos, nos sorprendió su actitud, así que decidimos ir tras él. Pudimos ver como se acercaba a los rieles del tren, justo en ese momento había uno en ellos que parecía tener dificultades y Fabrizio apresuraba el caballo con la absurda intención de darle alcance... todos pensamos que estaba loco y lo peor vino después, el tren se descarriló, volcándose aparatosamente.

—¡Por el amor de Dios! —expresó, impresionada.

—Fue un suceso terrible, él tuvo suerte de salir ileso, ya que estaba demasiado expuesto, pero no contento con eso, se apresuró a llegar hasta el lugar del accidente, comenzó a buscar como loco entre los heridos, encontró a una niña que estaba muy mal. La sacó de entre los hierros retorcidos, la subió al caballo y salió como un rayo con ella hasta el hospital más cercano... —mencionó, sumido en sus recuerdos de aquel día—. Él se veía muy desesperado... cuando llegamos al hospital, ya se encontraba en la sala de espera, completamente pálido, sus manos temblaban y su ropa se encontraba llena de sangre, le insistimos en volver con nosotros y dejar a los médicos

hacer su trabajo, pero se negó a hacerlo, esperó hasta que la niña saliera de la sala de operaciones y una de las enfermeras le confirmara que estaba estable —resumió, ante la mirada atónita de Ángela.

—No puedo creerlo... ¿No le preguntaron por qué lo había hecho? —Lo interrogó, mirándolo a los ojos, porque le resultaba algo extraño ese comportamiento, a menos que él conociese a la pequeña.

—Claro que sí, sus padres se alarmaron muchísimo cuando lo vieron entrar en ese estado.... Y cuando lo cuestionaron sobre lo sucedido, Fabrizio no supo cómo explicarlo, solo que había visto al tren fallar y a una niña que lo saludaba desde este, y que intentó llegar hasta la cabina del conductor para advertirle lo que sucedía, pero le fue imposible, así que cuando la locomotora volcó, en lo único que pensó fue en esa niña que lo miraba e intentaba decirle algo.

Brandon y Victoria habían escuchado la conversación y no lograban salir de su asombro, mientras cientos de preguntas y teorías se formaron en sus cabezas. Ella se levantó de inmediato y casi corrió para alcanzar al hombre, necesitaba que le confirmase si lo que estaba pensando era cierto, y de ser así, bueno, no sabría lo que haría.

—Antonio, disculpe... escuchamos lo que le contó a Ángela... ¿Ese accidente cuándo sucedió? —preguntó con voz angustiada.

—Bueno señorita... la verdad no recuerdo con exactitud, era invierno, pero el accidente fue muy nombrado por todos los diarios, ya que en este murió la esposa e hijos de un duque inglés muy importante.

—¿Está seguro de eso, Antonio? —inquirió Brandon.

—Sí señor... si no recuerdo mal, la niña que había salvado el joven Fabrizio... fue el único miembro de esa familia que logró sobrevivir de ese accidente. Aunque nos enteramos de quien era la chica luego de una semana por los diarios, porque regresamos a Florencia al día siguiente.

Brandon y Victoria se miraron en silencio sin lograr ocultar su desconcierto, no lo entendían, si Fabrizio había salvado a la hija de Benjen Danchester era porque conocía a la niña y seguramente también al duque. Sin embargo, el día que se mencionó lo del accidente ninguno de los Di Carlo dijo algo sobre la participación de Fabrizio en él, mucho menos que había sido él quien llevó a la niña al hospital.

¿Por qué lo habían callado? ¿Acaso Benjen Danchester conocía a Fabrizio? ¿Sabía que existía alguien tan parecido a su hijo?

Esas preguntas los asaltaron a ambos, provocando que sus mentes

comenzaran a crear teorías y las posibles respuestas. Sintieron que, ahora más que nunca, necesitaban ver al duque e intentar averiguar si él sabía algo.

Fransheska observaba a través de la ventana de su habitación, sin embargo, la noche era tan oscura, que le impedía ver el hermoso jardín que siempre había sido su refugio, se vio tentada a bajar y pasear durante un rato, pero desistió de la idea cuando abrió la ventana y sintió una corriente de aire frío que le caló hasta los huesos. El cielo no tenía estrellas y la luna a veces se asomaba entre las espesas nubes violáceas que la rodeaban, anunciando que el cielo estaba cargado de agua y posiblemente amanecería lloviendo.

Dejó libre un suspiro y cerró los ojos, de inmediato su mente fue colmada por el recuerdo de aquel niño en la estación de trenes en París, y su corazón comenzó a latir de un modo extraño, lenta y dolorosamente, como si alguien lo presionara impidiéndole ir a un ritmo normal. Se llevó las manos al pecho y la sensación se hizo más fuerte, provocando que sus ojos se llenaran de lágrimas, ella las dejó salir con total libertad, pero la opresión le estaba impidiendo respirar, por lo que comenzó a sollozar con fuerza.

—¡Dios...! ¿Qué es todo esto que siento? Este dolor... este dolor que hacía tanto se había alejado de mí, de esta casa... ¿Por qué lo siento de nuevo? —cuestionó en un susurro, cerrando los ojos—. No hay razón para que me sienta triste, él está con nosotros... regresó y se quedó, ¿por qué siento como si no estuviese?

Se sentó al borde de su cama, dejando que su mirada se perdiera.

—Todo esto es tan extraño, a veces siento que... ¡No! No puedo pensar eso —dijo, negando con la cabeza—. No puedo seguir con lo mismo, no me perdonaría lastimarte de nuevo, fui una idiota en ese entonces, Fabrizio, debí entender que tú te encontrabas mal, que por eso estabas distinto, por culpa de la guerra, pero eras mi hermano... eres mi hermano, siempre estuviste allí para mí, así como yo lo estuve para ti, exactamente como es ahora... no hay motivos para que sea diferente... tengo que alejar estas dudas de mi mente.

Sus pensamientos se debatían con su corazón, uno le decía que estaba equivocada y los otros le advertían que podía herir a muchos si se dejaba llevar por sus temores de nuevo. Debía dejar en el pasado esas dudas que sintió cuando su hermano regresó de la guerra, ya habían pasado cuatro años y él le había demostrado que era el mismo, aunque no recordase lo que vivió antes, era Fabrizio Di Carlo.

—¿Quién eres pequeño? ¿Por qué no puedo sacarte de mi mente?

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y su mirada, se encontró con una foto de ella y Fabrizio tomada tres meses antes de que el joven decidiera entrar a la guerra. En esta se veían felices, como siempre sucedía cuando estaban juntos, pasaban lejos casi todo el año, ella en Francia y él en Inglaterra, así que cuando se reencontraban eran inseparables, eran cómplices y lo seguían siendo.

Por eso cuando su hermano decidió enlistarse ella quedó devastada, ¿cómo pudo él hacer algo tan absurdo? Y lo peor, no decírselo cuando entre ellos no había secretos, se sintió tan sola, desprotegida y decepcionada. Fue tan egoísta y cruel al tomar esa decisión, sin pensar en el daño que les causaría a sus padres y a ella; en ese instante, con tan solo catorce años, supo lo que era el odio, llegó a odiarlo a él y aquella mujer, los odió con toda su alma, por eso fue a buscarla y la atacó, porque ella era la culpable de toda su desgracia.

Se levantó de la cama y caminó hasta la mesa de lectura donde se encontraba la fotografía de su hermano y ella, tenía otra más reciente, de su último cumpleaños, pero atesoraba más esa donde eran más jóvenes. Tal vez porque allí no se habían hecho tanto daño, la agarró y regresó a su cama, se dedicó a mirarla durante un buen rato; su mirada se fijó en la de Fabrizio, encontrando ese brillo especial, y ese azul que ya no era el mismo, la guerra se lo había robado junto con sus recuerdos, sus ojos ya no lucían iguales.

Brandon llegó temprano a las oficinas de los Di Carlo, tenía una reunión con algunas autoridades de la ciudad y varias fundaciones de beneficencia, su trabajo en el Piamonte había despertado la conciencia de muchos. Tenía planeado partir de nuevo en unos días, enfrascarse en la razón que lo había llevado a ese país y alejar de sus pensamientos todo lo que lo atormentaba, hasta el momento lo había cumplido, desde que volvieron no se había encontrado con Fransheska.

Aunque luego de lo que le contara Antonio, su prima y él quedaron muy intrigados, pero él le pidió a Victoria que le dejase hacer algunas averiguaciones por su cuenta, quería evitar que ella se creara falsas esperanzas. Si Benjen Danchester conocía a Fabrizio, lo más seguro era que hubiese investigado todo acerca de él; tal vez no encontró nada que ligase a este con su hijo, solo el parecido físico.

Por supuesto, aún quedaba la duda de si el duque había dado con el paradero de Fabrizio, al enterarse que fue él quien salvó a su hija, por eso Victoria le había escrito una carta, sin dejarle ver sus sospechas, ya que no era

prudente arriesgarse. Lo mejor era planear un encuentro entre ambos y así salir de dudas, pero cada vez se convencía más de que los Di Carlo ocultaban algo con respecto a Fabrizio, sus actitudes tensas al hablar del pasado del joven, los delataban.

—Así que tienes planeado regresar al Piamonte —mencionó Luciano, notando que Brandon estaba algo distraído.

—Sí..., sí, solo pienso esperar a que pase el cumpleaños de Victoria —respondió, centrándose de nuevo en la conversación.

—¿Tu prima está próxima a cumplir años? —preguntó interesado.

—Sí, en unos días, he estado buscando algo para obsequiarle, pero aún no consigo nada que termine de convencerme... en realidad lo que deseo es un poco complicado, al menos aquí no conozco a las personas adecuadas —explicó, mirándolo a los ojos.

—Eso no es problema, conozco a todo el mundo en esta ciudad y podría ayudar, solo dime lo que deseas regalarle a Victoria.

Brandon se animó a compartirle su idea, pensaba que eso le ayudaría mucho a Victoria, tener una compañía que la distrajese; sabía que ella adoraba a los caballos y nunca había tenido uno propio, ya era hora de que lo tuviera. Luciano de inmediato le ofreció una solución, él conocía a la persona indicada para ayudarlo, no existía nadie mejor que su hijo para esa tarea, Fabrizio era un apasionado de los equinos y se había hecho grandes amistades con varios criadores; le dijo dónde encontrarlo y Brandon se dirigió de inmediato hacia allí.

Llegó al lugar que se encontraba tenuemente iluminado por unas cuantas lámparas, dejando casi todo sumergido entre las sombras, a excepción del escenario. Parpadeó un par de veces para ajustar sus ojos y comenzó a caminar con cuidado para no tropezar, no había avanzado mucho cuando su corazón se aceleró de golpe.

Sobre el escenario se encontraba Fransheska, parecía estar plácidamente dormida; de pronto, una suave melodía comenzó a inundar el espacio. Su corazón reaccionó al estímulo, y empezó a latir con fuerza, como si supiera que la mujer frente a sus ojos era a quien amaba y aunque se había dicho que no insistiría más en ese sentimiento, no podía dejar de mirarla, ella lo había hechizado una vez más.

Fransheska comenzó a moverse muy despacio, como si despertase de un profundo sueño gracias a la música que envolvía el lugar, se puso de pie con un movimiento elegante y armonioso, extendió la mano como para tocar a

alguien y Brandon sintió que era a él, aunque suponía que ella no podía verlo en medio de tanta oscuridad. Con sutiles giros dio inicio a un maravilloso espectáculo, ella parecía un ave en pleno vuelo, dueña de cada uno de sus movimientos, desplegando elegancia, belleza y sincronía en cada paso, mientras se dejaba llevar por la música y una sonrisa apareció en sus labios, iluminando su mirada.

Brandon no pudo evitar ser parte de esa alegría, una sonrisa se dibujó en su rostro y dentro de su pecho la emoción que la embargaba a ella también lo alcanzaba a él. Era como estar en medio de un sueño, un hermoso sueño, tanto que lo hacía temer que no fuese verdad, que en cualquier momento terminaría por esfumarse.

El lugar comenzó a iluminarse desde los palcos, al tiempo que la música dejaba escuchar notas más altas; sin embargo, donde él se encontraba continuaba oscuro, por eso apenas si lo notó, ya que la actuación de Fransheska lo tenía completamente extasiado. Ella era magnífica, extraordinaria, llenaba de vida todo el lugar, iluminándolo, mostrando una sonrisa verdadera y sus movimientos expresaban libertad, independencia, envolviéndolo de nuevo en su magia.

Las notas se acercaban al final, sus movimientos se hicieron más lentos y terminó en la posición que tenía al inicio, como si se sumergiese en un recóndito sueño. Él soltó un suspiro, ni siquiera había notado que la emoción lo hizo contener la respiración, aunque ya había visto a grandes bailarinas en diversos espectáculos, algo en la presentación de ella lo cautivó cómo no había hecho ninguna otra.

—Hermosa, ¿no? —preguntó Fabrizio a su espalda, haciendo que se sobresaltase, y sonrió con malicia al provocarle esa reacción.

—Fabrizio... ¿Cómo estás? —inquirió tratando de parecer casual y obviando la pregunta que le hizo.

—Bien. ¿Y usted? —preguntó en voz baja, mientras tomaba asiento junto al americano, su mirada se enfocó en la imagen de su hermana, quien parecía estar dormida sobre el escenario.

—Pensé que ya podíamos tutearnos —mencionó elevando las comisuras de los labios—. He estado bien, gracias —contestó, evitando posar su mirada en Fransheska.

—Me alegra... su... tu prima, ¿cómo está? —inquirió, aunque no deseaba mostrarse muy interesado.

—Bien, estamos planeando viajar de nuevo al Piamonte..., pero deseo

esperar a que pase su cumpleaños. —Al ver que Fabrizio seguía en silencio continuó—. Motivo por el cual he llegado hasta aquí... Tu padre me dijo que podrías ayudarme a conseguir lo que necesito.

—Claro, tú dirás. —Fue la respuesta, su tono era seco.

—Antes me gustaría saciar mi curiosidad —dijo, mirando su perfil.

—¿Qué deseas saber? —preguntó, volviéndose para mirarlo.

—No sabía que a ustedes les gustaba el teatro.

—Fransheska ama bailar, como lo has comprobado en varias oportunidades, este lugar le permite hacerlo sin sentirse cohibida, tiene la libertad para ser ella misma, sin miedo de ser juzgada.

—Y a ti... ¿por qué vienes aquí? —preguntó a quemarropa, debía indagar más para descubrir el misterio que giraba en torno a él.

—Solo vengo para acompañarla y de vez en cuando ayudo a los estudiantes a memorizar algunos libretos... puedo retener diálogos completos.

—Se detuvo y esquivó la mirada de Brandon, al tiempo que en su rostro se dibujó una sonrisa triste, por lo irónico de la situación que vivía—. Digamos que tengo buena memoria para ello.

—Te gusta la actuación, entonces —mencionó Brandon sin mucho énfasis, no quería que sintiese que buscaba inmiscuirse en su vida.

—No, solo les colaboro con los libretos, nunca en mi vida me he parado sobre un escenario —respondió con tono hosco, tratando de cortar la conversación—. ¿Para qué necesitabas mi ayuda?

—¿Qué cabeza la mía! Sí, el cumpleaños de Victoria es en una semana y quiero darle algo especial —inició, captando su atención.

Brandon le explicó su idea mientras Fabrizio lo escuchaba con atención; de vez en cuando su mirada se posaba sobre Fransheska, sabía que ella era consciente de su presencia en el lugar, seguramente escuchaba su voz, aun así, seguía inmóvil. Después de varios minutos ambos quedaron de acuerdo en lo que harían, aunque Brandon dudó un poco sobre el tiempo, pues le parecía muy poco, Fabrizio le aseguró que no habría ningún problema, encontraría lo que le pedía en menos de una semana, incluso ya tenía en mente al ejemplar.

—En cuanto lo tenga te aviso —indicó, poniéndose de pie y le extendió la mano para despedirlo.

—Muchas gracias, Fabrizio, cualquier duda o inconveniente, por favor házmelo saber —dijo, recibiendo el firme apretón.

—No te preocupes, todo estará bien.

Brandon posó su mirada de nuevo sobre Fransheska quien seguía sobre el

escenario, completamente relajada, se veía hermosa, parecía un ángel, su corazón latió dolorosamente y tuvo que luchar para mantener un suspiro dentro de su pecho. Dudó entre caminar hasta el escenario para saludarla, o marcharse sin hablarle, al final terminó por mantener la distancia y así evitar caer de nuevo.

—Debo marcharme... tengo algunas cosas pendientes aún, por favor, despídeme de tu hermana —mencionó, esquivando su mirada.

—Claro, nos vemos. —Le dijo con amabilidad, lo vio afirmar en silencio y salir del lugar sin volverse para mirar a Fransheska.

Fabrizio pudo notar un atisbo de tristeza en la mirada del americano, era evidente que le dolía estar lejos de Fransheska, pero su orgullo le impedía acercarse a ella y podía entenderlo. Sin embargo, sabía que en el fondo eso no servía de nada, el hecho de estar lejos no ayudaba a cambiar un sentimiento y menos cuando este se ha instalado en el corazón y el alma, él lo sabía pues lo mismo le pasaba con Victoria, ya no podía alejarla de su mente ni de su corazón.



## Capítulo 26

Fransheska estaba poniendo todo su esfuerzo en permanecer tranquila, respirando profundamente y soltando el aire despacio, mientras en su interior se debatía entre quedarse allí y seguir ignorando a Brandon, o ponerse de pie y acercarse a él. De pronto, un aplauso retumbó en el lugar, sorprendiéndola, pero mantuvo la concentración.

—Estuviste maravillosa, pero puedes dejar de fingir que duermes, ya se fue —mencionó Fabrizio desde el lugar que ocupaba.

Ella se estiró un poco y abrió los ojos muy despacio, se puso bocarriba, para mirar el techo del escenario adornado por hermosos candelabros estilo Luis XV, respiró profundamente y luego se volvió.

—No estaba fingiendo. ¿Te gustó el baile? —preguntó, ignorando el tono que él había utilizado, sabía hacia dónde iba.

—Sí, me gustó mucho... te he dicho varias veces que tienes mucho talento para esto, Fran, sabes que tienes mi apoyo incondicional si decides hablar con papá para hacerle entrar en razón, no es justo que dejes de lado tus sueños solo porque a él no le gusta que bailes.

—Fabrizio... sabes que no tiene caso, además, con hacerlo así me conformo... —contestó, mientras se sentaba al borde de las tablas dejando sus piernas colgando—. Ven, siéntate aquí conmigo —dijo, señalando el lugar a su lado.

—Aquí estoy bien —Caminó para tomar asiento en las butacas.

—¡Por favor! El escenario no te va a morder, vamos sube —pidió mirándolo a los ojos, lo vio fruncir el ceño y negar con la cabeza, mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. Fabrizio, no entiendo tu actitud... puedes pasar horas aquí, pero nunca has pisado el escenario, te aseguro que te encantaría la vista desde este lugar... imaginarlo repleto de personas ovacionando tu trabajo... —Sus ojos brillaban a medida que hablaba, pues eso la emocionaba.

—Si lo deseas, hazlo... no pierdes nada con intentarlo

—Lo deseo, pero no puedo... no siempre se tiene lo que se desea hermanito, y tú deberías dejar esa fobia que le tienes al escenario y

acompañarme, por aquí hay un par de libretos que podemos ensayar juntos — sugirió, e intentó levantarse para buscarlos.

—Fransheska, sabes bien que no soy actor, no tengo la más mínima idea de cómo se hace, si vengo a este lugar es solo para acompañarte.

—Pues no lo parece, acabas de decirme que yo tengo talento para bailar, pero tú tienes talento para la actuación. —Lo vio negar con la cabeza, para disuadirla—. Fabrizio si tan solo lo intentaras una vez, yo soy un desastre para ello... tal vez por eso Dios me dio el don de expresar mis sentimientos a través del baile, pero tu voz tiene carácter, fuerza, pasión, ninguno de los actores de este lugar puede compararse contigo —expresó, totalmente convencida.

—No... no pueden compararse porque yo no soy actor —acotó, arrastrando las palabras—. Tan solo le ayudo a los chicos a memorizar sus líneas, es todo. Además, nuestro padre no te deja bailar, es probable que se muera si le digo que quiero dejar la gerencia de la empresa para actuar, lo que tampoco deseo hacer.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado? Nunca te has parado sobre el escenario, no puedes medir la energía que tiene este lugar, aun así, completamente vacío como está... es demasiado poderosa, te hace sentir pequeño —pronunció, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Bueno en otra ocasión, ahora debemos irnos si queremos llegar para la cena, aún tengo que pasar por la oficina a buscar unos balances —dijo, buscando una salida rápida a la situación.

—¿Ves?... Se te nota hasta en el tono que utilizas que no te gusta el trabajo que haces con papá... aún estás a tiempo, puedes retomar tu camino y cumplir tu sueño de ser un gran abogado, sé que esta vez nuestro padre no se opondría, Fabri, pero ahora parece que no deseas nada de eso —pronunció, posando sus manos en los hombros de su hermano, mientras él la sujetaba de la cintura para ayudarla a bajar.

—Algunas cosas cambian, Fransheska, ya no deseo lo mismo. —Fue lo único que dijo cuando la dejó en el piso.

—Sé que las cosas cambian, pero no de manera tan radical... pareces... —Se detuvo, consciente de lo que estaba a punto de decir.

—¿Un extraño? Puedes decirlo, no hay problema... hacía mucho que no lo mencionabas. —Le dijo con pesar, esquivando su mirada.

—No... no quise decir eso... no lo dije, solo intento entenderte —acotó y le acarició la mejilla para consolarlo.

—No te preocupes, está bien... ahora vamos —mencionó, dando a entender que no le importaba, pero en el fondo lo lastimaba.

Fransheska se sintió como una estúpida por no poder medir lo que decía, se había prometido que nunca más cuestionaría las decisiones o el comportamiento de su hermano. Debía respetarlo y aceptar lo que él quisiera hacer con su vida; después de todo, sus padres se prometieron que jamás se impondrían y que los dejaría tomar sus propios rumbos luego de lo sucedido años atrás, claro que existían excepciones.

Allison intentaba tener una conversación racional con su padre, quien desde que estaba en cama se había puesto muy irritable, sabía que para él no era fácil lo que estaba sucediendo, pero tampoco lo era para ella o para Clive. Se puso de pie y caminó para observar por la ventana, quizá mirar el jardín la ayudaría a calmar un poco la molestia que sentía en ese momento, a veces odiaba que su padre fuese tan terco.

—Pequeña..., por favor, es lo mejor —pronunció Bruce, al ver que ella se cerraba a la posibilidad que él le ofrecía.

—No, no lo haré, padre —respondió sin volverse para mirarlo, porque estaba a punto de llorar.

—Allison —mencionó Clive, tratando de que no fuera tan dura con su padre, sabía que su suegro solo quería lo mejor para ella.

—He dicho que no y nada me hará cambiar de opinión, no voy a entrar a la iglesia del brazo de mi tío, prefiero posponer la boda —anunció con determinación, volviéndose para mirarlos.

—¡Por el amor de Dios, hija! —Se quejó Bruce, asombrado, mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Eso es una locura, ¿cómo vas a posponer la boda estando a un mes? —cuestionó con pesar, eso lo hacía sentir mucho peor de lo que ya se sentía.

—Amor, por favor... trata de ser más racional —pidió Clive, quien estaba allí para apoyarla, pero también para ayudar a su suegro.

—Esto no se trata de ser racional, Clive... no quiero ser racional en este momento, ¿acaso no pueden entenderlo? —preguntó, mirando a su padre y a su prometido—. Toda mi vida soñé con que mi padre me llevara al altar el día de mi boda y no pienso renunciar a eso.

—Pero yo no podré levantarme de esta cama en cinco meses, ya el doctor lo dejó claro, sabes que es casi un milagro que esté vivo después de ese

accidente —mencionó Bruce, con su mirada cristalizada.

—Con mayor razón, es un milagro que haya sobrevivido, Dios permitió que siguiera aquí y que mi sueño fuese posible, por favor, padre no me lo arrebate usted —pronunció, dejando correr su llanto.

—Ven aquí —pidió Bruce, extendiéndole los brazos, ella se acostó con cuidado a su lado, mientras le rodeaba la cintura con su brazo y hundía su rostro bañado en lágrimas en su pecho—. Mi princesa, llevarte al altar también es mi sueño, eres mi única hija y sé que solo tendré esta oportunidad una vez en la vida, pero estoy dispuesto a renunciar a ello para que tú puedas casarte en la fecha que elegiste y comiences una vida junto a Clive —confesó acariciándole el cabello para consolarla, al tiempo que contenía su llanto.

—Pero no es justo... —Sollozó aferrándose a él.

—No..., no lo es, pero es lo mejor —dijo, mirándola a los ojos.

—La boda se pospondrá, nos casaremos en cinco meses —anunció Clive, pues no soportaba ver el sufrimiento de padre e hija.

—No..., no es necesario que hagan algo como eso. —Bruce sabía que su yerno estaba accediendo porque se sentía presionado, no porque lo quisiera en realidad, él debía ser uno de los más impacientes porque esa boda se llevase a cabo—. Pueden seguir con sus planes.

—¿A ti no te importaría esperar cinco meses para casarnos? —preguntó Allison, limpiándose las lágrimas al sentirse esperanzada.

—Lo que me importa es que tú te sientas feliz —respondió él, sonriéndole y le ofreció su mano—. Y si para que eso sea posible debemos esperar a que tu padre esté en condiciones para entregarte en el altar, pues lo haremos... quiero que ese día te veas radiante.

—¡Gracias mi amor! —expresó pletórica, se puso de pie para acercarse a él y comenzó a besarle el rostro—. ¡Gracias, gracias, gracias!

Bruce se aclaró la garganta para contener el entusiasmo de su hija, no le resultaba cómodo verla besando a Clive porque para él seguía siendo su pequeña, aunque ya los golpes de la vida la hubiesen hecho una mujer. Sonrió al ver que su yerno se mostraba más apenado que Allison, le dedicó una mirada cargada de agradecimiento, porque su gesto significaba mucho para él y porque sabía que no todos los hombres actuarían de la misma manera.

—Gracias Clive, por pensar en la felicidad de mi pequeña.

—No tiene nada que agradecer, Bruce... yo adoro a su hija y haría lo que fuera para que Allison sea feliz —mencionó, y se llevó la mano de su novia a los labios para darle un beso.

—Y por esto te amo tanto —acotó ella, dándole un beso en la mejilla, después se acercó a su padre y también lo besó—. A ti también te amo, papi —dijo sonriente, para que no estuviera celoso.

—Yo también, mi pequeña —respondió y le besó la frente.

Después de eso Allison y Clive salieron de la habitación para dejarlo descansar, pues él aún seguía delicado de salud y no podía agitarse tanto; recuperarse de ese accidente le llevaría mucho tiempo. Sobre todo, la rehabilitación, porque sus piernas habían sufrido varias fracturas y debía permanecer unos tres meses enyesado para luego intentar caminar de nuevo, pero estaba vivo y eso era lo que importaba.

Los rayos refulgentes de la luna se colaban por las cortinas, alejando parte de la oscuridad que reinaba en la habitación, su cuerpo se hallaba tendido sobre la cama, inmóvil, debatiéndose entre el deseo de querer dormir y estar despierto. El peso de sus párpados era casi insoportable, pero se resistían a cerrarse; de pronto regresaron hasta su mente los recuerdos de la estación de trenes en París.

Trató una vez más de comprender lo que pasó, así que se enfocó en la chica, quien sin duda era Fransheska, su hermana, aunque ya era toda una mujer, hermosa como siempre supo que sería. Sin embargo, aún quedaba en ella la candidez de aquella niña que vio por última vez, cuando en medio de tanta tristeza, la dejó en el colegio de París, abandonar a su campanita era uno de los peores errores que había cometido,

Sollozó llevándose el brazo al rostro para cubrirse los ojos, recordando las palabras que ambos se entregaron ese día, esas que le sumaban más peso a la culpa que llevaba en su alma y su corazón. Se levantó de la cama y se encaminó hasta el espejo, sin encender la luz observó la imagen que permitía divisar el albor de la noche, apoyando sus manos en la mesa del tocador.

—¿Quién era ese hombre? No pueden existir dos personas tan iguales en el mundo, no sin que sean hermanos, y yo nunca tuve un hermano... ¿Y por qué Fransheska lo llamó por mi nombre? ¿Qué hacía ella con él? —preguntó, sintiéndose confundido.

Observaba fijamente su pálida figura en el espejo, parecía estar carente de alma y de esencia humana, era como ver a un fantasma, a la par la ira y el desconcierto iban calando dentro de él.

—¿Qué hace con mi familia? ¿Por qué ocupa mi lugar? ¿Acaso los tiene engañados haciéndose pasar por mí? Eso no es posible... yo estoy muerto,

para ellos estoy muerto —pronunció y en su memoria hizo eco el tono de voz—. Ellos deben saber que no soy yo, ni siquiera tiene mi voz... ¿Quién es ese hombre? ¡Maldita sea! Todos estos años tratando de enterrar mi antigua vida, viviendo con esta culpa, con este temor.

En un arranque de rabia e impotencia tiró al suelo todo lo que había en la mesa, sintiendo que odiaba esa voz que retumbaba en su cabeza y también a ese hombre al que miró directamente a los ojos. La ira lo invadió, por lo que lanzó todo lo que encontraba a su paso para drenar las ganas de agarrar un tren e ir a Florencia a partirle el alma a ese desgraciado que ocupaba su lugar.

Ante los gritos y estruendos provenientes de la habitación de su cuñado, Manuelle se despertó alterado, se incorporó en la cama y con rapidez haló la silla de ruedas para ir a ver qué le pasaba a Richard, pues nunca había actuado de esa manera. Se ayudó con los brazos para quedar sentado, pero al intentar subirse, esta se rodó y cayó al suelo golpeándose la cadera, provocando un estrépito seco.

—Maldita sea —murmuró ante el dolor, y haló de nuevo la silla—. En momentos como este es que necesito las piernas y no este vacío.

Terminó por acomodarse en la silla con esfuerzo y luego se dirigió tan rápido como pudo a la puerta, la abrió saliendo al pasillo. Encontró a su sobrino llorando parado en medio del pasillo y al verlo se apresuró para llegar hasta él, Manuelle lo cargó y lo sentó en sus muslos, tratando de calmar el llanto del pequeño.

—Joshua, mírame, no es nada, ya cálmate, no es nada. —Le susurró para tranquilizarlo, mientras le acariciaba la espalda.

Se acercó hasta la puerta de la habitación de Richard, y dudó por un momento antes de tocar, pues no sabía qué había provocado todo ese escándalo. Al fin lo hizo y por respuesta recibió el ruido de un espejo al hacerse añicos, lo que hizo que Joshua se asustara todavía más, soltó un grito y luego un torrente de sollozos, mientras el cuerpo le temblaba, luego llevó sus pequeños brazos al cuello de su tío para aferrarse a él.

Manuelle sabía que no podía controlar esa situación solo, y aunque odiaba tener que llamar a su hermana, no le quedaba más remedio que hacerlo. Se dirigió a la sala, encendió la luz y marcó al trabajo de Marión, quien esa noche estaba de guardia.

—Buenas noches, con la enfermera Macbeth Laroche, por favor. —Esperó unos segundos, y por respuesta recibió que se encontraba ocupada, así que insistió—. Es de parte de su hermano, por favor, dígame que es una emergencia,

necesito hablar con ella.

—Bien, deme un momento, iré por ella —accedió la mujer.

—Muchas gracias —dijo, mientras le acariciaba la espalda a su sobrino para intentar calmarlo, el tiempo de espera se le hizo eterno.

—Manuelle, ¿qué pasa? —inquirió, y la preocupación la invadió al escuchar el llanto de su hijo—. ¿Joshua? ¿Le pasó algo?

—No, Marión... Joshua está bien, solo está asustado, es Richard, está como loco destrozando la habitación.

—¡Dios mío! ¿Estás seguro? Pudo haberse caído, Manuelle —dijo, temiendo que estuviese sufriendo alguna convulsión.

—Está lanzando cosas y gritando como loco, no se ha caído.

—Enseguida salgo para allá, por favor, intenta ver si puedes abrir la puerta y saber cómo está —rogó a su hermano, secándose una lágrima.

Después de eso colgó y miró con ojos suplicantes a la jefe de enfermeras que estaba de guardia; por suerte la mujer era más comprensible que la señorita Rogers y le dio permiso para que se marchara. Ella corrió hasta el salón donde estaban los casilleros, recogió su bolso, se puso un abrigo y salió de prisa del hospital, solicitando el servicio de autos de alquiler, aunque no estaba muy lejos de su casa no era seguro caminar sola a esa hora de la madrugada.

Manuelle tomó una manta y cubrió a Joshua, quien aún lloraba y temblaba por el temor, luego se deslizó a la puerta que daba al pequeño jardín, porque sabía que lo mejor era salir de la casa.

—Joshua cálmate, mira las estrellas qué bonitas y la luna, mira qué grande se ve. —Le dijo, señalándolas para intentar distraerlo.

Sin embargo, el pequeño no paraba de llorar, sus ojos se encontraban hinchados y toda su cara estaba roja a causa de las lágrimas. Manuelle las limpiaba tiernamente mientras lo arrullaba, a su mente llegó uno de los cantos que entonaban los soldados cuando se reunían en las noches alrededor de una fogata.

Manuelle comenzó a cantarle a Joshua para calmarlo, esperando que la canción lo llenara de valor, como hizo con su pelotón; no obstante, no podía evitar que lágrimas silenciosas corrieran por sus mejillas al recordar todo el horror vivido esa fatídica noche en la que perdió a los que consideraba sus hermanos, a más de uno lo escuchó gritar: «no quiero morir» mientras sus gargantas se ahogaban en sangre, a otros no les dio tiempo ni de hablar, sus ojos estaban llenos de miedo pese a que minutos antes había visto esperanza,

valor, amor y sueños, lo último que vio fue la sombra de la muerte.

Por suerte el niño terminó por quedarse dormido, pero él se quedó en el jardín, aunque hacía unos diez minutos que no se escuchaba ningún ruido proveniente de la habitación de su hermana. De pronto, escuchó las llaves en la entrada principal, y supo que ella había llegado, así que se movió con rapidez para interceptarla antes de que entrase a la habitación donde se encontraba su cuñado.

—¿Qué pasó, Manuelle? —susurró para no despertar a su hijo.

—Lo mismo me pregunto, no sé qué le pasó hoy a tu esposo, estaba durmiendo cuando de pronto escuché gritos y ruidos —respondió, sin mencionar lo asustado que se sintió Joshua, para no preocuparla aún más, ya que su semblante se veía bastante alterado.

—Será mejor entrar a la casa, aquí afuera hace mucho frío, les puede hacer mal —dijo, y le ayudó a rodar la silla.

—Déjame llevar a Joshua a su habitación y te acompaño.

—No hace falta, todo estará bien. —Vio que él se disponía a protestar y lo detuvo—. Confía en mí, Manuelle, mejor quédate con Joshua, por favor.

—Está bien, pero si notas el más mínimo gesto de agresión...

—Richard no es un hombre violento, Manuelle —aseguró, porque ella conocía bien a su esposo.

—Si hubieses estado aquí hace un rato, dirías lo contrario.

Marión negó con la cabeza para rechazar esa idea, le dio un beso en la frente a su hijo y otro a su hermano en la mejilla, para alejar de él la preocupación. Luego se encaminó por el pasillo y se acercó a la puerta de su habitación, intentó abrirla y encontró que estaba cerrada con llave, pegó su oreja para intentar escuchar algo, pero del interior no provenía el más mínimo ruido, eso la asustó aún más.

Siempre contaba con un juego de llaves extras, por lo que regresó casi corriendo hasta la sala, buscó en su bolso y luego volvió rápidamente a la puerta. Sus manos temblaban mientras intentaba introducir la llave en la cerradura, y su corazón palpitaba desesperado, luchaba con los pensamientos que colmaban su mente y solo vaticinaban lo peor, al fin logró abrir y soltó un suspiro.

La habitación estaba en penumbras, pero la luz del pasillo dejó ver parte del desastre que reinaba en su habitación, se dirigió hasta el interruptor para encender la luz, tropezando en el camino con varios objetos. Sin embargo, ella no le prestaba atención a nada de eso, lo único que deseaba era ver a Richard



y saber que se encontraba bien, encendió la luz y su mirada comenzó a buscarlo.

Lo encontró en un rincón, sentado en el piso y haciendo presión con un trozo de su camisa en una de sus manos, de la que bajaban varios hilos de sangre hasta su codo, perdiéndose en su rodilla y manchando gran parte del pantalón del pijama. Estaba sudoroso, con el cabello desordenado y la mirada perdida como tantas otras veces, mientras que sus hermosos ojos ahora más que nunca parecían un mar inundado en lágrimas que también bañaban su rostro.

—¡Por Dios...! ¿Qué pasó, Richard? —caminó hasta él y se arrodilló para ver la herida. Su esposo la miró y soltó un sollozo, aferrándose a ella y manchando de sangre su pulcro uniforme, mientras lloraba abiertamente—. ¿Qué pasó? ¿Por qué hiciste esto? Tú no eres agresivo. —Le sujetó el rostro para mirarlo a los ojos.

—Amor, perdóname, perdí la razón... Marión, siempre he querido olvidar mi pasado, pero lo único que he conseguido ha sido una avalancha de estupideces, creí que había superado aquello que me hizo daño, pero la verdad llega hasta mí como un asesino, arrancándome pedazos del corazón y convirtiéndome en un mal hombre.

—Mi vida...no digas eso, tú eres un ser maravilloso.

—No... no lo soy, pero necesito tanto tu amor... solo tu amor puede salvarme. —Llevó sus manos a las mejillas de ella.

—Sabes que siempre voy a estar para ti, ahora, por favor déjame ver tus manos Richard —pidió, agarrándolas.

—No es nada, solo me corté con el espejo... No me pude controlar, sentía que la sangre me hervía, los celos oscurecieron mi mente... necesitaba sacar de alguna manera lo que sentía, porque si no lo hacía podía terminar cometiendo una locura irrefrenable, y tengo miedo de hacerlo y arrastrarte a ti y a mi hijo al mismo infierno.

—Amor, no entiendo... déjame ver tu mano, por favor... estás sangrando demasiado —las tomó para revisarlas, vio una herida abierta en la derecha—. Es bastante grande, hay que suturar, voy por el botiquín, por favor, no te muevas. —Se puso de pie y entró al baño, luego regresó con una caja—. Esto va a doler un poco, pero tengo que limpiar y retirar los vidrios.

Marión empezó con su labor y después de casi una hora terminó con la herida que se llevó diez puntos, ante las quejas ahogadas de Richard, le aplicó un ungüento para evitar que se infectara y la vendó. Lo ayudó a quitarse la

camiseta, pasó un trapo húmedo por su cuerpo y rostro para limpiar los restos de sangre y luego lo llevó hasta la cama, lo dejó allí mientras intentaba organizar un poco la habitación.

—Déjame ayudarte —pidió, sintiéndose apenado por el desastre.

—No te preocupes, lo organizaré mañana, mejor descansa —indicó, a medida que acomodaba las sábanas—. Enseguida regreso.

Ella salió de la habitación y se encontró con su hermano, quien la esperaba en el pasillo, le resumió parte de lo que le contó Richard, mientras empujaba la silla para llevarlo a su habitación.

Manuelle no hizo ningún comentario, no tenía caso atormentarla más, solo le pidió que dejara a Joshua dormir con él, sabía que el niño podía despertar asustado y no quería que ella se angustiara.

Marión entró de nuevo a su habitación y pasó hasta el baño, luchando por mantener sus emociones a raya, al salir vio que Richard se había quedado dormido. Se acomodó de espalda a él y las lágrimas se hicieron presentes, estaba cansada de esa situación, pero ¿cómo luchar contra lo que sencillamente tenía más poder que ella?

Era lo que se preguntaba cada vez que estaba en una situación similar, no podía hacerlo, por eso prefería callar y llorar en silencio, porque con solo una mirada de sus hermosos ojos azules lograba doblegarla. Él la hacía sentir que era la única que podía mantener el equilibrio dentro de su mente, por eso soportaba estoica cada uno de sus episodios, porque lo amaba y era todo lo que importaba.

—Perdóname, amor, perdóname por causarte tanto dolor. —Richard la abrazó besándole el hombro, y sintió como ella posaba su mano encima de la de él, que descansaba sobre su vientre.

—No..., no hay nada que perdonar. —Se volvió y le dio un beso en los labios, él respondió envolviéndola con sus brazos muy fuerte.

Ella se quedó dormida minutos después, pero a él los recuerdos volvían a torturarlo, no podía sacar de su cabeza todo lo que vivió y quien fue tiempo atrás, su realidad cada día se hacía más contundente.

# Capítulo 27

16 de enero de 1913

Fransheska se sentía cada vez más ansiosa, no sabía por qué su hermano la había vendado apenas entraron a la ciudad, sintió cuando Gianluca estacionó el auto y Fabrizio la ayudó a bajar. Luego escuchó el sonido que hacen las bisagras de una pesada puerta al abrirse, de inmediato un intenso olor a madera inundó sus fosas nasales y todo se volvió más oscuro a su alrededor.

—¿Cuánto falta, Peter Pan? —preguntó impaciente.

—Falta poco, campanita, ya casi llegamos —respondió, guiándola despacio—. Solo un escalón más y... listo llegamos, voy a quitarte la venda, pero debes mantener los ojos cerrados hasta que te diga. —La vio asentir y con cuidado desató la cinta rosa—. Ya puedes ver.

—¡Fabrizio! —gritó emocionada y se colgó de su cuello, dándole besos—. ¡Fabri! —Se separó de él para admirar el lugar que era impresionante—. ¡Esto... esto es magnífico, maravilloso!

—Me alegra que te guste —respondió complacido.

—Me encanta... estoy fascinada, mira este escenario. ¡Es inmenso, aquí puedo practicar cada coreografía! ¿Puedo hacerlo? —preguntó, sin saber si podía, tal vez solo la había llevado para que lo conociera.

—Por supuesto, esa es la sorpresa, podrás practicar aquí cada tarde, ya me encargué de apartarlo para ti —mencionó, con una sonrisa.

—¿Y cómo vamos a pagarlo? —inquirió, parpadeando.

—No te preocupes por eso, ya pagué por los días que nos quedan, y aboné una parte del mes de julio, así que puedes venir todas las tardes, de dos a cinco. Están remodelando una parte, así que no presentarán funciones por ahora, ni habrá ensayos.

—¡Fabrizio...! ¿Te has gastado en esto toda la mensualidad que nos da papá? —preguntó, mirándolo con asombro.

—Sí, pero no te preocupes porque vale la pena, esto es un teatro, campanita, aquí es donde las bailarinas como tú deben estar, es hora de que empieces a pensar en hacer tu sueño realidad, así como yo seré el mejor abogado de Italia

—Pero... papá. —Ella bajó el rostro, sabía que no podría hacerlo.

—Papá no tiene por qué enterarse, por ahora, se lo contaremos después, y estoy seguro que cuando te vea bailar, va a quedar tan complacido que no dudará un segundo en apoyarte —aseguró, sujetándole las manos y mirándola a los ojos.

—Peter Pan, eres el mejor hermano del mundo, y tengo la dicha de que sea mío, ahora venga mi Casimiro Ain italiano, probemos estas tablas —dijo, y extendió los brazos para que él la acompañara en ese primer baile, empezaron a dar vueltas y no pudo contener su emoción, de pronto de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas.

—¿Por qué lloras, Fran? Tampoco quedé en la ruina, todavía me quedó para comprarme unos cuantos helados.

—Es que solo nos queda una semana, otra vez nos vamos a separar Fabrizio, y no me gusta estar lejos de ti.

—El tiempo pasará rápido, verás cómo, en un abrir y cerrar de ojos, estamos nuevamente sobre estas tablas y todavía me debes la guerra de hojas secas del año pasado, ya verás, no creas que te vas a librar de esa —pronunció, limpiando las lágrimas de su hermana que sonreía al recordar los juegos compartidos con él.

Continuaron bailando con la agilidad y la elegancia que les había otorgado los años de práctica, derrochando talento en el hermoso y prestigioso escenario del Teatro della Pergola. Imaginaban cómo se sentirían los bailarines que habían tenido la dicha de estar allí, mientras eran aclamados por el público en un lleno total.

Luciano llegó mostrándose muy entusiasmado, caminó hasta la terraza donde su esposa e hijos compartían un juego de cartas, saludó a su mujer con un recatado beso en los labios, a su hija con uno en la frente y a Fabrizio con un abrazo, luego se alejó para mirarlo.

—Hijo, te he traído un regalo, espero que te guste —anunció con una gran sonrisa y extendiéndole un paquete.

—Muchas gracias, padre. —Fabrizio rasgó el papel y se encontró con un libro bastante grande y grueso de anatomía humana, admiró la portada por varios segundos hasta que su padre habló.

—Te lo traje, como estás tan abierto a instruirte antes de tiempo, puedes ir aprendiendo un poco sobre el cuerpo humano y así ir delante de tus compañeros en Cambridge —explicó, al ver que su hijo miraba el libro con

algo de desconcierto—. ¿Acaso no te gustó?

—Sí... sí me gustó, padre, muchas gracias —respondió sin desviar la vista del libro, pero sintiendo un peso alojarse en su estómago.

Sabía que su padre no iba a cambiar de parecer, seguiría insistiendo en que estudiase medicina; sin embargo, aún le quedaban dos años para convencerlo, y no se daría por vencido, debía darle el ejemplo a su hermana, de que valía la pena luchar por sus sueños.

## 24 de enero de 1913

Todas las tardes se encontraba puntual con Antonella en el parque, ese era su último día porque al siguiente regresaría a Londres, ella le había ayudado bastante; en realidad, ya no necesitaba tanto de su asistencia, pero no se lo dejaba saber. No quería dejar de verla, por eso al ser consciente de que pasarían varios meses para que se encontrasen de nuevo, una tristeza profunda se apoderó de su pecho.

Su amistad había crecido mucho en pocos días, pasaban horas conversando y no se aburría para nada, a veces sentía que el tiempo junto a ella era muy poco. Lo que deseaba era pasar cada segundo del día admirándola, disfrutando del aroma de su perfume, escuchando su voz, ver su cuello largo y blanco que muchas veces lo tentaba a besarla, pero sabía que no podía hacerlo.

Aunque en ocasiones se frustraba y le daba rabia cuando ella lo trataba como un niño, así que se lo dejaba ver de una manera sutil; sin embargo, ella se empeñaba en mantener la distancia. Muchas veces parecía que se le olvidaba que él era menor, porque lo trataba con más confianza de lo normal, le tomaba la mano o le acariciaba la mejilla.

—Espero que te vaya muy bien en los estudios y que obtengas las notas más altas del curso. —Le deseó Antonella, acomodando un mechón de cabello castaño detrás de la oreja de Fabrizio.

—Gracias, pondré todo mi empeño para no decepcionarte —aseguró, aventurándose a tomarle la mano, pero ella la retiró con sutileza—. Antonella... —Quería decirle lo cautivado que lo tenía, sentía que era una necesidad, ella tenía que saberlo.

—¿Sí? Dime, pequeño. —Se recordó mantenerlo a distancia.

—¿Te puedo escribir? —Decidió esperar, porque vio que ella una vez más se alejaba y lo trataba como a un niño.

—Claro —contestó, dedicándole una sonrisa cargada de ternura.

—No importa si no me respondes, solo quiero poder verte cuando regrese en agosto..., aún nos faltan un par de leyes.

—Está bien, te responderé. —Le gustaba ser de utilidad para alguien, pues cuando su esposo estuvo vivo, solo era un adorno al que lucía con sus amigos, usaba por las noches y luego ignoraba.

—Muchas gracias —expresó emocionado, pues con esa respuesta hizo que su mundo se iluminara por completo.

El momento de despedirse había llegado, así que ella se puso de pie y él también, Antonella se acercó y le dio un beso en la frente, él estaba casi del mismo alto que ella. La verdad era que Fabrizio Di Carlo, para tener catorce años era bastante alto, bien podía pasar por un joven de diecisiete, pues a pesar de ser delgado, no tenía un cuerpo desgarrado.

—Dios te bendiga, niño lindo —susurró antes de irse.

Al día siguiente la familia Di Carlo se encontraba en la estación, aunque solo el padre y los hijos abordarían el tren que los llevaría hasta Francia, ya que primero debían dejar a Fransheska en París; luego irían hasta el puerto para tomar el barco que lo llevaría a Londres.

En la estación su madre lloraba mientras los despedía, con palabras cariñosas y promesas de ir a visitarlos en cuanto les fuese posible, porque seis meses lejos de ellos era algo insoportable. Hicieron el último llamado y ellos subieron de prisa, despidiéndose con besos que le lanzaban desde la ventanilla, y su madre atajaba en el aire.

El tren empezó a andar cuando Fabrizio vio a Antonella parada en uno de los andenes, de inmediato su corazón se aceleró emocionado, pero luego se volvió pequeño ante el dolor de saber que no la vería en mucho tiempo. Sintió como si alguien se lo estuviera extirpando y se quedó parado, mirándola, deseando grabar la imagen de la mujer que adoraba en su corazón y así poder recordarla con exactitud.

—Fabrizio, ven a sentarte, ¿qué estás viendo? —inquirió Luciano.

—Nada, papá, ya voy —respondió, y se sentó junto a su hermana.

—¿Es ella? —preguntó Fransheska en un susurro.

—Sí, es ella... —No pudo decir nada más porque tenía la garganta inundada por las lágrimas

—Es muy bonita y no se ve tan mayor —dijo con una sonrisa.

Fabrizio se acercó a su hermana y le dio un beso en la cabeza, sintiéndose feliz de tener su aprobación, porque deseaba que ambas se llevaran bien.

Mientras veía al tren alejarse, se prometió que regresaría dispuesto a conquistar a Antonella Sanguinetti, le haría ver que ya no era un niño, sino la persona indicada para hacerla feliz.

—¿Qué tanto se secretean, qué no me cuentan? —preguntó Luciano al ver la actitud de ambos.

—Nada papi, solo que le dejamos un regalo a mami, para que lo encuentre ahora que llegue a la casa —respondió Fransheska, lo primero que se le vino a la mente. En parte era verdad que le habían dejado a su madre un ramo de flores con una carta de cada uno.

—¡Bueno! Ahora la voy a tener llorando un mes por toda la casa, ustedes se van y se olvidan de nosotros apenas se encuentran con sus amigos, y quien se queda con la cascada andante soy yo —expresó con cara de terror, pero luego sonrió al ver las miradas pícaras de sus hijos.

Ellos soltaron una carcajada y se cambiaron de asiento para apoyarse cada uno a su lado, rodeándolo con sus brazos para aprovechar esas horas que les quedaban juntos. A los pocos minutos Fabrizio y Fransheska se quedaron dormidos; de pronto Luciano sintió miedo de ver lo rápido que crecían, no quería perderlos.

Después de viajar durante todo el día, por fin llegaban a París; sin embargo, la hora de admisión para Fransheska en el internado Saint Denis ya había pasado. Así que Luciano decidió que se quedarían esa noche en un hotel, y saldrían al día siguiente a primera hora hacia Loches, eso les dio la oportunidad de compartir un poco más.

Como estaban muy cansados por el viaje, cenaron en el restaurante del hotel, haciendo comentarios divertidos de sus pasadas vacaciones, incluso de esos episodios que Luciano se había perdido por estar trabajando. Se prepararon para dormir y cada uno ocupó sus camas, pero Fabrizio se sentía muy ansioso y no lograba conciliar el sueño, necesitaba contarle a alguien lo que sentía y ya su hermana estaba profundamente dormida, además, ella tal vez no lo entendería, así que, armándose de valor, recurrió a su padre.

—¿Papá? —Lo llamó esperando que no estuviese dormido.

—Sí, hijo —respondió Luciano, algo somnoliento.

—Creo que estoy enamorado —confesó con la voz vibrándole.

—Qué bien, hijo —expresó, sintiéndose algo sorprendido, las palabras de Fabrizio lo habían despertado—. El amor es el sentimiento más hermoso y poderoso que puede existir, solo ten cuidado porque también puede hacerte sufrir si le entregas ese sentimiento a la persona equivocada... —Le advirtió,

y quedó pensativo, vio que Fransheska dormía profundamente, así que aprovechó para recordarle algo que nunca estaba de más—. ¿Fabrizio?

—¿Sí? Dígame padre. —Su advertencia lo había tensado, solo esperaba que le dijera cómo saber si esa persona era la correcta.

—Para todo hay su tiempo, aún estás muy joven para enamorarte, de seguro es una ilusión, así que no te apresures en descubrir las cosas que el cuerpo te pide, ten paciencia, recuerda las consecuencias que puede traer el dejarse llevar por las emociones del momento.

—Sí padre, me controlaré, no debe preocuparse, no la veré por ahora, se quedó en Italia —respondió para tranquilizarlo.

—Bueno, eso te dará tiempo para analizar tus sentimientos.

—Seguramente... Buenas noches padre, gracias por sus consejos, lo quiero mucho. —Le alegraba saber que su padre no había reaccionado mal a su confesión, temía que fuese a darle un sermón.

—Yo también hijo, buenas noches —esbozó con una sonrisa, su pequeño ya se estaba convirtiendo en un hombre.

Fabrizio se quedó unos minutos más mirando la oscuridad que reinaba en la habitación, mientras traía a su memoria el recuerdo de Antonella y sentía su corazón vibrar de emoción. Sabía que ella era la correcta; sin embargo, no podía contarle eso a su padre, pues si él se enteraba que le hablaba de una mujer que casi le doblaba la edad, se levantaba en ese instante y le daba una tunda.

Era media mañana cuando el auto se estacionó frente a la imponente fachada del internado Saint Denis, que los recibió mostrando toda su magnificencia y esplendor en sus paredes de piedra blanca, sus amplios ventanales y sus techos grises. Fransheska bajó del auto ayudada por su padre, sintiendo dentro de su pecho una mezcla de emociones contradictorias, pues estaba feliz de regresar y poder reunirse con sus amigos, pero también triste de dejar a su padre y hermano, pensó en lo maravilloso que sería tenerlo todo en un mismo lugar, pero sabía que eso era imposible.

—Bien, mi princesa, llegó la hora de despedirnos —mencionó Luciano, batallando con el nudo en su garganta.

—Voy a extrañarte mucho, papá —expresó, abrazándose a él y de inmediato las lágrimas se hicieron presentes.

—Yo también mi pequeña, pero ya verás que los días pasan rápido y vendré a visitarte con tu madre. —Le sonrió, al tiempo que retiraba con sus pulgares las lágrimas que brotaban de esos hermosos ojos grises que había



heredado de Fiorella—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, papi —dijo, dándole un beso en la mejilla, luego se volvió a su hermano y le extendió sus brazos—. Fabri.

—No llores que se te pone la nariz roja y se te apaga la luz, campanita —esbozó, abrazándola muy fuerte mientras luchaba con su propio llanto—. Recuerda escribirme todos los días.

—Te prometo que lo haré, me vas hacer mucha, mucha, mucha falta, Peter Pan... —Aprovechó que su padre se alejó para hablar con una de las religiosas, y le advirtió algo—. ¿Sabes? Nunca le han preguntado a James Mathew Barrie, que sería si este par se separa, por eso que no se le ocurra a Wendy Darling Antonella, separarnos porque le saco los ojos —amenazó, haciendo un garfio con sus dedos.

—¡Oh vamos! No sabía que tenía una hermana asesina —expresó sonriendo y le apretó la nariz—. Antonella no me va a separar de ti, ya te lo he dicho, qué más quisiera yo que sintiera algo más, pero no es así.

—¡Por Dios Fabri! Estoy segura de que le gustas, si no ¿por qué razón te fue a ver a la estación? —inquirió, arqueando una ceja.

—Ojalá, aun así, ella no va a lograr separarnos, lo que siento por ambas es igual de grande, pero al mismo tiempo es diferente, después seguimos hablando, que ahí viene papá con la madre superiora. —Se dieron un último abrazo, sollozando sin poder evitarlo.

—Cuídate mucho mi princesa —dijo Luciano, dándole un abrazo más y un beso en la frente—. Cuídela mucho, por favor —pidió a la mujer, la vio asentir y alejarse llevándose a su pequeña.

Soltó un suspiro y le apoyó una mano en el hombro a su hijo, luego subieron al auto, aún le quedaba una despedida más.

## **26 de marzo de 1913**

Los días en la escuela secundaria de la Trinidad de Juan Whitgift pasaban rápidamente; sin embargo, para Fabrizio parecía transcurrir con extrema lentitud, a pesar de que pasaba de las misas a las clases, y de estas a algunos talleres. Tal vez todo eso se debía a que ya no solo extrañaba a su familia, sino también a Antonella, estaba desesperado por mirar de nuevo sus hermosos ojos, ver cómo se movían sus labios al hablar; sobre todo, admirar su largo y blanco cuello.

A pesar de que le escribía dos veces por mes y ella le contestaba, eso no

era suficiente, mientras leía sus cartas intentaba recordar el sonido de su voz y hacer como si ella estuviese allí, junto a él en la pequeña habitación de ese internado. Aún faltaban tres meses para que por fin se llegaran las vacaciones de verano, y por primera vez, en cinco años, no le interesaban los cursos, ni mucho menos ir hasta Leeds, le daba lo mismo, lo único que deseaba era poder regresar a Florencia.

### **28 de junio de 1913**

Al fin el día que tanto había esperado llegó, había preparado su equipaje con tiempo, por lo que fue uno de los primeros en llegar al salón donde debían esperar hasta que sus padres llegaran. La ansiedad hacía estragos en él, no podía estar sentado, así que comenzó a caminar de un lugar a otro y eso hizo que se ganara una reprimenda por parte de la hermana; por fin anunciaron su apellido y él salió, casi corriendo del salón, para reunirse con su padre en el patio del colegio.

—Hijo, estás mucho más alto. —Lo saludó Luciano, respondiendo con emoción al efusivo abrazo que le entregaba su hijo.

—Qué alegría verlo, padre, no sabe las ganas que tenía de salir de ese encierro, un día más y le juro que me volvía loco.

—Bueno, ya estás afuera y te tengo una sorpresa —anunció, y en ese momento salieron detrás del auto Fransheska y Fiorella.

—¡Peter Pan! —gritó Fransheska, lanzándose a sus brazos.

—Campanita, pero... ¿Qué haces aquí? —inquirió, mirándola con asombro—. Siempre tenemos que esperar dos días por ti.

—Nuestros padres hablaron con la madre superiora para que me dejara salir antes —respondió con emoción.

—Me alegra mucho. —Dejó a su hermana y caminó hasta su madre.

—Mi pequeño, mi bebé —pronunció, abrazándolo mientras lloraba, al ver que su esposo fruncía el ceño, habló—. Luciano no me digas que no lo malcrié, porque tenía casi dos meses sin verlo. —Le advirtió, desde los brazos de su hijo, quien ya estaba de su alto, y empezó con su acostumbrada lluvia de besos.

—Mamá... madre... mamá, estamos en público —murmuró al ver las sonrisas burlonas de sus compañeros que salían en ese momento.

—¿Qué importa? Que miren y se mueran de la envidia porque adoro a mi hijo —indicó, sin dejar de besarlo.

—Fiorella ya basta, que avergüenzas al muchacho —acotó Luciano.

—¿Ah? ¿Yo te avergüenzo, Fabrizio? —preguntó, deteniéndose.

—No, madre, no me avergüenzas..., pero sería mejor darnos prisa y así nos dará tiempo de tomar el tren a Florencia.

—Sí, tienes razón, mi niño... —Afirmó con su cabeza y caminó abrazada a él—. ¡Qué hermoso estás! —señaló, pellizcándole una mejilla y sonrió al ver que se sonrojaba.

—Se nos hará tarde —expresó Fransheska con impaciencia, aunque ya se había hecho a la idea de que Fabrizio era el consentido de su madre, a veces sentía envidia de esa sobre atención que él tenía.

—¿Estás celosa, Fran...? —preguntó Fabrizio, con una sonrisa.

—¿Yo celosa? Por favor, ¿y de ti? Claro que no. —Desvió la mirada.

—Ven acá, tontita —pronunció él, y la haló pasándole el brazo por encima de los hombros para darle un beso en la mejilla.

—Mi nenita, no te pongas celosa, tú sabes que eres la princesa de la casa —mencionó Fiorella, soltando a su hijo y pasándose al lado de Fransheska—. Es que los quiero tanto, que no me doy abasto para los dos —agregó, y escuchó a su esposo aclararse la garganta.

—Ahora el celoso es papá —dijo Fransheska, explotando en otra carcajada, que su hermano también acompañó.

—¡Luciano! A ti te tengo más tiempo, así que deja de ser egoísta.

—¿Yo? ..., pero si no he dicho nada. —Se defendió y desvió la mirada a su alrededor, para luego llevar las manos cruzadas a su espalda y adelantarse un poco, no quería que lo vieran como a un tonto.

—Vaya, mamá. —Le susurró Fabrizio, sonriéndole.

—Está bien, su padre es un malcriado —dijo, haciendo un puchero.

—Es su culpa, usted lo tiene así. —Sonrió, viendo que ella asentía concediéndole la razón, y se apresuró para alcanzarlo.

Fiorella se acercó hasta su esposo y lo agarró de la mano, él, en respuesta, le depositó un tierno beso en el dorso, al tiempo que le entregaba una de esas sonrisas que la enamoraban. Fabrizio y Fransheska se tomaron del brazo para caminar detrás de ellos, admirando lo dichosos que se veían sus padres juntos y el amor que se profesaban, el mismo que ellos anhelaban algún día tener.

# Capítulo 28

**30 de junio de 1913**

Durante el trayecto en tren, Fabrizio y Fransheska aprovecharon que sus padres se retiraron a su compartimento, para ponerse al día con los detalles que no se contaron por cartas. Él no paraba de hablar de Antonella, y su hermana se dio cuenta que sin duda alguna el sentimiento había crecido aún más, y que no solo se trataba de una ilusión como le había comentado su mejor amigo, Jules Le Blanc.

Llegaron a Florencia ya entrada la noche, por lo que Fabrizio supo que sería imposible ir al parque para ver a Antonella, como tanto deseaba. Además, no podía esperar a que ella se encontrase en el parque a esa hora; intentaba ser racional, pero cada vez la ansiedad era mayor.

Se levantó temprano y desayunó junto a su familia, luego su padre se marchó a la empresa, así que él se dedicó a hablar con su madre, pero apenas si conseguía concentrarse en su charla, pues no podía sacar a Antonella de su cabeza. Después del almuerzo subió a su recámara con prisa, ya que se le hacía tarde para su cita, se esmeró en su aspecto y entró a hurtadillas a la habitación de sus padres, para usar un poco del perfume de Luciano, no podía presentarse ante ella con aroma a niño.

Se despidió con prisa de su madre y casi tuvo que sacar a su hermana arrastras de la casa, subieron al auto donde ya los esperaba Gianluca para llevarlos a la ciudad. No deseaba viajar en bicicleta hasta Florencia, porque con el calor del verano su ropa se sudaría; una hora después bajaba junto a Fransheska en el teatro.

—Fabrizio, pero... pensé que me ibas a acompañar —dijo ella, parpadeando de manera nerviosa, no quería quedarse allí sola.

—Debo ir a ver a Antonella, pero prometo regresar para buscarte.

—Espera..., no puedes dejarme aquí sola —pronunció, mientras se quitaba las zapatillas para ir con él.

—No estarás sola, tu profesora está por llegar... ¡Mira, ahí viene!

—No seré su profesora, sino su compañera... recuerda que ese fue el trato, jovencito —señalo Marisa, mientras veía a la pequeña sobre el

escenario, se acercó con una sonrisa para presentarse—. Encantada, Marisa Lotti —pronunció, mirándola detalladamente.

—Mucho gusto, Fransheska Di Carlo Pavese —dijo, extendiendo su mano, miró a su hermano sin poder evitar sentirse desconcertada.

—Todo estará bien, campanita, regresaré por ti en un par de horas.

Se acercó para darle un beso en la frente, y luego caminó de prisa para bajar del escenario, intentando no ser consciente de la mirada de reproche que le dedicaba su hermana. Suponía que debió explicarle en detalle al acuerdo que había llegado con la señora Lotti para que ambas pudiesen practicar y que él no estaría presente durante ese tiempo.

Por fin llegó al parque y sin perder tiempo fue directo a su banca, la vio sentada de espalda, su figura hizo que el corazón se le desbocara en latidos. En ese instante se dio cuenta de que había estado muriendo por volver a verla y que también revivía, se acercó despacio mientras la observaba como si fuese un sueño.

Deseaba tener las palabras adecuadas para decirle todo lo que le estaba pasando, que le gustaba demasiado y que todo el tiempo que estuvieron lejos vivió desesperado por verla. Que había deseado muchas veces ser el viento para poder acariciarla, que lo que más deseaba era poder enamorarla, pero que no tenía prisa solo esperaba que ella le correspondiera.

Quería decirle que, durante esos meses sin estar a su lado, se cansó de buscar un motivo, tan solo uno por el cual no pudiera amarla y no lo encontró, pues ella le había dado miles para querer enamorarse. Y que definitivamente lo tenía en una nube, esperando por ella, solo esperando que decidiera subir también, todo eso lo pensaba mientras caminaba hacia ella y la caja en sus manos temblaba.

—¡Antonella! —Se aventuró a llamarla por su nombre.

Ella se volvió para mirarlo, se puso de pie y se quedó observándolo por unos segundos sin poder creer cuánto había crecido, ya comenzaba a dejar atrás el delicado rostro de un niño y ganaba rasgos más masculinos. Sin poder contenerse salió casi corriendo hasta él, sonriendo y terminaron amarrados en un abrazo.

—Mi niño... ¡Mira nada más qué grande estás! —dijo, tomándolo de las manos y separándose para observarlo mejor, Fabrizio ya estaba de su mismo alto—. ¿Qué les dan de comer en ese colegio?

—No te gustaría saber —comentó, sonriendo emocionado, nunca esperó que lo recibiera así, aunque lo soñó cada noche—. Te traje algo —dijo,

extendiéndole la caja con algo de timidez.

—¿En serio? —inquirió, mirándolo con sorpresa.

—Ábrelo —dijo impaciente y nervioso.

Ella quitó el papel y se encontró con un hermoso cofre dorado, lo acarició encantada con los detalles. Lo abrió, encontrándose con una pequeña bailarina de ballet, que de inmediato comenzó a dar vueltas mientras una hermosa melodía inundaba el ambiente.

—Tuve que comprar dos, porque también le regalé una igual a mi hermana... ¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡Es bellísima! Nunca me habían regalado nada así, sabes, que me casé muy joven y no disfruté de mi juventud, solo me regalaban joyas, vestidos, viajes y esas cosas —respondió, mientras sentía que las lágrimas la traicionarían de un momento a otro.

No sabía por qué el regalo de Fabrizio la había emocionado tanto, tal vez porque estar con él la hacía sentirse de nuevo como esa jovencita que se sacrificó por liberarse de una realidad muy cruel. Quiso salir del yugo de su padre, y se casó con un hombre que le ofreció estabilidad y comodidades, pero que nunca fue cariñoso, ni siquiera en la intimidad, aunque no la engañó, siempre le dijo que era práctico.

—Cuéntame, ¿cómo van tus estudios? —cambió el tema, mientras lo tomaba de la mano para ocupar asiento en su banca, ya era su banca, la banca de los dos.

—Bien... muy bien, Antonella... ¿No hay problema en que te llame así? —inquirió, mirándola a los ojos, la vio sonreír aprobándolo y eso lo emocionó—. Bien, aunque no quiero hablar de estudios, mejor hagámoslo de otra cosa, ya tendremos más tiempo para hablar de eso.

—¿Y de qué quieres que hablemos? —questionó, sin desviar la mirada de la bailarina que daba vueltas al compás de la música.

—De ti. —Le dijo entusiasmado, buscando su mirada.

—¿De mí? —Levantó el rostro lentamente y lo miró a los ojos mostrándose sorprendida—. ¿Qué quieres saber de mí?

Fabrizio sabía que tenía que preguntárselo, no podía soportar más la incertidumbre, tenía que saber si Antonella tenía a alguien más, pues si era así, le tocaría desistir, pero si no, crecerían sus esperanzas.

—Bueno... ya sé que tu esposo murió hace tres años, pero... pero... —No sabía por qué le era tan difícil hacer la pregunta, respiró profundo, decidiendo que la haría de una vez—. ¿Quisiera saber si existe otro hombre en tu vida? —

Ella solo se quedó mirándolo sin decir palabra, ante su reacción, él se apresuró a agregar—: Es que... como tienes tanto tiempo sola.

—No hay nadie más —respondió, volviendo la mirada a la caja de música—. Pero no deberías hacerme esas preguntas —acotó, con seriedad.

—Lo siento, Antonella, no era mi intención parecer atrevido. —Se excusó apenado al notar que ella se había molestado, pero sintió como la esperanza hacía nido en su pecho.

—No te preocupes, pero no me gusta hablar de mis sentimientos, ni mucho menos que me pregunten si ando con alguien o no, no permito que se inmiscuyan en mi vida —pronunció, suavizando un poco la voz, pero manteniendo el mismo semblante duro.

—Está bien, prometo no hacerlo nuevamente —dijo, bajando el rostro y cruzando los dedos, porque esa era una promesa que no podía cumplir, quería saber todo de ella; sin embargo, le había quedado claro que debía ir despacio, así que quiso reparar su error—. Para reivindicarme te invito mañana a dar un paseo por el lago. ¿Qué me dices? —inquirió, mirándola a los ojos y al ver que dudaba, levantó su mano derecha—. Prometo hacer preguntas personales.

La mezcla de confusión, tristeza y rabia que sintió al momento en que Fabrizio le hizo la pregunta anterior, desapareció por completo luego de que él le hiciera esa invitación. Una vez más, no sabía por qué podía hacerla sentir de esa manera, que las emociones vibraran dentro de ella como si tuviera quince años, y no pudo evitar sonreír.

—Está bien, pero nada de preguntas. —Le advirtió, mirándolo.

—Hecho, no preguntaré nada y traeré pan para los cisnes.

Ella volvió a sonreírle y él se quedó embelesado mirándola, hasta que de pronto se percató de la hora y vio que se le había hecho tarde para ir por Fransheska. Su hermana iba a asesinarlo, se puso de pie de un salto, ante la mirada sorprendida de Antonella, se sintió muy triste de tener que dejarla, pero tenía la esperanza de verla al día siguiente.

—Me tengo que ir, debo buscar a mi hermana en el teatro —explicó y se arriesgó a darle un beso en la mejilla. Ella apenas parpadeó, pero no se mostró molesta, así que él sonrió de manera efusiva y salió casi corriendo, antes de que fuese a reclamarle.

—¡Mañana a las tres! —Le recordó Antonella, viéndolo alejarse.

—En punto, ni un minuto más, pueden ser diez minutos menos, pero no uno más —respondió Fabrizio con una gran sonrisa y se encaminó nuevamente, sintiendo que iba en una nube.

Antonella se quedó sentada y abrió nuevamente la caja de música, dejando que la melodía la transportara a otro universo y una sonrisa se instalaba en sus labios. Cerró los ojos y de pronto se encontró recordando los hermosos ojos topacio de Fabrizio, y pensó en lo maravilloso que sería tener su edad, poseer su inocencia una vez más, ignorar todas esas cosas que con el pasar de los años le hacían daño.

Cuando llegó y encontró a su hermana sentada en una de las butacas del teatro, en su rostro se podía apreciar fácilmente que estaba molesta por la demora. Corrió hasta ella y se detuvo con la respiración aún agitada, pues había corrido durante todo el trayecto.

—Campanita, ya llegué —anunció, doblándose y llevándose la mano al costado, donde se había instalado el dolor por la falta de oxígeno, abrió la boca abierta para tomar todo el aire posible.

—Es evidente que llegaste, a menos que esté viendo a un fantasma. —repuso seriamente—. Que, por cierto, es un fantasma demasiado impuntual, llevo más de quince minutos esperando.

—Hermana, lo siento, se me hizo tarde... no fue mi intención, es que el tiempo pasa volando. —Se disculpó, sentándose a su lado y tomando las zapatillas.

—Sí, lástima que no lo vi volar... ya no la soporto —expresó, aún molesta mientras desviaba la mirada de su hermano.

—Fran... Campanita... Fransheska Di Carlo —mencionó, viendo que su hermana no se volvía a mirarlo—. ¿Será que me puedes mirar a la cara? —Ella volvió la vista, pero se mantenía seria, con los brazos cruzados sobre su pecho y con un mohín de molestia—. Cuando te digo que pasa volando es así, créeme, algún día te vas a enamorar y entonces te acordarás de mí, cuando estés al lado de esa persona el tiempo y los demás serán tus enemigos.

—Entonces yo soy tu enemigo —dijo irónicamente.

—No, tontita... ven acá. —La acercó para darle un abrazo.

—Fabrizio Alfonso Di Carlo Pavese, no me toques... no me toques —refutó, poniéndose de pie con mal humor.

—Fransheska... mejor no digo tu segundo nombre porque te molestarás aún más conmigo —acotó sonriendo, y al ver que ella se ponía roja de rabia, dejó de burlarse—. Por favor, deja los celos, tú sabes que eres mi hermana y que te prefiero más a ti.

—¡Sí, se nota! —pronunció en un tono sarcástico.



—Bueno, ya está bueno, Fran, mejor nos vamos que se hace tarde, si llega papá y no nos ve en la casa sabes que se molestará mucho y será mamá quien reciba la peor parte. —Le recordó, poniéndose de pie, tomando el bolso de su hermana.

—Se nos hace tarde... se nos hace tarde... —Caminó detrás de él, imitando su voz con sorna—. ¿Por qué no le dices lo mismo a Wendy Antonella? —cuestionó, caminando más rápido de lo normal para dejarlo detrás de ella, no quería verlo.

—¿Podrías esperarme? —pidió, tratando de alcanzarla.

—No puedo, se nos hace tarde y no olvides que ahora el tiempo pasa volando —respondió, haciendo como si sus brazos fueran alas.

Él no pudo evitar sonreír ante los celos de su hermana, corrió hasta ella y la agarró por la cintura para abrazarla, empezó a darle besos en las mejillas. Fransheska era igual de celosa que su madre, pero ninguna de las dos tenía motivos para sentirse desplazadas por Antonella, porque su corazón era lo suficientemente grande para las tres.

—Campanita, te prometo que será la primera y la última vez que te deje esperando, y para compensarte, seré tu caballo —mencionó, mientras se ponía delante de ella para que subiera a su espalda.

—¡Hurra caballo! Al trote que es tarde y el tiempo galopa. — Fransheska no pudo evitar sonreír y que la molestia desapareciera ante la propuesta de su hermano, pues adoraba montar.

Fabrizio soltó una carcajada ante sus ocurrencias y ella lo acompañó, una vez más volvían a ser ese par de hermanos y cómplices de siempre, tan compenetrados que podían entenderse sin palabras, solo bastaba una mirada. Llegaron hasta al auto que los esperaba afuera del teatro y subieron de prisa, Gianluca llevaba unos veinte minutos esperándolo; por suerte, el chofer condujo de prisa y llegó antes de que Luciano regresase del trabajo.

Al día siguiente, Fabrizio esperaba impaciente. El reloj marcaba un cuarto para las tres y ya había gastado casi la mitad de la bolsa de migajas de pan en las palomas, mientras las ansias devoraban sus nervios. Cinco para las tres y Antonella al fin aparecía, se veía más hermosa que nunca, vestida completamente de blanco y con un sombrero del mismo color.

—¿Tienes mucho tiempo esperando? —preguntó, sentándose.

—No... no, la verdad no mucho —respondió poniéndose de pie y le extendió la mano—. Vamos, el bote nos espera.

—Pensé que solo era caminar —expresó asombrada.

—No es lo mismo darle de comer a los cisnes desde la orilla, que a mitad del lago —esbozó, mostrándole la bolsa con el pan.

Ella se sintió dudosa, pero al ver su sonrisa, lo tomó de la mano y se levantó. Cuando llegaron a la orilla del lago, Fabrizio le señaló el bote que estaba junto al muelle, él subió de un brinco, y le extendió una mano para que entrara, pero ella miró a sus pies y sabía que con los zapatos podría resbalar.

—Quítate los. —La animó él con una sonrisa brillante.

El sol estaba en su punto más alto por lo que hacía que sus ojos se vieran más claros y aún más brillantes, ella dudó por un momento, pero terminó quitándoselos y entregándoselos. Fabrizio los puso en el bote, le extendió nuevamente la mano, y ella la tomó temblorosamente, algo le decía que se le haría difícil, ya que el muelle era bastante alto.

—No tengas miedo Antonella, no te vas a caer.

—Fabrizio, es que no sé... y si me caigo... no... no sé nadar —confesó apenada, sintiendo como sus mejillas ardían.

—No hay problema, yo sé, te prometo que no te pasará nada.

—Está bien, pero dame la otra mano —aceptó, confiando en él. Fabrizio se acercó aún más mientras el bote se mecía, ella seguía temblando por lo que se aferró con ambas manos a él.

—No, Antonella, espera, así no... acércate un poco más —indicó soltando sus manos, pero con rapidez las llevó a la cintura.

—Fabrizio, mejor no, prefiero caminar... camine...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando Fabrizio la elevó del suelo, sujetándola con fuerza por la cintura para luego bajarla dentro del bote. En el momento en que sus pies tocaron la madera de la embarcación, su cuerpo quedó adherido al de él y sus miradas se quedaron ancladas la una en la otra, mientras ellos temblaban.

La respiración de Fabrizio se descontroló como nunca, y por más que quiso, no pudo evitar que sus manos temblaran en la cintura de Antonella, estaba seguro de que ella podía escuchar los latidos de su corazón. Antonella no era consciente de eso, porque ella estaba ahogándose en el mar profundo que eran los iris de Fabrizio.

De pronto, el bote se mecía con la brisa, haciendo que él cayera de espaldas y Antonella encima. Ante esa situación, ella empezó a reírse y él no pudo más que acompañarla, disfrutando de las sensaciones que recorrían su cuerpo, y que eran tan nuevas como placenteras.

Se quedaron mirándose en silencio y Antonella supo que debía poner distancia, así que se alejó de él y se sentó, intentando esconder el nerviosismo que la había invadido de un momento a otro. Fabrizio agarró los remos y empezó su recorrido, mientras ella se dedicó a admirar a su alrededor, tomó la bolsa con las migajas de pan y esparció un poco aprovechando que había una pareja de cisnes cerca.

—¿Hoy no tienes que ir por tu hermana? —habló, interrumpiendo el escrutinio de Fabrizio en su rostro. Él negó con la cabeza y ella siguió alimentando a los cisnes—. ¿No tienes amigos aquí en Florencia?

—Sí, mi mejor amigo Ángelo, pero está en Venecia de vacaciones.

—Es bueno tener amigos —dijo ella, sonriéndole y se volvió para darle más comida a los animales.

Fabrizio miraba embelesado el perfil de Antonella, y en su mente comenzó a imaginar cómo sería su primer beso, casi sintió como si de verdad lo estuviese haciendo, aunque fuese con la mirada, se decía que igual valía y lo elevaba de una manera única. Los labios de ella eran perfectos, sin duda alguna estaban hecho para que él los besara, y pensar que los tuvo tan cerca.

Se moría por descubrir qué era aquello que Antonella despertaba en él, esas ganas que no sabía cómo explicar, que lo hacían querer abrazarla, que su nariz y labios descansaran sobre su níveo cuello.

—Ya es tarde, deberíamos regresar.

Otra vez ella interrumpiéndolo, no le molestaba escucharla, su voz era fascinante, solo que siempre era para decirle que el tiempo había pasado. Si quisiera algún poder, sería el de detener el tiempo, estancarlo en ese lugar, a esa hora y dejarlo así para la eternidad.

—Sí, tienes razón —murmuró, y empezó a remar de regreso al muelle, mientras la tarde iba cayendo lentamente detrás de ellos.

Al llegar la ayudó a salir, pero esta vez Antonella trató de mantener la distancia desde el principio, llegaron a la plaza en medio del parque y él sentía que necesitaba arriesgarse más, así que la tomó de la mano. Sin embargo, ella disimuladamente se soltó, Fabrizio intentó algo más y se acercó para darle un beso en la mejilla, prologándolo para tratar de grabar en sus labios la lozanía de su piel.

—Es bastante tarde, niño, mejor vete ya, si no te darán un regaño por mi culpa —esbozó con una sonrisa nerviosa.

—Está bien, entonces mañana a las tres nuevamente.

—No... no, mañana no puedo —respondió, desviando la mirada.

—Entonces pasado mañana —sugirió, sintiéndose algo triste.

—Creo que tampoco podré... quizá el lunes.

—¡El lunes! Antonella, es mucho tiempo —expresó, sin poder esconder la decepción—. ¿Por qué tanto? —cuestionó, mirándola.

—Ya te he dicho que no me hagas preguntas. —Le recordó, endureciendo el tono de su voz.

—Está bien, entonces será el lunes, a las tres me tendrás aquí con la constitución, recuerda que aún me faltan dos libros y no los estudié porque prometiste explicarme.

—Lo sé, pero ya vete... anda —ordenó, y le dio la espalda para encaminarse al lado opuesto del parque.

Fabrizio se quedó un rato más viéndola alejarse con ese andar que tanto le gustaba, suspiró y de pronto cayó en cuenta de lo tarde que era, definitivamente esa mujer hacía que se olvidase del tiempo. Caminó de prisa hasta los autos de alquiler y abordó uno, mientras rogaba que su padre no hubiese regresado del trabajo, pero al llegar, vio que su auto ya estaba allí, entró a la casa e intentó pasar desapercibido.

—Fabrizio Alfonso. —Lo llamó Fiorella.

Eso le anunció que estaba molesta, pues únicamente lo llamaba por sus dos nombres cuando deseaba reprenderlo; sin embargo, él sabía perfectamente cómo hacer para contentarla y que olvidara su falta.

—¿Cómo está la madre más linda del mundo? —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, mientras la abrazaba—. No hay otra en todo el mundo como usted, por eso todos me envidian; por cierto, mamá, últimamente se ve más hermosa.

—Ya deja de ser zalamero... ¿Por qué te apareces tan tarde?

—Mamá, ¿recuerda que su pequeño le dijo que esta tarde iría a pasear en bote y a darle de comer a los cisnes? —inquirió, mirándola.

—Sí... sí que lo recuerdo, pero solo llevaste una bolsa pequeña de pan, al menos que le hayas pedido al portugués de la esquina un saco de migajas y que haya millones de cisnes.

—Mamá, tiene razón, lo siento, solo me distraje con el atardecer... me distraje, Fiorella bella —acotó con una sonrisa y le besó la mejilla.

—Bueno... bueno, ahora ve con tus encantos a ver si funcionan con tu padre, que está muy molesto y te espera en el despacho.

—Que Dios me acompañe —dijo, soltando un suspiro mientras se encaminaba al despacho. Llamó a la puerta y escuchó la voz de su padre que

lo invitaba a pasar—. Buenas noches, padre.

—Siéntate. —Fue lo único que dijo Luciano, su hijo le hizo caso inmediatamente—. ¿Se puede saber cuándo piensas madurar, Fabrizio Alfonso? ¿Cómo se te ocurre estar hasta tan tarde en el lago y solo? ¿Acaso no sabes el peligro que corres? ¡Por Dios! Ya eres un hombre, no deberías actuar de manera tan irresponsable, ni mucho menos perderte toda la tarde y llegar a estas horas a la casa.

—Papá es que... —Fabrizio intentó justificarse.

—Es que nada, jovencito. ¿Acaso no sabes lo que nos preocupa? ¿Sabes cómo se pondría tu madre si llega a pasarte algo?

—Papá lo siento, sí sé que se pondría muy mal, por eso prometo...

—Claro que se pondría mal y no prometas nada, solo quiero que sea la primera y la última vez que esto pasa. Ahora te vas a tu habitación y de ahí no saldrás en tres días. —Fabrizio se puso de pie con la cabeza baja y se encaminó a la puerta—. Y espero que no me desobedezcas ni aproveches cuando esté en el trabajo, porque si me entero que has salido de la habitación, te aumento el castigo y solo saldrás hasta tomar el tren a París, sabes que soy capaz de no ir a la empresa para hacerte cumplir. —Le advirtió en tono severo.

—No se preocupe padre, no pienso desobedecerlo, puede ir tranquilo al trabajo —respondió, sin volverse a mirarlo, cerró la puerta y las lágrimas ardían en sus ojos, pero batalló con ellas.

Sin embargo, subiendo las escaleras ya no pudo contenerse más, y las lágrimas se desbordaron de sus ojos, pero las limpió con rabia, entró a su habitación y se encerró. Fransheska no fue esa noche a visitarlo, de seguro su padre se lo prohibió, así que sintiéndose solo e incomprometido, lloró hasta quedarse dormido.

## Capítulo 29

Eran las seis de la tarde de un viernes, como cualquier otro, solo que para dos de las personas que caminaban por esas calles, era un día especial. Ya que justo ese día cumplían un mes de estar juntos, un mes desde que sus vidas cambiaron de grises y monótonas, a estar llena de colores y emociones, caminaban tomados de la mano, pues en ese lugar nadie los reconocería.

Él le había dado la sorpresa de pasar un fin de semana juntos en una cabaña a las afueras de la ciudad, junto al hermoso Lago Cook, el paisaje era realmente hermoso. Decidieron detenerse en el pueblo para pasear por sus pintorescas calles y comprar algunos víveres, ya que el plan era aprovechar al máximo el par de días que estarían en la cabaña.

—Daniel, vamos a ver estos cuadros —sugirió ella, caminando al interior de una tienda de antigüedades.

—¿Te gusta? —Le preguntó, observándola maravillada con una hermosa pintura del lago, que reflejaba un atardecer y que el artista lo había plasmado con gran maestría.

—Sí, es hermoso, mira las luces... y los tonos dorados aquí — contestó señalando eso que había llamado su atención.

—Señor, nos llevamos esta —mencionó para captar la atención del vendedor. Ella se volvió para mirarlo algo sorprendida.

—Daniel no debes comprarla... está hermosa, pero...

—No hay peros, Vanessa, la llevamos —ordenó al hombre para que la envolviera—. Quiero conservarla como un recuerdo de este día

—Gracias —mencionó, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—No tienes por qué agradecer, te mereces esa pintura y mucho más — pronunció, mirándola a los ojos y le dio un suave beso en los labios.

—Sí tengo, porque eres muy especial conmigo, y por hacerme feliz — acotó, acariciándole la mejilla, aprovechó que el vendedor estaba ocupado empacando el cuadro, para responder con mayor entusiasmo al beso que los llenó de calidez a ambos.

—Gracias a ti por llenar mis días, por dejarme ser parte de tu mundo, y entregarte a mí como lo haces —expresó, acariciándole la espalda y dándole

un tierno beso en el hombro.

Daniel le abrió la puerta y ella le regaló una sonrisa, caminaron hasta el auto y él dejó el cuadro en el asiento trasero, luego subieron a la parte delantera y retomaron el camino que bordeaba el Lago Cook, y les ofrecía un hermoso paisaje. Las montañas a lo lejos aún conservaban la nieve, y a medida que se alejaban del pueblo, el olor a naturaleza los comenzaba a envolver; al llegar a una intercepción, Daniel se detuvo y buscó en la guantera un mapa, frunció el ceño mientras seguía unas líneas con el dedo índice, a ella le resultó adorable.

—Según esto debemos ir a la derecha, a una hora por ese camino —dijo, mostrándose seguro para infundirle confianza.

—Perfecto, confié en ti. —Lo que no sabía era que no necesitaba de mapas para confiar en él, ya lo hacía con los ojos cerrados.

Él le sujetó la mano y le dio un suave beso, luego puso el auto en marcha de nuevo; no sé equivocó, a poco menos de una hora lograron entrar a la propiedad. Lo primero que lograron divisar fue el encantador jardín, donde el verde predominaba; sin embargo, no les restaban protagonismo a los hermosos rosales.

Después de un minuto pudieron ver la cabaña, construida en piedra y madera, con amplios ventanales, a un lado se encontraba un pequeño estanque y sobre este un puente del mismo material de la casa. Ella estaba encantada, pues el lugar era bellísimo, bajaron del auto sintiéndose hechizados por tanta belleza y compartieron una sonrisa.

Caminaron juntos, el interior era tan hermoso como el exterior, la luz que se filtraba por las ventanas lo llenaba de luz. Había una pequeña cocina, una sala de estar, el comedor, un corredor que de seguro llevaría a las habitaciones.

—Esto es hermoso, Daniel —dijo, sintiéndose emocionada.

—Sí, es muy bonito, me alegra que te guste... no sabía qué escoger, la verdad es la primera vez que vengo —explicó, caminando para abrir una de las ventanas. De inmediato el olor a pinos, rosas y madre selva, se apoderó del lugar, embriagándolos.

—¡Me encanta! —expresó, abrazándolo por la espalda.

Él se volvió para mirarla y la rodeó con sus brazos para atraerla más a su cuerpo, aprovechó la cercanía para besar con suavidad sus labios, Vanessa le respondió subiendo las manos a su nuca, enredando sus dedos en el cabello cobrizo. Daniel le hizo saber su necesidad de hacer el beso más profundo y

ella cedió, abriendo la boca para dejar que la llenara de todas esas sensaciones que lograba despertar en ella,

Las manos de Daniel comenzaron a recorrer su espalda, y poco a poco las caricias iban despertando el deseo dentro de sus cuerpos. Vanessa fue consciente de eso cuando sintió las manos de Daniel posarse en sus caderas, y acercarla un poco más a él, para luego abandonar sus labios y besar su cuello.

Daniel le dio media vuelta para ponerla de espaldas a él, hizo su cabello a un lado, comenzó a besarle la nuca, mientras sus manos abandonaron la cintura y ascendieron en una caricia lenta hacia sus senos, haciendo que sus respiraciones fueran cada vez más pesadas. Ella dejó caer sus párpados, mientras se mordía el labio inferior en un intento por no dejar salir de su garganta, los gemidos que el roce de sus manos provocaba en ella.

Él deslizó el vestido de Vanessa hasta llevarlo a la cintura, sin dejar de besarle la nuca, bajó a su espalda y luego regresó a los delgados hombros para anidar en su cuello y un gemido acompañó al sonido que hizo el vestido al caer. Vanessa se volteó de nuevo para buscar sus labios, fundiéndose con él en un beso cargado de intensidad, estaba desesperada por sentir el roce de su lengua junto a la suya, deseaba participar más de ese juego.

—Te deseo tanto —confesó Daniel, pegando su frente a la de ella, mirándola a los ojos y sentía su corazón latir muy fuerte.

—Yo también lo hago... también te deseo —respondió, pues necesitaba que él fuese consciente de lo que la hacía sentir.

—Quiero que mis labios recorran cada espacio de tu cuerpo, probarte con mi lengua, olerte... disfrutarte —esbozó al tiempo que bajaba y aspiraba el perfume concentrado en medio de sus senos.

—Hazlo... Hazlo Daniel... disfrútame —expresó, liberando un gemido y echó la cabeza hacia atrás, sometida por las sensaciones.

Él bajó muy despacio dibujando un camino de besos hasta el vientre de Vanessa que temblaba ligeramente, dejó que sus labios vagaran por su suave piel. Mientras sus manos apretaban las caderas y el derriere provocando gemidos en ella, subía con esmerada lentitud por sus piernas, acrecentando el fuego que los consumía a ambos.

Ella lo instó a subir y atrapó con sus labios los de Daniel, mientras desabotonaba la camisa, él la cargó y caminó con ella hacia la habitación, porque sentía que no podía esperar. Sin embargo, se recordó ser gentil, y con suavidad la dejó sobre la cama, luego comenzó a besar su vientre de nuevo, tenía en mente justo lo que deseaba hacerle.



La ropa comenzó a estorbar y en minutos ya se encontraba esparcida por todo el lugar, mientras los gemidos de él y los jadeos de ella se escuchaban en la habitación. Daniel no tenía prisa, quería amarla a conciencia, con esmero y delicadeza, así que la puso boca abajo y con suaves besos empezó a recorrer su espalda, a medida que sus manos viajaban por sus brazos bajando hasta sus caderas.

Ella enterró su rostro en la almohada para sofocar sus gemidos, mientras su cuerpo temblaba con cada caricia, el tibio aliento de Daniel acompañado por sus besos la estaba volviendo loca, nunca imaginó que tanto placer pudiese ser posible. Él la giró y bajó a sus pies, mientras subía trazando un camino de besos en la hermosa piel morena de Vanessa, cuando llegó a las rodillas levantó la mirada para ver el placer reflejado en su rostro.

Vanessa tenía los ojos cerrados y una mano en su boca, mordía sus dedos en cada beso o caricia que él le daba, lo que le hizo descubrir a Daniel; que ella, al igual que muchas mujeres, tenía la absurda idea de que no estaba bien expresar mucho entusiasmo durante el acto sexual. Sin embargo, él buscaría borrar esa idea de su cabeza, porque deseaba que ella se expresase libremente, y que le hiciera saber cuánto lo disfrutaba y que le pidiera lo que quería.

—Déjame oírte, quiero escuchar tu voz —susurró, mientras le acariciaba con su lengua el lóbulo de la oreja—. También deseo que me mires, me encantan tus ojos, Vanessa, mírame por favor —pidió con la voz ronca y sensual transformada por el deseo.

Ella abrió los ojos, asintiendo pues su voz había desaparecido, su corazón latía demasiado rápido y todo su cuerpo era presa de un calor tan intenso, que pensó que estallaría de un momento a otro. Él bajó muy despacio, depositando besos en aquellos lugares que sabía sensibles en ella, acariciando con firmeza y ternura sus caderas, luego se concentró en una de las piernas, besando con pasión el interior.

Vanessa llevó una de sus manos hasta el cabello de Daniel, enredando sus dedos en las hebras cobrizas, al tiempo que su mirada se paseaba por su cuerpo desnudo y sudado. Daniel buscó sus ojos, le dedicó una hermosa sonrisa y después le hizo un gesto como si le anticipara algo, ella le respondió con otra sonrisa, respiró profundamente y dejó salir un suspiro cerrando los ojos, pero después los abrió, pues recordó que él le había pedido que lo mirase.

Daniel posó sus manos sobre la cadera de ella y la atrajo hacia él, muy

despacio comenzó a bajar por su vientre, aunque la mirada de Vanessa se encontraba en él, no imaginó lo que haría hasta que sintió su boca llegar a su centro y comenzar a besarla muy despacio. De su garganta salió un gemido mezcla de placer y sorpresa, sus manos buscaron separarlo cuando sintió que no podía más, pero él no dejó que lo alejara, se impuso y siguió besándola, su cuerpo parecía tener vida propia, sus caderas comenzaron a moverse en un rítmico vaivén, su respiración se agitó, su vista se nubló y sintió su cuerpo tensarse.

—Daniel... Daniel... por favor... por favor —suplicó, sintiendo cómo su vientre se convulsionaba, anticipándole que estaba cerca de ese momento donde todo estallaba—. No puedo..., no puedo.

—Déjate ir... no luches contra lo que sientes, Vanessa, disfruta de esto como lo estoy haciendo yo —murmuró, intentando liberarla de tantas doctrinas que le impedían vivir a plenitud su sexualidad.

—¡Oh Dios! —exclamó, rozando el éxtasis.

Daniel fue consciente de lo cerca que estaba de irse, así que le soltó las manos y sujetó de nuevo sus caderas, haciendo sus besos más rápidos y más profundos. Él experimentaba un gran placer sabiendo que ella disfrutaba, los gemidos desesperados y sus movimientos se lo dejaban claro. La sintió volar y el deseo de acompañarla aumentó en él, por lo que subió tendiéndose junto a ella, y se apoderó de sus senos, que subían y bajaban en un acto desesperado por conseguir aire.

En un movimiento rápido, Vanessa rodó sobre él, y lo besó con premura, rozando sus cuerpos casi con desesperación, pudo sentir la tensión en él y buscó la manera de complacerlo del mismo modo que él había hecho con ella. Llevó su mano hasta el miembro excitantemente masculino y comenzó a masajearlo, él gimió de placer y eso la llenó de seguridad, así que se irguió un poco y se unió a él, sintiéndolo llegar muy profundo.

Vanessa gimió llena de placer y comenzó a moverse presa del frenesí y la pasión que la desbordaban, mientras Daniel la tomaba de las caderas y guiaba sus movimientos; al tiempo que él también buscaba desesperadamente ser parte de ella. El choque de sus cuerpos creaba una dulce melodía al fundirse, una maravillosa que colmaba cada uno de sus sentidos de una satisfacción increíble, y así, perfectamente sincronizados, tocaron el cielo una vez más.

Victoria ocupaba sus días visitando el hospital de Florencia para ayudar en lo que necesitasen, ya se había ganado la confianza del director y del

personal de enfermería al demostrar que realmente estaba capacitada para ejercer su profesión. Regresaba entrada la noche y apenas si compartía con Brandon, aunque él la veía en el hospital, pues visitaba el lugar a menudo. Aun así, no interactuaban mucho, porque ella siempre estaba ocupada y el rodeado de sus colaboradores en la fundación, ambos se habían dedicado por completo a las actividades que los llevaron a Italia, dejando de lado todo aquello que los perturbara o que tuviera que ver con sus sentimientos por los hermanos Di Carlo.

Sin embargo, Brandon trató de investigar más sobre la familia Di Carlo, entre sus amistades y conocidos llegó a enterarse que Luciano era un médico excepcional. Que de seguro hubiese llegado muy lejos si sus metas no se hubiesen visto truncadas por la muerte de su padre en un accidente de trenes, cuando él estaba en lo más alto de su carrera.

Desde ese momento tuvo que hacerse cargo del negocio y radicarse en la ciudad, antes de eso viajaba con mucha frecuencia asistiendo a congresos, su esposa lo acompañaba, pero sus hijos no podían porque debían cumplir con sus deberes escolares. También supo que en principio Fabrizio deseaba estudiar leyes, y se negaba a seguir la carrera que su padre había señalado para él, que era la de medicina, por eso estando en su último año en el colegio decidió revelarse e ingresar al ejército como voluntario, aunque también existían rumores de que su decisión más tuvo que ver con su rompimiento con Antonella Sanguinetti, al parecer esa relación venía de hacía mucho.

Luego de eso, Luciano pasó casi dos años intentando traerlo de vuelta a casa, pero todos sus esfuerzos fueron en vano, cientos de versiones llegaron mencionando el paradero y el estado del joven, para su angustia ninguna llegó a confirmarse. Hasta que al fin logró dar con él, y viajó hasta el mismo frente al ser notificado de que su hijo sería dado de baja, tras sufrir un accidente y quedar incapacitado para seguir siendo parte del ejército.

Como era de esperarse, la familia presentía lo peor, aunque se sintieron más tranquilos al saber que estaba vivo, y que muy pronto regresaría con ellos, ya que sin importar cuán grave fuese su estado, solo querían tenerlo de vuelta. Así fue como Fabrizio regresó junto a Luciano a finales del otoño de mil novecientos dieciséis, para la felicidad y el alivio de todos sus seres queridos, pero según le comentaron, él no se dejó ver por sus conocidos hasta pasados unos cuatro meses.

Hasta ese punto, Brandon sentía que todo parecía encajar a la perfección, aparentemente no existían motivos para dudar sobre lo sucedido ni sobre las

versiones que esas personas daban. No obstante, le resultaba algo extraño que Fabrizio se viera normal y tranquilo; sobre todo si tomaba en cuenta que muchos de los que estuvieron en la guerra, no solo regresaban con secuelas físicas también emocionales, y por lo que sabía, Fabrizio no tenía ninguna de las dos.

El sonido del teléfono a su lado lo hizo sobresaltarse, sacándolo de sus pensamientos, lo miró sintiéndose aún aturdido y sin saber cómo reaccionar. Al final se enfocó en el momento, extendió la mano para descolgarlo y se llevó el auricular a la oreja mientras se frotaba los párpados con sus dedos, pues los sentía muy pesados.

—Buenas tardes —respondió, y luego se aclaró la garganta.

—Buenas tardes, Brandon ¿cómo estás? —Lo saludó Fabrizio.

—Bien..., bien gracias ¿tú cómo has estado? —pronunció, intentando parecer casual, pero que fuese justamente él quien lo llamaba lo sorprendió un poco, casi lo había atraído con el pensamiento.

—Bien gracias, solo llamaba para informarte que ya tengo lo que me pediste —dijo, notando que Brandon estaba algo dubitativo.

—¿Sí? Eso es genial, bueno tú me dirás cuando puedo ir a verlo.

—Puede ser esta misma tarde, si no estás ocupado, el dueño vive a un par de horas de aquí, así que será rápido.

—Esta tarde me parece perfecto, muchas gracias por tu ayuda Fabrizio, sé que mi prima se pondrá feliz —expresó emocionado.

—No tienes nada que agradecer, paso por ti en una hora —sugirió, ya anhelaba salir de ese trámite, no porque le incomodara, sino porque al estar relacionado con Victoria, lo tentaba a ir a verla.

—Está bien, nos vemos en un rato, hasta pronto.

—Hasta pronto —dijo, y cortó la comunicación.

Fabrizio solo esperaba no toparse con la altanera americana que descontrolaba sus emociones, pues de momento solo quería enfocarse en una cosa, recuperar sus recuerdos. Salió del despacho de su padre y subió para darse una ducha, quizá lograba descansar algunos minutos antes de pasar por Brandon para llevarlo a Montevarchi.

Una vez que finalizó la llamada, Brandon volvió a sumergirse en sus pensamientos, pues toda esa situación era demasiado confusa, cuando creía avanzar diez pasos, retrocedía veinte. Era muy difícil intentar relacionar a Fabrizio con Terrence, ya que a pesar del parecido que era evidente, existía todo ese entorno que lo rodeaba y en que él se desenvolvía tan bien, que era

complicado dudar que no fuese el suyo.

Aunque también debía tener en cuenta que no solo se trataba de su aspecto, sino que el italiano se parecía al inglés en muchas actitudes; tanto que, de no ser porque él estuvo presente el día del sepelio, juraría que eran la misma persona. En ocasiones sentía que todo era una locura y que sus sospechas eran absurdas, por eso intentaba mantener a Victoria al margen, no le mencionaría lo que había investigado, porque ella podía comenzar a hacer conjeturas y empeorar más su situación, no quería que se alteraran sus emociones.

## Capítulo 30

Los primeros rayos del sol se abrían paso entre las delgadas cortinas iluminando la habitación, acompañados por el aire fresco de la mañana que inundó el lugar. Victoria mantuvo sus ojos cerrados, disfrutando de las imágenes del sueño que había tenido cuyos protagonistas no habían sido otros que Terrence y su padre; fue de aquel primer cumpleaños que pasaron en Chicago, cuando él viajó para sorprenderla, suspiró y se estiró con fuerza.

Se llevó una mano al rostro para apartar su cabello en desorden, y de inmediato el olor a rosas colmó todo el lugar, sonrió pensando que provenía del jardín. Respiró profundamente para llenar sus pulmones de la fragancia, y luego exhaló con lentitud, al tiempo que abría los párpados; de pronto, sintió que estaba en medio de un sueño.

La habitación se encontraba repleta de ramos de rosas de todos los colores, era un verdadero espectáculo, la emoción y el recuerdo de sus cumpleaños más felices, hizo que la nostalgia se apoderara de ella y las lágrimas anidaran en su garganta, sin poder evitarlo, terminaron desbordándose mientras sus manos temblaban. Se puso de pie y caminó hasta uno de los ramos, tomó una de las rosas y aspiró su perfume, leyó el mensaje que le había dejado su primo, lleno de buenos deseos y de todo ese cariño que le profesaba.

—Adelante —mencionó al escuchar el toque en la puerta, y caminó para tomar el salto de cama que hacía juego con su camisón de seda.

—¡Feliz cumpleaños, Vicky! —dijo Angela con emoción, entrando a la habitación y se acercó para abrazarla.

—Muchas gracias, Ángela, todo esto es bellissimo... ¿Cómo lo hicieron? ¿Dónde está Brandon? —preguntó, quería agradecerle.

—¿Te gustó? —inquirió, mostrando una gran sonrisa.

—¡Por supuesto, es hermoso! Me encantó en verdad —respondió, admirando las flores, sentía que estaba en medio de un rosal.

—Me alegra, aunque esto es solo parte de tu regalo —acotó, mientras se alejaba para prepararle su baño—. Será mejor que nos demos prisa, para que bajes y veas lo demás.

—¿Hay más? —inquirió, mirándola sorprendida y parpadeó.

—¡Claro! Pero antes debes vestirte, porque está en el jardín — respondió al tiempo que sacaba del armario un vestido sencillo, pues de seguro usaría el que le regalaría su primo—. Antonio y Marielisa salieron a Florencia a buscar algunas cosas para tu fiesta.

—¿Fiesta? ¿Cuál fiesta? —preguntó, sintiéndose cada vez más sorprendida. Había estado tan ocupada que no sabía nada de eso.

—La que tendremos hoy, por supuesto —contestó sonriendo.

—Brandon no me comentó nada de una fiesta...

—Claro, porque era una fiesta sorpresa, pero como estás en casa y verás todos los preparativos, es mejor que te lo diga.

—Bueno, no te preocupes. Haremos como si no supiese nada —dijo en tono cómplice—. Ya quiero ver todo.

—Bien, iré a hacer algo que me quedó pendiente, mientras te das tu baño, puse las esencias que te gustan —comentó y salió de la recámara.

Victoria entró corriendo al baño, se lavó la cara con abundante agua fría para relajar la hinchazón que dejaban las horas de sueño y se cepilló los dientes. Apenas podía controlar su ansiedad, y como sabía que tardaría mucho en arreglarse, decidió que primero bajaría a ver sus regalos, salió del cuarto de baño y tomó un cepillo del tocador.

Sus ojos brillaban llenos de emoción, si había algo que estimulara el espíritu travieso que habitaba en ella era la curiosidad, y Ángela la acababa de despertar. Como su amiga le había dicho que estaban solos en la casa, decidió bajar con su ropa de dormir; después de todo, entre Brandon y ella existía la suficiente confianza para presentarse así.

—¿A dónde vas, Vicky? —La miró Ángela sorprendida, cuando se encontró con ella en las escaleras—. Aún no estás lista.

—No, pero no esperaré hasta estarlo para ver mi regalo.

—Pero... debes esperar, Vicky, no puedes bajar vestida así ¡Por el amor de Dios! Esta niña. —Se apresuró a seguirla.

—No te preocupes, Ángela, me acabas de decir que estamos solos, y aquí no está la tía abuela que me esté retando por la forma en que visto —esbozó en un tono relajado, sin dejar de caminar.

—No..., pero estoy yo, una señorita no debe andar por la casa con ropa de dormir... tendrás que aguantar la curiosidad hasta que estés lista —mencionó, intentando parecer severa.

—Si lo dices por Brandon, ya muchas veces me ha visto en ropa de

dormir, no te preocupes, solo bajaré un momento y te prometo que regreso a cambiarme. —Le dedicó una sonrisa para convencerla.

—Vicky... no está bien... además... —Ángela la siguió intentando detenerla—. ¡Victoria espera, no estamos...! Fue demasiado tarde.

El rocío de la mañana aún se encontraba en el pasto bajo sus pies, al tiempo que el aire fresco y lleno de las fragancias del jardín la envolvía, y los rayos de sol le calentaban la piel. Ese parecía ser el día más hermoso del año, o al menos así lo sentía, pues desde hacía mucho no celebraba su cumpleaños y pensó que era el momento, a Terrence y a su padre les hubiese gustado que lo hiciera, pudo ver donde se encontraba Brandon, así que caminó muy despacio para sorprenderlo.

—Quiero ver la otra parte de mi regalo —mencionó, abrazándolo por la espalda, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

Brandon se sobresaltó y se volvió de inmediato, sorprendiéndose de verla allí, no la esperaba todavía y menos vestida nada más que con ropa de dormir. Miró hacia atrás como buscando a alguien, y al no verlo se volvió parándose frente a ella, como si intentara cubrirla con su cuerpo para esconderla de la mirada de quien estaba en el establo.

—¡Feliz cumpleaños, pequeña! —mencionó, dándole un abrazo muy fuerte, y un par de besos en la mejilla.

—Gracias... me encantaron las rosas, están bellísimas, Brandon.

—Nos hizo trampas y bajó antes de tiempo —dijo Ángela.

Había regresado a la casa para buscar otro de los regalos de Brandon, en vista de que ya no podía detener a Victoria. Le mostró la caja envuelta en un hermoso papel de regalo rosa, adornada con un lazo morado, era bastante grande y eso despertó mucho más la curiosidad de Victoria, y quiso abrirla para ver qué era.

—Así es, pero ¿qué podíamos esperar de alguien tan curioso cómo Vicky? —Sonreía al ver que ella volvía a ser aquella chiquilla de antes.

Hacía mucho que no veía ese brillo en su mirada, tampoco que se mostrase tan entusiasmada con algo, pensó que poco a poco iba dejando detrás la tristeza que se había apoderado de ella por tanto tiempo. Sonrió entregándole un guiño y se volvió para mirar hacia el establo, donde la esperaba su regalo, mientras pensaba en la mejor manera para entregárselo, pues no podía llevarla vestida así a ese lugar.

Desde el momento en que escuchó la voz de Victoria, sintió como su



corazón comenzó a latir con fuerza, era como si estuviese empeñado en volverse loco cada vez que ella se acercaba, la podía reconocer aún sin verla y se revelaba contra sus órdenes. Aunque para ser sincero, lo que más deseaba en ese instante era verla, tenía demasiados días lejos de ella, y eso comenzaba a resultar insoportable, esa mujer se había convertido en algo tan vital como el aire que respiraba.

—Deja de lado el orgullo y tus dudas, Fabrizio, no pasará nada porque la veas... aunque sea una vez más. —Se dijo para animarse, a medida que se acercaba a la puerta.

Sus ojos se llenaron de sorpresa y destellaron al ver que solo llevaba puesta su ropa de dormir, un hermoso y delicado salto de cama de seda en color blanco, y suponía que debajo debía llevar un camisón. A pesar de eso, se podía apreciar con claridad las formadas curvas que adornaban su cuerpo, la tela se pegaba a sus piernas, a sus caderas, dibujando perfectamente su hermosa silueta, y el escote era lo bastante generoso como para hacerle tener una maravillosa visión de sus senos.

No era la primera vez que la veía así; sin embargo, esta vez su cuerpo reaccionó con mucha más intensidad que en aquella ocasión, sintió un temblor recorrerlo al tiempo que sus latidos se aceleraban, y una agradable calidez se apoderaba de su pecho. Le era imposible apartar su mirada de su figura, la recorría de arriba abajo, siguiendo cada trazo de la piel nívea, y su cabello que caía sobre su espalda.

Si tan solo ella lo mirara de la misma forma en que él lo hacía, si ella le regalara sus sonrisas, sus besos, su vida, sería el hombre más feliz; por ella estaba dispuesto a todo, a bajarle la luna, el sol, las estrellas, el universo entero si ella se lo pedía, lo único que deseaba a cambio era que lo dejara amarla y que le correspondiese con la misma intensidad. No supo en qué momento ella se metió en su vida, hasta el punto de no dejarle espacio a nada más, no había momento en el día en que no la pensara, su mundo se encontraba al revés; sin embargo, nunca antes se había sentido tan feliz ni tan pleno.

Nunca imaginó que con solo verla sería feliz, y de inmediato lo asaltó esa verdad que se negaba a aceptar, se había enamorado de Victoria Anderson, la amaba con toda su alma, con cada rincón de su ser. Su corazón se lo gritaba, aunque él pretendió no escucharlo, ya no podía seguir negando lo que sentía; de pronto, la voz de Victoria preguntando por el regalo, lo hizo salir de su ensoñación.

—Esta es la otra parte de tu regalo... pero aún falta la principal, y hasta

que ese no esté listo no podrás verlo —anunció Ángela, alejándose al ver que ella se acercaba con mirada traviesa.

—Precisamente iba a buscarla cuando llegaste... aún no sé si está lista —mencionó Brandon, levantando un poco la voz para hacerle entender a Fabrizio que se dirigía a él.

—¿Dónde está? —preguntó Victoria, presa de la curiosidad.

—Creo que es hora de hacer tu entrada, Piedra de Luna —mencionó Fabrizio, acercándose al animal—. Fransheska está loca si cree que te voy a poner ese lazo... —agregó, cepillando la crin blanca como la nieve. La yegua se sacudió para captar su atención—. ¿Quieres usarlo? —preguntó sorprendido, la yegua en respuesta movió la cabeza de nuevo—. Bueno... la verdad no me extraña, ustedes son todas iguales, siempre quieren resaltar —acotó, buscando el lazo rojo que su hermana había hecho la noche anterior, y se lo puso tratando de acomodarlo lo mejor posible—. Listo, te ves hermosa. —Acarició el cuello de la yegua, ella movió de nuevo la cabeza y él se carcajeó—. Eres una pretenciosa, ya veo por qué traes loco a Ónix, bueno será mejor que salgas antes que a tu dueña le dé un ataque.

Los ojos de Victoria se abrieron con sorpresa al ver la hermosa yegua blanca salir del establo, llevaba en su cuello un inmenso lazo rojo que no dejaba lugar para la duda, era la parte de su regalo que faltaba. Se llevó las manos a la boca suprimiendo un grito de emoción, y su mirada se cristalizó mientras veía al animal pasearse con mucho estilo.

—¡Brandon... es preciosa! —Logró esbozar en medio de la emoción—. ¡Me encanta! ¡Me encanta! —dijo, aplaudiendo como una niña. Se acercó a su primo y lo abrazó con fuerza.

—Me alegra mucho que te guste —respondió él con una sonrisa.

—Sí... Se parece mucho a Anuket, la yegua de Terry, ¿la recuerdas? Se quedó en Escocia cuando él viajó a América, era igual de hermosa. —Por un momento se sumió en sus recuerdos y la nostalgia intentó apoderarse de ella, negó con la cabeza y cambió de tema, porque ese día debía estar feliz—. ¿Cómo la encontraste? —inquirió, mirándolo.

—Un amigo me ayudó, solo tuve que mencionar que era para ti y buscó la más hermosa de todas —contestó con una sonrisa. De pronto, se sintió sorprendido ante su acotación, pues ciertamente la yegua era muy parecida a la de Terrence, quizá solo era una casualidad.

—Tengo que darle las gracias, hizo la elección correcta... ¡Ya quiero montarla! —expresó con emoción, y caminó hacia a la yegua.

—Victoria espera, necesitas una ropa apropiada —mencionó Ángela, quien justo la tenía en sus manos.

—Tienes razón, no puedo hacerlo con ropa de dormir —dijo, frunciendo la nariz, y sonriendo con un gesto muy infantil.

—Viendo de ti, no me extrañaría que lo hicieras, pero tendremos invitados y es mejor que te pongas algo decente —comentó Brandon, agradeciéndole en pensamientos a Fabrizio, por respetar a su prima y no aprovecharse del momento para mirarla.

—Y justo este es tu tercer regalo... a ver si me acompañas y te vistes con algo adecuado. —Ángela le ofreció la caja.

Victoria deshizo el lazo con rapidez y quitó la tapa, en el interior se encontró una bella chaqueta de equitación negra, con botones plateados que le daban un toque muy elegante. Sin embargo, su curiosidad más grande era ver la parte de abajo, así que movió la chaqueta para descubrir el resto, jadeó con emoción mientras la sacaba.

—¡Pantalones! —expresó con una gran sonrisa—. Muchas gracias, Brandon, estoy tan feliz. —Lo abrazó con fuerza.

—No tienes nada qué agradecer, sabes que haría lo que fuera para verte feliz —respondió él, brindándole el mismo gesto—. Y ahora señorita, voy a traer su regalo para que se conozcan.

Brandon fue en busca de la hermosa yegua, la sujetó de las riendas, sonriendo al ver el lazo que le había puesto, ni él lo hubiese hecho mejor, le acarició el cuello y la acercó a su prima. Victoria caminó hasta el animal con pasos lentos, y con manos algo temblorosas comenzó a acariciar la crin, pudo sentir que la yegua aún se encontraba un poco tensa, pero después de un par de minutos logró relajarla

—¿Cuál es su nombre? —preguntó, mirando a su primo.

—Piedra de Luna —contestó Brandon sonriente, acariciando a la yegua, que en verdad era muy mansa.

—Piedra de luna... es hermoso, tanto como tú —pronunció Victoria, acariciando el cuello de la yegua. El animal movió la cabeza como si afirmara, provocando que los tres rieran.

Fabrizio veía la escena desde el establo y no pudo evitar sonreír, Victoria se veía tan feliz, su sonrisa iluminaba su mundo por completo, y dentro de él supo que ella y Piedra de Luna harían una gran amistad. Ónix, quien se encontraba cerca, llamó su atención golpeándole el hombro con el hocico, relinchando por lo bajo, pues le había advertido que debía permanecer quieto

para no arruinar la sorpresa.

—Son hermosas, ¿no es así? —preguntó, acariciando la crin de su caballo, y el animal movió su cabeza—. ¡Ay amigo! Creo que no soy el único enamorado en este lugar, tú también perdiste la cabeza por esa yegua, mira que eres débil, solo pasó una semana en la casa. En cambio, yo aguanté estoicamente los encantos de Victoria... Hasta ahora...

El sonido del motor de un auto lo sacó de su ensoñación, vio a Victoria correr hacia la casa, seguida por Ángela, seguramente para cambiarse de ropa, aunque si por él fuera, prefería que se quedara así todo el tiempo. Alejó de su cabeza esos pensamientos cuando vio que Brandon agarraba a la yegua y caminaba hasta el establo, respiró hondo para calmar la excitación que hacía estragos en su cuerpo y se volvió, fingiendo que había estado cepillando a Ónix.

—Buenos días, Fabrizio ¿cómo estás? —Lo saludó al entrar.

—Bien, Brandon ¿y tú? —respondió al saludo, dándose la vuelta.

—Bien, de verdad no tengo cómo agradecerte por tu ayuda y que te hayas tomado la molestia de venir tan temprano a traerla —dijo, acariciando una vez más a la preciosa yegua.

—No tienes nada que agradecer... ¿Le gustó el regalo? —preguntó, para mantener su mentira de que no había visto la reacción de Victoria.

—Sí... sí, le gustó mucho... está verdaderamente feliz.

—Me alegra —pronunció, mostrando una sonrisa sincera.

—Muy bonito el detalle del lazo —señaló, mientras lo tocaba.

—Fue idea de Fransheska, bajó esta mañana corriendo con ese enorme lazo en las manos y me dijo que se lo pusiera —explicó defendiéndose, no quería mostrarse muy interesado en Victoria, al menos, no de momento ni con él.

—Algo me decía que no había sido tu idea —respondió con una sonrisa, recordando a la hermosa chica de ojos grises—. Aunque a Piedra de Luna no parece molestarle, más bien diría que le agrada —dijo, cambiando de tema para no pensar en Fransheska.

—Sí, eso parece, no debería extrañarnos, es coqueta como toda especie femenina, y creo que ya consiguió a un admirador —acotó, ladeando su cabeza hacia Ónix.

Brandon soltó una carcajada que Fabrizio acompañó, le dio una palmada en el hombro, un gesto de camaradería que no se esperaba, pero que no lo disgustó. Para Brandon fue como si su mente retrocediera en el tiempo, como

cuando compartían con Terrence en Chicago, en ese entonces, apenas era un chico.

—Fabrizio me perdí la sorpresa por culpa de... —Fransheska se detuvo en seco al ver a su hermano acompañado por Brandon.

Él sintió como su corazón comenzó a latir con fuerza, como si fuese un pájaro que era enjaulado por primera vez, y que quería escapar para fundirse en ella; en ese instante todo dentro de su ser clamaba por abrazarla, pero solo podía darle a recorrer el sublime rostro de Fransheska, y todo a su alrededor pareció esfumarse; solo podía ser consciente de ella, que lucía extraordinariamente hermosa. Llevaba el cabello suelto en gajos que caían sobre sus hombros y su espalda, un vestido azul que dejaba al descubierto la piel de sus hombros, salpicada por unas pequeñas pecas apenas visibles, y sus labios pintados de un delicado rosa, que al mirarlos hizo que el deseo lo golpeará con poderío.

—Buenos días, señor Anderson, ¿cómo se encuentra? —Lo saludó para romper el silencio y porque era quien llegaba.

—Bien... señorita Di Carlo. ¿Usted cómo ha estado? —preguntó, intentando controlar el nerviosismo que se había apoderado de él.

—Bien, gracias —dijo, dedicándole una sonrisa, pero no esas que ella acostumbraba para él, era una mucho más tímida, sin ese brillo en los ojos que tanto le gustaba—. Vine a buscarte Fabrizio, nuestros padres están en la terraza —agregó, mirando a su hermano.

—Ya todo está listo aquí, pero si deseas dejo ensillada a Piedra de Luna, seguramente tu prima va a querer cabalgarla

—Sí... sí, seguramente, pero tranquilo ya has hecho bastante, déjame a mí, acompaña a tus padres, los alcanzo en un momento —respondió, obligando a su mirada a alejarse de Fransheska.

—Está bien, nos vemos entonces.

Con esas palabras los hermanos se despidieron, dejándolo solo.

En la habitación Victoria se encontraba dando los últimos toques a su cabello, Ángela había bajado para ayudar a Marielisa a terminar lo que estaba pendiente. Cuando se dirigía a la puerta su corazón comenzó a latir con rapidez, como si presintiera algo, pero se negó a dejar que sus demonios la atormentasen ese día, así que respiró profundo para calmarse, giró la perilla abriendo la puerta y salió del lugar, al bajar las escaleras vio a las Di Carlo en el salón, esperándola.

—¡Feliz cumpleaños, Vicky! —mencionó su amiga, mostrándose emocionada, y caminó para abrazarla—. Te ves fantástica.

—Muchas gracias, Fransheska... tú también estás hermosa.

—Victoria, feliz cumpleaños, querida. —Fiorella también le dio un cálido abrazo y un par de besos en las mejillas.

—Muchas gracias, señora Di Carlo, me alegra mucho tenerlas aquí, no imaginaba que Brandon hubiese organizado una celebración.

—A nosotros nos avisó hace un par de días, cuando fue a hablar con Fabrizio, dijo que sería algo sencillo, pero en ocasiones ese tipo de celebraciones son las mejores —comentó, pues ella tampoco era de hacer grandes fiestas, prefería las reuniones con los más allegados.

—¿Su esposo y él vinieron? —preguntó Victoria, intentando esconder los nervios que se apoderaron de su cuerpo, ante la sola mención de su nombre, estaba deseosa de verlo.

—Sí, por supuesto, están en el jardín con tu primo.

Los italianos se encontraban en la terraza, mientras Brandon regresaba con la yegua ensillada y lista para ser montada por su prima, seguía admirándola porque era un hermoso y extraordinario ejemplar. Se cruzó con Fabrizio en el camino, quien se dirigía al establo, tal vez para ver a su caballo pues Ónix no se mostraba muy contento de que lo hubiese separado de Piedra de Luna y relinchaba con bravío.

—Victoria, qué hermosa luce, feliz cumpleaños —dijo Luciano.

—Muchas gracias, señor Di Carlo —contestó con una sonrisa, aunque no tan efusiva, pues esperaba ver allí a Fabrizio.

—Luciano, ¿dónde está Fabrizio? —preguntó Fiorella, al no verlo.

—Fue al establo para calmar a Ónix, está en medio de un berrinche.

—Tengo que agradecerte, Luciano, tenías razón, tu hijo es un experto en caballos. —Brandon buscó un tema de conversación.

—Me alegra, Piedra de luna es una yegua hermosa, excelente ejemplar para sacar crías, aún es una potra, pero ya estará lista.

—Y creo que ya tenemos candidato —acotó Brandon con una sonrisa, acariciando el cuello de la yegua—. Ónix está loco por ella.

—Sería un excelente cruce, Piedra de luna es Andaluz y Ónix un Manegui, ya en un tiempo se cruzaron los españoles con los árabes, dando resultados maravillosos. —Luciano demostró que también sabía mucho de caballos y que apoyaba ese cruce.

—Solo espero que esas crías no saquen el carácter de Ónix —acotó

Fransheska, interesada en la conversación, ya que también sabía mucho de caballos porque le gustaban, tenía una yegua muy dócil.

—Dicen que los animales se parecen a sus dueños —mencionó Fiorella con una sonrisa, recordando que Fabrizio era igual al caballo.

—Piedra de luna es una niña aún, así que será mejor que ese tal Ónix se mantenga alejado de ella —indicó Victoria, con el ceño fruncido.

Todos comenzaron a reír ante la acotación de la festejada y una vez más la mirada de Brandon era atraída por la jovialidad de Fransheska. Su magia lo envolvió de nuevo. Sin embargo, la cobardía se apoderó de él una vez más, y buscó la manera de escapar de ese embrujo llamado amor, se puso de pie y caminó hasta la yegua.

—Victoria, ¿quieres montar a Piedra de Luna? —preguntó a su prima, mirándola a los ojos.

—¡Por supuesto! —respondió emocionada y sujetó las riendas.

Aunque hacía mucho que no montaba, logró subir al lomó de la yegua con un movimiento ágil, inició paseándola para que se acostumbraran la una a la otra, dándole libertad para que hiciera sus movimientos naturales. Solo bastó un momento para que ambas se encontraran totalmente cómodas, la yegua le exigió mayor movimiento y Victoria accedió, se sujetó fuerte de las riendas y salió al galope.

Los demás estaban admirados ante el porte y la destreza que Victoria mostraba, era evidente que sabía cómo manejar a los caballos, pues la yegua ya se encontraba rendida ante ella. Fabrizio se quedó parado a una distancia prudente, observando cómo Victoria se desenvolvía con maestría, mostrándose tan hermosa que lo enamoraba aún más; en ese instante Ónix relinchó, regresándolo a la realidad.

—¿Quieres ir por ellas? —Le preguntó con una sonrisa pícaro.

El caballo movió la cabeza y él subió en un movimiento rápido, pero antes de salir tras Victoria y Piedra de luna, se acercó a la terraza donde se encontraban sus padres y el americano.

—Voy a estar cerca de ella, en caso de cualquier eventualidad.

—Perfecto, muchas gracias —respondió Brandon, mirándolo.

—Ten mucho cuidado, hijo —dijo Fiorella con tono maternal.

Fabrizio asintió en silencio y salió a todo galope hacia donde se había dirigido Victoria, un fuerte aleteo en su pecho lo acompañaba pues decidió que ese era su momento para sincerarse con ella y decirle lo que estaba sintiendo.





# Capítulo 31

Victoria se sentía realmente libre, feliz y en paz; todo a su alrededor era hermoso, cada rincón de ese lugar la llenaba de una energía que hacía mucho no sentía. Cumplía veintiún años, sin embargo, se sentía como de diez o quince, la verdad era que no importaba, lo realmente significativo era que podía decir que se reencontraba con esa chica que había dejado atrás, sepultada en Nueva York.

Deseaba mantener esa sensación dentro de ella, ser realmente feliz y vivir, hacerlo de verdad, a plenitud, sin miedos ni dudas, sentía que de algún modo se estaba liberando, por eso dirigía su sonrisa al cielo, porque era para sus padres, Terrence y Anthony. Soltó un suspiro y abrió los ojos, encontrándose con una imagen que la hizo estremecer, su corazón que ya latía fuerte, se desbocó por completo.

Fabrizio se vio descubierto, pese a que en principio pensó en alejarse, o su cuerpo no lo obedeció, se quedó inmóvil en ese lugar, sin lograr desprender su mirada de la figura de Victoria. Nada se podía comparar con las emociones que ella despertaba en su ser, era extraordinario el poder que ejercía sobre él, y más aún el hecho de que ya no luchaba, se rendía ante ella por completo.

De nuevo el sol salía para ellos y esta vez brillaba con mucha más fuerza, todo a su alrededor parecía más intenso, más vivo, los colores de las flores, el verde de las colinas, el azul del cielo, las emociones que llevaban en sus corazones y los dejaban expuestos. Se detuvieron a cierta distancia, sin dejar de mirarse como si lo hicieran por primera vez o como si tuviesen mucho más que dos semanas sin verse, y de pronto el relinchar de Piedra de luna y Ónix los regresó a la realidad.

Como atraídos por algo más poderoso que ellos mismos, bajaron de los caballos y caminaron para encontrarse en medio de ese paisaje que los hacía sentir como en un sueño. El destino había hecho que se encontraran en el lugar más hermoso y mágico del mundo, rodeados de esa inmensidad. Una suave brisa los envolvió, meciendo sus cabellos y se escuchó un trueno a lo lejos, a pesar de eso, ninguno parecía ser consciente de otra realidad que no fuese la que sus corazones deseaban, y de su deseo de entregarse a lo que sentían.

—Feliz cumpleaños, Vicky —mencionó Fabrizio, con una naturalidad que incluso a él lo sorprendió.

Ella dejó ver una sonrisa que hizo destellar de felicidad su mirada, al tiempo que se perdía en los ojos azules como mar, ese azul que ella nunca había olvidado, el mismo que seguía adorando. Quería sumergirse en ellos, en todas esas tonalidades que mostraba cuando quería ser seductor, cuando era pícaro, o simplemente cuando se relajaba y el azul se hacía más claro, cuánto extrañaba ser la dueña de cada una de esas miradas.

Fabrizio se acercó hasta ella y la amarró en un abrazo, apretándola con fuerza a su cuerpo, porque necesitaba sentir que era real y no otra de sus fantasías. No recordaba haberse sentido tan cómodo al abrazar a otra mujer de esa manera, era como si Victoria fuese una parte fundamental de él, como si ella lo complementase.

Victoria sintió todo su mundo ponerse al revés, se aferró a él con fuerza, sintiéndose pequeña, y al mismo tiempo que su alma la desbordaba, que se alzaba dentro de ella y salía a volar. Sus manos acariciaban con suavidad la espalda de Fabrizio, percibiendo cómo las de él la recorrían de la misma forma, mientras su calidez iba poco a poco despertando su cuerpo, cómo la sangre que por tanto tiempo estuvo congelada, se desbordaba en su interior como un río en plena crecida, llenando cada rincón de su ser, haciéndola sentir viva.

Fabrizio subió sus manos para acunar el rostro de Victoria, acariciando con suavidad sus tersas mejillas, y dejándose envolver por la luz de esas esmeraldas. Ese verde siempre le había gustado y por eso pasaba horas observando el paisaje toscano; sin embargo, no era igual, el verde en los ojos de Victoria era especial, porque, aunque lo buscaba entre todas las cosas a su alrededor, solo a ella le pertenecía.

Victoria respiró profundo para intentar calmar el latido desbocado de su corazón, pero apenas pudo luchar contra el deseo abrasador que se apoderó de ella y la hizo vibrar. Sus labios temblaron cuando fue consciente del mismo deseo en la mirada de Fabrizio, y supo que no tenía caso resistirse a lo que deseaba, ella también quería perderse en todas esas sensaciones indescriptibles, porque la entrega de la que estaban a punto era de una magnitud delirante.

Llevó sus manos hasta la cintura de Fabrizio para sujetarse, pues sentía que sus piernas apenas podían sostenerla. Se sumergió dócil en el enigmático océano que eran los ojos de él. Su cuerpo tembló al sentir el tibio aliento

sobre sus labios, estaban tan cerca; sin embargo, la distancia le parecía interminable, así que cerró los ojos y dejó que fuese su corazón quien la guiara.

Fabrizio deseaba disfrutar de esa imagen de Victoria para poder grabarla en su memoria y atesorarla para siempre, quería recordar por el resto de su vida cómo se veía cuando la besó por primera vez. Sin embargo, al ser consciente de que siempre que estaba a punto de besarla, alguien llegaba a interrumpirlos, decidió actuar enseguida.

Le acunó el rostro y deslizó sus pulgares por las tersas mejillas, que justo en ese instante lucían hermosamente sonrojadas, y desbordaban una suave calidez que lo tentó a besarlas primero. Despacio deslizó sus labios, trazando con estos un camino hacia su boca, pero deliberadamente la ignoró, para besar su otra mejilla con la misma delicadeza, la sintió suspirar y eso lo hizo sonreír, pues le revelaba que ella estaba tan impaciente como él por ese beso, era un crimen seguir dilatando ese momento, así que bajó lentamente.

Rozó sus labios con los de ella, con un gesto que se desbordaba en ternura, pero que, a pesar de ser sutil, también fue electrizante y lo hizo temblar, repitió la caricia, gozando de la suavidad de sus labios; eran cálidos y pomposos, tan exquisitos que sentía que entre más los besaba más los deseaba. Hasta llegó a sentir como si no fuese la primera vez que disfrutaba de ellos, pensó que quizá se debía a todas las veces en las que había soñado con poseerlos y saborearlos, hasta que ya no le pertenecieran a ella, sino que fuesen suyos por completo.

Victoria sentía que su cuerpo se elevaba con cada roce que él le daba, sentía ganas de llorar y de reír porque las sensaciones eran las mismas, esa magia que solo vivió junto a Terrence, había regresado con la misma intensidad y le exigía que entregara más. Gimió al sentir el húmedo roce de su lengua, lo que hizo que sus ansias enloquecieran, llevó sus manos al cuello de Fabrizio y le dio libertad a sus dedos para enredarse en ese espeso cabello que tanto adoraba tocar, mientras separaba sus labios y dejaba que su lengua fuese al encuentro de la suya.

Fabrizio también gimió al escuchar el sonido que brotó de ella, y deslizó sus manos por la espalda de Victoria para anclarlas en su cintura y pegarla a él, gimiendo una vez más al sentir la suavidad de su figura casi fundirse en su cuerpo. Sintió que ella rozaba su lengua, en una sutil invitación para hacer ese beso más profundo y no dudó un segundo en aceptarla, quería adueñarse de ella por completo, demostrarle que podía complacerla y hacerla delirar de

goce.

Sus bocas se acoplaron como si hubieran sido hechas para estar unidas, sus labios se rozaban con intensidad y sus lenguas provocaban un festín de sensaciones dentro de ellos, haciendo que sus cuerpos también sintiesen los estragos de eso que vivían. Los gemidos se hicieron melodías y, las caricias, los acordes que los acompañaban; mientras se entregaban a esos besos que no eran castos ni mesurados; por el contrario, eran tan ardorosos, que estaban a punto de llevarlos por el camino que les marcaba la pasión y que no tendría retorno.

Las emociones y las sensaciones eran tan intensas para él como para ella. En Fabrizio todo se sentía como una primera vez, pues no recordaba que otra mujer lo hiciera sentir de esa manera, y al mismo tiempo, era como si todo eso ya lo hubiese vivido. Mientras que para Victoria era revivir todo aquello que jamás pensó volver a experimentar, porque creía que lo había perdido para siempre, pero no era así, todo era idéntico y por eso se entregaba sin cohibiciones.

Sus bocas se alejaron un poco para darse un receso, pues sentían que sus corazones estallarían, ella apoyó su frente en los labios de él, sintiendo como todo el cuerpo le temblaba, se sentía mareada y extasiada. No se atrevía a mirarlo, porque no quería que la magia se rompiera y sentir una vez más esa culpa que la invadió cuando se besó con Gerard, aunque sospechaba que esta vez no sucedería lo mismo.

—Mírame —susurró él, acariciándole la mejilla, la sintió temblar y tensarse—. Por favor, Vicky... mírame —rogó con la voz ronca, por las emociones que lo atravesaban en ese momento.

Ella levantó sus párpados revelando así las preciosas esmeraldas que guardaban, el color era mucho más oscuro y brillante al mismo tiempo. Lo hechizó una vez más, dejándolo a su merced y renovando el deseo de besarla, pues sabía que la excitación también corría en ella.

Fabrizio le regaló la más hermosa de sus sonrisas, una que nació en su alma y afloró en sus labios, se sentía tan feliz que era capaz de ponerse a cantar en ese momento. La vio sonreír con la misma efusividad y sonrojarse, eso puso a latir su corazón con fuerza, por lo que supo que ese era el momento, debía confesarle sus sentimientos.

—¡Fabrizio!... ¡Fabrizio!... ¡Mi amor!

La voz de Antonella los sacó de golpe de la burbuja donde se encontraban, regresándolos a la realidad de manera tan abrupta, que Victoria se tambaleó y

tuvo que aferrarse a él para no caer. Todo a su alrededor daba vueltas, su respiración se aceleró y su corazón golpeaba con tanta fuerza que dolía, de inmediato se separó de él y la felicidad de minutos atrás, fue reemplazada por el dolor.

—Victoria... —Fabrizio intentó retenerla.

—¡No! —gritó, en un tono muy débil para ser un rechazo, pero su mirada no dejaba lugar a dudas de que no quería permanecer allí.

—Victoria..., por favor, espera, debemos hablar.

—No puedo... tengo que irme. —Le dio la espalda y caminó hacia Piedra de luna, sintiendo como las lágrimas inundaban su garganta.

—Necesito hablar contigo... es preciso que lo haga —dijo, sujetándola por la cintura, no quería dejarla ir.

Victoria tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas, quería quedarse allí, aferrarse a él en un abrazo y olvidarse de todo, dejar en el pasado ese dolor que la torturaba. Sin embargo, sabía que eso no era sencillo, la presencia de Antonella le hacía sentir que era ella quien sobraba.

—Dígale a Brandon que deseo cabalgar un poco más, él entenderá —mencionó, sin mirarlo a los ojos y subió a la yegua.

—Vicky —intentó, pero una vez más fue interrumpido.

—Necesito estar sola, señor Di Carlo, y a usted lo buscan —dijo sin poder esconder el resentimiento y la rabia que sentía, sujetó las riendas y le pidió a Piedra de luna que la sacara de allí.

Fabrizio la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista, la vio irse a prisa y eso llegó a preocuparlo, quiso subir a Ónix e ir detrás de ella. Sin embargo, no lo hizo porque sabía que de momento no era lo mejor; antes tenía que hablar con Antonella, ya le había dado demasiadas vueltas a ese asunto.

—¡Maldición! —expresó en voz baja.

«Todo esto es tu culpa, por no terminar con Antonella en cuanto regresaste de París... Por no decirle a Victoria que estás enamorado de ella, que es la única dueña de tu corazón y de tus pensamientos, tenías que decirle que no había nadie más, pero no podías hacerlo porque sigues atado.»

Antonella al fin consiguió dar con él después de caminar durante un rato, supuestamente estaba allí para celebrar el cumpleaños de Victoria, pero a quien en verdad deseaba ver era a Fabrizio.

—Fabrizio... ¿Será que alguna vez podré hablar contigo? —preguntó, intentando parecer calmada, pero no era fácil.

—¿Cómo estás, Antonella? —La saludó, manteniendo la distancia.

—Bien, aunque me sorprende que lo preguntes, como ni siquiera tuviste la gentileza de ir a verme luego que regresaste de París. —Aunque trataba de controlarse, era difícil no expresar sus reclamos.

—Te llamé, pero Eva me dijo que estabas de viaje.

—Tienes razón, pero resulta que mi viaje solo duró tres días, regresé hace una semana y tú no has ido a verme... Antes no eras así, Fabrizio, te volvías loco por verme cuando llegabas a Florencia, y ahora tengo que rogarte para que me visites. —Le reprochó a punto de llorar.

—Lo siento, Antonella, pero estuve ocupado con el trabajo, había muchas cosas pendientes porque me quedé más tiempo del estipulado en Francia. —Se excusó, esquivándole la mirada.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no lo pensé antes? Siempre hay algo más importante que yo —mencionó, sintiéndose decepcionada y furiosa.

Fabrizio no le respondió, se dio la vuelta para buscar a Ónix, lo sujetó de las riendas y comenzó a caminar para regresar, ignorando el berrinche que hacía Antonella, aunque debía hablar con ella, no podía hacerlo en ese lugar, tenía que esperar a estar solos.

—Dime qué está sucediendo, Fabrizio —exigió a quemarropa.

—Tenemos que hablar. —Fueron sus palabras.

—Perfecto, hablemos entonces —mencionó, encarándolo.

—No ahora —pronunció con decisión.

—¡¿Por qué?! —gritó sin poder contenerse.

—Porque no es el momento ni el lugar, pero será hoy no te preocupes —sentenció, mirándola a los ojos.

Ella se quedó callada, aunque su mirada podía decir más que mil palabras, sus manos temblaban y sentía dentro de su pecho una mezcla de miedo y de rabia. Sus ojos se llenaron de lágrimas; sin embargo, respiró hondo para calmarse, no le demostraría que la había lastimado.

Victoria cabalgaba a toda prisa, sintiendo como el viento se estrellaba contra su piel y movía sus cabellos; de pronto sintió miedo, por lo que fue bajando el trote, hasta que detuvo a la yegua, cerró sus ojos para aclarar su mente, que estaba envuelta en un torbellino.

—No voy a llorar... no voy a llorar, no lo haré más, ya estoy cansada de sufrir —expresó, luchando con los sollozos.

Sin embargo, su cuerpo la traicionó y las lágrimas se hicieron presentes de nuevo, las limpió con brusquedad, pasando su mano con fuerza innecesaria por

su rostro. Bajó de Piedra de luna y se dejó caer quedando tendida sobre la hierba, de cara al cielo, mientras sentía a su corazón latir con dolorosa lentitud.

La yegua se acercó y bajó el hocico para intentar captar su atención, Victoria se sentó para acariciar la hermosa crin blanca como la nieve y suave como el algodón. En respuesta el animal se acomodó a su lado, eso la sorprendió, pero lo recibió de buena gana porque todo lo que necesitaba era consuelo, se abrazó a la yegua y liberó su llanto, Piedra de luna movió la cabeza como si negara.

—Lo sé... no debo llorar, se supone que hoy tengo que estar feliz, pero es que me siento tan perdida, no logro entender lo que me sucede ¿Se puede amar a dos personas al mismo tiempo? Porque yo amo a Terry, no tengo la menor duda de ello, pero lo que siento por Fabrizio es tan fuerte que no puedo ignorarlo... está siempre conmigo, es como si mi corazón estuviese dividido en dos... una parte le pertenece a Terry y la otra a él... y otras veces siento que es el mismo amor... no sé, no lo sé... me siento tan confundida, Piedra de luna —pronunció, consciente de que su yegua no le respondería, pero necesitaba decir esas palabras.

Se dio la libertad para desahogarse, y estuvo allí varios minutos, hasta que vio a lo lejos unas nubes oscuras que iban agolpándose, así que se levantó sacudiendo su ropa. Piedra de luna también se irguió, Victoria subió a ella y se encaminó hacia la casa, pero antes cabalgó unos minutos más, quería que el viento se llevara lejos su dolor.

Llegó hasta un caudaloso arroyo, bajó acercándose con cuidado y metió sus manos en el agua, tembló pues se encontraba helada, tomó una gran cantidad y se lavó la cara, suponía que debía tener los ojos hinchados. También acomodó su cabello, y después retomó el camino, a medida que se acercaba a la casa, pudo distinguir a quienes se encontraban sentados en la terraza.

Se tensó y se sintió avergonzada al ver a Antonella, suponía que Fabrizio tendría al menos la decencia de marcharse junto a ella, pero era evidente que no importaba lo que había sucedido entre los dos. La decepcionaba darse cuenta de que solo era uno más de esos hombres a los que les gustaba ir por ahí de conquistadores, y ella, como la estúpida que era, había caído por completo en su juego.

—¡Feliz cumpleaños! —expresó Antonella, con una sonrisa acercándose para darle un abrazo. La había juzgado mal pensando que la encontraría junto a

Fabrizio en el campo.

—Se lo agradezco, señora Sanguinetti —mencionó, recibiendo el abrazo, sintiéndose miserable por dentro, se alejó con la excusa de dirigirse a los demás—. Disculpen la tardanza, me entretuve y no me percaté del tiempo —agregó con una sonrisa.

—Victoria, te han llegado muchos regalos —expreso Ángela, caminando muy animada.

—Deberías abrirlos antes de cortar el pastel —acotó Fransheska entusiasmada, quería saber si había acertado en su regalo.

—Por supuesto... siempre me han encantado los regalos —esbozó, intentando parecer emocionada, tal vez los demás podían creerle, pero ni Brandon ni Ángela, que la conocían bien, se dejaban engañar.

Caminó hasta la mesa donde se encontraban las cajas, y a medida que iba abriendo los presentes, le agradecía a cada uno, incluso tuvo que obligarse a mostrarse serena cuando fue el turno de Antonella. Luego se acercó al ramo de rosas blancas que tendría por lo menos unas cien flores, tomó la tarjeta, sonrió imaginando de parte de quien era ese regalo, agarró el sobre y extrajo la tarjeta para leer el mensaje:

*“Para la mujer más hermosa que mis ojos han visto, para esa que llenó mi corazón e hizo de mí un mejor hombre... eres luz, Vicky, tienes el poder de iluminar la vida de todos aquellos que a ti se acercan, gracias por haberme regalado parte de ese brillo, no olvides nunca eso. Con todo el cariño del mundo:*

*Tu amigo,*

*Gerard Lambert”*

Ella guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta y continuó, consciente de que solo quedaban dos regalos y uno de esos debía ser el de Fabrizio, y por más que quisiera ignorarlo, no lo podía hacer sin levantar sospechas. Agarró la caja blanca con una cinta verde oscuro, retiró el lazo con cuidado y después la tapa, sus manos temblaron al ver el contenido de la misma: Una hermosa edición en piel de «Romeo y Julieta» Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se obligó a leer la nota.

*“Sé muy poco de usted, pero por la pasión y la entrega con que recitó las*



*líneas de Julieta, puedo adivinar que le gusta Shakespeare, también es uno de mis favoritos... quizá podamos leer un pasaje juntos, si me concede esa dicha.*

*Fabrizio Di Carlo”*

—Muchas gracias, señor Di Carlo. —Le agradeció a su voz por sonar calmada, más en sus ojos se podía notar la tempestad.

Casi olvidaba el último, pero Ángela se lo señaló, era un hermoso estuche de terciopelo negro, pero lo que realmente despertó su curiosidad fue ver el sello en el sobre que lo acompañaba. Pertenece al ducado de Oxford, ese regalo venía de parte del padre de Terrence.

—¡Dios mío! —Fue lo único que logró decir al abrirlo.

En el interior se encontraba un extraordinario collar en oro blanco, donde resaltaban preciosas esmeraldas en un inusual corte redondo, escoltadas por hermosos diamantes. Separados por diminutas flores de lis en oro blanco, las piedras preciosas reflejaban hermosos destellos cuando la luz del sol rompía sobre ellas.

Victoria llevó sus dedos trémulos hasta la pieza y acarició con suavidad las esmeraldas, pues le recordaron al anillo que ella le había regalado a Terrence, y no pudo evitar sentirse abrumada ante semejante obsequio, que era una verdadera obra de arte. Levantó el rostro y se encontró con todas las miradas puestas en ella, la primera en acercarse fue Ángela, había sentido curiosidad desde que recibió el paquete.

—¡Santa Madre! —expresó, despertando el interés de las demás.

Las damas se pusieron de pie y se aproximaron a la festejada para ver el contenido de la caja, como era de esperarse, las exclamaciones de admiración no se hicieron esperar. Victoria tomó el sobre que se encontraba pegado a la tapa, dejó la caja con la joya sobre la mesa y se dispuso a leer el contenido de la misiva.

*Querida Vicky,*

*Hace una semana que regresamos a Inglaterra, ya que la presencia de Benjen fue solicitada en el parlamento, recordé que tu cumpleaños estaba próximo y quise viajar para verte, pero de momento no nos podemos ausentar de Londres, así que quise enviarte un regalo. Busqué por un par de*

días pues queríamos entregarte algo especial, hasta que recordé que a Terry le gustaban las esmeraldas porque decía que se parecían a tus ojos, así que estaba a punto de comprar algo con esas piedras.

Un día antes de hacerlo, Benjen llegó con esta belleza y me dijo que era lo más parecido a ti que había visto, que tú, al igual que este collar, eras una joya muy preciada, y que seguramente te luciría extraordinariamente. Puede que te parezca algo excéntrico, yo conozco tu naturaleza sencilla, pero ¿cómo le dices a un duque que no es tan importante el valor sino el amor con el cual se dan los presentes? Créeme que lo he intentado, pero siempre termino rindiéndome, Benjen al igual que Terrence, siempre desea entregar lo mejor.

Seguramente te estarás haciendo cientos de preguntas... Así que creo que tendré que hacerte un pequeño resumen de lo que aconteció con nuestras vidas en estos últimos meses. Benjen y yo nos casamos en una pequeña ceremonia en Nueva York y frente a la corona a nuestra llegada a Inglaterra. Todo sucedió muy rápido, estoy sumamente apenada contigo por no haberte participado antes, a ambos nos habría encantado que hubieses estado presente, pero todo fue muy rápido, tanto que aún no me acostumbro a esta nueva vida de duquesa, pero con la ayuda de Benjen y Dominique lo estoy consiguiendo.

Otra novedad y que espero te haga tan feliz como a nosotros, es que seremos padres, tengo tres meses de embarazo... ¡¿Puedes creerlo?! Nosotros aún no, pero estamos muy felices, esperamos brindarle a este niño o niña todo nuestro amor, y agradecerle a la vida por esta nueva oportunidad que nos está otorgando. Y de alguna manera, honrar el recuerdo de Terry, brindándole a su hermano o hermana, todo aquello que no pudimos entregarle a él, espero que desde el cielo nos dé su bendición y se sienta feliz por nosotros.

Me entristece mucho no poder compartir contigo en este día, pero mi estado de salud es de cuidado, un embarazo a mi edad debe ser vigilado, pero confié en Dios que todo saldrá bien. Te deseo lo mejor del mundo, Vicky, que al fin tu vida encuentre ese camino que te haga feliz, tengo fe de que así será. Benjen, Dominique y yo te enviamos muchos besos y abrazos, cuídate mucho y esperamos verte pronto.

Tú amiga, que te quiere mucho,

Amelia Danchester.

Victoria se sentía un tanto aturdida ante ese torrente de información, aunque sospechaba que el duque había viajado para retomar su relación con la madre de Terrence, no imaginó que sería tan pronto. Mucho menos que ya estuviesen esperando un bebé; eso ciertamente la sorprendía, pero también la emocionaba, porque sabía que Amelia se merecía esa nueva oportunidad y el duque también.

Brandon se puso de pie para admirar la joya y sus ojos no pudieron evitar reflejar su sorpresa; sin embargo, lo que lo tenía realmente intrigado era la reacción de su prima. Invadiendo parte de la privacidad de Victoria, le echó un vistazo a la carta, alcanzando a ver quién la firmaba y su asombro fue mucho mayor.

—¿Amelia Danchester? —preguntó, mirando a Victoria.

—Sí... se casaron en Nueva York, y repitieron la ceremonia hace poco en Londres... —respondió, fijando la mirada en él y mostró una gran sonrisa—. ¡Amelia está embarazada! Van a ser padres de nuevo —agregó como si la que estuviese en la dulce espera fuese ella.

—La noticia de la boda se corrió por Roma, cuando estuve allí hace dos semanas —acotó Antonella de manera casual, y prosiguió al ver que todos se mostraban interesados—. Muchos decían que era apresurado, y otros que el hombre debía velar por la formación de su hija y que había hecho bien en tomar una esposa... Lo extraño es que no lo hizo con otro miembro de la realeza, sino con una actriz americana —opinó, tomando asiento al lado de Fabrizio.

Él tenía la mirada puesta en el escudo dibujado en el sobre, el cual había captado por completo su atención porque sentía que lo conocía de alguna parte. Sin embargo, terminó negando con la cabeza al recordar que este pertenecía a la familia del prometido de Victoria y que él nunca tuvo nada que ver con ellos, ya que hasta donde sabía, ni siquiera estudiaron en el mismo colegio.

—Amelia es la madre de su primer hijo —contestó Victoria, mirando a la mujer con seriedad, no le había gustado su comentario.

—¿De tu prometido, Victoria? —preguntó Fransheska con interés.

—Sí... ella es la madre de Terrence. —Victoria fijó su vista en Fabrizio, notando que él parecía ajeno a todo, tenía la mirada perdida.

Cambiaron de tema centrándose de nuevo en la festejada, en su labor en el hospital y lo maravillosa que esta era, mientras ella evitaba en todo momento

mirar a Fabrizio y Antonella. Después de unos minutos entonaron la canción del cumpleaños, y la mirada de Victoria brillaba de nuevo, se sentía feliz por las noticias que había recibido desde Londres.

En cambio, Fabrizio se notaba taciturno, solo se acercó a ella y la felicitó con un abrazo, que fue tan rápido como una estrella fugaz. Aunque deseaba entregarle mucho más, era consciente de que debía esperar hasta ser un hombre sin compromisos.

Antonella miraba fijamente cada movimiento de Fabrizio, sobre todo, cuando se acercaba a la americana, porque a pesar de creer que quizás sus sospechas eran infundadas, algunas actitudes en ellos la hacían dudar, y tal vez el cambio en él si tenía que ver con Victoria.

Todos se despidieron al término de la celebración, expresando una vez más sus mejores deseos para Victoria; al tiempo que ella agradecía con sinceridad los regalos y su presencia. Su mirada se cruzó con la de Fabrizio, y vio que él deseaba decirle algo, por lo que endureció su semblante para que no se atreviera a intentar engatusarla de nuevo, lo vio subir a su auto junto a Antonella y eso le causó una gran herida a su corazón, pero se dijo que era lo mejor, así sería más fácil acabar con lo que sentía por él y olvidarlo.

—Cada año estás más bella. —Le dijo Brandon, para atraer su atención y evitar que se siguiese torturando con la imagen de Fabrizio junto a Antonella, sabía cuánto dolía tener que ver eso.

—Muchas gracias, Brandon, estoy realmente feliz... Los detalles, Piedra de luna, la sorpresa, todo es maravilloso... muchas gracias — mencionó con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegra que te haya gustado, pero aún quedan sorpresas, en tu habitación hay varias cartas enviadas desde América, que me hicieron prometer no entregarte hasta el día de hoy —dijo con una sonrisa, al ver la felicidad reflejada en el rostro de su prima.

Ella lo besó en la mejilla y salió corriendo hacia la casa, al llegar a su habitación vio que se encontraban sobre la cama. Las tomó todas entre sus manos y se la llevó al rostro, deseaba disfrutar del aroma, su cuerpo se llenó de calidez al recordar a quien pertenecía cada una, sonrió y se tendió en su cama para comenzar a leerlas.

## Capítulo 32

El auto se detuvo frente a la fachada de la mansión florentina; sin embargo, Fabrizio apenas era consciente de cómo había llegado hasta allí. Desde el momento en que Victoria reveló el contenido de la carta de los Danchester, él se había quedado meditabundo, intentando descubrir por qué se sentía tan interesado en aquellas personas.

Antonella había notado el cambio en él justo después de que se leyera la reveladora carta, pero no podía atribuírselo a las noticias que había dado la nueva duquesa. Sabía que debía ser algo más y que ella debía averiguarlo, ya estaba cansada de sus silencios.

—Fabrizio. —Lo llamó y él se volvió para mirarla, después bajó y caminó para abrirle la puerta—. Gracias. —Él no dijo nada, solo se limitó a asentir. Caminaron hasta la entrada, y lo notó dudoso de seguir—. ¿No vas a entrar? —preguntó con voz calmada, pero dentro de su cuerpo se empezaba a formar una tempestad.

—Creo que será mejor hablar mañana —contestó, porque se sentía algo aturdido para mantener una conversación coherente.

—A ver Fabrizio... ¿Por qué no terminas de decirme lo que sucede de una buena vez? No te entiendo, estás esquivo... ahora mucho más que antes. Te busco y me ignoras por completo, me esmero por hacerte sentir bien y me rechazas ¿se puede saber qué demonios pasa? —Él intentó negar con la cabeza, pero ella lo detuvo—. No me digas que no pasa nada porque es mentira, puedo sentirlo, no soy tonta.

Fabrizio supo que lo mejor era terminar con todo eso, así que caminó para abrirle la puerta y le hizo un ademán para que entrara, respiró profundo y la siguió. Ella dejó el sombrero que llevaba sobre la mesa y se encaminó hasta el mueble donde se había sentado.

—Toma asiento, por favor, Antonella. —Él tenía los ojos cerrados y se masajeaba suavemente las sienes.

Ella obedeció, no quería romper el silencio, pero su actitud la estaba desesperando, no podía creer que estuviese tan calmado, como si todo estuviera perfecto, lo vio abrir los ojos y posar la mirada en los suyos.

—Solo quiero pedirte un favor antes de comenzar... no me interrumpas. — Sabía que debía decirle todo eso mirándola a los ojos.

—Está bien. —Un vacío se formó en su estómago.

—Esto es muy difícil para mí, pero es necesario, créeme, quise mantener nuestra relación, pero ya no tiene caso, Antonella... todo lo que pasamos juntos fue muy lindo, tú eres una mujer especial, llena de cualidades, me brindaste cosas que no tendré como pagar, pero...

Ella no quería escuchar nada de eso y el miedo la llevó a reaccionar, se levantó para caminar hacia la ventana y alejarse de él, dándole la espalda y respirando profundamente para calmarse. Lo escuchó suspirar con desgano y eso fue como un puñal en su corazón, nunca pensó que él la trataría de esa manera y la rabia la hizo responderle.

—Fue muy lindo, eso quiere decir que ya no lo es... ¿Es eso, Fabrizio? ¿Acaso deseas terminar conmigo? —cuestionó, y se volvió encarándolo para ver si era capaz de terminar su relación mirándola a la cara—. Porque si es así, mírame a los ojos y dímelo, ten el valor para hacerlo, porque de lo contrario, no creeré una sola palabra.

—Antonella, no podemos seguir con esto, si continuamos así vamos a terminar dañándonos y no quiero eso, te juro que valoro muchísimo todo el tiempo que compartimos, pero esto no está funcionando, esto no es amor... disfrutar de un encuentro íntimo no significa que lo que tengamos sea amor, es algo carnal... un desahogo.

—¿No es amor? ¿Quién lo dice? ¿Tú? Porque para mí sí lo es, no es meramente físico como dices. —Él intentó decir algo, pero ella lo detuvo—. Yo sé que tú me amas... lo sé, lo siento —mencionó, caminando para abrazarlo, no podía perderlo—. Amor..., entiendo que estés confundido, que... que la distancia nos ha afectado, pero podemos arreglar las cosas, sé que podemos, Fabrizio.

—Antonella, ya no es igual, no quiero insistir en algo que a la final solo va a herirnos, por favor entiende que deseo que todo acabe lo mejor posible —dijo, separándose de ella con sutileza para no hacerla sentir rechazada, odiaba tener que lastimarla, pero no podía permitir que tuviera esperanzas, porque sería peor para los dos.

No podía evitar sentirse como un miserable al ver la desesperación en su mirada, pues Antonella había sido una especie de escape a su dura realidad, ella no sabía nada de su bloqueo mental, y la tormentosa relación que tuvieron cuando él apenas era un chico, era la excusa perfecta para no hablar del

pasado. Se negaba a revivir todo el daño que supuestamente se hicieron, por lo que con ella pudo empezar desde cero y durante un tiempo se sintió bien, incluso había llegado a apreciarla verdaderamente.

—¿Que acabe? ¡Yo no quiero que acabe! ¿Por qué haces esto? Es tu venganza, ¿verdad?... ¿Te estás vengando por lo que hice? ¿Me estás pagando con la misma moneda? —Estaba dolida y también furiosa, porque él estaba rompiendo sus promesas y con ello también su alma.

Sollozó al imaginar que iban a revivir todo de nuevo, como si el destino no hubiera sido lo bastante cruel antes; y presentía que esta vez ella sería quien más sufriría. Se llevó una mano al pecho mientras respiraba hondo, para calmar el latido de su corazón que se volvía cada vez más doloroso, así como las lágrimas que le inundaban la garganta.

—No... eso no es así, a mí no me importa el pasado, Antonella —mencionó, dándole la espalda—. De haber sido así ten por seguro que no me hubiese acercado a ti de nuevo, no veo nada de glorioso en vengarse de una mujer..., pero las cosas cambian.

—¿Las cosas cambian?... ¡Qué irónico! Pensé que lo nuestro si cambiaba era para mejor, sé que te hice mucho daño, sé que merezco tu resentimiento, pero créeme, por favor, no fue mi intención... Fabrizio tú eras apenas un chico... ¿Qué podías ofrecerme en ese entonces? Yo necesitaba más... mi vida no fue un cuento de hadas, yo no era como tu hermana, que lo tenía todo a la mano...

—No metas a Fransheska en esto, ella no tiene nada que ver. —Le advirtió en tono serio, para él su hermana era sagrada y ella lo sabía.

—¿No? Pues déjame decirte que no te creo, ella seguramente te está llenando la cabeza de mentiras, nunca me quiso —expresó con rabia.

—Tiene sus razones. —Le recordó, mirándola con seriedad.

—Sí, las tiene, pero nosotros ya hemos hablado de ello, te pedí perdón, te dije que estaba arrepentida... ¡¿Qué más quieres?! —gritó desesperada, sintiendo que él cada vez se alejaba más.

—¡Nada! No quiero nada, solo acabar con todo esto porque no vamos a ningún lado... ¿Es que acaso es tan difícil de entender? —preguntó, al borde de su paciencia.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora... en este momento? —Intentó contener las lágrimas, las últimas palabras de él la habían herido.

—Porque ya no puedo continuar con esta situación, no quiero lastimarte..., pero tampoco deseo condenarme a vivir en una mentira, Antonella, sé que esto

no es fácil, pero es peor si hacemos de cuenta que nada pasa, yo no te amo... lo siento, pero es verdad, el amor es otra cosa —dijo, acercándose para hacerle entender.

—Mi niño..., es normal que te sientas confundido, eso pasa en las relaciones cuando ya tienen un tiempo, pero podemos solucionarlo, nos iremos de viaje los dos solos —propuso con entusiasmo, pero vio que él negaba con la cabeza—. Fabrizio yo sé que te gusto, me lo dicen tus ojos, tus manos, tu cuerpo... por favor, mírame, hay tanto de mí que aún no conoces, yo puedo ser mejor... soy mucho mejor que cualquier otra mujer... Te lo demostraré. —Se acercó a abrazarlo y buscar sus labios, deslizó una de sus manos por el pecho de él al tiempo que su lengua rozaba de manera seductora los labios, recurriendo a su instinto de hombre y así poder detenerlo.

—Antonella, por favor no hagas esto, no es cuestión de comparaciones y no hay otras mujeres —mintió, para no herir su orgullo femenino—. Soy yo quien ya no quiere seguir así, no puedo seguir engañándome... —Se detuvo, dándole la espalda.

—¡Está bien! Si eso es lo que quieres... entonces vete, no te voy a seguir rogando, soy demasiada mujer para ti, siempre lo fui... y no se te ocurra regresar porque no me encontrarás, no tengo por qué aguantarme los caprichos de un niño que aún no sabe lo que quiere en la vida... nunca lo supiste y fue por eso que te dejaste dominar por tu padre, eras un pobre títere Fabrizio Di Carlo... solo eso —expresó, descargando toda la rabia contenida.

Fabrizio endureció su semblante y se vio tentado a responderle, pero prefirió dejar las cosas a ese nivel, se encaminó hasta la puerta, sintiendo que, aunque las palabras de ella eran hirientes, no llegaron a dolerle. Tal vez porque nunca se había sentido así, todo lo que ella decía le resultaba sin sentido, ella al verlo alejarse sin volverse siquiera a mirarla, se sintió presa del miedo y corrió desesperada hasta él.

—¡Fabrizio por favor! ¡Por favor, mi amor, perdóname! No quise decir eso, sabes que no quise hacerlo, pero me siento desesperada y eso hace que me porte como una idiota, no te vayas... no te vayas —rogó, abrazándolo y dándole besos en la espalda, pero él seguía en silencio, así que ella lo giró para verlo y su mirada cargada de frialdad la hizo temblar; sin embargo, no iba a rendirse—. Ven..., ven conmigo, hazme el amor, Fabrizio... aún me deseas ¿verdad? —preguntó, agarrando las manos de él y llevándolas a sus senos—. Yo soy tuya amor, soy tuya... haz conmigo lo que quieras, pero no me dejes... ven, subamos, quédate conmigo esta noche, al menos esta noche...



necesito sentirte, te deseo. —Buscó los labios de Fabrizio y los besó con premura, mientras sus manos comenzaban a desabotonar la camisa.

—¡Antonella, basta! —exclamó, tomándola por las muñecas y mirándola a los ojos—. No puedo continuar contigo porque amo a otra mujer —confesó al fin, liberándose del peso que llevaba. Una mueca de dolor trasfiguró el rostro de Antonella, haciéndolo sentir como si acabara de clavarle un puñal en el corazón, pudo ver claramente cómo una mezcla de rabia, confusión y dolor se apoderaba de su mirada, endureciendo sus estilizados rasgos, hasta el punto de ver como si ella se convirtiera en una estatua ante sus ojos, eso fue duro y doloroso, pero le hizo entender que era lo que ella necesitaba para dejarlo ir —. Lo siento, no quería lastimarte... —agregó, separándose de ella.

Antonella lo miró con perplejidad, porque una cosa era que ella sospechara de la existencia de otra mujer, la otra muy distinta era que él se lo confirmara de manera tan directa. Se sentía horrible, era como si le hubiese clavado un puñal en medio de su corazón, hundiéndolo sin la menor compasión hasta lo más profundo.

Las lágrimas bañaban su rostro, mientras todo su cuerpo temblaba de dolor, pero de pronto esa sensación fue reemplazada por la de un fuego que la comenzaba a consumir ante la mirada indiferente de él.

«¿Cómo podía decirle así, sin más, que amaba a otra mujer? ¿Cómo podía ser tan cruel? Comenzó a sollozar y se dejó caer en el sofá.»

—Antonella, por favor... —Fabrizio se acercó e intentó tomar su rostro, pero ella alejó bruscamente su mano.

—¡Lárgate Fabrizio! ¡No quiero verte nunca más en mi vida! ¡Lárgate! — Le gritó llena de rabia, y se puso de pie empujándolo, mirándolo con verdadero odio, luego subió las escaleras corriendo.

Fabrizio la observó en silencio, sin poder evitar sentirse mal, aunque sabía que eso sería difícil e intentó por todos los medios no herirla, sus intenciones no fueron suficientes. Sin embargo, no podía seguir con esa situación, ya no había vuelta atrás, y aunque no encontrara a la mujer que su corazón anhelaba, al menos tendría el consuelo de haber actuado correctamente, y no se defraudaría a sí mismo.

Su mirada se encontró con la de Eva, ella lo veía con resentimiento, no podía culparla, salió de esa casa, subió a su auto y segundos después se alejaba de allí. Antonella al escuchar el motor del auto se asomó a la ventana, y rompió a llorar con más fuerza cuando vio que se había marchado, se dejó caer y su cuerpo entero convulsionaba por el llanto.

Dos días después de su cumpleaños, Victoria invitó a Fransheska a pasar la tarde con ella, sabía que su primo llegaría temprano a la casa ese día, y su intención era que se encontraran para ver si así lograban cerrar esa brecha que se había creado entre los dos. No quería seguir viendo a Brandon tan meditabundo, sabía que estaba sufriendo y también que ella debía ayudarlo, así como él lo había hecho tantas veces con ella, esta vez le tocaba hacer de Cupido.

Brandon había estado en conversaciones con varios empresarios de la banca, interesados en montar una sucursal de los bancos Anderson en Florencia. La idea sonaba bastante atractiva, pero él debía tomar en cuenta que no podía quedarse por mucho tiempo en ese lugar, su regreso a América sería de un momento a otro, ya no había razones para continuar posponiéndolo.

Cuando llegó al jardín para saludar a Victoria pudo ver a Fransheska acompañándola, pensó en regresar más tarde, pero su prima lo vio y le hizo un ademán para que se acercara. No le quedó más remedio que hacerlo, y al llegar, su mirada se posó, sin poder evitarlo, en los hermosos ojos grises que le sonreían de nuevo, su corazón dio un vuelco ante ese gesto y le fue imposible sonreírle.

—Buenas tardes, señorita Di Carlo. —La saludó, tornándose serio.

—Buenas tardes, señor Anderson —contestó, mirándolo a los ojos.

—Hola Brandon, ¿cómo te fue? —preguntó Victoria, sonriendo.

—Bien... escuché la propuesta formal sobre la sucursal y es bastante tentadora, pero me gustaría consultarla con la junta directiva en Chicago. —Bebió un poco del té que su prima le sirvió, mientras intentaba mostrarse relajado—. Es una decisión importante y en vista que dentro de poco volveremos a América, prefiero esperar y escuchar sus opiniones —agregó, compartiéndole sus planes; después de todo, Victoria era tan heredera de la fortuna como él.

Fransheska sintió a su corazón contraerse presa de un dolor horrible, al escuchar esa noticia, su respiración se detuvo y debió hacer acopio de todas sus fuerzas para no levantarse y salir de allí corriendo.

—De todas maneras, aún falta para eso, puedes consultarlo desde aquí o pedirle a Robert que venga, estoy segura de que él estaría encantado de hacerlo. —Victoria notó la reacción de Fransheska, y le lanzó una mirada de reproche a Brandon, pues eso había sido cruel.

—Vicky... creo que debo irme ya, de verdad muchas gracias por...

—Es una pena, pero si tienes que irte, Brandon puede llevarte ¿verdad? —preguntó, mirando a su primo.

—Victoria..., no hace falta, puedo llamar a la casa y pedir que vengan por mí, de seguro el señor Anderson se siente cansado —mencionó apenada, era evidente que él no lo haría.

—No tengo problema en llevarla —respondió él, a pesar de querer poner distancia con ella, no iba a hacerle un desaire como ese.

—Bien, iré a buscar un poco de la tarta de manzana que hice para que le lleves a tus padres, enseguida regreso. Mientras tanto, Brandon te hará compañía —mencionó sonriendo y levantándose de la silla, luego se encaminó hasta la casa dejándolos solos.

Brandon se vio atrapado en esa situación a la que le había estado huyendo, sabía que tenía que hablar con Fransheska y aclarar las cosas, confesarle lo que sentía por ella y dejar de lado su orgullo, pero cada vez que recordaba lo sucedido en París, terminaba desistiendo.

—Iré a dar una vuelta, cuando esté lista para marcharse, pídale a Antonio que me busque y la llevaré a su casa. —Se puso de pie y comenzó a alejarse ante la mirada sorprendida y triste de ella.

Fransheska sintió unas enormes ganas de llorar, no era justo que él la tratara de esa manera, ella no había hecho nada ni provocó lo sucedido, solo fue una casualidad y no podía condenarla por eso. Su paciencia llegó al límite, no tenía caso insistir en algo que ya estaba perdido, se puso de pie y estaba a punto de marcharse, cuando suspiró con molestia, se dio media vuelta y comenzó a seguirlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Brandon? —inquirió sorprendiéndolo, él ni siquiera había notado que lo seguía.

—Claro —respondió con sequedad, sin volverse a mirarla.

—¿Por qué estás molesto conmigo? —preguntó sin rodeos.

—No estoy molesto contigo, no entiendo por qué lo dices —contestó, mientras seguía caminando.

—¿No lo entiendes? Pues yo tampoco entiendo tu actitud, porque es evidente que lo estás. No quieres hablar conmigo y me esquivas, ¿qué sucede? —Ella resopló al ver la actitud tan infantil de él, no podía creer que actuara así, tuvo que apresurar el paso al ver que no se detenía.

—No sucede nada, Fransheska, no te estoy esquivando, es solo que tengo cosas que hacer, y acabo de recordarlo —respondió torpemente.

—¿Cosas que hacer en el campo? —Lo interrogó desconcertada.

—Sí... necesito caminar y eso es precisamente lo que estoy haciendo. — Se detuvo para volverse a mirarla, quiso decirle que necesitaba hallar la manera de sacársela del corazón y la cabeza, pero no tuvo la valentía para hacerlo.

—Así que caminar, está bien, entonces puedo acompañarte, supongo que no te importará, ¿verdad? —Quería acorralarlo y que afrontaran de una vez esa situación, si era el final, pues que lo fuese.

—Si es lo que deseas, no tengo ningún problema —respondió porque sabía que lo estaba poniendo a prueba—. Aunque seguramente tendrás cosas mucho más importantes que hacer.

—¿Sí? ¿Cómo cuáles? —inquirió retándolo.

—Como esperar la correspondencia de Carlos Gardel —mencionó sin poder evitarlo y al instante siguiente se había arrepentido.

Ella lo miró entre divertida y emocionada, debía reconocer que molesto se veía muy guapo, su mirada fiera hacía que sus ojos lucieran mucho más oscuros y profundos. La forma en como tensaba la mandíbula resaltaba aún más sus rasgos masculinos.

—¿Estás celoso? —inquirió, mirándolo, luchando por parecer seria.

—Por supuesto que no —respondió volviéndose para escapar de su mirada—. No soy un chiquillo, no tengo por qué sentir celos de nadie, ni siquiera de un hombre como él, por mucha fama o carisma que posea —agregó, dejando ver su resentimiento.

—Bien, porque sería totalmente absurdo sentir celos... al fin y al cabo, tú y yo solo somos amigos, ¿no? —inquirió con toda la intención de hacerlo reaccionar, pero se mantuvo en silencio—. Además, Carlos Gardel no es más que un hombre al que admiro por su trabajo... solamente eso, ni siquiera se puede decir que lo conozco en realidad, apenas si compartimos unas horas con él... es absurdo pensar que uno puede llegar a... —calló, al ver que él se volvía para mirarla.

—Pues no fue la impresión que dejaron ver... si no recuerdo mal quedaron prendados el uno del otro, ninguno de los presentes parecíamos existir para ustedes —expresó furioso, mientras sentía que su garganta era desgarrada por las ganas que tenía de gritar.

—Brandon, eso no fue así... admito que me dejé envolver por el momento y me emocioné al ver que podía alcanzar uno de mis mayores sueños ... pero de allí a olvidarme de mi realidad hay una gran distancia. —Se defendió, sintiendo que las lágrimas amenazaban con desbordarla.

—Ya no importa, Fransheska, no es necesario que te desgastes con explicaciones. Tal vez para ti fue tal como dices, pero cada sonrisa, cada mirada y cada gesto de ambos fue muy real para mí, y no pretendo juzgarte o hacerte sentir mal, ya lo has dicho, sería una gran oportunidad, podrías realizar el sueño de tu vida, bailar en grandes escenarios... hacer del baile una profesión...

—Nada de eso me interesa... si tengo que sacrificar lo que para mí sí es real... —Fransheska sentía una dolorosa presión que le desgarraba la garganta, eran las palabras que llevaba semanas callando, que una vez más pujaban por salir, decidió que era el momento de saltar al vacío y que fuese lo que el destino quisiera—. «No importa si te decepcionan Fransheska, si las cosas no son lo que esperabas, lo que realmente vale es luchar, saber que tú no te rendiste...» Eso me lo dijo Fabrizio y tenía razón, es por ello que no me rendiré, porque sé que esta es mi realidad y no otra, no deseo otra... —Se detuvo, sintiendo que se quedaba sin aire, porque ya estaba llorando—. No deseo nada más que no seas tú.

Brandon no pudo dar un paso más, su corazón latía con tanta prisa, como su estuviese a punto de saltar de su pecho, sus manos temblaban y dejó correr un par de lágrimas, por primera vez sentía un miedo que lo paralizaba. Deseaba correr hasta ella y al mismo tiempo salir huyendo de ese lugar, porque sabía que una vez que se abrazara a Fransheska sería para siempre, y que quizá esa no sería la única vez que iba a sufrir; pero algo en lo profundo de su ser le gritó que se arriesgara a enamorarse y a ser verdaderamente feliz.

Caminó hacia ella casi con la fuerza de una ráfaga, sintiendo que no deseaba perder un segundo más de su vida esperando a ese amor que tanto había anhelado, no cuando lo tenía delante de él, al alcance de sus manos y lo que era mejor, siendo correspondido.

Fransheska lo vio avanzar con decisión hacia ella y sintió sus piernas temblar, contuvo la respiración y su corazón se aceleró tanto, que sintió como sus latidos viajaron por todo su cuerpo, desatando en ella las ganas de correr hacia él también, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Brandon la sujetó por la cintura pegándola a su cuerpo, y en un movimiento rápido atrapó esos preciosos labios con los suyos, desatando un temblor que los recorrió a ambos, el contacto había sido tan rotundo que para los dos fue como si miles de luces hicieran explosión.

Él la aferró por la nuca, enredando sus dedos en el sedoso cabello castaño, para adueñarse con decisión de esos dulces labios, mientras con la

otra acariciaba su espalda. Ella fue consciente de la necesidad de él, y de su propio deseo de entregarse por completo a ese beso, que era único y maravilloso, imposible de comparar con aquellos medidos que compartió con Jules, o los que alguna vez le entregó a uno de sus pretendientes en el colegio.

Aquellos simples roces de labios no eran nada comparados con esa avasalladora sensación que la consumía, rodeó con sus brazos el cuello de Brandon para sostenerse, pues sentía que se desmayaría de un momento a otro. Y cedió a esa demanda de sentirla suya, de poseer mucho más que sus labios, por lo que los separó y pudo sentir como él no vacilaba, su pesada y cálida lengua se deslizó en el interior de su boca, provocando en ella sensaciones que nunca había sentido.

Brandon acunó el rostro de Fransheska entre sus manos para que sus bocas se acoplaran mejor y así disfrutar de la sensación de sus labios suaves, dulces, tiernos y entregados por completo a sus anhelos. El sabor de su boca y su calidez eran sencillamente extraordinarios, llevándolo a desear más y comenzó a rozar su lengua muy despacio, queriendo prolongar ese momento de ser posible, mientras su corazón latía lleno de vida, cantando de felicidad, porque la manera en la que ella se entregaba a sus besos solo le confirmaba que sentía lo mismo que él.

## Capítulo 33

Brandon redujo la intensidad del beso, al notar que a Fransheska comenzaba a faltarle el aire y su respiración también era agitada, mantuvo los ojos cerrados, sintiéndose temeroso de que todo eso no fuese más que un sueño. Pegó su frente a la de ella percibiendo cómo intentaba recuperar el aliento, eso lo hizo sonreír y lo llenó de ternura. De pronto recordó la manera en la que había actuado, con tanta desesperación, y eso lo hizo sentirse apenado.

—Fransheska... yo... yo —intentó hallar el modo de disculparse, pero no daba con las palabras indicadas, quizá porque no era eso lo que deseaba hacer, sino decirle que la amaba profundamente.

—¿Ah? —Fue lo único que ella logró pronunciar, aún no tenía aire suficiente para esbozar palabra, sin mencionar que su mente estaba completamente en blanco o, mejor dicho, en colores, cientos de ellos.

—Esto es maravilloso... lo siento, yo... yo no quise... —dijo él entrecortadamente, reaccionando porque iba a confesarle su amor, pero antes debía disculparse, por abalanzarse sobre ella sin pedirle permiso, solo actuando por instinto y fue este quien se adueñó de sus palabras—. No... no es cierto, no lo siento... me moría por hacerlo, desde el primer momento en que te vi he deseado besarte, Fransheska, y soy tan feliz ahora mismo —confesó, mirándola a los ojos y rozó su nariz con la de ella.

—Yo también... también soy feliz, Brandon —respondió, sonriéndole al tiempo que lo admiraba con embeleso.

—¡Nunca me había sentido así... es increíble, es lo mejor que me ha pasado, tú eres lo mejor que me ha pasado, Fransheska! —No le alcanzaban las palabras para expresar lo que sentía, así que quiso demostrarle su devoción, paseando dulcemente sus labios por esas tersas mejillas, que le mostraban un sublime sonrojo, haciéndolo sentir inmensamente feliz.

—Brandon... —La voz le vibró por las emociones que sentía, y su mirada se ahogó en sus ojos azul cielo.

Brandon buscó sus labios de nuevo, fundiéndose en un beso mucho más profundo y más intenso. Ella sentía que el suelo bajo sus pies no existía, solo

era consciente de las manos de Brandon en su rostro, de sus labios acariciando los suyos y su lengua haciendo cadenciosas espirales dentro de su boca, mientras todo su cuerpo temblaba.

—Estás temblando —mencionó él, separándose un poco para mirarla a los ojos con algo de preocupación.

—Sí... y creo que estoy a punto de desmayarme. —Le dijo con una sonrisa nerviosa, bajó el rostro sintiéndose un poco tonta.

No mentía, todo su ser estaba a merced de él, sentía su corazón latir tan fuerte que estaba segura de que perdería el sentido de un momento a otro. Brandon dejó libre una carcajada y la amarró en un abrazo, que no solo la llenaba de seguridad a ella, también lo hacía con él, ambos sentían que el llanto estaba a punto de desbordarlos, solo que esas serían lágrimas de felicidad.

—Eres tan hermosa —susurró contra sus labios, deseaba besarla de nuevo, pero la veía tan agitada, que prefirió esperar.

—Bésame otra vez —pidió al ver que él se cohibía.

—Sí, otra vez... y cuantas veces quieras —respondió, tomando sus labios y entrando en su boca, apoderándose de ella, llenándolos a ambos de miles de sensaciones placenteras.

Fransheska acariciaba su espalda, delineando cada músculo, sintiendo el calor que emanaba de su vigoroso cuerpo, mientras le ofrecía su boca con total libertad. Nunca había sido besada de esa manera, con tanta fuerza y pasión, sentía su cuerpo volar, podía verse envuelta en miles de luces y estrellas que giraban a su alrededor.

El sabor de la boca de Brandon era maravilloso, sus labios apretaban y succionaban al mismo tiempo, mientras su lengua acariciaba cada rincón. Ella comenzó a reír sorprendiéndolo, y se abrazó a él ocultando el rostro en su pecho, pudo sentir su corazón correr tan rápido como el suyo, y ese calor que la estaba consumiendo, también lo sintió en él, lo que la hizo temblar.

Lentamente Brandon fue bajando el ritmo del beso, quedando solo en sutiles roces de labios, al tiempo que la miraba a los ojos, perdiéndose en ese par de lagunas grises que lo invitaban a sumergirse en ellos y descubrir cada secreto. Se alejó mostrando una sonrisa traviesa, al ver que ella se había quedado de puntillas, esperando que siguiera besándola y con gusto lo hubiese hecho, pero la sentía temblar más a cada momento, y él también sentía sus piernas algo débiles, como si fuese la primera vez que vivía todo eso.

Se dejó caer sentado sobre el pasto, apoyando su espalda a uno de los



frondosos cipreses que escoltaban el camino, y le extendió una mano para invitarla a sentarse. Ella le dedicó una sonrisa coqueta, recogió la falda de su vestido, permitiéndole ver las delgadas y blancas pantorrillas, mientras recibía su mano para ocupar el espacio junto a él; se recostó sobre su pecho y suspiró con ensoñación, para luego quedarse en silencio.

—Sentí que te perdía para siempre —confesó, acariciándole el cabello, con la voz cargada del dolor que sintió en ese momento.

—¡Oh Brandon!... —Fransheska elevó el rostro para mirarlo a los ojos y le posó la mano en la mejilla mirándolo con adoración—. Tú nunca me vas a perder, yo no podría alejarme de ti... todo esto me dolía tanto, sentirte lejos, distante —respondió y las lágrimas se hicieron presentes.

—Siento haberme comportado como un idiota —murmuró apenado.

Llevó una mano a la mejilla de Fransheska para limpiar con sutileza sus lágrimas y depositó un suave beso en su frente, mientras sentía que las suyas estaban a punto de hacerse presentes. La rodeó con sus brazos sintiendo como su mundo se llenaba de luz de nuevo, alejando el dolor que no hacía tanto lo devoraba.

Se separó de ella muy despacio, recorriendo con la mirada su hermoso y angelical rostro, luego apartó con cuidado unos mechones que la suave brisa pegaba a su piel, y le dedicó una sonrisa que ella respondió con la misma emoción.

—No quiero que te rindas jamás. —Le dijo, llevándose la mano que ella tenía en su mejilla a los labios para darle un beso—. No lo hagas por favor... no dejes de luchar por esto, y te prometo que desde hoy y hasta el día en que mi corazón deje de latir, voy a estar a tu lado y te voy a amar para siempre —pronunció solemne.

Fransheska creyó que el pecho le estallaba de felicidad al escuchar sus palabras, su corazón retumbaba en las paredes de su pecho, su cuerpo temblaba y las lágrimas salían de sus ojos sin siquiera notarlo. No podía creer que Brandon la amara de esa forma, que la magnitud de sus sentimientos fuera correspondida del mismo modo, imaginó tantas veces cómo sería escuchar de sus labios decirle que la amaba, pero nunca logró hacer que fuese tan perfecto como lo era en ese instante.

—Te amo... te amo y siento que nada de lo que imaginé o soñé alguna vez, se compara con lo maravilloso que es decirlo, siento que mi corazón saldrá volando en cualquier momento de mi pecho... fueron tantas noches soñando con este momento, con las palabras que te diría... —Sonrió nerviosa—. Las

he olvidado todas — mencionó, y un rubor cubrió sus mejillas.

—No hacen falta, tu mirada me puede decir más que mil palabras... eres tan hermosa Fransheska, tanto que me siento pequeño, no sé cómo hacer para merecerte... no sé si realmente te merezca. —Ella lo detuvo posando los dedos sobre sus labios.

—No, no digas eso, claro que me mereces, tú eres mi príncipe, el que siempre había esperado... Eres todo eso que había soñado, Brandon, eres mucho más... Desde el primer momento en que te vi lo supe... y pensar que en ese entonces te creí prohibido, pensaba que estabas casado con Victoria — mencionó divertida.

—Qué suerte que no —dijo, sonriendo con alivio, recordando que había hecho bien al rechazar la propuesta de su tía.

—Desde esa tarde no he dejado de pensar en ti y solo bastaron un par de semanas para descubrir que te amaba, aunque era la primera vez que todo esto me pasaba, pero lo sabía porque tú me enseñaste tantas partes de mi alma, que ni siquiera sabía que existía, y poder mirarme en tus ojos me hacía tan feliz... pero nada de eso se compara con lo que siento en este instante... Brandon, yo en verdad te amo, lo que siento por ti es real y maravilloso —calló, pues la emoción la sobrepasaba.

—Lo sé, nada se compara a esto —tomó una de sus delicadas manos y las llevó hasta su pecho para que ella notara que su corazón también había armado una fiesta.

Fransheska ahogó un suspiro, sobrepasada por las sensaciones. Las lágrimas rodaban por sus mejillas apenas apreciables, pero estaban allí, como muestras de que cada una de las palabras que salían de sus labios venían directamente de su corazón.

Brandon también lloraba, jamás pensó que el amor lo pudiese llevar a estados de ánimo tan contradictorios; tan solo algunos minutos atrás se sentía frustrado, acabado, incompleto. Ahora era el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra porque tenía la certeza de que ella lo amaba, que lo amaba con la misma fuerza con la cual él la amaba.

—Te amo... te amo muchachita, te adoro y no tienes ni idea de todo lo que has cambiado en mí, me mostraste un mundo nuevo, Fransheska, lleno de colores, de alegrías... sí alegrías, eso le trajiste a mi vida —pronunció, mirándola a los ojos, sintiendo la necesidad de expresarle sus sentimientos—. Mi vida era gris y común, ni siquiera planeaba enamorarme, no era algo que buscara, pero de un día para otro y sin darme cuenta tú ya eras parte de mi

vida... Ni siquiera sé cómo explicar lo que sentí cuando te vi por primera vez, mi corazón te reconoció de inmediato. —Le acarició la mejilla y rozó sus labios.

—Dicen que las almas gemelas se reconocen —acotó ella, dejando en libertad ese lado romántico que era parte de su esencia.

—Eso debió pasarnos porque la primera vez que me vi en tus ojos, sentí como mi alma se quedaba en ti y ya jamás fue mía, era tuya, es tuya... todo mi ser es tuyo, mis manos, mis ojos, mi cuerpo entero te pertenecen... hasta el aire que respiro te pertenece, te los entregué a cambio de una sonrisa, y quiero que te quedes en mi vida para siempre, mi vida es tuya, Fransheska... es tuya mi amor —confesó en medio de las lágrimas y se abrazó con fuerza a ella.

Nada existía alrededor de sus cuerpos, ellos flotaban mecidos por la suave brisa y la sensación de sentirse plenos y enamorados, sus almas se entregaban incondicionalmente, sus corazones por fin latían a un solo compás. Sus labios se buscaron de nuevo fundiéndose en un beso que sería eterno, sellando un pacto que empezó en el mismo momento en que sus miradas se cruzaron, la vida los había llevado a ambos a descubrir el amor donde menos lo esperaron y sin buscarlo los encontró y los atrapó, cayeron en él, porque así es enamorarse, tan fácil como caer.

Fabrizio llegó a Casa Renai cuando las últimas luces de la tarde bañaban todo el paisaje, pintándolo de un hermoso naranja que en algunos rincones se tornaba dorado. Habían pasado dos días desde que vio a Victoria por última vez y estaba ansioso por hacerlo, se moría por besar sus labios, confesarle que la amaba y que era un hombre libre.

Sin embargo, sus deseos se vieron frustrados porque después de terminar con Antonella, su consciencia no le permitió buscar a la americana. Lo correcto era darse al menos un par de días, por respeto a la mujer con la que había compartido casi dos años; después de todo, Antonella no había hecho más que amarlo y complacerlo, no merecía que él se portase como un desgraciado con ella.

—Buenas tardes, joven Fabrizio, ¿cómo ha estado?

—Buenas tardes, Marielisa, bien, gracias... he venido por mi hermana.

—Creo que está en el jardín con la señorita Victoria, por favor sígame —pidió, sonriéndole con cariño.

Fabrizio caminó detrás de la mujer, a la que conocía desde que era un niño, o al menos eso le habían contado; la verdad era que ella se lo hacía

sentir, siempre se había mostrado muy amable con él. Llegaron hasta la hermosa terraza con vista a los campos toscanos y su corazón se desbocó en latidos al ver a Victoria sentada allí, con la mirada perdida.

—Ve a atender la llamada —dijo volviéndose para mirar al ama de llaves, tras escuchar el sonido del aparato—. Me sé el camino —agregó, entregándole una de esas sonrisas que cautivaban.

—Por supuesto —respondió ella con el mismo gesto.

Se acercó lentamente a Victoria, no con la intención de esconder su presencia allí para sorprenderla, sino para poder admirarla con libertad, la había extrañado mucho en ese par de días y no dejaba de pensar en el beso que compartieron, ese que había sido sublime. Sonrió pensando en la posibilidad de besarla de nuevo en vista de que estaban solos en ese lugar, pues no veía a su hermana por ninguna parte.

—Buenas tardes, Victoria, ¿cómo está? —preguntó, sacándola de sus pensamientos, ella se movió a mirarlo y sus mejillas se sonrojaron.

—Señor Di Carlo —mencionó y sus manos comenzaron a temblar.

—¿Se siente usted bien? —inquirió al verla tan nerviosa.

—Sí... sí, lo siento, no lo... vi llegar —esbozó, presa de los nervios, esquivándole la mirada— ¿Vino...? —preguntó, aún aturdida.

—A buscar a mi hermana —contestó desconcertado por su actitud.

—¿A Fransheska? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Sí... que yo sepa no tengo ninguna otra —respondió, entre divertido y sorprendido por la pregunta.

—Sí... sí claro, bueno, aunque nunca se sabe —mencionó sin pensar, él levantó una ceja malinterpretando su comentario, ella lo notó y de inmediato quiso aclarar su comentario—. Digo... sus padres son jóvenes... aun podrían concebir a otro hijo.

—La verdad lo dudo, pero tiene razón nunca se sabe... ¿Fransheska aún está aquí?

—Sí... verá... yo subí un momento a buscar algo y la dejé con Brandon, seguro deben estar dando un paseo. —Soltó todas las palabras de golpe, mientras los nervios se apoderaban de ella.

—En ese caso, la esperaré... —anunció, rondando una silla para tomar asiento, al tiempo que la miraba fijamente—. Y quizá podemos aprovechar para hablar sobre lo ocurrido el día de su cumpleaños.

—Lo siento mucho, señor Di Carlo, pero no quisiera tocar ese tema, por el contrario, es algo que deseo olvidar —dijo, endureciendo su semblante, no

podía creer que él pretendiese seducirla de nuevo.

—¿Disculpe? —preguntó desconcertado.

—Como lo escuchó, nunca debió pasar, usted está comprometido y lo que hicimos fue deshonesto —dijo, poniéndose de pie.

—Victoria, por favor, espera —pidió, sujetándola del brazo.

—No me toque. —Le advirtió halando su brazo para liberarse. Vio en su semblante que lo había herido y eso le dolió, pero más lo hacía el que él quisiera jugar con ella, usarla solo para entretenerse—. Mi primo y Fransheska no deben tardar, por favor espérelos, ahora si me disculpa, tengo cosas que atender —agregó y se marchó.

Fabrizio sintió a su cuerpo llenarse de rabia y dolor, mientras su mirada se cristalizaba, respiró profundo para no derramar una sola lágrima y arrancó su mirada de ella. No entendía por qué siempre era tan complicada, y por qué estaba a la defensiva todo el tiempo, ni siquiera lo dejó explicarle que ya no estaba con Antonella, y que era ella a quien amaba.

—Fabrizio... no pensé que vendrías por mí —mencionó Fransheska, mirándolo con sorpresa, y los nervios la invadieron.

—Mi madre me pidió que pasara por ti de camino a casa —respondió con un tono un tanto hosco, pero intentó relajarse.

—Hola Fabrizio ¿cómo estuvo el día de hoy?

—Brandon... bien, bastante trabajo, pero eso es bueno ¿no? —Recibió la mano que Brandon le ofrecía y le dio un firme apretón.

—Por supuesto —respondió manteniéndole la mirada, después le ofreció una silla a Fransheska, quien la recibió con una sonrisa y enseguida él tomó asiento—. ¿Has visto a mi prima? —cuestionó.

—No, seguramente está ocupada... Bueno, yo estoy un poco cansado, solo pasé para buscar a mi hermana —dijo, poniéndose de pie al tiempo que la miraba para que se despidiera.

Fransheska hubiese deseado quedarse para siempre allí, cerca de Brandon, viéndose reflejada en sus ojos, sintiendo a su corazón latiendo al mismo ritmo del suyo, aunque intentaba disimular para no alertar a su hermano, le era imposible no posar su mirada en él.

—Claro, los acompaño. —Le hizo un ademán a Fabrizio, para que fuese adelante, mientras él lo seguía junto a ella.

Brandon no ocultaba sus emociones, se perdía en la imagen de la mujer más hermosa y maravillosa que había conocido en su vida, la dueña de su corazón. Llegaron hasta el auto y él caminó para abrirle la puerta, ella se

volvió para agradecerle con una sonrisa y articuló un «te amo» mudo, ella hizo lo mismo y sus ojos brillaron.

—Espero que nos visite de nuevo mañana, señorita Di Carlo —mencionó, siguiendo su plan de esperar para anunciar que eran novios.

—Por supuesto, hasta mañana, señor Anderson —respondió y sin poder prolongar más la despedida, subió al coche.

Él suspiró con ensoñación mientras veía el auto alejarse y se quedó allí hasta perderlo de vista, luego caminó hacia la casa y al entrar se encontró con su prima, quien había visto la escena desde la ventana.

—No te imaginas cuán feliz me hace verte así —pronunció.

Brandon se abrazó a ella con fuerza, no hacía falta que dijera nada, el brillo en sus ojos era sumamente evidente, mientras sentía que flotaba en el aire. Su dicha era tal, que los que se encontraban junto a él no podían evitar sonreír al verlo de ese modo, todos en la casa compartían su felicidad.

Fabrizio observaba a su hermana y no tenía que ser un adivino para saber cuál era la razón de esa felicidad que la desbordaba, se veía radiante y eso lo llenaba de alegría, porque lucía más hermosa que nunca. Brandon Anderson era un hombre afortunado, ser dueño de un sentimiento tan maravilloso y mejor aún, tener la certeza de que era compartido, que la otra parte le correspondía igual. Frenó el auto de golpe al darse cuenta de que estaba a punto de pasarse de la entrada a su casa, negó con la cabeza sintiéndose como un tonto.

Fransheska se sorprendió y lo miró a los ojos, pero al ver el desconcierto en él, no pudo más que dedicarle una sonrisa que él correspondió. Puso el auto en retroceso y al momento de entrar a la propiedad soltó una carcajada, pues sin darse cuenta se había sumergido en ensoñaciones al igual que su hermana, ella lo miró y adivinando sus pensamientos también rio.

—Estás loco —dijo, en medio de risas.

—Y tú estás enamorada... completa e irremediablemente —acotó él, para que supiera que no podía engañarlo, pero se mostró contento.

—Estoy feliz... Como nunca imaginé estarlo. —Ella le dio un beso en la mejilla y bajó del auto rápidamente. Lo vio negar con la cabeza mientras su sonrisa se hacía más amplia.

Fransheska entró a la casa cantando y subió las escaleras casi corriendo iba llena de emoción, abrió la puerta de su habitación y se lanzó sobre la cama. Quería gritarle al mundo entero que amaba a Brandon, que lo adoraba, que era feliz y, sobre todo, que él también la amaba de la misma manera. Pero

lo más importante era que estarían juntos para siempre.

## Capítulo 34

El sol se ocultaba dando fin a un brillante y hermoso día lleno de vida; sin embargo, para ella había sido frío, gris y sencillamente deplorable. Como habían sido sus días desde que él salió de su casa y de su vida, dejando un vacío en su pecho que no se llenaba con nada, ni siquiera en aquellos momentos en los que el alcohol le robaba la consciencia y la sumergía en quimeras.

Pero ni durante esos episodios lograba alejar de su cabeza esa verdad tan grande que la estaba consumiendo lentamente, se sentía sola, fea, insignificante y perdida. Le dolía todo el cuerpo, pero más que el cuerpo le dolía el alma, el corazón; su piel lo extrañaba, sus labios, sus manos y cada vez se sentía peor, sabía que no podría soportar eso, no lograría hacerlo porque era demasiado dolor.

Se levantó muy despacio y tambaleándose llegó hasta el espejo de su tocador, su aspecto era horrible y no era para menos, tenía días sin comer y todo lo que había hecho era beber hasta la última gota de licor que encontró en su casa. Debía recuperarse y buscarlo, por eso intentó acomodarse el cabello y se limpió el rostro bañado en lágrimas, le dolió ver sus ojos hinchados y enrojecidos por horas de llanto.

—Tú eres hermosa Antonella, lo sabes... sí, lo sabes, no tienes por qué lanzarte por un barranco por una simple discusión, debes dejar pasar unos días y verás que él regresará. —Intentó contener las lágrimas mientras se hablaba a sí misma para darse valor—. Debes mantenerte fuerte, como siempre lo has sido.

En ese momento nuevas lágrimas llegaron a sus ojos y se desbordaron demostrándole que estaba equivocada, que ante él era el ser más débil del mundo. Ella había llegado a depender tanto de Fabrizio, que ahora no lograba imaginar una vida sin él, lo necesitaba para que sus días fuesen perfectos.

—¿Por qué me hiciste esto, Fabrizio?! ¿Por qué?! Tú me amabas... ¡Me amabas! ¡No, no, no! ¡Me amas! Lo sé... lo sé, amor, esto no puede estar acabado... ¿Por qué me lastimas de esta manera? No puedes amar a otra mujer... ¡No puedes! Yo era la razón de tus días, tu mundo, yo era todo... era



todo ¡¿Dónde están tus palabras?! ¡¿Dónde?! ¡¡Maldita sea!!... Yo te creí... creí cada una de tus palabras ¡Juro que te creí! ¿Cómo puedes decirme ahora que amas a otra? —preguntó llena de rabia y dolor, sintiendo que su mundo se derrumbaba y se dejó caer

Gateó buscando la botella de whisky que se encontraba tirada al lado de la cama, se la llevó a los labios y sorbió un gran trago, su rostro se contrajo al sentir el fuerte sabor del líquido ámbar inundar su boca y bajar por su garganta, quemándola. Necesitaba de eso para aplacar el dolor que sentía, el sufrimiento era igual de espantoso a aquel que sintió cuando lo creyó muerto en la guerra.

—Todo fue mi culpa, yo te lastimé y me odias por eso, lo sé... casi destruyo tu vida... yo te lancé a un abismo, maté el amor que me tenías, por eso ya nunca más me dijiste que me amabas, porque yo maté ese sentimiento... ¡Dios mío! Desprecié lo máspreciado que he tenido en la vida ¡Que estúpida fui! —Su cuerpo entero convulsionaba por los sollozos, mientras sentía a su corazón desgarrarse, se llevó de nuevo la botella a los labios y le dio otro gran sorbo—. No sé qué hacer... no lo sé... ¿Qué hago? No quiero perderte, Fabrizio... no quiero, no quiero, no podré soportarlo... por favor ven a mí, regresa por favor... no sé qué decir... quisiera tener las palabras correctas para hacerte olvidar todo el dolor, para hacerte olvidar todas aquellas palabras que dije una vez y que te hicieron tanto daño, mi amor —expresó, llorando.

Antonella dejó la botella a un lado y gateó hasta su armario, estaba demasiado borracha para ponerse de pie y caminar, se sujetó de una de las barras y consiguió levantarse con algo de dificultad, luego buscó entre varias cajas, lanzando las que no le importaban al piso. Al fin consiguió la que buscaba, la abrió y dentro se encontraba una hermosa caja de música y un paquete con no menos de cincuenta cartas, amarradas con una cinta color rosa pálido.

Como pudo llegó hasta la cama y se tendió, abrió la caja de música y la habitación se llenó con la hermosa melodía, luego agarró el paquete de cartas y se las llevó al rostro, mientras sollozaba, necesitaba sentir el amor de Fabrizio de nuevo, así que abrió una y comenzó a leer:

*Londres, 10 de septiembre de 1913*

*Antonella eres la razón de mis días, siempre despierto con una sonrisa y*

*eso es desde que tú estás conmigo, pero te necesito a mi lado día y noche, no puedo seguir de esta manera, quiero gritarle al mundo que te amo, que soy el hombre más afortunado sobre la tierra porque puedo mirarme en tus ojos, porque puedo besar tus labios y acariciar tu piel.*

*Dame la oportunidad de demostrarte que por ti soy capaz de todo, puedo ser lo que tú desees, lo que necesitas, yo puedo hacer realidad todo lo que tu corazón anhela si tan solo me das la oportunidad.*

Las lágrimas brotaban de ella en medio de dolorosos sollozos y sus manos temblaban, sentía que el dolor crecía dentro de su pecho con cada palabra que leía. Era como un alfiler que se clavaba en su corazón, que no por ser pequeño dolía menos; por el contrario, tenía la capacidad de llegar más profundo dentro de su pecho.

*Londres, 18 de enero de 1914*

*Amor, amor mío me has hecho el hombre más feliz del mundo, aún creo estar en el cielo cuando a mi mente llegan las imágenes de nuestra entrega, mi cuerpo entero vibra al recordarte entre mis brazos, y cuando a mis oídos el recuerdo trae tus dulces susurros, esas palabras que se han quedado talladas en mi alma.*

*Nunca pensé que podía ser tan feliz, nunca antes de ti, Antonella... Antonella, la dueña de mis pensamientos, de mi corazón, mi alma y mi cuerpo, no existe una felicidad como esta, no puede existir algo que sobrepase lo que ahora siento.*

*Anoche no pude conciliar el sueño... y pensé: ¿para qué deseo hacerlo? Si con lo único que quiero soñar es contigo y ya tú eres parte de mi realidad... de mi maravillosa realidad. Te amo hoy y te amaré siempre.*

*Florenia, 05 de agosto de 1914.*

*Antonella, por favor, te ruego que volvamos a estar juntos, no soporto estar lejos de ti, esto me está asfixiando, no puedo pensar en nada más, este dolor cercena mi alma... ¿Acaso no fue suficiente todo el amor que te entregué? Dime en qué fallé, hazme saber qué hice mal... prometo repararlo todo, prometo no volver a presionarte, no seré más un inmaduro..., pero por favor regresa a mí, no soporto estar lejos de ti... me hace falta tu risa,*

*extraño tu aroma, tu cuerpo... tú le faltas a mi vida, todo es un tormento si no estás aquí, todo duele, hasta respirar.*

*¿Es que no ves cómo me lastimas? ¿No te das cuenta de que me estás matando? ¿Que no puedo vivir sin ti? Yo te amo... lo sabes, tú sabes que te amo. Por favor déjame verte una vez más, solo eso.*

Antonella fue pasando las cartas, ahogándose en su propio llanto, llenándose de rabia al darse cuenta de que no podía hacer nada, que no merecía tener a Fabrizio a su lado, no lo merecía.

—¿Cómo pude ser tan insensible ante tu dolor, Fabrizio? ¿Cómo después de haber leído estas cartas, donde me demostrabas cuánto me amabas? —Se preguntó en medio de un llanto amargo—. ¡No puedo! ¡Dios mío! ¡No puedo! —gritó llena de impotencia y de dolor.

Escuchó un par de toques en la puerta, pero no se inmutó, permaneció echa un ovillo, llorando desgarradoramente, eso era lo único que quería hacer en ese momento, llorar hasta secarse.

—Señora Antonella, ¿se encuentra bien? —preguntó Eva, del otro lado de la puerta y la preocupación se reflejaba en su voz.

—¡Déjenme en paz! ¡No quiero ver a nadie! ¡No quiero ver a nadie que no sea Fabrizio! —gritó colérica.

Lanzó todas las almohadas de su cama contra la puerta, después de eso todo fue silencio, y ella se dejó caer boca arriba, mientras su mirada se perdía entre las formas del techo de su habitación. Su llanto se hizo más fuerte, amargo y doloroso, sentía que la estaba ahogando, así que se estiró para tomar la botella que estaba a una distancia considerable, y en su afán por conseguirla cayó al suelo,

El sonido seco del golpe retumbó en la habitación seguido de un gemido, quedó inmóvil y las lágrimas incontenibles bañaron su rostro, sollozaba llena de dolor y de rabia, de miedo y frustración. De soledad, justo en ese momento sabía que estaba sola y así se quedaría, no había nada que hacer, y solo quería correr a donde ese dolor no existiese, olvidarse de todo y correr hasta dejar ese sentimiento atrás.

Los rayos de sol de media mañana traspasaban los cristales de la ventana de la cocina, iluminándola por completo mientras Marión picaba algunos vegetales para el almuerzo; la luz se reflejaba en su rostro haciendo que el verde de sus ojos brillara aún más. De pronto sintió unos pasos detrás de ella

y miró de reojo, sin detenerse en su labor, vio a Joshua que la observaba desde el umbral sin decir nada, ella solo sonrió desviando apenas la mirada de los alimentos, y pudo ver al pequeño responder a su gesto de la misma manera.

—¿Tienes hambre? —preguntó cariñosamente.

Él solo negó con la cabeza, mostrando esa pícara sonrisa que había heredado de Richard. Ella dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él, se puso de cuclillas para quedar a su altura y le acomodó el gorro.

—¿Quién te abrigó? —preguntó, acariciando su pecho.

—Papi —respondió tranquilamente.

—¿Tu papi te abrigó? ¿Vas al jardín con él? —inquirió de nuevo, posando sus manos en los hombros. Joshua asintió en silencio sin dejar de sonreír—. Está bien, pero dile a tu papi que regresen para el almuerzo, si no tu tío los dejará sin nada. —Le advirtió, abriendo sus ojos con un gesto exagerado, Joshua respondió con una pequeña carcajada—. Bueno, dale un besito a mami y ve con tu papi. —El pequeño se acercó y le dio un beso en los labios—. Qué bonito, mi bebé —dijo, y lo vio salir corriendo de la cocina, ella sonrió y regresó hasta la mesa, tomando nuevamente el cuchillo.

—Mami. —La interrumpió Joshua nuevamente.

—Pensé que ya te habías ido. —El niño asintió en silencio.

—Regresé —dijo con una carcajada.

—Joshua —respondió, sonriendo y mirándolo en el umbral.

—Mami sei l'amore della mia vita —pronunció con la mirada brillante, sintiéndose orgulloso de haberlo dicho bien.

Marión se quedó atónita al escuchar a su hijo hablarle en italiano, lo vio lanzarle un beso y nuevamente corrió hasta el jardín. Ella no pudo evitar sonreír ante ese encantador gesto, pero después de unos segundos fue consciente de lo sucedido, y salió a ver a su hijo para preguntarle dónde había aprendido esa oración completa en italiano.

Joshua ya no estaba, de seguro había salido con Richard; desde su última visita al doctor ella se había obligado a darle más libertad, porque según el psiquiatra, tenerlo encerrado hacía que pasase más tiempo a merced de sus traumas. Regresó para terminar el almuerzo con una sonrisa imborrable ante las ocurrencias del pequeño, le encantaba verlo de esa manera, ya que muchas veces había que hacer un gran esfuerzo por sacarle las palabras y para que comiera.

—Se ve que mi hermano no tiene nada qué hacer, ahora enseñándole

italiano a Joshua, y aprende bien, hasta la pronunciación fue perfecta... si no fue porque lo vi, pensaría que me estoy volviendo loca. —Se dijo, sonriendo y negando con la cabeza.

Su mirada se topó con Richard y Joshua, no habían salido solo estaban jugando a las escondidas, le encantaba ver a su esposo reír y la única persona que le sacaba sonrisas, era Joshua con sus ocurrencias.

Llegó el turno de Richard de contar, pero Joshua no se escondió, solo se quedó parado detrás de su padre, y cuando se volvió, su pequeño se movió rápidamente detrás de él para que no lo viera. Lo siguió mientras caminaba, imitando sus movimientos, sacándole una sonrisa, de seguro Richard sabía que Joshua estaba detrás de él, solo lo hacía para ver hasta donde llegaba el pequeño.

Después de la comida, Marión se marchó a su guardia en el hospital, y Richard preparó a Joshua para tomar su siesta, él había comenzado a encargarse de eso hacía un par de semanas atrás y le hacía mucho bien. Compartir con su hijo era lo único que lograba alejar de él los recuerdos que en ocasiones lo atormentaban o lo llenaban de nostalgia.

Se metió a la cama con su pequeño, agarró un cuento y comenzó a leerlo, a los pocos minutos Joshua se quedó dormido, mostrando un semblante tan tranquilo, que le provocó muchos celos, pues él también quería poder dormir en paz. Sin embargo, sabía que eso era imposible, no lo haría mientras tuviese tantos secretos y fantasmas asechándolo.

Soltó un suspiro pesado, recordando cómo era ser un niño, aunque no le gustaba admitirlo, cada vez extrañaba más a su familia, cada vez la ausencia se le hacía más pesada y cuando ese sentimiento se apoderaba de él, los recuerdos llegaban con mayor facilidad.

## **22 de agosto de 1913**

En lo primero que pensó al abrir sus ojos, fue en esa hermosa mujer de ojos grises que se había apoderado de su mente y su corazón desde que la conoció. Por fin su castigo había terminado y tuvo suerte de que Antonella no lo vería si no hasta ese día; se levantó de prisa, pues ya había dormido demasiado durante esos días de encierro.

Además, solo le quedaban ocho días de vacaciones, así que tenía que aprovecharlos al máximo, ya que después de eso estaría otros tres meses sin verla. Estaba tan desesperado que se vio tentado a escapar y averiguar donde

vivía, pero desistió porque sabía que ella podía molestarse y también que, si su padre lo descubría, todo sería peor.

No le quedó más que resignarse a cumplir con su castigo, y su madre se lo hizo más llevadero, porque pasaba horas con él en la habitación, hablando de cualquier cosa o jugando ajedrez. En una de esas ocasiones se vio tentado a hablarle de Antonella, pero prefirió no hacerlo, porque le daba vergüenza hablar de esos temas con su madre.

—Buenos días, mamá. —La saludó con un beso y un gran abrazo.

—Buenos días, mi vida —respondió besándole la mejilla y luego la pellizó con cariño—. El encierro te dejó muy pálido, ¿por qué no vienes y nos acompañas a tu hermana y a mí a tomar un baño en la piscina? Hace un día hermoso —sugirió, sonriéndole.

—Está bien, subo a cambiarme y enseguida las alcanzo —esbozó y salió corriendo hasta su habitación, debía ganar un poco de bronceado, o Antonella seguiría viéndolo como a un chiquillo.

Estuvo un buen rato nadando y jugando con su hermana en la piscina, después se tendieron en las sillas para tomar el sol; su madre se ausentó para atender una llamada y él aprovechó para ejercitarse un poco, se puso a hacer abdominales y flexiones de pecho.

—¿Qué haces, Fabri? —preguntó Fransheska, retirándose la hermosa pamelita blanca que le cubría el rostro, pues no quería que se sonrojara mucho ya que luego luciría como un camarón.

—Me estoy ejercitando —respondió, con los dientes apretados, debido al esfuerzo que hacía para contraer su abdomen.

—¿Y para qué? —inquirió, desconcertada—. Solo eres un chico, no necesitas hacer esto sino hasta que vayas a la universidad.

—Te equivocas, campanita, ya soy un hombre, y no necesito llegar a la universidad para hacer esto —dijo, sin dejar de ejercitarse.

—Edith dice que eso solo lo hacen cuando quieren impresionar a una chica, ¿acaso deseas impresionar a Antonella? —inquirió con una sonrisa y una mirada pícaro.

—No, por supuesto que no —respondió, sonrojándose, y le desvió la mirada, pues estaba seguro de que ella lo descubriría.

Su hermana soltó una carcajada que lo hizo sentirse más apenado, así que tomó su toalla y decidió regresar a la casa para evitar ser el objeto de burlas de Fransheska. Escuchó a su madre hablando por teléfono con su tía Agustina, por lo que sabía que esa charla sería larga, a medio camino de su habitación

se le ocurrió una idea, regresó sobre sus pasos y entró con sigilo a la habitación de sus padres.

—Solo espero que el inventor de Ángelo esté en lo cierto —murmuró tomando la hojilla de afeitar de su padre.

Luego caminó a su habitación y se metió al baño, sabía que su padre no llegaría hasta el mediodía; además, siempre se afeitaba en las mañanas, así que dudaba que echase de menos su navaja. Preparó todo y se detuvo frente al espejo, se cubrió media cara de espuma y empezó muy despacio a pasar la hojilla; al cabo de media hora había terminado, había sido casi un milagro que solo tuviese una cortada.

—Más te vale que lo que me hayas dicho sea verdad, Ángelo, y que a partir de ahora empiece a crecerme la barba —esbozó, y no pudo evitar contraer el rostro, ante el ardor que le provocó la loción cuando salpicó la pequeña herida en su barbilla.

Cuando llegó al parque ya Antonella lo esperaba, la emoción al verla después de tres días lo dejaba sin aliento, se acercó hasta ella saludándola como de costumbre. Antonella no perdió tiempo y con la constitución en mano, comenzó a explicarle a Fabrizio, él notó que ella estaba un poco más distante, pero prometió no preguntarle nada, prefirió mirarla, tratando de poner atención.

—¿Como pasaste estos tres días? —preguntó Antonella de pronto, tomando a Fabrizio por sorpresa.

—¡Genial! —respondió con fingido entusiasmo, jamás le diría que lo castigaron por llegar tarde ese día—. Fui con mi padre a la empresa, me mostró el documento constitutivo, algunos balances generales. —La mentira le salió muy fluida.

—Qué bien, me alegra mucho que tu padre te apoye, creo que es lo más importante —respondió, mirándolo a los ojos, porque el suyo nunca lo hizo con ella, siempre fue un déspota—. Ahora bien, dime lo que quiere decir el artículo cincuenta y ocho.

—Que solo podrán votar aquellos mayores de veinticinco años, para elegir al senador el cual obligatoriamente debe tener cuarenta años cumplidos, esto solo se da en Italia ya que en Francia al igual que ciertos países de América, los senadores varían entre veinticinco y treinta años.

—Perfecto, sí que aprendes rápido. —Lo felicitó con una gran sonrisa—. Bueno, está bien por hoy, continuamos mañana —anunció, cerrando la constitución y poniéndose de pie.

—Me gustaría quedarme, pero tengo que ir por mi hermana.

—Ve con ella, tampoco me puedo quedar más tiempo.

Fabrizio acertó la distancia para darle un suave beso en la mejilla, luego se alejó caminando de espalda, mientras ella se despedía con una sonrisa y agitaba suavemente su mano. Cuando vio que ella se volvía en la otra dirección, él también lo hizo y apresuró el paso, por nada del mundo podía llegar tarde.

## 24 de agosto de 1913

Desde que conoció a Antonella soñaba casi todas las noches con ella, y había algo en su mirada que le decía que ella sentía lo mismo, a veces se lo quedaba mirando también y podía notar que era de otra manera, no como a un niño. Dentro de su pecho comenzaba a albergar la esperanza de que le abriese las puertas de su corazón; sin embargo, cada vez que avanzaba ella lo detenía, si tomaba su mano la retiraba con disimulo, y si le acariciaba la mejilla volvía la cara, haciéndolo sentir frustrado, pero no por eso se rendiría, debía seguir hasta conquistarla.

—Fabrizio... Fabrizio. —Lo llamó al ver que no le respondía.

—¿Ah? —Fue lo único que logró decir.

—No estás prestando atención, así que será mejor que dejemos esto para otro día, además está por llover —comentó, levantándose.

—No... no, Antonella, dos artículos más, hoy me puedo quedar más tiempo, mi hermana no vino al teatro y mi padre, que es al que no le gusta que ande por aquí tan tarde, tiene una cena de negocios.

—Pues tu padre tiene razón, no deberías quedarte hasta tan tarde.

—Antonella, por favor, mira que solo me quedan seis días en Florencia, y quiero disfrutar de mi ciudad y de tu presencia —dijo, mirándola a los ojos, mientras le sujetaba las manos.

En ese momento el cielo se abrió, dando paso a la lluvia, pero apenas fueron consciente de esta, solo podían mirarse a través de las grandes gotas. Fue como si en ese momento sus almas se fundieran y ni siquiera les importó estarse empapando; de pronto, Antonella reventó la burbuja al soltarse y ponerse de pie.

—¿Piensas quedarte ahí? ¿No ves que está lloviendo? Busquemos un lugar para refugiarnos —mencionó, con urgencia en la voz.

—No... no, quedémonos aquí, bañémonos en la lluvia.



—Estás loco... —expresó, soltando una risa nerviosa.

—Lo estoy —Fabrizio, se puso de pie y la sujetó de la mano—. Y es maravilloso... ¡Vamos Antonella! Te gustará.

—Nunca me he bañado bajo la lluvia —dijo, mostrándose reticente.

—Esta será tu primera vez —anunció, y las sujetó de las manos.

Él comenzó a dar vueltas con ella, yendo cada vez más de prisa hasta que consiguió que perdiera el miedo. Antonella alzó la vista al cielo, mientras reía abiertamente, como si fuera una chiquilla.

Pasaron más de quince minutos dejándose empapar por el agua fría que transparentó sus ropas, ella fue consciente de que Fabrizio podría ver su ropa interior, y quizá hasta sus pezones. Así que poco a poco lo obligó a detenerse, mientras intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración y su corazón.

—Es mejor irnos Fabrizio, no quiero que te enfermes por mi culpa.

—Tranquila, estoy acostumbrado; mi casa está lo bastante lejos y voy a seguir mojándome, así que da lo mismo que me quede un rato más... si quieres puedes irte Antonella, no me molestaría ya me has acompañado el día de hoy —dijo tristemente.

—Tú eres quien me preocupa, vamos a mi casa así te secas y te calientas un poco. Después le diré a Federico que te lleve.

—Entonces vamos —pronunció con una sonrisa, la agarró de la mano y comenzó a correr llevándola con él.

—Espera, Fabrizio —repuso Antonella, con la respiración agitada, deteniéndose a mitad de camino—. No puedo correr más, estoy cansada... ¡Qué energía que tienes muchacho! Mejor caminemos, ya estamos cerca es esa de allá —dijo, señalando su casa.

Fabrizio se quedó perplejo al ver la casa de Antonella, era dos veces más grande que la de sus padres, fueron recibidos por el ama de llaves; por un momento pensó que lo dejaría a su cargo, pero para su sorpresa lo mantuvo tomado de la mano. Subieron las escaleras ante la mirada de reprobación de la mujer, llegaron a un elegante y largo pasillo, sin duda la casa estaba abarrotada de lujos.

Caminaron hasta toparse al final con una puerta azul, Antonella posó la mano en la perilla, pero antes de girarla volvió la mirada hacia él. Fabrizio no podía más que sentirse nervioso, algo le decía que esa era su habitación, empezó a temblar, hasta los labios vibraban.

—¿Tienes frío? —preguntó ella con voz cariñosa. Fabrizio solo asintió mientras de sus cabellos aún goteaba agua—. Ya se te pasará —aseguró,

sonriendo y giró la perilla para abrir—. Espérame un momento, voy por una toalla. —Ella se encaminó para prender la luz de la mesa de noche, alumbrando a medias la habitación, él se quedó parado junto a la puerta.

Solo asintió en silencio, porque desde que entró a la mansión, se le habían congelado las palabras en la garganta, la siguió con la mirada viéndola desaparecer en lo que debía ser el baño. Regresó después de unos segundos, se había quitado la chaqueta que llevaba y se había soltado el cabello, era mucho más largo de lo que imaginó.

Fabrizio recorría con su mirada el cuerpo perfecto de Antonella, viendo lo hermosos que lucían sus brazos desnudos, y el influjo de su respiración en sus pechos, algo le decía que ella estaba tan nerviosa como él, solo que no temblaba, se mantenía mucho más serena.

Fabrizio dio un paso hacia atrás pegándose a la pared cuando la vio acercarse, se sonrojó al ver que había actuado como un tonto; ella sonrió y llevó la toalla hasta su cabello que aún goteaba, dejando caer algunas gotas sobre sus pestañas que, al espabilar, caían sobre sus mejillas. Sus nervios le hacían difícil respirar, así que mantenía la boca a medio abrir, y sus labios no dejaban de temblar; habían tomado un color sumamente rojo por el frío, al igual que sus mejillas.

Antonella pasó suavemente la toalla por su cuello y él cerró los ojos, temblando al sentir su caricia, lentamente abrió sus párpados de nuevo y vio que ella se acercaba aún más. Se dijo que era en ese momento o nunca; se armó de valor y posó rápidamente sus manos sobre sus mejillas, acercándose hasta tocar con sus labios los de ella.

Se encontraban sumamente fríos, pero en medio había una tibieza que le calentó el alma, cerró los ojos una vez más dejándose llevar por su instinto, porque la verdad era que no sabía qué hacer. Ese era su primer beso; sin embargo, no quería quedar delante de ella como un inexperto, así que besó varias veces los labios de Antonella, que al principio se mantuvieron inmóviles, pero después correspondieron a las caricias.

No sabía qué más hacer en esos casos, por lo que solo se dedicó a disfrutar del placer que eso le propiciaba, de los sabores que podía encontrar en los labios de la mujer más hermosa que había conocido. Todo lo que se había imaginado ni siquiera se acercaba a lo que vivía en ese instante, su primer beso había roto todos sus índices de expectativas, era maravilloso, único, verdadero.

La sensación de la piel suave de los labios de Antonella lo invitaban a ir

por más, así que separó un poco los labios y rozó torpemente con su lengua los de ella, para después succionarlos un poco. Eso lo hizo temblar y cada nervio de su cuerpo despertó, acelerando sus latidos y que la sangre corriera caliente y palpitante por todo su ser, mientras que millones de emociones se agitaron en su vientre.

—¿Qué haces? ¿Cómo me faltas al respeto de esta manera? —Ella lo miró con asombro y reproche mientras se alejaba de él.

—Lo siento, Antonella, pero es que no pude seguir conteniéndome, tú me gustas, me gustas mucho —alegó, mirándola a los ojos.

—No debiste hacerlo, ¿acaso no te das cuenta que puedo ser tu madre? Yo solo te veo como a un hijo, nada más —dijo molesta.

—Pero no lo eres Antonella, y no me puedes ver como a un hijo porque no te gustan —argumentó con seguridad.

—Bueno, te veo como a un amigo, nada más, eres un niño... demasiado niño —refutó, intentando esconder su nerviosismo.

—Soy un niño porque tú me ves así, pero por ti puedo ser un hombre, dime qué quieres que sea y lo seré para ti.

—Fabrizio —calló, mirándolo con ternura—. No entiendes, mi niño... Hay cosas en la vida que tal vez no entiendes en este momento, eres un niño y tienes mucho por descubrir, te falta vivir muchas experiencias, volar y brillar, pero no te apresures porque cada cosa llega a su tiempo, y te vas a enamorar, pero no de mí, porque aún te falta aprender mucho —pronunció con un tono más suave.

—Eres tú quien no entiende... sí, tengo que volar, pero deseo que seas tú quien me dé las alas, también puedo brillar si tú me lo pides, pero quiero la luz que tú derramas... y amar... me dices que voy a amar a otra, pues no será a otra porque para amar necesito tu corazón, y soy fuerte, seré fuerte, pero porque tú estarás a mi lado y quiero que así sea —pronunció con convicción en cada una de sus palabras.

—Fabrizio no lo entiendes, ¿verdad? No puedes obligar a nadie a que te ame, aún te falta madurar para comprender mejor un sentimiento como el amor. —Le dijo, mirándolo con reproche, lo vio endurecer la mandíbula y sus ojos se oscurecieron—. Hagamos una cosa, mejor vete... ve que ya es bastante tarde y después tus padres se preocupan, aunque quieras no puedes ser un hombre, no todavía... apenas llegues te cambias no quiero que te enfermes por mi culpa —ordenó, entrando al baño y cerró la puerta.

Fabrizio sabía que ella no saldría hasta que él se marchara, así que no le

quedó más que ceder en ese momento, se dio media vuelta y salió de la habitación. Bajó las escaleras intentando contener sus lágrimas, al ver a las dos mujeres de servicio que lo miraron con marcado interés, las ignoró y salió de la casa, pretendía irse caminando hasta una parada de auto de alquiler, debía tomar uno para regresar a su casa.

Llevaba pocos minutos caminando, cuando un coche se detuvo a su lado, el hombre le dijo que era el chofer de Antonella, y le pidió subir. Él lo hizo sintiéndose emocionado, pues pensó que ella estaba dentro, pero no fue así; suspiró con desgano y le indicó al hombre la dirección de su casa, mientras revivía todo lo que acababa de ocurrir.

## Capítulo 35

Era mediados de mayo y la lluvia se hacía presente con más frecuencia; todas las mañanas una molesta llovizna sumía el ambiente en un gris mustio y pesado, restándole brillo y color al paisaje ante sus ojos. Después de un rato de haber despertado, en medio de tanto silencio y soledad; no pudo soportar más ese encierro, por eso decidió salir a caminar sin importarle el mal tiempo, seguía mostrándose temerosa a la hora de cabalgar, por lo que no lo haría, temía resbalar en el pasto mojado y sufrir alguna caída.

Brandon había salido desde temprano a una localidad cercana con Luciano, mientras que Ángela, Antonio, Lucas y Marielisa, se habían marchado a la fiesta de cumpleaños de esta última. Victoria no los acompañó a la celebración porque había llegado casi al amanecer, después de redoblar turno y cubrir la guardia de la noche, ante la ausencia de dos de sus compañeras.

Sin fijarse en el destino que marcaban sus pasos, se adentró en el bosque que, debido a las espesas nubes en el cielo, tenía un aspecto taciturno, y se mostraba ante sus ojos tan melancólico como su estado de ánimo. Después de estar caminando por varios minutos llegó a un claro en medio del bosque, y pensó que la naturaleza era maravillosa.

La luz del sol en ese espacio era un poco más brillante, por lo que elevó su rostro al cielo y cerró los párpados, dejando que los rayos que la bañaban, la llenaran de calidez. Cuando abrió los ojos se percató que a pocos metros se encontraba una cabaña, pensó en que tal vez allí había alguien con quien pudiera hablar.

Sin embargo, al acercarse se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada, caminó para ver por una de las ventanas, adentro todo se encontraba en penumbras, y dudó un poco en quedarse. Ese lugar estaba muy apartado y el tiempo comenzaba a empeorar, apenas se alejaba cuando se desató la tormenta y no le quedó más remedio que permanecer allí, por lo menos estaría a salvo de la lluvia.

Se sentó en una silla de madera bastante deteriorada, pero con la fuerza suficiente para soportarla, se abrazó para entrar en calor, mientras su mirada

se perdía y dejaba sus pensamientos volar, todos dirigidos únicamente a un hombre, él mismo que así se fuera al final del mundo jamás lograría sacar de su cabeza. Estuvo mirando la lluvia, sintiendo como si el tiempo se hubiese detenido, solo escuchaba su respiración y los murmullos del viento en las copas de los árboles, los mismos que al tocar el suelo provocaban sutiles ondas en aquellos espacios donde el agua se había acumulado, creando pequeños pozos.

La tormenta comenzó a menguar y ella pensó en irse; sin embargo, seguía allí como si estuviese sembrada, aunque era consciente de que dentro de poco oscurecería, y por extraño que eso pudiese parecer no le preocupaba. Era tal el estado de paz que la embargaba, que no quería abandonar ese lugar por nada del mundo, pues sentía que allí no lograba alcanzarla todo aquello que la perturbaba.

De pronto, una silueta entre los árboles captó su atención, algo parecía moverse con gran velocidad acercándose hacia donde ella estaba, pasaron solo segundos cuando logró ver un caballo negro. Su corazón saltó al creer que reconocía al animal, aunque no podía estar segura porque estaba lejos, y tampoco podía distinguir quien lo cabalgaba, ya que traía puesta una capa que le cubría hasta el rostro.

—¿Quién se atreve a andar por ahí cabalgando con este tiempo? —Se preguntó, y de repente, sintió que el miedo le recorría por todo el cuerpo—. ¡Victoria solo a ti se te ocurre salir sola en medio de una tormenta! Sin un rumbo fijo en un lugar que apenas conoces.

Notó que el jinete fue bajando el trote, suponía que ya la había visto, se levantó y miró a ambos lados, en busca de algo que le sirviese para defenderse. Lo vio bajarse del caballo y el miedo subió por ella como la hiedra venenosa, su cuerpo se tensó y su boca se secó, al tiempo que sus manos comenzaron a temblar al igual que sus piernas.

El misterioso hombre caminó hasta quedar frente a ella, lo que la hizo palidecer y que el temblor mezcla de frío y miedo, se volviese más intenso. Lo vio llevarse las manos a la capucha para descubrir su rostro y Victoria sintió que el alma le volvía al cuerpo al ver que era Fabrizio.

Sin embargo, no tardó en recordar que él era a la última persona que quería ver, menos después de comprobar que aún seguía con Antonella Sanguinetti. No podía negar lo que sentía por él, pero no por eso iba a permitir que jugara con ella.

—Señorita Anderson, ¿qué hace por acá? No me diga que está sola. —

Fabrizio tenía la cara sonrojada por el frío y sus ojos lucían más azules, tenía algunas gotas en la cara y el cabello medio mojado.

—Sí, señor Di Carlo, estoy sola, acostumbro a dar paseos de tarde en solitario, para pensar —respondió, tratando de mostrarse calmada.

—Me disculpa, señorita Anderson, pero esas costumbres son algo raras y peligrosas —mencionó, al tiempo que se pasaba una mano por el cabello para retirarse el exceso de agua.

—¿Está usted llamándome rara? —inquirió, frunciendo el ceño y no lo dejó contestar—. Además, no veo dónde radica el peligro.

—No digo que usted sea rara, en lo absoluto. —Él no lo dijo, pero sí lo pensaba—. Solo que es poco habitual ver a una mujer sola en medio de una tormenta y tan dentro del bosque... por cierto, uno muy peligroso —explicó, mirándola a los ojos.

—¡Por favor! No sea tan exagerado, esto es apenas una llovizna y acostumbro a hacerlo en América... —Victoria hizo un movimiento de retirada—. Y ya estaba por marcharme, que tenga buena tarde —dijo, pasando por su lado, en ese instante él la agarró por la muñeca.

—Espere. ¿Cómo piensa irse con esta lluvia? Aunque ya no es fuerte, está lejos de la casa, terminará empapada y se puede enfermar.

Victoria sintió como su toque la quemaba, se volvió para mirarlo y no pudo evitar quedarse prendada de sus ojos, de ese azul que era idéntico al de Terrence. Él también era víctima una vez más de esos ojos que lo hechizaban, deslizó su mirada por el rostro que parecía el de un ángel, aun pálido por el frío seguía siendo hermosa.

—Disculpe, pero creo que el tiempo no cambiará por ahora, y puedo regresar como llegué, además, no hay un lugar donde pueda calentarme prefiero regresar a la casa —mencionó, alejándose para escapar de la tentación de besarlo de nuevo.

—¿Por qué no vino con Piedra de Luna? —inquirió sorprendido.

—Deseaba caminar, eso es todo —contestó con naturalidad.

—En ese caso, permítame entonces llevarla hasta su casa, ya está pronta a caer la noche y puede ser peligroso.

Victoria se volvió y pudo ver que lo que él decía era cierto; sin embargo, pensó que aún había luz suficiente para llegar hasta la casa, además el hecho de estar cerca de él ya la perturbaba. No quería siquiera imaginarse cómo sería cabalgar en el mismo animal durante varios minutos; se estremeció de deseo y miedo al visualizar la escena.

—No es necesario, le agradezco mucho, pero prefiero caminar, la lluvia aparentemente no regresará —respondió, sin mirarlo a los ojos.

—Victoria, si me ofrezco a llevarla es porque sé lo peligroso que puede resultar andar por el bosque de noche, puede terminar perdiéndose y en un clima como este eso sería algo complicado.

—No sería la primera vez que camino por un lugar como este, ni en un clima como este... sé cuidarme muy bien, señor Di Carlo, no debe preocuparse... De seguro tendrá otras cosas que atender.

—¿Otras cosas? No la entiendo —expresó desconcertado.

—No se preocupe, no hace falta que lo entienda, yo lo hago perfectamente... ahora, no le quito más tiempo, gracias por su ofrecimiento, pero no es necesario, con su permiso —dijo, pasando a su lado y se alejó, debía llegar a la casa antes de que anocheciera.

Él se quedó mirándola por un momento, no entendía su actitud ni por qué se mostraba tan esquiva, sin darse cuenta ella había avanzado lo suficiente y estaba por internarse de nuevo en el bosque

—¡Vaya que es terca! —murmuró, mientras la veía alejarse.

Victoria caminaba con paso firme y sin volverse a mirarlo, agradeciendo que la lluvia casi había cesado, pero la noche comenzaba a caer. El aire era cada vez más frío y su falda comenzaba a empaparse, lo que hacía que su temblor se intensificara, mientras sentía que el miedo se apoderaba de ella al no reconocer el camino.

«¡Que estúpida eres, Vicky! Debiste deponer el orgullo por esta vez y dejar que él te llevara... ¡Dios, por favor ayúdame! No permitas que me pase nada.»

Los árboles parecían gigantes delante de su figura, el camino se encontraba cenagoso, y todo le parecía igual, no sabía si iba en línea o estaba dando vueltas. Para empeorar su situación, escuchó algunos ruidos extraños entre los árboles cercanos, se volvió para ver, pero la oscuridad que empezaba a adueñarse de todo, se lo impedía.

Siguió caminando, pero ese extraño sonido cada vez estaba más cerca, sintió que las piernas le temblaban, aun así, se obligó a serenarse y continuar. No había avanzado ni tres metros cuando unos ojos brillantes se dejaron ver entre la maleza, intentó correr, pero sus piernas no respondían, así que miró a su alrededor y pudo observar que esos ojos no eran los únicos, a unos pocos metros había dos pares más, nunca había sentido tanto miedo en su vida como en ese instante.



Sin saber qué hacer, intentó moverse muy despacio, pero los ojos parecieron acercarse, asustada dio un paso en falso y su pie quedó prensado entre unas raíces, lo que la hizo tambalearse, pero pudo permanecer en pie. Recibió el peso en su tobillo y en su rostro se dibujó una mueca de dolor, no podía bajar la mirada y ver dónde había caído, temía apartarla de los animales y que estos aprovecharan para atacarla.

—No se mueva —demandó una voz que ella reconoció de inmediato, quiso volverse para mirarlo, pero se encontraba congelada. La voz continuó —: Son lobos, tan solo son tres; por lo general no atacan a las personas, pero es mejor tener cuidado, trate de no moverse.

Fabrizio caminó muy lentamente hasta donde ella se encontraba, la sujetó de la mano e intentó volver sobre sus pasos; en ese momento uno de los animales salió de entre las sombras y Victoria pudo ver que era enorme, sus dientes eran afilados y su boca los dejaba ver en toda su extensión, el animal los miraba fijamente a ambos.

—Mantenga la calma —murmuró Fabrizio.

Ella no podía hablar, sus músculos se habían petrificado, apretó sus labios para no gritar cuando vio que el animal avanzaba un poco más; de pronto escuchó un ruido tan fuerte que retumbó en todo el bosque.

Fabrizio había detonado un arma que llevaba en la mano, ella se volvió a mirarlo por primera vez, él había disparado al aire para ahuyentar a los animales, lo vio exhalar con fuerza, pero ella aún no podía respirar. Estaba tan turbada que no supo cómo, minutos después, se encontraba montada en su caballo, cabalgando a toda prisa por entre los árboles, cuando pudo reaccionar, estaba de nuevo frente a la cabaña.

Él fue frenando de a poco el paso del animal, descendió de Ónix con verdadera destreza, luego la sujetó por la cintura para ayudarla a bajar. La llevó hasta el suelo sin esfuerzo alguno, sus rostros quedaron tan cerca que pudo sentir su respiración aún agitada por la cabalgata, sus alientos tibios se mezclaban, creando suaves nubes de vapor.

Victoria se sintió desamparada cuando él se alejó, necesitaba que la abrazara y alejara de ella todo el miedo que sentía, y que le ayudase a calmar el temblor que aún recorría su cuerpo. No pudo evitar derramar un par de lágrimas, por lo que bajó el rostro para que él no la viera.

—¿Está bien? —preguntó, preocupado, ella continuó con la vista en el suelo y no respondió, así que él caminó y acunó su rostro, subiéndolo para mirarla a los ojos—. Victoria, mírame —pidió, con voz suave mientras le

acariciaba las mejillas.

—Estoy bien... Gracias —susurró, perdiéndose en sus ojos.

—Será mejor quedarnos aquí, al menos evitaremos mojarnos más de lo que ya estamos. —La agarró de la mano para llevarla a la terraza.

—Tiene razón. —Cuando Victoria intentó dar el primer paso, un dolor agudo en su pie la hizo quejarse. Él se volvió para mirarla.

—¿Se lastimó? —Le preguntó, temiendo que lo hubiese hecho.

—No es nada, solo me doblé el tobillo —respondió para no preocuparlo, apretó los dientes e intentó avanzar, pero él la detuvo.

—Déjeme verlo —mencionó, bajando para mirar la lesión—. La bota no me deja ver, será mejor que se la quite antes de que se inflame, vamos. —Sin darle tiempo a reaccionar la cargó para llevarla a la cabaña, luego la sentó con cuidado en el viejo sillón.

Victoria sentía que su corazón palpitaba con tanta fuerza que estaba segura de que él podía escucharlo, por lo que se sintió aliviada cuando se alejó, poniendo distancia entre los dos. Se abrazó a sí misma, en un esfuerzo por controlar el temblor de su cuerpo, mientras veía a Fabrizio buscar a Ónix y resguardarlo de la lluvia, que cada vez era más fuerte, después regresó corriendo al lugar donde ella estaba sentada y se la quedó mirando, para comprobar que en verdad estaba bien.

—Está temblando —de inmediato se quitó la capa y la cubrió—. Esto le ayudará —agregó, mirándola y le dedicó una sonrisa.

—Gracias —murmuró, el frío hacía temblar también su voz.

Él asintió y se sentó en el piso de madera; de pronto, una corriente de aire lo hizo estremecerse, verdaderamente comenzaba a hacer frío.

—¿Cómo supo dónde estaba? —preguntó con voz ronca.

—La seguí. —Le respondió sorprendido ante la pregunta.

—Señor Di Carlo, no tengo cómo agradecerle... fui una tonta y no tengo palabras para disculparme. —Se sentía muy apenada.

—No tiene nada que agradecer o por lo cual disculparse...

—Usted me ofreció su ayuda y yo la rechacé... La verdad no sé por qué actué de esa manera, lo siento —dijo, bajando la mirada.

—Tranquila, yo nunca dejaría que le sucediese algo, Victoria.

—Muchas gracias... por todo. —Ella le sujetó la mano entre las suyas, mientras le dedicaba una hermosa sonrisa y una vez más dejaba que su mirada se anclara en la de él.

Una corriente gélida acompañada por algunas gotas, llegó hasta ellos

haciéndolos estremecerse, ella vio como él se frotaba las manos y se las llevaba a la boca para darse calor. Intentó ponerse de pie y ofrecerle su capa, pero lo vio negar con la cabeza, mientras las sostenía por los hombros para evitar que se pusiese de pie y empeorase la lesión.

—Si me ayuda a sentarme junto a usted, podríamos compartir la capa — sugirió, luchando contra el nerviosismo que esa idea despertó en su cuerpo, pero necesitaba que él se cubriera del frío.

—No se preocupe, yo estoy bien... usted debe quedarse allí, estará mucho más cómoda —respondió, mirándola a los ojos.

—Pero usted... —Victoria intentó una vez más.

—Yo estaré bien. —En ese instante otra corriente lo hizo estremecer, demostrando lo contrario.

Él la vio arquear una ceja y supo que ella tenía razón, que ahora quien estaba actuando como un terco era él, se resignó a buscar la manera de cubrirse los dos con la capa, pero al mirar hacia atrás, se le ocurrió una idea. Se levantó y se asomó a través de una de las ventanas; sin embargo, no vio nada, todo estaba oscuro, siguió hasta la puerta y revisó la cerradura, movió la perilla con fuerza varias veces.

—No podemos entrar —acotó ella, adivinando sus pensamientos.

—Claro que sí, solo deme unos minutos —respondió, y su tono demostraba el esfuerzo que hacía al empujar la puerta.

—No... no, lo digo por usted, sé que puede abrir esa puerta, pero esta casa es propiedad de alguien más, si llega y nos consigue nos acusará de invasión y eso es un delito —argumentó, pues algo sabía sobre leyes, no en vano su primo Sean era uno de los mejores abogados de América, y ella había pasado horas escuchándolo hablar de leyes.

—Tenemos una excusa... supervivencia, si nos quedamos aquí sufriremos de hipotermia —alegó, dando un último empujón con su cuerpo entero a la puerta, esta cedió de inmediato dejando libre una capa de polvo—. ¡Listo! —mencionó con una sonrisa.

Ella lo vio desaparecer y algo en su actitud le recordó tanto a Terrence, eran iguales, siempre rompiendo las reglas.

—La chimenea funciona... eso nos ayudará a mantenernos calientes — anunció, regresando un par de minutos después.

Tras decir eso se acercó a ella y la cargó de nuevo, sintió cómo se estremecía y él no pudo evitar hacerlo también al sentir sus manos en su pecho. Era asombroso como el simple hecho de tocarse, hacía que sus cuerpos

vibrasen, despertando el deseo en ambos, sus miradas se encontraron un segundo, pero de inmediato las desviaron.

La mirada de Victoria se paseó por el lugar, comprobando que era bastante modesto y de cierta manera le recordó a la casa de sus padres, aquella que estaba cerca de la propiedad de sus tías en Barrington donde ella había nacido. Se veía acogedor gracias a los muebles que en su mayoría eran de madera y con diseño rústico, la chimenea era pequeña, pero podía mantener tibio todo el lugar.

Fabrizio la sentó en un sillón frente a esta y desde allí pudo ver la cocina con pocos estantes, y una pequeña mesa con cuatro sillas, giró un poco el rostro y su mirada se topó con la cama ubicada a un extremo de la misma y una puerta que debía dar al baño. Lo vio concentrarse en atizar los leños, y la imagen de su espalda la hizo estremecer, pues la tela se había pegado a su piel marcando cada músculo.

Sintió un inmenso deseo de tocarla, quería deslizar sus dedos por cada uno, sentir la dureza y la calidez de su piel, apretó su mano para no sucumbir ante su anhelo. Desvió la mirada y acertó justo a toparse con la cama a un extremo de la habitación, provocando que el deseo hiciera piruetas en su vientre y su corazón se agitase, apartó los ojos de inmediato y respiró profundamente para calmarse.

—¿Se siente bien? —preguntó él, notando que estaba un poco tensa, quizá porque esa situación era bastante comprometedor.

—Sí... sí —respondió, levantando la vista para mirarlo a los ojos.

Necesitaba escapar de su intensa mirada y del deseo que sentía de besarlo, así que se ocupó de quitarse las botas, pero él al ver lo que hacía se puso de cuclillas frente a ella para ayudarla.

—No se moleste, por favor, yo puedo.

—No es molestia, además, ya una vez usted me atendió —expresó, luchando por mostrarse tranquilo, porque el contacto con su piel lo tentaba a subir más allá de su pantorrilla—. Bueno, no se ve tan mal, no tiene hematomas ni está inflamado.

—Le dije que solo había sido una torcedura —acotó, sonriendo.

—Tenía razón, doctora Anderson —dijo, mostrando el mismo gesto de ella—, sin embargo, creo que será mejor que se quite su abrigo, está empapado y podría enfermarse.

Victoria se puso de pie y comenzó a desabotonarse el abrigo, sin ser consciente de lo que sus acciones estaban provocando en el cuerpo de

Fabrizio, quien se encontraba hipnotizado mirándola desvestirse.

Levantó el rostro una vez que terminó, y tembló al ser consciente de la intensidad que se desbordaba de la mirada de Fabrizio, era tan carnal que no le resultó difícil adivinar lo que estaba pensando en ese momento. Inspiró al sentir que una ola de deseo también la recorría a ella, al ser consciente de que estaban solos en ese lugar y que si lo querían podían dejarse llevar por sus instintos.

—Deme... yo me haré cargo —mencionó él, obligándose a no ceder ante las poderosas ganas que sentía de besarla y hacerla suya.

Le dio la espalda y caminó hacia el perchero, se entretuvo allí durante unos minutos, fingiendo que se le estaba siendo difícil extender el abrigo, pero lo que en realidad quería era darle tiempo a su miembro para que se relajara. Cuando se dio la vuelta ella estaba sentada de nuevo, tenía los ojos cerrados como si durmiera, pero él podía ver por el movimiento de sus senos, que su respiración era afanosa.

Buscó hacer lo mismo porque en verdad necesitaba controlar sus emociones, ocupó el otro sillón y dejó que su mirada se perdiera en las llamas que danzaban en la chimenea. El aroma a madera y el aire cálido que inundaban la habitación los había envuelto en una especie de sopor, mientras la lluvia se hacía cada vez más fuerte y los relámpagos iluminaban la estancia a momentos.

Fabrizio estaba luchando por no ceder ante su deseo de acercarse a ella, pero le resultaba casi imposible, sabía que tenían una conversación pendiente y pensó que ese era el momento indicado; se volvió para mirarla y vio que se había quedado dormida. Ella era tan bella que parecía un sueño, se puso de pie y con mucho cuidado la cargó para llevarla hasta la cama, por suerte no se despertó, pues de seguro hubiese mal interpretado su actitud, la dejó sobre el mullido colchón, buscó unas mantas y la cubrió.

«¿Cómo había llegado a enamorarse de esa manera de ella? ¿Sin siquiera darse cuenta? Había pasado de ser una desconocida a la mujer que amaba.»

No recordaba el día que despertó y lo primero que llegó a sus pensamientos fue ella, y cuando comenzó a ser lo último que evocaba antes de dormir. Mientras la miraba, su corazón latía acompasadamente, pero al mismo tiempo con una fuerza que solo ella le imprimía, acercó una mano y le acarició su mejilla y su cabello.

No supo cuántos minutos se quedó admirándola, acariciando con la mirada su esbelta silueta, la diminuta cintura, las hermosas caderas, sus delgados

brazos con ese color que era blanco como la crema, sus senos y ese movimiento que le aseguraba que ella era real, y que los hacía lucir provocativos.

«Sí, provocativos, ¿por qué no decirlo?»

Una sonrisa se dibujó en sus labios y sintió un calor inundar su pecho, su corazón se aceleró y su respiración se hizo más pesada, al tiempo que el deseo se esparcía por todo su cuerpo, haciéndolo estremecerse, apartó su mirada para escapar de la tentación, pues su cuerpo ya comenzaba a reaccionar ante los estímulos, le dio la espalda y apenas había dado un par de pasos cuando escuchó su voz.

—Quédate conmigo —susurró ella.

Fabrizio se quedó allí, estático, sin saber cómo actuar, al fin se volvió para mirarla muy despacio. Ella se encontraba dormida; al menos eso aparentaba; sin embargo, él se acercó un poco más para verificar que fuese cierto o si estaba consciente y le pedía que se quedara con ella, si era así no duraría en hacerlo.

—No me dejes..., por favor... Quédate.

—Vicky —susurró, acariciándole el rostro, ella no despertó, estaba profundamente dormida y seguramente soñaba.

Soltó un suspiro desganado, porque en verdad se había emocionado pensando que ella le había pedido que se quedara a su lado, pero evidentemente todo era un sueño. Se alejó para dejarla descansar y luchar contra sus ganas de meterse en esa cama junto a ella, eso sería poner a prueba su voluntad y acabar torturándose, pues no podía tocarla y besarla como deseaba, debía portarse como un caballero.

Se asomó por la ventana, vio que la lluvia ganaba más fuerza y el viento azotaba con poderío los árboles, buscó con la mirada a Ónix, sintiéndose preocupado de que pudiera estar a la intemperie, pero su caballo se encontraba bien dentro de ese establo improvisado, y parecía dormir, allí todos parecían dormir tranquilamente menos él

## Capítulo 36

No se sentía tranquilo, un nerviosismo le recorría el cuerpo. No supo en qué momento dejó de ver por la ventana y dirigió sus pasos hasta la cama donde Victoria dormía. Un minuto después se encontraba acostado a su lado. Se metió debajo de la cobija y suspiró al sentir que la calidez de la manta, aunada a la que emanaba del delicado cuerpo femenino, lo reconfortaron, se quedó observándola hasta que el sueño logró vencerlo a él también.

Victoria despertó un par de horas después, encontrando a Fabrizio acostado en la misma cama, dormía profundamente, era evidente por su respiración acompasada. La luna había salido y sus rayos lo iluminaban, dándole la libertad de poder admirarlo y se dedicó a hacerlo, mientras imaginaba que era Terrence quien una vez más dormía junto a ella, así como lo hizo antes.

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para no acariciarlo, temía que, si lo hacía podía despertarlo, y lo único que deseaba en ese instante era quedarse allí, admirándolo. Disfrutaba del calor que desprendía su cuerpo y la envolvía, de su aroma a madera, bergamota y lavanda, una maravillosa mezcla que ya había distinguido como única en él.

Fabrizio abrió los ojos, encontrándose con la imagen más hermosa que había visto en lo que recordaba de su vida, su corazón latió lleno de felicidad y sonrió. La luz de la luna se reflejaba sobre el rostro de Victoria, resaltando aún más su belleza, sus grandes ojos verdes lo miraban con curiosidad y sus labios estaban entreabiertos para permitirle paso al aire, invitándolo a fundirse en ellos.

Victoria sintió cómo su corazón se desbocaba, y los nervios se apoderaron de su cuerpo al verse descubierta por él, quiso ponerse de pie para escapar, pero ya era muy tarde, la mirada de Fabrizio la había hechizado una vez más, penetrando en su alma. Lo sintió acercarse muy despacio, al tiempo que le acariciaba la mejilla con una delicadeza que la hizo suspirar, después de eso supo que nada en el mundo evitaría que cayera en la tentación de besarlo.

Fabrizio se dejó llevar por lo que sentía, consciente de que ella también parecía desear lo mismo que él, deslizó la mano que le acariciaba la mejilla

hasta la nuca y en un movimiento gentil, pero a la vez demandante, la acercó para adueñarse de sus labios.

Ella cedió a su petición en medio de un gemido de placer que salió de lo más profundo de su ser, temblando al sentir ese primer roce de sus labios, que fue exquisito y que de inmediato la hizo desear más; por lo que separó los suyos para disfrutar del sabor de su boca y los movimientos cadenciosos de su lengua. Se estremeció al sentir el ágil y pesado músculo deslizándose en su interior, desatando un huracán de sensaciones y emociones, exigiéndose que se entregara y al mismo tiempo que reclamase todo de él.

La felicidad colmó el cuerpo de Fabrizio al sentirse correspondido por ella, no solo en el beso, sino también en sus caricias, esas que lo hacían temblar como si fuese la primera vez que una mujer lo tocaba de esa manera. Ni siquiera era una caricia osada; por el contrario, era bastante reservada, ella lo tocaba como si tuviese miedo de quebrarlo o como si él no fuese real, pero no había lugar a dudas de que lo estaba haciendo porque lo deseaba y eso le bastaba para adorarla más.

—Victoria... Victoria —susurró, mirándola a los ojos y besando delicadamente sus labios—. Te deseo tanto que ya no soporto estar lejos de ti... necesito tenerte a mi lado —confesó con voz ronca.

Ella se sentía flotando dentro de una burbuja, que estalló de manera abrupta al escuchar sus palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas y el corazón se le encogió de dolor al ser consciente de que eso era lo único que él sentía por ella, solo deseaba usar su cuerpo para satisfacerse. Apoyó las manos en su pecho para alejarlo, mientras lo miraba con resentimiento, le dio la espalda y salió tan rápido como pudo de la cama, luchando por no derramar una sola lágrima.

—¡Victoria...! ¿Qué sucede? —inquirió. Al ver que ella se alejaba se incorporó para salir de la cama y seguirla—. ¡Por favor, espera!

—¡Déjeme en paz! —gritó, y corrió para salir de la cabaña.

El aire gélido de la noche la envolvió haciéndola estremecer, había olvidado su abrigo y ponerse las botas, por lo que sintió que sus pies se congelaban al hundirse en el fango frío, pero no se detuvo porque necesitaba escapar de él. Sin embargo, su mirada se encontró con otro obstáculo al verse frente al espeso bosque que, a pesar de estar iluminado por la luna, seguía mostrándose intimidante, suspiró dejando correr su llanto al sentirse sin escapatoria.

—Victoria... por favor, quédate... Yo... lamento si te ofendí, te juro que



no quise hacerlo, perdóname —pidió, siendo consciente de que quizá había sido muy directo al expresarle sus deseos, o que había sido un atrevimiento meterse a la cama junto a ella—. Entremos a la cabaña, hace mucho frío y te puede hacer daño, ven y hablemos, por favor —sugirió, caminando con cautela hacia ella.

—Este frío no puede hacerme más daño del que usted me está haciendo —respondió hosca, volviéndose a mirarlo y al hacerlo notó que lucía inocente—. ¿Por qué pretende jugar conmigo?

—¿Jugar contigo? Yo jamás haría algo como eso, Victoria —respondió, mostrándose ofendido por su acusación.

—¡Por Dios! Ya no siga fingiendo... no soy una tonta a la que pueda engatusar, sé cuáles son sus intenciones, pero déjeme decirle que pierde su tiempo —espetó, temblando de rabia y de dolor al ver lo cínico que era—. Tiene una relación con la señora Sanguinetti...

—Eso ya acabó... terminé con Antonella —respondió, comprendiendo su actitud que podía justificar que ella reaccionara así.

—¿Cómo dice? —preguntó Victoria, mirándolo con asombro.

—Mi relación con Antonella no tenía futuro..., ya no podía seguir a su lado porque deseo estar junto a alguien más —contestó, y acortó la distancia que los separaba porque necesitaba mirarla a los ojos para decirle todo lo que sentía—. Yo quiero estar contigo, Victoria.

—No me mientas..., por favor, no lo hagas —suplicó mirándolo a los ojos, mientras sentía que todo su cuerpo temblaba.

—Te digo la verdad, quiero estar contigo —respondió, acariciándole las mejillas—. Por favor, perdona mi actitud, tal vez no fue la más adecuada, pero nunca me he sentido de esta manera, nunca había sentido la necesidad de entregarme a alguien como lo siento contigo, y no puedo ni quiero seguir ocultándolo...

—Fabrizio... —susurró, mirándolo a los ojos, sintiendo que era recorrida por la alegría y el miedo al mismo tiempo.

—Te amo, Victoria, y no me preguntes cómo ni cuándo pasó porque no lo sé, solo sé que es real, que existe y llena todo mi ser hasta hacerlo volar con tan solo tocarme, jamás pensé que un beso pudiese ser tan poderoso... todo lo que provocas en mí es especial... tú haces que mi mundo sea perfecto con tan solo existir —pronunció, mientras su mirada se perdía en sus ojos esmeralda.

Las lágrimas rodaban libremente por las mejillas de Victoria, sintiendo que no tenía palabras ni tampoco aliento dentro de sí para expresar lo que

sentía; su confesión la sobrepasaba. Sus sentimientos eran un huracán, se sentía mareada, extasiada, fuera del mundo, del tiempo y la realidad, porque nada que existiese entre el cielo y la tierra se comparaba con todo lo que sentía.

—Siento tantas cosas... pero no sé cómo expresarlas —confesó, dedicándole una sonrisa y se abrazó a él, apoyando su mejilla en el fuerte pecho de Fabrizio, escuchando el sonido de su corazón.

Él sonrió lleno de felicidad y se quedó en silencio, acariciando con suavidad el hermoso cabello dorado, le dio un beso en la cabeza y suspiró. De pronto sintió la humedad de sus lágrimas traspasar su camisa y pensó en alzar su rostro para impedir que siguiera haciéndolo, pero desistió y le dio su tiempo, estaba consciente de todas las emociones implicadas en un encuentro así.

—Deseo quedarme así toda la vida —mencionó, sorprendiéndolo, y pudo notar que él sonreía. Se movió para mirarlo a los ojos—. Yo... yo también te amo y siento que no puedo estar lejos de ti... mi mundo entero se ilumina cuando te veo, mi alma danza de felicidad si te escucho reír, todo en mí se desborda de alegría si me veo en tus ojos... amo tus ojos, tu sonrisa, tu cabello, tus manos. —La emoción la hacía expresarse de esa manera; lo vio sonreír y se sintió apenada, por lo que bajó la mirada y un intenso rubor cubrió sus mejillas.

Él posó un dedo debajo de su barbilla para buscar sus ojos, dedicándole una sonrisa maravillosa que hizo que el corazón de Victoria latiese con tanta fuerza que estaba segura que él podía escucharlo. Acarició con suavidad su mejilla reconociendo que su pecho era pequeño para guardar lo que sentía por ella, y que necesitaba entregárselo a ella por completo, ya era hora que su dueña lo tuviese.

—Me estoy muriendo por besarte, pero solo lo haré si tú lo deseas —pronunció, mirándola a los ojos, anhelando que dijera que sí.

—Lo deseo, bésame... —pidió en un susurro y llevó la mano que tenía apoyada en su pecho, hasta su nuca, para hacer que bajara.

Fabrizio se adueñó de sus labios con exquisita delicadeza, dedicándose a darles suaves toques y a succionarlos como si fuesen una fruta, la más suave y dulce que hubiese probado en su vida. Sus gestos eran el prelude de algo que sería mucho más intenso, pero en ese instante deseaba que más que la pasión, ella sintiese la ternura que también podía entregarle y que solo nacía de un amor verdadero.

Victoria sentía todo su cuerpo elevarse con cada roce de los labios de él, una y otra vez los tomaba, primero el inferior, acariciándolo suavemente con su lengua y después repetía el mismo movimiento con el superior, impregnándolos con su tibia humedad y su maravilloso sabor, mientras tanto sus manos se perdían en sus cabellos, sus dedos se enredaban haciéndola estremecer. Ella quiso darle la libertad de que fuese él quien llevara el ritmo del beso, por eso se dedicaba a acariciar su espalda, y se dejaba llenar por las sensaciones que ese beso le provocaba, muy despacio él fue separando sus labios, rozando su lengua apenas con la suya.

Casi por instinto Victoria se elevó para acortar el espacio entre ambos, porque deseaba mucho más, gimió cuando Fabrizio entró por completo en su boca, provocando que un temblor se apoderara de su vientre y sus piernas. Él la sintió tambalearse y llevó una mano hasta su cintura para sostenerla y pegarla más a su cuerpo, haciendo que una intensa sensación de placer los recorriera a ambos.

La noche era fría; sin embargo, Victoria y Fabrizio se encontraban envueltos en un calor especial, el calor producto de la pasión que se desbordaba de sus cuerpos, y hacía que ese beso cada vez fuese más intenso. De pronto, él comenzó a bajar el ritmo del beso, porque era consciente de lo cerca que estaba de dejarse llevar, deseaba demasiado a Victoria, pero también la amaba y debía respetar su virtud, no podía actuar con ella de la misma manera que lo hizo con Antonella.

—Vamos adentro... aquí hace mucho frío —susurró, disfrutando de la imagen de las mejillas arreboladas de Victoria.

Ella asintió y caminó junto a él agarrados de las manos. Victoria flotaba, su mundo nuevamente era perfecto, sabía que quizás estaba cayendo demasiado rápido en esa quimera, y que tal vez más tarde se reprocharía lo que hacía, pero de momento solo quería disfrutarlo y sentir una vez más lo que era amar a alguien y ser correspondida.

—Mis pies están hechos un desastre —mencionó antes de entrar a la casa, mientras los limpiaba en el pequeño tapete.

—No te preocupes, yo me haré cargo —dijo él, sonriendo.

La llevó cargada hasta el sillón que ocupó antes, y luego comenzó a moverse de un lado a otro de la cocina, cuando regresó puso una olla con agua junto a la chimenea para calentarla. Victoria no podía despegar su mirada de él, temía que fuese a desaparecer de un momento a otro, o que todo fuese un sueño y que al despertar él no existiese.

—Gracias, Fabrizio. —Le sonrió al ver que ponía una vasija con agua tibia frente a ella, con cuidado metió sus pies y gimió de placer al sentir la agradable temperatura del agua—. Me hacía mucha falta, ¿tú no tienes frío? —preguntó, mirándolo.

—Solo un poco —comentó, poniéndose cerca de la chimenea.

—Ven, te daré calor. —Le extendió la mano.

Se acercó a ella mientras intentaba controlar sus latidos, que se desbocaron cuando llegó hasta su cabeza la imagen de cómo podía ella darle calor. No era fácil mantener la cordura en una situación como esa, estando solos en una cabaña en medio del bosque, con los sentimientos a flor de piel y el deseo latiendo por todo su cuerpo.

Victoria no era consciente de la lucha interna que libraba Fabrizio, aunque ella también se sentía algo nerviosa, lo hizo sentarse en el brazo del sillón y comenzó a frotarle el pecho con la palma de sus manos. Lo sintió estremecer y vio cómo sus ojos se oscurecían, haciéndola consciente de que sus caricias estaban provocando algo más que brindarle calor, así que subió las manos y le frotó las mejillas.

—Creo que deberíamos aprovechar para salir ahora —comentó Fabrizio, llevándose una mano de ella a los labios para darle un beso.

Era lo último que deseaba, pero si no salían de allí iba a terminar cediendo ante la tentación y acabarían haciendo el amor, porque era consciente de que Victoria también estaba excitada, sus pezones erguidos y sus pupilas dilatadas se lo dejaban claro.

Salieron después de dejar todo en orden, Fabrizio trabó la puerta para que diera la impresión de estar cerrada, asegurándole a Victoria que regresaría al día siguiente para repararla. Montaron sobre Ónix y emprendieron el camino de regreso hasta casa Renai, que les llevaría al menos una hora ya que debían ir despacio, porque el suelo estaba muy cenagoso y el caballo podía resbalar.

Ya las nubes habían pasado dejando el cielo totalmente despejado, se veía realmente hermoso, colmado de estrellas, miles de ellas y la luna iluminaba el camino. Los rayos que se filtraban entre los árboles creaban un espectáculo sublime, Victoria quiso apreciarlo mejor y echó la cabeza hacia atrás en un movimiento espontáneo, olvidándose de lo cerca que se encontraba de Fabrizio.

—Lo siento —esbozó, girando su rostro para mirarlo.

—Está bien, recuéstate en mi pecho si deseas —sugirió, mostrando una de sus sonrisas más atractivas, mientras le acariciaba la cintura.

Fabrizio deseaba alargar ese paseo tanto como le fuese posible, porque no quería separarse de ella, pero al ser consciente de lo tarde que era, y que seguramente estarían preocupados por Victoria, decidió ir un poco más rápido. La brisa llevaba hasta su rostro el cabello desordenado de ella, embriagándolo con su olor a rosas y haciéndolo disfrutar de la sensación de tenerla cerca y de ser su protector.

Ella cerró los ojos dejándose llevar por la sensación de la brisa en su rostro, mientras era consciente de la acelerada respiración de Fabrizio. Estaba apoyada casi por completo en su fuerte pecho, que estaba anhelando ver en completa desnudez, ese pensamiento la hizo estremecer.

Victoria se sintió arrebatada de un plácido sueño, cuando se vio frente a casa Renai y Fabrizio bajó del caballo para luego ayudarla, quedando fortuitamente cerca el uno del otro. Él la ayudó a llegar hasta la entrada que daba a la cocina, seguramente la principal se encontraba cerrada; en cambio esa casi siempre estaba abierta, ya era una costumbre de Antonio dejarla así, él giró la perilla y cedió de inmediato.

—¿Cómo sabías que estaba abierta? —preguntó ella, sorprendida.

—Es una costumbre de Antonio, a Angelo y a mí nos resultaba muy favorecedor cuando salíamos de fiesta...

—Entiendo —murmuró, frunciendo el ceño—. Necesito pedirte un favor más, Fabrizio —agregó, mostrándose un poco apenada.

—Claro, dime —mencionó, mirándola a los ojos.

—No le comentes nada a Brandon de lo sucedido esta noche, él se molestará muchísimo si se entera. —Vio que él la miraba algo extrañado, pues hasta donde tenía entendido entre Brandon y él existía mucha confianza. Victoria pudo percibir la línea que había seguido de sus palabras y se apresuró a corregirla—. ¡Oh, no! ... por favor, no pienses que mi primo me va a reclamar por haber estado contigo, es solo que él se preocupa mucho por mí, y si llega a enterarse del peligro que corrí hoy, se enojaría muchísimo, yo le prometí que estaría bien y en lugar de eso, no dejo de hacer tonterías, ni siquiera sé cómo me presentaré frente a él en estos momentos, debe estar angustiado —dijo, sintiendo que el miedo la recorría.

—Entiendo, pero por ahora solo descansa y ya mañana hablarás con él —mencionó, sonriéndole al verla asustada como una chiquilla que ha hecho una travesura—. No te había comentado nada, porque pensé que ya lo sabías, estoy casi seguro de que tu primo no debe estar en la casa, mi padre y él tuvieron un contratiempo en el camino, un puente se cayó por la tormenta y no regresarán

hasta mañana.

—No tenía conocimiento de lo que me dices, debo comunicarme con él cuanto antes —indicó, mientras daba unos pasos para alejarse, pero antes de que lo hiciera, Fabrizio la sujetó de la mano.

—Espera, Victoria, es mejor que lo dejes para mañana, si lo llamas ahora le resultara extraño, ¿no crees? —planteó, observándola.

—Tienes razón, ves soy un verdadero desastre. —Le dijo esbozando una media sonrisa. Él le correspondió de la misma manera.

—Sí, eres el desastre más hermoso que conozco —acotó, acercándose para besarla, no quería marcharse sin probar sus labios una vez más, pero ella se tensó y él pudo notarlo.

—Alguien puede vernos..., y me gustaría esperar a hablar con mi primo antes de hacer nuestra relación formal..., aunque...

—Aunque aún no te pido que seas mi novia —completó la frase que ella no quiso acabar. Le dedicó una sonrisa encantadora y se acercó un poco más —. ¿Quieres serlo, Victoria? ¿Serías mi novia? —inquirió, con el corazón latiéndole como un tambor.

De pronto ella se sintió intimidada, porque solo había sido novia de un chico en toda su vida, y le había prometido a él y a ella misma, que sería el único. Sin embargo, las palabras de Brandon resonaron en su cabeza, ella estaba viva y merecía seguir adelante, abrirse al amor de nuevo y ser feliz, solo esperaba que Terrence la comprendiera y no pensara que lo había olvidado, porque eso nunca lo haría.

—No me respondas ahora —mencionó él, acunando su rostro, quería asegurarse de que su respuesta fuese un sí, así que la llevaría a un lugar especial, haría que ella sintiera que sus sentimientos eran reales.

—Fabrizio... yo... —intentó decirle que no tenía que esperar, que su respuesta era que sí, pero por alguna razón no pudo.

—Vendré por ti mañana... ¿Te parece bien a las tres?

—Sí, te estaré esperando —respondió, sonriéndole.

—Descansa, Victoria —susurró y se alejó para montar a Ónix.

Ella lo despidió con una sonrisa radiante, lamentándose el haberle dicho que debían esperar pues le hubiese gustado recibir otro de sus besos, esos que de solo recordarlos la hacían temblar. Lo vio perderse en medio de la oscuridad, y ella soltó un suspiro con ensoñación, luego giró sobre sus talones y abrió la puerta para entrar, lo hizo con sigilo, pero antes de subir las escaleras, vio una figura en medio de la penumbra que reinaba en el salón.

—Victoria Anderson, ¿se puede saber de dónde vienes? —preguntó Ángela en tono severo, mientras encendía la lámpara.

Había bajado para tomar un poco de agua, cuando escuchó las voces su asombro fue tal, que ni siquiera pudo salir para reclamarle a ese hombre por haberse llevado a Victoria a quien sabe dónde y hacer quien sabe qué, como si no fuese una señorita decente.

—¡Ángela! Yo... verás, yo... —Se detuvo al no encontrar las palabras adecuadas para explicarse.

—Victoria, pensé que te habías ido al hospital, por el amor de Dios, son casi las tres de la mañana ¿dónde estabas y qué hacías en compañía del señor Di Carlo? —cuestionó de nuevo, mirándola a los ojos.

—Ángela, puedo explicarlo —respondió con voz temblorosa.

—Espero que sea una muy buena explicación —indicó, con el ceño fruncido y suspiró al comprender que tal vez estaba siendo muy severa con ella—. Victoria, yo sé que tú eres una mujer adulta, que tienes plena libertad para tomar tus decisiones y correr con las consecuencias, pero no está bien que estés fuera de tu casa a estas horas de la noche y menos en compañía de un hombre, si tu primo se llega a enterar...

—¡No! No, Brandon no tiene que enterarse... Ángela por favor... déjame explicarte —mencionó, caminando hacia ella.

—¿Qué te sucedió? —inquirió al ver que cojeaba.

—Solo me doblé el tobillo, no es nada grave.

—¿Qué hacías con el señor Di Carlo? —preguntó de nuevo.

—Ángela, por favor, si no dejas de hacerme preguntas jamás lograré contarte lo que sucedió —respondió con la paciencia al límite.

—Está bien, vamos a tu habitación... para que te des un baño y te cambies —expresó cediendo y caminó para ayudarla.

En solo minutos le preparó la tina y Victoria se metió dejándose embriagar por las esencias de flores, mientras a su mente llegaban las imágenes de lo sucedido, haciendo que su corazón se desbocara.

—La noche está muy fría, si te quedas allí te vas a resfriar.

Victoria salió envuelta en una bata de baño, mientras se secaba el cabello y sonreía. Ángela caminó hasta el cuarto de baño para vaciar la bañera, y dejar el vestido junto a una capa, que seguramente era de Fabrizio Di Carlo, en el cesto de la ropa sucia.

—¿Dónde pasaste la tormenta? ¿Debajo de un árbol?

—No, nos quedamos en una cabaña —contestó con naturalidad.

—Victoria, ¿tú pasaste la noche en una cabaña sola con ese hombre? —preguntó sin lograr suavizar su asombro. Ella solo asintió de manera despreocupada. Ángela dejó caer el vestido al suelo y sus ojos se abrieron con sorpresa, al tiempo que su respiración se detenía—. ¡Santa Madre de Dios! Brandon me va a matar... ¡Ah! Pero también lo matará a él... quizás tú corras con mejor suerte... aunque lo dudo, jovencita.

—No entiendo por qué te alarmas —pronunció desconcertada.

—¡No entiendes! Por Dios, Victoria, ¡no eres una niña! Yo no tengo que explicarte... pues no tengo que decirte que... que una mujer no puede dormir con un hombre y hacer como si nada... tú eres doctora y sabes que esto puede tener consecuencias... ¡Oh Dios! ¿cómo le voy a explicar a tu primo? —cuestionó con preocupación.

—Ángela, espera... espera un momento. ¿Tú piensas que Fabrizio y yo... que nosotros? —inquirió, ruborizándose de tan solo imaginarlo.

—Me acabas de decir que pasaste la noche en una cabaña con él.

—¡Sí! Pero nosotros no... Ángela, por favor... él y yo... nosotros nos refugiamos en esa cabaña, pero fue porque no había otro lugar donde pasar la tormenta... él es un caballero y se portó como tal. —Dio una verdad a medias, porque sí habían sucedido muchas cosas entre los dos, pero ninguna similar a lo que su amiga estaría pensando.

Ángela respiró aliviada y caminó para sentarse a su lado, agarró el cepillo para desenredarle el cabello que ya casi llegaba a su cintura. Mientras ella hacía eso, Victoria le contó todo lo sucedido, obviando algunas partes, claro está, para no alarmarla de nuevo.

Al fin Ángela había quedado satisfecha con su explicación y se había retirado a su habitación para dejarla descansar, aunque no consiguió hacerlo sino hasta casi el amanecer porque las imágenes de Fabrizio colmaban su mente, impidiéndole conciliar el sueño. Una sonrisa se dibujó en su rostro al recordar cuán maravilloso había sido todo lo vivido junto a él, aunque seguía quedando en ella un resquicio de temor, porque no sabía lo que sucedería cuando se vieran otra vez.



## Capítulo 37

Era casi mediodía cuando Brandon entró al hermoso teatro junto al colegio que mantenía la arquidiócesis de Florencia, el lugar se encontraba apenas iluminado por las lámparas sobre el escenario. Fransheska estaba allí, acompañada por un grupo de niñas vestidas con atuendos de ballet, ella también llevaba una malla negra que se pegaba a su figura como una segunda piel y le regalaba a él una visión perfecta de las curvas que adornaban su cuerpo.

Vio cómo explicaba algunos giros y una a una de las niñas iban imitando sus movimientos, su novia las animaba cuando lograban un gran resultado y a aquellas que no lo conseguían, les explicaba de nuevo con esmerada paciencia y cariño. Un hombre se acercó hasta ellas, las niñas tomaron sus bolsos y salieron despidiéndose con un beso de su maestra, ella se acostó en medio del escenario y cerró los ojos.

—Podría pasar horas viéndote así —dijo, sacándola de su estado.

—¡Brandon! —respondió emocionada, se puso de pie y caminó hacia él—. No sabía que estabas aquí. —Se sentó al borde del escenario y le hizo un ademán para que la ayude a bajar.

—Vine para invitarte a almorzar —pronunció sonriente al tiempo que rodeaba su delgada cintura para ayudarla a bajar.

Ella apoyó sus manos en los hombros, le sonrió ilusionada y se acercó a él, sus rostros quedaron muy cerca y Brandon no pudo contenerse. Acortó la distancia entre ambos y la besó, ella le rodeó el cuello con sus brazos y él la acercó más a su cuerpo, abrazándola con fuerza, mientras su boca buscaba profundizar el beso.

Fransheska fue consciente de ello y cedió ante su demanda, sintió un temblor recorrerla cuando la lengua de él comenzó a acariciar la suya, tomando sus labios con pasión y ternura al mismo tiempo. Ella se encontraba a varios centímetros del suelo, aunque desde hacía mucho todo a su alrededor se había esfumado, solo era consciente de los fuertes brazos de Brandon rodeando su cintura, de sus besos que cada vez más la elevaban a un estado de plenitud y deleite total.

—¿Has venido a...? —preguntó una vez que se separó de ella, pero todo a su alrededor seguía dando vueltas.

Él dejó libre una carcajada maravillosa, sus ojos tenían ese brillo tan hermoso que a ella le encantaba; en realidad, le encantaba todo de él, tal vez eso se debía a que estaba locamente enamorada. Suspiró, rozando sus labios una vez más con los de él, mientras se perdía en esos ojos azules que la hechizaban, deslizó sus manos por el pecho, sintiendo la tensión por llevarla cargada.

—A invitarte a almorzar —contestó, bajándola al suelo y le acarició las mejillas con suavidad.

—Sí... sí, claro —mencionó asintiendo—. Creo que me distraje en otras cosas —agregó con una hermosa sonrisa que sacaba destellos a sus ojos grises, y se desbordaba en picardía.

—Eres tan hermosa... —expresó él, acunando el rostro de ella entre sus manos—. Pareces un ángel... no, pareces una princesa... una hermosa princesa que se ha adueñado de mi corazón y mi alma —pronunció y bajó para besarla nuevamente, muy despacio.

Ella comenzó a acariciar su espalda con lentitud, perdiéndose en el maravilloso intercambio de besos que él le brindaba, mientras sentía su corazón latir con fuerza y un calor apoderarse de su cuerpo. Sus besos le resultaban cada vez más adictivos, apenas llevaban una semana de novios y hasta el momento era su secreto, pero se habían visto casi todos los días y cada vez que lo hacían no podían dejar de besarse.

Un ruido detrás del escenario los sacó de la burbuja donde se encontraban, alertándolos; ella se llevó un dedo a los labios para indicarle que hiciese silencio. Después lo agarró de la mano y caminó con sigilo hacia el pasillo que llevaba a los palcos, entraron a uno y se sentaron en el piso para evitar ser vistos.

—Si las hermanas nos encuentran nos excomulgan —susurró divertida, mirándolo a los ojos, luego pasó una mano por sus cabellos.

—Al parecer ya tienes esa fama ganada —mencionó, sonriendo.

—¿Qué fama? —preguntó desconcertada.

—La de volver locas a las monjas... según entendí, Edith y tú se escapaban del colegio para ir a fiestas en París —explicó con un brillo de picardía en sus ojos, mientras se perdía en los de ella.

—Bueno..., la verdad no nos escapábamos... solo que las fiestas eran muy tarde, ellas se acostaban temprano y nos daba pesar ir a despertarlas para

pedirles permiso —respondió, fingiendo inocencia. Él dejó libre una carcajada y ella le puso una mano en la boca para callarlo—. No hagas ruido, nos pueden descubrir —agregó, abriendo mucho los ojos, luego se acercó para darle un beso.

— Parecemos unos adolescentes escondiéndonos de las autoridades del colegio —acotó divertido. Ella asintió sonriendo—. La verdad yo nunca me escapé del colegio, no fui de los revoltosos que daban dolores de cabeza a las monjas —recordó, sintiendo algo de nostalgia.

—Lo harás ahora si nos descubren —susurró, riendo por lo bajo.

—Espero que no, sería algo vergonzoso ser reprendido por religiosas a mi edad —indicó con el mismo gesto de ella—. Aunque no es que me libre de regaños de vez en cuando, mi tía sigue creyendo a veces que soy un chico —dijo, rodando los ojos.

—Tampoco eres un anciano —señaló, acariciándole el pecho.

—Soy diez años mayor que tú —acotó, disfrutando de lo que sus manos hacían y de su actitud coqueta.

—Lo sé y es precisamente por eso que me encanta estar contigo, me haces sentir segura y feliz... como si en el mundo no importara nada más que nosotros... ¿Hace cuánto no te digo que te amo?

—Una eternidad —respondió enseguida.

—No puede ser una eternidad, hace dos días que nos vimos y te dije más de diez veces que te amaba —acotó, mirándolo a los ojos.

—Pues para mí dos días sin verte y sin escuchar tu voz, ni ver tus ojos, son una eternidad... además de una tortura —contestó, sujetando su mano para darle un beso.

Ella suspiró y Brandon la acercó tomando sus labios de nuevo, ambos se perdieron en un beso donde las sensaciones y las emociones eran cada vez más fuertes, cada caricia, cada roce de sus labios, cada mirada avivaba ese sentimiento tan maravilloso que compartían. Escoltados por la oscuridad del teatro, las manos de ella se perdían en el pecho y la espalda de Brandon mientras que las de él se deslizaban con suavidad por la cintura y los brazos de Fransheska.

Al fin sus respiraciones agitadas los hicieron volver a la realidad, ella sentía su rostro arder, suspiró cuando Brandon besó delicadamente su mejilla y bajó a su cuello para dejar caer otro beso allí, haciendo que todo su cuerpo temblara. Él se apartó de ella observando sus ojos que lo llenaban de felicidad; se puso de pie y le extendió la mano, ella la recibió con una sonrisa,

rogando a sus piernas que soportaran su peso pues las sentía temblar.

—Te amo, Fran —mencionó, abrazándola para después mirarla a los ojos, y deslizar sus pulgares por las mejillas sonrojadas.

—Te amo, Brandon —contestó ella con una sonrisa, llevando su mano al rostro de él y acariciando con suavidad su mejilla.

—¿Nos vamos? —preguntó él, y ella asintió en silencio.

Después de eso ambos bajaron, siendo conscientes de que era mejor evitar tentaciones, ella lo dejó por un momento mientras se cambiaba de ropa, y se despedía de las hermanas; minutos después salían tomados de la mano. Él le abrió la puerta del auto y luego subió para salir rumbo al restaurante donde almorzaron, Brandon le hablaba de sus lugares favoritos en el mundo y ella le contó por qué le gustaba tanto bailar, entre esas y otras cosas, se fue pasando el tiempo.

Victoria sentía que su corazón latía emocionado a medida que se acercaba la hora para que Fabrizio pasara por ella, se había decidido a usar esa tarde un hermoso vestido de flores, no se pondría su traje de montar, porque eso no la haría lucir tan femenina. Antonio ya le había ensillado a Piedra de luna y la había llevado hasta la terraza, suponía que el hombre algo sospechaba por la mirada y la sonrisa que le dedicó, o tal vez su felicidad era tan grande, que no podía esconderla.

Necesitaba dejar de caminar de un lado a otro y relajarse, o acabaría por hacer una zanja en ese lugar, además, de seguir entreteniéndola a Marielisa, Ángela y Antonio, a quienes podía ver asomarse por las ventanas de la cocina. Se sentó y comenzó a acomodar su vestido, su cabello, pero eso no la ayudaba; por el contrario, empeoraba su ansiedad, así que cerró los ojos e intentó dejar su mente en blanco.

—¿Me esperabas? —preguntó en un tono divertido.

—¡Fabrizio! —exclamó, volviéndose para mirarlo y quedó hechizada por él, que se veía verdaderamente guapo esa tarde.

—Lamento llegar tarde, tuve que atender algo antes de venir aquí. —Se excusó, acercándose a ella, deseaba con todas sus fuerzas abrazarla y besarla, pero vio que tenían testigos.

—No te preocupes, no llevo mucho esperando... yo también llegué hace poco del trabajo —respondió, intentando parecer casual—. Bien, ¿a dónde me llevarás? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Es una sorpresa —mencionó, con una sonrisa encantadora que iluminaba

su mirada—. ¿Me acompañas? —Le extendió la mano.

—Por supuesto —respondió, al tiempo que le sonreía y recibía su mano, ese contacto la hizo sentir feliz.

Montaron los animales y salieron primero a paso ligero, pero después se lanzaron a galopar porque debían aprovechar cada minuto que podían estar juntos; por suerte el mes de mayo tenía los días más largos del año. En poco tiempo se encontraron subiendo una colina bastante alta. Fabrizio de pronto fue bajando el ritmo de Ónix y le hizo una señal a ella para que también lo hiciera.

—¿Qué sucede? —preguntó Victoria, con la voz agitada.

—A partir de aquí caminaremos... y tengo que vendarte los ojos.

—Pero... ¿por qué? —inquirió, parpadeando, ya no quería seguir esperando, deseaba llegar hasta ese lugar y poder besarlo de nuevo.

—Ya te lo dije, Vicky, es una sorpresa —respondió, sacando una bufanda para cubrirle los ojos, sonrió al ver que ella refunfuñaba.

Fabrizio la vendó con rapidez y se deleitó con su imagen, era tan hermosa que no pudo resistir la tentación y se acercó para rozar sus labios. Sonrió al sentir que ella se alzaba de puntillas para ofrecerle sus labios, la besó una vez más y se alejó.

—El próximo beso te lo daré cuando seas mi novia —susurró en su oído, y le agarró la mano para llevarla a los labios y besarla.

—Eso no es justo... me estás coaccionando a que te dé una respuesta —indicó, intentando parecer seria.

—Dicen que en la guerra y el amor todo se vale —respondió él, con esa sonrisa ladeada que le salía de forma natural—. Sigamos, ya falta poco —mencionó, llevándola de la mano, mientras le hacía una seña a Ónix para que aprovechara su tiempo con Piedra de luna.

Caminaron durante unos cinco minutos hasta llegar al lugar que él había preparado para esa tarde, deseaba que ella se sintiera especial y que viera que su esmero y dedicación, se debía a que sus sentimientos eran reales. No pretendía que eso fuese solo un amor pasajero o que durase el tiempo que ella estaría allí, deseaba mucho más con Victoria, y aunque pudiera parecer apresurado, quería compartir su vida con ella, hacerla su esposa y que fuese la madre de sus hijos.

—Llegamos, pero debes mantener los ojos cerrados hasta que te diga, ¿lo prometes? —inquirió, y la vio asentir, así que le desató la bufanda y caminó para quedar frente a ella quería ver su reacción.

Victoria abrió sus ojos y parpadeó un par de veces para ajustar su vista a la luz, que era bastante brillante y la encandilaba; cuando por fin pudo ver a su alrededor, sintió un estremecimiento en la piel. Se encontraba rodeada de amapolas, violetas y primulas que destellaban bajo los rayos del sol, un poco más allá se podía ver el río tan transparente que traslucía su fondo pedregoso, y junto a ellos un frondoso roble que les daba sombra gracias a sus extensas ramas.

Sintió como si regresase en el tiempo y una vez más estuviese en Brighton, y aunque el paisaje no era idéntico, esa era la sensación que ese lugar provocaba en ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando posó su mirada en él, porque era quien más la hacía sentir como en el pasado, era como estar una vez más junto a su rebelde.

—¿Te gusta? —preguntó al ver que ella no le decía nada, aunque se veía visiblemente emocionada.

—¡Sí, me encantó! Es tan hermoso... —respondió caminando hacia él—. ¿Tú hiciste todo esto? —Miró la manta de cuadros, la cesta con frutas y comida, también la botella de vino y las copas.

—Quería queuviésemos una tarde especial, Vicky —contestó, agarrándole las manos, mientras la miraba a los ojos.

—Gracias —susurró. De pronto los nervios la invadieron, así que para alejarlos se abrazó a él, disfrutando de su calidez.

—No tienes nada que agradecer, solo deseo hacerte feliz.

—Yo también quiero hacerte feliz —acotó, sonriéndole.

—¿Aceptarías ser mi novia, Victoria? Porque eso me haría el hombre más feliz sobre la tierra.

Victoria le sonrió y se acercó muy despacio, levantó su mano para acariciarle la mejilla, Fabrizio cerró los ojos ante su toque y ella se aproximó aún más; con dulzura comenzó a rozar sus labios, necesitaba hacerle sentir cuánto lo amaba. Él respondió al beso de inmediato, subió una mano hasta el rostro de Victoria y lo acarició, mientras sus labios se paseaban con ternura por los de ella.

—¿Eso es un sí? —preguntó Fabrizio con la voz ronca y los ojos brillantes, pues necesitaba escuchar esa palabra de sus labios.

—Sí —respondió ella con una sonrisa que iluminaba más que el sol de esa tarde—. Sí... sí y un millón de veces sí —reafirmó y su sonrisa se hizo más brillante y hermosa.

Él no pudo esconder su emoción, la sujetó por la cintura y la elevó, para

luego comenzar a dar vueltas con ella, ambos reían desbordados por la felicidad, sintiéndose completamente enamorados y extasiados por aquel sentimiento que los hacía volar. Ella apoyó las manos sobre los hombros de Fabrizio y bajó para besarlo, pero él quería que ese beso fuese más entregado, así que la puso de pie sobre el pasto, para estar más cómodos y la besó dejando que la pasión y el amor lo desbordasen, quería entregarle todo a ella.

—Victoria... Victoria —susurró totalmente extasiado, con el cuerpo repleto de todas esas emociones y sensaciones que solo ella despertaba en él —. Solo tú eres la dueña de mi corazón, de mi alma... soy tuyo, tienes que saberlo, tienes que saber que nunca, jamás, ninguna otra mujer ha llenado mi corazón de esta manera... se siente tan bien poder decirlo, es maravilloso... ¡Soy tuyo, Victoria Anderson! —exclamó con una sonrisa que iluminaba sus hermosos ojos azules y le hacía vibrar la voz—. ¡Dios, soy tuyo! ¡Y es maravilloso! —agregó mientras la tomaba por la cintura y la elevaba para dar vueltas con ella.

—Yo también soy tuya, Fabrizio, y te amo. ¡Te amo! ¡Te amo! —expresó maravillada, una vez más lloraba de felicidad.

Había pasado tanto tiempo deseando dejar libre esa frase, poder escucharla salir de su boca y saber que no caería en el vacío, porque una vez más podía escucharla de vuelta, podía sentir lo extraordinario que es amar y ser correspondida. Le parecía estar en medio de un sueño, uno del que no quería despertar nunca y por eso rogaba que fuese eterno, y se prometió que esta vez haría las cosas bien.

—Yo también soy tuya, siento a mi corazón agitarse desesperado dentro de mi pecho, como si quisiera salir y entrar al tuyo... este sentimiento es extraordinario, Fabrizio... Saber que lo único que necesito para ser feliz, realmente feliz, no son ni regalos, ni flores, ni muestras de admiración o palabras banales... lo que verdaderamente necesito es tu corazón... tu corazón a cambio del mío... solo eso... solo eso, amor —mencionó, perdiéndose en el mar de sus ojos.

—Ya lo tienes, Victoria, es todo tuyo —aseguró, mirándola.

Ella se dejó atrapar por los ojos más hermosos que había visto en su vida, esos que la enamoraron desde el primer momento en que los vio, los mismos que la regresaron a la vida, que llenaron de luz su universo. Así fue cómo el azul zafiro se fundió en el verde esmeralda una vez más, justo como lo hizo años atrás, cuando por primera vez se declararon su amor, en un lugar muy parecido a ese.

Después de compartir algunos besos, se sentaron y ella miraba sus manos unidas, mientras sentía cómo su corazón palpitaba lleno de vida, la sangre en sus venas cantaba una hermosa melodía, suya era la música, suyo el mérito de elevarla a ese estado de paz. Levantó la mirada y él la observaba, llevó una mano hasta su rostro porque necesitaba tocarlo, saber que era real, que la amaba y nunca la dejaría.

Rozó apenas su mejilla y luego comenzó a acariciar con las puntas de los dedos su nariz, sus cejas, sus pómulos, bajando por sus mejillas, lo vio cerrar los ojos, suspirando ante el toque, y después sujetó su mano para darle un beso, largo y cargado de ternura. Con extraordinaria suavidad comenzó a rozar sus labios con los de ella, sutiles caricias que hacían vibrar sus cuerpos de nuevo, ella quería más, por lo que se aferró a él, acortando la distancia entre ambos.

Victoria se estremecía con cada toque, mientras sus manos se deslizaban subiendo por la espalda de él, podía sentir el calor de su piel a través de la fina tela de su camisa, el beso era cada vez más profundo y comenzaba a despertar sensaciones en ella que creía olvidadas. Un excitante temblor se apoderó de su vientre y luego se esparció por todo su cuerpo, acompañado de un intenso calor en su pecho, sentía que el aire empezaba a faltarle, sin embargo, no deseaba separarse de él.

Fabrizio deslizó sus dedos por la espalda de Victoria, acariciándola hasta llegar a su cintura y encerrarla con sus manos, podía sentir el temblor en ella cada vez que su lengua tocaba puntos sensibles dentro de su boca. Eso le encantaba; aun así, tuvo que acudir a su cordura y alejarse un poco, porque su cuerpo ya estaba reaccionando a los estímulos, optó por bajar el ritmo y dedicarse a mirarla.

Ella tenía los ojos cerrados y sus labios ligeramente hinchados por la intensidad de los besos, su rostro cubierto de un ligero rubor que la hacía aún más hermosa, y su cabello mecido por la suave brisa que los envolvía a los dos. Abrió los ojos y pudo ver que él la observaba con embeleso, así que le dedicó una sonrisa maravillosa acompañada de sus ojos brillantes.

Él, más dueño de la situación, buscó la manera de contener sus deseos, se concentró en lo que había llevado e intentó mostrarse casual, ofreciéndole pan, frutas, vino y enfocando su conversación en otros temas, para dejar de imaginarse haciendo el amor con ella en ese lugar.

La tarde comenzó a caer, negándoles a ambos el privilegio de pasar más tiempo juntos, caminaron tomados de la mano hasta donde se encontraban



Piedra de luna y Ónix. Él la ayudó a subir, disfrutando de la visión de sus hermosas piernas y un minuto después retomaban el viaje de regreso a Casa Renai, a una distancia prudente Victoria detuvo la marcha y se volvió para mirarlo.

—Fabrizio..., yo quería decirte que... —Se detuvo tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Necesitas tiempo para hablar con tu primo —mencionó él, había visto su cambio y supuso que se debía a eso.

—No es que... quiera ocultarle nuestra relación, pero tal vez sea muy pronto... tú acabas de terminar una relación y no quiero que mal interpreten las cosas... yo —Victoria se excusó en eso, pero la verdad era que temía que Brandon fuese a pensar que sus sentimientos hacia Fabrizio estaban inspirados por su parecido con Terrence.

—Está bien, Vicky, te entiendo y estoy de acuerdo —dijo, acercándose a ella para acariciar su mejilla, sabía que tenía razón, lo mejor era esperar—. Puedes tomarte el tiempo que sea necesario, cuando estés lista, estaré allí contigo. —Le aseguró con una sonrisa.

—Gracias —respondió, acariciando la mano que él posaba en su mejilla y le dedicó una hermosa sonrisa.

Fabrizio se acercó un poco más a ella y le dio un suave beso, que intentó no prolongar mucho, porque sabía que, si lo hacía, no la dejaría ir nunca. Sin embargo, Victoria no tenía sus mismos planes, fue ella quien quiso profundizar ese beso y comenzó a acariciar sus labios con la lengua, invitándolo a entrar y dejar que lo probara.

—No podré dormir esta noche pensando en ti. —Le susurró al oído, imaginando las fantasías que tendría con ella.

—Yo tampoco —contestó, agitada—. ¿Nos vemos mañana? —preguntó sin poder evitarlo.

—Por supuesto, desde ya voy a comenzar a contar los minutos —respondió, su sonrisa se hizo más amplia y sus ojos brillaban.

—Te amo. —Fue la respuesta de ella y rozó de nuevo sus labios.

—Te amo —pronunció él, llevando su mano hasta el cuello de ella, acariciándolo con ternura y la atrajo para besarla otra vez.

Después de eso tuvieron que despedirse, esta vez él la vio alejarse y su corazón se sentía feliz, absolutamente feliz y también desamparado por no tenerla allí, aunque aún conservaba su aroma y el sabor de sus labios. Antes de entrar a la propiedad ella se volvió para mirarlo y le regaló una sonrisa, de

esas que lo enamoraban más y que atesoraría para siempre, él respondió de igual manera, la vio entrar al establo y pasó un par de minutos dejando volar sus pensamientos, hasta que al fin se decidió a regresar a su casa.

Victoria llevó a Piedra de luna hasta el establo, la yegua también parecía compartir su felicidad, le quitó la silla y le cepilló la crin mientras entonaba una hermosa melodía. Al terminar se abrazó a la yegua con una sonrisa y después salió, caminó algo abstraída en sus pensamientos y cuando entró a la casa se encontró con Ángela.

—Estaba a punto de llamar a tu primo al ver que no regresabas — mencionó, fingiendo seriedad.

—Pues hoy no fue necesario —contestó, mostrando una sonrisa radiante—. Ya estoy en casa, sana y salva —agregó, acercándose para abrazarla y darle un beso en la mejilla.

—¿Por qué estás tan feliz, Vicky? —preguntó intrigada.

—¿Se me nota mucho? —inquirió con una sonrisa.

—A millas —respondió, con el mismo gesto de ella.

—Debe ser porque lo estoy, Ángela, estoy indescriptiblemente feliz, maravillosamente feliz... tanto que creo volar en lugar de caminar — respondió, y su sonrisa se hizo más amplia, mientras el brillo en sus ojos se intensificaba.

—Tienes que contarme ahora mismo cuál es el motivo.

—Lo haré... pero más tarde o mientras me ayudas a prepararme para la cena, seguramente Brandon debe estar por llegar.

—Sí, tu primo debe estar por llegar, así que voy a darle unas instrucciones a Marielisa y enseguida estoy contigo —indicó, mostrándose entusiasmada y caminando rápidamente hacia la cocina.

Victoria la vio alejarse y no pudo evitar sonreír ante la actitud de su amiga, subió las escaleras casi corriendo, entró a su habitación y se lanzó en la cama, pero estaba tan feliz que no podía quedarse allí tendida. Así que se puso de pie y caminó hasta la ventana, la abrió para dejar entrar la brisa y ver los hermosos colores del crepúsculo, que pintaba todo el paisaje mostrándole un bellissimo cuadro.

Suspiró con ensoñación mientras sentía que deseaba cantar y bailar, todo su cuerpo parecía estar lleno de una energía maravillosa, increíble e inagotable. Caminó hasta el espejo y la imagen reflejada allí la dejó sin palabras, sus ojos brillaban con una fuerza que hacía muchísimo tiempo no veía, su rostro parecía estar lleno de luz, en realidad, toda ella parecía

irradiar luz, porque una vez más estaba enamorada.

## Capítulo 38

Gritos, lamentaciones, llantos y estallidos inundan ese desfiladero gris, triste y frío, donde se apilaban los cuerpos de jóvenes igual a él, que no habían llegado a vivir lo suficiente. El olor a pólvora se mezclaba con el del fango y la sangre, inundando su olfato hasta hacerlo marearse, nuevamente estaba en el infierno, y su corazón al percatarse de eso comenzó a latir rápida y dolorosamente, lo podía sentir palpitando contra el tórax, como queriendo escapar.

El aire abandonó por completo sus pulmones, atascándose en su pecho, mientras corría con desesperación sobre una pila de cuerpos inertes y putrefactos. Sus piernas no aguantaron más y terminó cayendo, el miedo lo invadió al ver que el cuerpo sobre el que estaba era el suyo, se arrastró y la imagen se seguía repitiendo, todos los cadáveres allí eran el suyo.

Se puso de pie y comenzó a mirar a su alrededor, dando vueltas y buscando una salida, pero no podía ver nada más que cuerpos volando en pedazos ante los estallidos de las bombas. Apretó con fuerza los párpados y comenzó a correr a ciegas, porque no soportaba ver tanto horror, a medida que corría el espacio se reducía y lo que minutos antes era un valle, se transformó en un pasillo.

Uno que cada vez se le hacía más conocido, al tener la certeza de cuál era y a dónde lo llevaría, prefirió regresar al campo de batalla, retrocedió sin importarle tropezarse con los cuerpos. Sin embargo, su entorno había cambiado, ya no estaba en el valle y detrás de él lo único que había era una pared cubierta por un inmenso espejo, la imagen reflejada allí hizo que su corazón amenazara con explotar.

La boca se le secó por completo y sus manos empezaron a temblar, mientras las ganas de llorar lo torturaban, pero las lágrimas no salían, los pulmones le dolían haciéndole difícil respirar. Un mareo se apoderó de él, pues seguía sin comprender por qué lucía como si tuviese dieciséis años de nuevo, la curiosidad lo hizo a observar su imagen con detenimiento, llevó sus dedos hasta el espejo para tocarlo, pero se volvió sangre, la pared se cubría completamente de sangre, retiró la mano con rechazo y el espejo le mostró

nuevamente la imagen.

El espacio era cada vez más reducido por lo que se giró y su peor pesadilla se hizo realidad, frente a sus ojos estaba una puerta, era la de la habitación de Antonella y se juró que no entraría allí. Sin embargo, entre más se negaba más estrecho era el lugar y más se acercaba la puerta, tanto que hasta que tuvo que voltear la cara, la madera rozó su pecho agitado por los latidos nerviosos de su corazón.

Miró su vestimenta y la reconoció, la que llevaba ese día, para su desgracia también el ramo de rosas en su mano izquierda, quería tirarlo, pero no podía, no lograba que su mano lo soltara, ya su cuerpo no reaccionaba a lo que él mandaba. Con horror vio cómo llevaba su mano hasta la perilla y la abría lentamente, apretando con todas sus fuerzas los párpados, intentando mantenerlos cerrados, pero la energía que emanó de la habitación lo transformó.

Ya no era Fabrizio el que estaba en batalla, era el de dieciséis años, el tiempo había retrocedido y comprendió que no había un después, solo el ahora, solo esa noche. Sus oídos fueron más vulnerables, igual que en aquel entonces y los gemidos llegaron hasta él rompiéndole el alma; no pudo evitar sentirse igual, sentir que el mundo se le venía abajo, y quiso que sus ojos se vaciaran para no ver la realidad.

Una intensa llama subió por sus pies al presenciar nuevamente esa escena, su alma se arrojó de ira más que de dolor; esta vez no cerró la puerta y se marchó llorando como lo hizo aquella vez. Se encaminó rápidamente hasta la cama y de un solo golpe hizo que el hombre saliera de Antonella, lanzándolo al piso, era un chico de dieciséis años, pero tenía la fuerza del hombre que aún estaba dentro, escuchó después de tantos años esa voz, la voz de Antonella pronunciando su nombre.

—¡Fabrizio!... ¡Fabrizio, no! ¡Te estás haciendo daño!

Lloraba mientras lo sujetaba del brazo para que dejara de golpear al hombre, pero era tanta su ira que solo se la quitó de encima con un empujón. Y continuó golpeando al desgraciado al que no podía ver, pero que cada golpe que le asestaba, era como si fuese él quien lo recibía, porque le dolía la cara, mas no se detenía.

—Fabrizio... mi niño, no lo hagas por favor, te estás lastimando.

Se sintió desconcertado al escuchar sus palabras, y se detuvo con la respiración agitada por el esfuerzo, por instinto se pasó el dorso de la mano por la comisura derecha, retirándose un hilo de sangre que bajaba, no supo

cómo darle explicación a eso, porque el hombre no le había dado ni un solo golpe. Una risa burlona lo sacó de la elipsis donde estaba, así que se volvió tomándolo por el cuello y por fin lo vio a la cara, era el hombre de la estación de trenes, ese que estaba con su hermana y que ella llamó por su nombre.

Sintió que el odio se acrecentaba dentro de él, tanto que podía jurar que tenía el demonio en su interior, ya no sentía a su corazón latir, solo temblaba ante la ira. Lo sujetó por el cuello y lo estrelló contra la pared, justo en ese instante sintió un intenso dolor azotando su espalda, y fue él quien tosió ante la falta de oxígeno por el golpe, se alejó para reponerse al dolor mientras el desgraciado seguía riendo.

Se acercó nuevamente y con la rodilla dio en el estómago, pero el hombre ni se inmutó, fue él quien sintió como todo el aire escapaba de su pecho y cayó de rodillas. En ese instante, Antonella corrió hasta el otro y lo abrazó, luego le acunó el rostro para mirarlo a los ojos y comenzó a besarlo mientras lloraba, no soportó ver esa escena, así que se acercó nuevamente, pero un cristal le impidió el paso, y todo se volvió peor, podía ver y escuchar todo, pero no podía hacer nada.

—Fabrizio, mi niño... mi niño no te hagas daño, ya no te lastimes más, yo te amo... te amo —pronunció ella, abrazándolo.

—¡Él no es Fabrizio! ¡Antonella, ese no soy yo! ¡Maldito, no la toques! ¡Desgraciado! —gritó al ver la sonrisa burlona de aquel hombre y comenzó a golpear fuertemente el vidrio, pero no cedía y ella no podía escucharlo, pero estaba seguro de que el hombre lo hacía, por eso se burlaba de su dolor—. Antonella, por favor... no sé quién demonios es ese hombre, pero no soy yo... no soy yo... no es Fabrizio Di Carlo...—gritó desesperado, ahogándose con el llanto.

Sintió que alguien mecía su cuerpo y poco a poco la imagen de Antonella abrazada a aquel hombre se iba alejando de él, intentó mantenerse allí, pero lo que lo halaba era más fuerte. De pronto abrió los párpados y se encontró en su cama, temblando y cubierto de sudor, mientras su esposa lo movía por los hombros.

—Richard... Richard. —Marión lo llamaba desesperadamente.

Se incorporó en la cama de golpe quedando sentado, sintiendo que el alma le regresaba al cuerpo, mientras el corazón le dolía ante tal ritmo, todo su cuerpo temblaba, se estaba asfixiando, las lágrimas bañaban su rostro y sus cabellos se encontraban en completo desorden.

—Ya... ya mi vida... ya pasó, mírame. —Le acunó el rostro, mirándolo a

los ojos anegados en llanto—. Estoy aquí contigo, no es nada... solo fue otra pesadilla —aseguró, besando sus labios temblorosos, mientras él le acariciaba el cabello.

—Marión... Marión. —Sentía que ella podía ver dentro de su alma.

—Ya mi vida... iré a buscarte un vaso de agua.

—No... no, no me dejes, no te vayas por favor —rogó y le rodeó la cintura con sus brazos, descansó la cabeza sobre su pecho—. Gracias por salvarme, al despertarme me has sacado de la oscuridad.

—Solo fue un mal sueño, solo eso, no es real —Le dijo, mirándolo con ternura mientras le acariciaba los cabellos.

—Gracias a Dios no lo es... no lo es, mi realidad eres tú Marión, solo tú —aseguró, más para él mismo y más lagrimas acudían a sus ojos.

—Tranquilo... no pasa nada amor —pronunció, pero sabía que ese episodio significaría cien pasos hacia atrás a su rehabilitación, porque después de esas pesadillas casi siempre él se deprimía. Recordó lo que le dijo el especialista de animarlo a hablar—. ¿Me lo quieres contar?

—No, no quiero hacerlo. —Él solo negó con la cabeza y se aferró más a su cintura—. Solo abrázame, necesito sentir que estás aquí conmigo y que tu cuerpo caliente aleje este frío que me está congelando. —Sintió que su esposa le frotaba la espalda con sus manos, descansando la barbilla en su cabeza y a momentos besaba su cabello.

Marión lo hizo acostarse de nuevo y esta vez era su cabeza la que descansaba sobre el pecho tibio de su esposo, escuchando los latidos del corazón que empezaban a normalizarse.

—Me gusta estar así, me encanta escuchar tus latidos —mencionó y elevó el rostro para mirarlo—. ¿Te sientes mejor? —preguntó encontrándose con los iris azules, él solo asintió en silencio.

Le daba gracias a Dios por tener a Marión, ella era su pilar, su salvación, lo único que lo mantenía aferrado y no lo dejaba desmoronarse por completo, sabía que la amaba no tendría por qué preguntárselo, ni siquiera pensarlo, sabía que sin ella sencillamente ya no sería nada.

Así pasaron las horas hasta que ella terminó por quedarse dormida, mecida ante su respiración tranquila; la acomodó, admirándola dormir por varios minutos, era hermosa hasta dormida. Su cabello parecía hilos de oro y esa aura angelical que adoraba, le dio un beso en la frente y otro en la mejilla, luego salió cuidadosamente de la cama para no despertarla, se dirigió al baño y se encerró allí.

Parado frente al espejo observaba su imagen y las lágrimas se hicieron presentes, no podía creer que hubiese soñado con Antonella, otra vez ella atormentándolo. No había vuelto a soñar con ella después de entrar a la guerra, creyó haberla desterrado de su alma y su corazón, pero ahora que la había visto y escuchado nuevamente, sabía que seguía ahí, casi imperceptible pero ahí estaba, aún ocupaba una parte en él, aún sentía algo por ella y no se lo podía negar, sabía que no era justo para su esposa, solo que eso no se lo esperaba.

—Estoy tan cansado de todo esto, de estar siempre sometido por mis temores de adolescente, quisiera saber por qué tu recuerdo me atormenta y no me deja seguir adelante. He tratado de combatir todos mis miedos, pero por más que lo intento me mantengo unido a esa vida que he tratado de dejar atrás, esa en la que me cautivaste.

Retrocedió hasta tropezar con la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el piso, luego enterró su cara entre las manos para llorar en silencio. Después de varios minutos respiró hondo y se limpió las lágrimas con fuerza innecesaria, se levantó, acercándose al espejo.

—No dejaré que me derrumbes, Antonella, ahora tengo dos razones para volver a empezar, Marión y Joshua... te juro que voy a salir adelante y lo haré junto a ellos, al lado de la mujer que está en esa cama, porque ella es el amor de mi vida, no tú... porque tú no eres nada para mí, no significas nada — sentenció, temblando de rabia.

Esta vez no luchó contra los recuerdos; por el contrario, los dejó pasar libremente, porque necesitaba tener todo muy presente para poder permanecer firme en su postura. Tal vez era hora de recordar su pasado una vez más y así cerrar ese ciclo para liberarse de sus fantasmas.

## **26 de agosto de 1913.**

Fabrizio esperó hasta las cuatro por Antonella, pero ella no apareció, miró su reloj y comprendió que, definitivamente, ella no iría, no se daría por vencido tan fácil. Se encaminó hasta su casa, llamó a la puerta y un minuto después el ama de llaves le abrió, la mujer no disimuló su escrutinio, lo que lo hizo sentir un tanto incómodo.

—Buenas tardes, ¿se encuentra la señora Sanguinetti?

—Ella no está en casa —respondió, llanamente.

—¿Sabe si se demora mucho? —preguntó, mirándola a los ojos.



—Sí, iba a atender un asunto importante.

—¿Puedo esperarla? Es que necesito hablar con ella.

—No, y será mejor que se vaya —dijo, cerrando la puerta.

Fabrizio estuvo a punto de hacerle caso a la mujer y darse por vencido, pero el recuerdo de lo que sentía cada vez que estaba junto a Antonella, lo hizo permanecer allí y esperarla. Sin embargo, después de una hora supo que no tenía sentido y tampoco podía seguir esperando, debía regresar a su casa o su padre lo castigaría si llegaba tarde.

Al día siguiente decidió que no iría al parque sino directamente hasta la casa de Antonella, una vez más lo recibió el ama de llaves y le dio la misma respuesta del día anterior. Sabía que la mujer le estaba mintiendo así que decidió quedarse, tenía solo tres días antes de regresar al colegio y no quería irse sin verla, tenía que idear un plan.

Llevaba unos veinte minutos cuando vio a la mujer salir para regar unas plantas del frente, aprovechó que dejaba la puerta abierta y entró con sigilo para que no lo descubriera. Subió las escaleras y se encaminó por el pasillo, entró sin llamar y ahí estaba ella, parada junto a la ventana mirando hacia el jardín, se volvió al escuchar la puerta cerrarse.

—Creí que el niño era yo, pero eres tú quien se comporta como una —dijo con molestia y caminando hacia ella.

—¡Fabrizio! —dijo alarmada—. ¿Qué haces aquí? —cuestionó.

—Vine por mi libro... y a verte, ayer te esperé por más de dos horas en el parque, pero no llegaste, luego viene hasta aquí y me dijeron que no estabas, de nuevo lo hago hoy y me dan la misma respuesta. ¿Acaso estás jugando a las escondidas? —preguntó, mirándola a los ojos, con sus pobladas cejas fruncidas y la mandíbula tensa.

—No estoy en edad de juegos —respondió, rehuyéndole la mirada.

—Entonces, ¿por qué le dices a tu ama de llaves que te niegue? —cuestionó, encarándola y acercándose decidido.

—Porque no quiero verte y deberías respetar mi decisión.

—Antonella no entiendo por qué te comportas de esta manera, ¿acaso fue por lo del beso? ¿o por qué te dije que me gustas? Si es así, ¿qué hay de malo en eso? —inquirió, desesperado por hallar respuestas.

—Ya te he dicho lo que hay de malo, eres un niño... un niño que ni siquiera sabe besar —expresó furiosa, necesitaba alejarlo.

—Tienes razón, no sé besar y eso es porque tú eres la primera mujer a la que miro con interés, tú despiertas no sé qué cosas en mí, que hacen que me

ponga nervioso y que mi pulso quiera explotar porque no puede soportar tantos latidos al mismo tiempo. Ninguna mujer me había despertado esa necesidad, porque te has vuelto una necesidad para mí, Antonella y no sé cómo pasó — dijo con la respiración agitada, mientras todo su rostro se cubría de carmín ante la vergüenza,

Dirigió la mirada a la mesa del tocador y ahí estaba el libro, el cual no se había estropeado con la lluvia gracias a su tapa dura. Lo agarró con rabia y se volvió sintiéndose furioso y dolido al ver que ella se mantenía en silencio, caminó hacia la puerta dispuesto a marcharse.

—Te puedo enseñar —susurró, sin saber siquiera por qué lo hizo.

—No gracias, puedo continuar solo, ya sé cómo comprender los artículos —dijo, dándole la espalda, estaba a punto de llorar.

—A besar —acotó, mientras su mirada se perdía en el jardín.

A Fabrizio se le detuvo la respiración, el corazón le dio un vuelco y una sonrisa se instaló en sus labios al escuchar eso. Se volvió dispuesto a iniciar en ese instante, pero ella ni siquiera lo miraba, seguía viendo hacia el jardín, caminó rumbo a ella y Antonella se giró, deteniéndolo.

—Hoy no, mañana a las tres, aquí —dijo intentando parecer seria, pero su mirada sonreía y se sentía nerviosa.

—¡Perfecto! Mañana me tienes aquí, diez para las tres.

—A las tres he dicho, ni un minuto más ni un minuto menos.

Fabrizio salió con una sensación de felicidad que no cabía en su pecho y el camino a su casa se le hizo sumamente corto, porque iba pensando en la mujer que lo tenía enamorado. Llegó y se encaminó directamente hasta la cocina para encontrarse con su madre, quien lo llamó apenas escuchó la puerta, se acercó y la abrazó por detrás.

—¿Y a qué se debe tanto cariño? —preguntó, mirándolo de reojo.

—A que estoy feliz... muy feliz, madre —respondió, girándola y dejó caer muchos besos en sus mejillas, haciéndola reír.

—¿Y a qué se debe esa felicidad? —inquirió, mirándolo con curiosidad —. Es bastante raro ya que, por lo general, cuando solo te quedan dos días de vacaciones estás más triste que nunca.

—Solo puedo decirle que no creo que mi partida dentro de dos días, pueda opacar la felicidad que siento en este momento. Ahora con su permiso, madre, voy a cambiarme, nos vemos en la cena.

Se alejó con una sonrisa radiante, sentía ganas de bailar y cantar, por lo que subió las escaleras de dos en dos escalones, mientras tarareaba una

melodía. Antes de entrar a su habitación se dirigió a la de su hermana y llamó, ella lo invitó a pasar.

—Hola campanita —saludó, acercándose a ella y abrazándola.

—Hola pan... Te veo muy feliz... ¿Ya se hicieron novios?

—Ya casi, mejor dicho, sí... solo que aún no es nada oficial.

—¿Y cuándo la vas a presentar con nuestros padres? —preguntó inocentemente, pensando en que eso sería lo correcto.

—No... no todavía, no pienso decirles nada y tú tampoco les vas a decir.

—Le pidió en voz baja, mirándola seriamente.

—No, yo no pienso decírselo, ese es tu asunto, no quiero que me regañen por tu culpa... Además, cuando les digas me haré la desentendida —anunció, desviando la mirada de la de su hermano, pero dejó ver una sonrisa—. Ese regaño te lo ganas tú solo, te quiero mucho, pero no pienso compartir contigo el sermón y menos el castigo, sabes que no puedo faltar a las prácticas de ballet.

—Está bien, debes velar por tu sueño de ser bailarina —mencionó, apretándole la nariz—. Gracias por guardar mi secreto, por eso eres mi hermana favorita. —Le dio un beso en la frente y se encaminó.

—Soy la única que tienes —pronunció, con una gran sonrisa.

—Ya lo sé, pero si tuviera otra o un hermano, igual serías mi favorita —aseguró y salió cerrando la puerta tras de sí.

Entró a su habitación y se metió al baño, debía darse prisa o su padre lo reprendería y no podía, por ningún motivo, ganarse un castigo. En ningún momento la sonrisa se borró de su rostro, era impresionante cómo pudo mantenerla por tanto tiempo, bajó encontrando a su padre sentado en un sillón en la sala leyendo el periódico.

—Buenas noches, papá. —Se acercó para darle un beso en la frente.

—Buenas noches, hijo —respondió al salir del asombro, luego de ese gesto que lo sorprendió gratamente, lo vio tomar asiento a su lado y lo estudió con la mirada—. ¿Se puede saber por qué estás tan feliz?

—¿Cómo sabe que estoy feliz? —inquirió, sin ocultar la sonrisa.

—Soy tu padre, te conozco más de lo que te imaginas —contestó, mirándolo y alzando su ceja izquierda.

—Es que hoy les gané a unos chicos mayores que yo en el parque. —Fabrizio le desvió la mirada, temía que lo descubriese.

—¿Estás seguro de que tu felicidad solo se debe a eso? —preguntó, detrás del diario, para no mirar directamente a su hijo e incomodarlo.

—Sí... sí, seguro papá... No debería haber algo más por lo que esté feliz —dijo, poniéndose de pie para escapar del interrogatorio.

—Eso lo sabes tú, yo no puedo saberlo hijo —acotó, sin desviar la vista del periódico, sospechando que sí había algo más.

La cena transcurrió como siempre, luego de eso él subió a su habitación, pero no podía conciliar el sueño, no dejaba de pensar en Antonella, ni de sentir esos nervios que lo torturaban. Cuando despertó a la mañana siguiente, era casi mediodía, por lo que se puso de pie de un brinco y comenzó a preparar todo para su cita.

Faltaban dos minutos para las tres de la tarde, cuando se paró frente a la inmensa puerta de cedro y cristales de la mansión de Antonella, mientras sentía que el corazón le latía demasiado rápido. Vio salir al ama de llaves y antes de que él pudiera darle las buenas tardes, la mujer le informaba que la señora lo esperaba en su habitación.

Subió un poco apresurado, más que por ansias, se podría decir que era por nervios, llamó a la puerta y Antonella lo invitó a pasar, recorrió con su mirada el interior, pero no la vio. De pronto notó que la puerta de la terraza estaba abierta por lo que se encaminó hacia allá, la vio regando las plantas de unas macetas, caminó hasta ella con los brazos detrás de su espalda, para esconder su nerviosismo.

—Buenas tardes, niño. —Lo saludó tranquilamente.

—Buenas tardes, Antonella —respondió con una sonrisa, aunque no le gustó que lo llamara niño, al parecer nunca dejaría de hacerlo.

—Puntual como siempre... —dijo, dejando la regadera.

Él se acercó para no perder tiempo, dejando su boca muy cerca, pues algo que agradecía era ser de su mismo alto, si no se le haría difícil poder besarla; sin embargo, ella lo esquivó, caminando hacia un lado.

—Te dije que te iba a enseñar, pero primero pondré las condiciones, te enseñaré solo a besar, nada más, me prestas atención mientras hablo, el hecho de que te enseñe no quiere decir que vas a enamorarte, porque solo te prepararé el terreno para que, cuando tengas una novia, no pases vergüenza, no me vas a tocar los labios, puedo explicarte sin necesidad de que utilices mi boca —mencionó con tono serio.

Ella caminaba de un lado a otro frente a sus ojos, mientras él se mantenía con las manos detrás de su espalda y pensaba que era algo ilógico lo que pretendía hacer. Cómo podía aprender a besar sin utilizar la boca, lo de la novia pues sería ella, de eso estaba seguro, pero por el momento no diría nada

para no arruinarlo, terminó por asentir en silencio, deseando que se detuviera porque lo tenía mareado.

—Bueno, primero que nada, la persona que vayas a besar tiene que gustarte, de lo contrario no vas a disfrutarlo —mencionó sin mirarlo.

—Entendido. —Eso lo tenía claro, seguía escuchándola, que para su desgracia no se detenía, mientras la seguía con la mirada.

—Hay muchos tipos de besos y eso lo irás descubriendo a medida que avanza la relación, primero tiene que ser lento, el contacto de los labios debe ser suave y debes hacerlo con los ojos cerrados. Luego tienes que retirarte y abrir los ojos para mirar a la persona, es importante leer en la mirada el efecto que ha causado el beso...

—Disculpa, Antonella, ¿algo así como lo de la otra tarde? —preguntó, intentando mirarla a los ojos, sonrió al verla tragar en seco.

—Mas o menos, pero te falta práctica... esa la ganarás cuando tengas a quien besar. —Siguió caminando de un lado a otro, luchando con esos nervios absurdos que la recorrían—. Después de esos besos, vienen los apasionados, eso no significa que tienes que volverte loco y explorar con desesperación la boca de la otra persona.

—Entonces, ¿cómo debería hacerlo? —preguntó curioso.

—Bueno, según mi experiencia, los besos así me resultan demasiado violentos, los prefiero más calmados —respondió y al ver que él sonreía supo que le estaba dando demasiada información—. Claro, eso cambia según la persona. Lo correcto es separar un poco los labios e introducir la lengua, primero de forma intermitente y lenta, luego de una forma más larga y profunda, el beso dice mucho sobre ti, así que debe ser un instante mágico, perfecto. Debes transmitir una impresión positiva, no lo arruines por un segundo de desesperación, ya tendrás más adelante el tiempo para hacer todo lo que tu cuerpo pide a gritos.

—Entiendo. —Fabrizio escuchaba con atención, pero sus ojos no miraban los movimientos que hacía con las manos y que tal vez ella hacía para distraerlo, era inútil, pues él no dejaba de mirar sus labios.

—Para saber si el beso le ha gustado, debes hacer este truco mientras estés besando apasionadamente a la otra persona... retírate. Primero la lengua, luego los labios y al final aleja tu cara. Haz todo esto despacio, suavemente y deja tus labios flotando a unos centímetros de los labios de la otra persona. Si acerca su boca quiere decir, claramente, que tu beso ha llegado a una fibra íntima y que no puede detenerse ni quiere que tú lo hagas. Eso te dará el

veredicto definitivo sobre tu forma de besar y lo que provoca —explicó, como si fuese una maestra.

Ella calló, pero seguía moviéndose como un péndulo al aire, Fabrizio supo que había terminado con la explicación y quiso ponerlo en práctica. Por eso cuando pasó frente a él la detuvo, puso su mano en la mejilla de Antonella, haciéndola volver y atrapó su boca con la de él, cerrando los ojos como le había dicho y envolvió su delgado cuello con ambas manos, para mantenerla allí.

Besó suavemente esos exquisitos labios y se aventuró a acariciarlos con su lengua, ante las caricias ella abrió un poco la boca, y él, sin perder tiempo, introdujo su lengua con movimientos suaves e intermitentes, sin separar sus labios de los de ella, tal y como le había dicho. Mientras que sus pulgares le acariciaban las mejillas, su instinto le exigía más y dejó que su lengua conquistara un poco más de la boca de Antonella.

Ella no pudo resistirse y comenzó a participar también del beso, acariciaba y rodeaba con su lengua la de él, despertándole con esos movimientos, sensaciones que experimentaba por primera vez. Una descarga eléctrica subía y bajaba por su columna; de pronto, quiso poner en práctica el famoso truco que mencionó, retiró su lengua lentamente, dejando la de ella desamparada y en busca de la de él.

Sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo cuando ella rozó con la lengua sus labios antes de retirarse con cuidado, él también alejó su rostro, pero dejó sus labios a escasos centímetros de los de Antonella. Luego bajó lentamente por su cuello, acariciándole los hombros y los brazos en toda su extensión, hasta sujetarle las manos.

—Discúlpame, Antonella, tenía que hacerlo, si no ¿cómo ibas a saber que lo había aprendido? —susurró, cubriendo con su aliento los labios de ella que estaban a medio abrir, dejándolo aspirar su tibieza.

Antonella acercó su boca y atrapó los labios de Fabrizio, quien repitió el movimiento anterior, pero imprimiéndole un poco más de fuerza y velocidad a su lengua, moviendo la cabeza de un lado a otro para buscar la comodidad mientras navegaba dentro de la boca de la mujer que lo volvía loco. Las manos de Antonella que antes habían permanecido inmóviles, ahora estaban a los lados del cuello de Fabrizio acariciándolo, subiendo a sus cabellos y bajando nuevamente al cuello, al tiempo que las manos de él en su cintura la pegaban más a su cuerpo.

Antonella fue bajando el ritmo del beso por la falta de aliento, y porque

eso no estaba bien, había sido una locura. Se separaron lentamente, y ella apoyó las manos sobre el pecho de Fabrizio para mantenerlo a raya, él lo comprendió y se alejó, sonriente.

—No me has respondido —susurró, mirándola extasiado.

—¿Qué no te he respondido? —inquirió ella, desviando la mirada y encaminándose hacia las plantas, necesitaba poner distancia.

—¿Si he aprendido? ¿Si está bien? —Se acercó un poco más a ella.

—No está mal para la primera vez, ya te lo he dicho antes, aprendes rápido —respondió, queriendo parecer casual, pero temblaba.

—Entonces ya no pasaré vergüenza al besar —expresó, entusiasmado, se moría de ganas por besarla nuevamente, porque le había encantado.

—Aún te falta práctica —indicó, sin volverse para mirarlo.

—Podrías brindármela —sugirió, acercándose para atraparle nuevamente los labios, pero ella lo esquivó.

—Dije que no ibas a utilizar mi boca —pronunció con seriedad.

—¿Entonces cómo practico? —cuestionó, sintiéndose frustrado.

—Pues búscate una chiquilla de tu edad, puede que tengas suerte y te toque enseñarle, podría ser excitante —indicó con molestia.

—¿Cómo crees que lo haré? Me voy pasado mañana y el colegio es solo de varones.

—Bueno, espera hasta que salgas nuevamente de vacaciones y te buscas una, ya no puedo seguir siéndote de ayuda —mencionó, caminando hacia la habitación para escapar de su insistencia.

—Bueno, está bien, lo tendré que hacer. —Fingió que aceptaba sus condiciones, al ver que estaba poniendo una barrera entre los dos la siguió a la habitación—. ¿Puedo venir al menos mañana a despedirme?

—No hay problema, te daré otras tácticas, pero solo teóricamente.

—Perfecto, solo teóricamente —aceptó, sonriendo.

—Tengo que salir, así que es mejor que te vayas. Nos vemos.

—Hasta mañana, Antonella —dijo, cuando la vio entrar al baño, soltó un suspiro y salió de la habitación con una sonrisa imborrable.

Algo le decía que no debía volver a hablarle a Antonella de sus sentimientos, al menos de momento, era mejor ir poco a poco, tal como los besos, primero lentamente para después aumentar el ritmo. Ella le dijo que en un beso se podría saber lo que generaba en la otra persona y Antonella ya no lo veía como a un niño o al menos eso le parecía.

Llegó a su casa, y al igual que el día anterior, sus padres se mostraban

sorprendidos por la felicidad que irradiaba; Fiorella sospechaba que algo tenían que ver sus salidas todos los días al parque. Siempre decía que iba estudiar, pero no lo veía llevar ningún libro y regresaba más contento que de costumbre; se le hacía raro, pero le encantaba verlo así, además se portaba mucho más cariñoso con ella.

Luciano también lo analizaba con la mirada, había algo en Fabrizio que lo hacía ver más seguro, más hombre y a pesar de mostrarse más cariñoso, también se veía más centrado. No lo había escuchado decir nada más sobre estudiar leyes, por lo que le dio gracias a Dios de que estuviera dejando de lado la absurda idea, sería más fácil enviarlo a Cambridge sin peros de por medio.



# Capítulo 39

**30 de agosto de 1913**

Era su último día en la ciudad, así que salió un poco más temprano, Antonella le había dicho que llegara a las tres, pero suponía que no se molestaría si se presentaba media hora antes. Eva lo recibió como siempre, pero al menos esta vez lo llamó por su nombre; no sabía por qué ella lo veía con una mezcla de desaprobación y lástima, más la segunda que la primera; en fin, él no le prestaba mucha atención, subió directamente a la habitación y ella estaba sentada en el tocador.

—Hola Antonella. —La saludó con una gran sonrisa.

—Hola pequeño. ¿Todo listo para el viaje? —inquirió, volviéndose.

—Sí, ¿y qué tenemos para hoy? —preguntó, sentándose en la cama.

—Primero que nada, no te he dado permiso para que te sientes en mi cama, así que levántate. —Lo vio ponerse de pie de un brinco, mostrándose apenado y tuvo que suprimir una sonrisa—. Hoy hablaremos de besos, pero no en la boca.

—¿Entonces qué gracia tiene? —inquirió con desgano—. La idea es que sea en la boca, para que se despierten todas las emociones... y me gustaría saber algo antes... ¿También a las mujeres les pasa lo mismo? —Quiso esconder su sonrojo, y agarró en sus manos una de esas muñecas de porcelana que ella tenía.

—Sí, también nos pasa lo mismo, sentimos que el corazón nos va a explotar, las piernas nos tiemblan y miles de emociones que de seguro ya experimentaste, pero los mejores besos son los que se dan a la persona amada, nunca un beso de placer alcanza lo que un beso de amor, y no solo los besos en la boca son los que despiertan esas emociones hay ciertas partes del cuerpo que podrían causarte mayor placer que el de la boca —explicó, manteniendo la distancia con él.

—¿Y cuáles son esas partes? —preguntó, realmente interesado.

—Varían según la persona —respondió, sintiendo que quizá estaba llevando todo eso demasiado lejos.

—Pero tiene que haber partes que les guste a todo el mundo.

—Sí que las hay. —Le quitó la muñeca—. Dame que lo que tu padre te da de mesada en un año no te alcanzaría para pagarla si la dejas caer.

—Bien, concentrémonos en el tema, ¿cuáles son esas partes? —preguntó sonriendo, porque sabía que su actitud displicente solo buscaba que él sintiese la diferencia de edad que existía entre los dos.

—Bueno... las mujeres tenemos más terminaciones nerviosas, lo que quiere decir que hay muchos lugares en los que somos más sensibles, está el cuello, la mandíbula, las orejas, los hombros, el abdomen... y otras partes que no te diré en este momento, porque aún estás muy pequeño para aprenderlo —mencionó, zanjando el tema.

—Eso no es justo —Se quejó, buscando su mirada.

—Sí, bueno, la vida no es justa, niño —acotó, mirándolo y vio que él fruncía el ceño, suspiró resignándose a darle algo más—. También están las caricias, no puedes despertar el cuerpo solo con besos tienes que alternarlos con caricias... ¿Estás seguro de que quieres aprender todo esto? Porque son detalles que un hombre aprende por naturaleza, por instinto, con la práctica —mencionó, desviándole la mirada.

Empezaba a sentirse incómoda al tratar ese tema, aunque sabía que era importante que él lo supiera y no fuese a terminar decepcionando a su amante. Los hombres no se preocupan por complacer a las mujeres, sino por su propia satisfacción, y casi siempre terminaban dejándolas insatisfechas, como le había pasado a ella en varias ocasiones.

—Pues, quiero estar preparado. No es lo mismo teórica que prácticamente, eso ya lo comprobé. —Se levantó y caminó a la ventana.

—No corras, Fabrizio, porque terminarás estrellándote, ya te lo he dicho, cada cosa a su tiempo. —Se sentó al borde de la cama.

—¿Crees que estoy a destiempo? ¿Acaso hay un tiempo exacto para amar? ¿Una edad ideal? Si es así, dime en qué libro está plasmado, y si hay un medicamento para contrarrestar al amor, dame su nombre.

—Mi niño... no... no lo hay, pero un buen consejo es que, si lo puedes evitar, hazlo tanto como sea posible, el amor no es bueno... te puedes enamorar de la persona que menos te conviene, la que más puede herirte, o a la que más daño puedes ocasionarle así no quieras. Todos esos poetas y novelistas son unos mentirosos, unos farsantes, es más lo que se sufre por amor, que lo que disfrutas —expresó, mirando a la nada, recordando cuánto sufrió su madre por amor.

—¿Te han hecho sufrir por amor, Antonella? —preguntó, sentándose de

nuevo en la cama junto a ella, sin pedirle permiso, y la miró a los ojos que lucían tristes. Ella solo negó con la cabeza sin mirarlo—. ¿Entonces cómo puedes decirme que el amor hace sufrir?

—Porque lo presiento —susurró, y negó con la cabeza alejando sus recuerdos, no quería ponerse a contarle su vida a Fabrizio en ese momento, no era algo que quisiera recordar ni ahora ni nunca.

Fabrizio llevó una de sus manos a su mejilla y la acarició lentamente, ella cerró los ojos ante el toque, él aprovechó y se acercó juntando sus labios con los de ella. No perdió tiempo y fue abriéndose paso a un beso apasionado, tal y como el del día anterior al cual ella correspondió, separándose un poco y confundiendo su aliento con el de él.

—Te dije que solo sería teoría, Fabrizio, ¿por qué te empeñas en desobedecerme, en llevarme la contraria? —Intentó alejarse.

Fabrizio calló su boca con un nuevo beso, que le hacía hervir la sangre y que todo su cuerpo sudara, se sentía arder y la espalda le hormigueaba. Se acercó más a ella, sintiendo cada curva del cuerpo de Antonella, se separó un poco para tomar aire, pero mantuvo su mano en la nuca de ella para que no se alejara.

—Lo siento, pero hoy es mi último día, tengo que practicar —alegó, y volvió a fundirse en un beso con ella.

Poco a poco fue abandonando los labios de Antonella, para recorrer con suaves besos sus mejillas, talló la suave mandíbula con sus labios, luego bajó por su cuello delicado y empezó a besarlo con una lentitud torturante, pero su cuerpo le pedía más, no solo besos como Antonella le había dicho. Separó lentamente sus labios y pasó agónicamente su lengua por esa delicada piel, para luego morderla suavemente, no sabía por qué, pero le encantaba, su cuello era como el helado de vainilla, blanco, suave y dulce. Antonella soltó un gemido ante el sutil mordisco, y eso hizo que él se detuviera.

—¿Está mal? ¿No se puede hacer? —Le preguntó al oído.

—No... no, está bien... muy bien... —respondió de la misma manera, mientras sus manos se enredaban en el cabello de Fabrizio.

Él dejó ver una sonrisa y volvió a hacerlo, después bajó hasta su hombro e hizo lo mismo, mientras sus manos temblorosas viajaban por las piernas de Antonella. Los estímulos lo habían despertado, estaba palpitante y golpeando contra su ropa interior, se acomodó casi encima de ella porque su instinto así se lo exigía.

—Ya sé cuáles son las otras partes que debo besar, mi ser me lo pide —

anunció, mostrando una sonrisa cargada de satisfacción.

Subió su mano hasta alcanzar uno de los senos de Antonella, lo alzó un poco sintiendo su peso y lo abarcó, mientras ella se ahogaba en gemidos. Él bajó lentamente para besarlo, pero cuando estuvo a punto de llevarlo a su boca, Antonella lo apartó violentamente, sacándolo de su fantasía de la manera más cruel.

—¡Fabrizio!... ¡Niño! ¿Qué crees que ibas a hacer? Ya quédate quieto, mira nada más tu pantalón. ¡Mira cómo estás, deberías avergonzarte! — pronunció, viendo a la protuberancia de su pantalón.

—Lo siento, Antonella, no pude evitarlo... no pude evitar que se despertara —dijo, ferozmente sonrojado y le dio la espalda.

Ella empezó a reír a causa de los nervios que también le provocó esa situación, no lo hizo para hacerlo sentir mal, era la primera vez que le pasaba algo así, pues con su esposo y sus amantes había reaccionado de manera distinta. Lo vio volverse con el ceño fruncido, así que intentó controlar su risa para no hacerlo sentir peor y respiró profundo.

—Te lo he dicho, tienes que ir de a poco, si quieres que te enseñe debes ser paciente, además, te dije que no podías besarme y mucho menos tocarme. Por hoy fue demasiado, manos inquietas.

—¿Puedo hacer una pregunta más? —Sabía que no debería tentar a su suerte, pero la curiosidad lo mataba, lo que iba a preguntar sospechaba que podría ser cierto; sin embargo, era mejor estar seguro.

—Está bien, pregunta... pero con una condición. —Él asintió en silencio—. Si estoy en condición de responder lo haré, si no, no te molestarás. —Le advirtió y él asintió nuevamente.

—Esos sonidos que haces, se llaman gemidos, ¿verdad? —Ella asintió en silencio—. Bueno... y cuando los haces, ¿quiere decir que te gusta lo que estás sintiendo? Es para saber si voy por buen camino, si lo que hago lo hago bien —preguntó, mirándola a los ojos.

—¿Sabes qué? Ya es tarde y es mejor que te vayas, de seguro tienes que descansar para tu viaje —indicó, poniéndose de pie.

Sabía que responder a esa pregunta era un tanto peligroso, porque podía jugar en su contra, ese niño aprendía muy rápido y podía llevarla por el camino equivocado. Aunque era joven, tenía muy buen instinto y ella no era de piedra, él comenzaba a brindarle placer; eso no estaba bien, ella era una mujer y necesitaba de un hombre, no de un chiquillo.

—Está bien no me respondas, lo averiguaré, en algún libro debe decirlo...

aunque sé que la respuesta es un sí. —Sonrió satisfecho.

Antonella lo volvió de espaldas a ella, empujándolo para sacarlo de la habitación, abrió la puerta y lo echó fuera. Fabrizio giró hacia ella, no quería despedirse de esa manera, no era justo.

—¿Así te vas a despedir? Mira que serán tres meses sin vernos y serán tres meses sin prácticas —acotó, mirándola con cara de súplica.

—Está bien, ven acá. —Lo haló por el cuello de la camisa, acercándolo nuevamente a sus labios y le dio un suave beso—. Eres un chantajista, muchachito. —Lo alejó, pero él regresó y le dio otro beso.

—¿Te puedo escribir? —preguntó, sin dejar de rozar sus labios.

—No prometo responderte —contestó, cediendo a sus besos.

—No me importa, igual esperaré tus cartas —Le dio un último beso y salió. Ya en la puerta se encontró con el ama de llaves—. Hasta luego Eva, nos vemos dentro de tres meses. —Se despidió, sonriente.

—Hasta luego niño, tenga cuidado —respondió ella, sin quitar esa cara de lástima con la que siempre lo miraba.

Fabrizio llegó a su casa sintiendo que flotaba en una nube, las cosas se iban dando mejor de lo que esperaba, y estaba seguro de que la próxima vez que estuviera de nuevo con Antonella, ella no se negaría cuando le pidiese que fuese su novia. Solo esperaba que sus padres fuesen comprensivos y no se alarmasen por la diferencia de edad; para él eso era insignificante, porque ella era la mujer de su vida.

Esa noche soñó con ella y con lo que pudo pasar si no lo hubiese detenido, se despertó sobresaltado, con el cuerpo caliente y cubierto en sudor. Su hombría estaba muy rígida y urgida de atención, así que se dejó guiar por su instinto y comenzó a tocarla, aún tenía algunas dudas sobre lo que debía hacer cuando el momento de intimar con Antonella llegase, pero sabía que ella lo ayudaría y todo sería perfecto.

Victoria llegó al lugar donde había acordado encontrarse con Fabrizio y no lo vio, su corazón se encogió de dolor pensando en que, tal vez, él se había cansado de esperarla y se había marchado, ya que su indecisión al no saber qué vestir, la hizo retrasarse. Decidió esperarlo, a lo mejor a él también se le había hecho tarde, caminó y se sentó bajo la sombra del inmenso árbol mientras su mirada se perdía en las cristalinas aguas del arroyo, y las formas que tomaba entre las piedras.

En un momento cerró los ojos y levantó la cara al cielo, sintiendo como la

suave brisa movía su cabello y pegaba a su cuerpo la delicada tela del vestido blanco que había escogido. La luz del sol al traspasar sus párpados, llenando sus ojos de luces naranjas, rojas, amarillas; de pronto, tembló cuando sintió que unos brazos rodearon su cintura y hasta su nariz llegó ese maravilloso aroma que reconocería entre miles.

—¿Con quién sueñas? —preguntó con su voz grave y cálida.

—Contigo —confesó ella, volviéndose para mirarlo a los ojos.

No mentía, desde el mismo instante en que lo vio no había dejado de hacerlo, él ocupaba sus días, sus noches, cada instante de su vida era llenado por su presencia. Él le dedicó una sonrisa que sacó destellos al azul profundo de su mirada, le acarició la cintura y la atrajo a su cuerpo.

Victoria se estremeció ante el toque que le anticipaba lo que vendría, el deseo reflejado en el rostro de Fabrizio la dejó sin aire; solo bastaba una mirada, una caricia o una palabra, para que la desarmara por completo, ella quedaba completamente a su merced. Los labios de él se adueñaron de los suyos con suaves roces, que eran la antesala de una antología de besos y caricias que despertaban intensas sensaciones.

Llevó sus manos al cuello de Fabrizio, enredando sus dedos en el sedoso cabello castaño, mientras le ofrecía su alma en ese beso, y notaba la necesidad por sentirlo más cerca. Separó sus labios dándole paso a una entrega más profunda, un temblor la recorrió al sentir cómo la lengua de Fabrizio colmaba su boca, haciéndola gemir.

Él subió sus manos al rostro de Victoria y con suavidad acariciaba sus mejillas, mientras se acoplaba a ella para adueñarse por completo de sus labios, su boca y su lengua; deseaba probar cada rincón, llenarla de sensaciones placenteras. Le fascinaba sentir cómo su cuerpo entero temblaba, cómo iba poco a poco cediendo ante sus demandas, e intentaba seguir su ritmo, rozando su lengua con la suya, buscándolo cuando él intentaba alejarse; todo eso lo llenaba de un placer indescriptible, saber que ella disfrutaba prolongando los besos.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa, maravillosa y encantadora que he visto en mi vida? —preguntó, regresándola a la realidad. Ella negó con la cabeza pues aún no tenía el aliento suficiente para esbozar palabra—. Es imperdonable, porque eres eso y mucho más, Vicky, eres extraordinaria y me haces sentir en el cielo, te amo mi Julieta —mencionó, buscando sus labios de nuevo.

Victoria tembló y sus ojos se llenaron de lágrimas, Fabrizio notó de

inmediato su rigidez, ella no respondió al beso como él esperaba, se apartó para mirarla a los ojos y ella intentó sonreírle, pero sus ojos se encontraban vidriosos. Victoria fue consciente de que él se había percatado de su estado, por lo que se mordió el labio inferior y desvió su mirada, temiendo que pudiera ver lo que sentía.

Fabrizio le dio un beso en la mejilla y acarició su espalda, intentando actuar como si no hubiese notado el cambio en ella, porque algo le decía que él había hecho o mencionado algo que le hizo recordar a Danchester, y si era así, no quería saberlo. Rodeó con sus brazos la delgada cintura de su novia y la acomodó sobre su pecho, solo se escuchaba el sonido acompasado de sus respiraciones, el cadencioso canto de los pájaros, el sonido del agua fluyendo entre las piedras y el viento en lo alto de los árboles.

—¿Estás bien? —preguntó él después de unos minutos.

—Escucho a tu corazón —respondió, sorprendiéndolo.

—¿Qué te dice? —inquirió de nuevo y su voz se volvió más grave.

—Que es feliz, que se siente libre y lleno de vida —contestó, sin cambiar de posición y sonriendo—. Me encanta escucharlo, me hace feliz —agregó, subiendo para mirarlo a los ojos, perdiéndose en ese azul que adoraba.

—Me encantaría escuchar el tuyo —expresó con una sonrisa, al tiempo que tomaba el rostro de Victoria entre sus manos.

—¡Hazlo! —Le dijo entusiasmada y se acercó a él.

—No creo que sea buena idea —respondió con una sonrisa—. No está bien —explicó, al ver la mirada de desconcierto de ella.

Victoria entendió por qué no podían hacerlo, se sonrojó y bajó la mirada, sintiéndose tan tonta como años atrás.

—Pero puedes decirme lo que él siente —sugirió, apoyando un dedo debajo de su barbilla para verla a los ojos.

Victoria dudó y se mantuvo en silencio por casi un minuto, que fue para él una eternidad; de pronto, se sorprendió a sí misma y a él al ponerse de rodillas junto Fabrizio. Nunca se había cohibido a la hora de demostrar sus sentimientos, y no comenzaría a hacerlo en ese momento, mucho menos con él, porque lo amaba con la misma intensidad con la que aún amaba a Terrence.

—Escúchalo —dijo, mirándolo a los ojos al ver su sorpresa.

Fabrizio se quedó inmóvil dejando que fuera ella quien se aproximara a él, poniendo todas sus fuerzas en mantenerse calmado, mientras sentía que su corazón latía de manera frenética. Victoria notó la tensión en sus hombros y acarició suavemente su espalda para relajarlo, luego fue acercándose muy

despacio hasta llevar su pecho a su oído; el contacto fue electrizante, tibio y embriagador.

Ella lo vio cerrar los ojos y respirar profundamente, quizá en un esfuerzo por controlar su deseo; procuró seguir su ejemplo y también cerró los ojos, tratando de dejar su mente en blanco para no ser consciente de las sensaciones que estaban despertando en su cuerpo. Solo quería dejar a su corazón hablar, que fuese quien le dijera a Fabrizio cuánto amor sentía por él.

—¿Puedes oírlo? —preguntó y su voz era ronca, íntima y poderosa.

—Sí... sí —respondió con júbilo—. Es increíble, es como escuchar una canción que te llena de vida, se siente correr libre —expresó con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—También dice que te ama. —Le susurró al oído, mientras le acariciaba el cabello y luego le dio un beso.

Fabrizio llevó una mano hasta la espalda de ella, extendiéndola por completo y apretando su rostro contra los suaves senos de Victoria, ella dejó libre un gemido y sus párpados cayeron pesadamente. En un movimiento rápido la rodeó con sus brazos, subiendo para tomar sus labios y sin planearlo, solo por instinto, por necesidad o por deseo, ambos quedaron tendidos sobre la hierba.

Él se perdió en los labios de Victoria, mientras ella acariciaba su espalda y lo dejaba adueñarse de su boca, que se abrió ante su demanda de llevar el beso más allá. Fabrizio tenía una mano en el cuello de Victoria, y la otra bajó acariciando suavemente su cintura, dándole forma con sus dedos como hacía el alfarero con la arcilla.

Su lengua saboreaba la exquisita miel en los labios de ella, sintiendo su humedad, su necesidad que también crecía, el ritmo desbocado de su pecho rozando el suyo lo estaba llevando a límites que, aunque sabía peligrosos, no podía evitarlos, era como si todo en ella lo invitara a tomarla, como si siempre hubiese sido suya.

La cabeza de Victoria daba vueltas y su cuerpo temblaba, cada beso de Fabrizio parecía robarle parte de su alma, de su esencia y al mismo tiempo sentía que ella se adueñaba de parte de la de él. Un exquisito calor comenzó a apoderarse de su cuerpo, acompañado de una agitación en su vientre, que la llevó a un estado de vértigo.

Su cuerpo se tensó haciendo que un dolor la recorriera de pies a cabeza, algo parecido a la sensación que se tenía cuando se estaba en medio de una carrera descontrolada, se veía obligada a detenerse al borde de un precipicio,



haciendo que su cuerpo se contrajese ante el esfuerzo de mantenerte en pie para no caer al vacío.

—Vicky... Victoria. —Logró decir con la voz ronca y entrecortada, a causa del deseo que corría desbocado dentro de él—. Perdóname... yo no... no debí dejarme llevar —pronunció, mostrándose apenado.

—Está bien... está bien... yo. —Ella intentó decir algo más, pero se quedó sin aliento, perdida en sus ojos que eran más profundos.

Se quedaron mirando en silencio por varios minutos, él se acomodó a su lado para brindarle más espacio, tomó un mechón de su cabello y lo enrolló entre sus dedos. Se estremeció cuando sintió que ella posaba sus manos sobre su pecho, haciéndolo consciente del calor que cubría su cuerpo y ese temblor casi imperceptible que la invadía.

—Quisiera detener el tiempo y quedarme siempre así.

—Podemos hacerlo —respondió, acariciando su cabello.

Su risa llenó el aire, dándole un toque de magia al momento que ya lo tenía, regalándole al corazón de Fabrizio una emoción que corría por sus venas llenándolo de vida. Ella tomó la mano que tenía entrelazada a la suya y le dio un beso, mientras le dedicaba una mirada cargada de emoción, esperanza y felicidad.

—Contigo todo es posible —dijo, y buscó sus labios para besarlo.

Él respondió al beso con la misma ternura, después de un momento se puso de pie y la ayudó a hacerlo; decidieron prolongar ese momento, así que, en lugar de cabalgar, caminaron para regresar a la casa, ella guiaba a Piedra de luna y él a Ónix. Sus manos unidas, sus miradas cómplices, acompañadas de suaves caricias, suspiros, sonrisas y hermosas palabras de amor, orquestaron todo el recorrido, hasta que se encontraron detrás del cultivo de olivo, respiraron profundo para llenarse de valor y afrontar esa separación, que resultaba triste, aunque solo fuese por algunas horas.

## Capítulo 40

Brandon llegó temprano ese día, la última reunión para analizar la propuesta de abrir la sucursal del banco se había cancelado, ya que dos de los candidatos para socios habían tenido algunos percances. Solo se tocaron algunos puntos con los presentes, prefiriendo dejar los más importantes para ser tratados cuando estuviesen todos.

Decidió regresar a la casa para descansar, y aunque deseaba con todas sus fuerzas pasar por la casa de los Di Carlo para ver a su novia, no podía aparecerse allí sin una excusa razonable. Y había pasado casi todo el día en compañía de Luciano y Fabrizio, así que alegar que iba a verlos a ellos no tenía sentido; había decidido respetar la petición de Fransheska, de esperar para anunciar su relación, pero cada vez se sentía más desesperado por contarles a todos que eran novios.

—Buenas tardes, Ángela —mencionó, entrando a la casa.

—Buenas tardes, Brandon, llegas temprano hoy.

—Sí, pude librarme de una pesada reunión de negocios.

—No te dejan descansar ni siquiera estando tan lejos.

—Sí, bueno, al menos los socios en Chicago no dirán que he estado perdiendo el tiempo —pronunció con una sonrisa.

—Hablando de Chicago, te llegó un telegrama de Robert, lo dejé junto a las otras cartas sobre tu escritorio, también están las de Victoria, no me dio tiempo de entregárselas porque apenas subió a cambiarse y salió a pasear con su yegua —mencionó, sonriendo.

—Al parecer fue buena idea regalarle a Piedra de luna, se nota más alegre... y por lo visto sale todas las tardes —indicó, notando que su rutina se repetía desde hacía una semana.

—Sí, fue bueno, iré a ayudar a Marielisa con la preparación de la cena. — Sonrió notando que él analizaba los cambios de su prima y suponía que no tardaría en descubrir cuál era el verdadero motivo de la felicidad de Victoria —. Nos vemos después.

—Bien, subiré a descansar un rato. —Se encaminó a las escaleras.

Las luces de la tarde pintaban de dorado todo el paisaje, atrapando su

mirada pues era un atardecer realmente hermoso; de pronto su mirada captó las figuras de Victoria y Fabrizio, quienes se encontraban detrás del sembradío de olivos. De inmediato pudo percibir la cercanía que había entre ambos, vio como él agarraba la mano de Victoria y se la llevaba a los labios para darle un beso, mientras ella acariciaba su cabello y le sonreía. Fabrizio acortó la distancia, rodeando su cintura y atrayéndola para darle un beso que ella respondió emocionada.

Brandon se sorprendió al notar la empatía que existía entre ellos, como si fuese totalmente normal ese tipo de intercambio entre ambos, y no fuese la primera vez que los tenían. Ahora entendía la actitud de Victoria en los últimos días, esa felicidad que irradiaba y la hacía lucir como si estuviese llena de vida, de luz.

Su corazón se llenó de felicidad por ella, por ambos, pues sabía que los sentimientos que Fabrizio le profesaba a su prima eran reales y sinceros, podía notarlo en su manera de tratarla. Era evidente que había logrado despertar a Victoria de nuevo y solo eso bastaba para que él le estuviese eternamente agradecido.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Brandon al ver que ellos se comportaban como dos adolescentes, justo como años atrás, cuando intentaban prolongar la despedida tanto como fuese posible. Se alejó para darles privacidad y pensó en continuar con su camino, pero recordó el telegrama y supuso que se trataba de algo urgente, así que bajó al despacho para buscarlo.

—Buenas tardes, Victoria —mencionó cuando al regresar vio que ella se disponía a subir las escaleras.

—¡Brandon! Buenas tardes, no sabía que habías llegado —dijo con una sonrisa, y ese brillo en sus ojos que la hacía lucir tan hermosa.

—Llegué hace rato, te ves muy bella hoy —comentó sonriendo, mientras recibía su cálido abrazo.

—¿Te parece? Yo diría que estoy igual que todos los días.

—Sí, me lo parece, hoy luces muy hermosa y feliz, como hacía mucho no te veía, no te imaginas cuánto me alegra eso.

—Gracias. —Le esquivó la mirada, entendiendo de inmediato que él sospechaba algo, porque la conocía perfectamente.

—¿Cómo estuvo tu paseo hoy? —preguntó, un tanto divertido al ver el sonrojo apenas perceptible en el rostro de su prima.

—Bien... bien —contestó, sin poder ocultar el nerviosismo que la invadió, estaba casi segura de que Brandon sabía algo.

—Me alegra que te lleves tan bien con Piedra de luna —mencionó cambiando de tema, para no presionarla.

—Es muy especial... Bueno voy a subir a cambiarme para la cena —dijo, le dio un beso en la mejilla y se volvió para subir la escalera.

—¿Cómo está Fabrizio? —No pudo evitar hacerle esa pregunta, no con el ánimo de incomodarla; por el contrario, deseaba que ella pudiese expresar sus sentimientos con total libertad.

Ella se quedó estática, con un pie en el primer escalón, tragó en seco y respiró profundo antes de volverse para mirar a su primo, mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba. Se sintió aliviada al ver que Brandon le sonreía; sin embargo, eso no alejaba del todo los nervios que sentía, porque sabía que él esperaba una explicación.

—Fabrizio... está bien —murmuró, sintiendo como un calor cubría sus mejillas—. Nosotros estamos bien... yo quería hablarte de esto, pero... no conseguía reunir el valor para hacerlo.

—Me hace feliz saber que le abriste tu corazón, es un buen muchacho y estoy seguro de que sabrá valorar tus sentimientos —dijo, acercándose, ella dejó ver una sonrisa que iluminaba sus hermosos ojos verdes, se relajó y lo abrazó con fuerza.

—Soy tan feliz que no puedo creerlo, todo es perfecto —mencionó con emoción, se sentía bien poder hablarlo con su primo.

—Lo sé, ahora sé cuán hermoso es el amor, Vicky, cómo puede cambiar tu vida y alejar de ti todo el dolor y las penas —expresó, acariciándole la mejilla—. Deja que Fabrizio te llene la vida de felicidad de nuevo, pequeña, no tienes por qué sentirte mal ni por qué esconderte, sabes que apoyaré cualquier decisión que tomes y algo me dice que esta es una muy acertada.

—Muchas gracias por tus consejos, Brandon... La verdad no sé lo que haría sin ellos, no sabes cuánto valoro tu apoyo y tu cariño.

—Siempre contarás conmigo, por eso un consejo más —indicó, mirándola a los ojos y la vio asentir—. No reprimas tus sentimientos por lo que sucedió antes, tampoco hagas comparaciones, deja que este sentimiento crezca en ti desde este momento, sin pasado.

Ella asintió en silencio, sabía perfectamente a lo que él se refería, lo abrazó de nuevo con fuerza, y luego lo miró a los ojos, para asegurarle que seguiría cada uno de sus consejos. Subieron las escaleras tomados de las manos, después cada uno se dirigió a sus habitaciones para descansar y bajar más tarde a cenar juntos.

Los Di Carlo se encontraban en el salón compartiendo después de la cena, Fiorella hablaba de sus actividades con la Congregación, Fransheska hacía una que otra acotación. Luciano mencionó algo del trabajo, y Fabrizio apenas si intervenía en la conversación, su cuerpo se encontraba en ese lugar, pero era evidente que su mente no.

—Disculpen, Fabrizio, tienes una llamada desde casa Renai — mencionó Anna, dedicándole una sonrisa al joven.

La mujer captó su atención de inmediato con esas palabras, dejó la taza que tenía en las manos sobre la mesa y se puso de pie. Fue consciente de las miradas interesadas de su madre y hermana, seguramente al ver esa emoción que no pudo esconder.

—Gracias Anna, la voy a recibir en el despacho —anunció.

Se encaminó hasta este, derrumbando las esperanzas de las dos mujeres de la casa por descubrir de quien se trataba. Entró al lugar y cerró la puerta detrás de él para evitar interrupciones, luego se sentó en el sillón de su padre y tomó el auricular.

—Buenas noches —respondió, ansiando que fuese Victoria.

—Buenas noches, ¿me podría comunicar con el señor Fabrizio Di Carlo? —mencionó Victoria, intentando modular su voz.

—¿Quien desea hablar con él? —preguntó en el tono más serio que logró. Sabía que era Victoria, pero le seguiría el juego.

—Su novia —contestó con absoluta naturalidad.

—¿Su novia?... Será por casualidad una hermosa mujer de ojos verdes como las esmeraldas, cabello dorado como el oro, sonrisa maravillosa y de labios dulces, más que cualquier fruta en el mundo —pronunció con su voz ronca y extraordinaria.

Victoria tuvo que suprimir un suspiro, pero la sonrisa en su rostro no dejaba lugar a dudas que le encantaba que él le hablara así, era tan galante y apasionado, tanto como su rebelde. De pronto, negó con la cabeza, porque le había dicho a Brandon que no haría comparaciones, así que se concentró en seguir con el juego del que ya Fabrizio era parte.

—Probablemente, solo si su novio es un joven de hermosos ojos azules como el zafiro, profundos y enigmáticos como el mar, sonrisa encantadora, alto y fuerte, y que la hace temblar con cada beso que le brinda —habló, sorprendiéndose a sí misma por cada una de sus palabras, pero, sobre todo, por la naturalidad con la cual las expresaba.

—En ese caso, está comunicada con el padre de ese joven, señorita —mencionó, imitando la voz de su padre, que se le daba muy bien.

—¿Señor Luciano? —inquirió sorprendida, y sus mejillas se tiñeron de carmín. Una carcajada al otro lado de la línea la hizo sobresaltarse. — ¡Fabrizio Di Carlo! —exclamó con reproche—. ¿Cómo se te ocurre hacerme esto? Casi me da un infarto —agregó, escuchando como él aún seguía riendo. Al tiempo que ella también lo hacía.

—Lo siento, amor, pero tú empezaste el juego —respondió con ternura, una vez que logró calmarse.

—Sí... sí, muy gracioso —suspiró, sonriendo—. Te llamaba para decirte que ya hablé con Brandon —mencionó en tono serio.

—¿Qué te dijo? —preguntó, sintiéndose interesado.

—Que apoyaba cualquier decisión que yo tomase, que le alegra que haya decidido darme la oportunidad de conocerte y compartir contigo —contestó emocionada, deseando estar junto a él para besarlo.

—¿Sí? —La interrogó sintiéndose realmente aliviado, pensaba que, tal vez, Brandon fuese a objetar al enterarse de su relación; después de todo, hasta hacía nada él tenía una relación con otra mujer.

—Sí, mi primo es muy comprensivo, y me gustaría organizar algo para que puedan charlar, porque él también desea hablar contigo...

—¿De Fransheska? —preguntó, aunque era más una afirmación.

—¿Lo sabes? —inquirió con sorpresa y parpadeó.

—Es evidente, aunque ella aún no se anima a decirme nada, también me alegra que logran aclarar el malentendido entre ellos y que ahora estén juntos —respondió con sinceridad.

—Yo también estoy feliz por ambos, pero en ese caso... creo que primero deberían hablar tú y Brandon, yo hablaré con Fransheska.

—Me parece bien, entonces le pediré a tu primo ir a almorzar juntos y allí charlaremos. Después planearemos una salida los cuatro —dijo, dando por sentado que todo saldría bien durante esa conversación.

—Perfecto, no quisiera terminar esta llamada, pero tengo que madrugar para ir al hospital, y seguramente tú también necesitas descansar —mencionó y soltó un suspiro con desgano.

—La mejor manera para descansar sería abrazado a ti y viéndome en tus ojos —contestó, el amor era palpable en cada palabra.

—Yo no podría dormir en toda la noche, me quedaría mirándote hasta que llegara el amanecer —pronunció ella con el mismo amor.

—Victoria —susurró, teniendo que contener sus palabras, porque él tampoco dormiría, pero haciendo el amor hasta el amanecer, sonrió y continuó—. Descansa, amor mío, nos vemos mañana.

—Te amo, Fabrizio —dijo ella trasmitiéndole sus sentimientos.

—Yo también te amo, Vicky —respondió y se quedó con el auricular pegado a su oreja, hasta que escuchó que colgaba.

El sonido de la puerta al abrirse lo regresó a la realidad, dejó la bocina en su lugar, y levantó la vista para ver de quien se trataba. Lo sorprendió darse cuenta de que era su padre, esperaba que fuese Fransheska, pues era la más curiosa, le dedicó una sonrisa al tiempo que se ponía de pie, pensando que a lo mejor él necesitaba ese espacio.

—¿Alguna noticia nueva? —preguntó, intuyendo que la llamada podía ser de Brandon para hablar de la sucursal.

—Sí, pero nada referente a los negocios, no era Brandon.

—¿Victoria? —inquirió gratamente sorprendido.

—Sí, voy a descansar, padre, mañana tenemos varias reuniones muy importantes —respondió, sin entrar en detalles.

—Tienes razón, aún tenemos que preparar tu viaje a Cerdeña. —Le recordó, lo vio asentir y caminar hacia la puerta, pero antes de que saliera lo llamó—: Fabrizio, me alegra que tengas... una amistad con Victoria, es una gran muchacha, además de hermosa.

—Lo es padre, sumamente hermosa —respondió con una sonrisa que iluminaba su mirada—. Buenas noches —dijo para despedirse.

—Buenas noches, hijo —expresó, viéndolo salir.

Fabrizio subió las escaleras con pasos lentos, ya estaba parado frente a la puerta de su habitación cuando una idea atravesó su cabeza; y volvió para caminar en dirección al otro lado del pasillo. Dio un par de golpes en la puerta de la alcoba de su hermana, seguro de que aún seguía despierta, segundos después ella aparecía debajo del umbral.

—Pasé a desearte buenas noches —dijo con una sonrisa.

—¿Ya te vas a dormir? —preguntó, mirándolo a los ojos. Él solo asintió en silencio—. Ven, quédate un rato, hace mucho que no hablamos, siempre estás ocupado. —Lo agarró del brazo y lo metió.

—Bueno, solo un momento mañana tengo varias reuniones.

Ella se sentó al borde de la cama, cepillándose el cabello y él se tumbó, llevando sus brazos debajo de su cabeza. Al tiempo que buscaba en su mente las palabras adecuadas para hacer que ella confiara en él, pero fue su hermana

quien inició el tema.

—¿Cómo van las cosas en la empresa? —inquirió con naturalidad.

—Bastante bien, hoy recibimos a unas personas de Cerdeña interesadas en tener una franquicia allá, y el asunto de la sucursal del Banco Anderson va bien encaminado...

—Lo sé. —Ella lo interrumpió sin darse cuenta, y al ver la expresión interesada en los ojos de su hermano, se apresuró a continuar—. Papá lo mencionó hace un rato, está muy interesado en ese negocio.

—Sí, lo está, sabe que Brandon es un hombre serio y honesto, su apellido es sinónimo de fortaleza y confianza, así que, cualquier negocio que haga con él va a ser seguro —mencionó observando con atención las reacciones en ella, vio que su mirada se iluminaba.

Fransheska se mordió el labio y caminó hasta el tocador para escapar de su inspección, él podía ver la tensión en sus hombros, prefirió no presionarla, así que se quedó en silencio.

—¿Quién te llamó de Casa Renai? —preguntó, suponiendo que ese era un tema más seguro, quizá se equivocaba y eso la ponía nerviosa.

—Por cierto, casi lo olvido, mañana no podré llevarte al teatro, tengo una reunión con Brandon —respondió con una sonrisa.

—¿Sobre trabajo? —inquirió, deseando saber más, pues su hermano estaba muy misterioso y eso destrozaba sus nervios.

—No, es un asunto personal... ¡Ah! Es verdad, tú no sabes nada, Victoria y yo somos novios —anunció, al verla tan conmocionada, pensó en facilitarle un poco las cosas, compartiéndole su secreto.

—¿Victoria y tú, novios? —Fransheska respiró aliviada, de inmediato su pánico fue reemplazado por la sorpresa—. ¿Desde cuándo son novios?! —inquirió, sintiéndose emocionada, caminó hasta él obligándolo a sentarse de nuevo, quería que le contara todo.

—Desde hace una semana, ella se lo contó a su primo hoy y yo le dije que mañana hablaría con él, parece que está interesado en decirme algo —respondió en tono casual, pero ella se quedó en silencio con la mirada perdida—. Bueno, ahora sí tengo que irme, seguimos hablando mañana. —Se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—Fabrizio, espera —mencionó, deteniéndolo, mientras sentía que todo el cuerpo le temblaba—. Quisiera decirte algo, ¿puedes quedarte? Solo será un minuto. —Lo vio volverse para mirarla con una sonrisa.

—Por supuesto —respondió, reuniéndose con ella de nuevo.



—Yo... no te dije nada antes porque no sabía cómo lo tomarías, siempre fuiste muy celoso... y sé que es una tontería sentir miedo... pero no pude evitarlo —confesó, bajando la mirada—. Ahora no sé por dónde empezar —acotó con una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué no empiezas por librarte de toda esa tensión que llevas encima? —sugirió en tono de broma, y le acarició los hombros.

—Está bien... lo diré todo de una vez... —sentenció, mirándolo a los ojos. Él afirmó en silencio y le sujetó las manos, lo que la hizo sentir confiada, suspiró para relajarse y dejar de temblar—: Brandon y yo también nos hicimos novios dos días después del cumpleaños de Victoria —pronunció, sin siquiera detenerse a respirar.

—Fran, no tienes por qué temer, hermana. —Él subió una mano hasta su mejilla y la acarició con suavidad, ella levantó el rostro para mirarlo y sus ojos se encontraban húmedos, lo que lo hizo sentir como un tirano—. Lo que más deseo en la vida es que tú seas feliz y encuentres el amor en un hombre que te valore, te respete, te haga sentir segura y amada... que en verdad te merezca.

—Lo sé... sé que eso es lo que deseas, pero a veces eres tan...

—Intransigente, ya lo sé, eres mi hermana y no puedes pedirme que no me preocupe por ti, pero eso no debe impedirte confiar en mí, sabes que siempre estaré contigo sin importar lo que pase, recuerdas que te lo prometí. —Él le habló y la miró con ternura.

—Lo recuerdo y sé que esta vez cumplirás con tu promesa —respondió, acariciándole la mano—. Yo confié en ti, Fabri... y lamento no haberte hablado de esto antes, es que no quería que actuaras como siempre y terminaras alejando a Brandon, porque él en verdad me gusta y ya lo has dicho, es un buen hombre —dijo, mirándolo a los ojos.

—Lo sé, parece que esta vez sí llegó el indicado..., tampoco está de más que lo mantenga vigilado —señaló, fingiéndose serio.

—¡Fabrizio Alfonso! —exclamó ella, mirándolo con reproche.

—Solo bromeaba, no espantaré a Brandon... esta vez tienes suerte, ya que yo también estaré a prueba —murmuró, dejando ver una sonrisa nerviosa, y vio que ella lo miraba con picardía.

—Bueno, más te vale portarte bien, si no te tocará actuar como Romeo y escalar muros para ver a tu Julieta —dijo, riendo.

—Muy graciosa —murmuró y le desordenó el cabello.

—¡Fabri, no! Ahora me tocará empezar de nuevo. —Se quejó haciendo un

puchero, pues ya llevaba casi la mitad.

—Lo siento, olvidaba que ahora la señorita tiene novio y debe lucir perfecta —esbozó con una aparente inocencia, pero sus ojos brillaban con malicia, haciéndolo lucir como un chiquillo.

—Le pondré pegamento a tu cepillo para que te quedes calvo cuando lo uses. —Lo amenazó, aunque no lo hacía en serio.

—Ni se te ocurra, porque a mi novia le gusta mucho —expresó con arrogancia, ella sonrió sin poder resistirse a su encanto, él se acercó para despedirse—. Que descanses, campanita —dijo, sorprendiéndola.

—¡Fabri! Hacía mucho que no me llamabas así —expresó emocionada, poniéndose de pie para abrazarlo.

—¿Estás segura de que yo lo hacía? —preguntó divertido.

—¡Por supuesto, Peter Pan! —acotó entusiasmada.

—Bueno, de ahora en adelante lo haré más seguido. —Sonrió negando con la cabeza, pues le parecía que era algo tonto, pero a ella la hacía feliz, le dio un beso cargado de ternura.

—Gracias, descansa, te quiero mucho, Pan —esbozó, con una gran sonrisa y besó su mejilla.

—Yo también... campanita.

Fabrizio salió de la habitación con un maravilloso sentimiento de calidez dentro del pecho, se sentía seguro y feliz dentro de ese espacio, era como si todo a su alrededor lo protegiera. A veces tenía la imperiosa necesidad de recobrar su pasado y otras veces un pánico absurdo se apoderaba de él, haciéndole desear nunca más tenerlo.

Tal vez era lo mejor, entró a su habitación y caminó hasta la ventana, la noche lucía hermosamente estrellada, lo que hizo que él recordara la primera que viviera junto a Victoria. Eso lo hizo suspirar y con esa imagen se fue a la cama, deseando que no fuese muy lejano el día en que pudiera compartir una vez más ese espacio junto a él.

# Capítulo 41

El día era realmente hermoso, el sol se encontraba en lo alto, el aroma a flores, madera y tierra mojada era intenso y agradable; todo en sí creaba un conjunto maravilloso, un cuadro digno de ser plasmado en una pintura. El agua de la piscina era cálida y mostraba hermosos reflejos cuando la luz del sol se reflejaba en ella, iluminando los hermosos ojos verdes de Victoria, quien creaba suaves ondas con su mano, llevaba el cabello suelto cayendo sobre sus hombros y espalda, un hermoso vestido blanco con diminutas flores rosa pálido, que llegaba hasta sus pantorrillas, con una delicada caída que creaba un efecto en ella que parecía flotar en lugar de caminar.

—Victoria —pronunció él, quien tenía un rato admirándola.

Esa voz hizo que su corazón se disparase, una sonrisa afloró en sus labios y se levantó con cuidado volviéndose para mirarlo, él lucía mucho más radiante que el sol de ese día. Su cabello cobrizo, su piel con ese tono que le encantaba, su sonrisa resplandeciente y sus ojos que mostraban un tono más claro, la hechizaron por completo.

—Algún día deberías probar a nadar en ella —agregó con una sonrisa, acercándose para tomarla por la cintura, y besarla con ternura, solo un roce de labios que los hizo estremecer.

—Me encantaría; sobre todo, si lo hago contigo —respondió, acariciándole el pecho, sin ser consciente del todo, de que sus palabras y ese gesto eran muy seductores—. ¿Cómo estás? —preguntó con una sonrisa, mirándolo a los ojos.

—Feliz. —Fue su respuesta mientras se perdía en esos encantadores ojos que cada día lo enamoraban más—. ¿Tú cómo estás? —inquirió, tomando entre sus dedos un mechón del sedoso cabello.

—Igual que tú —contestó, llevando una mano hasta su mejilla para acariciarla. Él respondió con esa sonrisa que solo le dedicaba a ella.

—Bésame de nuevo —susurró, mirándole los labios.

—¿Y si tu primo me arranca la cabeza por hacerlo? —preguntó, mostrándole una sonrisa y una mirada maliciosas.

—No lo hará... y si lo intenta, yo te defenderé —respondió sonriendo; de

pronto, sintió como si regresase al pasado.

Su corazón se estremeció ante ese recuerdo, pero su lado racional le dio batalla y acabó por hacerlo a un lado; se había prometido que iba a comenzar desde cero con Fabrizio y así lo haría. Por eso no esperó a que él la besara, fue ella quien acortó la distancia entre los dos y se apoderó de sus labios, rozándolos con su lengua de manera cadenciosa.

—No me importaría perder la cabeza por ti —confesó, mirándola a los ojos y no dudó en hacer ese beso más profundo.

Victoria gimió y la satisfacción recorrió su cuerpo, rodeó con sus brazos el cuello de Fabrizio para sujetarse, pues sus ansias de participar más de ese beso, la hicieron ponerse de puntillas. Él, al sentir la necesidad en ella, la envolvió con sus brazos y la pegó a su cuerpo, gimiendo al sentir las suaves curvas de ella que se amoldaban a él.

Brandon y Fransheska llegaron en ese momento al jardín, y se sorprendieron un poco por la manera tan apasionada en que Fabrizio y Victoria se besaban; no porque los escandalizara el beso, ya que los de ellos eran iguales de intensos, pero se suponía que esos dos apenas se soportaban y ahora casi se estaban devorando. Ella soltó una risita nerviosa, mientras Brandon se aclaró la garganta para anunciar su presencia en el lugar, luego caminó junto a su novia hasta las sillas de madera que estaban en la terraza frente a la piscina.

—Hola Fransheska. —La saludó Victoria, actuando de manera casual, porque ella sabía que Brandon no era tan estricto.

—Hola Vicky... o mejor te llamo cuñada —expresó con una gran sonrisa, mientras la abrazaba—. Me puse tan feliz cuando Fabrizio me dijo que eran novios, aunque era algo que no me esperaba.

—Supongo que el amor tiene distintas maneras de manifestarse, y de atraparnos —confesó con la mirada brillante—. Y yo también te llamaré cuñada, porque Brandon más que mi primo es mi hermano.

—Eso es maravilloso —expresó y caminó junto a ella hasta las sillas.

Ángela llegó con un servicio de té frío y después se retiró, ellos iniciaron una charla, centrandos los temas en las actividades de Victoria en el hospital y de Fransheska en el teatro. Mientras que Brandon y Fabrizio informaron que la sucursal del Banco Anderson en Florencia, ya era un hecho, y que empezarían a ver edificios para la sede.

—Lamento no poder estar para acompañarte, Brandon, pero debo viajar a Cerdeña en un par de días, y aún tengo unos asuntos que atender —mencionó

Fabrizio, sujetando la mano de su novia. Sabía que eso la ponía triste porque ella, al igual que él, no soportaban la idea de separarse; sin embargo, era necesario.

—No debes preocuparte, escuchaste al señor Alonso Ferreti, ya tienen un par de edificios que desean mostrarme, así que supongo que la decisión se tomará pasado mañana y por el momento, el acondicionamiento del lugar estará a cargo de una contratista.

—Sí, eso me deja más tranquilo, porque te dije que iba a ayudarte cuanto pudiera —mencionó, mirándolo a los ojos para que supiera que más adelante podía contar con él—. Los Ferreti tienen varias propiedades en el centro de Florencia, en muy buen estado, así que las remodelaciones no se llevarán mucho, a lo sumo un par de semanas.

—Sí, eso me dijeron e incluso el señor Nunziata se ofreció a encargarse de las obras, es ingeniero y tienen una constructora según me dijo, así que cuenta con personal capacitado.

—¿Y qué harás tú mientras tanto? —preguntó Fransheska, mirándolo, pues se le había ocurrido una idea, claro si él podía.

—Supongo que no mucho, todos los permisos legales ya fueron aprobados, mis socios en América están al tanto de las últimas decisiones, solo resta esperar por la sede.

—¿Conocen Cerdeña? —inquirió, con un brillo en los ojos.

—Yo estuve una vez... hace muchos años, pero Victoria nunca la ha visitado —contestó, adivinando lo que ella propondría.

—Yo tengo mucho tiempo que no voy, podríamos acompañarte, Fabrizio —sugirió, mostrándose entusiasmada.

En ese instante Victoria posó su mirada en los ojos azul mar de su novio, sintiéndose esperanzada de que existiese esa posibilidad, porque no deseaba alejarse de él. Fabrizio le dedicó una sonrisa, al ver esa expresión de niña que ella mostraba, era tan hermosa que tuvo que luchar para no acercarse y comérsela a besos.

—Mi viaje será de negocios y no creo que se diviertan mucho, pero estaría encantado de contar con su compañía —respondió sin dejar de mirarla, sonriendo al ver como esos ojos verdes se iluminaban.

—Yo nunca he estado en Cerdeña, así que te aseguro que encontraré cómo divertirme —indicó con una sonrisa—. ¿Podemos ir, Brandon? —preguntó, esperanzada en que dijera que sí.

—Por supuesto, y así te regreso el favor de ser tu acompañante en este

nuevo negocio, Fabrizio —mencionó, disfrutando de la hermosa sonrisa que su novia le dedicó, se llevó su mano a los labios para besarla.

Las chicas dejaron ver una sonrisa en sus rostros que iluminó sus miradas, se sentían felices con la idea de viajar juntos. Fabrizio asintió en agradecimiento por su colaboración, luego de eso la charla se centró en preparar el viaje, estaban seguros que sería inolvidable.

Benjen observaba con atención el procedimiento que llevaba a cabo el doctor, sobre el pronunciado vientre de su esposa, que lucía bastante grande para solo tener cuatro meses, o al menos eso le parecía. Amelia se había estado sintiendo muy cansada últimamente, por lo que él solicitó que el médico de la familia la atendiera, no quería por nada del mundo que su hijo neonato corriera algún riesgo.

—¿Está todo bien, doctor Hamilton? —preguntó con impaciencia.

Viendo que el hombre fruncía el ceño y ponía su estetoscopio en varias partes del vientre de su mujer, como si no estuviese seguro de lo que estaba escuchando. Sintió que la angustia comenzaba a calar dentro de él, al imaginar que quizá no auscultaba el corazón de su pequeño, y por eso estaba tardando tanto, la sola idea de algo así hizo que un nudo le cerrara la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí, en realidad les tengo una maravillosa noticia, sus excelencias —mencionó con una sonrisa, mientras se retiraba los guantes y esperó a que su enfermera asistente ayudara a sentarse a la duquesa.

—Por favor, no nos tenga en esta incertidumbre —exigió Benjen, aunque su voz más que una orden parecía un ruego.

—Querido, por favor, ten un poco de calma —pidió Amelia, estaba segura de que todo estaba bien, podía sentir a su bebé fuerte y sano.

—Comprendo su premura, su excelencia, y no ha sido mi intención angustiarte, pero debía asegurarme antes de darles la noticia. Me complace anunciarles que serán padres de gemelos, y que por lo que pude escuchar, ambos se encuentran en perfectas condiciones.

—¿Está usted seguro de eso? —cuestionó Benjen, sintiendo que todo su miedo era reemplazado por una intensa alegría.

—Completamente, su excelencia, por eso tardé con la auscultación, debía cerciorarme de que mis sospechas eran ciertas, antes de confirmar el resultado de este examen. —Lo miró a los ojos y sonrió al ver que el duque se aproximaba a su mujer para abrazarla.

—¡Mi amor, no puedo creer que Dios nos bendijera con dos hijos! —expresó al punto del llanto, sin importarle estar en presencia de extraños, en ese momento solo existían Amelia, sus hijos y él.

—Yo tampoco puedo creerlo —respondió, ella aún no terminaba de asimilar que en su vientre estuviesen creciendo dos bebés.

—Reciban mis más sinceras felicitaciones —mencionó Henry Hamilton, sintiéndose feliz por el duque, sabía que el hombre merecía recibir una noticia así, después de haber perdido a sus otros hijos.

—Muchas gracias, doctor —dijo, Benjen caminando hasta él para darle un firme apretón de manos, mostrándose feliz.

—No tiene nada que agradecerme, su excelencia —respondió, sonriéndole—. Solo debo dejarles algunas indicaciones, pues como comprenderán, el embarazo de la duquesa es más delicado ahora.

—Por supuesto, haremos todo lo que nos diga al pie de la letra —aseguró, dispuesto a poner a Amelia en una caja de cristal si era necesario, con tal de cuidar de ella y sus hijos.

—Les dejaré estas vitaminas para que su excelencia las tome dos veces al día, esto le ayudará a sentirse menos cansada, ya sabe que el motivo es que, en lugar de estar gestando una vida, son dos.

—Se lo agradezco, doctor Hamilton, porque odio pasar todo el día en cama, además, que siento que eso hace que mis piernas se hinchen —comentó ella, tomando consciencia de que ahora no solo debía velar por un bebé sino por dos, eso hacía que no dejara de sonreír.

—Es contraproducente que esté tanto tiempo acostada, lo mejor es que camine al menos dos horas al día por el jardín, puede hacerlo por las tardes y las mañanas para ayudar a la circulación. En todo caso, les recomiendo también que contraten los servicios de una enfermera, no está de más que su excelencia tenga atención especializada —dijo, mirando a Amelia a los ojos, pues debía hacerle entender que a su edad un embarazo de gemelos era de cuidado.

—Gracias, doctor Hamilton, tomaremos en cuenta su sugerencia, así que, si conoce a una enfermera de confianza, por favor, déjele sus datos a Octavio, él se encargará de contactarla.

—Por supuesto, ahora me retiro para que pueda descansar, buenas tardes, excelencias —mencionó, tomando su maletín.

—Buenas tardes, doctor —respondieron ellos para despedirlo.

Lo vieron salir en compañía de su enfermera y una de las mucamas que

estaba presente, por si se requería de su ayuda; una vez que se quedaron solos, no pudieron contener su emoción, se abrazaron con fuerza mientras les fluían lágrimas de felicidad. Seguían sin poder creer que Dios fuese tan generoso con ellos, aunque ambos eran conscientes de que nada lograría reemplazar a Terrence, también sabían que la llegada de esos dos bebés, iba a llenar parte de ese vacío que dejó la partida de su hijo y les daría una nueva oportunidad de ser los padres que debieron ser para su hijo mayor.

Él acunó el rostro de Amelia y comenzó a dejar caer una lluvia de besos sobre este, mientras ella reía como si fuese esa chiquilla que lo enamoró hacía tantos años. Se miraron a los ojos y no hizo falta que dijeran nada, pues sus miradas hablaban por ellos, estaban tan felices que no podían expresarlo con palabras, así que se fundieron en un beso cargado de amor, pasión y ternura.

Allison se encontraba tendida en el sillón del consultorio de su novio, mientras hablaba del asedio que sentía por parte de los periodistas, quienes habían comenzado a seguirla a todos lados. Antes eso le resultaba emocionante y halagador, pero comenzaba a ser molesto, porque no la dejaban en paz, por lo que para ir a cualquier lugar debía disfrazarse si quería pasar desapercibida.

—La verdad es que no sé qué hacer... ¿Tienes alguna sugerencia que pueda ayudarme? —preguntó, girando su rostro para mirarlo.

—Yo... bueno, la verdad es que... —Clive bajó la mirada a sus notas, pero no había escrito absolutamente nada.

—¿Qué sucede? —inquirió, al ver que él estaba algo distraído.

—No es nada... lo siento, no te estaba escuchando —mencionó y al ver que ella lo veía mostrándose sorprendida, aclaró—. Es decir, sí te escuchaba, pero no podía prestar atención, porque me distraje mirándote, te ves muy hermosa hoy —mencionó, no pudo evitar sonrojarse y sentirse como un adolescente enamorado cuando ella le regaló una de esas maravillosas sonrisas que le encantaban.

—Gracias, amor —mencionó, y se puso de pie para caminar hasta él—. Seguramente te tengo aburrido con todos estos «conflictos de diva» —acotó, sonriendo y le extendió la mano—. Hagamos algo más divertido, ven, hoy tú serás mi paciente.

—Allie... tú no me aburres en lo absoluto —dijo, mirándola a los ojos y rozando sus labios—. Bien, veamos qué sacamos de este cambio de roles, hoy seré tu paciente... aunque no sé de qué deba hablarte.



—De lo que desees —sugirió, mientras lo veía tenderse en el sillón, mostrándose algo tenso—. Voy a necesitar estos, para parecer una verdadera psiquiatra —señaló, quitándole los anteojos, parpadeó para ajustar su vista a su nueva visión—. ¡Vaya! Te ves muy bien allí, tendido.

Él sonrió con algo de timidez, la verdad se sentía un tanto expuesto estando en el lugar del paciente y no del doctor; respiró profundo e intentó relajarse para seguirle el juego. La vio alejarse y ocupar su sillón, la vista que le dio de sus piernas al cruzarlas hizo que su corazón se acelerara y la excitación despertara en su interior.

—Bien, ¿estamos listos? —preguntó ella, adoptando su papel, mientras tomaba la libreta y la pluma para ir haciendo anotaciones. Lo vio asentir con un movimiento algo forzado, lo que la hizo sonreír porque parecía un niño a punto de recibir un sermón—. Empecemos.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió, nervioso.

—Lo que se te ocurra, háblame de tu niñez... de tu adolescencia o de cuando fuiste a la universidad, algún episodio del que necesites hablar —comentó con una naturalidad que a ella la asombró.

—Eres buena para esto, ¿lo sabes? —preguntó, mirándola y ella le dedicó una sonrisa—. Bien, de mi niñez... era un niño bastante tranquilo, tenía un par de amigos con los que iba a pescar en verano, pocas veces atrapábamos algo, pero nos divertíamos mucho.

Clive inició de esa manera su relato y sin darse cuenta se fue relajando, pues él no tenía traumas relacionados con esa etapa de su vida, tampoco con los años que le siguieron, en la universidad fue un alumno sobresaliente. La etapa más dura de su vida, fue luego de perder a su esposa durante el parto de su hijo, pero ese era un tema delicado tanto para él como para ella, así que buscó la manera de evadirlo y solo se concentró en hablar de anécdotas divertidas sobre las pocas travesuras que había hecho durante sus treinta y dos años.

—Déjeme decirle, señor Rutherford, que es un buen hombre, honorable, dedicado y un ciudadano ejemplar, aunque eso no quita que también haya sido un niño algo travieso —comentó ella con una gran sonrisa, y se puso de pie, sintiéndose atraída al verlo tan relajado.

—Muchas gracias por su análisis, señorita Foster —respondió, mientras la miraba a los ojos, sintiéndose halagado.

—Aún me queda algo por descubrir —mencionó, levantando su vestido para poder separar sus piernas y sentarse sobre él, lo vio tensarse y sonrió con

malicia—. Me gustaría saber si ese aspecto travieso que tenía antes, sigue habitando en usted, porque eso seguramente haría que tuviésemos un momento muy excitante —agregó, mientras deslizaba sus dedos por los botones de la camisa que él llevaba y comenzó a deshojarlos.

Clive sintió un intenso calor apoderándose de su pecho, y su hombría no tardó en reaccionar ante la visión de las piernas de Allison, envueltas por unas finas medias negras de seda. No pudo contener su deseo y dejó que sus manos se apoderaran de esas largas extremidades que habían protagonizado varias de sus fantasías, las apretó con delicadeza y firmeza al mismo tiempo, escuchándola gemir.

—Allie —susurró con voz profunda, muestra del deseo que lo recorría en ese instante, subió su mirada y ella aprovechó para apoderarse de sus labios, haciéndolo gemir e invitándolo a ir por más.

Allison ni siquiera sabía qué la había llevado a actuar de esa manera, porque siempre procuraba evitar las tentaciones, sabía que Clive estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener su promesa de esperar hasta estar casados para intimar. Sin embargo, sentía que ya no le bastaba con solo compartir besos y caricias, necesitaba sentirlo de una manera más íntima y compenetrarse mucho más, hacerle ver que confiaba tanto en él, que estaba dispuesta a entregarse por completo.

Clive sintió a su instinto despertar y no pudo mantenerse pasivo, por lo que se incorporó un poco más, llevando una de sus manos a la nuca de Allison para poder explorar su boca con libertad, la escuchó gemir y eso lo llenó de satisfacción. Sintió cómo su cuerpo despertaba a cada estímulo que recibía, sabía que se estaba acercando a un abismo, y que su cordura estaba en juego, pero verla tan entregada le impedía actuar de manera distinta, la deseaba y no podía seguir negándolo.

—Te deseo... te deseo con desesperación —confesó, mirándola a los ojos, sintiéndola temblar entre sus brazos.

—Yo también lo hago... también te deseo locamente, Clive... y quiero entregarme a ti —pronunció con convicción.

—Mi amor... ¿Estás segura? —preguntó, porque en verdad estaba desesperado, y esperar cuatro meses más para su boda, lo torturaba.

—Por completo, te amo y quiero ser tuya —respondió, mirándolo.

Ambos sabían que a esas alturas ya debían estar casados si no hubiera sido por el accidente que sufrió el padre de Allison. Hasta ese momento habían cumplido con su promesa, pero un sentimiento como él que compartían

necesitaba de una mayor entrega. No había nada de malo en hacerlo cuando se estaba seguro de lo que se sentía, y ellos lo estaban, se amaban profundamente y podían asegurar que seguirían juntos para siempre.

La convicción los colmaba por completo, haciéndolos sentir que esa entrega sería con plena conciencia, que no era algo producto solo de la pasión o del deseo que sentían, que también era resultado de su amor; por eso, cuando la cercanía de sus cuerpos hizo que sus intimidades se rozaran, tuvieron claro que ya nada los detendría. Sin embargo, el arrebató del momento no los cegaría hasta el punto de hacer de ese acto algo fugaz y ordinario, ambos deseaban que esa primera vez entre los dos fuese maravillosa, por lo que le dieron prioridad al amor.

Él se puso de pie llevándola consigo, quería amarla como ella se merecía, recorrer todo su cuerpo, adorarla y entregarle todo su amor, y eso no lo haría en el lugar donde atendía a sus pacientes; así que la agarró de la mano y caminó para llevarla a su habitación. Sin embargo, antes de salir recordó algo, le dio un suave beso en los labios y regresó a su escritorio, abrió una de las gavetas que tenía con llave sacando una caja de metal y extrajo de esta algo, llevándolo con disimulo al bolsillo de su pantalón, luego regresó y le dedicó una sonrisa.

—Voy hacerte el amor como lo he soñado —prometió con la mirada brillante y el corazón latándole muy fuerte.

—Y yo seré tuya, como lo he soñado —respondió, fundiéndose en un beso con él y sintiendo que el cuerpo le vibraba de expectativa.

Salieron de ese lugar y subieron las escaleras para llegar hasta la habitación de Clive; por suerte estaban solos en su casa, porque Susannah había salido de viaje al cumpleaños de una de sus amigas en Rhode Island y no regresaría hasta dentro de dos días. Entraron a la alcoba con una hermosa vista del pequeño jardín, era la primera vez que ella estaba allí y no podía evitar sentirse nerviosa; de pronto, algunos recuerdos de Harry llegaron a su mente, haciéndola tensarse.

—Olvida todo lo que hayas vivido antes, Allie, y deja que yo sea el primero —susurró, acariciándole los brazos al ver que se tensaba.

—Lo eres, tú eres mi primer amor, Clive... mi primer y único amor —respondió, mirándolo a los ojos y comenzó a besarlo.

El pecho de Clive se hinchó de orgullo al escuchar esas palabras, sabía que ella había logrado superar a Harry Vanderbilt, que ya ese hombre no significaba nada en su vida; sin embargo, el temor de llegar a ese momento y

que Allison recordase lo que vivió con él, siempre lo había atormentado, pero ella acababa de alejarlo por completo.

Lentamente comenzaron a desnudarse sin dejar de mirarse a los ojos, mientras besaban uno al otro la piel que iba quedando al descubierto, y que se estremecía con cada roce de labios. Los gemidos y los suspiros que brotaban de ellos llenaban el silencio que reinaba en la habitación, envolviéndolos en un estado sublime que alimentaba la llama de la pasión, acompañada de miradas y sonrisas cómplices.

—Eres tan hermosa, Allie —murmuró él cuando el vestido cayó, revelando la extraordinaria figura de su prometida cubierta solo por finas prendas de seda y encajes, que la hacía ver muy sensual.

—Tú también eres hermoso —respondió ella, deslizando sus manos por el suave y firme pecho de Clive, maravillada ante lo que provocaba en ella tocarlo—. Acaríciame..., quiero que sientas lo que yo estoy sintiendo al acariciarte a ti —pidió, mirándolo a los ojos.

Él llevó sus manos hasta los hermosos senos que tenían el tamaño perfecto para que pudiera abarcarlos con sus manos, la sintió estremecerse ante su toque y eso lo hizo temblar, por lo que se acercó para atrapar sus labios en un beso profundo y apasionado, sin dejar de lado sus caricias. Quiso brindarle más placer, así que la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama, donde terminó de desvestirla y luego se tendió a su lado para comenzar a besar todo su cuerpo.

Allison se sentía abrumada por las sensaciones que la recorrían, no había experimentado un placer igual ya que con Harry no vivió nada parecido a lo que Clive le estaba entregando. Había tenido la mala suerte de tener su primera experiencia con alguien mezquino, que solo pensó en su placer y nunca en el suyo, que únicamente la había usado para satisfacerse, y aunque eso ya lo sabía, confirmarlo le resultaba sumamente doloroso.

—Clive... Clive... —repitió el nombre de su prometido, deslizando sus manos por su poderosa espalda, y se estremecía sintiendo cómo sus labios bajaban a su vientre que era presa de un delicioso temblor.

—Te adoro... en verdad te adoro —susurró contra la suave piel de su vientre, no pudo resistir la tentación y fue bajando rozando sus labios en delirantes caricias, hasta encontrarse frente a su parte más íntima.

Allison se arqueó al sentir una ola de placer que la atravesó por completo, cuando la boca de su novio se apoderó de ese pequeño brote que palpitaba desesperado, jadeó y se aferró a la sábana bajo su cuerpo, todo en su interior

se aceleró, su respiración se hizo más afanosa hasta hacer que su pecho subiese y bajase con descontrol, su vista se nubló y su mente quedó en blanco, antes de estallar de placer.

Clive elevó el rostro para mirarla, sintiéndose tan satisfecho y feliz de haberla llevado al clímax, que casi termina liberándose él también ante la imagen de su novia, extasiada y temblorosa.

Aprovechó que Allison aún se encontraba en medio de la bruma del placer, para ponerse el preservativo que había llevado, no quería que malinterpretara ese gesto, pues lo único que deseaba era cuidar de ella. La cubrió con su cuerpo, sintiendo como aún vibraba por el orgasmo, y sin que lo esperara lo besó con renovada pasión, provocando que todo su ser se sintiera desesperado por fundirse en ella; sin embargo, consiguió contenerse y se dedicó a admirarla porque deseaba guardar esa imagen en su memoria.

—Te prometo que siempre estaré contigo y que voy amarte cada día de mi vida... no habrá nada que me aleje de ti, Allie, nada —susurró, mirándola a los ojos para que ella viera que su promesa era real.

—Te amo tanto, Clive... como nunca imaginé que podía llegar a hacerlo, tú me has enseñado lo que es el verdadero amor... yo también te prometo que estaré a tu lado siempre, desde hoy y por el resto de mi vida, desde hoy me entrego a ti y seré solo tuya, siempre —expresó en medio de lágrimas de felicidad, sintiendo que su pecho apenas podía abarcar toda la felicidad que sentía.

Después de esas promesas que fueron como unos votos de amor, se fundieron en un beso que acompañó a la unión de sus cuerpos, los mismos que temblaron al sentir que se convertían en uno solo, y las emociones se desataron dentro de ellos. Aunque para ninguno de los dos era la primera vez intimando con alguien, en ese momento todo era nuevo y distinto, quizá porque para ellos ese encuentro sí significaba una primera experiencia como pareja.

La pasión los envolvió y los atrapó por completo, llevándolos a un estado de satisfacción absoluta que los hizo sentirse libres, completos y felices. Así fue como en medio de besos y caricias, comenzaron a sentir a sus cuerpos vibrar y tensarse, anunciándoles que su vuelo al paraíso estaba muy cerca, y solo fue cuestión de segundos para que ella saliera disparada y él la siguiera, encontrándose en la cima del placer.

## Capítulo 42

Dos días después de la reunión en Casa Renai, los hermanos Di Carlo y los primos Anderson se encontraban en el puerto de Livorno, acompañados por Ángela y Antonio, quienes viajarían con ellos en plan de chaperones. Luciano y Fiorella también se encontraban allí, pero solo habían viajado hasta esa localidad para despedirlos.

—Cúidense mucho, por favor —pidió Fiorella, mientras le daba un beso en la mejilla a cada uno de sus hijos.

Después se acercó hasta Victoria y la abrazó, como si fuese una hija más y le sonrió para despedirse de ella, luego le extendió la mano a Brandon entregándole el mismo gesto. Su instinto de madre le decía que esos cuatro se traían algo entre manos, se veían más entusiasmados que semanas atrás, y mucho más cercanos; sobre todo, a Fabrizio y a Victoria, pero esperaba a que se sintieran en confianza para hablar de ello y así confirmar sus sospechas.

—Espero que disfruten el viaje y no se preocupen por nada, ya le dije a Marielisa y Lucas que nos avisen de cualquier eventualidad.

—Muchas gracias, Fiorella —dijo Victoria, sonriéndole.

—Fabrizio, me llamas en cuanto termine la reunión, y ya sabes, cualquier duda que tengas por favor me avisas, yo estaré al pendiente, me gustaría acompañarte, pero ese congreso es muy importante —mencionó Luciano, buscando los ojos de su hijo.

—No se preocupe, padre, lo mantendré informado de todo, descanse estos días —respondió, dándole un abrazo para despedirse.

—Nos vemos pronto. —Fransheska llegó hasta su padre y lo abrazó con fuerza, regalándole una sonrisa de ojos chispeantes.

—Cúidate mucho, por favor —mencionó, mirándola a los ojos.

—Lo haré, papá... usted también cúidese mucho y lleve a mamá a pasear, aprovechen estos días sin hijos —comentó traviesa, recordando que cuando ellos estaban en el colegio, sus padres tenían una y mil aventuras, que después les contaban.

—Tienes razón, no nos vendría mal una salida. —Le dio un beso.

La sirena del barco anunció su salida rumbo a la hermosa isla de Cerdeña,

por lo que tuvieron que dirigirse hacia la rampa para abordar; el viaje duraría alrededor de unas cinco horas en el transbordador. Sin embargo, el paisaje era tan hermoso que bien valía la pena pasar todo ese tiempo en cubierta, dejándose envolver por los maravillosos tonos del mar que iban desde el azul profundo, al turquesa y otros tantos.

Fabrizio y Victoria se quedaron en la cubierta, abrazados mientras miraban el mar, intentando definir cuál era su color, pero no lograban acordar entre el turquesa y el esmeralda. De pronto, vieron unas siluetas debajo del agua y ella se emocionó cuando descubrió que se trataba de un grupo de delfines, que nadaban cerca de la embarcación.

Los mamíferos comenzaron a dar saltos creando un espectáculo único que captó la atención de quienes se encontraban en ese lado de la cubierta. Fabrizio estaba detrás de Victoria, rodeándola con sus brazos, contagiado por su emoción y sonrió ante la alegría que irradiaba, se acercó y le dio un suave beso en el hombro.

—Me encanta tu risa. —Le susurró al oído.

—Yo adoro la tuya, es preciosa —expresó, mientras se daba la vuelta y se perdía en sus ojos, que reflejaban hermosas luces como las del mar que los rodeaba—. Te amo, Fabrizio y estoy feliz de estar aquí contigo —agregó, buscando sus labios para besarlos.

Él no perdió el tiempo y comenzó a rozar suavemente los de ella, primero con sus labios, después con su lengua, pidiéndole permiso para tomar su boca por completo. Victoria le otorgó lo que pedía pues era lo mismo que ella deseaba, sentirlo así de cerca la llenaba de felicidad y se estaba muriendo por hacerlo desde que lo vio esa mañana.

Se olvidó de todo y solo dejó que su corazón la guiara, no existía nada más que Fabrizio llenándola de amor, adueñándose de su vida, sus brazos eran el mejor lugar que pudiese existir sobre la tierra, uno del que nunca deseaba apartarse. Se sentía tan bien percibir el calor de su cuerpo, el ritmo acelerado de su corazón, sus manos en su espalda despertando ese cúmulo de sensaciones que la elevaba cada vez que él rozaba su lengua con la suya, tan suave, tan tibia, tocando cada rincón.

—Fabrizio —susurró y hundió su rostro en el pecho de él, porque sentía que sus mejillas ardían y debía estar muy sonrojada.

Él acarició su espalda, también depositaba tiernos besos en su cabello, permitiéndole recuperar el aire, al tiempo que él también se relajaba. El calor del cuerpo de Victoria le nublabla la razón, sus labios, su boca, su olor; todo en

ella le nublaban los sentidos.

—Victoria, señor Di Carlo, los esperamos para tomar el almuerzo — anunció Angela a una distancia prudente.

Ambos se dieron vuelta para mirarla, él asintió en silencio sujetando a Victoria de la mano y caminó con ella hasta el comedor del barco. Cuando llegaron al salón Brandon y Fransheska ya estaban allí junto a Antonio, Fabrizio rodó la silla para Victoria y ocupó la que estaba junto a ella, pues ya no tenían que disimular su relación, todos los presentes en esa mesa estaban al tanto de la misma.

—¿Por fin lograron coincidir en el color del mar? —preguntó Fransheska, curiosa.

—Sí —respondió Victoria—. Es turquesa —anunció, sonriendo.

—Es esmeralda —mencionó él al mismo tiempo.

Eso provocó la risa de todos los presentes, quienes vieron como él negaba con la cabeza y Victoria lo miraba con reproche. Sin embargo, al ver lo gracioso de la situación, no pudieron evitar sonreír, Fabrizio le tomó la mano y se la llevó a los labios para darle un suave beso.

—En realidad, en estos momentos es de un tono zafiro —pronunció Antonio, pues había crecido cerca del mar.

Todos se volvieron para mirar por el gran ventanal del barco, afirmando en silencio ante la acotación del hombre, pues ciertamente las aguas del mediterráneo habían adquirido ese tono, anunciándoles también que estaban en mar abierto.

—Es del color de tus ojos. —Le susurró Victoria solo para que él la escuchara, mientras le sonreía con emoción.

Brandon y Fransheska que se encontraban más cerca pudieron escuchar lo que ella le dijo a Fabrizio, y no pudieron evitar sonreír ante su acotación. Era evidente que el amor los tenía atrapados, sumergidos en un mar de ensoñaciones y fantasía, uno igual al que ellos compartían, el amor los había atrapado a los cuatro, dejándolos a merced de las sensaciones y emociones que se le antojaran.

Antonella aún no se resignaba a dejar ir a quien, para ella, era el amor de su vida, su corazón se negaba siquiera a contemplar esa idea, porque él fue el único hombre que la trató como a una dama, como una mujer con sentimientos. Fabrizio la aceptó con sus defectos y virtudes, sin importarle ni siquiera la diferencia de edad, él le entregó lo máspreciado que tenía: su corazón.



Ese corazón que ella rechazó tiempo atrás, pero que se había propuesto conquistar de nuevo, por él sería capaz de cualquier cosa. Había llegado el momento de luchar por él, de demostrarle que lo amaba con todo su ser, y si era preciso pedirle perdón mil veces, incluso si debía darle un tiempo y esperar por él, también lo haría, estaba dispuesta a lo que fuese con tal de recuperar el amor de Fabrizio.

—Ojalá pudiera devolver el tiempo, Fabrizio... y no cometer todos esos errores que nos separaron, ojalá pudiera hacerlo, mi niño —esbozó, recordando aquella sonrisa que la cautivó, esa mirada llena de ternura y admiración ante la que no pudo resistirse, dejó escapar un suspiro de su pecho—. Sé que no puedo hacerlo, pero sí puedo reparar todo el daño que te hice, y te juro que lo haré, Fabrizio.

Desde que se enteró que él había viajado a Cerdeña, algo dentro de su corazón le dijo que eso era justo lo que estaba necesitando, él estaba confundido, eso era todo. Seguramente Fabrizio se tomaría ese tiempo alejado de todo, para aclarar sus sentimientos y comprendería que ella era la mujer de su vida, que nada había cambiado entre ellos.

Solo era cuestión de tiempo, entre tanto ella retomaría su vida y alimentaría esa esperanza; lo primero que haría sería ponerse bella para él y olvidarse de los reclamos, los reproches y las presiones. Volvería a ser la Antonella de la que se enamoró, la mujer altiva y segura que lo había conquistado, debía decir adiós a las inseguridades, pues no existía razón para sentir ese miedo de perderlo, él era suyo.

Aunque le dijo que estaba enamorado de otra mujer, eso no importaba porque sabía que lo que él sentía no era amor, solo debía sentirse deslumbrado por la novedad, pero le demostraría que no existía nadie que lo amara más que ella. Se levantó del sillón y caminó hasta el espejo de pared de su armario, dejó caer la bata que cubría su cuerpo y miró su imagen desnuda, admirándola con detenimiento, quizá no lucía tan lozana como años atrás, pero la madurez había acentuado más sus curvas, haciendo que su figura fuese irresistible.

—Aún eres hermosa... lo eres y se lo demostrarás a él y a cualquiera que se atreva a interponerse entre los dos... Si alguna mujer se creía capaz de separarlos, era una ilusa porque nadie podía darle a Fabrizio lo que le daba ella... Nadie —sentenció con arrogancia.

Un par de horas después, se encontraba lista para salir, lo primero que haría sería reunirse con sus amigas, debía acallar los rumores que quizá estarían corriendo. Para todo el mundo, Fabrizio y ella debían seguir juntos,

quizá solo estarían un poco distanciados por sus trabajos.

Su relación seguía siendo una de las más sólidas y envidiadas de la ciudad, necesitaba reforzar eso; en caso de que la mujer que intentaba separarlos fuese una conocida. Así, cuando se enterase de que ellos seguían juntos, se sentiría engañada por él, y seguramente lo hostigaría con preguntas y reclamos, situación que ella aprovecharía, claro está.

Bajó las escaleras tomando por sorpresa a su ama de llaves y su chofer, ella les sonrió y le ordenó al hombre que prepara el auto. Se dio un último vistazo en el espejo del salón, apreciando que el maquillaje había hecho milagros en su rostro ocultando las ojeras y lo demacrado que estaba, dejándola radiante, sonrió al sentirse una vez más como la Antonella de siempre.

El contrato se cerró tras dos exitosas reuniones, Brandon le ayudó a Fabrizio a conseguirlo en la mitad del tiempo, el hacer negocios exitosos era algo que el heredero llevaba en la sangre; no en vano su familia se había mantenido por tantos años firme en un mundo tan competitivo como el financiero. Los Anderson tenían ese don al estilo Rey Midas para los negocios; claro está, sin dejar de lado la habilidad de Fabrizio para convencer a los empresarios de que el negocio de su padre era el mejor y más estable.

Brandon lo observaba con atención, fijándose en la manera en que gesticulaba, su seguridad, el tono de su voz; parecía más un actor demostrando sus dotes ante un público, que un hombre intentando vender una franquicia. Por eso todos los presentes se quedaron plenamente convencidos de que aceptar el negocio era lo mejor que podían hacer, ya que las pocas dudas o resistencia que se presentaron fueron resueltas por ambos, sin la mayor dificultad.

—Muchas gracias por el apoyo, Brandon —mencionó Fabrizio, mientras conducía de camino a la casa de sus padres en la isla.

—No tienes nada que agradecer, tú hiciste la mayor parte, yo solo señalé las ventajas que como empresario veía en este negocio.

—No fue del todo así y lo sabes —acotó, mirándolo y soltó un suspiro—. A veces siento que me cuesta más demostrar las ventajas de hacer un negocio con los laboratorios, que enseñar a los chicos cómo deben leer sus libretos y mira que pongo mucho énfasis en lo primero, mientras que, en lo segundo, apenas me esfuerzo.

—Pensé que no te gustaba el teatro —comentó, tratando de disimular la impresión que las palabras de Fabrizio causaron en él.

—Dije que no era actor y que no me había subido nunca a un escenario, nunca que no me gustara el teatro... La verdad, existe cierta fascinación en mí con respecto a este; claro está, no de manera profesional sino como espectador —acotó, intentando parecer casual, aunque si era honesto, su interés iba más allá del de ser un simple asistente; sin embargo, eso era algo que no compartía con nadie, ni siquiera con su hermana.

—Entiendo. —Fue lo único que logró esbozar Brandon, aún más sorprendido ante la aclaratoria que le hizo su cuñado.

Fabrizio guardó el auto que había alquilado para su estadía allí en el estacionamiento de la hermosa propiedad, que le había sido heredada a su madre luego de la muerte de sus abuelos y que ellos visitaban al menos una vez al año. Esta tenía la típica fachada de las casas de la isla, hechas de ladrillo rojo y vigas de madera, de amplias terrazas con vista al mar, y un hermoso jardín donde sobresalían las enredaderas de buganvillas, las que apenas requerían cuidados, pues crecían de manera silvestre en las islas del mediterráneo.

Al bajar del auto vieron a Fransheska y a Victoria sentadas en la terraza, disfrutando de la fresca brisa que venía del mar, ellas se pusieron de pie de inmediato y caminaron para recibirlos. A esas alturas ninguna de las parejas se cohibía en darse muestras de afectos, aunque trataban de ser mesurados, por lo que sus gestos se limitaban a una caricia tierna y un roce de labios.

—¿Cómo les fue? —preguntó Fransheska, sujetando la mano de Brandon, mientras miraba a su hermano.

—El negocio quedó cerrado —respondió Fabrizio, sonriente.

—Felicitaciones —expresó Victoria mirándolo a los ojos.

—Sabía que ibas a conseguirlo —dijo Fransheska emocionada.

—Gracias... aunque parte del mérito debe ser para Brandon, es un genio para hacer negocios —acotó Fabrizio, con sinceridad.

—Fue un trabajo de equipo, sin tu conocimiento sobre el negocio, y la capacidad que tienes para atrapar la atención de los clientes, las cosas no se hubiesen dado... voy a pensar seriamente en ofrecerte trabajo en la sede del banco en Florencia —mencionó en tono de broma.

—Ni se te ocurra, o papá te ahorcará si lo sacas de los laboratorios —agregó Fransheska.

Todos sonrieron divertidos ante su acotación y al ver la confianza que existía entre ambos; caminaron hasta el comedor donde los esperaba la mesa servida. Durante la comida ellos contaron con más detalles lo acontecido en la

reunión; sin embargo, Brandon dejó de lado los comentarios que hizo Fabrizio antes de entrar a la casa porque veía a Victoria muy tranquila y sabía que si mencionaba algo al respecto despertaría de nuevo sus sospechas.

Dedicaron la tarde para pasear por la ciudad visitando los lugares turísticos y compraron algunos recuerdos, comieron dulces que eran los favoritos de Victoria y lo primero que buscaba al llegar a un nuevo lugar. Las horas les pasaron entre bromas, miradas cómplices, besos fugaces y palabras de amor, la felicidad que irradiaba cada uno era evidente para cualquiera que se topase con ellos.

—¿Podemos ir mañana a la playa, Fabri? —preguntó Fransheska.

—Sí... por favor —pidió Victoria, como una niña.

—Desde mañana tenemos todo el tiempo del mundo.

—Bien, entonces serás nuestro guía, hace mucho que no visito esta ciudad y es muy poco lo que recuerdo —acotó Brandon.

—Ese no es problema, las mejores playas están en Caprera, solo que debemos pasar todo el día allá, los pescadores nos pueden llevar en la mañana y pasar por nosotros en la tarde, antes de que suba la marea.

—¿Podemos ir mañana? —inquirió Victoria, realmente interesada.

—Por supuesto —respondió Fabrizio, mirándola a los ojos.

—Entonces ya tenemos destino para mañana —sentenció Brandon.

A la mañana siguiente se levantaron antes de que despuntara el alba, prepararon algunos refrigerios pues en el archipiélago no había instalaciones turísticas, solo algunos habitantes que preparaban platos típicos en los alrededores de las playas. Nada tan organizado como Cerdeña, sin embargo, el entusiasmo en ellos era tal que poco les importaba, lo único que deseaban era disfrutar del paseo.

Cuando llegaron al puerto ya los esperaba el bote, Angela, Fransheska y Victoria subieron con la ayuda de los caballeros, y cuando todos estuvieron a bordo, el capitán dio la orden de zarpar. Victoria y Fabrizio se dirigieron hacia la popa para admirar el paisaje, fueron testigos de cómo el sol mostraba sus primeros rayos, mientras la brisa marina acariciaba sus rostros.

Brandon y Fransheska por su parte, decidieron quedarse sentados en la proa, ella tenía los pies descalzos sobre el borde del bote, y su cabeza descansaba en el pecho de su novio. Miraba el cielo que poco a poco se iba iluminando, mientras Brandon le acariciaba el cabello y de vez en cuando dejaba caer besos en su frente.

—Es idéntico a tus ojos —pronunció ella, con una gran sonrisa.

—¿Qué? —preguntó él, mostrándose interesado.

—El cielo... es azul y tan hermoso como tus ojos —contestó y su sonrisa iluminó su mirada—. Tienes ojos de cielo —pronunció, y él le dedicó una sonrisa que la deslumbró por completo. Ella llevó su mano hasta el cabello de Brandon, acariciándolo con suavidad—. Y tu cabello es el sol —mencionó con la misma sonrisa.

Brandon se sintió sumamente emocionado por sus palabras, tanto que no supo qué decir; ella siempre conseguía ese efecto en él, era la única mujer que lo dejaba sin palabras. Quiso agradecerle su amor con hechos y bajó para tomar sus labios con un beso muy suave, mientras acariciaba su brazo con una mano y su cintura con la otra.

Fransheska le hizo saber su deseo de profundizar el beso, al acariciar suavemente los labios de él con su lengua, al tiempo que su mano se enredaba en el cabello dorado. Los suspiros escapaban de sus labios cada vez que Brandon rozaba con su mano el costado de su cintura, sus bocas se fundieron en un beso que hizo que todo lo demás desapareciera, y solo fueran conscientes de sus sentimientos.

## Capítulo 43

Después de más de una hora deslizándose sobre las espectaculares aguas del mar mediterráneo, la embarcación llegó a su destino ante la mirada emocionada de los ocupantes, quienes se encontraba frente a uno de los paisajes más magníficos que sus ojos hubiesen apreciado. Las hermosas y calmadas aguas del puerto les dieron la bienvenida y a lo lejos pudieron vislumbrar los picos del Monte Teialone y de Stefano Poggio, mostrando cuán grande era la extensión del archipiélago.

Los hombres fueron los primeros en bajar del bote para luego ayudar a las damas, la brisa del mar desordenaba sus cabellos y pegaba los vestidos a sus figuras mostrándolas en todo su esplendor. Caminaron agarrados de las manos, incluso Angela y Antonio, quienes también habían sido contagiados por el espíritu del amor, aunque aún no se confesaban sus sentimientos, pero por sus actitudes se podía notar que no tardarían mucho en hacerlo.

Enseguida fueron recibidos por un hombre que se presentó como Reynaldo, era amigo del capitán y sería quien se encargaría de atenderlos durante su estadía. Su mujer y él atendían un pequeño restaurant a pocos metros de la playa, preparaban almuerzos para los turistas y los llevaban hasta Cala Coticcio.

Antes de llevarlos les ofreció el desayuno cuyo fuerte eran los frutos del mar, las presentaciones de los platillos despertaron el apetito de todos y no pensaron dos veces para sentarse alrededor de la mesa y degustarlos. Los demás se hallaron sorprendidos al ver cómo Victoria le dio de comer en un par de ocasiones a Fabrizio en la boca, y él hacía lo mismo con ella, era increíble lo compenetrados que se mostraban, al menos para los demás, pero no para Brandon.

Para él fue como ver aquella escena en la casa de las tías abuelas de Victoria, cuando ella le dio de comer galletas a Terrence y su tío Stephen tuvo que llamarles la atención, pues no era un comportamiento adecuado. Sin embargo, él no diría nada en esta ocasión porque su prima se veía tan feliz, que estaba seguro de que ni siquiera si su tío estuviese vivo y la viese en ese instante se atrevería a reprocharle lo que hacía, así que sonrió e imitó su

actitud, alimentando a Fransheska.

—Esto está delicioso —mencionó Victoria, degustando una especie de pequeños pescados y crocantes.

—Son sardinas, los cocinan tan bien en las brasas que no le sientes las espinas —comentó él, comiendo casi media de un mordisco.

—Son muy ricas, recuerdo que, de pequeña, podía comer hasta ocho de estas —comentó Fransheska, tomando otra—. Hacía competencias con Fabrizio, pero él siempre me ganaba.

—Y por lo visto, hoy también nos ganará a todos —dijo Brandon, mirando el plato del joven donde se podían contar más de diez cabezas.

—Eso es porque no ha competido contra mí —mencionó Victoria, y le robó las últimas dos que quedaban en la bandeja.

Todos en la mesa rompieron en una carcajada al ver la cara de asombro de Fabrizio y esa actitud bribona de Victoria, quien una vez más sacaba a relucir esa vena competitiva que había tenido desde niña. Angela y Brandon la observaban sin poder creer el cambio que había dado gracias a su relación con Fabrizio, era como si hubiese regresado en el tiempo y en parte eso parecía, al verla junto a alguien idéntico a Terrence.

Después del desayuno las damas pasaron al baño que les ofreció Doria gentilmente, para que pudieran cambiarse, todas se encontraban ansiosas por probar las cálidas aguas; los caballeros habían ido preparados y solo necesitaban despojarse de lo que llevaban encima, así que esperarían hasta estar en Cala Coticcio. El camino hasta la playa era de media hora más o menos por un sendero de tierra y en subida que se abría paso entre las altas rocas que escondían ese paraíso.

Los enormes bloques de granito rosa que servían de marco a la playa, le daban ese toque de tranquilidad e intimidad que no poseían las ubicadas en Cerdeña. Su arena era blanca y fina, haciendo resaltar ese toque entre esmeralda y turquesa de sus aguas, que los invitaba a sumergirse en ellas en cuanto las vieron.

Victoria y Ángela aún se sentían dudosas de quitarse sus vestidos, desde que vieron los trajes de baño que compraron en Florencia por sugerencia de Fransheska, temían el momento de usarlos. Aunque la italiana lo lucía con total confianza y les decía que ambas se veían hermosas, el pudor les impedía aceptar meterse al agua con una pieza tan pequeña, que apenas cubría parte de sus cuerpos.

—No creo que deseen quedarse sentadas a la sombra y perderse de este

mar tan maravilloso —mencionó Fransheska, mirándolas.

—Por supuesto que no..., pero... pero, no sé. —Victoria se detuvo sin saber qué decir, ni siquiera comprendía por qué estaba tan nerviosa.

—Victoria, te ves espléndida, en verdad tienes una figura hermosa... no entiendo qué te da miedo —contestó desconcertada.

—Fransheska tiene razón, ustedes son jóvenes y lucen hermosas en esas piezas; sin embargo, creo que mejor yo me pondré otra cosa.

—Ángela por Dios, tú también te ves hermosa, además, hablas de ti como si fueras una anciana, apuesto a que no tienes ni treinta años —pronunció Fransheska, mirándola a los ojos para convencerla.

—Y si nos dejamos los vestidos, son ligeros... y —Ángela intentó dar con una alternativa, se moría de vergüenza de que Antonio la viese tan descubierta, imaginarlo la ponía más nerviosa.

—¿Qué es lo que te preocupa, Ángela? —preguntó mirándola a los ojos, ella bajó el rostro, sonrojándose.

—Creo que es por Antonio —murmuró Victoria.

—¿Te avergüenza que él te vea así? Pues no tienes por qué preocuparte, él, Brandon y Fabrizio también llevan puestos bañadores y ya vieron lo relajados que están —dijo, señalándolos, ellos estaban sentados a la orilla de la playa, esperando por ellas—. A ver, hagamos algo... Salimos corriendo y entramos al agua sin darles tiempo para que nos vean... ¿Te parece? —inquirió buscando su mirada.

—Me parece bien... —respondió Victoria asintiendo, miró a su amiga para llenarla de confianza, pero no pudo evitar hacerle una broma—. Ángela, lamento tener que hacerte consciente, pero de las tres, creo que tú eres la que corre más despacio —acotó, mostrándose divertida. La mujer dejó libre un suspiro y asintió en silencio.

—Ángela no te preocupes, yo los distraigo mientras tú entras al agua —agregó con una sonrisa para darle confianza—. ¿Listas? —Les preguntó, mirándolas a los ojos.

—Sí —contestaron en voz baja, al mismo tiempo.

—Ahora —pronunció Fransheska, en el mismo tono de voz, dejando que tomaran la delantera.

Angela y Victoria pasaron como rayos al lado de los chicos, quienes se sobresaltaron al ver la acción de las mujeres, ellas entraron al agua hasta alcanzar la profundidad adecuada para cubrir sus figuras. Fransheska por su parte, pasó a menor velocidad junto a ellos para distraerlos, deteniéndose solo



unos segundos para mirar a su novio.

—¿Qué hacen allí? El día es corto, debemos aprovecharlo al máximo — dijo con una hermosa sonrisa.

Brandon sintió cómo sus latidos se desbocaban al ver la figura de Fransheska que lucía extraordinaria en ese traje de baño rojo, el deseo fue como una ola que lo recorrió de pies a cabeza. Quiso ponerse de pie y estrecharla entre sus brazos, sentir cada curva de su cuerpo, pero ella salió corriendo al agua, dejándolo en medio de esa fantasía.

Los primeros en reaccionar fueron Antonio y Fabrizio, quienes se pusieron de pie con agilidad y salieron corriendo para darle alcance a las damas. Sin embargo, Brandon aún se encontraba hechizado ante la imagen de su novia; en ese instante, ella se volvió para mirarlo, regalándole una sonrisa traviesa y haciéndolo reaccionar.

Brandon fue el último en entrar al agua, de inmediato nadó hacia donde se encontraba su novia, quien lo veía sumamente divertida por su reacción. Fransheska nadaba alrededor de un pequeño islote que se encontraba en medio del agua, intentando esquivarlo, sin embargo, después de un minuto de estar jugando al gato y al ratón logró darle alcance, gracias a sus dotes de buen nadador.

—¡Te atrapé! —expresó, sonriente, amarrándola entre sus brazos.

—Ahora vivirás enamorado eternamente de mí, es el precio que se debe pagar cuando se atrapa a una sirena —acotó ella, divertida.

—Entonces lo pagaré encantado —contestó, y sin perder tiempo buscó sus labios para fundirse en un beso con ella.

Los demás habían seguido su juego con gran diversión, los caballeros celebraron el triunfo de Brandon y las damas se sentían felices al verlos tan enamorados. Fabrizio, quien se encontraba detrás de Victoria, se sumergió sin que ella lo notara y la sujetó del tobillo.

—¡Fabrizio! —exclamó ella, pues sabía que se trataba de él.

Él emergió del agua a un par de metros de donde se encontraban, demostrando que también era un experto nadador y le dedicó a Victoria una sonrisa que desbordaba picardía. Mientras tanto, Ángela y Antonio no podían evitar sonreír, al ver cómo los cuatro jóvenes se divertían haciéndose bromas mutuamente, como si fuesen unos niños.

—Te advierto que no eres el único que sabe nadar y puede hacer bromas. —Lo amenazó Victoria, con una sonrisa maliciosa.

Fabrizio se encogió de hombros ligeramente y se sumergió de nuevo, en un

instante se encontraba a su lado, su rostro lucía hermoso bañado por unas cuantas gotas de agua, con el cabello hacia atrás y con sus ojos aún más azules, hicieron que la respiración de Victoria desapareciera. Su corazón se aceleró de inmediato al ver la sonrisa que se dibujaba en su rostro, se acercó a ella y la abrazó, para luego buscar sus labios y adueñarse de ellos con tiernos toques, rozándolos apenas y despertando todas esas sensaciones que la hacían elevarse.

Ella llevó sus manos hasta los hombros de Fabrizio para sujetarse y en un instante el suelo bajo sus pies desapareció, solo era consciente del sabor de su boca, del calor de su cuerpo, de sus labios paseándose por los suyos y su lengua al recorrerlos con delicadeza. El suave movimiento de la marea los mecía, él se separó un poco de ella y bajó para darle un beso en el hombro, había deseado repetirlo desde esa ocasión en la fiesta del ministro Lambert.

Ella suspiro ante el toque y cerró los ojos, quedándose así, abrazada a él, sin decir nada, solo dejando a su corazón cantar de felicidad dentro de su pecho, cuando abrió los ojos notó que la costa se veía distante.

—¡Fabrizio! —pronunció, sintiéndose sorprendida.

—¿Sí? —preguntó, mirándola con desconcierto

—Estamos muy lejos... ¡Oh por Dios! Ni siquiera puedo tocar el fondo —acotó, y sus ojos reflejaban su temor.

—No dejaré que te pase nada, no tienes por qué temer... hace rato que estamos así —mencionó, mostrándose divertido.

—Pero... no entiendo —murmuró, desconcertada.

—Yo te sostengo... creo que soy mejor nadador que usted, señorita Anderson y también mucho más alto —agregó con esa sonrisa de medio lado, que derribaba cualquier protesta.

—Lo de la altura... pues es lógico siendo tú un hombre... ahora lo de saber nadar... tendría mis dudas —contestó en forma de reto.

—¿Ah sí? podemos probar... te soltaré —dijo, fingiendo seriedad.

—¡Fabrizio no! —respondió asustada. Él dejó libre otra carcajada y la abrazó con fuerza, pegándola a su cuerpo—. No es gracioso... —Intentó decir algo más, pero él la calló con un beso apasionado que la hizo temblar—. Fabrizio... creo que es mejor... —Habló de nuevo cuando él dejó sus labios por unos segundos.

Fabrizio se negó a renunciar a ese momento y dejar de disfrutar de sentirse tan cerca, por lo que se apoderó de sus labios de nuevo, gimiendo al sentir que Victoria no ponía resistencia. Esta vez ella se olvidó de todo y se entregó a

ese beso, se dejó llevar entregándole sus labios, abriendo su boca para sentirlo más cerca, más suyo, y los suaves roces de sus lenguas los hacían temblar.

Después de largos minutos que no lograron contar, sus labios se separaron, sus miradas brillantes y más profundas eran la muestra de lo fuerte que era el sentimiento que compartían. Ella acarició muy despacio su mejilla mientras él deslizó sus manos por el cuello, intentando que ese gesto apaciguara el fuego que corría en su interior.

Sabía que lo más sensato era regresar a la orilla y dejar de tentarse como lo estaba haciendo, pues sentir el cuerpo casi desnudo de Victoria, comenzaba a pasarle cuenta, y sería algo vergonzoso que ella notara la rigidez que se había apoderado de su hombría. Siendo médico, ya debía tener algunas nociones sobre eso y aunque en otro momento estaría orgulloso de mostrarle lo que sus caricias provocaban en él, no consideraba que ese fuese el indicado, y quizá ella podía terminar ofendiéndose, como sucedió en la cabaña.

—Sube sobre mi espalda, te voy a llevar a la orilla —mencionó, llevando las manos de ella para rodear su cuello.

—¿Cómo me vas a llevar? —preguntó sin comprender.

—Ya verás —anunció con una sonrisa. Ella lo obedeció un poco dudosa —. Toma aire y cierra los ojos, confía en mí, Victoria —agregó mirándola sobre su hombro y dedicándole una sonrisa.

—Confío en ti —dijo, mostrando el mismo gesto.

Nadaron juntos de regreso a la orilla, Victoria podía sentir los músculos de la espalda de Fabrizio tensarse en cada movimiento, así como los de sus piernas al impulsarse, mientras ella solo se dejaba guiar. Un par de veces abrió los ojos y pudo ver el extraordinario contraste del agua, la arena blanca y los rayos del sol que se filtraban a través de esta, así como la piel bronceada de Fabrizio junto a la suya, que era blanca como el nácar, su cabello castaño que se mecía con suavidad.

Emergieron antes de llegar a la orilla, él se volvió para mirarla y ella tenía una sonrisa que llegaba a su mirada y la iluminaba, se veía hermosa, su cabello dorado que lucía más oscuro, sus labios cubiertos por un hermoso tono carmín y sus ojos verdes que se mostraban más profundos, con una luz diferente. Se acercó hasta ella y le dio un beso, apenas un roce, luego la sujetó de la mano para salir, pero Victoria se detuvo y él se volvió a mirarla.

—¿Sucede algo? —preguntó, desconcertado.

—Podrías, por favor, buscarme una toalla, es que de seguro hace mucho

frío —contestó de pronto nerviosa.

—Claro no hay problema —dijo, acariciándole la mejilla, después de eso salió dejándola dentro del agua. Caminó y le pidió a Ángela lo que necesitaba. La mujer le ofreció una bata de baño color marfil, él regresó quedándose parado en la orilla—. ¡Vicky! —La llamó, ella se encontraba de espaldas y se volvió para mirarlo.

Los nervios se apoderaron de ella y la hacían dudar, porque solo se había mostrado con tan poca ropa delante de Terrence y hacerlo ahora frente a Fabrizio, era algo extraño, aunque no podía decir que fuese incómodo. Trató de relajarse y comenzó a dar pasos para salir, pero el agua se sentía más densa impidiéndole moverse con rapidez, lo que aumentó esa sensación de sentirse expuesta.

Él recorría con su mirada la figura de su novia, que lucía extraordinaria en ese traje de baño blanco, sus hermosas piernas largas y torneadas, la cintura diminuta, las caderas anchas y que al mismo tiempo mantenían la simetría con el resto de su cuerpo, los pechos llenos y firmes; en definitiva, una maravillosa visión. Aunque al parecer, ella se sentía algo apenada, porque mantenía la mirada baja y podía ver que sus mejillas estaban sonrojadas, lo que lo hizo sonreír con ternura.

—Eres hermosa —susurró, cuando se detuvo frente a él.

Ella respondió con una sonrisa nerviosa y esquivó su mirada, Fabrizio le extendió la bata para ayudarla a ponérsela, Victoria le dio la espalda y metió los brazos con rapidez dentro de las mangas, luego se la amarró, cubriéndose. Él no pudo evitar sonreír, le encantaba esa timidez que ella poseía, la hacía lucir mucho más hermosa, ella se volvió para mirarlo y comenzó a caminar, pero él le rodeó la cintura con un brazo para pegarla a su cuerpo y le dio un beso en la mejilla.

Después del almuerzo decidieron caminar un poco por los alrededores, contemplar la hermosa vista que les brindaban los riscos a lo largo de la costa. Las chicas se habían cubierto con hermosos vestidos blancos de lino, mientras que los caballeros optaron por algo más formal, entre bromas degustaron las deliciosas langostas que Doria y Reynaldo prepararon para ellos.

Regresaron a la playa un par de horas después, aún contaban con tiempo suficiente por lo que decidieron tomar otro baño, esta vez Victoria más relajada se deshizo del vestido con naturalidad. Fransheska y Brandon se quedaron sentados en la orilla, agarrados de las manos mientras observaban

cómo Antonio intentaba enseñarle a Angela a nadar, pues por increíble que pudiera parecer, ella no sabía, aunque se había criado cerca de un lago en Barrington.

—Vamos a sacar unas fotografías —comentó Brandon, quien había llevado su nueva adquisición, una lujosa cámara Kodak Brownie.

—¡Genial! —respondió su novia con una gran sonrisa mientras lo veía alejarse hasta donde habían dejado sus cosas—. ¡Angela, Victoria, chicos vengan! —mencionó, haciéndoles un ademán.

Ellos se acercaron y al ver lo que Brandon traía en sus manos, comprendieron por qué tanto entusiasmo por parte de Fransheska, parecía una niña de cinco años. Ella fue la primera a la que su novio retrató, después siguieron Fabrizio y Victoria, quienes en medio de risas, miradas cómplices y abrazos se llevaron unas veinte imágenes del rollo de cien que traía la cámara.

Luego llegó el turno de Fabrizio de ponerse detrás del lente, para sacarle fotos a su hermana y su cuñado, quienes mostrándose más maduros que Victoria y él, adoptaron mejores poses y hasta lo hicieron en distintos puntos de la playa; claro está, era Fransheska quien arrastraba al rubio a cada rincón del lugar. Ángela y Antonio también se animaron a posar para algunas fotografías, aunque ella apenas si se acercaba al italiano, pero él la sorprendió abrazándola y en una ocasión hasta le dio un beso en la mejilla, provocando las risas de todos.

Acordaron dejar unas diez fotografías para cuando regresara Reynaldo y le tomara una al grupo completo, también para hacerle una a él y a su mujer, quienes los habían tratado de maravilla. Después de eso regresaron al agua para seguir disfrutando de la playa, pero un rato después, Brandon y Fransheska decidieron dar un paseo, mientras Fabrizio y Victoria se asoleaban, tendidos sobre la blanca arena.

El sol comenzaba a caer pintando con sus colores el paisaje frente a sus ojos, trayendo del mar su maravilloso aroma en la suave brisa que mecía los cabellos castaños de Fransheska. El color de su piel había tomado ese hermoso tono bronceado que resaltaba sus hermosos ojos grises y hacían lucir sus labios con un tono carmín más intenso.

Caminaban tomados de la mano por una de las inmensas piedras de granito que flanqueaban la playa, él la guiaba con sumo cuidado, para observar desde este lugar la puesta de sol. Brandon se sentó probando que la piedra fuera estable para soportarlos a los dos, luego le extendió la mano a ella, quien la recibió con una sonrisa, sentándose entre sus piernas, y él la rodeó con sus

brazos.

—¿Sabes que estoy perdidamente enamorado de ti, Fransheska...? Que deseo quedarme contigo, siempre —respondió estrechando más el abrazo y besándola en el cuello.

Ella se estremeció ante el tacto y su corazón saltó dentro de su pecho al escuchar esas palabras, se volvió muy despacio para mirarlo a los ojos, no hizo falta que dijera nada, su mirada hablaba por ella y le pidió que la besara. Él llevó una mano hasta su mejilla acariciándola suavemente, mientras sus labios se paseaban con ternura por los de ella, poco a poco la necesidad aumentaba en ellos y se entregaron a un beso más intenso, más íntimo, cargado de pasión y ternura.

—Te amo. —Le susurró al oído—. Te amo, Fransheska... quiero que te quedes en mi vida... y quiero entregarte mi vida, porque sé que tú la cuidarás y la llenarás de alegría.

—Mi vida también es tuya, Brandon, te la di desde el mismo instante en que te dije por primera vez que te amaba, así que es completamente tuya, para que hagas lo que quieras con ella.

—Tú eres más de lo que una vez soñé, me haces tan feliz... tanto que temo que todo sea un sueño —confesó, mirándola a los ojos.

—No lo es, te aseguro que no es un sueño, es nuestra realidad.

—Pero esto es tan increíble, es como si te hubiera estado esperando toda mi vida, mi alma te reconoció de inmediato, cuando me vi en tus ojos lo supe, supe que eras tú, sin embargo, me lo negué en un principio, intenté ignorar lo que mi corazón gritaba, no sé si era miedo o escepticismo, porque pasé tanto tiempo solo, pensando que estar así era lo mejor, que mi vida era viajar de un lugar a otro, sin ataduras... hasta llegué a pensar que jamás encontraría esto, que el amor no estaba hecho para hombres como yo...

—Brandon —susurró, mirándolo a los ojos, pensando en lo triste que tuvo que ser sentirse así, aunque durante un tiempo ella también le rehuyó a todo lo que tuviese que ver con el amor, temía que la destruyese como lo había hecho con su hermano.

—Estaba tan equivocado, Fran, no tenía ni idea de lo que era la verdadera felicidad, esta que tú me entregas cada día... estar junto a ti, así como estoy ahora es lo más parecido a la perfección, y lamento tanto haber sido un cobarde, no haberte dicho desde un principio cuanto me gustabas, no haber aceptado mis sentimientos —admitió, sintiendo la necesidad de sacar eso que llevaba dentro del pecho.

—Las cosas se dieron como debían hacerlo, lo importante es que ahora estás conmigo y me has hecho la mujer más feliz del mundo, por eso deseo confiarte mi corazón, por eso me entregaría a ti sin límites... yo te amo Brandon y no tengo una certeza más grande que esa... te amo —pronunció, mirándolo a los ojos y luego lo besó con intensidad, dejando a su corazón expresar aquello que no podía con palabras.

Sus labios se fundieron, despertando emociones en sus almas y sensaciones en sus cuerpos, a través de las suaves caricias de sus manos, del roce tibio y suave de sus lenguas. Los gemidos que salían de sus pechos, los excitaban y los elevaban, haciéndolos girar dentro de un torbellino de deseo, pasión, amor y ternura.

Los besos fueron quedando en roces de labios, Brandon, más dueño de la situación, fue bajando el ritmo para evitar que el deseo que recorría su cuerpo se desbordase; lo que, por supuesto era bastante complicado, porque era un hombre acostumbrado a llevar esos encuentros hasta el final, pero con Fransheska no podía, al menos no todavía. Le acarició el rostro, besándole la punta de la nariz en un gesto cargado de ternura, luego la ayudó a ponerse de pie, al ver que ya Reynaldo se encontraba en la playa, y al parecer solo esperaban por ellos para regresar al puerto y emprender su viaje de regreso a Cerdeña.

# Capítulo 44

Fabrizio estaba una vez más tendido en su cama, con la mirada perdida entre los rayos de la luna que se filtraban por la ventana, esa noche hacía calor, así que la dejó abierta y podía ver cómo una ligera brisa movía la delgada cortina. Suspiró con desgano e intentó dormir, pero el insomnio se había apoderado de él de nuevo, odiaba esas noches cuando Marion tenía guardia porque eran las más largas y tortuosas, cada hora se le hacía eterna y dejaba una puerta abierta a su antigua vida, a esa que deseaba olvidar porque ya no le pertenecía.

Sin embargo, desde que vio a Fransheska en la estación de trenes su conciencia no dejaba de mortificarlo, y sus recuerdos llegaban con más frecuencia, en oleadas que terminaban dejándolo en depresiones que le duraban días. Estaba cansado de esa situación, pero no sabía qué más hacer, cómo cerrarle la puerta de manera definitiva a ese hombre que fue y que solo volvió para atormentarlo. Suspiró sintiendo que una vez más la batalla estaba perdida.

**28 de septiembre de 1913**

Se despertó a medianoche, dio vueltas en su cama tratando de conciliar nuevamente el sueño, pero se le hacía imposible, el rostro de Antonella estaba clavado en sus pupilas. Había transcurrido casi un mes desde la última vez que la vio, pero el tiempo lejos solo hacía que lo que sentía por ella fuese más intenso; y mientras siguiese siendo la dueña indiscutible de sus sueños y pensamientos, seguiría creciendo, porque no podía hacer nada para detenerlo, era mucho más fuerte que él y lograba manipularle hasta los sentidos.

Una vez más se desveló recordando los besos que había compartido con la mujer que amaba, deseando revivir todas las emociones que despertaba en él, los temblores y los gemidos que ella le entregó y que lo llenaban de satisfacción y orgullo. Su imaginación de nuevo fue más lejos, dejando que su deseo por ella se desbordara y comenzó a acariciarse una vez más; esa era la única manera que encontraba para lidiar con la ausencia de Antonella,



imaginando que la hacía suya.

Al día siguiente, despertó tarde como era de esperarse, al percatarse de la hora se levantó rápidamente, se metió al baño tardando solo diez minutos y salió como un rayo acomodándose la corbata por el pasillo, consciente que, de seguro, ya la misa había empezado. Para su desgracia eso sería causa para otra sanción que como mínimo lo haría quedarse en un banco a leer Dios sabe cuántos versículos y hasta qué horas.

Al llegar entró con el máximo cuidado para no hacer ruido y se sentó diligentemente en la última fila; por suerte, la madre superiora no se dio cuenta, si no hubiese volteado. Al terminar la misa, todos salieron mientras Fabrizio le daba gracias a Dios de que su retraso había pasado desapercibido, pero apenas pasaba el umbral, cuando la voz añeja de la religiosa hizo eco dentro del recinto.

—Di Carlo, ¿a dónde cree que va? —preguntó, mirándolo con severidad, pues no lo había visto antes de iniciar la misa.

—Gracias por tu ayuda, Padre —susurró, mirando una de las pinturas que adornaban la cúpula—. Ya que no pudiste liberarme de que ella se diera cuenta de mi ausencia, ¿podrías hacer que el tiempo corra y que no dejes que me duerma o mejor aún has que logré convencerla para que no me deje aquí? —pidió, con su mirada puesta en la imagen de Jesús crucificado,

—Regrese aquí, Di Carlo —ordenó, con un tono más fuerte.

—Sí, madre superiora. —Se volvió y caminó hasta ella con una de sus mejores sonrisas.

—¿Pensó que no me había dado cuenta de su llegada tarde?

—Lo siento mucho, madre superiora, sí, llegué tarde, pero no fue mi intención, es que anoche no dormí del todo bien, creo que la cena me sentó mal y fui varias veces al baño —explicó, mirándola con ojos brillantes y tratando de parecer lo más sincero posible.

—Di Carlo, no me hable de esos temas, además, si se sintió mal ¿por qué no se dirigió a servicios médicos? —cuestionó, mirándolo.

—Madre..., es que no quise despertar ni incomodar al doctor.

—Lamento su situación, pero ya sabe lo que tiene que hacer: Génesis del capítulo uno al treinta —dijo con determinación.

—Pero... madre, eso es demasiado. —Se quejó, asombrado.

—Di Carlo, no me contradiga. —Le advirtió con tono severo.

—Madre superiora... yo no puedo quedarme tanto tiempo...

—Di Carlo, Génesis del capítulo uno al cuarenta, si insiste puedo

aumentarle diez más. —Le dio la espalda para salir.

—Madre superiora, por favor, aún no estoy bien del estómago... ¿Qué haré si me dan ganas de ir al baño?

—Tiene el de la capilla, no quiero enterarme de que salió de aquí si no es para ir a mi despacho a hablar del Génesis.

—Vieja amargada —susurró, cuando la vio darle la espalda.

—¿Cómo dijo, Di Carlo? —preguntó, volviéndose nuevamente.

—Nada madre —respondió alarmado, no quería que alargara su castigo—. Que tenga feliz día —acotó con media sonrisa. Ella asintió en silencio y salió—. Grandioso, todo lo que me pasa por ti, Antonella, seguro que cuando te lo cuente en la carta te burlarás de mí —murmuró, tomando la biblia y sentándose en uno de los bancos.

Terminó de leer todos los capítulos cerca de las dos de la tarde, y la madre superiora lo retuvo casi hasta las cuatro, pues le hizo explicar lo que había aprendido. Cuando salió de la oficina tenía un hambre voraz y el cansancio hacía estragos en él, los ojos le ardían y el dolor de cabeza era insoportable, aunado a eso también estaba el sueño, que amenazaba con dejarlo con la cabeza dentro del plato o que se ahogara en la tina mientras se bañaba.

## 5 de diciembre de 1913

Por fin habían llegado las vacaciones de invierno y una vez más iba de camino a Florencia, no lo podía creer que solo dentro de unas horas vería de nuevo a Antonella; una vez más los nervios hacían estragos en él. Le escribió para decirle que llegaba ese día y que deseaba verla, pero ella no le contestó, de todas formas, se arriesgaría e iría hasta su casa.

Luciano podía darse cuenta fácilmente de la ansiedad de su hijo, pero prefirió no atiborrarlo a preguntas; al menos no de momento, aunque el movimiento de su pierna lo exasperaba, mientras que su pequeña princesa dormía tranquilamente sobre su pecho.

—Fabrizio, podrías dejar ese movimiento con tu pierna que me exaspera y no me deja concentrar, además, despertarás a tu hermana.

—¿Movimiento? ¿Cuál movimiento, padre? —Se detuvo de golpe, mientras parpadeaba, pero después de cinco minutos volvió inconscientemente a mover su pierna derecha.

—Ese movimiento —dijo, levantando la vista del libro que leía.

—Padre es que no sé, tengo calor. ¿Usted no tiene?

—Pero muchacho, cómo vas a tener calor si estamos en invierno. Si tienes calor prueba quitándote los guantes y la bufanda.

—Tiene razón, el tren va muy lento. —Desvió su mirada al paisaje.

—Va normal, no puede ir más rápido porque es peligroso, y a todas estas ¿cuál es tu apuro en llegar? —Lo miró de manera inquisidora.

—No tengo ningún apuro, padre, solo deseo llegar a casa para ver a mi madre, ¿cuánto nos falta por llegar? —preguntó, sin mirarlo.

—Tres horas más o menos —respondió, tranquilamente.

—¡Tres horas! Es demasiado —expresó alarmado.

—¿No me digas que ya has olvidado el camino, hijo? Sabes que siempre llegamos casi al anochecer cuando viajamos en esta época.

—No me haga caso, mejor trato de dormir un rato, aunque dudo que pueda hacerlo —respondió, bajando su mirada.

—Bueno, si no puedes dormir, ayúdame a buscar las fórmulas químicas de estos medicamentos —indicó, entregándole una lista y un libro que buscó en su bolso de mano.

—Padre... bien sabe que no soy nada bueno con la química.

—Tendrás que aprender a hacerlo, así que mientras tanto practica con esto, y si tienes alguna duda me preguntas, estoy para ayudarte.

Fabrizio abrió el libro y mientras buscaba las fórmulas, se dijo que mejor se hubiese hecho el dormido, el solo hecho de ver tantas fórmulas le causaba dolor de cabeza. Por más que se esmerara en no hacer sentir mal a su padre y no llevarle la contraria, no había nada en ese libro que al menos le despertara curiosidad.

Al fin llegaron a su destino, su madre los recibió entre besos y abrazos, también con una apetitosa cena. Aunque se moría de ganas por ir a la casa de Antonella, sabía que ya era demasiado tarde, seguro ella no lo recibiría y si lo hacía no le iba a gustar en lo más mínimo. Prefirió compartir más tiempo con sus padres entre conversaciones y algún que otro regaño disimulado de Luciano para que mejorara en los estudios, pero antes de que pudiera dar alguna explicación su madre lo defendía, alegando que lo dejara, que apenas llegaba a la casa como para que le estuviera hablando de Londres, que al menos lo dejara respirar.

Despertó temprano al día siguiente, sintiéndose igual de ansioso, aunque no le importaba demostrarle a Antonella cuán desesperado estaba por verla, sabía que debía esperar un poco más. Se puso de pie y se dedicó a admirar el jardín detrás del cristal empañado de la ventana; de pronto, se sobresaltó

cuando Fransheska entró sin tocar, como ya era costumbre, él se volvió y ella le regaló una sonrisa traviesa.

—Buenos días, Peter Pan ¿me acompañas a cabalgar? —pidió, tomando asiento al borde de la cama.

—No... a cabalgar no, campanita, qué aburrido —dijo, sentándose a su lado, ella hizo un puchero y se puso de pie para salir—. Mejor que sea una competencia —dijo, deteniéndola con la mano en la perilla, al tiempo que se le dibujaba una sonrisa en el rostro.

—Perfecto... ya pensaba que no querías jugar conmigo por ir a ver a tu novia —acotó, caminando de regreso hasta la cama.

—Señorita... usted en realidad nunca va a querer a Antonella, me voy a creer de verdad que es Campanita y no puede albergar más de un sentimiento en ese corazoncito —dijo, señalándole el pecho.

—No es que no la quiera, solo que siento que ella nos puede separar, sé que es absurdo, pero no puedo evitarlo —confesó, abrazándose a su hermano, quien la rodeó con su brazo—. Y Jules me dijo que cuando un chico se enamora se olvida de todo y solo piensa en su novia.

—Fran... nunca, jamás, nadie nos va a separar, sabes que, si me alejo de ti, nunca... nunca más volveré a ser el mismo porque tú eres parte de mí —dijo, mientras le acariciaba el cabello—. Y otra cosa, dile al tal Jules que deje de decir tonterías, de seguro nunca se ha enamorado —comentó, queriendo llenarla de confianza y parecer con más experiencia delante de ella.

—Quizá no lo ha hecho, aunque tiene a muchas chicas suspirando por él —mencionó, de manera casual.

—¿Y tú también suspiras por él? —preguntó con el ceño fruncido, no podía evitar sentir celos de hermano.

—¡No! Por supuesto que no, solo lo veo como a un amigo, diría que, como a un hermano, pero tú eres y serás siempre el único.

—¿Y si mamá y papá tienen otro hijo? —cuestionó, mostrando una sonrisa traviesa al ver que ella arrugaba el entrecejo.

—No lo harán, papá dijo que yo siempre sería su pequeña, así que no vendrá ningún bebé a quitarme ese lugar —aseguró, cruzándose de brazos, mientras alzaba su rostro con altivez

Fabrizio soltó una carcajada ante las ocurrencias de su hermana y la abrazó con fuerza, para él también sería su pequeña siempre y le alegraba que no tuviese ningún interés romántico en el tal Jules, porque era un chico bastante mayor para ella. Negó con la cabeza y sonrió al caer en cuenta de las

cosas que pensaba, ya que él era el menos indicado para opinar sobre enamorarse de alguien mayor.

—No sé cómo haces para poder dormir sin pijama, yo estoy que me congelo y tu solo andas con el calzón —mencionó, asombrada.

—Pues, dejo suficientes leños para que duren toda la noche, es cuestión de costumbre, campanita, ve a ponerte tu conjunto de equitación, mientras yo hago lo mismo y prepárate porque esta vez no pienso dejarte ganar. —Le advirtió mientras se ponía de pie.

—Tú no me dejas ganar nunca, solo que eres mal perdedor y no admites tus derrotas, dices que solo me dejas ganar, pero no es cierto.

—¿Ah sí? Pues eso lo veremos hoy —dijo con determinación.

Fransheska dejó libre su risa cantarina y salió corriendo hacia su habitación para prepararse, aunque afuera debía estar haciendo mucho frío, tener una competencia con su hermano siempre la animaba. Se vistió con su hermoso conjunto de equitación, se ató el cabello con una cinta y bajó, dispuesta a ganarle una vez más.

Hicieron seis carreras de las cuales, Fabrizio solo ganó dos y una vez más intentó alegar que la dejaba ganar o que ella hacía trampa, pero la verdad era que su hermana era mejor jinete que él. Era un don que tenía desde pequeña y que no sabían de dónde lo había heredado, pues sus padres apenas si montaban a caballo y no con la misma destreza.

Horas después estaba frente a la puerta de la mansión de Antonella y esperaba que Eva le abriera, ya que le había traído unos dulces desde Londres, y también deseaba tener una conversación con ella antes de ver a la mujer de sus sueños, esperando que eso le ayudase a mermar un poco los nervios. Cuando la gran hoja de cedro se abrió no se encontró con Eva como esperaba, quien le abrió fue Antonella, y eso hizo que una gran sonrisa se dibujara en su rostro, podía jurar que los latidos de su corazón se escuchaban a millas de distancia.

—¿Fabrizio? —inquirió, parpadeando y mirándolo con sorpresa.

—¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó, cuando al fin logró encontrar la voz, mientras la admiraba con embeleso.

—Sí... sí, pasa mi niño. —Él se acercó para darle un beso, pero ella lo esquivó disimuladamente—. Aquí no —susurró y lo agarró de la mano para encaminarlo a su habitación.

En cuanto entraron, ella salió a la terraza, se sentó en una de las sillas y posó su mirada en el jardín, Fabrizio sentía que ella estaba extraña y que

intentaba poner distancia entre los dos; sin embargo, él no dejaría que lo alejara. Caminó hasta ella y se puso de rodillas, llevando sus manos a sus mejillas para atraerla suavemente hasta él, logrando por fin unirse en un beso cargado de intensidad y urgencia.

El contacto de sus labios hizo que se le se erizara la piel, dejándole saber cuánto la había extrañado, entregándole sus ganas, ella intentaba separarse, pero él apenas dejaba que tomara un poco de aliento, cuando nuevamente capturaba su boca. Nunca pensó que pudiese sentir tanta pasión por otra cosa que no fuese estudiar leyes, pero definitivamente Antonella lo apasionaba mucho más; poco a poco se fue poniendo de pie, pues la posición le tenía las rodillas cansadas, ya llevaba casi quince minutos ahogándose en sus besos, perdiéndose en su mirada.

—¿Has practicado? —preguntó ella en un susurro, lo vio negar con la cabeza, la agarró de las manos para que se pusiera de pie, y la atrajo a él encerrándola en un abrazo—. Fabrizio —susurró, abrazándolo.

—Solo he pensado en ti día y noche, no podía dormir, y cuando lo hacía solo era para soñar contigo, Antonella... Antonella, muchas veces no me reconozco, no lograba concentrarme en clases. —Le confesó en susurros, mientras depositaba besos en sus mejillas.

—Pero... lo haces mucho mejor —acotó, dejando caer un suave beso en los labios hinchados de Fabrizio.

—Pues solo vivía pensando en besarte nuevamente, en probar tus labios —respondió, sumergiéndose otra vez en un largo beso.

Cuando descansaban de los besos se ponían al día de todo lo vivido en los últimos tres meses. Fabrizio disfrutaba de acariciar el rostro de Antonella mientras la escuchaba, jugaba con sus manos y daba opiniones acerca de las cosas que ella le contaba.

—Te juro que se ensaña contra mí, espera que me aprenda Las Sagradas Escrituras de memoria —dijo con tono airado, recordando los castigos de la monja—. Claro, que yo tampoco se la pongo fácil y cuestiono todo, solo para que vea que no trata con un niño.

—Creo que la madre superiora está enamorada de ti —comentó Antonella, por molestarlo y soltó una carcajada cuando vio su cara de asombro y luego de rechazo a la idea.

—Eso sería muy retorcido, podría ser mi abuela.

—Bueno, yo podría ser tu madre y aun así te la pasas besándome.

—No tienes edad para ser mi madre, apenas eras una niña cuando yo nací

—pronunció con certeza, y se acercó a ella—. Además, la madre superiora no es ni la mitad de atractiva que eres tú —dijo, acariciándola.

—Me alegra escuchar eso —dijo, sonriendo, se estremeció cuando Fabrizio deslizó su mano por su costado en dirección a su seno.

—Aunque pensándolo bien, quizá pueda proponerle practicar los besos con ella, quizá así deja de molestarme —esbozó, con picardía.

—¡Malvado! —exclamó ella y soltó una carcajada.

Las horas pasaban rápidamente cuando estaba junto a ella, y comenzaba a odiar el momento de despedirse; sin embargo, era consciente de que no podía luchar contra el tiempo, por mucho que deseara seguir a su lado. Lo hizo en medio de besos y no sin antes prometerle que regresaría al día siguiente. Al bajar se encontró con Eva, quien para su sorpresa se emocionó al verlo y lo trató como su abuela paterna, eso le hizo recordar cuando la anciana aún vivía, recibió agradecida el dulce, dándole un beso en la frente.

## **27 de diciembre de 1913**

Su madre organizó una fiesta sorpresa para el día de su cumpleaños, por lo que él no pudo ir a ver a Antonella ese día ni tampoco invitarla a la celebración, había perdido la oportunidad perfecta para presentarla a su familia, al menos como una amiga. Esa situación hizo que estuviese distraído la mayor parte del tiempo, y apenas interactuase con los invitados, personas que en su mayoría eran desconocidos, pues solo podía considerar a los Lombardi como sus amigos.

—¿Qué te sucede, Fabrizio? —inquirió Ángelo, mirándolo.

—Nada, ¿por qué lo preguntas? —respondió con tono casual.

—Pues porque apenas has dicho palabra, ¿en qué estás pensando? O, mejor dicho, ¿en quién? —cuestionó, con una amplia sonrisa.

—Necesito contarte algo, pero no puede ser aquí. Vamos al establo —murmuró, se puso de pie y caminó seguido por su amigo.

Llegaron al lugar donde Fabrizio sentía que podía hablar con tranquilidad, se acercó a su hermoso caballo marrón, ese que pocas veces compartía con su padre. Soltó un suspiro mientras le acariciaba la crin, recibiendo en respuesta un relincho por parte de Titán.

—Bien, ¿dime qué sucede, por qué tanto misterio?

—Antes tienes que prometerme que no le dirás ni una palabra a nadie. —Le advirtió, mirándolo a los ojos.

—¿Así de seria es la cosa? —Comenzaba a preocuparse, lo vio asentir con firmeza—. Está bien, prometo no decirle nada a nadie.

—Tengo una relación con Antonella Sanguinetti —soltó todo de una vez, porque sentía que así era más sencillo.

—Espera... ¿Sanguinetti? ¿La viuda del viejo Doménico Sanguinetti? —preguntó Ángelo, parpadeando.

—Sí —respondió, afirmando con su cabeza mientras lo miraba.

—¡Vaya! Amigo..., pero... —Ángelo intentaba entender la situación, pues le parecía increíble—. Fabrizio, esa mujer tiene veinticinco años, aunque es muy hermosa, claro está, pero las personas comentan que ella es... —Ángelo calló, no quería lastimarlo.

—Lo de la edad es lo de menos, no me importa que sea mayor, ni que sea viuda... Antonella es una mujer increíble y estoy enamorado.

—¿Enamorado? ¿No es un poco apresurado para hablar de amor? —preguntó con algo de asombro, mientras lo miraba a los ojos.

—No, no lo es... yo la amo y ella también me ama.

—Fabrizio..., amigo, las mujeres como no se enamoran de chicos como nosotros. —No deseaba quitarle la ilusión, pero era su amigo y no quería que esa mujer le rompiera el corazón.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Acaso la conoces? —cuestionó con rabia, odiaba que las personas juzgaran a otras sin conocerlas.

—No, no la conozco..., apenas la he visto un par de veces en Florencia, pero las personas hablan, Fabrizio... dicen que ella se casó con el viejo Sanguinetti por interés y que cuando este murió, se dedicó a llevar una vida de libertinaje con varios amantes.

—Todo eso es mentira, Antonella no es así... ella es especial, es...

Se detuvo a escuchar un sollozo, miró detrás de él y pudo ver a Alessandra, la hermana de Ángelo, quien le dedicaba una mirada de resentimiento. Separó sus labios para decirle algo, pero ella solo salió corriendo, y algo dentro de él lo hizo consciente de que acababa de romperle el corazón, salieron corriendo detrás de ella para intentar darle una explicación o consolarla; la encontró sentada en un inmenso árbol hueco, donde su diminuto cuerpo cabía perfectamente.

—Alessandra, ¿qué pasó? ¿Por qué saliste corriendo de esa manera? —preguntó, poniéndose de cuclillas para estar a su altura.

—No pasa nada Fabrizio, solo no me hables.

—¿Estás molesta? ¿Se puede saber por qué? —inquirió, mirándola.



—No te hagas el idiota —dijo con rabia, limpiándose el llanto.

—No... no me hago el idiota, solo quiero saber por qué me hablas de esa manera, se supone que somos amigos y yo no te he hecho nada.

Se sentó en el suelo y ella salió del hueco, se arrodilló frente a él, y en un movimiento rápido posó las manos en sus mejillas, para luego unir sus labios a los de él, dejándolo sin poder coordinar. Respondió por instinto al beso, sintiéndose impresionado pues la hermana menor de su mejor amigo sabía besar y muy bien, pero al ser consciente de que era ella a quien besaba, se apartó del contacto.

—Por eso, porque me gustas Fabrizio, me gustas desde hace mucho, desde hace tanto que no podría decirte con exactitud desde cuándo —confesó con voz entrecortada y la garganta ahogada en lágrimas, mientras lo miraba a los ojos.

—Aless... Alessandra... —Él sentía que los nervios viajaban dentro de su cuerpo, no sabía qué decirle.

—Y ahora resulta que tú estás con una mujer mayor, Fabrizio, esa mujer no puede quererte de verdad, solo te utiliza para distraerse, para pasar el tiempo... y va a romperte el corazón.

—Alessandra, sabes que te quiero mucho, pero solo te veo como a una hermana... y sí, estoy con una mujer mayor a la que amo. Lo siento, de verdad lo siento, pues no era mi intención hacerte daño —expresó, mirándola a los ojos, queriendo consolarla.

—No quieres, pero lo haces, me estás lastimando y todo por una mujer que te usará y te dejará cuando se canse de ti —vaticinó, sintiéndose furiosa al ver que él estaba cegado por esa mala mujer.

—Eso no pasará nunca porque ella me quiere, ella me amaba, así como yo la amo a ella y vamos a estar juntos para siempre —mencionó con determinación, queriendo convencerse a sí mismo, que eso sería así—. Ahora mejor me voy, le diré a Ángelo donde estás para que venga a buscarte —dijo, poniéndose de pie para regresar a la fiesta.

De pronto sintió una gran presión en su pecho, era la primera vez que alguien cuestionaba su relación con Antonella, pues su hermana siempre se había mostrado comprensiva y optimista, llenándolo de seguridad. Solo la mujer que amaba había intentado persuadirlo para hacerlo desistir de ese sentimiento, pero eso fue al principio, ahora todo era distinto, ella le había demostrado que su relación era posible, y él juraba por Dios que lucharía cada día hasta conseguir que Antonella fuese su mujer y la madre de sus hijos.



# Capítulo 45

05 de enero de 1914

El invierno enfriaba un poco menos que los años anteriores según su juicio, le parecía mentira que dentro de pocos días se cumpliría un año de conocer a Antonella, esa fecha la llevaría con él hasta el día de su muerte; el doce de enero de mil novecientos trece. Fue el día que sus ojos se toparon con la mujer más hermosa del mundo, de la que se había enamorado perdidamente; también, había tenido la dicha de probar sus labios y acariciar su cuerpo, aunque en pocas partes y pocas veces, ya que ella no lo dejaba ir más allá, pero estaba seguro de que cedería y que pronto terminarían entregándose.

Mientras revivía todo lo acontecido ese año, dirigía sus pasos a la hermosa mansión florentina; fue recibido por Eva, a la que le había tomado un gran cariño y al parecer, ella también empezaba a tenerle aprecio. Desde hacía un tiempo no necesitaba esperar a que lo anunciaran, así que subió las escaleras y siguió por el pasillo, llegó hasta la puerta, abriéndola sin llamar; como era de esperarse, Antonella estaba en la terraza poniéndole un poco de agua a sus pájaros.

Le extrañó verla llevando aún su ropa de dormir y una manta que la cubría del frío, pues ya eran casi las dos de la tarde, suponía que quizá había tomado una siesta o se había desvelado la noche anterior. Se dedicó a admirarla, aprovechando que ella no había notado su presencia, su mirada se paseó por el hermoso rostro bañado por la luz de la tarde, su cabello suelto y su esbelta figura.

—Si sigues saliendo con poca ropa te vas a resfriar —acotó para hacerse notar, mientras le dedicaba una hermosa sonrisa.

—Hola niño ¿cómo estás? —preguntó, cubriéndose con la manta, pues solo llevaba encima su camisón, —. Dame un minuto, me cambio y estoy contigo —dijo, pasando de largo para ir hasta su vestidor.

—Antonella. —La llamó, tomándola por una mano, la hizo acercarse y le depositó un suave beso en los labios.

—Ya regreso, solo voy a ponerme algo decente. —Ella se separó y Fabrizio la miró a los ojos, con tanta intensidad que la hizo temblar.

—Me gusta verte así —susurró con una sonrisa seductora.

Se puso frente a ella cerrándole el paso y llevó sus manos a las mejillas mientras se ahogaba en la mirada gris, esa mirada que ejercía tanto poder sobre él. Cerró los ojos lentamente y se fundió en un beso profundo, lento agonizante; estaba más alto, por lo que le tocaba bajar un poco la cabeza, pero la ternura y la inocencia aún reinaba en sus movimientos, en su mirada, en cada una de sus palabras y su sonrisa.

Ella llevó sus manos al pecho de Fabrizio que emanaba un calor confortante y sintió como él bajaba sus manos de las mejillas a los hombros. No supo en qué momento las movió y las tenía debajo de la manta, amarrando su cintura y adhiriéndola a su cuerpo, podía sentirlo tibio, tembloroso, de seguro por las sensaciones que despertaba en él tenerla más cerca que nunca.

La fina tela no se interponía demasiado entre el cuerpo de él y el suyo, hasta el momento no habían tenido tanta intimidad, ya que siempre estaba vestida, con corsé de por medio. Gimió cuando él llevó sus manos temblorosas hasta sus senos, y comenzó a acariciarlos dudando al principio, pero con certeza después de que la sintió temblar.

Las caricias de Fabrizio hacían que la piel se le erizara y sus pezones ya comenzaban a tensarse, aún no comprendía cómo un niño le despertaba tantas sensaciones y emociones. El movimiento de los cuerpos hizo que la manta cayera al suelo, y ella se sintió expuesta ante él, no en un sentido físico que era el más evidente, sino en un sentido más espiritual, era como si se hubiese caído su coraza.

—Antonella... Antonella —susurró, mientras besaba su cuello, sentía que necesitaba mucho más de ella.

El despertar sexual de Antonella fue muy prematuro y abrumador, solo era una chica cuando comenzó su vida marital; y Doménico, a pesar de tener cuarenta y seis años, era un hombre muy fogoso, por lo que intimaban con mucha frecuencia. La acostumbró a llevar ese ritmo de vida y para ella no fue fácil cumplir con el período de abstinencia que el luto demandaba, en menos de un año se vio cediendo a la tentación y yaciendo con desconocidos, que calmaran sus ansias.

Por eso resistirse todo ese tiempo solo jugando a los besos, había sido un verdadero calvario para ella, aunque se esforzaba por mantener la distancia, sentía que ya no podía más. Fabrizio había aprendido a seducirla y complacerla, sabía hacerlo y muy bien, de seguro porque era lo único que le permitía, pero se moría por enseñarle a desempeñarse en otros aspectos, unos

más íntimos.

—Fabrizio —susurró en medio de un gemido, mientras temblaba.

Se apartó lentamente del beso, poco a poco fue apartando su cuerpo del suyo, hasta estar completamente separados. Lo miró a los ojos, con la intención de resistirse una vez más y decirle que hasta allí estaba permitido, que continuar sería una locura.

Él sabía lo que esa distancia significaba, así que trató de calmarse y de hacer que la temperatura de su cuerpo bajara, porque sentía que por dentro estaba ardiendo. Desvió la mirada hacia el jardín para no ponerla en el cuerpo de Antonella, consciente de que solo llevaba puesto un delgado camisón y que si la veía se le haría imposible seguir controlándose, porque la deseaba con intensidad.

Dio un paso para alejarse cuando ella lo sujetó de la mano, ese toque causó en él una descarga eléctrica que alertó cada partícula de su ser y lo hizo volverse para mirarla. Al hacerlo, su vista se clavó en sus pechos erguidos, se podían apreciar fácilmente debajo de la seda blanca y quiso tocarlos una vez más.

Antonella se rindió ante sus instintos y lo llevó al lado de la cama, mientras se miraban a los ojos, manteniéndose en silencio porque los dos sabían que una sola palabra podía arruinarlo todo. Ella le quitó la chaqueta, lanzándola cuidadosamente a un lado, sus manos se posaron en el pecho de él, se acercó lentamente y lo besó, al tiempo que le quitaba la corbata con suma facilidad, y sin perder tiempo sacó la camisa que llevaba por dentro del pantalón.

Fabrizio la veía fijamente mientras ella desabotonaba su camisa y pensó que de un momento a otro colapsaría, porque no podía sentir su corazón a causa de su acelerado palpitar, solo sabía que estaba ahí por el dolor que este producía con sus latidos. No podía respirar, así que abrió a medias la boca para no asfixiarse, él, que muchas veces se había sentido seguro, ahora no tenía la más remota idea de qué hacer.

Antonella había bajado todas sus defensas, como tantas veces deseó que lo hiciera; sin embargo, él no podía moverse, solo estaba allí, estático mientras las miradas estudiadas que ella le dedicaba lo ponían más nervioso. La camisa cayó detrás de él haciéndolo temblar y se moría porque ella dijera algo para infundirle seguridad, pero lo único que hacía era mirarlo, quizá esperando que se intimidara y saliera corriendo de allí, que se comportara como un niño y le diera la razón.

Antonella intentaba convencerse de que él estaba listo para vivir todo eso y que ella también lo estaba, por eso no dejaba de mirarlo, para alejar cualquier duda que pudieran sentir. Se acercó y posó sus labios sobre el pecho desnudo de Fabrizio, quien emitió un sonido gutural, después apretó los dientes con fuerza y todo su cuerpo tembló, ella fue creando un camino de besos por su abdomen, que subía y bajaba desesperadamente entre temblores.

—Antonella... me quemas... siento que puedes quemarme con tus besos, con tus caricias. —Logró decir con voz entre cortada, y sus dedos se enredaban en las hebras castañas, descansando sobre su cabeza; solo eso, descansaban, no hacían ninguna presión, cerró los ojos, mientras ella seguía dándole esos besos que eran tortura y placer.

—Yo he estado mil veces en este fuego, tú te quemas por primera vez, ese calor en tu cuerpo es normal, no te pasará nada malo —susurró, deslizando sus manos por el pecho que a pesar de ser el de un chico, no dejaba de ser atractivo, por eso siguió besándolo.

—Me incendias la piel... sintiendo que voy a estallar —pronunció, y sus labios tiritaban, pues era consciente de cuán tenso estaba su miembro, justo como cuando se descargaba.

—No lo harás aún —susurró ella, más conocedora de las señales que le indicaban cuando un hombre estaba por derramarse, subió para besar sus hombros y alejarse de esa parte de él, no podía presionarlo tanto, porque esa era su primera vez, sin embargo, no pudo evitar pasar lentamente su lengua por su clavícula porque lucía muy provocativa, se detuvo por unos segundos—. Me encantan tus hombros, Fabrizio, no son pecas, son lunares, tienes muchos lunares y se ven hermosos, provocativos —dijo, mordiéndole suavemente el hombro y sonrió con malicia cuando lo escuchó entregarle un gemido profundo.

—No sé qué hacer —confesó, con la mirada cristalizada.

—Bésame... bésame, pierde el miedo... Haz lo que ya sabes y lo demás se irá dando —dijo, mirándolo a los ojos.

Él apenas si podía tomar entre sus labios la boca de Antonella, los nervios no lo dejaban, se acercó y le daba apenas toques de labios temblorosos, mientras ella desabrochaba su pantalón. Este cayó a sus pies, y sin mucho esperar también cayó su ropa interior, instintivamente se llevó las manos a su masculinidad, Antonella al sentir el movimiento hecho por Fabrizio se alejó un poco y llevó sus manos a las de él.

—No hay nada de malo, quítalas —mencionó, apartando sus manos

suavemente, él bajó la mirada mostrándose apenado, y ella fijó su vista allí, notando que estaba sumamente despierto—. ¿Estás seguro de que tienes quince años? —preguntó, pícaramente, mientras le daba un beso en el cuello y lo sintió temblar.

—Sí, ¿por qué? —inquirió, mientras ella acariciaba su espalda.

—Por nada... solo, no quiero imaginarme cuando tengas veinte —respondió con media sonrisa, se acercó más a él abrazándolo—. Eres hermoso Fabrizio, vas a ser un hombre único.

—Para ti Antonella, a los veinte, a los treinta, cuarenta, cincuenta y hasta que mi corazón deje de latir, seré para ti —aseguró, mirándola a los ojos y le entregó un beso profundo y desesperado, sintiendo cómo aumentaban las pulsadas en su miembro ante el roce que le brindaban las manos de ella—. Antonella... tengo que hacer algo... necesito aliviarme, por favor..., siento que no puedo más —suplicó entre besos.

—Dame un minuto —respondió, se alejó y rápidamente se llevó las manos hasta los tirantes de su camión, los bajó y la prenda cayó a sus pies, dejándola completamente desnuda delante de él.

Los ojos de Fabrizio se abrieron de manera desorbitada, porque era la primera vez en su vida que veía a una mujer completamente desnuda, ya antes había visto pinturas y dibujos, pero nunca una real. Algunos de sus amigos se lo habían comentado, pero no se comparaba con lo que tenía enfrente, simplemente no había palabras para describirlo.

Ella era tan hermosa y perfecta que por un momento sintió que era demasiada mujer para él, como le había dicho Ángelo en tono de broma, pero ahora lo creía en serio. Antonella tenía las piernas largas y torneadas, las caderas anchas y la cintura delgada, sus senos tenían una asimetría perfecta, eran blancos y de pezones rosados, daba la impresión de ser un reloj de arena, era la perfección hecha mujer.

—¿Ya? —preguntó, entre temeroso e impaciente, acercándose a ella antes de que descubriera que todo eso era un sueño.

—Un momento, Fabrizio, aún no estoy lista y si no lo estoy te dolerá y puedes lastimarme —dijo, besándolo nuevamente.

Se volvió de espaldas a él y se pegó a su cuerpo, necesitaba sentirlo y sacarse de la cabeza el hecho de que solo tenía quince años, por lo que le agarró las manos y se las llevó hasta los senos, enseñándole cómo debía tocarlos. Cerró los ojos y suspiró, sintiendo como él le daba besos en el cuello, pero no se entretuvo mucho tiempo en eso, la giró y buscó con

desesperación sus senos, haciéndola explotar en gemidos.

—Vamos a la cama —susurró, sujetándole el rostro para mirarlo a los ojos, buscando darle un poco de calma a ese encuentro.

Lo sujetó de una mano mientras se dejaba caer lentamente en la cama, con las piernas entre abiertas para que él tuviera espacio, lo sintió apoyar solo parte de su peso sobre ella, y eso la hizo sonreír, porque la estaba tratando como si también fuese su primera vez. Ella le acarició la espalda con una mano, pues él estaba muy tenso, luego metió la otra entre sus cuerpos y sea apoderó de la masculinidad de Fabrizio, la frotó contra su humedad para lubricarla un poco.

Fabrizio sintió que un estremecimiento lo recorría por completo y un extraño sonido salió de su garganta, fue más profundo que los gemidos que había liberado antes y sintió como si hubiese salido de lo hondo de su pecho. Todo dentro de su ser clamaba por hundirse en el centro húmedo y cálido de Antonella, pero ella lo mantenía cautivo en su mano, haciendo que la desesperación se apoderara de él.

—Fabrizio vas a entrar, pero poco a poco, por más que quieras hacerlo de una vez, no puedes, me lastimarías, tiene que ser lentamente. —Le susurró, casi rozándole los labios y mirándolo a los ojos.

Él lo hizo tal y como Antonella le había dicho, no sintió nada de dolor, solo un poco de presión y una pequeña corriente eléctrica que lo recorrió de arriba abajo. Sin embargo, tuvo que apretar los dientes para retener su liberación, pues estaba a punto de irse.

—Ahora solo has lo que tu cuerpo te pide —susurró, al tiempo que sus manos se aferraban a la espalda de él, y cuando sintió la primera embestida, no pudo evitar morderle el hombro, aunque levemente.

Fabrizio empezó a cabalgar a Antonella rápidamente, hasta que sentía que se quedaba sin aire y que el corazón iba a estallarle, se cansaba y reducía sus movimientos por segundos, luego volvía a hacerlo ágilmente porque creía que podía darle mucho más. Temblar se había convertido en algo sumamente placentero, podía sentir que Antonella, en medio de sus movimientos, lo succionaba y eso hacía que una lluvia de temblores recorriera su cuerpo y se cubriera de sudor.

No supo por qué en ese momento lo atacaron unas inmensas ganas de llorar, como si dentro de él se hubiese abierto una presa y un instante después su mente se nubló por completo, no podía oír, no veía, no hablaba. Solo sentía como si cayese por un precipicio, o como si un rayo le cayera encima, pero no



tenían el poder suficiente para causarle daño, de pronto, llegó su liberación en medios de espasmos y gruñidos que le rompían el pecho.

Antonella realmente estaba disfrutando de ese encuentro, pues a pesar de ser la primera vez de Fabrizio, el ímpetu con que se movía la estaban llevando a rozar el clímax con sus manos. En ese instante se olvidó de la diferencia de edad, de los prejuicios morales, se olvidó de todo el mundo, solo fue consciente de que eran un hombre y una mujer disfrutando del acto más poderoso, íntimo y placentero que existía.

—Te amo, Antonella... te amo —susurró con la voz temblorosa y entrecortada por el llanto que se acumulaba en su garganta.

Ella no le respondió con palabras porque luego de que la bruma del placer abandonó su cuerpo, la realidad la golpeó de nuevo, así que solo le acarició el rostro y dejó caer varios besos en los labios rojos y temblorosos de Fabrizio. También sentía ganas de llorar, y era porque ningún hombre la había tratado de esa manera, ni su difunto esposo ni los amantes que tuvo después, solo ese hermoso niño al que acababa de hacer hombre y que le había jurado que sería suyo para siempre.

Después de un rato estaban acostados uno al lado del otro, él le acariciaba el hombro, aún no podía creer que su primera vez hubiera sido así de maravillosa y única. Sus cuerpos se habían acoplado a la perfección, lo que lo hizo pensar en que eran un rompecabezas donde ellos eran las dos piezas principales que encajaban perfectamente.

Nunca en su vida se había sentido tan cansado, pero bien valía la pena cada sensación vivida, cada palabra, cada sonido producido por los cuerpos era único y seguía grabado en su memoria. En un movimiento se mudó al otro lado de la cama, tomando uno de los pies de Antonella y empezó a besarlos, cada uno de los dedos y subiendo lentamente, alternándolo con caricias.

Ella lo miraba sonriente, mientras se incorporaba hasta quedar sentada, estiró su mano para acariciarle la mejilla, él le atrapó la mano y comenzó a besarla, para luego halarla hacia él. Se dejó arrastrar por él, pero una vez más tomaba el control de la situación, posó las manos sobre su pecho, haciéndolo sentar para luego acomodarse sobre él, quedando a horcajadas.

Comenzó a besarlos rozando su lengua con la de él, mientras se movía lentamente para despertarlo, no le llevó mucho tiempo para que estuviera listo. Lo llevó a su interior y se entregaron nuevamente al desenfreno, esta vez Fabrizio se mostró más seguro, más confiado, recorría y apretaba cada centímetro de la espalda de Antonella con sus manos, enredaba sus manos en

los cabellos de ella y se ahogaba en su boca, haciéndola sentir como cualquier hombre con experiencia.

Acabaron rendidos, con las respiraciones agitadas y los corazones a punto de reventarse por lo rápido de sus latidos; ella se dejó caer hacia atrás llevándolo consigo, lo dejó descansar sobre su pecho mientras le acariciaba la espalda. Se sumió en sus pensamientos y de manera inevitable la llevaron al recuerdo de las otras veces en las que había intimado con Doménico, con Adriano u otros hombres a los que apenas recordaba; su cama en algún momento se convirtió en una estación de trenes, donde muchos pasaban, pero ninguno se quedaba.

De pronto sintió que la respiración de Fabrizio se hacía más lenta, bajó su rostro para mirarlo y vio que se había quedado dormido, lucía tan tierno, inocente y hermoso, que hizo que su corazón doliera. Se dedicó a mirarlo algunos minutos, pero al ver que ya se hacía tarde, no tuvo más remedio que despertarlo, lo hizo con suaves besos que dejó caer en su cabello y caricias que recorrían su espalda.

—Fabrizio..., Fabrizio debes levantarte, tienes que regresar a tu casa —susurró, y se movió para liberarse de su peso.

—¿Qué hora es? —preguntó adormilado, mientras parpadeaba.

—Ya es tarde..., entra al baño y lávate el sudor del cuerpo.

—¿Tú no vienes conmigo? —pidió, deseoso de seguir junto a ella.

—No, debes hacerlo solo y darte prisa —respondió, salió de la cama y caminó hacia su armario para buscar algo que ponerse.

Ella también necesitaba asearse, pero sabía que si entraba a ese baño con él nada evitaría que tuvieran sexo de nuevo. Lo vio salir cinco minutos después, llevando una bata de baño, ella salió al balcón mientras se vestía, regresó cuando ya estuvo listo.

—Federico te llevará, así llegarás más rápido —dijo, mirándolo.

—Gracias, estaré aquí mañana a la misma hora... hasta entonces, soñaré contigo y con lo que vivimos. Te amo, Antonella.

Ella le dio un breve beso para despedirlo, junto a una sonrisa que iluminaba su mirada, luego lo llevó hasta la puerta y lo vio alejarse.

Fabrizio apenas pudo probar bocado durante la cena, la excitación del momento vivido aún estaba latente en él, tampoco podía mirar a su madre a la cara, ni siquiera podía hablarle, sentía vergüenza. Qué decir de su hermana, a quien desde ese día comenzó a ver más niña, si alguna de las dos le hablaba él solo le respondía con monosílabos.

Al parecer su padre sospechaba lo que había sucedido porque no dejaba de mirarlo y al terminar la cena, le pidió que lo acompañara al despacho a ayudarlo con algo del laboratorio. Fabrizio no pudo negarse porque sabía que quizá eso levantaría más sospechas; estando en el despacho no podía concentrarse en los formularios, debido a que los recuerdos de esa tarde lo asaltaban y lo hacía sonrojarse.

—Fabrizio... Fabrizio. —Lo llamó, mirándolo con suspicacia.

—¿Sí?... sí, padre, dígame —respondió, sin mirarlo.

—¿Encontraste la fórmula que te pedí? —No le interesaba si lo había hecho, solo quería que lo mirara a los ojos.

—Yo... verá... no, la verdad, no padre —contestó, pasando las hojas del libro y enterrando la mirada en estas.

—¿Te pasa algo? Te noto distraído, pensativo y... y muy sonriente —acotó extrañado, mientras dejaba el libro a un lado.

—No... no, padre estoy bien... bueno tengo un dolor de cabeza, me gustaría que me diera permiso para retirarme. —Cerró el libro.

—Bueno, está bien, ve a descansar que ya es tarde.

—Gracias, padre, usted también debería descansar —sugirió, y se volvió, soltando un suspiro de alivio mientras caminaba hacia la puerta.

—Alfonso. —Lo llamó una vez más, viendo cómo se tensaba.

Fabrizio se giró para ver a su padre, quien lo miraba una vez más por encima de los anteojos, con esa mirada que le destrozaba los nervios y que podía jurar que conseguía ver dentro de él.

—¿Tienes que contarme algo? ¿Te ha sucedido algo fuera de lo normal hoy? —Fue más directo, para confirmar sus sospechas, pues como hombre, casi estaba seguro de lo que su hijo había vivido.

—No... no, padre, todo está igual que siempre —respondió y la voz le vibraba por los nervios—. Con su permiso, me retiro.

Salió rápidamente antes de que su padre siguiese con su interrogatorio, y terminase descubriendo lo que había pasado, subió a su habitación y se dio un baño, dejando que sus manos imitaran las caricias que le había entregado Antonella. Como era de esperarse, le estaba siendo difícil conciliar el sueño, no podía dejar de pensar en ella y en la madrugada lo asaltaron unas ganas inmensas de escaparse e ir a su casa, pero se recordó que debía mantener la cordura; al fin se quedó dormido cuando comenzaba a amanecer.

—Buenos días, Fabri, despierta —mencionó su hermana, para despertarlo, pues eran casi las diez de la mañana y él seguía durmiendo.

—Fran... Campanita —pronunció, halando rápidamente la cobija para cubrirse—. ¿Por qué no llamaste antes de entrar? —Se puso de pie, tapándose con una de las almohadas, pues su miembro había sufrido las consecuencias de sus sueños y estaba muy tenso.

Fransheska frunció el ceño al ver ese repentino ataque de pudor por parte de su hermano, además, de su molestia por haber entrado de esa manera, se suponía que ya debía estar acostumbrado.

—Porque nunca lo hago —respondió, mirándolo con curiosidad y caminó hacia él—. ¿Y de cuando acá te cubres?

—Es que hoy hace mucho frío, voy al baño y ya regreso. —Huyó sintiendo que su rostro se cubría de carmín por la vergüenza.

Ese día la llevó al teatro y de ahí se fue a la casa de Antonella como ya era costumbre, pero esta vez estaba mucho más desesperado por llegar. Entró a la habitación rápidamente y caminó hasta ella sin siquiera saludar, la amarró en un abrazo y comenzó a besarla desesperadamente.

—Anoche... No pude dormir..., pasé toda la noche deseando este momento —habló entre besos y con la voz agitada, mientras se desvestía. La llevó de la ventana a la cama y con manos temblorosas empezó a desnudarla—. Ayúdame... No sé cómo haces para usar tanta ropa —pidió con premura, sin dejar de besarla.

—Fabrizio, ten calma —respondió ella, ahogándose en un gemido.

—No puedo... no puedo —respondió, adhiriéndola a su cuerpo.

Terminaron por fin de desvestirse e hicieron nuevamente el amor, poniendo en práctica nuevas caricias y besos; haciéndolo de otras maneras, con más pasión y menos cuidado. Cuando a él lo invadía el espíritu de la lujuria y el desenfreno era totalmente distinto, sus pupilas se oscurecían hasta parecer un cielo en plena tormenta.

Antonella no podía luchar contra esa poderosa fuerza, ni contra el deseo que se desataba en su interior, porque él le hacía sentir que no había diferencia entre los dos. Y el sexo se volvía extraordinario, llevándolos al punto más alto, hasta allí la dirigía el hombre que habitaba en Fabrizio, pero después este desaparecía y despertaba nuevamente el niño, el de la mirada llena de ternura e inocencia, esa que parecía un cielo despejado, un mar en calma, el que le susurraba palabras de amor, de cariño, de anhelos y promesas al futuro.

## Capítulo 46

Al día siguiente regresarían a Florencia, así que decidieron hacer algo especial para su última noche en la isla, por lo que las mujeres se habían encargado de preparar deliciosos platillos con frutos del mar. Mientras los caballeros acomodaban la terraza para cenar al aire libre, con la hermosa imagen de la luna reflejada en el mar mediterráneo. Cuando todo estuvo preparado, salieron para comprar algunas cosas que hacían falta y tener un detalle especial con ellas.

Bajaron al mercado y compraron dos botellas de vino de la variedad de uvas vermentino o como se le conocía allí en la isla, «pigato» y que era propia de esa región de Italia. Antonio también sugirió llevar una botella de digestivo y Fabrizio seleccionó una de grappa; mientras que Brandon, con un espíritu más romántico, caminó hasta una floristería para llevarle flores a Fransheska y los otros dos siguieron su ejemplo.

Se presentaron ante ellas cada uno con un hermoso ramo de rosas amarillas y blancas; los que ya eran novios oficiales no tuvieron problemas en brindarse muestras de afecto. Sin embargo, Ángela se sonrojó al recibir el bello arreglo de manos de Antonio, quien se las ofreció con una sonrisa; los demás disfrutaron la escena, evitando hacer algún comentario para no incomodarlos.

Ellas pusieron los ramos en un hermoso jarrón, uniéndolos todos en un bellissimo arreglo que adornó el centro de la mesa y procedieron a tomar asiento. Ellos alabaron la comida, pues estaba realmente exquisita, más viniendo de las manos de las dueñas de sus corazones, aunque no hicieron falta algunas bromas y así fue pasando la velada.

—Quisiera... —Antonio se levantó después de armarse de valor.

Los presentes posaron sus miradas en él, haciéndolo sentir algo intimidado y que se quedara en silencio, pero su mirada se posó en Ángela. Ella tenía el rostro cubierto de un hermoso sonrojo y luchaba por parecer tranquila, pero él sabía que también estaba nerviosa.

—Quisiera hacer un brindis y agradecerles por esta velada, por los maravillosos días que hemos compartido... —Se detuvo al no saber qué más decir, los nervios no lo dejaban pensar.

—Muchas gracias, Antonio —mencionó Brandon con una sonrisa.

—Nosotros también estamos felices y agradecemos la compañía de todos los presentes... pero —dijo Fabrizio, mirando a Antonio, quien alzaba su copa y le esquivaba la mirada—, no creo que sea solamente para eso que te levantaste —agregó pícaro.

—No... no, bueno en realidad... yo quisiera —Él buscaba las palabras adecuadas para expresar lo que sentía—. Verán... señor Anderson... yo sé que usted no es el padre de Ángela.

Brandon levantó las cejas, mostrándose sorprendido, mientras Victoria, Fransheska y Fabrizio tuvieron que suprimir una carcajada, era evidente que el pobre Antonio se encontraba muy nervioso.

—Efectivamente, Antonio... pero continúa. —Lo instó, sabiendo el esfuerzo que se requería para lo que estaba a punto de hacer.

—Yo... quiero pedirle permiso a usted para cortejar a la señorita Ángela. —Sintió como el peso en sus hombros lo dejaba.

Todos se quedaron en silencio observando a Antonio, luego posaron su mirada en Ángela, quien tenía la servilleta en sus manos y el rostro hermosamente matizado de carmín. Sin embargo, se llenó de valor también para levantar la vista y posarla en su pretendiente, dedicándole una hermosa sonrisa.

—Antonio, no tengo inconveniente en que entables una relación con Ángela, ambos son adultos, sé que sabrás respetar y valorar sus sentimientos..., pero si lo que deseas es que les dé mi consentimiento, puedes contar con ello —respondió, aligerando el momento.

—Tenga por seguro que yo sabré valorar el amor de Ángela —pronunció, tomándole la mano y buscando sus ojos.

—¡Felicitaciones! —expresó Victoria, emocionada, y se acercó hasta su amiga para abrazarla—. Me alegro por ti, por los dos.

Angela recibió la muestra de cariño con una sonrisa que iluminaba sus lindos ojos cafés, se sentía como una chiquilla, nerviosa y feliz. Fransheska imitó la actitud de Victoria y también la felicitó, mientras los hombres le extendieron la mano a Antonio para felicitarlo.

—Muchas gracias —dijeron ambos, sonrientes.

—Les deseamos lo mejor —mencionó Victoria con una sonrisa.

—Por supuesto... solo que, Antonio, si me lo hubieras consultado antes te habría ayudado con el discurso —bromeó Fabrizio.

—¿Acaso eres un experto en esto? —preguntó Victoria, dedicándole una

mirada mitad sorpresa mitad reproche.

—No, claro que no, amor —contestó, acariciándole la mejilla—, pero eso de cortejar... sonó a la época del Rey Arturo y la mesa redonda —agregó, provocando la risa de todos, incluyendo la de los novios.

—No seas cruel, Fabrizio, Antonio hizo su mayor esfuerzo y lo mejor de todo es que fue sincero... mira que ambos estamos en situaciones similares y ya llegará nuestro turno —acotó Brandon.

—En realidad, querido cuñado... ya pasé por eso, según tengo entendido tú eres el responsable de Victoria, sin embargo, tú aún debes hablar con mi padre —respondió con sorna—. Aunque no te preocupes, porque si utilizas el mismo discurso de Antonio, estoy seguro que él lo recibirá de maravilla.

—Papá te aprecia mucho y sé que estará encantado con nuestra relación —dijo Fransheska mirándolo a los ojos para infundirle confianza y le dio un beso en la mejilla cargado de ternura

—Gracias —mencionó él con una hermosa sonrisa.

Después de eso degustaron el postre que había preparado Fransheska, una receta de su abuela quien había nacido en Venecia y que le había enseñado a preparar desde que era una niña. Se sentaron en la terraza y Victoria se dedicó a mirar las estrellas, mientras la suave brisa mecía su cabello, Fabrizio estaba cautivado ante su imagen, toda ella era perfecta para él, sus miradas, sus sonrisas, todo era increíble.

—¿Quieres dar un paseo conmigo por la orilla? —Le preguntó.

Ella afirmó en silencio, él se puso de pie y le extendió la mano, Victoria la recibió con una sonrisa. Se volvieron para mirar a Brandon, quien se encontraba junto a Fransheska, solo disfrutando de su cercanía y del sentimiento dentro de ellos que cada vez era más grande.

—Vamos a dar un paseo por la playa —anunció, mirándolo a los ojos para que supiera que podía confiar en él.

Brandon asintió, en el fondo de su corazón sabía que podía seguir confiando en él, pues ya una vez lo hizo, hace mucho tiempo atrás y no lo defraudó. Al ver lo desenfadado de Fabrizio al tratarlo, alimentó sus sospechas de que fuese Terrence; sin embargo, debía esperar e intentar confirmarlas y llegar al fondo de todo.

Fabrizio y Victoria salieron agarrados de las manos, se quitaron los zapatos cuando sintieron que la arena se hacía más suave y caminaron descalzos, disfrutando de esa sensación de libertad. La brisa se hacía más fuerte a medida que se acercaban a la playa, el sonido de las olas rompiendo

era fascinante y el aire embriagador.

La noche estaba bastante cálida, anunciando que el verano comenzaba a entrar, el cielo estaba hermosamente despejado y dejaba ver el destello eterno de las estrellas que lo colmaba, incalculables, millones iluminándolos. La luna llena alumbraba sus figuras y todo a su alrededor, podían ver la espuma de las olas al romper y llegar a la orilla, incluso alcanzaban a ver algunos rayos filtrarse a través del agua, creando un hermoso contraste que se reflejaba en sus rostros.

Victoria siendo más arriesgada, caminó hasta llegar al agua y mojar sus pies, sonrió al sentir que estaba agradablemente tibia. La maravillosa sensación cubrió sus pies y subió por todo su cuerpo, haciendo que cerrara los ojos y dejara ver una sonrisa.

Fabrizio se acercó hasta ella y le rodeó la cintura con sus brazos, al tiempo que le daba un suave beso en su hombro, aprovechando que ella llevaba un hermoso vestido rosa de tirantes que llegaba hasta sus pantorrillas. Mientras que él solo tenía puesta una camisa blanca y un pantalón beige. Suspiró al sentir que le acariciaba los brazos, llevó su cabeza hacia atrás para dejarla descansar en su pecho, él le respondió con un suave beso en la mejilla.

—Me encanta estar así, me siento segura, tranquila... llena de paz.

—Y yo adoro hacerte sentir así, tú también llenas mi vida de paz, de seguridad, eres un bálsamo para mi alma. —Le susurró al oído.

Victoria se volvió para mirarlo y llevó sus manos al rostro de Fabrizio, le acarició con suavidad sus mejillas, gimió al sentir cómo él cerraba un poco más el abrazo, pegando su cuerpo al de ella. Luego, bajó despacio para besar sus labios, tomando primero el inferior, rozándolo con su lengua, succionándolo y mordiéndolo delicadamente.

Ella sentía su cuerpo temblar y sus manos cobraron vida propia, se movieron hasta la nuca de él y comenzaron a acariciarla, subían y bajaban, enredando los dedos entre sus cabellos. Se acercó, separando los labios muy despacio, invitándolo a llenarla, rozando con su lengua los labios de él, impregnándolos con su humedad, con su sabor a miel.

Fabrizio se sometió a su demanda y la tomó con más pasión, con más premura, fundiéndose en ella, buscando desesperadamente saciar su sed en la maravillosa fuente de vida que era la boca de Victoria. Sus manos se deslizaron por su espalda hasta su cintura para luego subir nuevamente llenándola de maravillosas sensaciones mientras él se deleitaba ante cada roce de sus labios, sus lenguas y sus manos.



—Fabrizio —susurró en su oído, con voz ronca, extasiada.

El deseo en él aumentaba a cada instante, y aunque lo intentase le era imposible detenerse, bajó al cuello blanco y terso de su novia, aspirando el perfume dibujando líneas con su nariz, embriagándose con el aroma a rosas. Comenzó a dejar caer delicados besos, apenas roces, su corazón latía cada vez con más fuerza y la temperatura de su cuerpo aumentaba, así como la de ella, podía sentirla estremecerse, intensificar sus caricias ante cada uno de los besos que él le brindaba.

Pero deseaba más, quería poder saborear su piel blanca y deliciosa como la crema, así que separó muy despacio sus labios y con su lengua, presionó ese maravilloso lugar en su cuello, allí donde el latido desesperado de su corazón se sentía con total claridad. La escuchó jadear con fuerza, y todo en su interior se revolucionó, la excitación se disparó por las nubes haciendo que su cuerpo empezara a reaccionar ante esos estímulos, tensándose hasta el punto de resultar doloroso.

—Victoria... Victoria... me robas la cordura, mi amor, te juro que nunca he deseado a alguien como te deseo a ti —susurró, apretándola.

Ella gimió al tiempo que sentía cómo una ola de calor recorría su cuerpo, colmando cada espacio dentro de su ser y nublándole la razón, sentía que tampoco había deseado a nadie como él, estaba sintiendo lo mismo que años atrás. Llevó las manos a sus cabellos y comenzó a acariciarlo con más ímpetu, porque sus besos la enloquecían y hacían que su corazón latiera desbocado, acompañando ese temblor que anidaba en su vientre y se esparcía dentro de ella, bajando hacia su centro, por sus piernas, haciéndola volar en medio de aquel huracán de emociones que él provocaba.

—Vicky. —Le susurró contra la piel de su cuello, sintiendo cómo ella también estaba desesperada por sentirlo y buscaba la manera de acortar la distancia entre los dos, haciéndolo estremecer.

Fabrizio sabía que estaban entrando a un terreno peligroso, que esa intimidad de la cual disfrutaban lo tentaba a continuar y dejarse llevar, pero no podía hacerlo; no debía. Él la amaba y debía respetarla, así que poco a poco fue bajando el ritmo de sus caricias y de sus besos, intentando, a través de la ternura, que su cuerpo se relajase antes de que ella notase la potente erección que tenía.

Le dedicó una sonrisa mientras sujetaba una de sus manos para llevársela a los labios y darle un beso, buscó sus ojos y los vio llenos de una luz hermosa y enigmática, el verde lucía más oscuro, aún bajo la luz de la luna. Se sentaron

abrazados para mirar el mar e intentar calmar esa necesidad que amenazaba con desbordarlos, ella lo hizo entre sus piernas y se recostó sobre su pecho.

A ella no le importaba si esa posición era correcta, solo deseaba estar cerca de él, lo más juntos que fuese posible, y entrelazó sus manos. Fabrizio le acomodó el cabello a un lado y comenzó a dibujar con sus dedos su rostro, acariciándole la mejilla, bajando a su mentón, delineando sus labios, su nariz, sus cejas; y ella solo se dejaba llevar por esos maravillosos mimos que despertaban cada fibra de su ser.

A lo lejos una canción comenzó a llenar el ambiente con sus suaves notas, era una dulce melodía que armonizaba a la perfección con el momento que ambos compartían, llenándolos de una calidez maravillosa. Él cerró los ojos y comenzó a seguir la canción en su mente, mientras sentía en su pecho la necesidad de cantarla para ella, era como si algo más poderoso lo estuviese animando.

—*Te voglio bene assai. Ma tanto ma tanto bene sai. E' una catena ormai. Che scioglie il sangue dint'e vene sai.* [\[1\]](#)—Su voz era maravillosa, aterciopelada, grave, sencillamente exquisita.

Victoria reconoció la letra de esa canción, y sintió cómo a su alrededor comenzaba a dar vueltas, al tiempo que su corazón comenzaba a latir de manera frenética y todo su cuerpo fue presa de un intenso temblor. Sintió una insoportable presión apoderarse de su pecho y de inmediato las lágrimas le inundaron la garganta, por lo que cerró los ojos con fuerza para evitar dejarlas salir, intentó respirar profundamente para calmarse.

Aunque intentó contener la avalancha de emociones en su interior no pudo hacerlo, sintió que algo dentro de ella se quebraba. Después de eso le fue imposible retener sus lágrimas, rompió en sollozos mientras se ponía de pie, caminó para alejarse de él y llegó hasta la orilla, sintiendo cómo su cuerpo estaba a punto de quebrarse al ser golpeada por los recuerdos.

—¿Vicky?... Vicky, amor ¿qué sucede? —preguntó, mostrándose preocupado—. ¿Qué tienes? ¿por qué te pones así? —inquirió con angustia, al ver el modo en que ella lloraba.

Victoria solo le hizo un ademán para que no se acercara y la dejara por un momento porque temía la reacción que pudiera tener, temía llamarlo Terrence en lugar de Fabrizio y terminar arruinando todo. Por ese motivo tampoco se volvió a mirarlo, necesitaba respirar, llenar sus pulmones de aire, pero el llanto se lo impedía.

Fabrizio se sentía impotente ante su dolor, su corazón se encogió dentro de

su pecho y sus ojos se humedecieron, quería caminar y abrazarla, hacerla sentir segura y alejar esa pena que llevaba encima, pero no podía hacerlo, se encontraba sembrado en ese lugar.

«¡Dios mío, es su voz! ¡Es su voz!... es la voz de Terry, jamás... jamás olvidaría esa voz que se ha clavado en mi alma, que me hizo feliz tantas veces, la misma que añoraba volver a escuchar ¡¿Qué es todo esto?! ¡¿Qué es todo este juego cruel del destino que se empeña en mantenerme atada a él, a mi pasado, al dolor?! ¡No puedo seguir así!... No quiero... no quiero.»

Pensó mientras negaba con la cabeza, intentando contener su llanto, pero este no le daba tregua, la desbordaba como si sus ojos se hubiesen convertido en un par de manantiales y eso la hizo sentir derrotada.

—Victoria, amor... por favor, dime algo —suplicó él.

Ella sintió el dolor en cada una de las palabras que le decía, era como si él sintiese la angustia, el miedo y la frustración. Se volvió con rapidez caminando hacia él, busco sus ojos de inmediato y pudo ver que estaba húmedos también, como esa veta de dolor e incertidumbre que la cubría a ella, se acercó aún más.

—Mírame... mírame, por favor. —Le rogó con voz trémula.

No era una simple petición, no deseaba solamente que la mirara; lo que realmente quería, era que la reconociera, que le dijera que sabía quién era, que era su Victoria, su pecosita. Buscó desesperadamente en esos ojos azules, pero no encontró nada y eso hizo que el dolor fuese insoportable, sollozó de nuevo, llevándose las manos a la boca.

—Victoria, amor... —Fueron las únicas palabras que pudo decir, mientras se acercaba a ella y le acunaba el rostro.

Victoria dejó libre un suspiro, sintiéndose completamente frustrada, cerró los ojos para evitar llorar de nuevo y se mordió el labio inferior para suprimir el grito que se encontraba atrapado en su pecho. El vórtice de emociones dentro de ella la estaba matando, sentía que no podía más, pero abrió los ojos para ver los azul zafiro, apoyó sus manos en la cintura de Fabrizio y subió hasta rozar sus labios.

—Bésame... bésame, por favor... necesito sentirte, saber que estás aquí... que estás conmigo —suplicó, ahogándose en sus ojos.

Él sentía la misma necesidad, así que la envolvió entre sus brazos de inmediato, apoderándose de sus labios con pasión, con urgencia, entrando en su boca en un instante y haciendo que sus cuerpos se estremecieran. El deseo se intensificó desbordándolos, envolviéndolos en medio de un calor abrasador

y la pasión los hizo tener un movimiento en falso que terminó llevándolos a la arena, pero eso no logró apaciguar las ansias que los desbordaban.

Victoria sintió cómo Fabrizio rodaba para quedar sobre ella y sus manos se deslizaron por su cintura haciendo que un temblor la recorriera; no quiso quedarse pasiva, así que comenzó a acariciarle la espalda, dibujando cada poderoso músculo. El peso de su cuerpo la oprimía, le impedía respirar o eran sus besos que cada vez exigían más; no estaba segura, solo era consciente de esa necesidad que comenzaba a crecer dentro de ella y de su pecho rozando el de él, provocando estremecimientos en cada parte de su ser.

El corazón de Fabrizio latía con ímpetu, su respiración entre cortada y el sabor de los labios de Victoria le cegaban la mente, lo estaban volviendo loco. Sentía el cuerpo de ella temblar debajo del suyo, dejándose llevar, buscó de nuevo su cuello para perderse en este, mientras sus manos se trasladaban de su cintura a sus caderas.

—Háblame... Háblame como lo hiciste hace un momento, por favor, necesito escuchar tu voz... Háblame de nuevo —pidió Victoria con la voz entre cortada y ronca por el deseo.

—Victoria, te deseo... ¡Dios! Vicky te deseo demasiado... necesito tenerte, sentirte. —Le susurró al oído, sin dejar de acariciarla.

—¡Oh, Dios!... ¡Dios! —esbozó temblando de pies a cabeza.

Lo sintió apoderarse de su boca con poderío y la hizo consciente de su excitación cuando la presionó contra su vientre, haciéndola estremecer. En su mente se repetía un nombre una y otra vez y era el de Terrence, deseaba con todas sus fuerzas gritarlo, pero al no poder hacerlo, un par de lágrimas rodaron por sus sienes.

Él pudo sentir cierta tensión en ella, como si intentara mantener algo dentro de sí, un gemido o un grito tal vez, la escuchó sollozar y ese sonido rompió el hechizo donde se encontraba. Muy despacio fue abandonando sus labios y al mirarla a los ojos vio que estaban llenos de lágrimas, llevó una mano para limpiarlas, luego subió para besar su frente y la sintió estremecerse de nuevo.

Un nudo le cerró la garganta cuando la culpa cayó sobre él, sabía que la había hecho sentir presionada y que por eso ella estaba así, cerró los ojos sintiéndose un miserable ante la sola idea de haber forzado las cosas para que ella se entregara. Rodó para quedar a su lado, con lentitud se levantó hasta quedar sentado y luego la sujetó por la cintura para abrazarla, intentando pedirle perdón con sus gestos.

—Victoria, amor... lo siento... lo siento mucho, fui un bruto, no quise presionarte. —Buscó sus ojos para mirarla, necesitaba hacerle entender que no quiso forzarla a nada—. Por favor, amor perdóname, no quise presionarte... me dejé llevar, yo te amo Vicky... te amo y te deseo... pero también quiero respetarte y esperar a estar casados.

—No tienes que disculparte, no fue tu culpa... yo también me dejé llevar. —Se arrodilló frente a él y acarició su rostro, no soportaba ver esa angustia en sus ojos—. No tengo nada que perdonarte... yo te amo... te amo demasiado —dijo, y rozó sus labios con los de él.

—Te prometo que no sucederá de nuevo... quiero darte todo el tiempo que necesites, no me perdonaría que te sintieras presionada por mi culpa... deseo que esto sea especial y sublime para ambos —mencionó, acariciando sus mejillas con sus pulgares.

Se quedaron unos minutos sentados, abrazados mientras dejaban a sus corazones retomar su ritmo normal y a sus cuerpos relajarse, la suave brisa del mar los envolvía en una especie de letargo, calmándolos y alejando de sus mentes y corazones las dudas y los miedos. Se pusieron de pie y caminaron de nuevo hacia la casa, tomados de las manos, escuchando el romper de las olas, el silbido del viento a su alrededor, el latido de sus corazones y sus respiraciones acompasadas

Cuando llegaron a la casa compartieron un rato más con los presentes, aunque la tensión en ambos se podía notar, después de eso cada uno se retiró a su habitación. Fabrizio se despidió de Victoria con un delicado beso en los labios y una mirada de ternura a la cual ella respondió de la misma manera.

Era consciente de que él se encontraba desconcertado por su actuación en la playa, deseaba poder explicarle, decirle lo que le sucedía, pero temía a la reacción que podía tener. Le horrorizaba perderlo, que se alejara de ella al no comprender su situación y en el fondo de su corazón, sentía que le temía a algo mucho más poderoso.

Él entró a su habitación, se deshizo de su ropa y caminó hasta el baño, necesitaba relajar sus músculos que parecían ser de piedra, sólidos y pesados. Se metió bajo la ducha dejando que el agua bañara su cuerpo, cerró los ojos y a su mente llegaron de inmediato las imágenes de lo ocurrido minutos antes.

Sintió a su cuerpo tensarse aún más y una angustia centrarse en su pecho, lo presionó con sus manos mientras sentía que su garganta era inundada por las lágrimas, sin oponerse a ello las dejó correr con libertad. De nuevo ese dolor regresaba a él, acompañado de la incertidumbre y esa maldita sensación de

pérdida, de no tener pasado, ni recuerdos, ni nada que le asegurase que no estaba equivocado o viviendo la vida de alguien más. Era por eso que se empeñaba en construir su destino y aferrarse a lo seguro, porque no quería creer en sueños vanos y arriesgarse a hurgar en un pasado que ya no tenía.

—El pasado es pasado, nada más, ¡Ya no importa! No importa... ahora tengo a Victoria, quien ha llegado para alejar todas las sombras, el miedo, el desasosiego. —Se dijo en voz alta, respiró profundo para detener el llanto, pero en respuesta salió con más fuerza.

Se apoyó con los brazos sobre la pared frente a él, temblando a causa de los sollozos al tiempo que su corazón le gritaba que se estaba engañando, sabía que no podía vivir así...

—¿Hasta cuándo aguantaré esto? ¿hasta cuándo tendré este temor de buscar respuestas?... —Se preguntó en medio del llanto, y un segundo después se daba la respuesta—. Tal vez lo que realmente me asusta es que todo sea una mentira, que mi familia, no sea mía... que esta vida perfecta y radiante no me pertenezca; y que, en realidad, yo no sea nadie —admitió, estremeciéndose a causa de los sollozos.

Y, por otro lado, estaba esa actitud que a veces Victoria le demostraba, como si conociese todos sus secretos, esas verdades que él ignoraba, como si lograra ver dentro de él y esperase algo, suplicándole que le entregara algo que no tenía porque no sabía lo que era. ¿Qué era eso que ella esperaba de él, que la atormentaba?

## Capítulo 47

Una vez que regresaron a Florencia, cada uno volvió a sus respectivas rutinas, Victoria acababa de terminar su turno en el hospital y esperaba por Brandon para ir hasta la casa. Debía prepararse para la inauguración de la nueva sede del banco Anderson que tendría lugar esa noche, en el salón de fiestas del prestigioso hotel St. Regis, a orillas del río Arno.

Fiorella también aprovecharía la ocasión para realizar una cena de beneficencia, teniendo en cuenta que a la misma asistiría toda la clase alta de Florencia. El dinero se destinaría a varios orfanatos en el país, ya que después de la guerra muchos niños quedaron sin padres o tutores que se hicieran cargo de ellos y fueron a parar en estos lugares.

Victoria se sentía muy entusiasmada con esa idea, por lo que intentó ayudar en todo lo posible a su suegra, pero también se sentía emocionada porque esa noche les anunciarían a los esposos Di Carlo, que Brandon y ella tenían una relación con sus hijos. Por ese motivo deseaba lucir espléndida, quería que su novio se sintiese orgulloso de llevarla colgada del brazo cuando llegasen a la recepción.

Estaba sumida en sus pensamientos, sentada en una de las bancas de la plaza frente al hospital y con la mirada perdida en el paisaje, por eso no se dio cuenta del auto que se detuvo frente a ella.

—Buenas tardes, señorita, sería tan amable de ayudarme.

—¡Fabrizio! —expresó emocionada, se puso de pie para llegar hasta él y abrazarlo—. No tenía idea de que vendrías a buscarme.

—Terminé temprano en la oficina y le dije a tu primo que pasaría por ti. ¿Ya almorzaste? —Le preguntó, acariciándole una mejilla.

—No... comí algo rápido esta mañana, quería llegar hasta la casa.

—Perfecto, yo tampoco lo he hecho, ¿te gustaría acompañarme?

—Por supuesto —contestó ella sonriente.

Él le dedicó el mismo gesto y le dio un suave beso en la mejilla, al cual ella respondió con una caricia en su pecho, no podían evitar mostrarse cariñosos, a pesar de que su relación aún no era de conocimiento público. Subieron al auto y dentro de este se besaron en los labios, aprovechando la

privacidad que les daba.

Como todas las tardes, Antonella decidió salir a pasear, le dijo a su chofer que condujera por la ciudad sin un rumbo fijo, porque no había quedado con sus amigas para verse, simplemente necesitaba salir de la casa, antes de que su ansiedad la llevara a embriagarse de nuevo. Tenía un mes sin ver a Fabrizio y eso la estaba volviendo loca; sin embargo, se había prometido esperar un tiempo y darle su espacio, no quería arruinarlo todo, no cuando estaba decidida a recuperarlo.

—Para el auto, Federico —ordenó, luego de que su vista captara a otro lado de la calle a dos personas que reconoció enseguida.

Antonella se llenó de valor y bajó del auto, todo su cuerpo temblaba, su corazón latía con dolorosa lentitud, incluso le costaba respirar, no podía creer lo que veía. Al otro lado de la calle se encontraba Fabrizio junto a Victoria Anderson, ambos sonreían llenos, absortos de todo a su alrededor y ni siquiera notaron su presencia, llegaron hasta el auto, y ya dentro del mismo, él la besó y ella le correspondió.

Antonella sintió a su corazón arder, su vista se nubló y un mareo se apoderó de ella, se negaba a creer lo que veía y no quería seguir presenciándolo, sin embargo, no podía apartar su mirada de ellos, estaba clavada en ese lugar, incapaz de gritar o de llorar. El auto se alejó ante su atónita mirada, se sentía completamente desconcertada, cerró los ojos y al fin las lágrimas rodaron por sus mejillas, se llevó una mano a la cara y las limpió con rabia, mientras sentía que la ira comenzaba a subir por su cuerpo como la hiedra venenosa.

—Disculpe, señora ¿está bien? —preguntó Federico, viéndola.

—Perfectamente —respondió en un tono áspero—. Llévame a la casa —ordenó mientras caminaba hacia el auto.

Al llegar a su casa tropezó con Eva, quien le abrió la puerta y ni siquiera le pidió disculpas, subió las escaleras casi corriendo y al entrar en su habitación, lanzó la puerta con tal fuerza que el estruendo retumbó en toda la casa. Se detuvo delante del espejo y miró su reflejo, su cara estaba trasfigurada por lo que sentía, las lágrimas se hicieron presentes enseguida aumentando la ira y la impotencia dentro de ella hasta desbordarse; al fin explotó, y comenzó a lanzar las cosas que estaban encima de su tocador.

—¡Esto no es verdad! ¡No puede ser verdad! ¡Tú no me puedes hacer esto Fabrizio! —Sus gritos se escuchaban en todo el lugar.

Eva se vio tentada a subir para saber qué le sucedía, pero al sentir los



estruendos de las cosas haciéndose añicos, prefirió mantener la distancia. Sabía que cuando la señora se ponía de ese modo, lo mejor era dejarla sola, desahogarse, aunque nunca la había visto de esa manera, ni siquiera el día que el joven la dejó.

—¡Esa... esa! Fabrizio tienes que estar loco... ¿Cómo puedes cambiarme por esa mujer? Es tan simple... ¡Por Dios, tan insulsa! Tan poca cosa... solo una cara bonita nada más ¡Es una cualquiera! ¡Una descarada! ¿Cómo puede pasearse contigo con total libertad? ¡Tú estabas conmigo y ella lo sabía! ¡Lo sabía la muy zorra! ¡Lo sabía! —. Continuó lanzando todo lo que estaba a su alcance, mientras las lágrimas le quemaban las mejillas, su cara se encontraba cubierta de un rubor carmín y todo su cuerpo temblaba—. Si tan solo me hubieses cambiado por alguien mejor... pero, ¿por esa mujer? Ella nunca te hará sentir como yo. ¡Nunca! —expresó, completamente alterada.

Intentó calmarse para hallarle una explicación a lo que había visto, buscó de nuevo el recuerdo en su mente y la estudió con detalle, sus sonrisas y sus miradas, así como la actitud de ambos, notó algo en ese momento que no captó. Los dos estaban bronceados, su piel estaba pintada por ese hermoso color que Fabrizio adquiría cuando viajaba a la playa, y ella también se veía que había tomado el sol.

—Estaban juntos... ¡Viajaron juntos a Cerdeña! Y yo como una ilusa haciendo planes... aparentando delante de todos que seguíamos juntos... ¡Que estúpida fuiste, Antonella! Ellos se reían de ti mientras se revolcaban en todas las playas de Cerdeña... y tú haciendo planes... buscando la manera de recuperarlo ¡Por Dios, qué patética eres! Imagino que ahora tu hermana y tu madre deben estar felices... Por fin consiguieron separarnos. —Su voz se quebró al esbozar esas palabras.

Antonella caminaba de un lado a otro de su habitación, mientras notaba cómo el asombro y la rabia se adueñaban de ella, a momentos sentía ganas de romper todo lo que se encontraba a su alrededor, pero lo que más deseaba era ir hasta sus casas y gritarles en sus caras la basura que eran. Sobre todo, a esa mujercuela que se había interpuesto entre Fabrizio y ella, después de todo lo sucedido entre ambos, de tantos sacrificios que hicieron, del dolor que vivieron, de la entrega con la cual se amaban, no podía perderlo por una desconocida.

—Tú eres cien veces mejor, Antonella, eres más mujer que ella, puedes tener a tus pies al hombre que quieras y Fabrizio Di Carlo no es la excepción... te sientes muy segura, muchachita, sientes que ya ganaste... ¡Pues

te equivocas! ¡Estás tan equivocada! Yo puedo tener a Fabrizio cuando quiera... solo tengo que buscarlo y ofrecerle estar una noche a mi lado... solo eso basta para que te deje plantada, vas a sentir en carne propia lo que es ser engañada, vas a lamentar haberte fijado en él —dijo con determinación, al tiempo que se miraba al espejo, caminó con paso seguro y entró al baño.

Esa noche había una fiesta a la cual asistirían casi toda Florencia, los Di Carlo y los Anderson serían los anfitriones, esa sería su oportunidad perfecta. La humillaría delante de todo el mundo, eso le enseñaría a no meterse con un hombre ajeno, menos con uno que era de ella, les enseñaría a todos que con Antonella Sanguinetti no se jugaba.

Ángela caminaba en la sala de un lugar a otro, sabía que Victoria había llegado, pero al parecer pensaba quedarse toda la vida en el auto de su novio, pues tenían varios minutos estacionados afuera y ni señales de ella. Al fin escuchó la puerta abrirse, se volvió de inmediato y la vio entrar, llenándola de alivio, por lo que dejó libre un suspiro.

—¿Sabes la hora que es? —preguntó, levantando una ceja.

—Tú más que nadie deberías entenderme, también estás enamorada de Antonio... ¿Acaso no deseas pasar todo el tiempo junto a él?

—No... debe ser porque paso todo el día con él —respondió con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Entonces siéntete afortunada, y no te preocupes que en menos de lo que piensas estaré lista... hoy tengo que lucir hermosa, Fabrizio le va a decir a sus padres que somos novios.

—¿Sí? —inquirió entusiasmada. Victoria afirmó mientras sonreía —. ¡Eso es maravilloso, Vicky! Entonces no perdamos más tiempo, te voy a dejar como una princesa —sentenció y caminó junto a ella.

Después de casi tres horas Victoria se encontraba lista, Angela le había recogido el cabello en un peinado, que le daba cierto aire de elegancia y madurez, haciéndola lucir mayor, pero también muy hermosa. El vestido era una verdadera obra de arte, de un brillante color salmón, entallado en la cintura donde resaltaba una preciosa violeta morada, rodeada de hojas doradas que parecían estar hechas en oro, largo hasta los tobillos, con un profundo escote que mostraba sus senos de manera sensual, pero sin llegar a ser vulgar, y una larga capa que daba la sensación de que flotase en lugar de caminar.

El maquillaje era tenue en la parte de los ojos, pero había resaltado sus labios con un intenso rojo, que de seguro volvería loco a Fabrizio, pues lucían

muy tentadores. Se puso unos pesados pendientes de diamantes, serían la única joya que luciría esa noche porque los mismos ya eran bastante llamativos para usar algo más.

—Luces bellísima —mencionó Ángela, admirándola.

—¿Estás segura, Ángela? No sé, creo que el vestido no es muy llamativo... y este escote... —Dejó libre un suspiro y observó su reflejo en el espejo— ¿Crees que a Fabrizio...?

—Luces bellísima y estoy segura de que él se va a desmayar en cuanto te vea —respondió Angela, sonriendo y le dio un abrazo para infundirle confianza y después de eso bajó con ella.

En el salón las esperaba Brandon quien lucía impecable y realmente guapo, se volvió para mirarlas al sentir los pasos en las escaleras, y cuando su mirada se posó en la figura de su prima, una sonrisa se dibujó en su rostro. Victoria lucía hermosa, su piel blanca contrastaba a la perfección con el color de su vestido, su peinado también era muy lindo, pero lo que la hacía más espléndida aún era ese brillo en sus ojos.

—Luces preciosa, Victoria —dijo, extendiéndole la mano.

—Gracias, tú también te ves muy apuesto.

En ese instante escucharon el motor del auto de Fabrizio y el corazón de Victoria dio un vuelco, su cuerpo tembló ligeramente; Brandon pudo sentir en la mano que tenía entre la suya, ella fijó su mirada en la puerta y él dejó ver una sonrisa. Sintiéndose divertido por la reacción de su prima, pero al ser consciente que detrás de la puerta también estaba Fransheska, su corazón comenzó a latir con fuerza. Ángela caminó hasta la puerta para abrirles.

Cuando Fabrizio y su hermana entraron al lugar se quedaron sin aire, ya que la visión ante sus ojos los había deslumbrado por completo; en los americanos el efecto fue el mismo. Brandon sintió su corazón latir aún más fuerte, antes sus ojos estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida, tentadora, su cuerpo esbelto que parecía haber sido moldeado por las manos de los mejores escultores, su delgada cintura y sus pechos que lucían llenos, firmes, prometedores de un gran placer, eso hizo que su cuerpo se estremeciera ligeramente al ser consciente de ello, respiró hondo y caminó para recibirla.

—Buenas noches, amor. —Le dijo, y le dio un beso en la mano.

—Buenas noches, Brandon. —Ella le dedicó una sonrisa y se perdió en la mirada azul cielo que brillaba, acortando la distancia le dio un suave beso en la mejilla, aunque se moría por probar sus labios.

—Buenas noches —mencionó Fabrizio cuando fue capaz de encontrar su voz, su mirada se perdía en la imagen de su novia, en cada espacio de piel, en sus labios, en sus ojos; decir que estaba hermosa era quedarse corto, lucía increíblemente bella.

—Buenas noches —contestó ella, una vez que recuperó el aire, la imagen de Fabrizio en ese frac, sus ojos azules que brillaban con intensidad y su piel bronceada, la hechizaron por completo, igual que lo hacía Terrence años atrás, bien podía decir que nunca había visto algo tan perfecto, tan hermoso como ellos.

La velada estaba pronta a iniciar y como ellos eran parte de los anfitriones, no podían llegar con retraso, así que cada pareja subió a sus respectivos autos, aprovecharon unos segundos para entregarse muestras de afecto y después salieron rumbo al hotel St. Regis. Cuando llegaron al lugar fueron el centro de todas las miradas, tanto hombres como mujeres se deslumbraron ante la imagen de cada uno, y más de uno se fijó en la cercanía que existía entre los jóvenes, nadie podía negar que hacían las parejas perfectas, si el caso era que tenían algún tipo de relación más íntima que la amistad.

—Los jóvenes Di Carlo son muy afortunados —mencionó Leticia, quien tenía por costumbre inmiscuirse en los asuntos amorosos de todos sus conocidos.

—En efecto querida, no es para menos siendo ambos tan bien parecidos... Estoy segura de que esto será un alivio para la pobre Fiorella, saber a su hijo lejos de Antonella Sanguinetti es un verdadero descanso —agrego Sofía con una sonrisa a todas luces mecánica.

—Lástima que perderemos a un buen partido para nuestras hijas.

—Querrás decir dos, por qué, por lo visto, la señorita Di Carlo también ha atrapado al americano —comentó Ivette, con desmino.

—No aspiraba a que mi Anna atrajera su atención, prefiero tener a mi niña cerca de casa y no al otro lado del mundo.

—Tienes razón, ese hombre se la llevaría lejos y no quisiera estar en los pies de Fiorella cuando eso pase.

—Aunque, quizá terminando yéndose con ellos a América, todos sabemos que las cosas aquí no marchan muy bien, los vestigios de la guerra aún se sienten y también está ese tal Mussolini, que, según dicen muchos, solo viene a traer problemas al país con sus ideas.

—Eso no debe preocuparnos, solo se trata de otro loco rebelde, como

muchos que han estado antes de él y han quedado en el olvido.

—Esperemos que así sea, señoras —comentó Leticia, para zanjar la conversación, pues la política no era un tema de mujeres.

Las mujeres estaban a punto de cambiar de tema cuando vieron a Antonella Sanguinetti entrar al lugar, acompañada por un par de «señoras» que al igual que ella, tenían reputación de ser unas inmorales y trepadoras. Todas las miradas se fijaron en ella y vieron con asombro el vestido tan escandaloso que llevaba, como si no fuese suficiente con el pasado que traía arrastras y con su comportamiento.

Victoria se tensó pues no esperaba verla en ese lugar, de inmediato desvió su mirada de la mujer y buscó a Fabrizio para evaluar su reacción, pero él se veía totalmente relajado, como si la presencia de Antonella no le afectara en lo más mínimo.

Fabrizio era muy bueno para controlar sus reacciones, así que supo cómo mantenerse impassible cuando vio llegar a Antonella, sabía que su madre no la había invitado, por lo que estaba claro que su examante, había hecho uso de sus influencias para poder entrar a ese lugar.

—No tienes de qué preocuparte. —Le susurró a su novia, al notar que su cuerpo se tensaba y bajaba su mirada, le sujetó la mano y buscó sus ojos—. Vicky, todo estará bien, no dejaré que ella arruine nuestra velada. —Le aseguró. Su novia asintió y le dedicó una sonrisa.

Para Fiorella esta actitud de su hijo no pasó desapercibida, lo estaba observando desde la entrada de Antonella al salón. Sintió un gran alivio en su corazón al ser consciente de que sus sospechas sobre la relación que sus hijos tenían con los Anderson estaban bien fundamentadas.

Antonella se pavoneó para hacerse notar, nadie podía negar que lucía hermosa en ese vestido rojo, que evidentemente buscaba llamar la atención de Fabrizio Di Carlo, pues todo el mundo había notado que habían llegado por separado. Además, hacía semanas se rumoraba que la relación de los dos había terminado, rumores que esa noche parecían confirmarse, al verlo llegar llevando del brazo a Victoria Anderson.

Brandon y Fransheska también habían notado la tensión que se había posado sobre Victoria y al mismo tiempo la sonrisa en los labios de Antonella Sanguinetti, al ver que estaba logrando su cometido de incomodar.

—Vamos a bailar, Victoria —dijo Brandon, sorprendiéndola—. Enseguida regresamos —agregó, mirando a Fransheska a los ojos.

Al llegar a la pista ella aún se sentía tensa, miraba al piso y apenas si

seguía los pasos, solo se dejaba guiar por su primo, pero su mente no estaba en ese lugar. Sentía que todos la veían como a una mala persona, y quizá estaban en lo cierto, porque ella de alguna manera había hecho que la relación de Fabrizio y Antonella terminara.

—Ella no debe tener ningún poder sobre ti —dijo, Brandon sacándola de sus pensamientos. Victoria levantó el rostro y lo miró—. No debes sentirte mal, tú no le has quitado nada... —Por poco le confiesa, que, para él, Terrence y Fabrizio Di Carlo eran la misma persona.

—Brandon... yo, no sé cómo actuar, esa mujer me mira como si fuese una ladrona... y tú sabes que luché contra esto, que intenté mantenerme alejada, pero este sentimiento es más poderoso que yo y estoy cansada de mentirle a todo el mundo, de mentirme a mí misma... esto es demasiado fuerte y grande para poder ocultarlo... y no deseo hacerlo —expresó, mirando a su primo a los ojos.

—No tienes por qué hacerlo, Victoria... tú y Fabrizio se quieren, pésele a quien le pese, no cometas de nuevo el error de alejarte del amor por pensar en el bien de los demás. —Brandon intentó hacerla entrar en razón, pues ya veía las dudas en la mirada de su prima.

—No sé si podré ser feliz sabiendo que he causado la desdicha de alguien más —confesó, porque su corazón era noble.

—A veces tenemos que ser egoístas en la vida, Vicky; pensar en nosotros y nuestra felicidad antes que en la de los demás.

—Tienes razón, pero no voy a ser egoísta —dijo mirándolo y mostrando una gran determinación—. Voy a ser justa... voy a ser justa conmigo y con esto que siento —agregó con convicción.

Brandon sonrió y la abrazó con ternura, después siguieron las notas de la música, esta vez con más entusiasmo. Brandon era consciente de la mirada de Fabrizio sobre ellos y también que estaba a la espera de lo que podía resultar de esa conversación entre ambos, así que puso a Victoria de espaldas a la mesa que compartían, y le hizo una seña a Fransheska.

—Fabrizio vamos a bailar. —Le dijo ella con tono alegre.

—Fransheska, no creo que... —No estaba de ánimos para bailar.

Ella no aceptó una negativa, se puso de pie y lo haló del brazo, al llegar a la pista la melodía estaba a punto de cambiar, y ella supo que era el momento adecuado para hacer un cambio de parejas, le sonrió a su novio y él pareció comprender su idea a la perfección, porque asintió sonriéndole, animándola a continuar con su plan.

—Fabrizio, ¿te molestaría si bailo esta pieza con Fransheska?

—En lo absoluto —contestó Fransheska, al ver que su hermano seguía en silencio, perdido en la mirada de Victoria.

Fabrizio reaccionó en ese instante y caminó para abrazar a Victoria, le rodeó la cintura con una mano y con la otra sujetó la de su novia. Ella se acomodó a él de inmediato, deslizando la mano hasta su hombro, entrelazándolas y perdiéndose en la mirada azul profundo de él, que en ese instante se desbordaba en calidez.

—Victoria... yo... —Intentó decir una vez que quedaron solos.

—No... no digas nada, Fabrizio, no hace falta... lo sé, tus ojos me lo dicen... todo está bien —aseguró, mirándolo fijamente.

Él se acercó aún más a ella sin importarle que estuviesen rodeados de decenas de personas, que seguramente al salir de allí los destrozaban, no le importaba nada de eso, solo saber que ella lo amaba con la misma intensidad y la misma devoción que él guardaba en su corazón para ella.

Brandon y Fransheska veían la escena, sintiéndose felices y satisfechos al saber que lo peor había pasado, estaban seguros de que Fabrizio y Victoria no dejarían que lo sucedido les arruinara la noche y mucho menos, que afectara su relación.

—¿Cómo sabías lo que pensaba cuando te miré? —preguntó él.

—Fácil, puedo leer tus pensamientos —contestó con una sonrisa.

—¿Sí? ¿Y qué estoy pensando en este momento? —inquirió de nuevo, mirándola a los ojos con una sonrisa seductora.

Ella se quedó en silencio un minuto, paseando la mirada por el rostro de su novio, por sus ojos, su nariz, sus cejas ligeramente arqueadas, esa mandíbula y esos labios que la hicieron contener un suspiro. Sonrió y se acercó hasta él para hablarle al oído.

—Deseas que toda esta gente desaparezca... que solo existamos los dos en este lugar y poder besarme... pero no solo un beso... no —dijo con convicción—. Deseas darme cientos de besos.

Él dejó ver una sonrisa que llegaba hasta sus ojos y le iluminaba la mirada, demostrándole que era justo lo que pensaba; solo que deseaba mucho más que eso. Lo que sentía por ella era cada vez más intenso y lo estaba llevando a querer más de Fransheska, crecía con fuerza cada día llenándolo de deseo y necesidad de ella, de su cuerpo. Se acercó más dejándose embriagar por su perfume y por la maravillosa sensación que despertaba en su cuerpo cuando la tenía cerca.

—Lo supe porque te amo... y siento que nuestras almas están unidas, porque sé lo que te hace feliz y lo que te preocupa, por eso te prometo que siempre haré lo que esté a mi alcance para que nunca nada te dañe... solo quiero que seas feliz, Brandon... que tengas entre tus manos todos tus sueños y jamás tengas que renunciar a ninguno, por nada ni por nadie —mencionó ella y notó que lo había sorprendido por la sinceridad y el poder de cada una de sus palabras.

—Entonces no tengo nada más que pedirle a la vida porque todos mis sueños y mis deseos están justo entre mis manos, tú eres lo que más deseo en la vida, Fransheska... tú eres todo lo que necesito para ser feliz. —Le aseguró con la emoción brillando en sus ojos.

—Necesito besarte... ahora. —Fue su respuesta, y no pudo evitar morderse el labio, al ver como la mirada de él se oscurecía.

—Voy a darte lo que pides —respondió y se acercó hasta donde bailaban Fabrizio y Victoria—. Excúsanos un momento con tus padres, cuñado... voy a saludar a algunos socios —dijo con premura.

Fabrizio asintió mostrándose un poco sorprendido por la reacción de Brandon, y vio cómo se alejaba tomado de la mano con su hermana, se volvió para mirar de nuevo a Victoria y ella tenía su mismo semblante, un segundo después cayó en cuenta de la situación y dejó libre una corta carcajada.

—¿Qué? —preguntó Victoria, buscando sus ojos.

—Tu primo es el hombre más ingenioso que he visto en mi vida.

Victoria tardó un poco en entender, pero cuando fue consciente de a lo que se refería Fabrizio, le dedicó una sonrisa y se sonrojó levemente, pues ella también deseaba escaparse de ese lugar con él, sin embargo, ellos aún tenían un par de ojos encima, que estaban pendientes de cada uno de sus movimientos y los seguían intimidando.



## Capítulo 48

Brandon y Fransheska encontraron el lugar perfecto para saciar ese deseo que los consumía, en una de las terrazas del hotel con vista al puente Vecchio donde solo los iluminaba la luz de la luna. La música era un hermoso murmullo a lo lejos, la noche era cálida y maravillosamente estrellada. Él se acercó hasta ella y con suavidad comenzó a recorrer sus hombros, sus dedos se deslizaban con total libertad por su piel desnuda, ya que el escote del vestido se lo permitía.

Ella suspiró y cerró los ojos mientras dejaba descansar sus manos en el torso de su novio, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía de anticipación. Brandon comenzó a repartir suaves besos en su rostro, dibujando una línea hasta llegar a su cuello, ella se estremeció ante el contacto de sus labios y comenzó a acariciarle la espalda disfrutando de lo fuerte que era.

Brandon se separó un poco para mirarla, deleitándose en la imagen de Fransheska, los ojos cerrados, los labios ligeramente separados para permitir el paso de aire, suaves, voluptuosos, tentadores. Subió las manos hasta el cuello de ella, acariciando con los pulgares sus mejillas, para luego bajar muy despacio hasta atrapar los de Fransheska.

Eran suaves toques que la hicieron suspirar, consciente de la necesidad que crecía en ambos, separó lentamente sus labios para dejarse llenar de él, estremeciéndose por completo al sentir la maravillosa humedad apoderarse de su boca. Su lengua tocando cada lugar que a ella le fascinaba, entrelazarse con la suya, acariciar suavemente su interior hasta hacerla elevarse y él junto con ella.

Después de unos minutos regresaron al salón, llenos de una felicidad que los desbordaba, sus ojos brillaban y sus sonrisas podían opacar a cualquiera en ese lugar. La conversación se centró en temas agradables, en un par de ocasiones los esposos se levantaron para saludar a algunos amigos o bailar una pieza en la pista. El ambiente había cambiado por completo y se notaban más relajados, cuando los esposos Di Carlo se ausentaban ellos aprovechaban para darse muestras de cariño y ponerse de acuerdo de quien hablaría primero cuando llegase el momento de anunciarles sus noviazgos.

Brandon había insistido en ser él el primero en hacerlo, pero Fabrizio no deseaba hacerla las cosas fáciles a su cuñado, en realidad se divertía al ver cuán nervioso se ponía ante la mirada seria que algunas veces mostraba su padre, cuando lo atrapaba observando a Fransheska. Sabía que lo mejor era que él le abonara el camino a su cuñado con su padre, pues ellos al recibir la noticia de que Victoria era su novia, no se enfrascarían tanto en preguntas para con Brandon.

—Tú madre parece tener una fuente inagotable de energía cuando de bailar se trata —mencionó Luciano, llegando a la mesa.

—¡Por favor, Luciano! No te quejes que fuiste tú quien me invitó a bailar, además, sabes que adoro hacerlo y más si con la mejor pareja que he tenido en la vida —expresó con una sonrisa mientras tomaba la mano de su esposo. Fabrizio se aclaró la garganta para llamar la atención—. ¡Ah! Por supuesto hijo, tú eres... el segundo mejor —agregó con una pequeña carcajada.

Todos rieron en la mesa ante la acotación de Fiorella y Fabrizio se llevó una mano de la madre a los labios para darle un suave beso, ella le dedicó una mirada tierna. Después de un momento los jóvenes intercambiaron una mirada y Fabrizio dejó claro que sería el primero en dar la noticia, cuando alzó su copa y llamó la atención de sus padres.

—Padre, madre... queremos aprovechar la ocasión para hacerles un anuncio —mencionó en tono solemne, como si hablara frente a un público—. Tengo el honor de hacer de su conocimiento, que la señorita Victoria Anderson y yo somos novios —pronunció sonriente mientras le sujetaba la mano a su novia.

—¡Hijo! ¡Victoria! Qué noticia tan maravillosa... ¡Felicitaciones! —expresó Fiorella emocionada, acercándose a ellos para abrazarlos.

—Felicitaciones, hijo, Victoria... es una gran noticia —dijo Luciano, extendiéndole la mano a su hijo a quien tenía al lado y lo haló para darle un fuerte abrazo cargado de cariño, luego se acercó a Victoria para tomarle la mano y darle un beso—. Espero que puedas soportarlo, es un gran muchacho, aunque algo terco en ocasiones.

—Muchas gracias, señor Di Carlo, le prometo que haré el intento —mencionó Victoria emocionada, y sonrió al ver el gesto de su novio.

—Bueno... pero ese no es el único anuncio de esta noche —indicó Fabrizio, dedicándole una mirada a su cuñado.

—Luciano, Fiorella... yo quisiera pedirles su consentimiento para... —Brandon intentó dar con las palabras adecuadas.

—¿Ustedes también son novios? —preguntó Fiorella, observándolo y a su hija, al tiempo que en su rostro se dibujaba una sonrisa mitad felicidad mitad sorpresa.

—Sí... y deseo pedirles su autorización para hacer este anuncio oficial. — Logró decir Brandon al fin, sintiéndose aliviado.

Fabrizio no pudo evitar reír abiertamente ante las miradas sorprendidas de sus padres, y las de alivio de su hermana y de Brandon, quienes se miraron a los ojos y compartieron una sonrisa cómplice. Luciano se sentía bastante sorprendido, aunque había captado algunas actitudes entre Brandon y su hija, no pensaba que ya tuviesen una relación, mucho menos que quisieran hacerla formal, se quedó en silencio analizando esa situación, porque ya había visto lo que el amor podía hacerle a uno de sus hijos y no quería que su princesa sufriera.

Sin embargo, suponía que ese no sería el caso de Fransheska, porque el hombre que la pretendía era honorable y centrado, así que podía confiar en él, aunque eso significara que, a la larga, quizá tuviese que alejarse de ella, o dejar su país para mudarse a América. Todo eso lo analizó en el minuto que se mantuvo en silencio, solo mirando a su hermosa hada, como le decía Fabrizio y a su futuro yerno.

—Bueno... Me complace darles la bienvenida a nuestra familia y mis más sinceras felicitaciones a los cuatro —anunció, y se puso de pie para darles un fuerte abrazo, se sentía orgulloso de sus hijos.

—¡Mi princesa, felicitaciones! —expresó Fiorella, levantándose para abrazar a su hija—. ¡Señor Anderson, felicitaciones! No es porque sea mi hija, pero Fransheska es un tesoro.

—No tengo la menor duda de ello, Fiorella... pero por favor llámeme Brandon —respondió con una sonrisa.

—Muchas gracias, mami... papá —dijo Fransheska, emocionada.

Luciano no podía estar más feliz, sus hijos tenían a su lado a dos personas íntegras y que seguramente valorarían sus sentimientos, ellos le brindarían la felicidad y seguridad que siempre había deseado para ambos. Los caballeros propusieron un brindis para celebrar la noticia, llenaron las copas y las chocaron, las sonrisas en sus rostros eran muestras de la maravillosa felicidad que los embargaba.

Antonella presenció la escena y su corazón se encogió de dolor, pero un segundo después una mezcla de rabia y dolor se apoderó de su cuerpo, sus

ojos se llenaron de lágrimas y su respiración se hizo más pesada. La ira la consumía al ver cómo Luciano y Fiorella se regocijaban ante la noticia de que sus hijos mantenían una relación con los americanos, estaba segura de que era eso lo que celebraban; pues hasta ahí les llegaría su felicidad.

—¿A dónde piensas ir, Antonella? —preguntó Beatrice con voz firme, pero manteniendo un tono discreto mientras la sujetaba.

—¡Suéltame! —exigió con rabia y dio un jalón para librarse del agarre, pero este no cedió; por el contrario, se hizo más fuerte.

—No... ¿Estás loca?... ¿Qué piensas hacer? ¿El ridículo? —Le cuestionó con tono severo, mirándola a los ojos.

—Eso no es tu problema, suéltame... —contestó intentando librarse de nuevo—. ¡Déjame, Beatrice! No permitiré que ellos se burlen de mí —agregó, sintiendo cómo sus ojos se cristalizaban.

—Se van a burlar aún más... ¿Es que no ves que solo te prestarás para ser la comidilla de toda Florencia? —Estaba siendo dura, pero necesitaba hacerla reaccionar, no quería que se humillara.

Antonella no aguantó más y dejó libre un par de lágrimas, ya había tomado unas cuantas copas y se encontraba muy susceptible desde su ruptura con Fabrizio. Y ver cómo le sonreía y miraba con amor a otra mujer le dolía, la estaba matando, de un tirón se soltó de la mano de su amiga, pero en lugar de ir hasta la mesa de los Di Carlo, corrió al baño.

Por suerte este estaba vacío y ella pudo llorar con libertad, se sentía tan desolada, como si acabaran de quitarle todos los motivos que tenía para vivir, su cuerpo se estremecía a causa del llanto. Abrió la llave y metió las manos bajo el agua fría, necesitaba refrescarse con algo, se llevó las manos al rostro para mojarlo un poco, intentó en lo posible no arruinar su maquillaje, si ellos se daban cuenta que había llorado era darles su triunfo y eso nunca lo haría.

—¿Te sientes bien? —preguntó Beatrice con preocupación, caminó despacio hasta ella y le apoyó las manos en los hombros.

—Sí... sí, estoy bien no te preocupes, solo deseo quedarme aquí un rato —respondió, mirando su reflejo en el espejo. Recibió la servilleta que le extendía para que se secara el rostro.

—Has tomado mucho, Antonella... creo que lo mejor será irnos, total esta fiesta no está para nada animada.

Antonella asintió y buscó en su bolso la polvera, se puso un poco para disimular el sonrojo causado por el llanto, pintó sus labios y en cinco minutos se encontraba de nuevo hermosa como siempre. Salieron del baño intentando

parecer lo más casuales posible, la música había cambiado y la orquesta estaba interpretando algunos tangos, un brillo se instaló en su mirada y dejó ver una sonrisa maliciosa.

—Antonella... vamos —mencionó, viendo que se había quedado parada en el lugar—. ¿Antonella? —La llamó al ver que no caminaba.

—Vamos a darle un poco de vida a este lugar antes de irnos —respondió, mientras caminaba en dirección al escenario.

—Antonella, espera... ¿Qué piensas hacer? —inquirió Beatrice, sintiéndose asustada ante el cambio de su amiga.

—No te preocupes... ya verás —contestó con una sonrisa.

Se acercó al director de la orquesta mostrando una sonrisa y una mirada sugerente que de inmediato cautivó al hombre y cedió gustoso a lo que ella le proponía. Un minuto después estaba con un micrófono en la mano sobre el escenario, el alcohol que corría por sus venas la hacía sentir valiente, así que siguió con su plan.

—Buenas noches para todos —saludó con entusiasmo.

Recibió un «buenas noches» a medias, los presentes no entendían qué hacía ella allí, otros empezaron a hacer apuestas y varias miradas se desviaron de ella a la mesa donde estaban los Di Carlo. La fiesta estaba siendo muy agradable, pero desde que vieron llegar a Antonella y a Fabrizio por separado, algo les decía que la velada se pondría más entretenida, y ese momento parecía haber llegado.

—Seguro que se estarán preguntando qué hago aquí... pues es muy sencillo: Voy a aprovechar que el director y los músicos conocen uno de mis tangos favoritos, y se los cantaré... Claro si nuestros anfitriones los señores Anderson y Di Carlo, no tienen ninguna objeción.

La sala respondió satisfactoriamente a su petición, muchos de los invitados por curiosidad y otros sintiendo que estaban a punto de ver un espectáculo como pocos. Sin embargo, ella mantuvo su mirada fija en quienes había mencionado, y no pudo evitar sonreír al ver que había logrado su cometido de borrarles esas estúpidas sonrisas de felicidad de las caras, vio que Brandon Anderson asentía por mero protocolo.

Al instante el salón se llenó con las suaves notas de un reconocido tango, que le estremeció el alma, y de inmediato posó su mirada en Fabrizio, quien la veía con reproche. Eso era lo que menos le importaba, su objetivo era enfurecerlo, así que le dedicó una sonrisa y dio inicio a la canción, llenando con su melodiosa y ronca voz el salón.

—«*Quién sabe hasta cuándo, yo seguiré esperando que cambie mi suerte o venga la muerte, y me arranque de un tajo, este sufrido amor*» —La primera estrofa sorprendió a más de uno en el lugar, sin embargo, ella solo era consciente de la mirada de Fabrizio—. «*Quién sabe hasta cuándo, yo seguiré esperando que acabe esta pena que siembra su huella, de llanto por las noches como una maldición*»

Su voz se escuchaba con total claridad, hermosa y nítida, pero también daba muestra de que no solo la cantaba con el alma, sino que tenía unos cuantos tragos encima. Eso provocó las risas de algunas jóvenes, quienes siempre habían sentido envidia por la relación que mantenía con Fabrizio, no perdonaban que, siendo una mujer mayor, viuda y con una reputación dudosa, se quedara con alguien como él.

—«*Mal amor, que te cruzaste en mi camino y has marcado mi destino, mi alma sangra de dolor. Mal amor, tomaste de mi vida lo mejor, rompiste en mil pedazos la ilusión, que el cielo te perdone tu traición*» —El dolor y la rabia eran palpables en su voz y también su mirada, que no se había apartado un segundo de los ojos azules.

Fabrizio sentía que el enojo dentro de él aumentaba, al ver el espectáculo que estaba dando Antonella, era patético.

—Vamos. —Le dijo a Victoria en tono serio, tenía que sacarla de ese lugar y evitar que Antonella terminara de arruinarles la noche.

—No —respondió con firmeza, intentando parecer calmada. Él se volvió a mirarla sorprendido, pero ella le dedicó una sonrisa y le acarició suavemente su mejilla—. No podemos permitir que nos afecte, es lo que desea... y si salimos le demostraremos que ha triunfado.

—Estoy totalmente de acuerdo con Victoria, no pueden dejar que se salga con la suya —sentenció Fransheska con seriedad.

—Yo también estoy de acuerdo, ya está bien de dejar que esa mujer haga lo que se le dé la gana —dijo Fiorella con firmeza.

Los caballeros solo asintieron en silencio como muestra de apoyo a las damas; aunque eso solo tensó más a Fabrizio, en el fondo sabía que tenían razón y accedió. Sin embargo, no deseaba hacerles pasar un mal rato por su culpa, pues era evidente que Antonella estaba haciendo eso con toda la intención de arruinarles la noche.

—«*Si por más que intente no logro encontrarte, y si el encontrarte es mi perdición, perdida entre tus brazos, me rindo ante tu amor*» —La sonrisa en sus labios era hermosa y sugerente, así como la entonación de la última

estrofa, mientras su mirada recorría con absoluto descaro a Fabrizio.

Cuando las últimas notas de la canción se oyeron en el lugar, todos los presentes se encontraban estupefactos, asombrados ante la valentía, desfachatez y ligereza de Antonella, las damas se sentían escandalizadas pues no imaginaron que llegara a tanto. Los caballeros por su parte se mostraron más despreocupados, disfrutaron en grande la actuación de la mujer, de su sensualidad y belleza, porque ninguno podía negar que era preciosa, así que iniciaron el aplauso.

Ella les dedicó una sonrisa y agradeció el gesto, se sentía satisfecha al ver el semblante de los Di Carlo; no obstante, Victoria se veía muy tranquila y para su mayor sorpresa se puso de pie y se unió al aplauso. Fransheska la acompañó y también Brandon; en segundos, todos aplaudían, menos Fabrizio que la miraba con rabia y desaprobación.

Su mirada hizo que fuese consciente de lo que acababa de hacer, se había portado como una maldita despechada, humillándose delante de todos. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver las miradas cargadas de burlas que muchas mujeres le dedicaban, recibió la mano de su amiga, quien la ayudó a bajar del escenario, porque las piernas le temblaban

—Espero que estés feliz, Antonella, ya hiciste el ridículo —mencionó con rabia—. Ahora nos vamos inmediatamente de este lugar.

—¡No! No nos vamos a ir a ningún lado, la noche apenas comienza y yo deseo quedarme —sentenció con firmeza, les demostraría a todos que ella podía recuperar a ese hombre, que él era suyo.

—Antonella, ¿acaso has perdido la razón? ¿No fue suficiente subir a ese escenario y demostrarles a todos que estás dolida porque Fabrizio te dejó? —inquirió sin entender hasta dónde quería llegar su amiga.

—Él se molestó conmigo, le dolió lo que le hice Beatrice, lo pude ver... estaba en sus ojos, aún le importo, todavía le importo —contestó sin prestar atención a las palabras de su amiga.

—Sí... le importas, le importas un bledo, no viste cómo toda su familia se paró a aplaudirte, empezando por la Anderson, ellos solo se burlaban de ti... de una forma muy elegante claro está, pero se burlaban de ti, Antonella —expresó, sintiéndose frustrada.

—Por mí todos ellos se pueden ir al infierno, yo solo quiero recuperar a Fabrizio y sé que puedo hacerlo... Él me ama, Beatrice, un amor como el que Fabrizio me tenía no puede acabar de la noche a la mañana, y menos por una recién llegada... Mi niño prefería estar muerto que lejos de mí, no es posible

que ahora deje de sentir esa necesidad, así como así, que sus sentimientos hayan cambiado —dijo, más para convencerse a sí misma que a su amiga.

—No ha sido de la noche a la mañana, Antonella. ¿Se te olvida que han pasado seis años y que tú le hiciste mucho daño cuando apenas era un chico? Él regresó muy cambiado de la guerra, no solo físicamente sino también en su actitud, no era el joven dulce y atento que un día me presentaste y que solo veía por tus ojos, Fabrizio Di Carlo era un hombre... uno decidido, seguro de sí mismo y que le daba igual si tú estabas o no con él... amiga de verdad... no sé por qué te cuesta tanto aceptarlo —pronunció con tristeza, mirándola a los ojos.

Los ojos de Antonella se llenaron de lágrimas pues sabía que Beatrice tenía razón, él no era el mismo, no era su Fabrizio, solo que aún no lograba aceptarlo. En ese momento pasó un camarero por el lugar y ella le pidió una botella de champagne, después de un rato vio a Victoria levantarse y dirigirse al baño junto a Fransheska, e intentó levantarse para ir tras ella, pero Beatrice se lo impidió.

Para Fransheska la actitud de Antonella no pasó desapercibida, pero trató de disimular para no incomodar a Victoria. Sin embargo, en cuanto regresó a la mesa le hizo un gesto a Fabrizio, procurando que nadie más lo notara, él se puso de pie y la invitó a bailar adivinando que tenía algo que comentarle, pero que no podía delante de los demás.

—¿Qué sucede? —preguntó sin rodeos, cuando estaban en la pista.

—Es Antonella, intentó seguirnos al baño, pero esa mujer... su amiga, Beatrice Forlani la detuvo —respondió, notando de inmediato cómo su hermano se tensaba—. Es evidente que desea provocar un escándalo para perjudicar a Victoria.

—Voy a ponerle punto final a esto. —Intentó abandonar la pista.

—Fabrizio, no... no caigas en su provocación, es exactamente lo que ella desea, no me gusta la idea, pero lo mejor será que nos vayamos

—No... esa no es la solución, además papá y Brandon deben quedarse hasta el final, ellos son los anfitriones. Mamá tampoco merece que esta situación arruine esto por lo cual trabajo durante varias semanas sin descanso... ¡Maldita sea! ¿Por qué Antonella tiene que ser tan obstinada? —cuestionó, sumamente furioso.

—Eso ahora no tiene caso, pero entonces tienes que irte y llevarte a Vicky, yo me quedaré con nuestros padres y con Brandon... Te puedo asegurar que si intenta hacer algo sabré cómo enfrentarla.



—Fransheska, no quisiera que te vieras en la necesidad...

—Fabrizio no pasará nada, confía en mí, por favor. —Lo miró a los ojos para infundirle seguridad, lo vio asentir y le dedicó una sonrisa.

Caminaron de regreso a la mesa dispuestos a seguir su plan, tenían que hacerlo todo de manera muy discreta para no seguir provocando comentarios, pues ya se corrían muchos por el salón.

—Victoria, quiero pedirte un favor. —Le susurró Fabrizio mirándola a los ojos, ella asintió y continuó—: Tenemos que irnos... la situación con Antonella cada vez se hace más tensa y...

—Fabrizio no creo que sea lo correcto, nosotros no tenemos motivos para huir, ¿o sí? —inquirió, mirándolo fijamente.

—¡No!... No existe ningún motivo, pero tampoco deseo exponerte a una situación desagradable, por favor entiende.

—Disculpen que los interrumpa, pero Fabrizio tiene razón... Victoria, esa mujer está ebria y puede tener un arrebato de locura en cualquier momento —acotó Fiorella, con algo de preocupación.

—Victoria, es lo mejor, si salen ahora le quitarán la oportunidad de arruinar la velada. Todos aquí están conscientes de la situación, y todas las miradas están sobre ustedes, es mejor evitar —mencionó Brandon con convicción, mirándola a los ojos.

—Está bien... —Victoria entendió que su primo, más que una sugerencia, le estaba dando una orden—. ¿Qué harán ustedes?

—Nosotros debemos permanecer aquí, porque tenemos el compromiso como anfitriones, pero te puedo asegurar que ella no hará nada —sentenció Luciano, dispuesto a enfrentar a Antonella.

En ese momento se acercaron hasta ellos unos socios del Piamonte, y en medio de todas esas personas, Fabrizio le ofreció su mano, ella suspiró con resignación y aprovecharon para salir. Solo esperaban que Antonella no notara su ausencia y pretendiera seguirlos.

## Capítulo 49

Fabrizio odiaba tener que salir huyendo de allí como si ellos estuviesen haciendo algo incorrecto, pero debía pensar en Victoria y en cuidarla porque todo eso era en parte su culpa. La dejó un momento para ir en busca de su auto, que afortunadamente estaba cerca del lugar, mientras rogaba para que Antonella no se fuese a aparecer allí.

Victoria se abrazó a sí misma, ajustando su abrigo, pues pasaba de la medianoche y una brisa helada recorría las calles. Soltó un suspiro para drenar en parte la inconformidad que sentía al tener que abandonar la velada, se suponía que esa noche sería perfecta, y esa mujer la había arruinado, pero no lograría separarla de Fabrizio.

—Supongo que debería felicitarla por su noviazgo.

—Señora Sanguinetti. —respondió Victoria y se volvió para mirarla.

—La verdad me sorprende tanto las vueltas que da la vida, pero aún más lo hace el descaro de ciertas personas —pronunció, acercándose a esa miserable, dispuesta a ponerla en su lugar.

—Victoria. —Fabrizio bajó del auto con rapidez para poner a su novia a salvo y miró de forma amenazadora a Antonella.

—Fabrizio, querido... ¿Ya te vas, tan pronto? —inquirió con ironía.

—Ese no es tu problema, Antonella, por qué mejor no entras y sigues disfrutando de la fiesta —Le ordenó con tono hosco.

—¿Y tú por qué no terminas con el juego de los noviecitos y vienes a mi casa para que te diviertas de verdad? —inquirió con sorna.

—Yo no juego a nada y a tu casa no regresaré... Creo que eso quedó bien claro la última vez que nos vimos, deberías aceptarlo de una vez por todas y dejar de hacer el ridículo, sabes que no quise ni quiero herirte... pero no deseo estar contigo. —Le dijo sin titubear.

—Fabrizio, por favor, vámonos —pidió Victoria, mirándolo.

—Nunca tendrás con ella lo que tenías conmigo... espero que lo sepas y que ella también lo sepa. Así no se sorprenderá el día que se entere que te quedaste a dormir en mi casa, después de todo, tú eres hombre y tienes necesidades, las que yo sé muy bien cómo satisfacer... porque yo no tengo

reparos en ser tu mujer y entregarme a ti por completo —expresó con toda la intención de herir a Victoria.

—Yo no necesito ni deseo lo que puedas ofrecerme... porque lo que siento por Victoria es mucho más fuerte, a ella la amo y lo sabes, es lo único que necesito y deseo tener de ahora en adelante, lo demás no existe... no significa nada —respondió con determinación, mirándola a los ojos para que eso le quedara claro.

—¿Todo lo que necesitas ella te lo puede dar? —inquirió con asombro y rabia—. Entonces es eso... tienes juguete nuevo, solamente quisiera saber hasta cuando durará tu interés... quizás hasta que ella ceda y es probable que sea más rápido de lo que esperas. ¡Si tuvo la desfachatez de involucrarse con un hombre comprometido! —pronunció llena de ira, dolor e impotencia.

—No te permito que hables así de ella. —La amenazó mirándola con furia, mientras la señalaba con el dedo índice.

—¿Por qué no puedo hacerlo?! ¿Acaso no es verdad?! —gritó sin dejarse amedrentar por él—. Es una cualquiera y no me extrañaría para nada que justo ahora te estés escapando con ella para revolcarte en el primer sitio que consigas. Seguramente les inventaste a todos uno de esos dolores de cabeza, la misma excusa que me dabas a mí siempre... apuesto a que con ella nunca te sientes mal... eres un miserable, Fabrizio. —Terminó por decir y las lágrimas se asomaban a sus ojos.

—Te lo advierto solo una vez más, no te expreses así de Victoria, no intentes dañar su reputación por qué entonces sabrás de lo que soy capaz. —La rabia había tensado la expresión de su rostro.

—¡Por favor, Fabrizio, no tiene caso, vámonos ya! —rogó Victoria, sujetándolo por el brazo, mientras buscaba su mirada.

—Poco me importan tus amenazas y poco me importan lo que digas... Ella es una cualquiera y eso ni tú ni todo el dinero que su familia posee lo puede cambiar... es una...

—¡Basta! —bramó Fabrizio, haciendo temblar a las dos mujeres.

—¡Tú no eres nadie para gritarme!... ¿Quién te has creído?! —cuestionó Antonella con rabia, y estrelló su mano contra la cara de Fabrizio con toda la fuerza que tenía, volviéndola.

Él se sintió perplejo justo en ese instante, mientras trataba de asimilar lo que había sucedido, pero un segundo después sintió cómo un intenso calor se apoderaba de él. Apretó con fuerza la mandíbula para contener ese ataque de furia que amenazaba con rebasarlo al ser agredido, solo le dedicó a Antonella

una mirada de ira y decepción.

—¡No vuelvas a ponerle una mano encima! ¡Jamás en tu vida vuelvas a tocarlo! —La amenazó interponiéndose entre ella y Fabrizio, mirándola a los ojos, mientras todo su cuerpo temblaba de rabia—. Si él no puede responderte porque es un caballero, a mí se me puede olvidar que soy una dama y ponerte en tu lugar.

—Tú no tienes ningún derecho exigirme nada, estúpida —espetó.

—¡Sí lo tengo porque yo soy su novia! Y si lo lastimas a él entonces yo voy a lastimarte también... Y te exijo que salgas de la vida de Fabrizio, que no intentes imponerle algo que no desea —dijo con su mirada anclada en la de ella—. Yo tampoco lo haré si él decide terminar conmigo, porque esa será su decisión... y ninguna de las dos debe decidir por él, nunca —expresó, sintiendo cómo su voz se quebraba.

Ambos se quedaron en silencio sin saber qué decir, las palabras de Victoria fueron para Antonella una bofetada con guante blanco, ella supo de inmediato que tenía la pelea perdida. ¿Cómo podía luchar contra eso? ¿cómo imponerle el amor? ¿Cómo mendigar por un poco de compañía o un poco de amor cuando ella lo tuvo todo? Cuando ella fue todo para él y ahora no era nada...

No era nada, se lo había dicho sin ningún tipo de remordimiento, sin tocarse el corazón o pensar en que la estaba matando, simplemente le dijo que ya no era nada y allí acababa todo lo que una vez tuvieron.

Fabrizio vio la turbación en la mirada de Antonella y supo que ella no los seguiría molestando, así que agarró a Victoria de la mano y caminó para alejarse de allí. Victoria se sintió mal al ver a la mujer tan herida, pero era consciente de que no podía hacer nada para reparar el daño, la vida no era justa en ocasiones, eso lo sabía ella de sobra.

Minutos después el auto recorría la oscura carretera a alta velocidad, la fuerza con la que apretaba el volante, eran muestra fehaciente de la rabia que consumía a Fabrizio. Mientras Victoria observaba a través de la ventanilla, aunque no lograba ver nada, pero la opresión en su pecho le impedía hablar y cientos de imágenes del pasado y del presente se mezclaban en su mente aturdiéndola, al fin el auto entró a la propiedad, Fabrizio apagó el motor y se volvió para mirarla.

—Victoria. —La llamó y su voz sonaba distinta, ronca, ella se volvió para mirarlo e intentó sonreírle, pero falló en su esfuerzo—. Lo siento..., lo siento tanto, Victoria —dijo, mostrando en su mirada la tormenta que azotaba a su

consciencia.

—No digas nada, lo sé... hiciste todo lo que estuvo en tus manos para evitar esto... fue mi culpa, por ser tan terca —expresó con ternura.

—No, tú no tienes culpa de nada, yo debí enfrentarla cuando empezó a atacarnos de manera directa...

—Lo hiciste, Fabrizio, actuaste de la mejor manera... no tengo nada que reprocharte amor, hiciste lo que tenías que hacer... sé que fue difícil y aun así lograste manejar la situación —aseguró, llevándose la mano de él que sujetaba la suya a los labios para besarla.

—Pero ella te ofendió y sé que te lastimó con lo que dijo...

—Y tú me defendiste, además, ninguna de sus palabras me hirió, Fabrizio nosotros no somos culpables de nada, esto nació sin siquiera proponérselo, solo pasó... Créeme que, aunque hubiésemos luchado todos los días para evitarlo, al final nos iba a ganar, porque esto es más fuerte que nosotros... Yo intenté negarlo y alejarme, pero no pude, tú rompiste la coraza en la que me escondía y me liberaste de tantas cosas... no te imaginas de cuantas...— mencionó, acariciando la mejilla que aún se veía enrojecida por el golpe—. ¿Te duele?

Fabrizio negó con la cabeza y ella se acercó apoyándose sobre sus rodillas, con cuidado comenzó a besarle la mejilla, rozando apenas sus labios. Él rodeo su cintura con los brazos, dejando libre un suspiro ante las caricias de ella, cerró los ojos concentrándose en escuchar el latir de su corazón, y en respirar su maravilloso olor a rosas que lo embriagaba.

Victoria sentía un gran dolor dentro de su pecho que la estaba ahogando, las lágrimas se agolparon en su garganta impidiéndole respirar, su cuerpo comenzó a temblar casi imperceptiblemente. Él se había sumido en una especie de sopor, los besos y el calor del cuerpo de Victoria lo había relajado por completo, pero, de pronto sintió una humedad cubrir su mejilla y que ella comenzaba a temblar.

—Amor... Vicky... ¿Estás llorando? —preguntó, acunándole el rostro. Ella negó con la cabeza—. Victoria no llores, no llores amor. —Le pidió, abrazándola con fuerza. Ella rompió en llanto sin poder evitarlo, y se aferró a la espalda de Fabrizio con ímpetu, mientras todo su cuerpo temblaba a causa de los sollozos—. Mi vida, por favor no llores, todo está bien, no llores, no soporto verte así.

Ella se separó un poco de él y buscó sus ojos, para después buscar sus labios, todo su cuerpo temblaba y necesitaba de su fuerza, necesitaba saber

que estaba bien, que estaba con ella.

—No quiero que sufras, no puedo dejar que te haga daño. —Le dijo, mirándolo a los ojos, muy cerca de sus labios.

—Victoria, yo estoy bien... estoy bien amor, no te preocupes —contestó, mientras acariciaba con ternura sus mejillas.

—Yo haría cualquier cosa para evitarlo, quiero que lo sepas..., nunca dejaría que algo te dañara... yo te amo, te amo.

Fabrizio se sentía algo abrumado por la actitud de su novia, esa luz en su mirada y la urgencia en su voz lo conmovían, esa devoción que le demostraba, la convicción con la cual hablaba y esa necesidad por cuidarlo lo estremeció. Quiso entregarle el mismo sentimiento, y se apoderó de sus labios con pasión, con premura, perdiéndose en ellos.

Ella fue consciente de la necesidad en él y cedió, sus bocas se fundieron en un beso que les robaba el aliento y al mismo tiempo los llenaba de seguridad. Sus almas se cubrían de calidez, sus corazones latían desbocados mientras sus manos se deslizaban con la misma urgencia por sus espaldas, buscaban acortar toda distancia entre ellos.

—Te amo —susurró ella, acariciándole la mejilla.

—Si tú estás conmigo nada puede dañarme, Victoria.

Ella le dedicó una hermosa sonrisa, volvía a sonreír y su mirada se iluminaba al sentir cómo él iba alejando los miedos que la atormentaban, lo abrazó con fuerza y volvió a besarlo, pero esta vez con ternura. Se quedaron un rato más allí, abrazados y permitiendo que la seguridad que les brindaba su amor los llenase, reforzando la decisión de luchar por lo que sentían y defenderlo de quienes quisieran hacerle daño o separarlos, ninguno renunciaría al amor que se tenían.

Fabrizio vio la hora en su reloj, supo que ya era tarde y que en cualquier momento podía llegar Brandon, así que se movió para bajar del auto, no quería que, si su cuñado los encontraba allí, fuese a mal interpretar la situación. Caminaron hasta la casa y Victoria abrió la puerta, vio a Ángela recostada en el sillón, al parecer se había quedado esperándolos. Se acercó a Fabrizio y él le dio un beso maravilloso que le abrigó el corazón y el alma, después de eso subió a su auto y se perdió por el camino que se encontraba en completa oscuridad.

Antonella dudó entre regresar o marcharse a su casa, al final el dolor la llevó a tomar la primera opción, así que volvió al salón y comenzó a tomar

con descontrol. Aunque Beatrice hacía de todo para persuadirla, que salieran de ese lugar era imposible, ella no entraba en razón, parecía no escucharla y lo único que deseaba era beber para olvidar todo.

—¡Antonella Sanguinetti! Que hermosa te sigues viendo, mujer.

—¿Adriano Doglio? —preguntó, enfocando su vista en el hombre —. ¿Eres tú, Adriano? —inquirió de nuevo para confirmar.

—Por supuesto que soy yo, veo que te estás divirtiendo esta noche.

—Divirtiéndome... sí —contestó y su voz se quebró—. No te imaginas cuanto —agregó, mirando a otro lado.

—Antonella ya es tarde, debemos irnos —murmuró Beatrice con rabia, pues estaba al límite de su paciencia.

—No quiero ir a ningún lado... ¿Acaso no la estamos pasando bien? —cuestionó con sarcasmo y la voz algo enredada.

—Por favor, Antonella, ya fue suficiente por hoy.

—¿Suficiente? Para mí nada es suficiente... ¿No es así, Adriano? —inquirió de nuevo dedicándole una sonrisa al hombre.

—Pues yo estoy cansada, si quieres quedarte es tu problema, yo me voy —dijo furiosa, poniéndose de pie.

—No te preocupes, Beatrice, yo me quedo con ella y me encargaré de llevarla hasta su casa. —Le aseguró Adriano con una sonrisa.

—Buenas noches. —Fue su respuesta y salió del lugar.

—Tenía tanto sin verte —mencionó él agarrándole la mano.

—Mucho... sí, mucho tiempo ¿dónde estabas? —preguntó, intentando distraerse con la conversación que él le ofrecía.

—En Marruecos, las cosas están saliendo muy bien con la empresa.

—Vienes a hacer negocios con los Anderson —afirmó ella.

—Son buena garantía —acotó acercándose aún más a ella, quien hizo una mueca de desagrado y bebió otro trago de su copa, él llevó una mano hasta su pierna y la acarició con suavidad—. Es sorprendente como cada vez luces más hermosa, siempre pensé que las diosas eran un invento..., pero cuando te veo a ti descubro que es cierto, las diosas existen, tú eres una, Antonella. —Le susurró, subiendo su mano.

—Adriano, ha pasado demasiado tiempo... —señaló deteniendo la caricia —. Ya no soy la misma chiquilla que conociste con tan solo quince años, no es necesario que juegues al galán; después de todo, obtuviste lo que deseabas —contestó, mirándolo a los ojos.

—No todo querida, no lo obtuve todo... sabes que deseo mucho más que tu

cuerpo, te quiero a ti —murmuró, dedicándole una sonrisa.

—Mejor cambiemos de tema, cuéntame cómo te ha ido.

Comenzaron a hablar de lo que había sido de sus vidas en los últimos cuatro años, pues era el tiempo que tenían sin verse, aunque en su momento no acabaron en buenos términos, no era la primera vez que se distanciaban, de cualquier manera, siempre terminaban volviendo. Antonella seguía tomando y aunque él intentaba persuadirla para que no lo hiciera, sus palabras caían en oídos sordos.

Después de una hora las personas comenzaban a retirarse del lugar, solo quedaban los anfitriones como era su obligación y los demás socios del banco. Ella ya casi sin fuerzas para mantenerse de pie cedió a marcharse; Adriano la sujetó por la cintura para ayudarla a salir, Antonella no le había pedido a su chofer que fuese por ella, ya que pensaba volver con Fabrizio o con Beatrice, ahora no tenía ni lo uno ni lo otro, así que no le quedó más remedio que recurrir a su examante.

—Antonella. —Le susurró cerca de su rostro, cuando llegaron.

—Soy ella... al menos lo que queda —dijo con una sonrisa triste.

—No... sigues siendo la Antonella hermosa que me volvía loco con solo mirarme —contestó, mientras le daba un beso en la mejilla.

—Eres un mentiroso, Adriano... —Logró esbozar, antes de que él se adueñara de su boca con un beso intenso, rudo y urgente.

Antonella se tensó al ser abordada de esa manera e intentó detener las manos de Adriano que se deslizaban sobre sus piernas, subiendo el vestido en busca de su parte más sensible. Ella dejó libre un gemido que no tenía que ver con el placer, pero él lo recibió como una invitación y bajó a su cuello para besarla, mientras sus manos estaban en sus senos, acariciándolos con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

—Adriano... Adriano... no, espera... no —Intentó detenerlo, pero sus manos no tenían la fuerza suficiente para empujarlo.

—Te deseo, Antonella... te extrañé tanto, tus labios, tu cuerpo, tu pasión... quiero sentirte de nuevo. —Insistió ante la resistencia de ella.

—Adriano... no puedo... yo... —protestó de nuevo.

—Yo puedo hacerte olvidar todo... al menos por esta noche.

Eso era lo que ella más deseaba, poder dejar de sentir ese dolor que la estaba destrozando, no quería ser consciente de que había perdido a Fabrizio y que ya no la amaba. Afirmó mientras una lágrima rodaba por su mejilla y suspiró, resignándose a dejarse llevar, vio que él le dedicaba una gran sonrisa,



después bajó del auto y caminó para abrirle la puerta, ella suspiró de nuevo antes de recibir la mano que le ofrecía.

Entraron a la casa sin hacer mucho ruido y ya en su habitación, Adriano comenzó a desvestirla con premura, para después hacerlo él, sus ropas volaban por todos lados. Sujetó a Antonella por la cintura subiendo en vilo, ella lo rodeó con sus piernas y se fundió en un beso con él, aferrándose a su espalda para no caer, sin ningún tipo de delicadeza la llevó a la cama, demostrándole que en ese encuentro no le daría ternura ni amor, y que solo sería de carácter sexual.

Él se acomodó sobre ella abriéndose espacio entre sus piernas, luego bajó y cubrió con su boca sus pezones, succionándolos con desesperación, excitándolos hasta ponerlos a su merced. Antonella solo gemía, presa de las sensaciones que todo eso provocaba en su cuerpo; sin embargo, su corazón y su alma estaban siendo golpeados salvajemente al darse cuenta que volvía a ser solo un cuerpo donde calmar las ansias, pero no uno que inspirase amor.

Se aferró a la espalda de Adriano y cerró los ojos, en un intento desesperado por encontrar en ese acto algo del amor que una vez le brindó Fabrizio, necesitaba un poco de su ternura, de esa manera cómo se entregaba, ofreciéndole el alma desnuda y sincera, solo para ella. De pronto, sintió su cuerpo elevarse y cambiar de posición, Adriano se tendió en la cama, sujetó con firmeza sus caderas para bajarla y poder entrar en ella, lo hizo en un solo movimiento, con fuerza.

Antonella se estremeció y cerró los ojos para evitar derramar las lágrimas que comenzaban a acumularse en su garganta, mientras sentía cómo él la tomaba una y otra vez, su respiración agitada se estrellaba contra sus senos mientras los lamía y los mordía ligeramente. Todo era tan distinto que la hacía todavía más consciente de que era otro hombre el que se apoderaba de su cuerpo y no su tierno niño.

Deseaba la delicadeza con que Fabrizio la besaba, rozando suavemente sus labios con sus senos, bebiendo de ellos como si fuesen una fuente de vida y no solo un pedazo de piel. Trató de tomar las riendas de ese encuentro y acunó el rostro de Adriano con sus manos, aunque no se atrevió a mirarlo a los ojos, solo se dejó llevar por sus sentidos y comenzó a besarlos muy despacio.

—Quiero que me hagas el amor... no simplemente que tengamos sexo, hazme el amor —rogó con la voz vibrándole por las lágrimas.

Él recibió gustoso la invitación de Antonella y se fundió en un beso con ella, intentando ser un poco más mesurado, algo que era complicado porque

esa mujer lo volvía loco. Ella comenzó a acariciar suavemente la espalda desnuda y sudada de él, intentando demostrarle ternura y desahogar en él esa necesidad de entregar amor que tenía; sobre todo, de recibir de vuelta ese sentimiento, quería sentirse amada.

—Mírame, Antonella —exigió con urgencia—. Antonella mírame —repitió mientras intensificaba sus movimientos de nuevo.

Ella sabía que Adriano había descubierto que ella imaginaba a alguien más, para no ser consciente de que era a quien le permitía tomarla y no era la primera vez que hacía eso estando con él. Se vio obligada a abrir sus párpados y buscar su mirada, al hacerlo se estrelló con unos ojos marrones que lucían oscuros, brillantes y que le exigían que se entregara solamente a él.

—No te he olvidado, Antonella... no he podido... aún sigues estando en mi corazón —susurró contra sus labios.

—Adriano... yo... —Ella fue incapaz de responderle.

Él se apoderó sus labios con la misma intensidad de antes y en un movimiento ágil la agarró por la cintura para tumbarla sobre la cama para luego cubrirla con su cuerpo, separando aún más sus piernas para tomarla y demostrarle toda la pasión que ella despertaba en él.

Antonella lo recibió sin oponer resistencia, sabía que era inútil y que solo podía dejarlo saciar su necesidad, sintiendo su cuerpo convulsionar ante las embestidas de él. Apenas podía escuchar las palabras que le decía al oído y que carecían de significado para ella, alejó sus manos de la fuerte espalda masculina y las dejó caer sobre la cama.

Cerró los ojos luchando por contener las lágrimas, pero fue inútil de inmediato empezaron a salir, mientras su cuerpo era forzado a entregar algo que no tenía. Adriano le exigía pasión, entrega absoluta, pero ella no podía, solo era capaz de permitir que él se satisficiera con su cuerpo, que se desahogara en ella, solo eso.

Al fin lo sintió temblar mientras se derramaba y después de varios espasmos terminó por caer rendido sobre su cuerpo, jadeante y sudado. La besó con suavidad y se acomodó a su lado, ella seguía inmóvil mientras él acariciaba sus senos y besaba su cuello, sonriendo contra la piel sudada de Antonella que le regalaba su delicioso aroma.

Después de varios minutos se quedó dormido con una sonrisa de satisfacción en el rostro, sintiéndose completamente relajado. Ella se levantó con mucho cuidado para no despertarlo y caminó hasta el baño. Cuando vio su imagen en el espejo se sintió horrible, completamente vacía, unas náuseas se

apoderaron de su estómago y corrió hasta el bidé para devolver todo lo que había bebido, en medio de espasmos y escalofríos que amenazaban con hacerle botar hasta el alma.

Cuando el sol salió iluminando con sus tenues rayos todo el paisaje, aún sus ojos seguían derramando lágrimas, a momento sentía secarse sus mejillas, pero de inmediato el llanto volvía. La brisa fría de la mañana movía su camión pegándolo a su cuerpo, mecía sus cabellos y le calaba hasta los huesos, aun así, solo la hacía estremecer, no disminuía en nada su dolor ni terminaba de congelarla o alejaba de su mente esa verdad que ahora la golpeaba sin compasión.

No quería volver a su habitación y encontrarse con Adriano, aunque él seguía durmiendo, solo verle le dolía porque le recordaba aquel día en que todo se derrumbó. Se quedó sentada en la mecedora, mientras su mirada se perdía en el jardín y ella se torturaba con los recuerdos de lo ocurrido hacía algunas horas.

Aunque no era eso lo que la atormentaba, porque no era la primera vez que se entregaba a un hombre solo por complacerlo, lo que realmente le dolía era lo que le había hecho ver. Adriano le había arrancado la venda de los ojos, demostrándole que él solo actuó de la misma manera en que lo hacía Fabrizio desde que regresó, aunque ella se empeñó en excusarlo, ya no podía seguir haciéndolo.

Tenía que admitir que Fabrizio había dejado de amarla, ya no era el mismo joven atento y enamorado que ella tuvo entre sus brazos, ese que le prometió una vida juntos. Ya no era él, era otro totalmente distinto, uno que solo veía en ella un cuerpo donde saciar sus arrebatos, un cuerpo para desahogarse, no para amar.

Y lo peor de todo fue que él en ningún momento la engañó, nunca más volvió a hacerle promesas, ni a decirle que la amaba, la trataba bien, era caballeroso, pero nunca más volvió a entregarle esa ternura, ni su alma como años atrás. No volvió a ver en sus ojos esa mirada que ahora le dedicaba a Victoria Anderson, ni la forma en que le sonreía, igual como lo hizo con ella tiempo atrás.

El llanto se hizo más amargo, se llevó las manos al rostro para cubrirlo, no quería que Adriano despertase y la viese en ese estado. Seguramente la abordaría con cientos de preguntas y no estaba dispuesta a explicar nada, no quería hablar, no quería pensar, no quería sentir, solo deseaba morir en ese instante.



## Capítulo 50

Su noche había sido inquieta, aunque tenía a su lado el cuerpo de Marion, no lograba conciliar el sueño, dejó escapar un suspiro y se puso de pie para caminar hasta la ventana, aún la bruma de la mañana envolvía la casa y la silueta de la luna podía apreciarse difusa en el firmamento. Se restregó el rostro con las manos para liberarse de esa sensación que lo agobiaba, tragó para pasar el nudo de lágrimas y dejó caer los párpados para intentar poner su mente en blanco.

Después de un par de minutos, se volvió para mirar a Marión y buscar en ella la paz que tanto necesitaba su alma, y que solo ella podía darle. Amaba a su mujer, no tenía duda de ello, su corazón, su alma, cada espacio de su ser le pertenecían a Marión, ella lo había salvado, le dio motivos a su existencia que carecía de ellos; sin embargo, no entendía por qué sus recuerdos con Antonella lo perturbaban tanto.

—He luchado contra los recuerdos, he intentado arrancarme de la piel ese pasado que se empeña en mantenerme hundido en un abismo, pero siempre regresa golpeándome. —Se lamentó, sintiendo ese dolor en el pecho que le hacía más difícil respirar—. Pero voy a seguir luchando, por ti mi amor, porque tú eres mi luz, Marión y te juro que te haré feliz como antes —susurró, poniéndose de cuclillas.

Con suavidad deslizó un par de dedos por la mejilla de su esposa en un toque tan sutil, no quería despertarla, solo deseaba observarla dormir para terminar de convencerse de que los ángeles existían y que a él lo había escogido el más hermoso de todos. Ella se removió en la cama quedando de espaldas a él, una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios y se acercó para dejar caer un beso en esa piel nívea salpicada de pecas, sus labios quisieron más y lo que en principio fue un beso se transformó en una lluvia de ellos.

Solo fue cuestión de un instante cuando una imagen se apoderó de su cabeza y otra espalda ocupaba la de su mujer. Se tensó ante la cruel jugada que le habían hecho sus pensamientos, no podía permitir que algo como eso sucediera, nunca se vio expuesto a episodios así.

Temeroso se alejó de Marion y se encaminó hacia el baño, necesitaba poner en orden sus pensamientos, porque, aunque sus sentimientos estaban

claros y sabía lo que quería y a quien quería; su cabeza seguía empeñada en atormentarlo con la imagen de una mujer que para él había dejado de existir hacía mucho tiempo.

Debía ser de ese modo, pero si para liberarse de una vez por todas de Antonella Sanguinetti tenía que revivir en recuerdos, el infierno que ella le hizo pasar y la manera como jugó con sus sentimientos, entonces lo haría, solo para reafirmar una vez más, que su corazón estaba cerrado definitivamente a ella y a su pasado.

### **09 de enero de 1914.**

Vestido con su uniforme completamente blanco y la máscara protectora negra, se desplazaba con facilidad, sin embargo, era imposible concentrarse. Además, se cansaba mucho más rápido, sentía que sus energías habían bajado y que el esfuerzo por mantenerse a salvo del florete de su contrincante, lo hacía sudar tanto que la máscara lo sofocaba, impidiéndole respirar con fluidez.

Por ese motivo a Ángelo se le hacía mucho más fácil ganarle, de tres ganaba tres y todas con doble tuche, de pronto, su amigo se detuvo quitándose de golpe la máscara. Él lo imitó, sacudiendo la cabeza para refrescar y despegar de su frente y cuello, sus cabellos húmedos por el sudor, se encaminó hasta la mesa que estaba bajo un árbol que les daba sombra, llenó un vaso con té helado y lo bebió de un gran trago.

—Fabrizio, sí que has perdido práctica —acotó Ángelo, sonriendo agitadamente ante el cansancio.

—No... bueno sí, Ángelo es que tengo tiempo sin practicar, por eso te salvas —respondió, sirviéndose un poco más de té.

—Pero si hemos practicado casi todas las vacaciones —Le recordó, poniéndose en guardia, dando varios pasos atrás y apuntándole en la garganta con el florete, mostrando su agilidad.

—No lo sé, es solo que estos últimos días me canso más de lo normal, de seguro es porque no tengo un gran contrincante que exija más de mi esfuerzo —expresó, soltando una carcajada, quitando en un movimiento rápido el florete de su garganta con el suyo.

—Sí, te he visto más agotado... —calló y lo miró por varios segundos con interés, luego se acercó un poco más—. ¡Fabrizio, amigo mío! —exclamó con una sonrisa pícaro.

—¿Qué, Ángelo? —preguntó, poniéndose nervioso ante la mirada de escrutinio y el tono de voz de su amigo.

—Con razón, cómo no vas a estar agotado, si después de la primera vez lo seguiste todos los días y a cada rato, por eso es que casi no estás en tu casa.

—¿Qué... de qué hablas? —cuestionó, agarrando nuevamente la máscara para ponérsela y evadir el tema.

—¡Vamos Fabrizio! Soy dos años mayor que tú —mencionó, acercándose y quitándole la máscara, para poder mirarlo directo a la cara—. Para tu información, ya he nadado en río revuelto y te juro que ahora que te veo, es como mirar en un espejo al Ángelo que acababa de hacerse hombre... ¡Cómo olvidar lo maravilloso de esas sensaciones de la primera semana! —Sonrió ante el rostro sonrojado de Fabrizio, y le dio un abrazo, palmeándole la espalda—. Felicidades, hermano.

—Bueno... bueno ya no tiene caso que te lo oculte, pero no me preguntes nada porque no te daré detalles, soy un caballero.

—No pienso preguntar..., aunque tiene que ser maravilloso hacerlo con una mujer mayor, porque saben mucho más que uno —mencionó en tono casual, no quería ser un entrometido—. A mí me tocó con una niña y fue un desastre, ninguno de los dos sabíamos qué hacer, pero el instinto te guía, Fabrizio, que afortunado que eres.

—Siento que lo soy y sencillamente no se puede describir, Ángelo, esa mujer me tiene embrujado, no sabía que podía albergar un sentimiento tan fuerte, ni que tendría esta necesidad de querer estar a su lado todo el tiempo —confesó sin pena de mostrarle sus sentimientos—. Lástima que mañana viajo a Londres y no la veré si no después de seis meses, te juro que la sola idea me va a volver loco, cómo quisiera al menos pasar la noche con ella, pero mi padre es tan estricto y hasta creo que puede leerme los pensamientos. —Se dejó caer sobre el pasto, poniendo la máscara en la rodilla.

—No te angusties, tu padre no puede leerte los pensamientos, seguro nota que estás un poco cambiado, pero no sabe nada, y lo otro que sientes con tu madre y hermana es la conciencia, pero eso pasará, ellas tampoco pueden saberlo. Solo trata de actuar lo más normal posible y deja de ponerte como un tomate cada vez que piensas en lo que hacen Antonella y tú en la cama, que eso es lo que te delata —dijo, sonriendo, mientras se sentaba en la grama frente a Fabrizio.

—¿Cómo sabes lo que pasa con mi madre y hermana? —preguntó, parpadeando de manera nerviosa.

—Pues porque me pasó lo mismo, aún recuerdo que a mis pensamientos no les importaba que estuviese frente de mi madre, para traerme todo lo vivido y hacer que mi cuerpo reaccionara.

—Es que no sé cómo evitarlo, además no es solo en la cama, no sabía que se podía hacer en otras partes y de otras maneras.

—Bárbaro, esa mujer tiene que ser Lucifer con tacones.

—¡Ángelo! No te expreses así de Antonella —exigió con molestia.

—Está bien, es un decir, nada más. —Se disculpó, sonriendo.

—Por cierto, se me acaba de ocurrir una magnífica idea, y ya que tú eres tan bueno con esto de la conciencia, y además soy tu mejor amigo, me quedaré esta noche a dormir en tu casa.

—¿En mi casa? Después de tanto tiempo —cuestionó intrigado.

—Sí, eso es lo que le vas a decir ya mismo a mi madre, que es mi último día en Florencia y que tenemos muchas cosas de qué hablar.

—¿Cosas de qué hablar? ¿Qué pretendes, Fabrizio?

—Exactamente eso que estás pensando —respondió, sonriendo.

—¿Eres consciente de lo que me pides? Si a tu padre se le ocurre ir a la casa y no te encuentra, me vas a meter en un problema.

—No... pasará nada, amigo mío, si mi padre va, y estoy seguro de que lo hará, él me encontrará en tu casa, ya que conociéndolo estará allá antes de las siete, después de esa hora yo me desapareceré.

—Fabrizio... Fabrizio. —Ángelo negó con la cabeza mientras sonreía—. Bueno, ve que de seguro te tiene que estar esperando, antes de irme le diré a tu madre que «pasarás» la noche en mi casa y vengo por ti a las seis —dijo, poniéndose de pie para terminar la visita.

—No te apures, amigo mío, no iré esta tarde, mejor le doy la sorpresa y me aparezco allá esta noche —pronunció, sonriendo se levantó y se puso la máscara—. Ahora si en guardia, te dejaré ganar, por el favor —dijo, con la voz agitada ante los movimientos.

—Sí, ya sé que me dejarás ganar, busca excusas, búscalas —esbozó, y en un movimiento rápido lo tocó en el pecho con el florete.

Efectivamente su padre fue a preguntar por él a las seis y cuarenta, Fabrizio lo recibió en la terraza donde estaba jugando cartas con Ángelo, actuando de manera normal, pero apenas vio su auto alejarse, se despidió de su amigo y tomó un caballo prestado. Salió a todo galope a la mansión de Antonella, llegó y no se anunció porque entró por el jardín, subió por la terraza aprovechando para hacerlo por unas enredaderas, que le hicieron la



escalada mucho más fácil.

La puerta de cristal que daba al balcón se encontraba cerrada y las cortinas corridas, pero pudo divisar la figura de Antonella gracias a la luz de la habitación, estaba en ropa de dormir, tocó suavemente el cristal, ella al escucharlo se volvió, pero no le prestó mucha atención. Volvió a tocar y esta vez ella se puso de pie y se encaminó a la puerta, él se hizo a un lado, Antonella se quedó ahí sin atreverse a salir, tocó una vez más y ella corrió la cortina, recorrió con su vista la terraza.

Pero Fabrizio estaba pegado a la pared de al lado por lo que no podía verlo, se decidió y abrió la puerta, salió y llevaba puesta un sugerente camión de seda azul cobalto, su color preferido y estaba descalza. Caminó lentamente mirando hacia el jardín, cuando llevaba unos pasos él se acercó sigilosamente y la amarró en un abrazo por la espalda, ella dio un brinco entre sus brazos, mientras él le besaba el cuello y los hombros, para después soltar una carcajada.

—Mi niño me has dado un gran susto, ¿qué haces aquí a esta hora?

—He venido a pasar la noche contigo —respondió, sonriente.

—¿Estás loco? ¿Acaso no sabes que no puedes pasar la noche fuera de tu casa? Imagino que tus padres no saben nada, ¿te has escapado?

—Bueno, sí y no... primero ellos saben que pasaré la noche fuera de la casa, porque me dieron permiso para dormir en la casa de Ángelo, pero como él es mi mejor amigo le pedí el favor de que me cubriera.

—Mi niño, qué locuras haces, si tu padre se entera te meterás en problemas —dijo con preocupación mientras le acariciaba el rostro.

—No se va a enterar, tienes que ser más arriesgada. —La animó y la besó con intensidad, debía aprovechar el tiempo.

La llevó a la habitación sin dejar de besarla, se encargó de desvestirla con más agilidad que las veces anteriores e hicieron el amor toda la noche. Fabrizio no parecía cansarse y ella tampoco, pues ambos sabían que tenían que aprovechar al máximo las pocas horas que les quedaban juntos; ya que pasaría mucho hasta que volvieran a verse.

Era más de medianoche cuando al fin sus cuerpos les pidieron una tregua, y estaban acostado de lado, esperando que el corazón recobrara sus latidos normales, mirándose de frente y ella le acariciaba el cabello, las mejillas y los brazos, le gustaba verlo tan sonrojado. En realidad, se sonrojaba por el mínimo esfuerzo, los labios se le cubrían de carmín tentado a besarlos sin importar estar cansada, algo que decidió desde el momento en que estuvo con

él por primera vez era que no lo llamaría «niño» mientras hacían el amor, así que siempre susurraba su nombre mientras él la hacía suya.

—Sabes que tengo libre el último domingo de cada mes, la mayoría del tiempo no salgo del colegio me quedo ahí, me aburre ir siempre a los mismos lugares —mencionó de manera casual.

—Deberías de salir —susurró, acariciándole el cuello.

—No tengo un incentivo para hacerlo, sí sé que en un día puedo venir y que me daría el tiempo de regresar lo haría sin pensarlo dos veces, pero es imposible... ahora, tú podrías visitarme.

—Fabrizio, no... no puedo, me gustaría, pero no puedo, que pensarán cuando llegue a buscarte, de seguro creerán que soy tu madre —dijo, mostrando una expresión de vergüenza y terror.

—Pero no lo eres Antonella, eres mi mujer, la mujer que amo, la que me da la vida, me la quita y me la entrega de nuevo, mi madre es Fiorella y ya todos la conocen —sentenció, acariciándole el cuello.

—No lo sé, Fabrizio, déjame pensarlo. —Se acomodó en su pecho.

Después de unos minutos ella se quedó dormida, él estaba feliz porque al menos lo pensaría y se encargaría de convencerla de que fuera a pasar el cuarto domingo del próximo mes con él en Londres. Mientras le acariciaba los cabellos y la espalda se le ocurrió una idea, así que se levantó cuidadosamente y la dejó dormida boca abajo, se envolvió en una sábana y buscó en un cajón de la mesa de noche algo que necesitaba, lo encontró y se acercó a ella con mucho cuidado.

Descubrió la espalda de Antonella, dejando la sábana en la parte baja, le acomodó todo el cabello hacia un lado y besó cuidadosamente su espalda en toda su extensión para no despertarla. Empezó a escribir solo alumbrado por la luz de la luna, deteniéndose cada vez que ella se movía, para empezar nuevamente; de pronto, ella despertó, pero al percatarse de lo que él hacía no se movió.

—¿Qué haces? —susurró risueña y adormilada.

—Ya casi termino —contestó, dándole un beso en la mejilla—. ¿Sabes? Cuando te miro durmiendo no imagino más belleza —dijo, mientras continuaba escribiendo—. Eres ternura, deseo, abandono el mundo y mi voluntad te pertenece y entre más te miro más te amo...

—Fabrizio —susurró ella emocionada, a veces no podía entender cómo un niño como él podía expresarse de esa manera.

—Listo, ya terminé —pronunció, mostrando una gran sonrisa y se dispuso

a leer—: «*Mujer, yo hubiera sido tu hijo, por beberte la leche de los senos como de un manantial, por mirarte y sentirte a mi lado y tenerte en la risa de oro y la voz de cristal. Por sentirte en mis venas como Dios en los ríos y adorarte en los tristes huesos de polvo y cal, porque tu ser pasara sin pena al lado mío y saliera en la estrofa -limpio de todo mal- ¡Cómo sabría amarte, mujer! ¡Cómo sabría amarte, amarte como nadie supo jamás! Morir y todavía amarte más. Y todavía amarte más y más*» <sup>[2]</sup> ... Es un de un poeta latinoamericano. Pablo Neruda —Terminó por decir con la voz ronca por las emociones.

Antonella se incorporó quedando sentada y su mirada se fundió en el mar de los ojos de Fabrizio por varios minutos, sin decir nada mientras los de ella se humedecían, pero no derramaban ninguna lágrima. Su respiración cada vez se tornaba más irregular por el esfuerzo de contener tantas emociones que no sabía cómo explicarse porque era la primera vez que las vivía.

Él se acercó hasta ella y rozó suavemente sus labios con los temblorosos de Antonella, sonriendo de manera efusiva y nerviosa. Luego se apartó y lentamente depositó tres suaves besos en el hombro, para después escribirle en este. Te amo.

Ella desvió la mirada y pudo leerlo, de inmediato sintió como el corazón se le desbocaba en latidos. Sus ojos brillaban cada vez más mientras veía en él esa mirada cargada de inocencia y ternura que tanto le gustaba, Antonella se sentía cada vez más atraída por esa luz que desprendía Fabrizio al mirarla, ninguno de los dos hablaba, no hacía falta, cuando sus miradas y las caricias lo hacían.

Fabrizio recorría suavemente de arriba abajo con sus dedos el abdomen de Antonella, subiendo por en medio de sus senos, pasando por el mentón hasta subir a sus labios, para bajar nuevamente. Tenían a la luna por testigo irrumpiendo con su luz plata en la habitación, compartían las miradas con las luces apagadas. Recorrió el brazo de ella hasta llegar a la mano, la subió para entrelazar lentamente sus dedos, y ambos posaron sus miradas en la unión, él se acercó más a ella.

—Estoy locamente enamorado, Antonella. —Le susurró al oído, después se alejó un poco para mirarla a los ojos, llevando las manos entrelazadas hasta su pecho—. Siente mi corazón, así lo tengo desde que te vi, desde ese día no ha recobrado su latido normal y no quiero que lo haga, porque contigo me siento más vivo.

Antonella soltó su mano sintiendo que todo su cuerpo temblaba, no sabía

cómo actuar en una situación como esa, sentía que cualquier cosa que dijera la dejaría expuesta, se abrazó a él para esquivar su mirada, que le exigía una respuesta por su parte. Temía sentirse vulnerable y darle a él algún poder sobre ella, que luego terminaría lamentando, no confiaba en el amor, ni siquiera viniendo de un ser tan hermoso como él, pues aún era joven y sus sentimientos podían cambiar con el tiempo.

—Fabrizio, Fabrizio. —Era lo único que susurraba, mientras le acariciaba los cabellos y la espalda.

—Antonella, yo te amo, no sé cómo, se supone, que a mi edad no debería sentir este sentimiento, o por lo menos, no la certeza de su fuerza, pero es así, estoy seguro de lo que siento y sé que mi amor no está equivocado —susurró, abrazándola con poderío.

Ella se separó un poco y prefirió callarlo con besos, cada vez que él iba a decir algo ella lo besaba para no ser consciente de ese sentimiento que le profesaba y la llenaba de miedo. Haló poco a poco la sábana que Fabrizio llevaba envuelta en su cintura, hasta quitarla por completo, luego con besos y caricias lo fue tendiendo en la cama.

Lo miró a los ojos mientras se acomodaba encima de él, haciendo que fuese parte de ella, gimieron al mismo tiempo y una vez más se entregaron a la pasión. Después de varios minutos, Antonella se dejó caer sobre el pecho de Fabrizio, jadeante, sudorosa y con un torbellino de sentimientos haciendo estragos en su interior, él sintió un rastro de humedad en su pecho, mientras le acariciaba los cabellos.

—¿Antonella, estás bien? —preguntó en un susurro. Ella solo asintió en silencio—. ¿Entonces por qué estás llorando?

—No estoy llorando —esbozó, respirando profundamente para contener sus emociones que la rebasaron cuando se liberó—. Debe ser el sudor. —Abandonó el cuerpo de Fabrizio, acostándose a un lado y se puso de espaldas a él, la abrazó y después de varios minutos volvieron a quedarse dormidos.

El canto de los pájaros que Antonella mantenía en las jaulas, lo fue sacando del plácido sueño donde estaba sumergido, poco a poco fue tomando conciencia de donde se encontraba, y abrió los ojos, pero tuvo que cerrarlos de un solo golpe cuando los rayos del sol hirieron sus pupilas. Sin embargo, no podía quedarse más, aunque lo deseara, sabía que si su padre iba a casa Renai y descubría que no había pasado la noche allí, metería a Ángelo en problemas.

—Es tardísimo —susurró al mirar por la ventana.

Desvió la mirada a donde Antonella aún dormía, lamentando tener que marcharse sin despedirse de ella, pero no quería despertarla porque apenas habían dormido durante la noche. Salió de la cama y se vistió rápidamente, mientras se abotonaba el chaleco se giró, entonces se encontró con Antonella admirándolo, eso lo hizo sonreír con emoción.

—Es tarde, ojalá y tu padre no haya ido a la casa Renai.

—Eso espero —esbozó, sonriendo y se sentó al borde de la cama y le acarició la mejilla—. Te espero el último domingo del próximo mes.

—Fabrizio, no sé si pueda... y te lo digo para que no te hagas ilusiones, porque lo más probable es que no pueda ir.

—Antonella, por favor, no sé cómo voy a soportar tanto tiempo sin verte —rogó, mirándola a los ojos.

—Mi niño... no me lo hagas difícil —dijo, desviando la mirada.

—Está bien, igual te estaré esperando, si vas por alguna casualidad tiene que ser el sábado entre las ocho y las once, a las once y un minuto ya no me dejarán salir —explicó, haciéndole saber los detalles, para luego darle un beso y ponerse de pie—. Ahora sí me voy.

Le dio otro beso y salió por el balcón, bajó lo más rápido que pudo, fue en busca del caballo que había dejado amarrado a un árbol. Lo montó con destreza, queriendo lucirse delante de Antonella, quien lo despedía desde el balcón, luego se dirigió a toda prisa a la casa Renai.

Fabrizio pasó durmiendo todo el viaje en el tren, no despertó hasta llegar a París, intentó mostrarse casual delante de su padre, pero sus miradas lo ponían nervioso. Llevaron a su hermana hasta el colegio, aprovechando que estaban a tiempo, luego regresaron a la ciudad y se hospedaron en el hotel de siempre, al día siguiente su padre lo embarcaría solo hacia Londres, pues debía atender algunos asuntos.

# Capítulo 51

**28 de febrero de 1914**

El fin de semana libre había llegado y la adrenalina que corría por su cuerpo no lo dejó conciliar el sueño, se levantó más temprano de lo normal, más que cuando lo hacían para ir a misa. Se bañó y se puso la mejor ropa que tenía en su armario, luego buscó su bolso de mano y guardó dos conjuntos más, pues solo eso estaba permitido sacar del colegio, tampoco pensaba pasar mucho tiempo vestido.

Bajó faltando quince minutos para las ocho de la mañana, imaginaba que, si ella había viajado en el mismo barco que él tomaba desde Francia, ya tendría que haber llegado, y de seguro a las ocho en punto ya estaría buscándolo. Fue al salón donde se reunían los alumnos, a la impaciente espera de que la madre superiora les anunciara que sus familiares ya aguardaban por ellos en el portón del colegio.

Sería la primera vez que dirían su nombre y que no saldría por petición del padre de algún compañero, miró el reloj que ya marcaba las ocho y quince. El salón estaba lleno y él cansado de estar sentado, por lo que se puso de pie y caminó a una de las ventanas para mirar el jardín, dieron las nueve de la mañana y ya varios se habían marchado.

Diez y diez de la mañana y eran pocos los que quedaban, y aún su nombre no era anunciado, ya empezaba a desesperarse y una presión en su pecho lo ahogaba, sentía ganas de llorar, pero no lo haría. Once y su mirada recorría el salón completamente vacío, volvió a sentarse, mirando como el reloj de pared marcaba los segundos, robándole sus esperanzas pues sabía que a las once y un minuto ya no podría salir.

Con cada movimiento de la aguja del reloj, su corazón daba un latido doloroso, y sintió que se quebraba a la mitad, cuando dieron las once y un minuto, y Antonella no llegó, se quedó sentado hasta que el reloj marcó las once y cinco, mientras las lágrimas le inundaban la garganta, en ese momento entró la señora de la limpieza y lo miró con esa maldita lástima con la que también lo miraba Eva.

Se puso de pie con el bolso de mano y salió azotando la puerta, subió las

escaleras y al entrar a su habitación también lanzó la hoja de manera que hizo un sonido que retumbó en todo el pasillo, pero poco le importaba si lo castigaban, igual iba a quedarse los dos siguientes días encerrado en ese maldito lugar. Las lágrimas se hicieron presentes al fin, pero las limpiaba con brusquedad, sentía rabia e impotencia y no sabía por qué, si ya Antonella se lo había dicho; además, muestra de eso era que siempre evadía el tema en sus cartas.

Se dejó caer en la cama al tiempo que las lágrimas inundaban sus hermosos ojos, se quitó la corbata con rabia lanzándola al piso y abrió los botones de su abrigo. Ya no le interesaba cuanto tiempo había pasado desde la última vez que vio el reloj, le daba igual, un minuto más un minuto menos, no reducirían el dolor en su pecho.

—Di Carlo, ábrame —ordenó la madre superiora.

La voz de la monja hizo que instintivamente se llevara las manos a la cara para secarse las lágrimas, suponía que venía a dictarle su castigo, se levantó de la cama y agarró la corbata que estaba en el suelo, dejándola en el respaldo de la silla. Si la veía ahí le daría más pretextos para tenerla regañándolo por media hora, y lo que menos tenía en ese momento era paciencia para soportar las hablaturías de la monja.

—Un momento —repuso con rabia, se encaminó a la puerta, antes de abrir respiró profundo para parecer calmado y que la voz se le aclarara—. Diga, Madre —mencionó, tratando de no ser tan hosco.

—Su tía ha llegado —anunció con semblante enrudecido.

—¿Mi tía? —preguntó extrañado, al percatarse de que podría ser Antonella una sonrisa se instaló en su rostro y un bálsamo cubrió su alma—. Sí... sí, mi tía. —Agarró el bolso de la cama, la corbata del respaldo de la silla y rápidamente salió delante de la religiosa—. Hágame el favor, madre —pidió, entregándole el bolso mientras se ponía la corbata y abotonaba nuevamente su abrigo.

—Di Carlo —Lo llamó, deteniéndolo antes de entrar al salón.

—¿Sí, madre? —preguntó, volviéndose para mirarla.

—Sabe perfectamente que no está permitido que después de las once un alumno salga del colegio, así que dígame a su tía, que la próxima, vez así venga desde el Congo, o si no lo ve desde el sexto mes de gestación en el vientre de su madre, no podrá salir si llega un minuto tarde —pronunció con severidad—. Esta vez lo pasaré por alto, pero si hay una próxima no lo haré y más si viene con media hora de retraso. El colegio no puede ajustarse al horario de

los alumnos y sus parientes, tienen que aprender a acatar las reglas las cuales aceptan al...

—Perfecto, madre, yo se lo diré. No se preocupe y gracias.

Abrió la puerta y en el salón lo esperaba Antonella con una brillante sonrisa la cual él imitó al verla, ella se acercó llevando sus manos hasta las mejillas, lo miró a los ojos descubriendo que había estado llorando, eso la hizo sentir mal, por lo que cerró los párpados y acercó sus labios para besarlo tiernamente en la frente.

—Mi niño... tanto tiempo sin verte, mira nada más qué grande estás — mencionó, apartándose del beso, para mirar a la madre superiora que estaba en el umbral, con cara de quien los está botando.

Salieron del colegio y en la entrada estaba un cochero, lo que a Fabrizio le sorprendió un poco, pues esperaba que ella hubiese llegado en un auto. Sin embargo, no le prestó atención y la ayudó, ya dentro, bajó el cuero de la ventanilla que daba hacia el chofer, se acercó y le dio un beso tan agonizante como apasionado, cuando se alejaron Antonella sonrió y lo miró, acariciándole la mejilla izquierda.

—Siento haber llegado tarde, pero es que siempre quise viajar en coche, no pensé que fuese a demorar tanto en hacer el trayecto, ahora sé por qué mi difunto esposo nunca accedió a que subiéramos a uno, él siempre deseaba ir de prisa a cualquier lugar.

—Está bien, podemos ir en coche a donde quieras, si deseas.

—No, ya fue suficiente con una vez —comentó sonriendo, pues sentía su trasero algo adolorido por el viaje, esos asientos no eran tan cómodos—. ¿Sabes algo? He confirmado mis sospechas —susurró ella.

—¿Cuáles? —preguntó, entrelazando sus manos a las de ella.

—Que le gustas a la madre superiora. —Él soltó una carcajada—. Es en serio, espero, y por tu bien, Fabrizio Di Carlo, que no le hagas ojitos.

—No me funcionan —confesó, rascándose la cabeza—. Se los he hecho miles de veces y su coraza es demasiado dura.

—¡Ah! Con que seduces a la madre superiora, me estoy arrepintiéndome de haber venido, creo que hubieses disfrutado más quedándote solo con ella en el colegio —espetó, desviando la mirada.

—No... no —pronunció, entre risas llevando una mano a la barbilla de Antonella para hacerle volver la cara, pero ella se mostraba renuente—. No me digas que estás celosa.

—¿Celosa yo? ¡Por favor! ¿De una vieja gorda, con cara de pocos amigos?



Lamento mucho decepcionarte, pero no es así, no te creas tan irresistible, muchachito —acotó, frunciendo el ceño.

—Antonella. —Sonrió, acercándose a ella, y comenzó a besar sus mejillas, bajando a su cuello, siguiendo por lo plano de su pecho, para posarse en las medias colinas que el escote dejaba degustar—. ¿Dónde estás hospedada? —preguntó con voz entre cortada, sin detenerse en su labor de besar y saborear con su lengua el nacimiento de los senos de Antonella, quien le regalaba excitantes gemidos.

—En el Savoy —respondió, con la voz algo agitada.

—Señor, al hotel Savoy, por favor —ordenó, apenas alzando la ventanilla, luego llevó sus manos a la cintura de Antonella y la alzó, sentándola en sus piernas para buscar su boca y beber de esta hasta que llegasen a su destino.

—Fabrizio, yo quería visitar la Torre o el Museo Británico antes.

—Lo podemos hacer más tarde o mañana antes de entrar al colegio.

—Pero, es que... —Sus palabras fueron ahogadas por un jadeo. Ante la invasión de la mano de Fabrizio bajo su falda, que hacían mil y una acrobacia debajo de tanta tela para llegar a su punto más sensible.

—¿Estás segura? Aún podemos decirle al cochero que se desvié —indicó, mirándola mientras se mordía el labio inferior, no era necesario que le diera respuesta, la humedad en sus dedos ya lo había hecho.

—No... no, podemos ir mañana, no hay problema —respondió, tomando entre sus dientes el labio inferior de Fabrizio.

El placer hacía estragos en ella mientras ahogaba los gemidos en la boca entreabierta de Fabrizio, para que el cochero no los escuchara, él sabía que aún faltaban unos siete minutos para llegar, así que tendría tiempo de proporcionarle placer. Antonella sentía una corriente eléctrica recorrerle la espina dorsal, mientras la vista se le nublaba, sabía que estaba cerca así que se aferró a él, y lo besó con pasión cuando sintió ese grito que subía por su garganta.

Después de salir del estado de letargo en el que la dejó el orgasmo, se acomodó lo mejor que pudo y le extendió su pañuelo a Fabrizio para que se secara los dedos. Él en lugar de aceptarlo se los llevó a la boca y los succionó, haciendo que su vientre se estremeciera de excitación y deseo, pues sabía lo que sucedería una vez estuvieran a solas.

El coche se detuvo frente a un hermoso e imponente edificio ubicado en pleno corazón de Londres, Fabrizio bajó primero, sacó su cartera y le pagó al chofer, luego le extendió su mano a Antonella y la ayudó a bajar. Al llegar a la

recepción, pudo notar que los recepcionistas lo miraban con escrutinio, tanto hasta hacerlo sentir nervioso, incluso algunos le sonreían como si ya lo conocieran, algo que se le hacía sumamente raro porque era la primera vez que estaba ahí.

—¿Los conoces? —preguntó en un susurro Antonella, cuando caminaban por el pasillo, detrás del botones que llevaba su equipaje.

—No, nunca he estado aquí y ninguna cara me resulta conocida.

—Bastante raro, pues al parecer ellos sí te conocen, o al menos te han visto muy seguido —dijo, pero después concluyó que tal vez sospechaban de la verdadera naturaleza de su relación.

—Siempre pasamos la noche en París cuando nuestros padres nos traen o vienen a buscarnos, muy pocas veces lo hacemos en Londres y cuando eso sucede, nos quedamos en El Langham —respondió, al ver que ella se había tensado, no quería que se mortificara.

Al llegar a la habitación vio que tenía dos camas, una matrimonial y una individual, y pensó que de seguro ella había dicho que eran parientes, pero estaba loca si creía que él iba a dormir en otra cama y no con ella, pues pensaba pasar cada minuto pegado a su cuerpo.

—No te preocupes, vamos a dormir en la misma cama, pero recuerda que eres mi sobrino para todos, incluyendo al personal del hotel —mencionó, acercándose hasta él y quitándole la corbata.

Él intentó sujetarla de la cintura para llevarla hasta la cama, pero ella negó con la cabeza, mientras le dedicaba una sonrisa seductora y una mirada enigmática. Lo desnudó por completo y lo hizo sentarse al borde de la cama, después se puso de rodillas delante de él y comenzó a estimularlo con su boca, recompensándolo por lo que le había hecho en el coche; lo llevó hasta el punto más alto y sentir que estaba cerca de liberarse, se alejó para quitarse su ropa interior y así, sin siquiera desvestirse, se sentó sobre él y comenzó a mover sus caderas.

Fabrizio deliraba en medio de esa danza que ella le entregaba, arrancándole gemidos y gruñidos, así como temblores que recorrían todo su cuerpo. Sujetó el cuello de Antonella para devorarle la boca y comenzó a empujar con fuerza al sentir que estaba muy cerca del éxtasis, segundos después sintió como si el corazón le estallara, una luz lo cegó y se vació con poderosos espasmos dentro de ella.

El fin de semana pasó y no vieron más luz del sol, que la que se colaba por los inmensos ventanales de la habitación, ya que apenas si salían en las noches

a cenar en restaurantes cercanos; para no levantar sospechas al usar con frecuencia el servicio a la habitación. No lo hacían en el del hotel, porque cada vez que salían los empleados mantenían la misma actitud con Fabrizio, como si lo conocieran, y eso los ponía nerviosos a ambos, lo curioso fue que, al terminar su estadía, casi todos lo despidieron con una sonrisa y esperando su pronto regreso.

### **25 de junio de 1914**

Las autoridades del colegio decidieron que todos los alumnos extranjeros salieran antes de vacaciones debido a las amenazas de que Inglaterra entrara en un conflicto bélico. Debían velar por la seguridad de sus estudiantes y sabían que muchos se exponían a peligros al viajar en tren, pues las vías férreas eran los primeros puntos que tomaban las tropas militares para transportar a los soldados.

Fabrizio no podía sentirse más que feliz, eso le daría un mes más junto a Antonella, aunque por otra parte también se sentía algo preocupado, porque las noticias sobre las consecuencias de una guerra eran bastante alarmantes, aunque algunos decían que los periódicos solo exageraban. Él esperaba estar en la seguridad de su casa, junto a su familia y la mujer que amaba, lejos de todo ese infierno.

Llegaron a Florencia cuando el sol apenas despuntaba, al bajar lo primero que escucharon fue a los vendedores de diarios, vociferando que un nacionalista yugoslavo había asesinado al archiduque Francisco Fernando y a su esposa. La noticia había conmocionado a toda Europa, también caldeó los ánimos, que de por sí ya estaban bastante alterados, y dieron pie a que Austria-Hungría y Alemania, emprendieran las primeras acciones, exigiéndole a Serbia abrir una investigación sobre el asesinato del heredero de la corona del Imperio austrohúngaro.

### **29 de julio de 1914**

Fabrizio aprovechó que su padre estaba en el despacho, inmerso entre las noticias de lo sucedido en Sarajevo y que su madre había asistido junto a su hermana a una de las reuniones de la congregación, para poder ir hasta Florencia y ver a Antonella, ya no podía soportar una hora más lejos de ella. Le dijo a Anna que saldría un rato al parque, por si su padre preguntaba por él,

y que no se preocupara que estaría de regreso para la cena.

Dos horas después tenía entre sus brazos a la mujer de su vida, el sol calaba en la habitación de Antonella a través las puertas que daban al balcón, las que estaban abiertas y dejaban que el viento de la tarde meciera suavemente su cabello. El canto de los pájaros inundaba sus oídos con la más hermosa melodía, mientras recorría con suaves y tiernos besos el cuerpo de Antonella.

Se detuvo y comenzó a acariciarle sutilmente el vientre, admirando la planicie nívea, apenas decorada por un lunar al lado derecho de su ombligo. Dejó descansar su cabeza allí, mientras ella le acariciaba el cabello y la espalda con ambas manos, él volvió a besarlo pausadamente sin levantar la mirada, embelesado con su belleza.

—Antonella, me gustaría que tengamos un hijo... Quiero que me des un hijo —pidió con voz temblorosa, pero llena de certeza a la vez.

—Fabrizio. ¿Acaso te volviste loco? No... no. —Ella detuvo sus caricias inmediatamente e intentó alejarse.

—¿Por qué no? Deseo que te cases conmigo primero, cástate conmigo ahora mismo, Antonella —rogó, reteniéndola a su lado.

—Fabrizio... tú no piensas las cosas con seriedad, ¿verdad?

—Sí... sí las pienso y muy bien, solo pienso en que tú llenes mis días, todos y cada uno de ellos con mis hijos, con nuestros hijos porque no quiero solo uno, me gustaría tener cinco, siete, diez hijos contigo, y no veo por qué no puede ser posible si yo te amo.

—Por..., porque eres un niño, Fabrizio. —Se levantó alejándose.

—No soy un niño, soy un hombre, un hombre que solo desea casarse y tener hijos con el amor de su vida, no hay una edad específica para eso ya te lo he dicho —insistió, sentándose al borde de la cama.

—Primero que nada, no te puedes casar porque, aunque te guste o no eres un niño para hacerlo, no eres mayor de edad.

—No me importaría esperar, ya me falta poco, total podemos seguir como hasta ahora, y podríamos tener al niño, porque para eso no tengo que esperar a la mayoría de edad —respondió con una sonrisa ladina, y la sujetó por la cintura para acercarla a él y besarle el vientre.

—Fabrizio, no, definitivamente no, aún no quiero tener hijos.

Él le dio la espalda y posó su mirada en el jardín, porque, aunque no quisiera, esa negación rotunda de Antonella lo molestó. Apoyó los codos sobre sus rodillas, bajó la cabeza y llevó las manos entrelazando sus dedos en

el cabello. Ella se sentó detrás de él y lo abrazó por la espalda, acariciándole el pecho mientras depositaba besos en sus hombros, en los lunares que tanto le gustaban.

—Antonella... estoy enamorado, tú haces crecer este sentimiento en mí y por eso quiero mi futuro a tu lado, en el que veo a nuestros hijos..., pero si dices que no quieres tener hijos, si esa es tu decisión, está bien la respeto y mi amor hacia ti no va a disminuir en lo más mínimo, solo que... —Antonella llevó una de sus manos a sus labios para callarlo y posó la barbilla en su hombro.

—No es que no quiera, sí los quiero... los quiero y que tengan tus ojos, solo que por ahora no... no estoy preparada, Fabrizio, debes comprenderlo... aunque sé que no es mucho el tiempo que me queda, no para los diez, creo que podré darte unos tres cuando mucho —dijo, haciendo eco con una sonrisa en el oído de él.

Fabrizio sintió que su corazón se hinchó de emoción, agarró la mano de Antonella retirándola de sus labios, la retuvo en la de él y se giró rápidamente, agarrándola por la cintura para tumbarla en la cama. Levantando sus caderas y él se acomodó de rodillas, dejando su pelvis elevada para entrar en ella con más facilidad.

De esa manera se dispuso a hacerle el amor apasionadamente, con ese fuego que ella encendía en él, ese que lo consumía y que solo Antonella era capaz de apagar. Cuando casi estaba por alcanzar la cima, bajó un poco sus caderas para que ella descansara, pues esa posición, aunque placentera para él, le exigía mucha resistencia a ella, se posó sobre su cuerpo mientras le rozaba los labios con los suyos.

—Te amo, mujer... mi mujer... te amo, Antonella —susurró presuroso y entrecortadamente ante el movimiento de su cuerpo atravesando las entrañas de ella, sintiendo que estaba a punto de irse.

—Fabrizio... te amo... Fabrizio —susurró ella muy despacio, y tan bajo que no supo si él había alcanzado a escucharla.

Fabrizio sí pudo hacerlo y eso lo hizo detenerse y buscar su mirada, quedando atónito ante la emoción que recorrió todo su ser en ese momento. Esa era la primera vez que Antonella le decía que lo amaba, pues siempre que hacían el amor lo llamaba por su nombre, no susurraba otra cosa, la emoción casi lo hizo llorar y con sus labios temblorosos y rojos ante la adrenalina que lo embargaba, se acercó y atrapó los de ella con intensidad, queriendo entregarle el alma.

Así retomó nuevamente sus movimientos, mientras las lágrimas ahogaban su garganta y rápidamente se hicieron presentes en sus ojos, ella le limpió tiernamente las lágrimas. Después de varios minutos Antonella descansaba sobre el pecho de Fabrizio, y él le acariciaba la espalda, mejillas y brazos, mientras se miraban a los ojos.

—Qué tienes, que cuando me miras mi vida se queda en tus ojos.

—Nada... no tienen nada, solo te miro con ojos enamorados —dijo, pasándole la mano por la cara, por lo que él espabiló varias veces.

—Quiero que me mires así todos los días de tu vida, a cada segundo, porque yo te miro con todo el amor que puedo albergar en mí, y te juro que como te miro hoy, te miraré siempre —pronunció, acercándose y dándole un suave beso—. Te amo, Antonella.

Después de eso decidieron hacer algo distinto y fueron a pasear al parque, llevando con ellos una bolsa de migajas de pan para darle de comer a los cisnes, aunque decidieron hacerlo desde la orilla, sentados debajo de un frondoso árbol. Sin embargo, no podían mostrarse muy cariñosos, por más que él quisiera, Antonella no lo permitía en público, solo cuando estaban en un lugar apartado podía besarla, acariciarla y tomarla de la mano, por eso le gustaba tanto estar con ella cerca del lago pues era muy poco concurrido.

Fabrizio descansó su espalda al tronco del árbol, agarró la mano de Antonella y ella se acomodó entre sus piernas, descansando su cabeza en su pecho. Se quedaron en silencio, solo compartiendo caricias y miradas cargadas de amor, observando cómo el sol se despedía de ellos y el crepúsculo les anunciaba su llegada.

Antonella subió la cabeza y admiró el entrecejo fruncido de Fabrizio, quien se veía muy concentrado mirando el horizonte, él se percató de su mirada y bajó un poco la cabeza para fundirse en un beso tierno y prolongado, dulce y tibio. Que a momentos se volvía apasionado para luego reducir el ritmo a uno agonizante, se pusieron de pie y se encaminaron hasta la casa de Antonella, ahí ella lo despidió en la puerta, pues no podía llegar tan tarde a su casa o lo castigarían.

## Capítulo 52

Fabrizio y Victoria llevaban un par de días sin verse, luego de lo sucedido en la fiesta de inauguración del banco solo se habían llamado por teléfono y duraban varios minutos hablando, sin embargo, eran conscientes de que existía cierta tensión entre ambos debido a ese episodio, aunque quisieran mostrarse de manera casual. No obstante, después de dos días, ya no soportaba más la distancia, así que le pidió que se vieran en el lugar de siempre, y se sintió feliz cuando ella accedió, diciéndole que también estaba desesperada por verlo.

Llegó y ella no se veía por ningún lado, pero al cabo de cinco minutos la vio acercarse a todo galope en Piedra de luna, su corazón saltó de emoción y su mirada se iluminó. Caminó hasta ella con una efusiva sonrisa para ayudarla a bajar de la yegua; su mundo fue perfecto de nuevo cuando la tuvo entre sus brazos.

La vio entregarle una de esas sonrisas que lo enamoraban y la abrazó agradeciéndole que le hubiese dado una nueva oportunidad después de lo sucedido con Antonella. Luego buscó sus labios y se perdió en estos sin pensarlo mucho, pues dos días sin sentir su sabor, su calidez y su suavidad estaban atentando contra su cordura.

El beso que empezó apenas como una caricia, dio paso a uno más profundo, uno que buscaba recuperar todo el tiempo separados; después de unos minutos se obligaron a parar, pues debían frenar las sensaciones que comenzaban a despertar en sus cuerpos. Él era consciente de esa necesidad de tenerla, de sentirla, pero también de que no podía dejarse llevar, hacerlo probablemente sería un gran error.

No porque no la amase, porque lo cierto es que la adoraba y aún se sentía asombrado del poder de sus sentimientos hacia ella, y por esa razón deseaba respetarla. Además, ella también podía creer que las palabras de Antonella eran verdad, y pensar que él solo la quería para complacer un capricho.

—Hola. —Lo saludó, mostrando una sonrisa tímida y sus mejillas sonrojadas, mientras se perdía en el brillo de sus ojos.

—Hola —Sonrió al ser consciente de que hasta eso había olvidado, ella lo hacía comportarse como un chiquillo.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó ella en tono casual, caminando tomada de la mano con él para sentarse bajo la sombra del árbol.

—Bien, como siempre... entre un montón de papeles, mientras mi padre se desvive en el laboratorio, analizando nuevas fórmulas — contestó sin mucho ánimo—. ¿Y a ti? —inquirió acariciando su mejilla.

—Bien! Hoy hubo una jornada de vacunación, por eso llegué tarde... había muchos pacientes; sobre todo niños corriendo por los pasillos y tenían a las religiosas locas —respondió divertida.

Él sonrió precioso, encandilando a Victoria, le rodeó los hombros con un brazo, acercándola más a su cuerpo. Victoria también aprovechó y le pasó el suyo por la cintura, descansando su cabeza sobre el hombro, suspirando con ensoñación mientras recordaba cuánto había extrañado sentirse así.

—Me alegra que te diviertas en tu trabajo, quién diría que las doctoras se divierten —mencionó, sonriendo.

—Muy pocas veces, en realidad, pero cuando trabajas con niños llega un momento en el que todo es más relajado.

—Me gustaría tener algo así... veo a mi padre tan apasionado por la medicina, a mi hermana por el baile, mi madre por su jardín... — Se detuvo pensativo, porque él no había descubierto su pasión.

—¿Y a ti? ¿Qué te apasiona? —preguntó, buscando sus ojos. Él se quedó en silencio sin saber qué responder—. Tiene que haber algo Fabrizio, algo por lo cual te sientas tan atraído que desees pasar todo tu tiempo haciéndolo — agregó sin apartar la mirada de su rostro.

—Me apasionas tú, podría pasarme todo el día mirándote. —Se acercó aún más, rozando apenas sus labios con los de ella— Besándote, estando a tu lado... podría pasarme la vida entera justo así, como estamos ahora, Vicky — confesó, llevando la mano hasta su nuca y enredando sus dedos en el cabello dorado, mientras besaba muy despacio los labios de su novia, acariciándolos con su lengua, saboreándolos para llenarlos de su humedad y su maravilloso sabor.

Victoria gimió separando sus labios para dejarlo entrar en su boca, deseaba más de ese beso porque él también era una pasión para ella, una que cada vez se hacía más intensa. Posó una mano sobre el pecho de Fabrizio, sintiendo a su corazón latir con fuerza, el mismo ritmo que mantenía el de ella y que gritaba que lo amaba.

Él deslizó el brazo que descansaba sobre los hombros de ella hasta su cintura, apretándola a su cuerpo, deseando desaparecer la distancia que los



separaba. Cuando Victoria sintió sus senos rozar con el fuerte pecho de él se estremeció, entregándole un excitante gemido que ahogó en su boca; él llevó la otra mano hasta su cuello, acariciándolo con suavidad, olvidándose de todo y dejándose embriagar por el maravilloso sabor de los labios de la mujer que amaba.

Luego de un rato ambos se encontraban tendidos sobre la grama de cara al cielo, con los ojos cerrados y sus manos tomadas, solo escuchando el murmullo del viento entre los árboles, el sonido del agua deslizándose entre las piedras, el canto de los pájaros, algún relincho por parte de Ónix o Piedra de luna, ante lo cual dejaban ver una sonrisa. De pronto él sintió la necesidad de hablar de lo sucedido y preguntarle cómo estaba, no quería que ella creyese que no valoraba el hecho de que estuviera allí, que siguiese apostando por él y por el amor que sentían.

—Vicky... —La llamó, pero se detuvo al no saber cuáles eran las palabras indicadas para iniciar esa conversación pendiente.

—¿Sí? —contestó ella, abriendo los ojos, parpadeando varias veces para acostumbrarlos a la luz del sol que aún era brillante.

—Yo... yo quisiera. —Se levantó despacio llevándola con él para sentarse—. ¿Cómo estás? —preguntó, y vio que la había sorprendido.

—¿Cómo estoy? No entiendo, Fabrizio —respondió, mirándolo.

—Por lo sucedido con Antonella —explicó, un poco apenado.

—Bien... bien, bueno aún me incomoda un poco pensar que ella sufre... y que, aunque nosotros no queramos, somos en parte responsables de ello —contestó con sinceridad.

—Te entiendo... tampoco puedo evitar sentirme mal... pero. —Se detuvo, frunció el ceño al recordar lo que su familia le había dicho.

—¿Pero? —cuestionó sin poder evitarlo.

—Tal vez esto sea... sea la consecuencia de las decisiones que tomó en el pasado, todos en algún momento debemos enfrentarnos a nuestros errores —respondió, mostrando un semblante serio.

—Tienes razón —murmuró ella, siendo consciente de cuánto había sufrido también por las malas decisiones que tomó.

Fabrizio fue consciente del cambio de actitud en Victoria, parecía que una sombra se había posado sobre ella, imaginó que había sido su culpa, por traer acotación el tema de Antonella. Quiso repararlo y se acercó para abrazarla, acariciándole con ternura las mejillas mientras la miraba a los ojos y le rozaba los labios dando inicio a un beso.

Se alejó al sentir que una vez más el deseo estaba a punto de rebasarlo, era demasiado complicado tener que contenerse cuando sabía que estaban solos en ese lugar, que se amaban intensamente y que tenían la libertad para dejarse llevar si lo deseaban. Sin embargo, sabía que eso no era lo correcto y que él le había dado su palabra a Brandon de que respetaría a Victoria, así como él esperaba que su cuñado también respetase a Fransheska hasta el día de su boda.

—Ven aquí. —Recostó su espalda al tronco del árbol, separó sus piernas y le hizo un ademán para que se sentara frente a él—. Apóyate en mi pecho, quiero abrazarte como lo hice en Cerdeña.

Ella lo complació de inmediato, se dejó caer sobre su pecho, suspirando al sentir los fuertes músculos y la calidez que traspasaba la tela de su camisa y llegaba hasta su espalda. Se dedicaron a admirar el atardecer que bañaba con sus hermosos colores el paisaje frente a sus ojos, tomados de la mano y brindándose tiernas caricias que colmaba sus almas de felicidad, mientras se hacía más fuerte esa certeza de saber que eran perfectos para estar juntos.

—Nunca había visto un atardecer tan hermoso. —Le susurro al oído, acariciando con sus labios esa sensible piel.

—Yo tampoco... bueno no en este lugar —contestó sin pensarlo.

—¿Dónde? —preguntó con interés, pensando que quizá se refería a algún atardecer en el lugar donde pasó su infancia.

—¿Dónde? —inquirió ella sin comprender, y se volvió para verlo.

—Sí, ¿dónde viste uno así? —cuestionó y su voz se tornó ronca, porque su pecho comenzaba a albergar una sospecha.

—¡Ah!... en Escocia... frente al lago, es un lugar hermoso — respondió intentando parecer casual, para esconder su tensión.

—¿Con el hijo del duque? —preguntó de nuevo a quemarropa.

Victoria se quedó en silencio sin saber qué decir, pues más que estar haciéndole una pregunta, él estaba haciendo una afirmación. Asintió en silencio, no podía mentirle, la tensión en su cuerpo era demasiada para ocultarla o empeorarla esquivándolo, de pronto se movió para ponerse de pie y le extendió la mano para ayudarla a ella a levantarse.

—Ya es tarde, creo que debemos regresar —indicó, sin mirarla.

—Fabrizio... existen cosas que no puedo ni quiero ocultarte. ¡Dios, soy una idiota! —mencionó, esquivando su mirada, retándose a sí misma por no lograr controlar sus emociones, por lastimarla.

—Victoria... —Caminó hasta ella y le acunó el rostro para mirarla a los

ojos que se encontraban húmedos—. No importa, no quiero saberlo... no necesito saberlo, lo único que importa ahora es que tú estás conmigo — agregó, rozando sus labios con los de ella.

—Sí, estoy contigo y te amo... te amo —expresó, buscando sus labios para perderse en un beso.

Sin embargo, su mente mantenía la imagen de Terrence y eso hacía que el corazón le doliese, ¿por qué no podía solo tener la certeza de que él era su rebelde o terminar de aceptar que no lo era y entregarse a ese sentimiento sin ningún tipo de remordimiento? Se cuestionaba en pensamientos, al tiempo que intentaba seguir el ritmo del beso.

—Solo eso me basta, Victoria, solo eso —susurró cuando se separaron—. Saber que tú corazón late de este modo por mí, que sea yo el dueño de tus sonrisas y tus miradas... el pasado no importa... Yo... —Se detuvo al sentir que un miedo enorme lo invadía, al ser consciente que estaba a punto de confesarle su verdad—. Yo no tengo pasado para ti... así que deseo que tú tampoco lo tengas para mí, ahora solo cuenta lo que sentimos y que es nuestro, solo eso importa, nada más —sentenció, mirándola fijamente y la besó.

Ella tembló ante esas palabras, su corazón dio un vuelco y sus lágrimas desbordaron sus ojos sin poder evitarlo, de inmediato su mente jugó a favor de la estabilidad de su cordura y asoció sus palabras a su relación con Antonella Sanguinetti. Sí, seguramente se refería a eso cuando le decía que no tenía pasado; sin embargo, su corazón aún dudaba y comenzaba a aferrarse a la esperanza de que tal vez si él decía que no tenía pasado era porque no lo recordaba.

Si era así, entonces existía la posibilidad de que fuese Terrence y que de algún modo hubiese llegado allí, no sabía cómo y de qué manera, pero era una posibilidad. Aunque también estaba el hecho de que Fabrizio Di Carlo existía, había fotos de él y su familia lo trataba de manera normal. De pronto, quiso intentar algo, quizá si ella le hablaba de Terrence, y si él no tenía memoria podía comenzar a recordar su pasado y recordarla a ella.

—¿Estás bien? —preguntó, al ver que se había quedado callada de pronto, sumiéndose en sus pensamientos.

—Sí... —respondió, mirándolo a los ojos y sintió miedo.

—Iré a buscar a los caballos, debemos regresar.

—Fabrizio... espera —pidió con voz temblorosa.

—¿Pasa algo? —preguntó, desconcertado por la actitud de ella. Una sombra en la mirada de Victoria le provocó un escalofrío que lo recorrió por

completo y su corazón comenzó a latir más rápido.

—Fabrizio... quiero... no, no quiero, necesito contarte lo que sucedió entre Terrence y yo, quiero que tú lo sepas —contestó con absoluta convicción, mirándolo a los ojos.

—Victoria, no... —Ella lo detuvo llevando una mano hasta sus labios, mientras le suplicaba con la mirada que aceptara.

—Por favor, necesito hacerlo —rogó, con los ojos vidriosos.

Él asintió y caminó con ella hacia el mismo lugar donde minutos antes estuvieron, se sentaron quedando uno frente al otro. Él con las piernas estiradas, mientras ella flexionó las rodillas, abrazándolas; Fabrizio se veía tenso, pero ella no lo estaba menos, respiró profundamente buscando las palabras correctas dentro de su cabeza.

—La verdad... no sé por dónde empezar —confesó, mirándolo a los ojos, mientras sentía que sus latidos se hacían pesados.

Fabrizio le acarició una de las manos para infundirle confianza, no podía ser un juez en ese momento porque ella no le había reprochado haber sido víctima de las humillaciones de Antonella. Así que se merecía que al menos hiciese el intento de comprender y asimilar que ella tuvo a alguien antes de él y respetar esa parte de su pasado.

—Conocí a Terry... cuando viajaba en el barco que me llevaría a Londres para estudiar en Brighton —inició y en su voz se notaba el esfuerzo que hacía para mantenerse calmada, posó la mirada en sus manos, porque sentía que si no lo veía le resultaría más fácil, respiró hondo de nuevo y continuó—: Al principio no nos llevábamos bien, él... él era extraño, a veces estaba de buen humor y en otras ocasiones se mostraba huraño..., además se burlaba de mis pecas, en ese entonces tenía muchas más —mencionó, dejando ver una sonrisa.

—Siento decir esto, pero era un idiota... tus pecas son hermosas —dijo sin poder contenerse y deslizó los dedos por su nariz y su mejilla, donde aún se apreciaban algunas.

—Sí, yo también pensaba que era un idiota, pero luego descubrí que lo hacía porque le gustaban. —Sonrió recordando aquella tarde en el colegio y lo feliz que se sintió al descubrirlo, suspiró para enfocarse de nuevo en el relato —: Estudiábamos juntos, el colegio era mixto y solo compartíamos las misas de los domingos, pero debido a un engaño que sufrí por parte de otra de las chicas, debí quedarme el primer fin de semana libre en el colegio y eso me puso muy triste, pero resultó que Terrence también se había quedado y... —Se detuvo sin saber cómo contarle lo de su salida a la feria, porque era un

secreto.

—¿Y? —preguntó Fabrizio, mostrándose intrigado.

—Lo que te voy a decir es un secreto, nadie lo sabe, ni siquiera Brandon —anunció, mirándolo a los ojos y vio que él afirmaba con un movimiento rígido de su cabeza—. Nos escapamos del colegio y fuimos a la feria que había llegado al pueblo.

—¿A la feria? —Fabrizio relajó el ceño que había fruncido, sintiéndose aliviado y no pudo evitar sonreír.

—¡Sí! Nos divertimos muchísimo, comimos helado, algodón de azúcar... incluso nos subimos a la noria, aunque yo no tenía la edad para hacerlo, pero él le pagó al operador para que me dejara pasar y también conocimos a unos niños, eran hermanos y se llamaban Madeleine y Patrick... su padre era marinero y se había perdido en el mar, eran muy pobres y no tenían dinero para subir a los juegos, así que Terry los invitó —pronunció con emoción y siguió relatando parte de lo que vivieron ese día, su encuentro con los delincuentes, cómo él la había defendido y luego se sacrificó al ser castigado para que las monjas no descubriesen que ella también había escapado y la expulsaran.

Fabrizio sentía en cada palabra que ella pronunciaba, como si la estuviese leyendo de un diario, descubriendo sus secretos y sus aventuras, y al mismo tiempo era como si fuese algo que no podía desligar de sí mismo. Incluso sentía que había algo más poderoso en esa historia y que lo fusionaba a la misma, tan fuerte era esa sensación que su corazón había comenzado a latir con fuerza y una presión le hacía difícil respirar, pero no tenía nada que ver con los celos, porque no se parecía a lo que sintió cuando Gerard Lambert se acercaba a ella, cuando intentaba conquistarla y alejarlo, eso que vivía en ese momento era distinto y lo hacía sentir confundido.

—Nuestra amistad se fue dando sin siquiera notarlo... y yo comencé a quererlo, a pesar de sus constantes cambios de humor, de su reputación de incorregible y de la negativa de mis primos por aceptarlo. —Se detuvo y respiró profundo de nuevo para evitar que las lágrimas que amenazaban con traicionarla, logran vencerla—. Sin darnos cuenta nos hicimos inseparables y pasó poco tiempo para que termináramos expresando nuestros sentimientos y después de eso nos hicimos novios. —Su voz se perdía, así como lo hacía ella en medio de sus recuerdos, queriendo regresar a ese tiempo donde fue tan feliz.

Sin embargo, se obligó a regresar y seguir contándole a Fabrizio su

historia junto a Terrence, mientras albergaba en su corazón la esperanza de que en algún momento él le dijese que también se acordaba de todo eso, porque había sido quien lo vivió junto a ella. Llegó a los momentos más difíciles de su relación, cuando se separaron y todo lo que sufrió al creerlo perdido, pero la felicidad la embargó de nuevo cuando se reencontraron, aunque después tuvieron que separarse de nuevo. De ese modo fue contándole toda su historia, hasta llegar al momento de la muerte de su padre.

Fabrizio se sintió muy triste al ver cómo era azotada por el dolor que le provocaba ese recuerdo, se acercó y la envolvió entre sus brazos; sin saber que lo estaba haciendo justo como lo hiciese Terrence aquella tarde en el jardín. Le dio su tiempo para que se calmara, mientras dejaba caer suaves besos en su cabello y la arrullaba contra su pecho, deseando alejar de ella ese dolor que era tan inmenso y que de algún modo lo alcanzaba; de pronto, tuvo una extraña sensación de pérdida, como si Stephen Anderson también hubiera sido un padre para él.

—Podemos continuar mañana, si deseas —mencionó él, después de que los sollozos de Victoria se fueron apaciguando, no quería verla sufrir ni recordar cosas dolorosas.

—Aún tengo mucho que contarte... y necesito hacerlo —pidió, mirándolo a los ojos, lo vio asentir animándola a continuar, ella tomó aire y prosiguió—: Poco a poco me fui recuperando de la pérdida de mi padre y cuando cumplí diecisiete años, Terrence me propuso matrimonio, pero mi tía se negó a darnos su consentimiento, alegando que yo aún era menor de edad y que debía esperar a cumplir la mayoría, como había deseado mi padre... Tuvimos una discusión muy fuerte, desde ese momento comenzó a hacer mi vida imposible, se volvió más estricta, me vigilaba todo el tiempo y como no lo soporté, escapé a Nueva York para buscar a Terry y quedarme con él.

Fabrizio seguía sintiendo una marea de sentimientos en su interior, que se hacía más fuerte a medida que Victoria avanzaba en su historia, era como si él pudiera verla proyectada y hasta formar parte de cada escena, algo que le resultaba tan extraño como inquietante. Eso era algo que no le había pasado cuando su familia le hablaba de su pasado, ni siquiera con Fransheska quien se mostró más entusiasta por llenar su cabeza de recuerdos, por más que lo intentase no podía verse formando parte de esos episodios de los que su hermana le hablaba.

—Al llegar fui a La casa de la ópera, esperando que Terry se encontrara allí, por suerte así fue y le conté lo que había hecho y mis motivos... él me

prometió que hallaría la manera de poder quedarnos juntos, y me llevó a la casa que había comprado para nosotros. —Victoria se detuvo para atrapar un sollozo que intentó escapar de sus labios, sabía que, si se ponía a llorar de nuevo, él podía sugerirle que dejase esa conversación para después—. Estando allí a mí se me ocurrió una idea, le propuse que nos casáramos y nos entregáramos como marido y mujer, que solo así nuestra tía no conseguiría separarnos.

—¿Se casaron? —preguntó Fabrizio, palideciendo y tensándose.

—Sí, aunque solo como un acto simbólico, porque yo necesitaba la autorización de mi tía... Al principio, Terry estaba renuente porque quería hacer las cosas bien, pero yo insistí y acabó complaciéndome, después de eso, nosotros... —Ella bajó la mirada, no porque le avergonzara lo que había hecho, sino porque no sabía cómo lo tomaría él, sabía que la mayoría de los hombres rechazaban a una mujer cuando ya había sido de otro, sin haber estado realmente casados.

—¿Ustedes? —La voz de Fabrizio se hizo más grave, mientras sentía como su corazón latía desesperada y dolorosamente.

—Nosotros nos entregamos —susurró con voz trémula, mientras lo miraba, rogando en pensamientos que no fuese a juzgarla duramente.

Fabrizio sintió como su corazón tembló y su alma cayó al piso, cerró los párpados y exhaló un suspiro tembloroso, que esperaba le ayudase a contener las lágrimas que le inundaron la garganta. El esfuerzo lo hizo estremecer porque escucharla decir eso fue como recibir una cubeta de agua fría, como una bofetada mucho más fuerte que la que recibiera de parte de Antonella.

—Fabrizio... —mencionó, notando la conmoción de él.

—Vicky, continúa por favor... —pidió en un gesto sumamente masoquista, pero no podía quedarse con la duda de saber lo que había pasado entre ellos, ahora necesitaba respuestas.

Ella dudaba en hacerlo, no solo por las emociones que se debatían en su interior, sino por las reacciones de él, sabía que no era fácil asimilar algo como eso y no quería hacerle daño. Lo vio abrir los ojos y posar su mirada en ella, sin una pizca de resentimiento o rechazo.

—Victoria... está bien, tú lo amabas y tomaste esa decisión siendo consciente de lo que significaba, nadie tiene el derecho de juzgarte, mucho menos yo, pues también he tenido una relación antes, y ninguno de los dos éramos conscientes de que la vida nos uniría —pronunció, mirándola a los ojos, intentando ser lo más comprensivo y sensato.

Ella se sintió muy agradecida con él, sujetó una de sus manos para llevársela a los labios y darle un beso, mientras pensaba que por eso se había enamorado de Fabrizio, no solo por su parecido físico con Terrence, sino porque los dos tenían los mismos sentimientos, y corazones tan generosos que los hacían hombres maravillosos. Se armó de valor una vez más para continuar con su historia, evitando centrarse en aquellos momentos que compartió en la intimidad con su rebelde, así que prosiguió desde que su tía fue a buscarla y todo lo que vino después, hasta que Brandon regresó y le puso fin a su castigo.

Una vez más el dolor hacía estragos en ella, cuando llegó a ese momento en que decidió alejarse de Terrence, pensando que su sacrificio serviría para que él pudiese tener lo que anhelaba y ser feliz. Apenas podía respirar en medio de los sollozos que le provocó hablar de su última conversación, de cómo le había destrozado el alma al chico que amaba y lo miserable que se sintió por ello.

Fabrizio sintió unas lágrimas rodar por sus mejillas y el dolor en su pecho creció en cuestión de segundos, sintiéndose sorprendido, porque él no debería sentir ese dolor ni esa sensación de pérdida; aunque, tal vez le dolía verla a ella de esa manera. No tenía lógica que a él le doliese que ella hubiera renunciado a ese hombre, pues de no haberlo hecho ahora no estaría con él, y sí, sonaba egoísta, pero esa era la verdad. Fabrizio intentaba darle sentido a la marejada de sentimientos que se agolpaban en su interior, a ese dolor que no lograba explicarse y que lo estaba ahogando, por lo que se acercó hasta ella y la abrazó con fuerza.

—Vicky... todo está bien, mi amor, no llores así por favor... no fue tu culpa, no pensaste en hacer daño a nadie...

—Eso creí... en un principio, que hacía lo correcto... que mi sacrificio valía la pena... pero me equivoqué... me equivoqué... lo alejé de mí haciéndole creer que no lo amaba. ¡Demonios! —exclamó, se levantó alejándose de él y caminó para encontrar un poco de aire.

Una vez más sentía esa presión dentro de su pecho que no la dejaba respirar, que la torturaba volviéndose tan insoportable que solo deseaba cerrar sus ojos y dejar de existir. Sin embargo, no podía detenerse, necesitaba continuar y sacar de su pecho todo lo que sentía, confesar su culpa y asumir las consecuencias de lo que había hecho.

—Yo lo lastimé... decidí por él sin pensar en sus sentimientos, sin pensar en lo que eso significaría para él... y después de eso Terry se derrumbó, dejó el teatro que era su pasión, su sueño... se lanzó a un abismo por mi culpa...



abandonó todo porque el dolor no lo dejaba en paz... se fue desvaneciendo delante de todos y yo no lo sabía... pero cuando lo supe fue muy tarde... Ya había muerto en un accidente —mencionó, y las lágrimas bañaban su rostro, mientras el dolor en su pecho era igual de intenso que tiempo atrás.

Fabrizio perdió todos los colores del rostro, sus manos comenzaron a temblar, su cabeza daba vueltas y el dolor en su pecho creció aún más, como si eso fuese posible. Se acercó hasta ella, que se había dejado caer de rodillas, y él adoptó la misma posición, agarró las manos de Victoria entre las suyas, ella levantó la mirada y vio los ojos de él, vidriosos.

—Yo... me perdí... el dolor y la culpa me mataban lentamente... y no lograba respirar sin que esto me doliera, el tiempo para mí se detuvo, perdí mis sueños, mi mundo se volvió gris... lleno de sombras... nunca antes me había sentido tan sola... intenté hacer mil cosas, llenarme de trabajo, seguir adelante por mi familia y mis amigas, pero todo lo que hacía era en vano porque yo me quedé junto a Terrence en ese cementerio. —Victoria lloraba desesperadamente, y aunque en más de una ocasión él intentó detenerla, ella no se lo permitía—. No podía entender por qué seguía allí... en el mismo lugar, sintiendo que no existía nada en el mundo que parara ese dolor que me mataba, con el tiempo solo deseaba algo... una salida... quería desesperadamente acabar con todo y lo intenté... yo quise...

—¡No! —grito Fabrizio, presa de un miedo que le calaba hasta los huesos—. No por favor, Vicky... no, no amor, no mi vida... —rogó y la abrazó con tanta fuerza que parecía querer fundirse en ella—. No lo hubiese soportado... yo no lo hubiese soportado —mencionó, sin saber por qué lo hacía, fue como si alguien más hablara por él.

Sintió cómo ella se tensaba en sus brazos al escucharlo, al igual que lo hizo él, al no saber qué lo había llevado a decirlo; solo sabía que venían desde lo más profundo de su alma. Y que en su pecho había sido embargado por el mismo miedo, que sintió en aquella ocasión cuando despertó agitado luego de soñar con una misteriosa mujer, que se encontraba en la misma situación que describía Victoria.

Recordó que, en ese entonces, se había levantado desesperado y lo primero que hizo fue ir a su armario, llenar un bolso de mano con algunas prendas, para luego vestirse pues estaba decidido a salir en su ayuda, necesitaba buscar a esa mujer en donde sea que estuviese. Pero al subir a su auto y comenzar a conducir, cayó en cuenta de que todo eso era una locura, porque él no sabía nada, ni siquiera si la mujer de sus sueños era real.

Regresó a la seguridad que representaba su casa, imaginando que se olvidaría de ese episodio, así como lo había hecho de otros tantos que había vivido y que no tenían lógica alguna, pues no pertenecían a la que se suponía era su vida.

Con cuidado se separó un poco para mirarla, acunando su rostro y fijó su mirada en ojos en los verdes esmeralda que se encontraban ahogados en llanto. Sintió que podía ver su alma a través de estos y su corazón se encogió al ver todo el dolor que llevaba encima, años cargando con esa culpa que no merecía, pues ella solo se había sacrificado para que la persona que amaba fuese feliz.

Victoria no podía hablar porque su voz se había esfumado y todo el cuerpo le temblaba, le resultaba muy difícil respirar y el dolor solo aumentó al ver la angustia en la mirada de su novio, así que cerró los ojos. Sin embargo, fue consciente de su sufrimiento y también de su deseo de consolarla. Fabrizio le dio un beso en la frente y la abrazó muy fuerte, como si intentara unir todas las partes de su corazón que se habían roto el día que se enteró de la muerte de Terrence.

Fabrizio sintió como Victoria se aferraba a él, hundiendo el rostro en su pecho y rompía a llorar, lo que hizo que él tampoco pudiese seguir conteniendo sus sentimientos y dejó correr en silencio las lágrimas que lo estaban ahogando. Como ya estaba acostumbrado a hacerlo, mientras seguía sin poder entender por qué se sentía de ese modo y justo en ese momento, la imagen de esa mujer regresó a su mente con claridad y pudo sentir el mismo dolor de ella en Victoria, esa misma angustia, desesperación y miedo que la torturaban.

Entre más intentaba hallarle una explicación lógica a todo eso, más irreal le parecía, así que dejó de hacerlo y se dedicó a consolarla, después de todo, era ella quien lo necesitaba en ese momento, y aquella otra mujer quizá solo fue una invención de su mente, como le dijo su psiquiatra, y ni siquiera estaba relacionada con él.

## Capítulo 53

El sol comenzaba a caer a sus espaldas anunciándoles que debían regresar, sin embargo, ellos parecían estar sembrados en ese lugar, absortos de todo a su alrededor, mientras buscaban entre sus recuerdos, enfrentándose una vez más a sus miedos o luchando por comprender y salir de la oscuridad que se había posado en ambos. Él había dejado de llorar y se había dedicado a acariciar suavemente su cabello, dejándola desahogarse porque sabía que era lo mejor; ella a veces lloraba en silencio y otras sollozaba con fuerza mientras se aferraba a él, la apretaba a su cuerpo para hacerle saber que estaba allí.

—Vicky... mi amor... —Quiso decirle que era hora de regresar, aunque si por él fuera se quedarían juntos todo el tiempo, pero se detuvo al ver que ella se separaba un poco para mirarlo a los ojos.

—Lo siento... yo... lo siento tanto —susurró, apenada.

—No tienes nada que sentir, todo está bien, amor... ya pasó —mencionó, mirándola a los ojos y acariciando tiernamente su espalda.

Ella no respondió, solo se abrazó a él de nuevo, agradeciéndole que hubiera sido su isla en medio de esa tempestad, que no la dejara a la deriva como lo había estado tantas veces. Después de un rato se pusieron de pie y comenzaron el camino de regreso, durante todo el trayecto se mantuvieron en silencio, ella se mostraba taciturna, cubierta por una sombra que le quitaba ese brillo que a él tanto le gustaba, y la tristeza en sus ojos que parecía ser infinita.

Victoria se volvió a mirarlo y pudo notar que la observaba con preocupación, así que levantó una mano para acercarla a su rostro y acariciar suavemente su mejilla, queriendo borrar la angustia que veía en su mirada, intentó sonreír, pero no logró hacerlo. Estando cerca del establo ambos bajaron de los animales para despedirse, ella caminó hasta él y lo abrazó con fuerza.

Fabrizio correspondió al abrazo de la misma manera, cuando se separó de ella le sujetó la mano para darle un beso, mientras sentía una presión en su pecho. Una pregunta llevaba minutos torturándolo y aunque estaba casi seguro de la respuesta, necesitaba escucharla de ella o su cabeza y su pecho explotarían.

—Vicky... —habló y su voz era grave, apenas un murmullo, tragó en seco para aclarar su garganta y continuó—: ¿Aún lo amas? —preguntó, sintiendo cómo el miedo se apoderaba de todo su ser.

Ella se quedó en silencio, no sabía qué decirle ¿cómo explicarle que sí? Pero que también lo amaba a él y que no debía sentir celos de Terrence, porque el amor que sentía por ambos era el mismo. Se sintió atrapada porque sabía que cualquier respuesta que le diese lo haría sufrir, y eso era lo último que quería porque ya no soportaba lastimar a las personas que amaba.

Fabrizio pudo ver en la mirada de Victoria que ella estaba siendo atormentada por las dudas, pero más allá de eso, también resaltaba la certeza de que nunca había dejado de amar a Terrence Danchester, muestra de ello era que aún sufría por él. Se acercó a ella muy despacio, posando una mano debajo de su barbilla para impedirle que lo esquivara e intentara mentirle, pues si pretendía hacerlo sus ojos le dirían la verdad, así fue y allí la encontró, su mirada se lo gritaba.

—Bien. —Fue lo único que logró esbozar y le dio la espalda para caminar hacia Ónix—. Descansa, Victoria.

—Fabrizio —Lo llamó y su voz se quebró.

Él se detuvo, pero no se volvió a mirarla, dejó libre el aire que se estaba acumulando en sus pulmones, cerró los ojos y respiró hondo de nuevo para intentar contener su llanto. Luego regresó sobre sus pasos y en un movimiento rápido la sujetó por la cintura, atrapando sus labios en un beso desesperado, cargado de dolor, de rabia, de celos.

Sí, se sentía celoso, como no lo había estado antes, ese sentimiento era mil veces peor que el que una vez sintió por Gerard Lambert, sentía que le estaban atravesando el corazón con un fierro caliente. Porque él sabía que ella no sentía nada por el francés, en cambio a Danchester le había entregado todo, no solo su corazón también su cuerpo.

Ella se sorprendió ante esa reacción, pero al notar la presión que ejercía sobre ella, como si buscara desesperadamente sentir que le pertenecía, cedió ante la necesidad de él, se entregó a ese beso que era voraz, fuerte, invasor, dominante y que buscaba adueñarse de su corazón, de su alma. Cuando se separaron sus respiraciones estaban alteradas, sus miradas estaban cristalizadas por las lágrimas y sus cuerpos temblaban, como si estuviesen en medio de una fuerte tempestad.

—Yo sé que él te amó..., pero yo lo hago ahora, Victoria, yo te amo ahora —expresó con la voz ronca por contener su llanto. Caminó de nuevo con

rapidez, subió a Ónix y salió a todo galope.

Ella ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, lo vio alejarse y todo su cuerpo tembló presintiendo lo peor, se sostuvo con fuerza de Piedra de luna para no caer mientras un torrente de sollozos brotaban de sus labios, acompañando al llanto desesperado que la desbordó.

Después de un rato y sintiéndose más calmada, llevó a la yegua al establo, le pidió a Antonio que la atendiera y caminó con pasos lentos hacia la casa, le costaba tanto como respirar o intentar contener las lágrimas. Aun así, sentía que se había quitado un gran peso de encima al contarle todo a Fabrizio, solo que aún no sabía a costa de qué. Le aterraba imaginar que podía terminar perdiéndolo.

Brandon estaba en el salón leyendo algunos informes de la sucursal del banco que mostraban números bastante sorprendentes para apenas llevar dos días funcionando de manera oficial. En cuanto la vio entrar se puso de pie, comenzaba a preocuparse al ver que oscurecía y ella no regresaba, había decidido darle libertad y no interferir en su relación con Fabrizio, pero quizá no estaba de más recordarle algunas cosas; después de todo, él era responsable por ella.

—Me tenías preocupado, Victoria... ya casi es de noche —mencionó, dispuesto a darle un pequeño sermón, pero se sintió desconcertado al ver su semblante—. Vicky... ¿Ocurrió algo? —preguntó y la preocupación era palpable en su voz.

—La cena ya está lista —anunció Ángela con una sonrisa, entrando al salón, pero al ver la tristeza de Victoria se sintió angustiada.

—Necesito hablar contigo, por favor, Brandon —pidió, mirándolo.

—Comiencen ustedes, Ángela, nosotros lo haremos más tarde.

—Por supuesto —respondió, esperando que lo que le sucedía a Victoria no fuese muy grave, no era justo que siguiese sufriendo.

Brandon agarró de la mano a Victoria y caminó con ella hasta el estudio, tomaron asiento en el sillón de cuero ubicado junto a la ventana que daba al jardín. Ella tenía la mirada perdida como si su mente no estuviese allí, después de un minuto se volvió para mirar a Brandon, respiró profundamente y cerró los ojos, intentando aclarar su mente y encontrar las palabras adecuadas para comenzar.

—Esta tarde cuando estaba junto al arroyo con Fabrizio, él mencionó algo relacionado con el atardecer y yo... respondí algo relacionado con Terry... — Se detuvo al ver como Brandon fruncía el ceño—. Sé lo que me dijiste,

Brandon y te aseguro que en ningún momento pronuncié su nombre, pero Fabrizio lo intuyó, de inmediato pude notar su cambio... y aunque esquivamos el tema, yo sentía que debía hablarle sobre nuestra relación, no quiero tener secretos con él.

Brandon cerró los ojos y respiró hondamente, pues ya sospechaba que su estado tenía que ver con Terrence, era asombroso cómo alguien que antes le brindó tanta alegría a su prima, ahora solo le trajese dolor cada vez que lo recordaba. Sujetó la mano de Victoria para entregarle una caricia de consuelo, y asintió instándola a continuar, sintió que ella la apretó para agradecerle el gesto y luego que se aclaraba la garganta antes de continuar.

—Le conté todo... le dije como nos conocimos, resumí la época del colegio... nuestra separación y luego el reencuentro en Nueva York, le hablé de nuestros planes de casarnos y que nuestra tía los había truncado... incluso le hablé de... —Victoria una vez más se detenía, sonrojándose al tener que hablarle de eso de nuevo a su primo.

—Entiendo... supongo que él se mostró... —Brandon no quería decir la palabra «decepcionado» para no hacerla sentir mal, pero sospechaba que esa había sido la reacción del novio de su prima.

—Se sintió dolido, aunque no me reprochó nada; por el contrario, me dijo que había sido mi decisión y que no podía juzgarme por ello, pues él también había tenido una relación antes —respondió Victoria, para que supiera que ese no había sido el problema.

—Me alegra saber que es un hombre sensato —acotó, entregándole una sonrisa pues ella no merecía ser juzgada por nadie—. Entonces, ¿qué sucedió? Por qué algo tuvo que haber pasado —inquirió, mirándola a los ojos para que no le ocultara nada.

—Le conté sobre mi decisión de dejarlo al pensar que no podía darle una familia... lo duro que fue para él y cómo eso lo llevó a dedicarse a la bebida y... todo lo que vino después de su muerte... —Victoria sollozó, liberando su llanto una vez más—. La desesperación y la soledad que me embargaban, la culpa, el dolor, la rabia... todo. —Ella se detuvo sintiendo que el llanto la ahogaba.

—Vicky... ya cálmate y deja de culparte por eso, sabes que no fue tu culpa, recuerda la última carta que recibiste de Terry, él estaba bien antes del accidente, había decidido continuar con su vida.

—Lo sé... y es lo que quiero creer, pero... a veces mi conciencia me tortura. —Suspiró intentando calmarse, y miró a su primo de nuevo—. La

cuestión es que le conté todo.

—¿Cómo reaccionó? —preguntó sintiéndose intrigado por la actitud que pudo mostrar, tal vez eso le ayudaba a aclarar las dudas que tenía con respecto a si era o no Terrence.

—Él... él se perturbó también... era como si cada una de las palabras que yo le decía lo hiriesen con la misma fuerza que lo hacían conmigo, antes que pudiese decirle que yo buscaba desesperadamente una salida... me detuvo. —Victoria calló recordando ese momento, frunció el ceño al recordar con exactitud esas palabras—. Él dijo algo como... «Que... él no lo hubiese soportado» —mencionó y buscó de inmediato los ojos de Brandon que no podían ocultar su sorpresa.

—Tal vez... se refería a que si... si aún estás buscando esa salida, él no lo soportaría... no soportaría estar lejos de ti —expresó, intentando parecer coherente; sin embargo, sabía que nada de eso tenía sentido.

—Sí... sí es posible, pues él también se sorprendió ante esas palabras... me abrazó muy fuerte mientras yo dejaba libre todo esto que aún llevo dentro, pero lo complicado vino cuando regresábamos a la casa... la tensión en ambos era evidente, aunque intenté parecer más tranquila... pero antes de despedirnos él me preguntó si aún amaba a Terry... Creo que no buscaba una respuesta; en realidad, solo quería confirmar lo que ya sospechaba... —Ella se detuvo y las lágrimas salieron con más fuerza, mientras un sollozo escapó de sus labios.

—Pequeña... Vicky no te pongas así... no podías mentirle... hubiese resultado peor —dijo, acariciando tiernamente su espalda.

—No tuve necesidad de hacerlo... él lo vio en mis ojos... dejó que mi silencio le respondiese y yo... intenté explicarle, pero no sabía cómo hacerlo sin herirlo, así que me besó y luego me dijo que él sabía que Terry me había amado, pero que ahora lo hacía él... y salió desesperado en su caballo —acotó y rompió a llorar de nuevo, se abrazó a Brandon y su primo solo la dejó desahogarse.

Brandon era consciente de que algo así era inevitable, y aunque le dolía ver a Victoria en esa situación no podía hacer nada, solamente dejar al tiempo que aclarara los corazones de ambos. Seguramente Fabrizio se sentía herido y confundido, él lo sabía porque estuvo en la misma situación, y en esos casos lo mejor era esperar y confiar en que el amor que se tenían lograría sortear esa prueba.

Después de dejar a Victoria en su casa, Fabrizio salió a todo galope sobre Ónix, llevando al caballo hasta sus límites porque necesitaba ir tan deprisa que pudiera dejar el dolor atrás, así fue como llegó al árbol donde iba siempre que deseaba alejarse de todo. Bajó del animal y con paso apresurado se acercó a este, pero en lugar de sentarse o tumbarse sobre la hierba, estrelló un puño contra el tronco y de inmediato un dolor insoportable se apoderó de su muñeca y de sus nudillos.

—¡Maldición! —gritó, sintiendo un calambre en toda la mano.

Las lágrimas se multiplicaron, pero no por el dolor físico, pues ese no era nada comparado con el que se había alojado en su pecho, y que apenas le permitía respirar. Se dejó caer de rodillas y sintiendo cómo su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos, intentó tomar aire y se llevó las manos al rostro para controlarse, pero era inútil.

Estaba luchando por dejar su mente en blanco y olvidar todo lo que había sucedido, pero las palabras que le había confesado Victoria y su imagen al decirles, regresaban a él torturándolo. De pronto sintió como Ónix se acercaba hasta él y lo empujaba con el hocico, miró a su alrededor y vio que ya se había hecho de noche, ni siquiera supo cuánto tiempo había estado allí, sufriendo porque la mujer que amaba seguía enamorada de otro hombre, uno contra el que no podía luchar.

—Estoy perdido... amigo... estoy perdido —murmuró, acariciando la crin de su caballo, y soltó un sollozo.

Ónix seguía insistiéndole para que dejara de sufrir, así que se sujetó con fuerza de las riendas para levantarse, y abrazándose al cuello del caballo dejó salir una cuantas lagrimas más. Supo que lo mejor era regresar a su casa para no preocupar a su familia, pues la noche ya estaba entrada y el frío era cada vez era más fuerte a pesar de que el verano se acercaba, subió al animal y salió rumbo a la villa.

Cuando llegó, su familia estaba reunida en el salón disfrutando del café que tomaban después de la cena, todos lo miraron mostrándose algo sorprendidos, de seguro su imagen estaba hecha un desastre. Sin embargo, él no se detuvo a darles explicaciones, no tenía ganas de hablar con nadie en ese momento, por lo que solo los saludó de manera muy breve y subió a su habitación sin esperar respuesta.

Entró y fue directo al baño, despojándose de su ropa para luego meterse bajo la ducha. Estuvo cerca de media hora debajo del agua y su cuerpo estaba tan entumecido, que ni siquiera fue consciente de cuando había dejado de salir



el agua caliente.

Cerró la llave al saber que era inútil seguir allí, que el agua no se llevaría el dolor y la angustia que lo estaban consumiendo, salió y se envolvió con una toalla. Cuando vio su reflejo en el espejo se sintió mucho peor, este solo era muestra de lo destrozados que estaban su alma y su corazón, las lágrimas se asomaron de nuevo a sus ojos, pero se negó a seguir llorando, abrió el gabinete donde guardaba sus pastillas para los dolores de cabeza y bebió un par, eso al menos lo ayudaría a dormir toda la noche y a olvidar por algunas horas.

Caminó hasta el armario para buscar un pijama, se lo puso y luego se lanzó en la cama sin prestar atención a nada más, comenzó a dar vueltas sintiéndose obstinado porque las pastillas no hacían efecto. Se volvió a ver el reloj de la mesa de noche descubriendo que tan solo eran las ocho y él estaba acostumbrado a dormir casi a las diez, aunque no era eso lo que le impedía dormir, sino la mirada de Victoria, esa mirada que le gritó que ella aún amaba a Terrence Danchester.

Un toque en la puerta lo sacó de sus cavilaciones; sin embargo, él intentó ignorarlo, pero se escuchó de nuevo y pudo reconocer la manera de tocar de su hermana, así que se puso de pie con agonizante lentitud y caminó para abrir, imaginando que estaría preocupada.

—Fabri... ¿Estás bien? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Sí... solo me duele un poco la cabeza —contestó sin ánimos.

—Te traje algo de comida —mencionó, notando que había llorado.

—No tengo hambre, Fran... solo deseo descansar —acotó, esquivando la mirada de su hermana.

—Está bien, ¿ya tomaste algo? —preguntó preocupada. Lo vio afirmar—. Entonces descansa —dijo, mostrándose apenada, pues entendió que deseaba estar solo así que decidió marcharse.

—Fran espera... —La llamó al ver que su hermana solo estaba preocupada por él—. Por favor... quédate un momento —pidió, abriendo la puerta e invitándola a pasar.

Ella aceptó dedicándole una tierna sonrisa, dejó a un lado la bandeja que había llevado sobre el escritorio que tenía allí su hermano y caminó para sentarse con él al borde de la cama, justo como hacían cuando eran niños y se mostraban más cómplices. El silencio cada vez se hacía más pesado, mientras ella buscaba en su cabeza la forma de preguntarle por qué estaba de esa manera, sabía que él se había vuelto algo receloso con su vida privada desde

que sucedió lo de Antonella, sin embargo, no podía seguir aguantando su curiosidad.

—¿Sucedió algo entre con Victoria y tú? —preguntó sin poder contenerse, no le gustaba verlo así.

—No... no es nada —respondió, tumbándose en la cama, puso los brazos debajo de su cabeza y se quedó mirando el techo.

—Discutiste con ella —afirmó, no era necesario que él se lo dijera. Sabía que debía ser eso, y que probablemente la culpable fuese la bruja de Antonella por lo que había hecho el día de la fiesta.

—No... solo hablamos. —Se detuvo al ver que ella lo miraba de manera interrogativa—. Me contó sobre su relación con Terrence Danchester —agregó y su voz se tornó más grave.

—Fabrizio... hermanito, no deberías molestarte por eso... tú también tuviste una relación, incluso hasta hace poco; en cambio, la de Victoria con ese joven fue hace mucho tiempo y...

—Ella aún lo ama —mencionó y su voz se quebró, al tiempo que sentía que las lágrimas le inundaban los ojos.

—Fabri... no, no puede amarlo... él murió hace mucho y ella ahora está contigo... ella te quiere —aseguró para alentarle, sintiéndose sorprendida por las palabras de su hermano, eso no era posible.

Fabrizio se sentó sobre la cama y las lágrimas al fin rodaron quemando sus mejillas, se pasó una mano por el cabello, al tiempo que con la otra se las limpiaba rápidamente, pues lo avergonzaba que su hermana lo viese así. Aunque por lo que Fransheska le había contado, ya antes había tenido que consolarlo cuando Antonella lo dejó, respiró profundo para intentar calmarse y así poder explicarle.

—Puede que me quiera, pero a él lo amaba. —Solo decir lo que rondaba su mente, hacía que fuese más doloroso.

Sintió que la presión en su pecho se hacía insoportable, mientras intentaba luchar con sus emociones y con los sollozos que pujaban por salir de su garganta, desgarrándola. En ese momento recordó aquellas palabras que una vez le dijo Gerard Lambert, que en ese entonces no comprendió a que se refería, pero que justo ahora lo golpeaban sin compasión, estrellándole la verdad en la cara.

«Es imposible luchar contra un Dios... y es así como ella lo ve a él... nada de lo que usted haga cambiará esa imagen, aún si siente que ha conseguido algo, recuerde que él siempre estará en su mente y siempre va a

ser mejor que usted... mejor que cualquiera.» ...

Fabrizio maldijo al francés en pensamientos, pero no podía negar que él tenía razón, se lo había dicho, lo sabía seguramente porque también le tocó enfrentarse a esa realidad. El dolor en su pecho se hizo más fuerte mientras sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas; porque parecía que el amor no estaba destinado a él y que siempre acabaría sufriendo por una mujer.

—Fabrizio... no digas eso, por favor no pienses en algo que no... ¿Acaso ella te lo dijo? —preguntó Fransheska, sintiéndose temerosa de la respuesta que pudiera darle su hermano. Él negó con la cabeza y eso la hizo sentir aliviada—. ¿Ves?... No tienes por qué preocuparte, tal vez malinterpretaste las cosas por los celos, pero estoy segura de que...

—No hizo falta que lo hiciera, Fransheska... no hizo falta porque se lo pregunté y ella no dijo nada, pero sus ojos no consiguieron mentirme, ella sigue enamorada de Terrence Danchester —mencionó con rabia y rompió en llanto.

Fransheska se arrodilló sobre la cama a su lado para poder abrazarlo con fuerza y consolarlo, sintiendo que el alma se le desgarraba al verlo una vez más así. Fabrizio le rodeó la cintura con sus brazos y se aferró a ella como si fuese un niño que lloraba abrazado a su madre, su hermana comenzó a acariciarle el cabello mientras sentía que las lágrimas también la desbordaban, pero intentó dejarlas libres en silencio, permitiendo que se desahogase.

Después de un largo rato, él se calmó, pero no quiso decir nada más, ella respetó su decisión y se quedó con él hasta que logró conciliar el sueño. Sentía demasiada pena por su hermano, pues un ser tan maravilloso como Fabrizio no merecía sufrir de nuevo por amor, eso no era justo y ella debía buscar la manera de aclarar todo ese asunto, estaba segura de que Victoria lo quería y que aquello no era más que una confusión.

# Capítulo 54

30 de junio de 1914

Fabrizio llegó a la villa casi a las cinco de la tarde y se le hizo raro ver el auto de su padre en la casa, ya que él siempre regresaba a eso de las seis de su oficina. Al entrar los vio reunidos en el salón, así que se acercó a su madre para darle un beso, pero ella se mostró un poco distante e inusualmente seria, ni siquiera lo miró a los ojos.

Caminó hasta su hermana para saludarla, pero Fransheska solo le dedicó una mirada cargada de tristeza, sin decirle una sola palabra; sin embargo, no le prestó mucha atención, porque a lo mejor solo estaba celosa. Era consciente de que se habían distanciado un poco, pues él pasaba mucho tiempo con su novia y que en las últimas tardes no la había llevado al teatro para que practicara como le había prometido, pero después la compensaría para que no estuviese molesta con él.

También se acercó a su padre para darle un abrazo, mostrando una gran sonrisa que se congeló al ver la seriedad en su semblante, anunciándole que estaba muy molesto. Trató de ignorarlo y actuó de manera natural, pero sentía a los nervios apoderarse de su cuerpo.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde, Fabrizio? —preguntó Luciano con voz hosca, mirándolo de manera inquisidora.

—Parece un detective de la policía, haciéndome esa pregunta, padre, pero le aseguro que no he matado a nadie —respondió con una sonrisa.

—Alfonso, no estoy para bromas, así que responde, ¿dónde estuviste? —inquirió nuevamente, y endureció más su expresión.

—Bueno... yo estuve... —Miró a su madre y hermana, quienes se mantenían en silencio—. Por ahí papá, en el parque, por el lago viendo el atardecer —contestó, queriendo parecer despreocupado.

—¿Con quién? —Se puso de pie acercándose a él.

—Solo... solo, padre, tal vez platicué un rato con algún conocido, pero de resto estuve solo. —Comenzaban a sospechar porque su padre le hacía esas preguntas y eso lo ponía más nervioso.

—¿Solo conversabas? ¿Con quién mantuviste una conversación? Si es que a eso le llamas conversar, Fabrizio Di Carlo —espetó molesto.

—Con... con... ¿Quién se lo dijo? Ya le fueron con comentarios, padre, pero déjeme... —Intentó defenderse al saberse descubierto.

—Quién me lo dijo no importa, solo quiero saber qué hacías mostrándote tan cariñoso con Antonella Sanguinetti.

En ese momento Fiorella abrió los ojos desmesuradamente, no sospechaba que el «asunto» del que Luciano debía hablar seriamente con su hijo, estuviese relacionado con esa mujer. Fransheska, por su parte, miró a su hermano a los ojos, para que supiera que ella no había sido, jamás lo traicionaría de esa manera, lo vio palidecer y su mirada se cristalizó, pues sabía que lo que se le venía no era fácil.

—Yo... yo... —No sabía por qué demonios se bloqueaba delante de su padre y era tan cobarde, las palabras se le atoraban en la garganta.

—Fabrizio, estoy esperando una respuesta, ¿qué hacías besándote con una mujer que podría ser tu madre? —inquirió, furioso.

—¿Besándose con ella?! —A Fiorella se le inundó la garganta.

—Antonella no puede ser mi madre, no es lo suficientemente mayor... además, ella y yo mantenemos una relación —dijo al fin.

—¡Sin vergüenza! —Le gritó Luciano, mientras lo miraba mostrándose perplejo—. ¿Te estás escuchando, Fabrizio? ¿Estás escuchando lo que estás diciendo? —inquirió, a punto de salirse de sus cabales, por lo que desvió la mirada a su pequeña, no podía dejar que ella fuera testigo de la desfachatez de su hermano—. Fransheska ve a tu habitación. —Le ordenó, mirándola a los ojos.

—Papá —repuso ella con voz quebrada, quería apoyar a Fabrizio.

—Por favor, Fransheska Emilia —dijo arrastrando las palabras.

Ella se puso de pie para obedecerlo, pero antes de encaminarse a su recámara se detuvo frente a Fabrizio, lo miró a los ojos notando que los tenía rojos. A simple vista se podía ver que estaba reteniendo las lágrimas, se puso de puntillas para darle un abrazo y un beso en la mejilla a su hermano, demostrándole que lo apoyaría siempre.

—Fransheska. —Se hizo escuchar nuevamente Luciano.

—Padre.... —intervino Fabrizio para que no se desquitara con su hermana, allí el único responsable de todo era él.

—¿Qué tipo de relación mantienes con una viuda, Fabrizio? —cuestionó, mirándolo fijamente y dio un par de pasos hacia él.

—Somos... ella es mi mujer, padre —respondió con un tono agudo, pero después quiso mostrar más convicción—. Antonella Sanguinetti es mi mujer —anunció con seguridad. Y un segundo después una bofetada le dejó ardiendo la mejilla, él solo cerró los ojos y apretó la mandíbula soportando el dolor y la rabia.

—¡Luciano! —exclamó Fiorella asombrada, poniéndose de pie.

—Fiorella no intervengas... de este asunto me encargo yo. —Le advirtió a su esposa, sin volverse a mirarla.

Su mirada estaba fija en el rostro de su hijo quien se mostraba visiblemente molesto, y él lamentaba lo que había hecho, pero no podía permitir que les perdiera el respeto. Su cara estaba completamente roja, aunque un poco menos que su mejilla, su mirada desafiante parecían un mar embravecido y apretaba su mandíbula con fuerza.

—Debería darte vergüenza hablar así delante de tu madre.

—Usted preguntó. —Su voz sonó ronca, mezcla de ira y llanto.

—Camina al despacho. —Le ordenó Luciano, pues sabía que no podían tener esa conversación delante de su esposa.

Fabrizio se encaminó con paso seguro, mostrándose ya como si fuese un hombre, porque así se sentía desde que estaba con Antonella, ella lo llenaba de seguridad. Luciano miró a su esposa seriamente, haciéndole saber que no debía intervenir, porque era un asunto que debía conversar con su hijo de hombre a hombre; caminó al despacho, entró y después cerró la puerta.

—Ahora sí me vas a explicar, ¿cómo es eso de que te andas acostando con una mujer mayor y desde cuándo? —demandó, con un tono serio, pero un poco más calmado.

—Lo que menos me importa es que sea mayor, porque yo la amo, padre... Antonella es mi mujer desde hace unos seis...

—¿Qué vas a saber del amor, Fabrizio Alfonso? —cuestionó con rabia—. ¿Cómo puedes sentir amor por una mujer mayor que tú? Una mujer que de seguro solo busca aprovecharse de tu inexperiencia.

—Así como lo siente mi madre por usted, ella lo ama y lo que menos le importa es la diferencia de edad, usted le lleva los mismos años a mi madre que Antonella me lleva a mí —dijo, encarándolo—. Y nadie dice nada ni piensan que usted se está aprovechando de ella. —Vio como su padre subía nuevamente la mano para abofetearlo, pero la detuvo, bajándola y respirando profundamente.

—¡No es lo mismo! —espetó, sintiéndose ofendido.

—¿Por qué no es lo mismo? —exigió, porque estaba cansado de esos prejuicios, que una mujer mayor no pudiera estar con alguien más joven, pero que en el caso contrario nadie dijera nada.

—¡Porque no lo es! —Le gritó Luciano saliéndose de sus cabales.

—¿Por qué no lo es? Porque ella es mayor, ¿es por eso? —cuestionó con las lágrimas a punto de desbordarlo—. Porque sea mayor no la puedo amar, o ella no me puede amar porque solo sea un chico —mencionó en el mismo tono de voz utilizado por su padre, era la primera vez que le alzaba la voz—. La amo, fue en esa mujer que descubrí el sentimiento, fue ella quien me hizo hombre y lo que menos me importa es la diferencia de edad.

Luciano se apartó encaminándose para tomar asiento detrás del escritorio, sentía que sus piernas ya no iban a seguir soportando su peso. Soltó un suspiro y apoyó los codos sobre la madera, mientras se sostenía la cabeza con sus manos e intentaba calmar los latidos de su corazón que iban muy rápido, él haría que le diera un infarto.

—Definitivamente no estás pensando con claridad, ¿acaso planeas seguir con esta relación?... Y dime, ¿qué demonios le vas a ofrecer? ¿Al menos estás seguro de su amor por ti? —cuestionó para regresarlo a la realidad, pues parecía estar en un mundo de fantasías.

—Estoy más que seguro de su amor, ella me ama, me lo ha dicho muchas veces... y por ahora no tengo nada que ofrecerle, al menos que usted me dé un puesto dentro de la empresa, y así yo pueda empezar a ahorrar para que podamos casarnos y...

—¡Ni loco!... Tú no vas a trabajar en la empresa, porque serás un doctor y estarás en un hospital no en los laboratorios —sentenció, dejando claro que no aceptaría tal locura—. Vas a estudiar, te vas a recibir de médico y si ella te acepta... pues no me opongo, pero primero tu futuro, ese no lo vas a tirar por la borda.

A Fabrizio no le gustó para nada eso, pues sabía que su padre ahora lo chantajearía para que estudiara medicina, lo haría decidir entre perseguir sus sueños de ser abogado o estudiar medicina y poder seguir junto a Antonella. Los ojos se le humedecieron ante la idea de desprenderse de una de las cosas que más quería, pero amaba a Antonella y por ella estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio, aunque eso significase no cumplir la promesa que le había hecho a su hermana, pero sabía que Fransheska lo comprendería.

—Está bien, padre, ella está dispuesta a esperar, pero apenas cumpla la mayoría de edad nos vamos a casar.

—¡Ah! Es que hasta tienen planes juntos y tu familia ni enterada... ¿Cuándo nos lo ibas a contar, Fabrizio? ¿Cuándo la tuvieras embarazada? Y por tu bien espero que no lo hagas, Fabrizio, ni se te ocurra dejarla embarazada. —Le advirtió, mirándolo a los ojos.

—No se preocupe por ello, estamos siendo precavidos.

—Me alivia saber que por lo menos tienen algo de sensatez, supongo que siendo ella una mujer mayor piensa con más claridad que tú —comentó, intentando asimilar todo ese asunto—. Pueden casarse, pero solo después de que te recibas podrás hacerle todos los hijos que quieras, antes no porque un hijo es mucha responsabilidad y debes estar enfocado en tu carrera —mencionó determinante.

—No hay problema, cumpliré sus deseos —aceptó, sintiendo una mezcla de rabia, impotencia, dolor, tristeza y alegría, pues rechazaba su sueño, pero su padre aceptaba la relación y poder casarse con Antonella lo hacía sumamente feliz.

—Bien, ya te puedes retirar, necesito hablar con tu madre sobre todo esto —terminó por decir Luciano para despedirlo.

—Con su permiso. —Se marchó antes de que su padre siguiera con su sermón o terminara castigándolo, como si fuese un niño.

Al salir vio que su madre seguía en el salón de la casa, estaba sentada en el sillón mientras lloraba, eso lo hizo sentir muy mal por lo que corrió y se puso de rodillas frente a ella, dejando descansar la mitad de su cuerpo sobre el regazo de su madre y empezó a llorar.

—Madre perdóneme... perdóneme, por favor —pidió, mientras sus lágrimas mojaban la falda de su madre y él temblaba entero.

—No hay nada que perdonar, mi niño... nada —dijo ella, entre sollozos, acariciándole la espalda—. Es solo que... me resulta difícil saber que robaron tu virtud, la virtud de mi nenito, de mi ángel... te quitaron tu inocencia, y es difícil para mí enterarme así, sin previo aviso... no estaba preparada, lo que menos quería era que dejaras de ser mi chiquito, pero estás creciendo, mi vida y no puedo hacer nada.

—Madre... siempre voy a ser su pequeño, me lo ha dicho miles de veces: «Que así tenga canas sobre canas seré su niño» y le aseguro que eso no cambiara..., pero no pensaba que iba a llegar hasta la vejez siendo casto —pronunció, alzándose para poder mirar a su madre al rostro, mientras se limpiaba las lágrimas.

—No... no, mi vida, por supuesto que no esperaba eso, solo que aún te



veo tan pequeño... —susurró, acariciándole la mejilla, porque apenas tenía quince años, pero ya estaba hecho y no podía hacer nada más, debía asumir que su niño era un hombre, suspiró pesadamente, y quiso abogar por su esposo —. Mi vida, perdona a tu padre, perdónalo sé que él no quiso lastimarte, solo que se siente como yo, desconcertado y dolido, no es fácil afrontar algo así y cuando seas padre lo entenderás —acotó, acariciándole la mejilla donde su padre le había golpeado. Él solo asintió en silencio—. Ahora ve a tu habitación, le diré a Anna que te lleve algo de comer, ya después hablaremos de tu novia... tu novia. —Soltó un gemido cargado de llanto—. Me cuesta tanto decirlo.

—Gracias por comprenderme y no se preocupe, no le guardo rencor a mi padre... sé que actuó por impulso. —Fabrizio se puso de pie y le dio un beso en la frente, luego se encaminó a su habitación.

Ella al verlo perderse por el pasillo, también se levantó y se dirigió hasta el despacho, abrió la puerta sin anunciarse y encontró a su esposo mirando a través de la ventana. Fiorella se acercó, posándole una mano en la espalda, él se volvió para mirarla y se abrazó a ella, ambos empezaron a llorar abrazados. Estuvieron así un buen rato, desbordando el dolor de saber que su hijo inminentemente se estaba convirtiendo en hombre, y que el tiempo se les había pasado demasiado rápido porque dentro de poco él se iría para formar su propia familia.

## **09 de julio de 1914**

Desde que sus padres se enteraron de su relación con Antonella y la aceptaron, le permitían llegar más tarde a la casa, con la condición de que el chofer de su novia lo llevara a la villa. Fabrizio seguía con sentimientos encontrados, por una parte, la tristeza por renunciar a su sueño, y por el otro, la alegría porque su romance ya no era un secreto.

Aunque su madre seguía un poco triste, él sabía que a ella le costaba mucho más que a su padre, ser consciente de que él ya llevaba una vida sexual activa. Nunca mencionó el tema de nuevo, pero siempre que lo veía llegar lo miraba como si Antonella se hubiese quedado con uno de sus brazos o de sus piernas, como si se lo fuese robando a pedazos.

Su padre por otro lado, tuvo una conversación clara y prolongada con él, hablándole de cosas que lo hicieron sonrojarse en más de una ocasión. Por

supuesto, todo desde un aspecto profesional, le mencionó cómo debía cuidarse y el descanso que tenía que darle a su cuerpo, se mostró como el doctor Di Carlo casi todo el tiempo, solo en un par de ocasiones le compartió algunos consejos para que pudiera disfrutar más de su sexualidad, y en ese momento lo hizo más como su padre.

Fransheska estaba muy feliz por su hermano, aunque ella había tenido que sacrificar sus idas al teatro, porque ya Fabrizio no necesitaba excusas para ir a Florencia todas las tardes. Sin embargo, se dedicó a practicar en su habitación, y por las mañanas compartía con él alguna actividad, aunque eso no era todos los días, pues desde que él podía pasar más tiempo con su novia, casi no estaba en la casa.

Fabrizio le había contado a Antonella lo sucedido con su familia, aunque no a cabalidad porque no quería que ella se sintiera culpable por la reacción que habían tenido sus padres. También le ocultó que ya no estudiaría derecho sino medicina, porque sabía que ella vería que desde el principio la había engañado, diciéndole que su padre lo apoyaba en su sueño de ser un gran abogado.

Sin embargo, quería hacer que su relación fuese más formal, así que la invitó a ir a su casa, pero ella prefirió esperar un tiempo y le explicó que no se sentiría cómoda viendo a la cara a sus padres, porque ellos estaban al tanto de qué tan íntima era su relación y eso la avergonzaría un poco. Fabrizio no quiso presionarla, porque dada la actitud de su madre con relación al tema, sabía que Antonella tenía razón, y que sería algo incómodo para todos.

Una de tantas tardes, él estaba acostado en la cama de sus padres, Fiorella estaba sentada al borde con la cabeza de Fabrizio en sus piernas, acariciándole el cabello y dibujando con sus dedos las cejas, adormitándolo con las caricias, como hacía cuando era niño.

—Parece que fue ayer que te tuve tan pequeñito en mis brazos y ahora ya eres todo un hombre, con novia y demás —susurró y soltó un suspiro pesado—. Tengo miedo, Fabrizio, no sé qué será de mí el día que te cases y te quieras ir de la casa —confesó, sollozando.

—Mamá..., no se ponga así. Mire, le prometo que cuando me case voy a vivir muy cerca y prometo visitarla todos los días.

—Eso dices ahora porque eres muy joven, pero de seguro cuando el momento llegue, harás lo que ella te pida y vas a complacerla porque la quieres más a ella que a mí —mencionó, sintiendo que lo iba a perder.

—Mamá, no... no, a usted la amo y a ella también, aunque son amores

diferentes tienen la misma fuerza, es como lo que usted siente por Fran y por mí... a nosotros nos ama y a papá también ¿no es así?

—Sí, mi vida, es así... sé que me estoy mostrando como una egoísta, pero es que no quiero que te aparten de mí o que dejes de quererme —expresó su temor, porque algunas veces sucedía.

—Madre... yo a usted la amo con todo mi corazón, es irremplazable, usted es la que corre por mis venas, para mí es indispensable y algo que sí le puedo jurar es que ninguna otra mujer podrá sustituir eso —expresó, poniéndose de rodillas sobre la cama, abrazó a Fiorella y empezó a darle besos en la mejilla —. Mi preferida... la única... la más importante... la que me adora... y que no me quiere dejar crecer —pronunció, entre besos al tiempo que ella sonreía.

—Espero que no me olvides y después de que te cases, no me vengas a visitar, porque me voy hasta donde estés y te doy unas buenas nalgadas. —Le advirtió, levantando una de sus manos y dándole dos nalgadas, mientras le sonreía con cariño—. Lo que sí quiero es que me dejes a los nietos los fines de semana, me muero por criar nuevamente. De no ser porque le prometí a tu padre que solo te tendríamos a ti y a Fran, para poder acompañarlo a viajar por el mundo, ya habría tenido otro pequeñín... aunque supongo que aún podemos hacerlo, ya que tú te vas a ir pronto —comentó con nostalgia.

—¡Mamá! No me he ido y ya está pensando en reemplazarme, mire que me moriría de celos, pensar que le va a dar nalgadas y besos a otro, ¡Ay no, madre!... Mejor no me caso ni me voy a ningún lado —dijo, mostrándose entre serio y sonriente.

—¡Ah! ¿Tú sí puedes sentirte celoso? —cuestionó, arqueando una ceja, mientras lo miraba a los ojos.

—Mamá es en serio... no me vaya a reemplazar con otro hijo. —Cruzó los brazos sobre su pecho, sin poder esconder su molestia.

—Está bien... está bien, solo lo dije para ver tu cara sonrojada, mi vida, sabes que ya no puedo tener hijos y que tu padre sufriría un infarto si se entera —comentó de manera pícaro—. Además, con Fran tuve muchas complicaciones, por eso me vas a traer los nietos.

—Con una condición —indicó, mirándola de reojo.

—¿Cuál? —preguntó, sin esconder su sonrisa al verlo tan serio.

—Que no les hará más cariños que a mí, señora Fiorella.

—Prometido —respondió, riendo y comenzó a darle besos.

—¡Ah! por eso es que la adoro, madre. —Se puso de pie y sujetó por la cintura para elevarla y empezar a dar vueltas con ella.

—¡Fabrizio! ¡Fabri, bájame! —mencionó, riendo a carcajadas—. Que me vas a marear, Fabrizio —pidió con lágrimas de felicidad.

—La amo mucho, madre —expresó con devoción.

—Yo también a ti, mi pequeño... Ahora vamos a ver qué hacemos de almuerzo, hoy vas a cocinar conmigo, tengo que aprovecharte al máximo, vamos, te enseñaré una receta nueva.

Fabrizio la acompañó decidido a alejar la tristeza y las dudas de su madre, ya que no tenían ningún fundamento, él siempre estaría junto a ella porque la adoraba tanto como a Antonella, y así como no podía vivir sin una, tampoco lo haría sin la otra. Aprovecharía que ese día no iría a Florencia, porque Antonella le había dicho que tenía un compromiso, una larga y tediosa reunión de negocios, que no sabía cuándo terminaría, así que era mejor que se vieran al día siguiente.

Él pensó en ofrecerse para acompañarla, pero después desistió porque no quería hacerla sentir presionada o que le estaba robando su espacio, además, era una manera de demostrarle que confiaba en ella y que era sensato, que no se dejaba llevar por lo que las personas comentaban. Y su familia merecía que les dedicara más tiempo, así que preparó junto a su madre una deliciosa comida, pero solo la disfrutó con ella y Fransheska, porque su padre llamó para excusarse, diciendo que se le había presentado una reunión de último momento.

## Capítulo 55

Las carcajadas provenientes de la cocina despertaron a Marión y le fue imposible no contagiarse con esa alegría que reinaba en su casa, por lo que se levantó mostrándose risueña mientras miraba el reloj que marcaba las siete y cinco. Agarró el salto de cama del respaldo de la silla para cubrir su desnudez, pues había quedado rendida luego de hacer el amor con su esposo casi hasta la madrugada, poco a poco Richard volvía a ser aquel chico del que ella se enamoró.

Se dirigió hacia el baño pues debía prepararse para irse al hospital, pero las risas de sus dos amores la llenaron de curiosidad, así que solo se lavó la cara, se recogió la larga cabellera con un lazo y se encaminó a la cocina, deteniéndose en el umbral para admirarlos. Joshua le daba la comida en la boca a su padre, quien levantó la vista para encontrarse con la suya que se mostraba sonriente, se puso de pie mientras seguía masticando el panqueque y caminó hasta ella para darle un beso, apenas un contacto de labios ya que aún tenía la boca llena, la agarró de la mano y la llevó a la mesa para que tomara asiento.

—Joshua ahora tienes más trabajo, te toca darle la comida a mami también. —Le sirvió una en el plato de Marión.

Su hijo se apresuró a cumplir con su labor, y entre risas llevó a la boca de su madre un pedazo que aún goteaba miel, ella lo recibió y no pudo evitar que el espeso líquido ámbar ensuciara sus labios. Richard los limpió alegremente con la servilleta para ayudarle a su hijo, mientras hacía eso, Marion aprovechó para mirarlo a los ojos.

Pensó que la pesadilla de noches atrás echaría por la borda toda la mejoría que había tenido, pero para su sorpresa había sido todo lo contrario, estaba mucho más comunicativo, más tranquilo y feliz. Incluso la había sorprendido la noche anterior con un ramillete de flores silvestres, un delicioso masaje para aliviar el cansancio de sus músculos, que acabó con los dos entregándose a sus deseos.

—Delicioso. —dijo apenas pudo hablar, refiriéndose a sus recuerdos y la comida—. ¿Quién preparó el desayuno? —preguntó, mirándolos.

—Lo hicimos entre los dos, ¿verdad, campeón? —Le preguntó a su pequeño, y Joshua asintió con una gran sonrisa.

—¿Te gustan, mami? —inquirió, mirándola con timidez.

—Por supuesto, mi amor, me encantaron —respondió, dejándole caer una lluvia de besos en las mejillas, llenándolas de miel.

—Mami... me pondré todo pegajoso —expresó en medio de risas.

Richard tuvo que luchar contra la nostalgia que intentó apoderarse de él, al ver la manera en que Marion trataba a su hijo, la misma en la que su madre lo trató a él hasta que fue casi un hombre. Sonrió al ver a Joshua pinchar otro pedazo para llevarlo a la boca de su madre, abriendo mucho la de él, el mismo gesto que hacía ella para que él comiera, ambos rieron ante las ocurrencias de su hijo, y así transcurrió el desayuno, entre risas por parte de los tres, ella se puso de pie para retirar los platos, pero Fabrizio la detuvo.

—Mejor ve a cambiarte que se te hace tarde, de esto nos encargamos Joshua y yo —dijo y le dio un suave beso en los labios.

—¿Seguro? —Recibió el beso y le dio otro a su esposo.

—Sí, ya lo hemos hecho muchas veces... ya verás. —Se encaminó al lavaplatos y luego miró a su hijo—. Alfonso. —Él le decía así para que tomara los utensilios y ya el niño sabía.

Agarró en sus pequeñas manos cubiertos y se los llevó a su padre, quien los acomodó a un lado, después Joshua rodó su silla y con la ayuda de Richard se subió. Se puso de pie junto a él y entre los dos empezaron a lavar los platos —. ¿Ves? Somos unos expertos —dijo, entregándole un guiño a su esposa.

—Está bien, par de expertos. —Se acercó hasta su esposo abrazándolo por la espalda y le dio un beso—. Espero que no me descompleten la vajilla —agregó sonriendo, a lo que Richard respondió con el mismo gesto, mirándola por encima del hombro con una sonrisa.

—Papi... papi. —Le extendió las manos mojadas para que le entregara el plato, haciéndole saber que estaba tardando con su labor.

—Ya... ya —dijo, entregándole el plato, mientras sonreía.

—Qué compañero más mandón tienes, Richard. —Le dijo a su esposo, pero se acercó a su hijo, frotándole la cabeza hasta despeinarlo.

—¡Mami! —Se quejó, pasándose las manos mojadas por el cabello para acomodárselo nuevamente.

Ella soltó una carcajada queriendo comerse a su hijo a besos, pero se le hacía tarde y por más que quisiera no podía quedarse, tenía media hora para estar lista o llegaría tarde al hospital. Se metió al baño y ocupó la ducha para

que fuese más rápido, se lavó el cabello para quitar el sudor de la noche anterior, se lavó los dientes y sacó su uniforme del armario, rápidamente se vistió

Después de terminar con los platos, limpiaron la cocina para dejar todo impecable, Richard vio que su cuñado había despertado, así que le sirvió el desayuno, que devoró en minutos como siempre. Luego ayudó a Joshua a cambiarse, pues Manuelle le había prometido que lo llevaría con él a la casa de su amigo el teniente Pétain, donde tenía una partida de póker y como era costumbre el pequeño lo acompañaba.

—Listo me voy, nos vemos para la cena —mencionó, acercándose hasta su esposo y dándole un beso.

—Espera, si quieres te acompaño —dijo, tomándola de la mano, mientras agarraba el otro juego de llaves de la mesa junto a la puerta, necesitaba salir y distraerse o los recuerdos lo torturarían, como siempre que estaba solo—. Así de regreso compro leche y carne para el almuerzo, aprovechando que Joshua está con Manuelle y no regresan hasta el mediodía —comentó, mostrándose casual.

—Por supuesto. —Marion le dedicó una sonrisa efusiva.

Se sentía feliz de que él, poco a poco se hiciera más independiente, aunque seguía sintiendo cierto temor de que estuviera solo por allí, pero el doctor le había dicho que era necesario que lo hiciera. El hospital donde trabajaba quedaba a pocas calles de su casa, por lo que siempre se iba caminando, ya en la puerta se disponía a despedirse de su esposo, cuando vio que llegaba la jefe de enfermeras.

—Buenos días, señorita Rogers —saludó a la estricta mujer.

—Buenos días, señora Macbeth —respondió con su acostumbrado tono serio, deteniéndose en uno de los escalones para esperarla y desvió la mirada al hombre que la acompañaba.

—Señorita, le presento a mi esposo —dijo, mirándolo.

—Mucho gusto, señor, Emma Rogers. —Le extendió su mano mientras lo miraba fijamente porque sentía que lo conocía, pero no sabía de donde, sin embargo estaba segura de que lo había visto anteriormente.

—Es un placer, señorita Rogers, Richard Macbeth —pronunció con amabilidad, dándole un suave apretón.

—Bien, iré adelantándome, nos vemos luego, enfermera Macbeth —dijo y se encaminó hacia el hospital, quedando con la sensación de que conocía a ese hombre de algún lado, aunque su apellido no le resultaba conocido; en

realidad, solo se lo había escuchado a Marión.

Ellos la vieron alejarse con ese andar rígido que más se asemejaba al de un militar que al de una enfermera, pero no era de extrañarse, pues ella al igual que Marión habían recibido entrenamiento para ser enfermeras en el frente, solo que en otro campamento. Marión subió dos escalones y se paró frente a él para quedar a su altura, Richard posó sus manos en la cintura de su esposa y ella llevó las suyas hasta el pecho de él para luego acomodarle el abrigo, él cerró un poco el espacio entre los dos y le dio un suave beso en los labios.

Después de eso se despidieron, ella entró al hospital y él emprendió el camino de regreso a su casa, dos calles antes de llegar, entró en una tienda de abarrotes y compró lo necesario para el almuerzo, también algunos dulces para Joshua. Fue al puesto de periódicos que estaba al frente y llevó el diario, como no acostumbraba a salir solo, estaba aprovechando esa cuota de independencia que tenía en ese instante.

Había decidido dejar a los demonios de su pasado atrás y llevar una vida normal, ya era momento de seguir adelante como Richard Macbeth, hacerlo junto a su nueva familia y nada más, por lo que estaba dando lo mejor de él, se lo había prometido. Abrió la puerta de la casa y caminó directo a la cocina para comenzar a preparar el almuerzo, quería cocinar algo especial para su familia ese día, una de esas deliciosas recetas que preparaba con su madre.

Reunió todos los ingredientes para los canelones de carne con salsa boloñesa, y comenzó la preparación, mientras tarareaba una de esas melodías que a su madre le gustaba cantar mientras cocinaba. En menos de una hora ya los tenía preparados, solo hacía falta llevarlos al horno, pero esperaría a que Manuelle y su hijo estuvieran por regresar para hacerlo y así recibirlos con la comida aún caliente.

Fue a la habitación de Joshua y empezó a recoger los juguetes que su hijo había dejado regados por todas partes, los guardó en el baúl donde iban, luego organizó la cama y al terminar su mirada se topó con una fotografía. La agarró y se sentó con cuidado al borde de la cama, para dedicarse a admirar a su hijo, quien era su viva estampa a esa edad, aunque también tenía ciertos rasgos de Marión.

Miró la hora en el gracioso reloj del gato Félix, que era uno de los tesoros de su hijo, pues había sido el regalo de Navidad de su tío Manuelle, quien cedió ante la presión a la que lo sometió Joshua. Ya que su hijo no dejó de hablar del personaje animado en semanas, luego de ver un cortometraje en la



casa del teniente Pétain; sonrió recordando aquellos episodios, dejó la fotografía en la mesa de noche y regresó a la cocina para meter los canelones al horno.

Decidió echarle un vistazo al periódico mientras esperaba, tomó asiento y empezó a hojearlo sin mucho interés, ya que después de la guerra no había querido leer más prensa. Llegó a la parte de economía y pensó en pasarla por alto, pues no era un tema que le interesara; de pronto, sus ojos se toparon con una imagen que hizo que la sangre se le helara y que los latidos de su corazón se desbocaran.

Ahí estaba otra vez el hombre de la estación de trenes en París, pero ahora al lado de su padre, lo reconoció de inmediato a pesar de tener tantos años sin verlo. Sus ojos se inundaron de lágrimas, al ver cuánto había envejecido, tenía más arrugas en la frente y alrededor de sus ojos, aunque estaba sonriente, pero su mirada se veía triste.

En ese instante se olvidó por completo del hombre a su lado, y solo se dedicó a mirar a su padre mientras sentía ganas de abrazarlo, daría lo que fuera con tal de hacerlo en ese momento y decirle cuánto sentía todo lo que les había hecho pasar, que no pensó las cosas y sabía que por más que les pidiera perdón, no lo merecía y que ya era demasiado tarde para curar las heridas que les había causado.

Su cuerpo comenzó a estremecerse a causa del llanto que salía de él como la creciente de un río que era imparable y lo desbordaba todo; mientras sentía cómo su pasado lo abofeteaba y se burlaba de él una vez más. Allí estaba gritándole, que por más que quisiera no podía arrancarlo de su ser porque estaban ligados y fue consciente una vez más de cómo volvía a caer en el profundo abismo de su mente.

De nuevo impactaba fuertemente contra sus miedos y culpas, esas que seguían allí latentes, sin importar que él todas las noches después de cada pesadilla, se limpiara sus heridas para que cicatrizaran. Ahora sentía el corazón fragmentársele nuevamente, y cómo iba en retroceso, como si lo halaran al punto de partida; era un títere de sus miedos y no podía hacer nada para reventar las cuerdas.

—Papá... padre... ¿Que debo hacer? necesito que me ayude, que me dé consejos, necesito de su ayuda, pero sé que no puedo porque lo defraudé... lo defraudé y de seguro me odiará, sé que no tengo perdón alguno —esbozó, acariciando con dedos temblorosos la imagen de su padre. Nunca imaginó que volvería a verlo en un diario, eso despertó su curiosidad, por lo que subió la

mirada, aún nublada por las lágrimas para leer el encabezado y la nota del diario.

*El imperio Anderson sigue creciendo y llega a Florencia.*

*La famosa entidad financiera norteamericana Anderson y Asociados, abrió recientemente su primera sucursal en la ciudad de Florencia, Italia. Auspiciada por varias familias de la urbe italiana, entre las cuales se cuentan los Di Carlo, dueños de la marca de los laboratorios más importantes de Italia, los Ferreti, propietarios de una de las cadenas más prestigiosas de restaurantes de ese país y el ministro Giacomo Boni.*

Fabrizio conocía a esas familias de las que hablaban el artículo y cada apellido le trajo muchos recuerdos de su juventud, que removieron aún más sus emociones; aunque no sabía nada acerca de los Anderson, con quienes su padre se había asociado. Dejó de lado la lectura del artículo para leer la nota debajo de la foto, donde estaba su padre con ese hombre que era tan parecido a él y otro, quien debía ser el banquero americano.

*El magnate financiero Brandon Anderson, Luciano Di Carlo, presidente de los laboratorios, y su hijo Fabrizio Di Carlo.*

Sus ojos relevaron esas palabras que fueron como un fierro incandescente clavándosele en el pecho «Su hijo Fabrizio Di Carlo». Una mezcla de dolor y vacío se le instaló en el pecho, al sentirse completamente relegado. Su sangre se volvió lava ardiente y peligrosa, mientras era arrastrado al más oscuro de los infiernos, y los latidos de su corazón se iban acelerando causándole una agonía insoportable.

Tuvo que cerrar los ojos y respirando despacio un par de veces para normalizar la respiración, pues sabía que un ataque en ese momento podía ser peligroso porque estaba solo. Sintióse más calmado, fijó de nuevo su mirada en el hombre, quien lucía sonriente junto a su padre, como si en verdad fuese su hijo.

Sentía que el alma se le envenenaba, llenándose de crudas emociones y el fuego de la ira comenzaba a quemarlo, su respiración se aceleró de nuevo, haciendo que los orificios de su nariz resoplaran con fuerza, ante la rabia que lo consumía. Todo su cuerpo empezó a temblar y las lágrimas salían sin poder

evitarlo; sin embargo, intentó una vez más calmarse, recordándose que no volvería a comportarse de manera violenta, se lo había prometido.

Se puso de pie empezó a caminar de un lado a otro en la cocina, esperando que la sangre fluyera normalmente por su cuerpo, agarró un vaso con agua y lo bebió de un solo trago. De pronto, miró el horno y recordó los canelones, con rapidez los sacó agradeciendo que no se hubiesen quemado, eso lo ayudó a distraerse un poco, pero la zozobra y la rabia seguían haciendo estragos en él.

Después de casi diez minutos estaba un poco más calmado, por lo que tomó asiento y agarró el periódico, esta vez se dedicó a observar más detenidamente al supuesto Fabrizio Di Carlo. No tenía dudas de que ese hombre estaba ocupando su lugar, y por más que lo miraba no entendía, por qué no había una explicación lógica para un parecido tan asombroso como el que ellos dos tenían.

Hasta donde sabía su madre no había tenido gemelos, y su padre tampoco tuvo hijos fuera del matrimonio, solo eran Fransheska y él, no había más hermanos. Estaba seguro de que sus padres no le ocultarían algo como eso, además, si fuesen hermanos ese hombre tendría otro nombre y no el suyo, así que ¿de dónde había salido?

Muchas veces había escuchado eso de que todas las personas tienen un doble en el mundo, pero el hecho de que viviera con su familia haciéndose pasar por él, sería demasiada casualidad. Y si así era, entonces ese hombre era un estafador y estaba jugando con ellos.

Llegar a esa conclusión lo hizo ponerse a la defensiva, por lo que casi corrió hasta la habitación, se paró delante del espejo y se llevó el diario junto al rostro para estudiar mejor sus rasgos. Se miró por un par de minutos comprobando que sus sospechas eran ciertas, eran demasiado parecidos para ser dos simples extraños.

Sin embargo, quiso ahondar más, así que se recogió el cabello con una liga y se miró de nuevo, en busca de alguna diferencia que pudiese hallar, pero no las encontraba. Solo ese aire arrogante que el otro exudaba, como de quien se estaba comiendo al mundo.

Se dirigió al baño y después de varios minutos regresó afeitado, descubriendo así que el parecido era mucho mayor, solo que él estaba mucho más delgado y su rostro se veía más demacrado a causa de su enfermedad. Una vez más sentía que el destino se empeñaba en arrebatarle todas sus esperanzas de un nuevo comienzo, porque sabía que no estaría en paz si se quedaba allí y no intentaba descubrir quién era ese hombre y qué hacía en su casa junto a su

familia.

Solo tardó segundos en decidirse, se encaminó hacia el baño para darse una ducha rápida, al salir caminó hacia el armario y preparó un bolso con poca ropa, luego se vistió con la más decente. Tomó la libreta sobre la mesa de noche y le escribió una breve nota a Marión, buscó en el buró donde ella guardaba el dinero y agarró solo lo necesario, después buscaría la manera de reponerlo.

Agarró el bolso y salió rumbo a la estación de trenes, ya era hora de hacerle frente al pasado, si eso era lo que quería de él; pues bien, estaba dispuesto a encararlo y darle la pelea. Lo haría para poder seguir adelante con Marion y su hijo, también para liberar a su familia de ese mal nacido que se hacía pasar por él.

Le iba a reventar el alma a ese desgraciado y no le importaba si tenía que matarlo, ya había adquirido la suficiente sangre fría y destreza durante la guerra como para hacerlo sin siquiera titubear. Y su conciencia no sería problema, pues no sería la primera vez que se llenaría el cuerpo de sangre, lo había hecho y no por salvar a su familia, así que ahora que era por ellos nada lo detendría.

Llegó a la estación y se formó en la fila de la taquilla, sin dejar de mirar la fotografía en el diario; cuando llegó su turno, saludó a la mujer y le pidió un boleto en el próximo tren con destino a Florencia.

*Quidate*



**No dejes de leer la continuación de  
esta historia en...**

VOLUMEN 5

LILY PEROZO

LINA PEROZO ALTAMAR

Fabrizio y Victoria galopaban a toda prisa, esquivando los árboles que encontraban a su paso, ella con más cuidado pues no estaba acostumbrada al terreno y la lluvia que cada vez se hacía más fuerte le dificultaba la visión. Al fin llegaron a un claro en medio del bosque que le resultó conocido, a pocos metros divisó la cabaña donde se habían refugiado semanas antes, vio que su novio comenzaba a bajar el trote del caballo y ella hizo lo mismo, hasta que se detuvieron.

Él descendió de Ónix con agilidad y caminó hasta ella para ayudarla, la sujetó por la cintura y la bajó con apenas esfuerzo, por un instante sus miradas se encontraron y el deseo hizo nido dentro de sus cuerpos. Querían saciar las ganas que tenían de besarse y ni siquiera les importaba que la lluvia se hiciera cada vez más fuerte; sin embargo, el retumbar de un trueno los hizo sobresaltarse y sonreír sintiéndose tontos, él negó con la cabeza y la agarró de la mano.

—Vamos. —Le dijo, mirándola a los ojos.

Victoria asintió y corrió junto a él para resguardarse bajo el pórtico, mientras ella intentaba retirar un poco del agua que escurría de su cabello, vio que Fabrizio miraba a través de las ventanas al interior, quizá para saber si había alguien que pudiese abrirles. De repente fue hasta una esquina de la cabaña, donde se encontraban unas masetas colgantes, buscó dentro de una y halló la llave, ella lo miró mostrándose sorprendida, pero él solo le dedicó una sonrisa al tiempo que abría la puerta y la invitaba a pasar primero.

—¿Cómo sabías dónde estaba la llave? —Le preguntó, mostrándose desconcertada mientras caminaba al interior de la cabaña.

—Yo la dejé allí —contestó, mirándola a los ojos—. Volví al día siguiente a reparar la cerradura y le dejé una nota a Filippo explicándole lo que había sucedido. Cuando regresó de visitar a su familia vine a verlo y él me entregó una de las copias por si volvía a necesitar refugiarme aquí y él no se encontraba —explicó con una sonrisa ladina.

—¿Sabes quién vive aquí? —preguntó ella, detallando mejor el lugar ahora que había más luz; en verdad era muy lindo y acogedor.

—Sí, es el guardabosques... y también les ayuda a algunas familias con las yeguas cuando están de parto, o cuando algún caballo se escapa; de seguro estará atendiendo un llamado o en el pueblo comprando comida —mencionó, mientras encendía el fuego de la chimenea—. Es mejor que te pongas cerca del fuego —dijo, caminando hacia ella—. Voy por los caballos para



resguardarlos.

—¿No necesitas ayuda? —preguntó, porque no quería que estuviese mucho tiempo a la intemperie con ese clima.

—Tranquila, sé cómo lidiar con ese par de rebeldes, enseguida regreso —respondió con una sonrisa y salió.

Victoria se quitó la chaqueta de su traje de equitación que estaba empapada, caminó hasta el perchero y la colgó, quedándose solo con la blusa de seda en tono marfil que se pegaba a su cuerpo, dejando ver el delicado brasier que llevaba debajo. Se acercó al fuego y extendió sus manos para calentar sus dedos que estaban helados; de pronto, se estremeció al sentir que un par de brazos fuertes la rodeaban.

—¿Tienes frío? —preguntó Fabrizio, en un susurró a su oído, dándole un suave beso en el cuello y luego otro en el hombro.

—No..., ya no —respondió, volviéndose para mirarlo—. Tú alejas de mí el frío y la oscuridad —agregó, perdiéndose en el maravilloso azul de sus ojos, mientras le ofrecía sus labios.

Fabrizio apretó el abrazo para pegarla más a su cuerpo y fue bajando despacio para adueñarse de su boca, la escuchó regalarle un gemido, cuando sintió la tibieza de su lengua rozando con suavidad sus labios. Él también gimió al sentir como temblaban, para, de inmediato ceder a su demanda, mientras sentía las manos de ella acariciar su espalda con pasión, haciéndolo estremecer y desearla mucho más.

Profundizó el beso succionando y mordiendo, acariciando y probando todos esos lugares que ella disfrutaba y que a él lo volvían loco cuando la sentía temblar o los gemidos se ahogaban en su boca. Sus ropas estaban mojadas y se pegaban a sus pieles, haciéndoles sentir el calor que brotaba de sus cuerpos, esa sensación de exquisita calidez que los envolvía, ese deleite de respirar de la boca del otro, beber, saciar y al mismo tiempo pedir más, mucho más.

Sus manos recorrían sus cuerpos con lentitud, despertando todas esas sensaciones y emociones que tanto habían extrañado, el ritmo de sus corazones aumentaba y sus respiraciones cada vez más agitadas. El deseo comenzaba a nublarles la razón y amenazaba con desbordarlos, cada vez estaban más cerca de esa línea entre la conciencia y la cordura, esa misma que él se había prometido no cruzar.

—Vicky... mi amor. —Le susurró al oído, haciéndola temblar.

Ella suspiró y besó de nuevo sus labios, acariciándolos con su lengua,

mientras subía las manos hasta su nuca y lo acariciaba sutilmente con la punta de sus dedos, apenas roces; sin embargo, eran consciente de que ese toque enviaba descargas de placer a todo su cuerpo, porque lo sentía temblar. Victoria sintió como él profundizaba más el beso que ella había iniciado, para luego apretarla contra su poderoso pecho y que sus senos se presionaran de manera exquisita.

Sus labios abandonaron los de ella y se perdieron en el cuello blanco y dulce como el azúcar, cubriendo con la tibia humedad de su boca ese punto donde su pulso latía desesperado, rozando apenas con su lengua ese lugar detrás de su oreja que le encantaba, y que justo en ese momento estaba tan caliente que quemaba.

—Te amo. —Le dijo en voz muy baja, mientras respiraba el aroma de su piel que lo enloquecía—. Te amo con todas las fuerzas de mi ser... te has apoderado de mi alma, Victoria, y no existía un solo instante del día en que no te cruzaras en mi mente... ¿qué me has hecho? —preguntó, mirándola a los ojos, esos ojos que lo habían hechizado, que ahora lucían oscuros y brillantes por el deseo.

—Yo debería hacerte la misma pregunta. —Logró decir en apenas un susurro, contra los tentadores labios de su novio, perdiéndose en el mar que eran sus ojos y que tenían un brillo que ella conocía bien.

Fabrizio se apoderó de sus labios con más necesidad, con pasión, con desesperación, enredando sus dedos en el sedoso cabello dorado, en esa cascada de oro que le fascinaba. Ella gemía y temblaba entre sus brazos, llevándolo a ese abismo de deseo en el que anhelaba perderse, pero de un momento a otro su conciencia salió en su auxilio recordándole que debía detenerse, así que poco a poco se fue alejando.

—Fabrizio... —Le susurro al oído con voz íntima, excitante—. No dejes de besarme... bésame, bésame —suplicó, presa de esas sensaciones que hacía mucho no sentía y quería volver a vivir.

—Amor... amor, yo quisiera. —Él pudo percibir el deseo en su voz y se estaba sintiendo realmente tentado a hacer lo que ella le pedía, pero no quería aprovecharse de la situación, así que le acunó el rostro para mirarla a los ojos—. Victoria, yo quisiera no solo besar tus labios, quisiera besar todo tu cuerpo, perderme en ti... no te imaginas cuánto lo deseo..., pero no está bien, no podemos... —Ella lo calló, posando sus dedos en los labios de él y mirándolo a los ojos.

—Solo bésame... continúa... —Se acercó a su oído, porque la vergüenza

de lo que iba a pedir no la dejaba mirarlo a los ojos, aunque eran precisamente estos, los que le gritaba que era él, que era su rebelde y que quizá esa entrega lo haría regresar a ella—. Bésame como desees... yo también quiero besarte y entregarme a ti.

—¿Vicky...? —La pregunta quedo inconclusa, pues él ni siquiera necesitó hacerla, porque vio la respuesta en sus ojos esmeralda.

—Quiero que hagamos el amor —susurró al fin, sintiendo sus mejillas encenderse, así como todo su cuerpo que vibró llenándose de expectativas, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Victoria... amor... ¿Estás segura de esto? —Le pregunto con voz trémula, porque dentro de él se desataba un huracán de deseo, amor, nervios, ternura, todo eso se mezclaba y lo mareaba, excitándolo.

—Sí, estoy segura... quiero entregarme a ti, aquí y ahora —respondió sin titubear, sintiendo su corazón latir muy de prisa.

—¡Oh, mi amor! —expresó, sintiéndose tan emocionado que estaba a punto de llorar, las emociones dentro de él giraban como un torbellino. La cargó y caminó hacia la cama con ella.

Él le dedicó una sonrisa maravillosa, llenándola de confianza, le rozó los labios con los suyos y la vio afirmar de nuevo, dedicándole una sonrisa que iluminaba su mirada. Al llegar la bajó muy despacio, dejándola delante de la cama, acariciando con suavidad sus hombros, bajando por sus brazos, siguiendo hasta sus manos para llevárselas a los labios y besarlas mientras la miraba a los ojos.

Con apenas roces de sus labios comenzó a besarla y llevó las manos de Victoria hasta su pecho, para que pudiese sentir el latido de su corazón, el beso se fue haciendo más intenso y sus manos comenzaron a subir por la delgada cintura, buscando los botones de su blusa. Él sintió que ella se tensaba, así que intentó ir más despacio y en lugar de desnudarla antes, decidió ser él quien se expusiera primero para que ella se sintiera más confiada, por lo que comenzó a desabotonar su camisa.

—¿Me ayudas con esto? —pidió, con una sonrisa ladeada.

Victoria asintió mostrando el mismo gesto de él, pero envuelto por esa aura de timidez que la envolvía, sus manos empezaron a temblar, pero luchó por controlarse y actuar de manera segura. Se recordó que no era la primera vez que lo desnudaba, así que con lentitud comenzó a desabotonar la camisa, mientras sentía que su corazón saldría disparado de su pecho de un momento a otro.

—Mis dedos están algo entumecidos por el frío. —Se justificó, pues estaba tardando demasiado en quitarle la camisa.

—Toma todo el tiempo que desees —pronunció, dedicándole una cálida sonrisa, mientras le acariciaba la mejilla.

Fabrizio respiró profundamente y se concentró en la imagen de Victoria desnudándolo, para poder guardarla para toda su vida, aunque que esa no sería la última vez que la vería hacerlo, pues deseaba que, a partir de ese momento, ella fuese la única mujer que lo tocara de esa manera. Dejó libre un suspiro y le acarició con suavidad la mejilla, para luego buscar sus labios y entregarles besos que eran apenas roces, mientras despacio la fue bajando hasta tenderla sobre la cama.

Victoria se acomodó intentando controlar su respiración, pero eso era un imposible si apenas lograba conseguir el aire suficiente para no perder la consciencia, no lograba hacerlo, así como tampoco conseguía calmar el temblor que se había apoderado de su cuerpo. Su mirada se deslizó hasta el pecho de Fabrizio, comprobando que era idéntico al de Terrence, y pensó que incluso desnudo él se vería igual a su rebelde.

Fabrizio se recostó primero a su lado, acariciando su cintura, sus brazos, su cuello al tiempo que besaba con ternura sus labios, sus mejillas, perdiéndose en el verde de sus ojos, que brillaban con esa luz que iluminaba su mundo. Se estremeció al sentir como una de las pequeñas manos de Victoria, le acariciaban el pecho y bajaban a su abdomen, delineando su forma con suavidad.

Ella solo se estaba dejando llevar por su instinto, mientras sus dedos vagaban por la cálida piel, descubriendo que las sensaciones que le provocaban eran las mismas de años atrás. Su mano se deslizó por la suave capa de finos vellos que adornaban su pecho, pero que poco a poco se iban perdiendo a medida que bajaba, estaba tan ensimismada que cuando se topó con la correa, su mano tembló aún más.

Él dejó ver media sonrisa y la besó con suavidad mientras ella también le sonreía, regresó a los botones de su blusa y lentamente los fue abriéndolos, no pudo evitar que su mirada se perdiera en la blancura de su piel. Suspiró con ensoñación cuando soltó el último botón y vio que lo único que cubría sus senos, era un delicado brasier blanco de encaje y seda, que le ofrecía una vista muy generosa de ellos.

—He querido verlos desde la noche que caímos en la piscina —susurró, deslizando sus dedos por la suave curva donde nacían.

—Hazlo... te doy permiso para mirarlos —respondió ella, recordando aquella vez cuando le pidió verla desnuda.

—Mi amor... mi dulce Victoria —murmuró, sintiéndose muy emocionado, ancló su mirada en la de ella porque tenía que decirle lo que deseaba—. Después de hoy voy a desear tenerte a mi lado siempre, hacerte el amor y despertar contigo... Victoria..., voy a querer que seas mi esposa y debemos casarnos... porque quizá quedes embarazada.

—Y yo voy a estar feliz de hacerlo, de entregarme a ti y ser tu esposa —respondió con una sonrisa, aunque no pudo evitar tensarse cuando él dijo lo del embarazo, aún ese fantasma la atormentaba, pero había solo una manera de averiguar si sus miedos eran reales o no—. No hay dudas en mí de lo que deseo... y es pasar mi vida contigo.

—Entonces nos casaremos mañana mismo —expresó emocionado.

Ella soltó una carcajada ante su entusiasmo y asintió mostrándose de acuerdo, no quería esperar un día más para iniciar una vida juntos. Lo besó muy despacio y vio en su mirada que no había dudas, así como tampoco las había en ella, y aunque no fuese como alguna vez imaginó que sería su boda, la verdad era que sentía que sería maravilloso, y que al fin podría dejar atrás todos los miedos y entregarse a él por completo.

Fabrizio atrapó sus labios en un beso intenso y profundo, que buscaba agradecerle por confiar de esa manera y estar dispuesta a compartir su vida con él. Su cuerpo le exigía conquistar mucho más, así que llevó el beso a solo roces de labios, y su mano fue bajando lentamente el encaje que cubría uno de los senos de su novia, la sintió estremecerse y él lo hizo junto a ella.

Bajó la mirada para maravillarse con la piel nívea, maravillosa y suave de Victoria, adornada por un pequeño botón rosa que había despertado con sus caricias, comenzó a desearlo con locura y no se pudo resistir, despacio se fue acercando para tomarlo con sus labios.

Rozó la curva de su seno, de inmediato la sintió estremecerse y liberar un gemido, animándolo a repetir ese movimiento un par de veces más, pero estaba deseando ir más allá. Así que rodó muy despacio para posarse sobre ella, con delicadeza deslizó el encaje para poder admirarlos con total libertad y el movimiento que hacían lo invitaba a apoderarse de ellos, lo que no dudó en hacer.

Victoria jadeó de placer al sentir como la boca de su novio se adueñaba de uno de sus pezones, mientras su mano masajeara su otro seno completo. De inmediato sintió cómo todo dentro de su ser se desbordaba de emociones y

sensaciones, su parte más íntima tembló mientras era bañada por una ola de humedad, y su instinto se hizo presente, exigiéndole que participara también de ese encuentro.

Llevó sus manos por debajo de su camisa, subiendo con sus dedos a lo largo de su espalda, lo sintió temblar ante ese toque y hacer sus besos más intensos, viajando al otro pezón para hacer lo mismo. Ella se arqueó para ofrecérselos, al tiempo que movía sus caderas buscándolo, sintiendo como la necesidad de ser llenada por él, crecía.

Fabrizio al ser consciente de la excitación en ella, llevó una mano hasta su pierna para acariciarla con suavidad, instándola a que lo envolviera y ella lo hizo de inmediato, dándole así la libertad para estar más cerca. Comenzó a rozar su pelvis con la de ella, sintiendo cada temblor que la recorría, así como el calor que emanaba de su cuerpo y que cada vez era más intenso.

Él no pudo resistirse y se presionó contra su centro, para hacerle sentir cuán despierto estaba su cuerpo y que solo esperaba por ella, para complacerla. La sintió aferrarse a su espalda y comenzar a mover sus caderas en respuesta, provocando con ese movimiento que toda su columna temblara y que su erección humedeciera su ropa.

En ese instante supo que no podía esperar más, pero se obligó a detenerse unos segundos para mirarla a los ojos, le acarició la mejilla y cuando ella lo miró, sintió como si hubiera sido transportado a otro lugar. De pronto, todo su entorno cambió, ya no estaban en la cabaña, sino en otra habitación de amplios ventanales, sobre una cama vestida con sábanas blancas y ella se veía mucho más joven.

---

[1] *Te quiero mucho, pero mucho, mucho, sabes... es una cadena ahora que se funde con la sangre en las venas, sabes...* Canción: Caruso. Autor: Lucio Dalla.

[2] *Crepusculario*, 1923. Licencia tomada por las autoras para ubicarlo en el año que transcurre la historia.